
3 1761 04013 7259

INDICE DEL TOMO I

LA AMERICA CENTRAL

ANTE LA HISTORIA

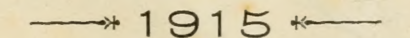
POR

ANTONIO BATRES JAUREGUI

Individuo de la Facultad de Derecho de Guatemala, Abogado Honorario del Brasil, Miembro de la Facultad de Filosofía y Letras de Chile, Correspondiente de la Real Academia Española, de la Matritense de Jurisprudencia y Legislación, de la Sociedad de Historia Diplomática de París, de la Sociedad de Derecho Comparado de Francia, de la Sociedad Literaria Hispano-Americana de New York, del Instituto Smithoniano de Washington, Miembro del Ateneo de México, Individuo de la Unión Ibero Americana, Correspondiente del Instituto Arqueológico y Geográfico Pernambucano, Miembro del Instituto Americano de Derecho Internacional, Individuo de la Gran Asociación del Mundo Latino, Miembro Honorario de la Asociación Suiza, de la Prensa Internacional de Ginebra, Individuo de la Universidad Hispanoamericana de Nueva York y de la Sociedad de Geografía de los Estados Unidos, Miembro de la Asociación de Derecho Internacional de Londres, Socio Fundador de la Sociedad de Derecho Internacional Americana, Correspondiente de la Sociedad de Abogados de Ginebra, Socio honorario de la "Societá Internazionale degl' Intellettuali" de Roma, Miembro Correspondiente de la Asociación de Abogados de Lisboa, Condecorado con la Real Orden de la Corona de Prusia y por Venezuela con el Busto de Bolívar.

TOMO I.

GUATEMALA, CENTRO AMERICA



IMPRENTA DE MARROQUIN HERMANOS

"CASA COLORADA"

6ª AVENIDA SUR, NO. 23.—GUATEMALA.

LA AMERICA CENTRAL

TIEMPOS PRECOLOMBINOS

LA AMERICA CENTRAL

ANTE LA HISTORIA

INTRODUCCIÓN

La vida de un país, a semejanza de la del hombre—dice Becker—parece como que se extienden con la memoria de las cosas que fueron, y a medida que es más viva y completa su imagen, resulta más perceptible esa existencia del espíritu. La historia, identificándonos con todos los tiempos, dilata el breve suspiro que en este mundo nos toca en suerte, y nos presenta la patria como el ara santa en que debe arder el fuego de nuestro corazón.

La historia de la humanidad es un capítulo de la de los seres vivientes, de tal modo que, en el desenvolvimiento universal, el pasado no puede juzgarse por las conquistas del presente, por las últimas transformaciones del progreso, sino a la luz de las ideas que la fórmula evolutiva ha venido esparciendo al través de los siglos. El tiempo va arrojando al sepulcro las generaciones como el segador arroja al surco las espigas. Sobrevive el espíritu de la especie que fecunda esa constante renovación del mundo psicológico, alentado por el amor universal, por el hálito divino, cuyos rayos penetran desde los cielos hasta los corazones, e iluminan desde las estrellas hasta las almas. La existencia del hombre es un relámpago entre dos noches eternas. La historia es el sol de la humanidad.

El principio, la esencia y el fin de las cosas creadas, escapan a la certidumbre científica, a las especulaciones terrestres, al criterio de nuestra limitada experiencia, que apenas lanza el vuelo por esas regiones, tropieza con idescifrables enigmas. La ciencia no alcanza a explicar con certeza la formación del universo, la íntima naturaleza de una flor, la vida de ultratumba; la ciencia más bien evoca ideas, que resuelve problemas, de modo que nuestro globo se habrá probablemente unido en el espacio a los viejos mundos ya enfriados, antes de que la esfinge eterna haya respondido una sola pregunta. La ciencia penetra sin timón ni brújula en esa clase de cuestiones, y es como el geógrafo nubio que se aventura en un mar tenebroso para explorar los misterios. (1) Sombras flotantes del tiempo y del espacio, nosotros pertenecemos al universo, a esa formidable creación, en el seno de la cual no somos sino átomos; pero átomos que piensan. La idea brota del sér que refleja en su cerebro a Dios. El espíritu humano, a pesar de la rica variedad de sus múltiples concepciones, pasa mil veces por las mismas faces, recorre elípses muchísimo más extensas

(1) La Civilización de los Arabes—Gustavo Levon—Página VI de la Introducción.

que las que recorren en el espacio vacío los cometas de inmensurables caudas; se lanza por las esferas infinitas de lo desconocido, progresa, cae y retrocede, semejante al niño bullicioso que corre por el vergel, transita siempre el mismo camino, y al fin se duerme, para despertar presto con nueva vida, auroras espléndidas, y frescas ilusiones. La civilización se envuelve, de tiempo en tiempo, entre las nieblas de las épocas críticas, para salir de ellas más brillante, vivaz y progresiva, no de otro modo que la oruga se encierra en los velos de la crisálida, antes de tender al aire sus matizados colores. El hombre no sólo se mueve en el espacio, sino también en el tiempo, resumiendo la naturaleza y la vida universal, en mudanzas, renovaciones y épocas, al través de la historia, que está muy lejos, por cierto, de guardar regularidad matemática, y de ser como la geometría de los actos humanos. No hay sistema ideológico que pueda abarcar la universalidad de la vida, que se nos presenta como un baño de purificación, cuyo ingrediente principal es el dolor. (2)

La fábula toca los lindes de las primeras historias, y los mitos se ciernen como pájaros de luz en la alborada de las sociedades primitivas. No es extraño, pues, que se esfumen en la remotidad prehistórica los pasos iniciales, los gérmenes del desenvolvimiento de los antiguos pobladores del istmo centroamericano. Dícese que Votán y los tultecas imprimieron su tosca cultura a diversos lugares de estas bellísimas regiones, a donde afluyó gran población desde el siglo VII hasta el XIII de nuestra era. Los quichés y cakchiqueles alcanzaron un relativo desarrollo, que los ponía al nivel de los pueblos más adelantados del Perú y de México. Aquellos aborígenes de Guatemala pelearon desesperadamente contra los conquistadores españoles, y al caer vecidos por la fuerza del destino, muchos de ellos huyeron hasta el norte a guarecerse en lo recóndito de las montañas, mientras los otros quedaron subyugados, en pueblos conservadores atávicos de su tipo primitivo, guardando sus tradiciones, aferrándose a sus antiguas costumbres y hablando los idiomas de sus antepasados.

La naturaleza peculiar y agreste del país, dice Bancroft, lo grandioso de la estupenda escena de sus volcanes; los bosques inmensos, hasta hoy poco explorados; la resistencia heroica de sus pobladores por conservarse independientes; su natural fiero y rudo; lo extraño de sus mitos y supersticiones, hacen de esta privilegiada porción del continente, el punto propio para llevar a término los estudios más trascendentales acerca de los indios del Nuevo Mundo. La América del Centro ha venido sufriendo transformaciones geológicas importantítimas; cataclismos horrendos, portentosos cambios, hasta el punto de que gran parte de su suelo estuvo sumergido en el mar, para alzarse después con vida tropical en tiempos primitivos, poblado de monstruos colosales, cuyos restos se hallan a las veces entre profundas capas de mesozoicos terrenos.

---

(2) Schopenhauer—El Mundo como voluntad y como representación—Tomo III p. 424.

Inteligentes viajeros e historiógrafos, como Brasseur de Bourbourg, Brinton, Buschmann, Balwin, Marham, Berendt, Mosle y otros varios, dieron a conocer en Europa y en los Estados Unidos de América, la antigua civilización de nuestros pueblos, que en los últimos tiempos ha despertado sumo interés entre las sociedades sabias, congresos científicos y museos de los Estados Unidos, Francia, Italia, Alemania, Austria, Bélgica y otras naciones. Apenas tenía cinco años de establecida la Sociedad de Geografía de París, cuando ofreció un premio de una medalla de oro, al que tratase mejor de las antigüedades de Centro-América, de las ruinas del Quiché, Petén, Mixco y Copán; y hasta ahora no se ha popularizado la historia de la evolución de estos países del Itsmo, su orografía, biología, etnografía, pobladores primitivos, cultura, costumbres, artes, religión, lengua y gobiernos, a pesar de que las naciones civilizadas tuvieron riquezas, caracteres distintivos, hechos heroicos, culto propio, mitología interesante, grandes ciudades, y desarrollo autóctono; todo lo cual les da, en la historia humana, un prominente lugar en época remotísima, cuando estaban al nivel de los pueblos notables de Asia y de Europa. Muchos años antes de la conquista española había decaído aquel próspero estado, que acabó de extinguirse con el tremendo choque de otra raza diversa, venida a estas regiones a dar suelta al espíritu bélico, a la fe ciega, al orgullo nativo, a la ambición y a la gloria, que reflejaban sobre los aventureros de allende el mar siete siglos de heroicas hazañas, como nunca se vieran en la tierra. Era en aquel momento histórico, de los Reyes Católicos y de Carlos V, el sol esplendoroso para España; y las sombras salpicadas de sangre, llenas de gemidos de dolor, de ayes de destrucción, de la más estupenda desdicha, cayeron sobre la raza aborigen de América, cubriendo un pasado que hubo de elevarse a gran altura; dejando un presente más negro que la adversidad y más amargo que la desgracia; un futuro de aniquilamiento, de agonía constante, de esclavitud, de miseria y de ruina; y una historia, en fin, que según la gráfica expresión de Montalvo, haría llorar al mundo si hubiera pluma que la pudiese escribir. En la América de las selvas, antes que la cruzara el carro nivelador de la civilización latina, importada por la conquista, habían ido pasando, a la sombra de su palmas, y al arrullo de las auras tropicales, en este istmo privilegiado, imperios antiquísimos, numerosas gentes, que dejaron huellas tan interesantes como para preocupar la atención de sabios, asociaciones y congresos.

Eruditos americanistas opinan que los indios quichés y cakchiqueles habían llegado a obtener una civilización autóctona, sin tomar nada de los chinos, japoneses, israelitas, celtas, germanos, ni escandinavos, como lo demuestra, con abundancia de doctrina, el historiógrafo Baldwin, en la **"Ancient América"**, quien reconoce, a la vez, que la tragedia que en el Viejo Continente tuvo por desenlace, la caída del imperio romano, se repitió en América, y los hunos, alanos, vándalos y godos, de aquende el océano, consiguieron destruir una

cultura que, por entonces, pudo haber competido con la de Egipto y Babilonia. Los que sembraron de maravillas el Palemke, los que construyeron grandes ciudades por el Usumacinta, los que dejaron portentosas ruinas por Copán, los que en Santa Lucía Cotzumalguapa, tuvieron suntuosos monumentos, los que en fín, esparcieron en Santa Cruz Quiché huellas admirables de antiguo brillo y esplendor, no eran salvajes miserables, como ya se ha convencido de ello nuestra civilización orgullosa.

Lejos de haber espíritu continental, ni hegemonía, prevalecieron entre los aborígenes profundos odios, con tendencias a la destrucción y al exterminio. El elemento europeo fué un medio de que usó la Providencia para que se efectuase, valiéndose de los mismos pobladores, la sujeción sucesiva de la tierra americana. La conquista española, en el Nuevo Mundo, estaba preparada de antemano por los acontecimientos históricos. Se revelaron en aquel heroico esfuerzo de los valientes iberos, no sólo la audacia y el aliento soberano de una raza aguerrida, sino la superioridad moral y el aguijón del interés, dando vuelo a las energías individuales y a las pasiones desencadenadas. Solís, Prescott, Riva Palacio, y los demás escritores que narran aquella apocalíptica lucha, más titánica que las de los dioses mitológicos y más trascendental que las de Alejandro, César y Napoleón, para el mundo entero, hacen resaltar virtudes sublimes y horribles vicios, luz y sombras, "en el soberbio cuadro del siglo de León X; siglo de luchas religiosas, políticas, sociales y científicas, que formaron la geografía del mundo y que hicieron surgir a Carlos V y a Felipe II, a Lutero y a San Ignacio de Loyola, a Rafael y a Miguel Ángel, a Copérnico y a Erasmo, a Cárdano y a Machiavelo, a Rabelais y al Tasso, a Cervantes y a Shakespeare. Eran los conquistadores de carácter de acero, de inquebrantable fe, de designios providenciales, de intolerancia absoluta, de valor temerario, de crueldad suma, de fuerza física y moral a toda prueba. Aquellos hombres, como dice un escritor americano, estaban fuera de la humanidad que conocemos y comprendemos, y formaban, por las cualidades de su espíritu, como una especie distinta de los que fueron antes y de los que han sido después". Eran almas forjadas para las tempestades, como los alciones y las águilas marinas.

Tras la escena sangrienta de la conquista, van desfilando, en torbellino siniestro, los férreos capitanes en sus fogosos corceles; los humanitarios frailes con misticismo medioeval; las monjas fanáticas, de conciencias neuróticas y formas histéricas; los golillistas, que venían a espigar en campo rico; los mitrados con jurisdicción amplísima; San Francisco, en continuas luchas teológicas y temporales con Santo Domingo; los piratas británicos incendiando y robando en las riberas marítimas; los encomenderos exprimiendo a los caciques; los contrabandistas, rasgango a diario el círculo de hierro de un comercio restrictivo; y, en último término, espesa muchedumbre de indios, en la cual abría a cada paso terribles claros la muerte, constreñida aquella raza

a trabajos superiores a sus fuerzas y fustigada sin piedad por opresores, ardiendo ella en ira y alimentando en secreto deseos de venganza, al contemplar sus ídolos destruidos, sus vírgenes sirviendo de pasto a la concupiscencia de los recién venidos, todo cuanto constituía su orgullo y formaba el pedestal de su gloria hecho pedazos, por los ferrados cascos de los bridones extranjeros. Vino para ellos la desesperanza, la tisis del alma.

No se crea, sin embargo, que pretendemos denostar acerbamente aquella interesantísima fase de la evolución social. El dolor es gaje de la humanidad. Todas las transformaciones, todos los cambios, han producido lluvia de lágrimas, regueros de sangre, ayes de amargura. Nace la vida del seno de la muerte, y brota la civilización ahí en donde el exterminio, las convulsiones y el crimen, removieron hasta las heces los caducos sedimentos de pueblos desventurados. El tiempo forma lentamente esa larva que, al calor de la naturaleza, hace surgir en la historia nuevas naciones, que entran de lleno en el cauce del progreso; pero, para pasar del seno de nuestras madres al seno de nuestras tumbas, siempre hay un mar de dolores. En la metamorfosis social, como en la orgánica, todo vive de lo que perece.

Los ínclitos capitanes que conquistaron el Nuevo Mundo, no tuvieron ninguna recompensa por sus bélicos prodigios. Hernán Cortés, Pizarro y Alvarado, recogieron sólo desazones e ingratitudes en su turbulenta carrera. Después de sus días, encargóse la fama de inmortalizar sus nombres, sin que los monarcas hispanos se curasen de satisfacer la deuda de gratitud que les debían por el regalo de un Mundo. ¡Qué mucho, si Cristóbal Colón apenas tuvo un puñado de tierra para sus restos mortales!

A raíz de la conquista, hubo de comenzar el odio que fermentaba entre criollos y chapetones. Eran los unos descendientes de los conquistadores de la tierra, mientras que los otros venían de la Península, cargados de ínfulas por lo común, pero sin ningún afecto, para ejercer el mando sobre pueblos que les eran desconocidos. El sistema obedecía al propósito de que se perpetuase en América el predominio español, porque temían que radicando la autoridad en los naturales de este suelo, surgiese la idea de la emancipación, que cabalmente se fué incubando en los nativos, al verse pospuestos a los advenedizos. No sólo tenían los altos cargos políticos los peninsulares, sino que el comercio, la agricultura, la industria, y hasta la ilustración, sufrían cortapisas en contra de los americanos y en beneficio de los españoles europeos. Se prohibieron ciertas fábricas que podían hacer competencia a las de España. Se tomó empeño en el aislamiento de América del resto del mundo, hasta que aquella compresión hubo de estallar, primero en Nicaragua, con la célebre sublevación de los Contreras y después en el Perú y en México.

Al través de las ideas que prevalecían en los siglos XVI, XVII y XVIII, no era posible que las colonias españolas dejasen de reflejar el atraso y la decadencia que la Península comenzó a sufrir a raíz precisamente de la con-

quista de América. Había renovado España, en la época moderna, la expansión latina de los tiempos de Augusto. Carlos V y Felipe II contemplaron todavía el apogeo de la raza ibérica. Después vino en descenso aquel portentoso poderío, que los errores políticos, los absurdos económicos, las preocupaciones sociales, los abusos regios y la holganza popular, destruyeron por completo. Antes soberbia y ahora desmedrada, tuvo la heroica nación española que soportar las debilidades y vacilaciones de Carlos IV y de Fernando VII. Las leyes biológicas son inexorables así para los individuos como para las naciones.

La atonía, la intolerancia, la falta de trabajo, arruinaron a España y se transmitieron a sus colonias, que heredaron la centralización, las algaradas y el viciado espíritu peninsular, con sus naturales derrumbamientos, sin que al decir todo eso, se pueda desconocer el pasmoso trabajo administrativo, jurídico, religioso y político, desplegado por los monarcas de Castilla, a efecto de perpetuar su mando en la porción más bella y más grande del Nuevo Mundo. El conjunto de aquella legislación merece un estudio serio, mientras que la famosa obra de don Juan de Solórzano y Pereira, intitulada "Política Indiana", es monumento de erudición, doctrinas, disposiciones y reglas, para el régimen de los países hispano-americanos. Es el Derecho público, civil y eclesiástico, de aquellos tiempos.

El río de oro y plata que del Perú y de México corría para España, se filtraba mucho antes de llegar a la Península, a causa de los malos métodos de recaudación, y después aquellos caudales ingentes ni aliviaban las aflicciones de la monarquía, ni hacían más que pasar por las cajas reales, para seguir su curso e ir a parar a otras naciones, que eran las aprovechadas; las enemigas cabalmente de la misma España, de aquel pueblo guerrero, navegante y poeta, que fatigó a la fama con la historia de sus hechos estupendos.

Los conquistadores, que no retrocedían ante ninguna violación de los principios de justicia y de humanidad, en sus luchas contra los naturales de las Indias, ni en el avasallamiento de esta raza, para obligarla a los más abrumadores trabajos, y que además, en sus relaciones con los mismos españoles, demostraban de ordinario los peores instintos, se sentían poseídos de la más ardiente devoción religiosa. Era que durante siete siglos, que duró la guerra de los cristianos con los moros, y que concluyó justamente cuando Colón se aprestaba a descubrir el Nuevo Mundo, se había convertido la cruz en enseña de lucha a sangre y fuego. El cristianismo lo imponían por la fuerza, a estilo musulmán, con procedimientos bizantinos. No fueron, por cierto—ni dada la condición y estado de los indios, podían haber sido—la predicación, ni la fe, sino el miedo y la violencia, los móviles que obligaron a los aborígenes a abandonar su torpe fetichismo. Ni la exaltación fanática del oriental, ni la profunda concepción teológica del latino, eran rasgos tistintivos del carácter de la raza indiana, esencialmente supersticiosa. Si los romanos del tiempo de

Marco Aurelio, tenían al Dios de los cristianos, entre sus antiguos lares y penates, al lado de Minerva y Venus ¡qué mucho, que se vieran las cruces y las imágenes de los santos en los mismos adoratòrios de Gucumatz y al lado sus ídolos. Así como Mahoma y Omar impusieron las formas del islamismo a los pueblos que vencieron, también la conquista de América impuso los ritos cristianos a los indios, y les obligó a abandonar sus ídolos y los sacrificios de víctimas humanas, aprovechando muchas veces los aborígenes las sombras de la noche para volver a sus prácticas primitivas.

Tal fué el contraste entre los dos cultos, que a pesar de los horrores de la conquista, y de las supersticiones, que había mezclado la Edad Media a la pura enseñanza de Jesús, en mucho mitigó el cristianismo el yugo cesáreo de la dominación española. La Iglesia no sólo acogió desde un principio a los indígenas, sino que atenta a las tradiciones de su historia, cumplió la misión de colocarse entre vencedores y vencidos, como único poder suficientemente idóneo y fuerte para hacer surgir un orden social nuevo sobre las ruinas de la conquista. La Iglesia, como en el atronador hundimiento del mundo romano, en los siglos IV y V, moderó las iras triunfantes y enjugó las lágrimas de los sojuzgados. A la hora solemne de la independencia estuvieron los curas al lado de los criollos, como que a esa clase pertenecían, mientras que los obispos y altas dignidades veían cifrada su suerte en el régimen tradicional español. Fueron las órdenes religiosas el escudo que al indio protegía contra las aberraciones, la codicia, la altivez y la fuerza de los conquistadores, que se pusieron muchas veces en pugna con los frailes, porque eran obstáculo a sus inhumanos procedimientos.

El cuadro de la Colonia ofrece obscuros tintes al par que luminosos resplandores, entre cuyos destellos aparece el filántropo Las Casas, como prototipo de consuelo para aquellos infelices indios, cuya racionalidad se negaba por juristas sin conciencia y enconmenderos sin corazón, que creían que el interés y el fanatismo debían sobreponerse al biológico instinto de la existencia de los conquistados. Fué menester que un Romano Pontífice declarase que eran racionales. Las Leyes de Indias revelan los buenos propósitos de los monarcas castellanos, superiores de todo en todo a la rudeza de los tiempos, siquiera fuese su mira perpetuar lo más posible el regio poderío en América, mientras que la explotación, el violento proceder de los conquistadores y los manejos interesados de los encomenderos, eludían la eficacia de las benévolas disposiciones españolas. Cuando los señores del Consejo de Indias consultaron al trémulo y enfermizo don Carlos II, la real cédula en que se ordenaba a los gobernantes de estos países el exacto cumplimiento de las disposiciones encaminadas a respetar la libertad de los naturales y darles humano trato, escribió el **Hechizado** monarca estas nobles líneas: "Quiero que déis satisfacción a mí y al mundo del modo de tratar a esos mis vasallos, y de no hacerlo, con que en respuesta de esta carta vea yo excusados mis

reales designios, me daré por deservido, y serán impuestos exemplares castigos, a los que hubieren excedido en esta parte; y asegúroos que, aunque no lo remediéis, lo tengo de remediar, y mandaros hacer cargo por las más leves omisiones en ésto, por ser contra Dios y contra mí, y en total ruina y destrucción de esos reinos, cuyos naturales estimo, y quiero que sean tratados como lo merecen vasallos que tánto sirven a la monarquía y tánto la han engrandecido e ilustrado."

Los reyes de España, dando oídos a su interés, vieron a los indios como a súbditos, porque así engrandecían sus dominios, mientras que los conquistadores, cediendo también a su interés, y creyendo tener derecho de sacar utilidad de todos los sufrimientos y peligros a que se habían expuesto, no podían dejar de explotar a los conquistados, ya que el fín de enriquecerse los había traído a la vida aventurera, con tantos riesgos y privaciones acometida. Siempre el interés será el principal móvil de las acciones humanas. No fueron, por cierto, la filantropía y la caridad las que inspiraron a Cortés y a Alvarado. Las bulas de Alejandro VI, de 3 y 4 de mayo de 1493, en que los españoles pretendieron fundar la conquista, reconocida entonces por legítima en el mundo entero, reposaban en el principio absurdo, pero dominante en aquella época, de que los paganos e infieles no poseían legítimamente sus tierras, ni sus bienes, y que los cristianos tenían derecho de quitárselos (3) motivo por el que los conquistadores creían verdaderamente que era grato a los ojos de Dios apoderarse de los indios mismos. En todas las épocas significó la conquista ominosa servidumbre. El choque de una civilización avanzada con otra rudimentaria, hace sucumbir la raza débil. Los cambios o crisis de los pueblos se efectúan entre ayes de dolor, quedando apenas, en los supremos instantes de sus desfallecimientos, vagos perfiles de su idiosincrasia y tristes memorias de sus aspiraciones. No fué en modo alguno deliberada la proscripción de los aborígenes: se produjo por numerosas causas de la época, religiosas, políticas, sociales, económicas e históricas, como se hace la malla infranqueable de bejucos, fibras y ramaje en el fondo de las selvas.

La autoridad de los emperadores de Roma fué por lo general el tipo de los gobernantes de América. La divinización del trono, el simbolismo pretoriano, la ignorancia—entonces general en el mundo—de los principios que vivifican y fecundan a los pueblos, la canonización de los privilegios fiscales, de las iglesias y de los menores, la teocracia absorvente, y la complicadísima armazón administrativa y judicial, que trituraba al laberintoso derecho, al pasar por tanta rueda y al encontrarse comprimido por tan variados resortes, a tal punto que la justicia solía envejecer a fuerza de trámites y la administración se dificultaba entre aquella balumba de triquiñuelas y formularios del **Utroque Jure**, de la **Política Indiana**, de la **Curia Filípica**, y de tantos códigos

---

(3) J. W. Draper. Histoire du développement intelectuelle de l' Europe. Paris. 1869. tome 3º p. 90.

como prevalecían, desde el **Fuero Juzgo** hasta la **Novísima Recopilación** y las **Leyes de Toro**; todo eso, unido a otras causas de la época, fueron la ruina de España y de sus colonias.

La mezquindad golillesca cundió en América con el prurito casuístico de expedientarlo todo y embrollar lo más sencillo, de tal suerte, que el elemento oficial letrado y el eclesiástico, masticaban cuanto caía en las curias, y venían resultando los asuntos cual mariposas sobadas que hubiesen perdido el polvillo de su alas, luengos años después de ser crisálidas.

El primer siglo de la dominación española fué esencialmente militar. Durante la conquista y en el belicoso reinado de Carlos V y de su hijo Felipe II, era guerrero el carácter de los tiempos. Después hubo de echar raíces la dominación pacífica del clero y de las audiencias reales, pudiendo decirse que sobrevino la centuria—1598-1713—teocrático-civil de la colonia. Por último, empieza en el siglo XVIII, nueva vida para la América española, saliendo hasta cierto punto del aislamiento en que la había tenido la dinastía austriaca, y aspirando algunos efímeros efluvios de libertad, durante el reinado de Carlos III.

El sistema colonial tuvo que reflejar, durante su mayor lapso, el carácter de la monarquía de Carlos V y de Felipe II; resentirse de restrictivo, como lo aconsejaban los erróneos sistemas económicos de aquellos tiempos; ostentar tinte teocrático, como lo requería la manera de ser religiosa de entonces; ser reverente hasta el fanatismo por la **sacra real majestad,** puesto que el rey representaba la autoridad divina sobre la tierra. Pero, no por eso, dejó de haber una inmensa labor administrativa, que produjo desarrollo en las esferas sociales y vino formando la nueva sociedad américo-hispana actual. Claro es que no se aspiraba—ni era dable aspirar entonces—al progreso como hoy se entiende, porque fueron otras las tendencias de la época. Querían los reyes que, según una expresión en boga, fuesen sus magistrados muy **recoletos.** Ni los afectos, ni los negocios, eran permitidos a los altos funcionarios, quienes ni podían casarse, ni cultivar amistades, ni ejercer comercio alguno en el territorio de su mando. Esa incomunicación de los jefes con sus subordinados no llegó a dar benéficas consecuencias. Ni las quejas elevadas al soberano, ni las apelaciones al Supremo Consejo de las Indias, ni los juicios de residencia, ni las penas severas, ni el santo temor de Dios, eran bastantes a remediar los abusos, que por cierto no fueron tan frecuentes, en los tiempos de antaño, como muchos creen.

El demonio hacía entonces importantísimo papel; hasta el punto de que no hay códigos, historias, tradiciones, ni consejas, en que no aparezca mezclado el rey de los avernos (4). Parecía que en Europa y América hubiese

(4) En la curiosa obra antigua "Ruiz Montoya en Indias" se dedican los capítulos XVII y XVIII a referir los lances de una linda doncella endemoniada, que dejó de ser enamora iza a fuerza de exorcismos. ¡La credulidad y la ignorancia forjaban absurdos!

entrado una epidemia demoniaca en aquellos viejos tiempos, que daban gran trabajo a los exortistas para andar sacando a satanás de los nerviosos cuerpos de los infelices poseídos. La inquisición quemaba a muchos, y los médicos, teólogos y legistas, creían a pie juntillas en brujos y hechizos. Los indios americanos eran muy dados también a las artes diabólicas, explotando la credulidad y el fanatismo hasta para sus tentativas levantiscas.

En aquellos obscuros tiempos reinó en todo el mundo la superstición de las artes mágicas. Se creía en encantamientos, brujerías, maleficios, exorcismos, nigromancias, adivinaciones, augurios, presagios, oráculos y otras mil patrañas (5).

Fué la época de fanatismo, preocupaciones y férrea dominación. Los españoles serían crueles; pero no les iban en zaga los italianos, franceses, ingleses, turcos, y cuantos vivieron en aquellos siglos. César Borgia, Luis XI, Eduardo IV, y todos los monarcas de tan rudo ciclo, no se mostraron más humanos que don Pedro el Justiciero. A Vanini le arrancaron, como a otros muchos, la lengua con unas tenazas, en Francia; a Bruno lo echaron a una hoguera, en Roma; en Inglaterra martirizaron, entre innumerables inocentes, a Tomás Moro y quemaron a Juana de Arco y a Juan Huss. Calvino hizo morir inícuamente a Miguel Servet, llenando de sangre el orbe. Mahomet II, al cuestionar con el artista veneciano, Gentil Bellini, sobre el tamaño del cuello, en la célebre pintura de san Juan Bautista degollado, llamó a uno de sus servidores, y cortándole de un tajo la cabeza con su cimitarra, exclamó: ¡ahí está! ¿no decía yo que el pescuezo que pintásteis estaba demasiado largo?..... En las costumbres, en las leyes, en la religión, en todo, prevalecía la crueldad. El hombre era nada, el individualismo no se reconocía y dudósé hasta de la racionalidad del indio. No hay que olvidar, pues, que el mundo entero—no solamente España—atravesó aquella época, que si fué sombría, se mostró tan grande, como que sirvió de génesis a la transformación de la historia, que completó el planeta e hizo viable la libertad. En pleno siglo XX ¿cómo han procedido los alemanes, ingleses, rusos, franceses, y hasta los norte-americanos? Si el padre Las Casas escribió con sangre los horrores de la conquista española, la civilización consigna con vergüenza, las abominaciones ejecutadas actualmente en Europa, Asia, Africa y Filipinas.

La organización de los virreinatos y de las capitanías generales de la América española se basó precisamente en la preexistente manera de ser y de gobernarse que los indios tenían. Ora formaron comunismos teocráticos, no ya en favor del régulo, sino en pro del fraile o del encomendero; ora el socialismo gubernativo se explotaba por medio de los mismos señores principales indios, en beneficio del conquistador o del cura; ora la plebe indiana, cual rebaño de carneros, era dominada primero por sus caciques, luego por los gobernadores,

---

(5) White, Histoire de la lutte entre la Science et la Theologie, chap XV, pag. 336.

en seguida por los Magistrados de las Audiencias, presidentes y virreyes, mientras allá en España, dictaban leyes los monarcas iberos, con todo el aparato del Consejo de las Indias.

Los dominios de S. M. tenían aproximadamente cuatrocientos treinta mil leguas de superficie y catorce millones de súbditos, según el censo de 1799. Ese extensísimo y despoblado territorio no cultivaba relaciones con el resto del mundo; casi permanecía aislado del antiguo, por el sistema prohibitivo.

Así y todo, demuestra la historia que los ayuntamientos tuvieron independencia e importancia, representando con integridad y decoro los intereses comunales. Cada cabildo, dice Quesada, era la tradición local del amor de la niñez, de la juventud y de la edad madura, que surgía al tañido de la campana de la aldea madre. Por lo común, ni los virreyes, ni los capitanes generales, cuyo poder tenía correctivo y limitación por el de la Real Audiencia, traspasaban sus facultades. Las raras y ruidosas contraversias jurisdiccionales, así como los ecándalos, que alguna vez, produjo el peculado, pruebas son de que ni la arbitrariedad, ni menos el bárbaro pillaje de los caudales públicos, habían constituido sistema **canallocrático.**

La historia de la época colonial no será una brillante narración de grandes convulsiones y de principios deslumbradores; pero constituye el génesis de un período de crecimiento, interrumpido a las veces por una invasión pirática, por una reyerta entre ambas potestades, por alguna divergencia entre las órdenes religiosas, por la recepción de un presidente, por un acto doctoral, por la ejecución de un reo, o en fin, por la plausible nueva del nacimiento de un vástago de la familia regia de España. Época tranquila, que sirvió de larva para la formación de un gran pueblo, que después de aquellas fases lentas de evolución poderosa, apareció en el mundo como resultado de la conquista española en la parte más bella del nuevo continente. Sufren lamentable error los que ven en todo, durante la colonia, atraso y absolutismo. Echando una mirada sobre las artes retrospectivas, las labores mecánicas, la agricultura, las ciencias, y el desarrollo común, se encontrará en esta historia que los edificios que había en la antigua capital del reino de Guatemala y los que aquí en la nueva se levantaron, revelan gran mérito arquitectónico; en pintura, los cuadros de San Francisco, Santo Domingo, el Calvario y muchos más que mencionaremos, son de indiscutibles, grandes maestros; en música, hubo familias de filarmónicos notables; en astronomía, en historia natural, en poesía descriptiva, dejaron luminosa estela los fastos antiguos; el añil, el cacao, el bálsamo, la ganadería, produjeron riquezas considerables; en punto a fábricas géneros y tejidos, no se han hecho después ni superiores, ni de tan diversas calidades. Podrá descubrirse, sin apasionamiento, ni obsecación, que aquella época, más censurada que bien comprendida, tuvo para Guatemala, en medio de sus grandes defectos, y del vicio de los tiempos, mucho digno de perpetua memoria y merecedor de particular encomio, siempre con el tinte patriarcal ,saturado del

misticismo de la sociedad española antigua. Los sentimientos, las costumbres, las ideas de un pueblo, son como gigantescas estalagmitas formadas por la serie lenta, pero constante, de no pocos errores políticos, religiosos y económicos, que trascienden siempre en las transformaciones de las sociedades. El veredicto de la filosofía debe fundarse en los resultados generales, sin salir del ambiente de aquellos tiempos, ni prescindir de las instituciones que informaban la cultura de la época.

El reino de Guatemala tenía sesenta y cuatro mil leguas cuadradas, con una población, en su mayor parte de indígenas, que apenas llegó a ser de un millón de habitantes. La propiedad se hallaba estancada en pocas manos. Las tierras de los indios eran precarias, poseídas a censo o a título de comunidad, y de tal suerte cultivadas, que sólo les producían para el pago del tributo, para su rústico alimento, para su tosco vestido y para sus cofradías y cajas de comunidades. Los repartimientos, el cargar sobre sus espaldas, a guisa de bestias, los artículos del tráfico, la composición de los caminos, la construcción de edificios, y en fin, todo lo que era servicio penoso, estaba reservado a los infelices aborígenes, cuyo número llegó, a principios del siglo XIX, a seiscientos mil cuatrocientos sesenta y seis. Los pardos y algunos negros, ascendían a trescientos trece mil treinta y cuatro, y formaban una casta menos útil por su innata flojera y abandono, al decir del informe que el Real Consulado de Comercio envió a las Cortes de España, en 1810. La tercera clase, de los blancos, ascendía a unos cuarenta mil, entre agricultores, mercaderes, empleados, eclesiásticos, etc. Algunos de los hacendados poseían miles de caballerías de terreno inculto, dedicado a la crianza de ganado, y los otros, tenían obrajes de añil, que era artículo de importancia y valor. El ganado vacuno producíase sobre todo en haciendas o estancias remotas de las provincias, y se traía a repastar en praderas o **potreros**, para abastecer de carne la capital, formándose así un tráfico, entre cierto orden de personas, que ni correspondía a la agricultura, ni al comercio decididamente, como se explica en la Real Cédula de Erección del Real Consulado de Comercio. El azúcar, la **rapadura**, el algodón, el trigo y algunos artículos más, eran sólo de tráfico interior, sin poder extenderse a la exportación, a causa de las inmensas distancias, falta de caminos y dificultades para embarcarlos. Pocos fueron, en los últimos tiempos, los agricultores ricos, dado que, la mayor parte reconocía sobre sus propiedades capellanías, hipotecas y otros gravámenes, al par de sus valores. Apenas hubo unas treinta casas de comercio, que directamente recibían de Cádiz, por el golfo de Honduras, géneros europeos, por valor, en todo el gran reino de Guatemala, de un millón de pesos, para realizar esas mercaderías en tiendas y almacenes. Los retornos los efectuaban en añil, cuando los ingleses no oponían obstáculos a la navegación o la langosta no menoscababa las cosechas. Los conventos de frailes eran ricos y la existencia monótonamente triste, bien que

la sencillez en las costumbres y los hábitos de moralidad y buena fe, hacían poco frecuentes los delitos, dando tinte patriarcal a la vida de nuestros abuelos, exenta del egoísmo, de las preocupaciones materiales, de la avidez de los goces que se compran, de la fiebre de las ambiciones sórdidas, de la postración abyecta ante el becerro de oro y de la adulación afanosa de hurgar términos encomiásticos para recojer algún mèndrugo del presupuesto. En aquellos tiempos no se aumentaban las necesidades ficticias del lujo corruptor; los celos de las fortunas y de los rangos no roían los corazones, ni se sujetaba todo a la ley del cálculo, ni se medían las horas de la vida por el resultado de las ganancias. La astucia, la intriga, el dolo y la violencia, no se habían infiltrado por todas las capas sociales. Se vivía más despacio y con menos zozobras y amarguras. La vida se dejaba sentir como el sueño de una reposada digestión.

En esta historia hemos procurado bosquejar las costumbres de antaño, trasladando al lector a aquellos tiempos en que la Muy Noble Ciudad de los Caballeros de Guatemala era la segunda capital de América, la metrópoli que llevaba el nombre de **Santiago,** de aquel Cid teológico, que en alas de sentimientos medioevales, vino a protejer a los españoles de la conquista, como había protegido en Toledo, Córdoba, Castilla y Calatañazor, a los defensores de la cruz. El **Señor Santiago** fué el que hizo que Valencia se desciñera sus grillos de sultana, para rendirse y entregarse voluptuosa y rica al invicto Campeador; y en su blanco corcel, espada en mano, el apóstol de Compostela, puso la cristiana enseña sobre la Alhambra, para que luciese ahí, como brilla en la vía láctea **el Camino** que lleva el nombre del más semita de los discípulos del Salvador del Mundo. El **Señor Santiago,** al dilatarse la tierra y venir aquende el mar la civilización greco-romana, acudió a protejer a don Pedro el Conquistador, dejó su nombre a la Iglesia Metropolitana de Guatemala, y hasta el indio vencido, al grito del apóstol, venera temeroso al santo caballero. ¡Tánto puede la credulidad entre los hombres!

Hemos analizado, en el tomo segundo de la presente obra, las causas que determinaron la emancipación política de la metrópoli, poniendo término al gobierno colonial, que quedará juzgado sin intemperancias, ni componendas, y no por cierto espigando aquí y ahí algún episodio, algún suceso, entre balumba atrofiada de confusas causas y géneros diversos, como quien más se aventura al acaso de lo que encuentra, sin consagrarse al completo y filosófico resumen de lo que a cada ramo social y administrativo incumbe. Resultará, cuando todo se haya dicho, heroísmo, codicia, fe, fanatismo, abnegación, crueldad, prodigiosa labor administrativa, errores económicos, memorables leyes, fuerza de creación y germen de las florecientes nacionalidades hispano-americanas—que el descubrimiento y conquista de América fué el hecho más trascendental y portentoso en la historia de la humanidad.

Cuando se realizó la epopeya de la independencia política, no había en estos países américo-hispanos más que dos ciudades dignas de atención; Mé-

xico y Lima, porque la Antigua Guatemala, que llegó a ser la segunda de las metrópolis, ya estaba arruinada por el terremoto. Don Antonio José de Irrisarri iba más lejos, decía que, "por entonces, no había más que una sola ciudad, México, dado que Lima no presentaba todavía el aspecto de gran capital. A mí no me dió otra idea esta ciudad, agregaba el ilustre guatemalteco, sino de un lugarón mal edificado, de triste apariēncia, aunque en el interior de las casas se ostentase lujo de mal gusto, que nada contribuía a la comodidad, y en absurdo maridaje con todas las demás cosas. Allí se notaba la falta de lo más útil entre la sobra de oro, plata y aromas. Las capitales que yo visité en aquel tiempo, desde México hasta Buenos Aires, estaban lejos de corresponder a lo que era de esperarse de su antigüedad y de la fama de riqueza de tales regiones. La metrópoli de Chile, el país más fértil de la América del Sur, era una ciudad de mala fábrica, de pésimos empedrados, con sus viviendas mal amobladas, y en donde un puente de calicanto, un tajamar a la orilla del río, una casa de moneda, sin concluirse, y unos cuartuchos en medio de la plaza, eran las únicas obras que parecían emprendidas por hombres civilizados. Las artes y los oficios se hallaban ahí en estado más deplorable que en los más tristes pueblos de Guatemala. El que ahora vea a Santiago y sus alrededores (1845) con sus hermosas quintas a la inglesa; el que halle en sus cafés y posadas la limpieza de Europa; el que visite aquellas tiendas y almacenes tan bien surtidos y en donde se tienen las mercaderías extranjeras a tan corto precio; el que observe el exquisito gusto con que están las casa provistas, y los cómodos y lucidos carruajes, qua ya son obras de los fabricantes del mismo país, haría muy mal en creer que aquello se había producido en más de treinta años. No, el Chile de hoy (1845) no es el Chile del año de 10, ni el del año de 20 del siglo XIX. Este Chile con su gran agricultura, con su extenso comercio, con sus nuevas artes, con sus modernas industrias, con su viril genio, con su creciente prosperidad, civilización y riqueza, es la obra exclusiva del trato con los ingleses, franceses y con todos los extranjeros que han introducido ahí su gusto, usos y costumbres. Valparaíso, que ha dado a Chile todo el sér que tiene, no es una ciudad, ni un puerto chileno, sino porque está en el territorio de aquella república; es una población de cosmopolitas, de negociantes de todo el mundo, que han hecho de un miserable lugar, que era aquél, en tiempo de los españoles, una ciudad importantísima, de donde se ha comunicado a todo el país la cultura y la riqueza. Los chilenos han tenido el buen juicio de dejarse conducir por los ejemplos de los que podían ilustrarlos, y son sin disputa alguna, así como los argentinos, los americanos españoles que han sacado las ventajas que todos debimos propornernos en nuestra emancipación de España. Ellos serán con el tiempo los que vean sus países más florecientes, por que el impulso está ya dado, y sean cuales fuesen los acontecimientos, que sobrevengan, las semillas esparcidas en aquellas tierras fecundas y bien dispuestas, germinarán por sí mismas y han de dar opimos frutos. Allí los hombres, cansados muy pronto

de perder el tiempo empleándolo en cuestiones políticas, que no son entre nosotros sino cuestiones de hombres o de personas, han conocido que el interés social no radica sino en la prosperidad de todos los individuos, y que esa prosperidad no es obra de las teorías que dividen en facciones opuestas, sino de la práctica de aquellos principios que todos reconocen como indisputables."

La profecía que hizo, hace cerca de un siglo, el insigne Irisarri, a quien se debe en gran parte la independencia de siete repúblicas de este continente, hubo de realizarse; Chile ha venido con paso seguro hasta la cúspide de su destino Los tres mil maestros de escuela que educan y enseñan hoy a trescientos mil niños, son los apóstoles de la buena nueva, en aquella larga faja de tierra, que exporta múltiples productos por valor de doscientos millones de pesos oro, sin contar con todo lo que sale de sus talleres y fundiciones, en que se fabrican máquinas, puentes, rieles, locomotoras, calderas y cuanto para buques y ferrocarriles necesita aquel país y varios otros de Sud América, a donde, en competencia con Europa y con los Estados Unidos, van los vapores chilenos a expender el sobrante de su próvida riqueza.

¿Qué eran las Provincias del Río de la Plata durante el gobierno español? ¿Qué fué el extensísimo virreinato del Perú? ¿Qué se hizo todo el oro de aquellas minas? Jamás pudo presumirse, en los tiempos del gobierno metropolitano, que cien años bastarían, o mejor dicho cincuenta de libertad y de orden—después de la caída de Rosas—para que la Argentina exportara riquezas por valor de más de trescientos millones de dólares cada año; para que pacieran en sus pampas treinta millones de reses vacunas y doscientos millones de carneros; para que en sus fecundos valles creciesen lozanas las espigas, que rinden más de cuatro millones de toneladas de trigo; para que la gentil Buenos Aires prospere y se engalane a diario, hasta ser ya en la tierra la segunda ciudad de la raza latina.

Lo que fué verdaderamente lamentable, causa y origen de nuestras antiguas luchas, consistió en que la intolerancia, la indolencia, el espíritu autoritario, los exclusivismos y odios de partido, predominaran en política. Nosotros entramos en la lucha de la independencia con principios muy diversos y educación diametralmente opuesta a la educación y a los principios que tuvieron los americanos del Norte. Fué nuestro modelo la revolución francesa, con sus hechos sangrientos e intolerantes procederes. Nos parecían superiores Marat y Robespiérre a Washington y a Jefferson. Los pueblos que no evolucionan, ni están preparados a transiciones políticas, se anarquizan .

España y sus antiguas colonias tuvieron que padecer larga y penosa dolencia—según la gráfica expresión de Núñez de Arce—y han sufrido una enfermedad letárgica que aniquila insensiblemente, como esos árboles de la India, bajo cuya sombra el viajero inadvertido busca descanso, se duerme y no despierta.

En toda la América latina se levantó, después de la guerra de independen-

cia, el huracán revolucionario. Aquel desbarajuste anárquico no era peculiar a la América Central, en donde no había unidad geogáfica, ni menos política. La desmembración se extendía desde las pampas argentinas, desde las riberas del río de la Plata, hasta las feraces campiñas de México. En toda la América española cundió el vértigo del fraccionamiento, a raíz de la autonomía; porque desgraciadamente predominó el espíritu militar. No teniendo ya poder extranjero a quien combatir, combatían unos de los nuevos estados con los otros. El vigor de pueblos nacientes e ignorantes, deslumbrados por teorías nuevas; el fermentar de intereses opuestos entre razas heterogénaas; los funestos cancros de la teocracia y del militarismo; la extensión vastísima y poco poblada de los territorios de las nacionalidades recién creadas; lo pausado, tardío y débil de los resortes administrativos en gobiernos que se apellidaban republicanos; y los inveterados odios de las provincias a las capitales ¿qué habían de dar por resultados, sino la división y el caos, el desorden, la anarquía y las dictaduras tiránicas? Chile hubo de salvarse por su posición geográfica, entre el mar y la cordillera. Durante aquella conflagración, estuvo exenta de ella la tierra de los araucanos, como el arca salvada del diluvio permaneció a flote hasta sentarse en la cima de un monte. Chile no cayó en dictaduras militares, porque tuvo el buen sentido, como dice Alberdi, de darse una constitución monárquica en el fondo y republicana en la forma, anudando a la tradición de la vida pasada la cadena de la vida moderna, sin proceder **per saltum.** En la América española los partidos políticos no luchaban en el campo de la discusión, en el terreno legal, sino destrozándose los unos a los otros y manteniendo vivos la alarma y los odios. Con razón exclamaba Macaulay que el resultado de las violentas animosidades de los partidos ha sido siempre la indiferencia por el bien general; que ahí, en donde las pasiones políticas están enardecidas, sus adeptos se interesan no por la masa toda del país, sino por la parte de él en la cual militan, siendo a sus ojos los demás como extranjeros, peor que enemigos, más dignos de exterminio que piratas, a quienes no debe darse cuartel. El odio más profundo e inveterado que puede inspirarles un pueblo extraño, es amistad, si se compara con el que sienten por esos enemigos domésticos, con los cuales viven encerrados en un corto espacio, con quienes han establecido comercio de insultos, y de los que sólo aguardan el día que triunfen, tratamientos peores aún que los que pudiera imponerles un conquistador venido de luengas tierras."

Las autocracias, que en algunos países de hispano-américa han obstaculisado la evolución necesaria a los pueblos y su desarrollo espontáneo y armónico, han producido a las veces el estallido revolucionario, por falta de válvulas de escape que dieran salida a eso vapores sociales, mucho más vigorosos que los gases comprimidos. En México desencadenóse la guerra intestina en cuanto se rompieron las compuertas que la mano férrea del general Díaz había levantado por décadas. La levadura, amasada por años, tenía al fin que fer-

mentar. Cuando hay cancros sociales, como los que hubo en Francia desde Luis XIV, hasta que la revolución hundió las caducas bases de instituciones muertas, surgen pasiones que espantan, pero que en sus titánicas luchas, purifican la atmósfera popular, cual la tempestad las regiones celestes. Renacen instituciones, aparecen nuevos derroteros económicos, vigorizan el cuerpo social y continúan las asociaciones jóvenes purificadas y pujantes.

La evolución y la herencia son factores del progreso. Las modificaciones fisiológicas y psíquicas se hacen orgánicas e imprimen otras nuevas a las generaciones siguientes. Las causas se suceden; pero, como dice Aristóteles, todo propende a la unidad, a la causa de las causas (6).

Refiriéndonos a América, se presenta el hecho notable de la diversa suerte que han venido corriendo los países conquistados por la raza ibera, en comparación de los colonizados por raza sajona. En los Estados Unidos fueron los mismos descendientes de los emigrados de Inglaterra, fueron individuos de la misma sangre, los que proclamaron la indepencia, que para ellos vino a constituir verdaderamente la emancipación política de uno de los hijos legítimos ya núbil. En la América española, al decir de Riva Palacio, la independencia la conquistaba un pueblo nuevo sobre la haz de la tierra, una raza nacida del cruzamiento de los españoles con los indios, que llevaba, en sus caracteres físicos y morales, el coeficiente de los opuestos que había recibido de sus progenitores. Rebeca sintió en su seno la lucha de dos gemelos, que debía dar a luz como anuncio de la lucha entre dos pueblos, que de aquellos hijos debían descender; la raza hispano-americana lleva en su idiosincrasia el sello del combate que entre sí libraron, por tanto tiempo las dos estirpes que contribuyeron a formarla. La desconfianza, el disimulo, la pasividad, la indolencia y el fondo de tristeza de la raza vencida, por una parte, y por la otra, el heroico esfuerzo, la arrogancia autoritaria, el idealismo, de la raza vencedora, presentan el abyecto sufrimiento, unas veces, y el espíritu levantisco, en ocasiones, como rasgos atávicos de la fisonomía de los pueblos ibero-americanos. Siguiendo las leyes de la vida, las razas se enlazan con las razas, de donde resulta fuerza de crecimiento y fecudidad social; pero es fenómeno histórico, que la raza transmigrante sobrepuja a la raza nativa. En América está pronunciado el fallo de destrucción sobre el elemento indígena puro, que en ese inmenso océano de muerte, dejará flotando apenas unas cuantas palabras de sus antiguos idiomas, que sobrenadarán en el tiempo, como van entre las olas los restos de un naufragio; y ocultos por los bosques monumentos curiosos, que cual mudos testigos, recordarán al viajero las reliquías de civilizaciones muertas.

Para explicar la diferencia que ha habido entre la suerte de los Estados Unidos y la de las repúblicas hispano-americanas, basta echar una ojeada sobre la historia de ambos países. La soberanía individual que prevalece en la Gran

---

(6) Historia Universal, por Guillermo Oncken, tomo I. Discurso preliminar, pag. 3.

República, el culto al trabajo, la instrucción primaria admirablemente popularizada, desde un principio, la expansión de las energías de cada uno, sin trabas ni obstáculos, el sentido práctico en ejercicio, la descentralización oficial, la libertad sajona que ilumina y no incendia, el espíritu cristiano, tolerante y civilizador, que caracteriza a aquellos cien millones de hombres, han formado la primera fuerza económica del globo, la confederación más respetable y poderosa del Nuevo Mundo.

No puede negarse que la posición geográfica ha sido además una circunstancia favorabilísima para el progreso de los Estados Unidos; progreso cuyo factor principal ha sido la inmigración europea, puesto que sin población, o con territorios poco poblados, no se puede alcanzar el rango de gran nación. Ni la raza inglesa, ni las instituciones coloniales, fueron las únicas causas de aquel fenómeno que asombra, y que sin embargo, es perfectamente natural y lógico (7).

No son sólo los gérmenes de las instituciones heredadas de los españoles los que han impedido en la América latina que estos países hayan desarrollado al nivel de la gran república del Norte, sino la falta de población. Desde que el cauce inmigratorio se ha abierto hacia la Argentina, el Brasil y Chile, surgió ahí también nueva vida.

Hoy que los lugares cálicos se sanean perfectamente, y que con el canal interoceánico se ha de dar inmenso impulso a la América del Centro, afluirán, de los Estados Unidos mismos y de Europa, los excedentes de población, que luchan por hallar vida; porque no los ahogue el capital, cuyas fauces hambrientas devoran, casi sin retribución, los cansados músculos del infeliz obrero. El proletariado del Viejo Mundo, el industrialismo, buscarán elementos de existencia en tierras fecundas. Si fatigada Europa, después de la caída de Napoleón el Grande, afluyó a la América del Norte, presa de terror, acudirá, al cesar la conflagración armada, a nuestras playas en pos de desarrollo, tranquilidad y trabajo remunerativo. Todo problema resuelto, plantea un nuevo problema.

En el lugar que corresponde de esta historia, trataremos con alguna extensión, tales materias, que ahora apenas esbozamos; hemos de probar que nuestra raza tiene las energías latentes de toda grande originalidad no ejercitada, y que una vez lanzadas a la actividad esas energías, la ponen en aptitud de hacer todo lo que en la civilización y en el progreso han realizado y realizan las razas más veteranas.Entre las ruinas de otras edades, al pie de los muros de los antiguos templos, a la sombra que aún proyectan los edificios destruidos de las poblaciones que los españoles dejaron, evócanse recuerdos que, cual furtivo rayo de sol, iluminan las memorias muertas. Nuestra historia es nuestra vida pasada. Es la vida de nuestros padres; es el complemento de nuestra

---

(7) El Visconde de Ouguella, en su libro "*As Expiasóes.*"

propio existencia; es el area que guarda los fastos de todo lo grande y caro que nos ha precedido en el tiempo. Como entre los átomos de la materia, exclama Echegaray, encuéntranse fuerzas atractivas y repulsivas, existen entre los hombres atracciones y repulsiones poderosas. Una de las poderosas atracciones es el idioma: hombres que dicen de la misma manera **Madre, Patria y Amor,** siempre serán hermanos.

La zona fecunda, del admirable istmo Centro-americano, ha de alcanzar muy presto, todo el desarrollo a que está llamada, merced a su posición y recursos. Se aproxima una época nueva para esta tierra, con la unión de ambos océanos, por medio del canal. Ha de llegar a ser emporio de riqueza el suelo en que crecen las palmas, se erizan los cactus, mecen sus cabelleras los pinos, ostentan rubíes los cafetos, yérguense orgullosas las azucaradas cañas, y semejan los maizales blondos escuadrones de verdes alfanjes; en donde las gasas argentadas de caprichosas nubes cubren amorosas las cabezas calvas de los airados volcanes; en donde las ardientes regiones tropicales, las tibias mesetas, los frescos valles y las frías crestas de los montes, ofrecen todos los climas, con variados frutos; en donde la naturaleza deja oír desde las salmodias del romance morisco, desde la algarada del flamenco cantar, hasta la tristeza osiánica, la nota repetida, de la marimba indiana; desde el rumor del río hasta el retumbar de la cascada; en donde el tipo andaluz de la mujer más bella, forma contraste con el bronceado color de la india pura, sin vencer, en los florales juegos, a la cuarterona de ojos de almendra, marfilino color, talle de mimbre y corazón apasionado. El momento histórico que levante a la América sobre el orbe entero, no está lejano. Al partir la civilización el istmo, se ha ensanchado el tráfico; pero más aún se ensanchará el pan-americanismo. La influencia de la Gran República es incontrastable; pero también la virilidad de la América latina es de pueblos jóvenes, que tienen un comercio anual de 2,810.000,000 de dólares.

El Mundo de Colón está dividido en dos hemisferios, que encierran el futuro de la humanidad. No se han de realizar las profecías de Demolins, cuando dice: "¡En el Norte, el porvenir que se levanta: en el Sur, el pasado que desaparece!—Nó; es también **el porvenir,** que encontrará núbiles a las repúblicas iberas, que ocupan la mayor parte del territorio de América. No hay tal inferioridad de la raza latina respecto de la sajona, ni hoy puede nadie proclamar la pretendida teoría de razas superiores. La América española está en condiciones de suma vitalidad, y bien puede afirmarse, con el publicista Acosta, que, así como hace falta que un hemisferio se contraponga a otro hemisferio, para asegurar el equilibrio material del astro, la humanidad terrestre necesita del espíritu latino, inspirado, poderoso y grande, contrapuesto al materialismo sajón, para establecer el equilibrio moral, en el juego infinito de la historia (8).

---

(8) Estudios jurídicos y sociales. Página 286.

BIBLIOGRAFIA HISTORICA DE LA AMERICA IBERA

La literatura histórica américo-hispana es rica, interesante y poco conocida, en su conjunto, a causa de no existir el tráfico que debiera entre todas las repúblicas de origen ibero, especialmente en materia de libros antiguos y modernos.

Han quedado obras originales de los indios, como los **Códex**, que se encuentran en bibliotecas extranjeras, el **Popol-Vuj**, algunos memoriales, y otros documentos salvados de la destrucción inclemente de los fastos de América.

La Historia de las Indias Occidentales, empezó, se puede decir, para los europeos del siglo XVI, con el descubrimiento hecho por Cristóbal Colón, quien obtuvo noticias de los pueblos de estas apartadas regiones, sus habitantes, productos y riquezas, que tanto sorprendieron al Viejo Mundo. Nada de lucubraciones antropológicas y etnográficas : todos eran cronistas, deseosos de saber el mayor número de hechos para formar sumarios, apuntamientos y relaciones históricas, pero sin cuidarse de otra cosa que de narrar las portentosas hazañas de los heroicos hispanos, la grandeza de los imperios descubiertos aquende el océano y las crueles batallas que reñían, para apoderarse de sus hieráticas ciudades.

De la época precolombiana no había para que ocuparse. Se estudiaba el presente, sin volver la vista al pasado. Importaba poco lo que hubieran sido aquellos seres cuya racionalidad poníase en duda. Sus teogonías eran simples abominaciones. El fanatismo y la codicia, hijos del tiempo, produjeron vértigo cuyas siniestras luces iluminaban una hecatombe horrorosa, sin permitir contemplar, junto con los esplendores de la nueva tierra, la interesantísima historia de las naciones conquistadas.

Tras del árido campo de la crónica, vino la región serena de la teoría social, de la historia filosófica, del proceso científico, dando importancia a la serie de civilizaciones anteriores, a la cultura de los grandes imperios y notables ciudades de esta gran parte del mundo.

Hubo de resultar que los monumentos de arte indígena contaban antigüedad mucho mayor que la reconocida al mundo por la Biblia. Los jeroglíficos americanos acusaban dinastías y hechos anteriores en miles de años a los de Siria, Egipto y demás pueblos asiáticos. Los progresos de la geología y de la etnografía a la par de los rumbos positivistas de la evolución contemporánea, han dado interés marcadísimo al desenvolvimiento de la historia americana, desde los tiempos primitivos, llegando a hacerse estudios profundos hasta de la antropología de los pueblos del hemisferio occidental. Las sociedades cien-

tíficas se ocupan, con particular interés de cuanto se relaciona con las razas antigüedad, costumbres, teogonías, leyes y cultura de los oborígenes americanos. Sus tribus, clanes, familias, idiomas, artes, industrias, religión y estética; todo esto forma parte del programa del Congreso Científico que se celebrará en Washington a fines del presente año.

Una vez que hemos explicado las faces que ha venido teniendo la historia indígena, comenzaremos consignando los textos colombinos.

Las Cartas del Almirante Colón a los Reyes, lo mismo que las que escribió el famoso descubridor a su hijo y a particulares; el extracto hecho por Fr. Bartolomé de las Casas del **Diario de Negociaciones**; el libro llamado de las **Profecías**, y los numerosísimos documentos que existen en el **Archivo de Indias**, que hemos tenido ocasión de admirar, forman el primer arsenal de la historia del descubrimiento. La **Colección de Documentos inéditos**, comenzada por Torres de Mendoza y seguida por la Academia de la Historia, contiene ya más de cincuenta volúmenes. El libro de **Don Fernando Colón sobre la vida y hechos de su padre el Almirante don Cristóbal Colón**, fué calificado por Washington Irving de piedra angular de la historia del Nuevo Mundo, y aunque ha sido muy impugnada la autenticidad de esa obra, quedó establecida después de las publicaciones favorables de Fabié, Fernández Duro y Jiménez Espada.

La **Historia de las Indias**, de Fr. Bartolomé de las Casas tiene no sólo valor histórico, sino la importancia de ser debida a la pluma del Apóstol de América. Antonio Fernández de Oviedo, nombrado cronista del emperador en 1526, comenzó a escribir su **Historia General y Natural de las Indias**, de la cual publicó la Academía de la Historia una edición lujosa, en 1851, y que había visto la luz por primera vez en 1535, con gran boga y el honor de dos traducciones. Como el autor fué testigo de cuanto refiere, su narración es por demás curiosa e interesante. En la Biblioteca Nacional hemos podido consultar los cuatro gruesos volúmenes del ejemplar de esa importante obra, que perteneció al doctor don Mariano Padilla, uno de los guatemaltecos que más trabajaron por nuestra literatura histórica, llegando a formar numerosa colección de libros y documentos que pasaron a dicha Biblioteca, en donde muchas vces los hemos registrado.

La historia oficial de América corría mala suerte cuando Felipe II nombró cronista, en 1596, a Antonio de Herrera, quien en su **Historia General del Nuevo Mundo**, diseñó un cuadro muy completo, remontándose en clásicas formas hasta los mejores maestros de la antigüedad.

Hay una obra sumamente interesante para la historia y la geografía americanas, que se intitula **Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidenales**, compuesto de cinco gruesos volúmenes. Su autor es el coronel don Antonio de Alcedo, quien (en su dedicatoria a Carlos IV) dice que es hijo de los países que describe; y en efecto, han descubierto los críticos, que Alcedo era nativo de Quito, en donde vino al mundo, por el año 1735. El primer tomo de

ese diccionario fue impreso en 1786 y el quinto en 1789. Fué labor de mucho estudio, trabajo constante y esquisito espíritu de investigación. Hay prolijas noticias geográficas, agrupadas con seiscientas reseñas históricas. Datos curiosos de zoología, botánica, mineralogía, orografía e hidrografía, que naturalmente se recienten del atraso en que tales ramos se encontraban. Su estilo es sobrio, seco, pobre, pero claro, y no deja la obra de contener errores debidos a las fuentes en que tomó sus noticias y al ambiente de la época. Carlos III que había suprimido los trámites, informaciones, licencias y trabas para la publicación de libros, y el sucesor de aquel liberal monarca, el débil Carlos IV, prohibieron la circulación del **Diccionario,** y con mayor empeño su exportación al extranjero, inducidos por temores de despertar la codicia de las naciones extranjeras, particularmente la de Inglaterra. Así y todo, un empleado de aduana, Mr. Thompson lo tradujo al inglés, ampliándolo mucho con trabajos que los jesuitas expulsos de América habían dado a luz en Italia. Molina, y Clavíjero publicaron importantes historias de Chile y de México, Depons y el barón de Humboldt daban a la estampa sus viajes por las regiones equinocciales de América, y otra multitud de escritores, de inferior mérito, imprimían libros reducidos a uno o más pueblos de estas zonas. Por esa circunstancia, vale más la obra de Alcedo en la versión inglesa que en el original, que tiene, por cierto no pocos errores de conceptos, por no saber bien el español. Thomson toma la palabra **ministro** en la acepción que le dan los ingleses de pastor o misionero, y creyó que uno de esos clérigos le había dado las noticias a Alcedo, cuando fué un **ministro de gobierno.** Este geógrafo americano murió en 1812, a la edad de setenta y siete años.

Terminada la conquista en la América española, y cuando se trató de poner los primeros cimientos de la sociedad que iba a formarse, pensaron los religioso y los misioneros en aprender los idiomas aborígenes y en redactar vocabularios y gramáticas, en escribir las memorias del país, bien que destruyendo muchas veces, por exagerado celo, preciosos tesoros, que no podían apreciar. En Nueva España, el P. Bernardino Sahagún dejó su interesante **Historia General,** describiendo las cosas de la tierra; Fr. Toribio de Benavente, su inapreciable **Historia de las Indias**; Pedro Mártir de Anglería sus **Décadas,** y Molina, Olmos, Zepeda, Fernández, y otros varios religiosos, sus preciosos escritos, que hasta el día se consultan. Algunos naturales de la tierra también escribieron, bajo la dirección de aquellos sacerdotes, crónicas y memorias interesantes, que dió a luz el señor Vigil, en la **Bibliteca Histórica,** con introducción erudita de don Manuel Orosco y Berra.

Deben citarse los conquistadores, como Cortés y Díaz del Castillo; los misioneros, como José de Acosta, Diego Durán, García de Palacio, Alonso de Zurita, y los demás que escribieron, evangelizaron y esparcieron el perfume de la religión cristiana, y regaron la semilla de la cultura nueva. En los últimos años del siglo XVI y en los comienzos del XVII vinieron otros escritores

entendidos, como Fr. Jerónimo de Mendieta, autor de la **Historia Eclesiástica Indiana,** Fr. Juan de Torquemada que escribió la **Monarquía Indiana,** el P. Acosta, que formó una **Historia Natural y Moral de los Indios,** Fr. Diego Durán, que por el año 1581 redactaba una Historia de los Indios de Nueva España e Islas Adyacentes, Fr. Agustín Farfán, autor de un **Tratado de Medicina.** En pleno siglo XVII, Enrico Martínez escribió el **Repertorio de los Tiempos,** y muchos religiosos publicaron diversas crónicas, saturadas de gongorismos y piadosas leyendes. Al tratar de los historiadores de cada república hispano-americana mencionaremos a los principales de la época colonial.

Después de Herrera y Oviedo que escribieron, por decirlo así, obras oficiales, no volvió a emprenderse otra, hasta que Carlos III comisionó a don Juan B. Muñoz para que escribiera la **Historia del Nuevo Mundo.** Sólo un excelente volumen dejó el notable cronista, a quien la muerte sorprendió cuando acababa de darlo a luz. **La Colección de Documentos** formada por don Martín Fernández Navarrete, contiene datos y noticias copiosos sobre las Indias Occidentales.

El Dr. Diego Andrés Rocha, catalán erudito, que llegó a ser Oidor en la Ciudad de los Reyes (como llamaban a Lima) publicó una obra muy curiosa y llena de citas, con el título de **"Tratado único y singular del orígen de los Indios del Perú, México, Santa Fe y Chile"**, en el año 1681, en Lima. Imprenta de Manuel de los Olivos. En los dos volúmenes de que consta, se desarrolla la teoría que los primeros pobladores de América vinieron de los judios, de las diez tribus desterradas por Salmanasar, siendo curioso que, entre otros argumentos, dice que **Indio** se escribe lo mismo que **Iudio,** poniendo la **n** para arriba. Agrega: "que de los prodigios que Dios hizo con los israelitas están llenas las historias, como con estos mexicanos, y por aquí se reconoce ser de una estirpe, y añade lo que dice el P. Fr. Gregorio García, en el libro 3 del Origen de los Indios, cap. 3, cap. 5, que en la jornada de los mexicanos cuando vinieron de tan lejas tierras, el ídolo que los venía gobernando, hacía que del cielo lloviese pan y saliese agua de los pedernales y otras maravillas que Dios permitía, imitando el demonio, con permiso de Dios, lo que había hecho en el desierto con el pueblo isrraelítico, todo lo cual prueba este autor con lo que escriben el P. Acosta y Fr. Agustín Dávila." (p. 35 t. I.)

A pesar de las aberraciones y fantasías de su tiempo y de muchos errores, es esa obra muy notable y digna de consultarse. Sostiene la teoría de la Atlántida y en algo se adelantó a la época en que fué formada.

Existen muchísimos libros históricos, escritos, después que cesó la ruda batalla de la conquista y vino la época pacífica de la colonia. De los principales haremos mención, al citar los que conciernen a cada uno de los países que formaron la América ibera.

AMERICA CENTRAL

Para escribir la historia primitiva del istmo centro-americano, dice Baldwin (9) poco queda de los fastos aborígenes, que desde el último tercio del siglo XIX, han producido mucho interés entre los sabios de Europa y Estados Unidos. En un principio, los frailes dominicos y franciscanos, con miras que les parecieron religiosas, trataron de destruir los recuerdos históricos que oponerse pudieran al cristianismo. Se escaparon, sin embargo, algunos manuscritos, como el **Popol-Vuh,** al cual dedicaremos un capítulo especial, por ser la **Biblia Quiché,** el libro de los dignatarios o sacerdotes. Lo descubrió, cuando ya había pasado el espíritu de destrucción de las antiguas tradiciones, el P. Fr. Francisco Ximénez, cronista dominico en Guatemala, y a la sazón cura párroco de Santo Tomás Chichicastenango. El fraile dominicano lo tradujo al español, y lo insertó, junto con el texto original, al fin de la **Gramática Quiché,** que escribió para uso de las misiones. Esta preciosa obra se encontraba en la **Colección de Documentos Históricos del Museo Nacional de la Sociedad Económica.** El abate Brasseur de Bourbourg publicó en Paris el **Popol-Vuh,** en quiché y francés, con mucho aparato de erudición y algunas creaciones de su fantasía. Antes, en 1856, se había impreso en Viena, conforme la traducción de Ximénez, en español, y también en alemán, por el doctor Scherzer, de modo muy incorrecto. Siempre es preferible a las otras, la copia y traducción de Ximénez, por su exactitud y sencillez.

La publicación del **Popol-Vuh**—que es la única teogonía y fuente mitológica de la Antigua América—hizo cambiar del todo el curso de los estudios históricos del istmo centro-americano, poniendo en claro muchas de las noticias transmitidas por Fuentes y Guzmán, hasta el punto de que la **Recordación Florida** fuera calificada de **libro de caballerías**, por el cronista Ximénez. El emiente filólogo y orientalista Max Müller califica de tesoro inapreciable la Biblia Quiché.

También los kakchiqueles tuvieron un famoso libro, que guarda mucho de sus tradiciones, reyes y linajes, escrito en 1582, por el cacique don Francisco Hernández Arana Xahilá, y completado por otro indio **principal,** don Francisco Díaz Xebuta Quch. Este manuscrito, con noventa y ocho fojas, redactado en kakchiquel, existía en la Biblioteca de los Franciscanos, en donde lo encontró el anticuario don Juan Gavarrete, en el año 1844. El arzobispo García Peláez lo dió en préstamo al abate Brasseur de Bourbourg, en 1855, quien comprendiendo el valor de aquel tesoro, no tuvo escrúpulo en apropiárselo y publicarlo en francés. Quedó, por fortuna, una copia, en español, sacada por don Juan

(9) Ancient America.

Gavarrete, en el primer tomo de la **Colección Histórica del Museo Nacional,** que acabamos de citar, y se imprimió en el folletín del periódico de ese instituto, en el año 1876. Ese importante documento contiene la historia de la familia real del Xahilá y del reino Kakchiquel desde el año 1380. Este célebre **Memorial** fué comprado, después de la muerte del abate, por Alfonso Pinart. Más tarde, Mr. Brinton dió a luz, en inglés, tales fastos, con el texto original, y una interesante introducción (10).

Otro de los historiales indígenas de Guatemala que el mismo abate se llevó de la **Biblioteca de la Universidad,** y que había pertenecido a los libros de los frailes franciscanos, fué el que se conoce con el nombre de **Títulos de los antiguos nuestros antepasados, los que ganaron estas tierras de Otzoyá, antes que viniera la fe de Jesucristo entre ellos, en el año 1300.** Esos **Títulos** de la casa de **Ixcuín Niharb,** señora del territorio de Totonicapán, se presentaron al Juzgado Privativo de Tierras, en 1752, con motivo de un litigio, y entonces se mandó hacer una traducción exacta, que debe de existir en el archivo de aquel pueblo. Después pasó el original a formar parte de la biblioteca de los franciscanos, y muchos años más tarde, se trasladó a la Biblioteca de la Universidad. También quedó una copia de aquellos **Títulos,** de letra del mismo don Juan Gavarrete, en la citada **Colección Histórica de la Sociedad Económica,** y fué impresa en su periódico. De los documentos que no dejó ni rastro el célebre abate y que también sustrajo de nuestros archivos, pueden mencionarse los **Títulos de los Caciques de Sacapulas** y los de **Quezaltenango y Momostenango,** que ese historiógrafo cita al hablar de las **"Naciones Civilizadas de México y de la América Central",** obra que le valió mucho crédito y que publicó en francés. Los **Títulos de los Señores de Totonicapán** los sustrajo en copia el propio Brasseur de Bourbourg, porque no pudo sacar el original del Archivo de dicho pueblo, en donde quedó, escrito en el año 1554, en treinta y una fojas, traducido al castellano, en 1834, por el cura indígena de Sacapulas, don José Dionisio Chonay. El americanista Alfonso Pinart publicólos, en francés. Contienen las emigraciones de los quichés y parte de su historia, hasta la conquista española. Estos documentos interesantes, que encierran tanto valor histórico y pecuniario, debieran custodiarse cuidadosamente, en un archivo adecuado, para que no se pierdan. El **Acta original de nuestra Independencia** figura en el **British Museum de Londres**; uno de los tomos del manuscrito original de la **Verídica Historia,** de Díaz del Castillo, ya no existe en la Municipalidad, y sería muy larga la nómina que pudiéramos hacer de irreponibles documentos históricos que se han llevado de Guatemala.

Fuentes y Guzmán atribuye a los indios nobles don Juan Torres y don Juan Macario, descendientes del rey Chiguavicolut, unos manuscritos desconocidos hoy y referentes a la historia de la raza indígena.

---

(10) Brinton's Library of aboriginal american literature, VI.

En nuestra Biblioteca Nacional de Guatemala puede consultarse la curiosa reproducción del famoso **Codex de Dresden,** que es un manuscrito Maya, adquirido por el Museo de Dresden, en 1739, de una persona desconocida en Viena. La tira en que está pintado tiene 3,5m. por 0,29m. y está doblada en 39 hojas. La reproducción fué hecha fielmente en Leipzig, el año 1880, por cuenta del Gobierno de Sajonia y su editor es Forstemann.

Este Codex es también calendario. En su página 24 se encuentran unos numerales en 5 líneas (de abajo a arriba) y tres filas. La primera de tres línesa, dice:

6 x 460 =2,160	El 0 envuelto en una línea indica que la su-
2 x 20 = 40	ma debe substraerse de la otra suma que
0 x 1 = 0	está a su lado.

La segunda fila da:			La tercera:
9 x 20 x 20 x.360	=	1.396,000	lo mismo
9 x 20 x 360	=	64,800	lo mismo
20 x 360	=	5,760	9 x 360=3,240
0 x 20	=	0	16 x 20= 360
0 x 1	=	0	0 x 1= 0

El total de la segunda menos el de la primera es el de la tercera: 1.364,360, y esta suma da el número de días en que la fecha abajo de la segunda fila 1 **ahau** 18 **cayab** dista de la fecha abajo de la primera fila 5 **ahau** 8 **cumku** (Forstemann, Seler).

El **Codex Mendocino** deriva su nombre del de don Antonio Mendoza, primer virey de México, quien lo mandó hacer para enviarlo a Carlos V. Está pintado en papel europeo con todo el carácter de los antiguos geroglíficos. Parece haber sido hecho por historiógrafos antiguos mexicanos. En 1549 fué enviado en la flota que zarpó de Veracruz; pero un corsario francés apresó el navío que llevaba el **Codex** y las pinturas fueron a parar a Andrés Thevet geógrafo del rey de Francia. Dicho **Codex** contiene los anales del señoría de México, los tributos y costumbres de los antiguos mexicanos.

Conócense también el Códex Remense, que existe en la Biblioteca Nacional de París, y se refiere a historia asteca; el **Codex Vaticano,** que se conserva en la Biblioteca Vaticana, bajo el número 3,738, y tiene una interesante parte cosmogónica. Hemos tenido ocasión de estudiarlo, y de escuchar la explicación del Director de aquella gran Biblioteca, acerca de la creación de la luna, los cuatro soles y las leyendas de **Quetzalcoatl,** ya como lucero del alba, ora como estrella de la tarde. Contiene cuarenta láminas calendáricas. Es muy completo y puede considerarse como fuente de la historia primitiva.

El **Códex Aubín** fué de Boturini, y es una historia de los mexicanos, parte en figura y parte en lengua **nahuatl.**

El **Codex Borgiano** se tiene por la más hermosa e interesante pintura de la antigua México, y ese documento existe en la **Propaganda Fide de Roma.** Hay otros **codex** de menor importancia, y sólo mencionaremos el que lleva el nombre de **Pérez**, existente en el **Peabody Museum,** y acerca del cual escribió el profesor Mr. W. Gates, un curioso estudio titulado **Comentary upon the maya-tzendal Pérez Codex.**

Los principales **codex** son el Mendocino, el Troano, el de Dresde y el de París, como originales pictóricos.

Ocupándonos ya de los cronistas españoles, se debe colocar en primer término a Bernal Díaz del Castillo, el soldado historiador, cuya biografía y descendencia aparecen en el cuerpo de la presente obra, en capítulo aparte, es el más apreciable, ingenuo y verídico de cuantos cronistas figuran en nuestros anales. No tenía muchos años, cuando en 1514 salió de Castilla y se embarcó con el gobernador nombrado para Tierra Firme, Pedro Arias de Ávila. Ya viejo Bernal escribió (11) **"La verdadera historia de los sucesos de la conquista de la Nueva España y del reino de Guatemala, por el capitán don Bernal Díaz del Castillo, uno de sus conquistadores."** Esta obra, aunque desaliñada, es candorosa, exacta y muy interesante. La edición española, impresa por el P. Remón, en 1632 dista mucho de ser conforme con el original manuscrito, que se guardaba en la Municipalidad de Guatemala. Parece que uno de los tomos ha desaparecido, lo cual sería una pérdida irreparable. En la Biblioteca Nacional hay una copia, de letra de don Domingo Castillo, autenticada por el ministro de Instrucción Pública don Delfino Sánchez; pero es claro que no tiene la misma importancia que el original manuscrito por el mismo historiador. A muchas lenguas ha sido traducida esa célebre obra, que don Benito Cano reimprimió, en el año 1809, la obra de Díaz del Castillo, en cuatro volúmenes dozavo, y en 1861 la publicó don Enrique de Vedia, con muchas erratas, en el tomo veintiséis de la Biblioteca de Autores Españoles. Se ha discutido si son dos las ediciones publicadas por Remón. Hay sobre ello un folleto del general Mitre y en la Biblioteca Americana, del doctor don José Toribio Medina, aparece que en realidad es una sola edición, con agregaciones posteriores. En México se imprimió la obra de Bernal en 1854, 1870 y 1891, con hartas incorrecciones. En París apareció otra edición, en 1837, y antes fué traducida al inglés por Mauricio Eatinge, en 1880 y por Luckart, en 1844. Existen dos ediciones alemanas y una húngara. Algunas francesas, como la de Jourdanet, que lleva un interesante prólogo de don José M. de Heredia, en el cual se describe, con admirable sencillez y talento, la sed de oro y maravillosas aventuras de la España del Siglo XVI. Hoy, la edición monumental, la única hecha según el códice autógrafo, que existió completo en la Municipalidad de Guatemala, es la que, en 1904, dió a luz, en México, don Genaro García. Mucho más

(11) Tuvo por objeto demostrar las inexactitudes en que había incurrido Gómara.

diremos acerca de Bernal Díaz del Castillo y sobre el carácter y mérito de su peregrina obra, en el capítulo dedicado especialmente a este interesante objeto.

La Nueva Relación, que contiene los viajes de Tomás Gage, es obra curiosa, cuyos datos, aunque no todos aceptables, ofrecen utilidad. Dícese que ese historiador era fraile irlandés, que desertó en Acapulco de la Misión enviada a Filipinas, fugándose a Nicaragua y después a Guatemala. Otros aseguran que era de origen noble, hermano del gobernador de Oxford, en tiempos de Carlos I. No falta quienes digan que nunca fué sacerdote, ni fraile dominico, sino que, cual Martín Garatusa en México, hubo de fingir tales estados aquí en Guatemala. Por la relación de sus viajes nótase que era instruido y vivaracho, aunque no muy piadoso, sino interesado en sacar dineros a los indios. Escribió, por el año 1625, y se han hecho varias ediciones de sus **Viajes,** apareciendo la primera en 1651. La que hemos consultado es de la casa Rosa y Bouret, de París, año 1838. El tener por fabulosas las noticias referidas por el P. Gage, se debe menos a sus exageraciones e intransigencias, que al odio del clero contra aquel inglés, a quien miraban como apóstata, y hasta se supuso ser espía alentador de empresas piráticas, según puede verse en un artículo, impreso en la "Gaceta de Guatemala", correspondiente al 15 de mayo de 1797. Lo probable es que el Padre Fr. Tomás Gage haya sido una buena pieza.

La primera crónica de Guatemala es la de Remesal, quien extractó de los archivos curiosos datos, en estilo confuso referidos, con parcialidad en favor de Las Casas y los indios, y con encomio para los dominicos, a cuya orden pertenecía el autor. Nuestro primer cronista llegó a Guatemala en 1613, comenzó su libro en 1615 y lo concluyó el 29 de septiembre de 1617, conteniendo la obra 715 páginas, fué impresa en Madrid, el año 1619, y está dedicada al conde de la Gomera, Presidente General de Goathemala.

Existió una copia del original de esa historia en el Archivo de la Federación, y se encuentra impresa, siendo raros los ejemplares que quedan. Citaremos, en la presente obra, el que estudiamos en la Biblioteca Nacional. La **"Historia de la Provincia de S. Vicente de Chiapa y Guatemala"** como se denomina esa crónica, es la piedra angular de nuestra historia. Es un libro audaz, apasionado, si se quiere, pero muy importante.

Ochenta y siete años después de Remesal escribió Fr. Francisco Vásquez su **Crónica,** para que no careciera la Orden Franciscana de un apologista. Continuó la historia de la Iglesia hasta fines del siglo XVII, y trazó cuadros de la vida social de antaño, a las veces con subidos colores y no mucha imparcialidad. Muestra aversión a los indios y defiende a todo trance a sus opresores. La **"Chrónica de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Goatemala",** que así reza la portada, está dividida en dos tomos, el primero con 771 páginas, y el segundo con 894, impresos én San Francisco de la Antigua Guatemala, en edición de a folio.

La Crónica de la Santa Provincia de Chiapa y Guatemala, del dominico

Fr.. Francisco Ximénez, es de las que más deben consultarse, por su erudición, aunque naturalmente no se halla exenta de los defectos de las antiguas crónicas, y no existen sino los libros 3º y 5º. Ese célebre historiador vino de Andalucía a Guatemala, cuando era niño, en los buenos tiempos del presidente Barrios Leal, y se dedicó a las ciencias eclesiásticas, habiendo aprendido, además, con perfección el kakchiquel, el quiché y el tzutugil, hasta el punto de escribir una buena gramática de esas lenguas. La obra que contiene las **Advertencias e impugnaciones a la Crónica de Vásquez,** es apasionada, pero encierra datos importantes. Dicen que Ximénez escribió una **Historia Natural del Reyno de Guatemala,** libro que ha desaparecido. Durante muchos años estuvo también oculta la **Crónica** de ese ilustrado dominico, hasta que se encontró, el año 1824, en la biblioteca de Santo Domingo, aquí en la capital de Guatemala. La **"Historia de S. Vicente Chiapa y Guatemala",** existía en la Biblioteca Nacional de Guatemala, en edición impresa, perteneciente a Santo Domingo, y en copia de letra de don Juan Gavarrete, procedente de la Sociedad Económica. Es obra esa, de Ximénez, de mucha importancia y debiera reimprimirse, antes que se pierda la parte que existe.

El célebre proceso que se instruyó al Adelantado Don Pedro, el Conquistador, es una fuente histórica importante, a la cual aludiremos en el capítulo de la presente obra dedicado al famoso **Tonathiú,** Hijo del Sol.

La Recordación Florida de Fuentes y Guzmán, rebisnieto de Bernal Díaz del Castillo, es obra escrita a fines de ese mismo siglo, en rimbombante estilo, con algunas inexactitudes, pero con copia de interesantes datos. Este manuscrito se perdió, y don Agustín Cojiga, como yerno del autor, hubo de promover en cabildo de 28 de noviembre de 1721, que se buscase con empeño dicha obra; y en acta de 21 de octubre de 1722 se dió razón de haber parecido. Con posterioridad volvió a perderse, y mediante requerimiento público, ofreciéndose gratificación al que lo presentara, fué gratuitamente devuelto, el año 1839. Mr. H. Ternaux Compans dió un resumen del manuscrito de Fuentes y Guzmán, diciendo tenerlo en su biblioteca. Don Justo Saragoza publicó, en Madrid, el año 1882, en dos tomos, la primera parte de esa importante historia, sin saber que existía la segunda, en una copia manuscrita, que forma grueso volumen, e hizo sacar, con ilustraciones de acuarelas pintadas por Letona, el inteligente e ilustrado doctor don Mariano Padilla. Huelga decir que debiera imprimirse este tomo, para que quedase publicada toda la obra, de la cual sacaron tantos datos Juarros y García Peláez, en sus respectivos trabajos.

Fr. Agustín Cano escribió mucho sobre Guatemala, y sus datos y hasta sus palabras se han aprovechado por los cronistas sucesivos, lo mismo que las obras de Gómara, Oviedo y Las Casas. Los progresos de la Iglesia están trazados por los autores antedichos y por Motolinia, Mendieta, Torquemada, Fernández y el cronista de los obispos, Raymundo Leal, que escribió la notable obra **"Ecclesiae Guatemaleasis Monumenta collegit, digelsit, consignavit**

adque in lucem edidit, Fr. Raymundus Leal, Ordinis Predicatorum." — Villa Gutierre Soto Mayor, con su **Historia de la Conquista del Itza,** y López Cogolludo, **con la Historia de Yucatán** (Madrid, 1668) dejaron curiosos datos, dignos de ser aprovechados.

La Isagoge es crónica dominicana, de autor desconocido, con extravagantes teorías acerca del origen de los indios, y algunos datos sobre otras materias. Fué impresa, de orden del presidente de Guatemala, general José M. Reyna Barrios, con motivo del centenario de Colón.

Todos los cronicones que los frailes escribían, sobre sucesos de sus provincias y conventos, revelan claramente el espíritu de los conquistados que hablan a la fas de sus conquistadores. Los reyes kakchiqueles ofrecieron voluntariamente obediencia a Carlos V (que los privaba de su independencia) Kicab era un rey obstinado.... El Eterno fué quien quiso reducir a los Tzendales (que sustenían sus derechos) al camino de la verdad, por la buena industria y gloriosos trabajos del M. I. D. Toribio Casío, presidente de la R. Audiencia....

Ofrece harto interés la obra intitulada **Apuntamientos de la Historia de Guatemala,** por don José Sánchez de León, manuscrito inédito del año 1724, que original conservamos, como joya bibliográfica guatemalteca, y que tendremos oportunidad de utilizar en algunos pasajes de nuestra labor.

Sabido es que el espíritu de la época en que los cronistas escribieron saturó sus páginas de fanatismo religioso, que a cada poco encontraba un milagro, intervención diabólica, fazañas de Santiago, o algo sobrenatural o portentoso. En sus investigaciones daban aquellos escritores mucha más importancia a un pasaje biblico, comentado por los santos padres, que a cualquier monumento, geroglífico o tradición indígena. Se les podría perdonar el candor de ir encontrando las enseñanzas cristianas de santo Tomás, en las mitológicas creaciones de Quezalcoatl, las diez tribus perdidas de Israel entre los fundadores de la raza primitiva americana, el diluvio de Noé y la confusión babeliánica, en una pintura azteca de un hombre nadando y un pájaro hablándole desde un árbol, con tal de que siempre hubieran dejado prevalecer el sentido correcto de la tradición y los mitos de la historia de los aborígenes, que llevan de ordinario la peor parte, como que los cronistas hablaban a los conquistadores.

No pretendemos censurar a los historiógrafos dignos de veneración. Nos dolemos de la época, como lamenta el crítico que en los fastos griegos o romanos intervengan los dioses del Olimpo. Los conquistadores, los cronistas oficiales que de España venían; los frailes que transmitieron los fastos nacionales, amparando a los aborígenes y regando, con mano próvida, la semilla de la civilización latina; todos esos hombres, del siglo XVI y XVII, no podían salir del ambiente en que nacieron. Deben ser juzgado a la luz de la cultura, de las creencias y preocupaciones de entonces. Así los consideraremos, en el curso de nuestra labor, que tiene que ser imparcial a fuer de histórica.

Por lo demás, cumple apuntar en justicia, y para que quede por siempre consignado en los recuerdos nacionales, que fué la **Sociedad Económica de Amigos de Guatemala,** la corporación patriótica que más se afanó en compilar los esparcidos documentos de nuestra literatura histórica, no sólo publicando en su ilustrado periódico—cuya colección completa conservamos con cariño—muchos artículos y folletines interesantes, sino llegando a formar una valiosísima **Colección de documentos Históricos,** compuesta de manuscritos originales y de copias de la mayor importancia, crónicas antiguas, memorias de los capitanes generales, facsímiles, cartas, retratos y documentos rarísimos. Fué director de la Sección Etnográfica, desde el año 1865, el modesto sabio don Juan Gavarrete, paciente coleccionador, que regaló a esa biblioteca muchas obras que ahí podían consultarse.

Durante ocho años, que servimos patrióticamente la Secretaría de la Sociedad Económica, nos dedicamos a estudiar aquella rica colección y a extractar apuntaciones que mucho nos han servido para el presente libro. Tradujimos del inglés para el semanal de la misma Sociedad, la obra de Balwin, intitulada **"La Antigua América"**, la del doctor Berendt sobre la **Civilización de los aborígenes de Centro-América** y la de Bancroft, **Razas primitivas de los Estados del Pacífico.**

Recordamos, entre las obras que formaban la **Colección Histórica de la Sociedad Económica,** fuera de las ya citadas, las siguientes: las de Brasseur de Bourbourg, que como socio honorario, las había regalado, las de G. Brinton, las de Squier, las de Baily, de Humboldt, de Stephens, de Charrencey, de Fernaux-Copans, del doctor Berendt, de León de Rosny; la Colección de Documentos de Pacheco y Cárdenas; las Cartas de Cortés a Carlos V; las Cartas al Rey de don Alonso Criado de Castilla sobre el descubrimiento del Puerto de Santo Tomás; las Memorias Secretas de Jorge Juan; las exploraciones de Pontelli en Centro-América; la Historia del Nuevo Mundo, por don Juan B. Muñoz; la Relación de don Luis Navarro sobre el reino de Guatemala; la Relación de don Antonio Porta, sobre las costas del Norte de Guatemala; los Varones Ilustres de Pizarro y Orellana; el Teatro Eclesiástico de las Indias, de González Dávila; los Documentos Inéditos, del Archivo de Indias por Pacheco, Cárdenas y Torres de Mendoza; el Memorial de Indias, de Díaz de la Calle; el Proceso de Alvarado (1529); la Colección, de Roque Barcia; las obras de Fr. Bartolomé de Las Casas; la Crónica de Ximénez; el Informe de García del Palacio, al Rey, en 1576; la Relación de los estragos y ruinas de la ciudad de Santiago de Guatemala en 1717, por el Lic. Arana; el Informe de Fr. Agustín Cano sobre la entrada que por la Verapaz se hizo al Petén, en 1625; los Títulos de la Casa Ixcuin Niharb, Señora de Otzaya-Totonicapam; varias copias de Codex antiguos, en colores; y mucho más, que de memoria no es posible recordar.

Todas esas obras, y las otras que figuraban en un catálogo impreso, de

la Sección Etnográfica del Museo Nacional, las entregó, por inventario, el que estas líneas escribe, a don José Milla y Vidaurre, de orden superior, para que redactara la Historia de la América Central, por comisión que recibió del presidente, general don J. Rufino Barrios, así como los manuscritos y crónicas que se han citado con anterioridad. En cuatro baúles, llevó todos los libros el señor Milla, a su hacienda de Quesada; y hoy, una parte de esos documentos, se encuentra en la Biblioteca Nacional, el resto se ha perdido.

Habría sido justo que en el prólogo de su Historia, hubiera expresado aquel notable escritor, de dónde había obtenido, ya coleccionados, los materiales que le sirvieron para su labor literaria. Un recuerdo, a la memoria de don Juan Gavarrete estimárase tributo siquiera tardío a sus grandes servicios. La **Colección de Documentos Históricos** debióse a muchos años de inteligente y patriótica constancia, a un estudio concienzudo, acompañado del trabajo de obtener antigüedades raras, como las que contenía el espléndido achivo de Payés, con todos los tomos de la **Gaceta de Guatemala**, desde los tiempos coloniales hasta el año 1854, y las colecciones de treinta y un periódicos centro-americanos.

No pudo tener a la vista don José Milla las importantísimas obras de Bancroft, el historiador norte-americano, que por medio de una asociación, reunió cuatro millones de dollars, para formar el gran arsenal, la riquísima colección de libros y papeles, que conocimos en S. Francisco de California, y que le sirvió para escribir en inglés, por medio de varios especialistas, la **Historia de los Estados del Pacífico y de la América Central**. Asume particular interés cuanto se refiere a **The Natives Races**, y los tres tomos relativos a **History of Central America,** publicados en 1883.

El señor Milla no le daba interés a la historia antigua de los aborígenes de esta parte del mundo. Apenas escribió una **Noticia** sucinta sobre los indios del istmo. Hoy, en todas partes, se atribuye más importancia a la biología centro-americana, a la arqueología, a la lingüística, a la etnografía, a la mitología y a las costumbres, artes, ciencias y cultura de los aborígenes de Centro-América, que la importancia que tiene la historia colonial, sin que por eso deje de ofrecer un cuadro interesante en sus múltiples aspectos.

La obra monumental que lleva el nombre de **Biología Centrali-Americana** es lo más grandioso que se ha publicado en Europa acerca de estos países Osberto Salvin estuvo, en tres ocasiones, viajando por Guatemala, acompañado de Ducane Godman, y recogieron toda clase de datos, animales y plantas, para su historia, que con los demás ricos elementos que hay en los museos de Europa, dió por resultado la zoología, la botánica y la arqueología referente a estos países. Comenzó a publicarse la obra en Londres, en 1879, y hoy cuenta 46 tomos. La fauna, la flora y las ruinas de esta región se exhiben perfecta y lujosamente, en la Biología de Centro-América. La Arqueología débese al sabio profesor Maudslay, con un apéndice de Godman, "Las inscripciones ar-

caicas mayas." Esta obra nos ha servido, en varios capítulos de **"América Central ante la Historia"**, así como hemos tenido oportunidad de consultar muchos libros publicados en los Estados Unidos, acerca de la etnografía, arqueología, idiomas e idiosincrasia de los aborígenes del istmo; sobre todo, utilizado las de Daniel A. Brinton, el sabio profesor de la Academia de Ciencias de Filadelfia; las de Bancroft, las de Squier; las de Berendt, y otras que oportunamente citaremos. Los libros de Sapper, que recorrió a pie nuestro territorio, haciendo estudios minuciosos de arqueología, etnogrfía, ciencias naturales, geografía y cartografía, y perfiles detallando la estructura de Guatemala, los hemos tenido a la vista, para nuestra labor.

Para profundizar en el estudio del arte monumental precolombino de estas regiones pueden consultarse las obras siguientes: Brasseur de Bourbourg, **Le Manuscrit Troano—París, 1870**; Daniel G. Brinton, **A Primer of Maya Hieroglyfs—Boston, 1894; Prehistoric Archeology, Antropology and Etnology**; Harrison Allen, **Transact of Am. Philos, Soc. 1878.** Este autor estableció las analogías entre las letras conservadas por Landa y los signos del Codex de Dresden y Troano, creando así una especie de filología; Diego de Landa, **Relación de las cosas de Yucatán, París 1867.** En 1549 llegó este Misionero a Yucatán, aprendió la lengua maya a la perfección, prácticamente con los indios, y estudió la gramática del P. Villapando, la cual aumentó y corrigió; H. de Charrencey, **Etudes de Paleographie americaine, París, 1883**; Cyrus Thomas, **A Study of the manuscript Troano, Washington, 1882—The Maya Year, Washington, 1894**; León de Rosny, **Essay de Déchiffrement de l' écriture hieratique de l' Amérique Centrale, París, 1876.** Este célebre autor descubrió los signos por los puntos cardinales, la dirección en que deben leerse los geroglíficos, y estudió las variantes en los códices; Saville M. H., **A Comparative study of Graven Glyphs of Copán and Quiriguá, New York, 1894**; J. Baily escribió una interesante relación de los Estados de Centro-América, su naturaleza, recursos, población y notable capacidad para inmigrantes y capitalistas. Sclater y Salvin, **"Sobre la ornitología de Centro-América"**, describieron 382 especies, 8 de ellas dadas a luz por primera vez.

Tampoco pudo, tener a la vista el distinguido escritor guatemalteco, don José Milla, las muchas obras sudamericanas y mexicanas, que a seguida citaremos, y que forman la literatura histórica de las repúblicas de origen ibero; ni se había publicado aún la **Bibliografía de la Imprenta en Guatemala, en los siglos XVII y XVIII**, por el chileno Juan Enrique O' Ryan, impresa en Santiago, en 1897; ni menos había salido a luz la gran obra del bibliófilo José Toribio Medina, **La Imprenta en Guatemala**; ni se pensaba en publicar el interesande trabajo de Hamy, **Mission Scientifique aux Mexique et dans l' Amérique Centrale.**

Ahí quedan, en antiguos periódicos, como la **"Sociedad Económica"**, que se daba a la estampa en 1869 y 1870, algunos artículos sobre antigüedades indí-

genas. **"La Semana"**, de 1865 y 1866, contiene selecto material histórico, como las **Noticias curiosas cronológicas de estas Indias, desde 1492 hasta 1779** (números 44 a 53 del tomo I); **La Traslación de la capital al valle de la Hermita** (n. 54 a 62); **Razón puntual de los sucesos más notables y de los estragos y daños que ha sufrido la ciudad de Guatemala, desde su fundación en Ciudad Vieja o Almolonga** (n. 70 y 71); **La Ciudad de Guatemala, después de los terremotos de 1773** (n. 72, 73 y 74); **Voto del Maestro de campo don Agustín de Estrada contra la traslación de la ciudad** (n. 75 y 76); **Voto sobre el mismo asunto, del P. don Pedro Martínez de Molina** (n. 72); **Descripción de la ciudad y reino de Guatemala, por el P. Fr. Felipe Cadena** (n. 78 a 85); **Pensamiento del Presidente de Guatemala, don José Arango y Río, sobre acuñación de moneda de vellón o caldería** (n. 86 y 87); **Relación de los Obispos y principales acontecimientos, desde 1534 hasta 1736 (n. 92 a 94).** En **"La Revista"** publicó algunos artículos interesantes, en el año 1846, el guatemalteco don Manuel Montúfar, acerca de los kakchiqueles.

Por lo que respecta al origen de los indios, su antigua civilización y costumbres, se han publicado obras extranjeras de mucho mérito, como las intituladas **Prichard's Reserches—Fontaine's how the world was peopled—Willson, Prehistorical Man—Foster, Prehistorical races—Lyell's ant. of man—Tilor's, Anahuac**—Baldwin, **Ancient America.**

La **"Historia de los Atlantes"** es un bosquejo curioso, que citamos varias veces, acerca de los primitivos tiempos de la etnografía de estas regiones, ilustrado con cuatro mapas de la configuración del mundo, en varios períodos; obra escrita en inglés, por W. Scott Elliot, y traducida al castellano, en Madrid, 1897. De esta obra extractó el célebre francés Luis Jacolliot muchos de los datos que aparecen en su libro **"Histoire des Viérges: Les peuples et les continents disparus."**

"Isis sin velo" se llaman los dos tomos de la escritora rusa Elena Petrona Blavatsky, en los cuales hemos hallado algo interesante acerca de la teogonía de los quichés, sus mitos, ruinas y tradiciones. Barcelona, litografía de José Casamajó, 1901.

El Congreso de Americanistas, en Madrid, no sólo ha publicado importantes obras, sino que en las **Actas** de sus sesiones ha incluido documentos y libros raros. Tenemos a la vista los dos volúmenes, en cuarto, con láminas y magníficos mapas en colores, que contienen la "Gramática, cathezismo y confessionario de la lengua chibcha, 1620", y la obra de Uribe, titulada la "Lengua de los Darienes."

El Cuarto Congreso Científico Panamericano, celebrado en Chile, en 1909, en sus veinte volúmenes, contiene conclusiones y estudios interesantísimos sobre antropología, etnografía, antropología, historia, seismología, y otros ramos que se relacionan con los tópicos de algunos de nuestros capítulos, en los cuales se citan esas obras y los nombres de sus autores.

En el año 1892, publicóse en Barcelona, la obra intitulada **"América"**, por Rodolfo Cronau, en una elegante edición de Montaner, con bonitos grabados, como para libros más comerciales que científicos. El tema del tercer volumen de la obra **"La Nación Americana"**, escrita por el profesor E. G. Bourne, gran autoridad en historia, y muy reputado en las universidades de Estados Unidos, es **"España en América"**, o sea un estudio concienzudo de la colonia española, sin prejuicios, ni ciertas vulgaridades, que a fuerza de repetidas, se han tornado convencionalismos.

En la Gran Biblioteca del Congreso, en Washington, leímos la obra original, en el manuscrito antiguo, de Fr. Bartolomé de Las Casas, intitulado **"Historia de las Indias"**. Al tener en las manos aquellas venerabilísimas hojas, con las ideas altruistas, filantrópicas, piadosas, del Apóstol de estas tierras, siéntese conmoción extraña, como si nuestra alma se confundiera con el gran espíritu del defensor de una raza, con el carácter heroico del que arrostró las iras de los verdugos de los indios, del que luchó magnánimo por enjugar sus lágrimas. No pudimos menos de tomar el lápiz y copiar estas palabras de la portada: "Esta historia dejo yo, Fr. Bartolomé de Las Casas, Obispo que fué de Chiapas, en confianza a este Convento de San Gregorio, rogando y pidiendo por caridad, al Padre Rector y Consiliarios de él, que por tiempo fueren, que a ningún seglar la den, para que dentro del mismo Colegio, ni menos fuera, la lea, por tiempo de cuarenta años, desde este de setenta que entrará, comenzados a contar, sobre lo cual les encargo la conciencia, y pasados aquellos cuarenta años, por si vieran que conviene para el bien de los indios y de España, la pueden mandar imprimir, para gloria de Dios y manifestación de la verdad principalmente; y no parece convenir que todos los colegiales la lean, sino los más prudentes, porque no se publique antes de tiempo, porque no hay para qué, ni ha de aprovechar. Fecho por noviembre de 1559. Deo Gratias.— **El Obispo, Fr. Bartolomé de Las Casas"**. ¡Cuánto se interesaba el filántropo religioso dominicano porque, después de su muerte, produjera humanitarias consecuencias el fruto de su alentado espíritu y corazón magnánimo! Dicho memorable libro se encuentra impreso en la **"Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España"**, por José Sancho Rayón.

De todo en todo es interesante la obra publicada en Madrid, por el Jefe del Archivo de Indias, don Pedro Torres Lanzas, intitulada **"Relación Descriptiva de los mapas, planos, de la Audiencia y Capitanía General de Guatemala"**. Contiene la nómina y reseña de doscientos ochenta y un mapas, y muchos grabados curiosos, relativos a estas tierras, castillos, curatos, casa de Moneda, iglesias, palacios, conventos, caminos, ríos, etc. Es una síntesis de la cartografía de la América Central, durante el gobierno de España, y una prueba más de la formalidad y cuidado con que entonces se procedía.

El **"Compendio de la Historia de la Ciudad de Guatemala"** escrito por el bachiller don Domingo Juarros, incompleto en algunos ramos, comprende gran

copia de noticias acerca de los primeros pobladores de estas tierras, sobre la conquista de los españoles, establecimiento de ciudades, nóminas de alcaldes, obispos y rectores de la Universidad, datos biográficos de guatemaltecos notables, etc. En mucha parte siguió a Fuentes y Guzmán, cayendo en pocos errores. El estilo es sencillo y el fondo se resiente de recargo de noticias religiosas. Aquella historia se imprimió, por primera vez en Guatemala, por el año 1808, siendo la imprenta tan pobre y perezosa que empleó seis años para dar a luz seis cuadernos que comprende esa edición. En 1857 publicó una mayor don Luciano Luna; existe otra en inglés. El mérito principal del trabajo del P. Juarros consiste en que es la primera obra de valor geográfico referente a estas regiones, y la que ha servido de base a la cartografía posterior al siglo XVIII. En 1826 publicó Arrowsmith un mapa de Centro-América siguiendo a Juarros. El **Atlas Guatemalteco,** de 1832, levantado por Rivera Maestre, adopta también, en sus ocho cartas, los datos de aquella obra, como lo hizo igualmente Mr. Brué, en el mapa francés, dedicado a la Academia de Ciencias. El sabio religioso Goicoechéa, censor que fué de la Historia escrita por Juarros, la elogia, "por haber acopiado las más singulares noticias pertenecientes a todo este reino (de Guatemala) su extensión, provincias y pueblos, corregimientos, y alcaldías mayores". El eruditísimo don Miguel de Larreynaga aseguró que "Juarros escribió con gran concepto de verdad y formalidad". El ejemplar de esta buena Historia, que desapareció de la Biblioteca Nacional, era del doctor don Mariano Padilla, quien lo anotó con apuntaciones útiles, mapas, retratos, vistas, etc.

En la misma imprenta de don Luciano Luna salió a luz, en 1856, el "**Libro de Actas del Ayuntamiento de la Ciudad de Santiago de Guatemala, comprendiendo los seis primeros años, desde la fundación de la misma ciudad, hasta 1524**". "**La Colección de documentos antiguos**", que contiene los privilegios de la Ciudad de Guatemala, su escudo de armas, memorias y relaciones municipales, de 1537 a 1782, y algunas cartas de Alvarado y del obispo Marroquín, es un tomo curioso e interesante, que también fué impreso en aquella tipografía.

El ilustrísimo don Francisco de Paula García Peláez escribió "**Memorias para la historia del antiguo reino de Guatemala**", que salieron a luz en la memorable imprenta de Luna, que contribuyó a popularizar los fastos centroamericanos.

Los dos tomos de la "**Historia de la América Central**" que escribió el literato don José Milla y Vidaurre, son, como fruto de la correcta pluma de tan notable escritor, dignos de elogio, por la sencilla relación de los hechos y por lo atildado del lenguaje, aunque a la verdad economiza apreciaciones y juicios, sin preocuparse de que el alma del arte—según la admirable expresión de Quinet—es el presentimiento de venideras formas superiores, que yacen en el fondo de las cosas actuales. Los datos que abraza sobre los aborígenes, no forman sino una "Noticia histórica de las naciones que habitaban la América

Central a la venida de los españoles", por cierto muy incompleta y no exenta de errores, siendo así que en los Estados Unidos y en Europa atribuyen más importancia a la historia antigua de los indios de Centro-América que a la del régimen español, como lo hace notar el erudito historiador, general Riva Palacio, en el prólogo que escribió para **"Los aborígenes de América"**, obra curiosa de don Rafael Delorme Salto.

El académico don Agustín Gómez Carrillo continuó, por comisión oficial, el trabajo del señor Milla, y los dos tomos publicados tienen el mérito de contener buen acopio de datos de los archivos nacionales. El lenguaje de la obra es del todo castizo; pero adolece la narración cronológica de importantes y frecuentes omisiones.

Debe mencionarse en estos opuntamientos bibliográficos **"La Historia de Nicaragua"**, escrita por el doctor don Tomás Ayón, y dada a luz, en 1889. Contiene interesantes noticias desde los más remotos tiempos hasta 1852. Acaso tenga la obra más mérito artístico que filosófico. En Honduras, el P. Vallejo ha recogido los fastos de esa república y el Dr. Eduardo Martínez López, en 1907, publicó en Tegucigalpa, la **Historia de Centro-América,** que es muy recomendable. El Dr. don Alberto Membreño, erudito americanista, ha hecho interesantes publicaciones. En El Salvador, el doctor Reyes se encargó de historiar a su patria. Cuando ya teníamos escritos los dos tomos primeros de **"La América Central ante la Historia"**, que debieron haberse publicado cuatro años hace, y que se han venido demorando a causa de varios y repentinos viajes del autor, en diversas misiones oficiales; ha aparecido el notable libro **Historia Antigua y de la Conquista de El Salvador,** fruto de la fecunda pluma de nuestro distinguido amigo el doctor don Santiago Ignacio Barberena, cuyos múltiples y profundos conocimientos hanle conquistado merecida fama. Es erudita y filosófica su labor, a la altura de la ciencia moderna. Honra al país y honra al historiador. Don Francisco Castañeda, literato salvadoreño, ha escrito interesantes folletos y buenos artículos sobre historia antigua centroamericana. En Costa-Rica, don Felipe Molina, don León Fernández, don Manuel M. de Peralta, don Francisco M. Iglesias, Montero Barrantes, el señor Thiel, don Ricardo Fernández Guardia, don Cleto González Víquez, don Manuel J. Jiménez, don Manuel Argüello, don Juan F. Fernández y algunos otros escritores, han publicado obras verdaderamente importantes. Muy notables son **"La Geografía Histórica y los Derechos Territoriales de la República de Costa-Rica, por don Manuel M. de Peralta"**, es obra meritísima, publicada en París, en 1900. **"Costa-Rica, Nicaragua y Panamá, su historia y sus límites en el siglo XVI"**, dada a la estampa en 1883, contiene muchos documentos de los Archivos de Indias, de Sevilla y de Simancas. **"Límites Históricos entre Nicaragua y Honduras"** es el título de una colección de documentos formada por el inteligente escritor don José D. Gámez, para defender los derechos de su

patria. También publicó una "**Historia de Nicaragua**", y colección de documentos interesantes para la literatura centro-americana.

Al final del hermoso libro "**Costa-Rica en el siglo XIX**", se encuentra una interesante "Bibliografía de obras publicadas en el extranjero" acerca de esa próspera república.

El doctor Ramón A. Salazar dió a luz un volumen sobre el "**Desenvolvimiento Intelectual en Guatemala**" y varios artículos, de mérito, acerca de diversos puntos antiguos. El literato don Agustín Mencos escribió bastante sobre esa materia, con erudición y buen talento. Se publicaron en varios periódicos las producciones de este notable escritor.

Muchas de las obras mencionadas, y la rica **Colección de Documentos Históricos**, que durante largos años y con gran prolijidad, formó el abogado é ingeniero don Cayetano Batres Diez del Castillo, padre del autor de la presente obra, han sido consultadas para redactarla.

Cuando demos a luz el tercer volumen, que se refiere a la época de la vida independiente de la América Central, apuntaremos las notas bibliográficas relativas a ese lapso, puesto que la literatura histórica de tal período es enteramente diversa de la que abraza **Guatemala India**, y de la que abarca **Guatemala, Provincia de España.**

Al narrar los hechos por medio de colecciones metódicas, procuraremos hacer el proceso de la "**América Central ante la Historia**". Las monografías llevan en mira exhibir aquella época primitiva indígena con sus creencias y espíritu; pintar con apropiado color la epopeya y hecatombe de la conquista, y hacer el juicio del régimen colonial y de los personajes que vinieron de España, como los egipcios juzgaban en el Panteón, con síntesis y símbolos, que revelasen la psicología de cada época, a la par de los rasgos salientes de los hombres notables. Tarea difícil, que debe tener sombras, vacíos y errores. En todo caso, recordaremos las palabras del célebre Vasco Núñez de Balboa: "**Llega home fasta donde puede, y non fasta donde quiere**".

¡Lástima que algunos agentes norte-americanos, se hayan llevado y continúen llevándose, a precio de oro, libros antiguos, pinturas y objetos de arte, que venden más caros en los Estados Unidos!

CARTOGRAFIA

Para poner término a este capítulo, y como complemento necesario, daremos una noticia, siquiera sea ligera, de la **Cartografía Nacional**. Lo referente a la parte antigua, se halla en la obra, que ya describimos, del Director del Archivo de Indias, y que contiene todos los mapas que se formaron acerca de la América del Centro, en tiempos coloniales.

Los mapas modernos, con condiciones científicas, son los siguientes:

I) Las Cartas Geográficas que el doctor don Mariano Gálvez mandó levantar por Rivera Maestre, de los Departamentos que, el año de 1832, comprendía el Estado de Guatemala.

II) El mapa de Sonnenstern, del año 1859. El autor era un ingeniero alemán, que al llegar a Guatemala había hecho algo de bueno en el ramo cartográfico, bajo la protección del filibustero Walker, en Nicaragua. Con excepción de las Costas y algunos pocos puntos en el interior, cuyas determinantes astronómicas eran conocidas entonces, no es este mapa más que un "croquis".

III) El segundo mapa fué hecho por Au, otro ingeniero alemán, en el año de 1876. Su autor había medido muchos terrenos en varias partes del país, y hecho algunas pocas triangulaciones. Las fronteras son casi todas malas, y el error en la del noroeste llega hasta medio grado.

IV) El mapa de Juan Gavarrete, ciudadano meritísimo de Guatemala, en varios ramos científicos, es del año 1880, y utiliza naturalmente los datos de sus predecesores. Tiene un apéndice pequeño, con la distribución de los idiomas según el doctor Berent, quien proporcionó también algo del material cartográfico.

V) El mapa de Baily es como todas las producciones de este autor (traductor p. e. de la Historia de Domingo Juarros) nada más que una versión al inglés de los mapas anteriores.

VI) Stoll hizo su mapa pequeño y bien dibujado, sin pretenciones de traer datos nuevos.

VII) Paschke se aprovechó para su mapa de algunas remedidas de las costas, por buques de guerra extrangeros y de los estudios para los ferrocarriles de la República. Fuera de estas partes, adolece su trabajo de muchos errores.

VII) El mapa de Bianconi, simultáneo al anterior, contiene esas mismas cosas buenas y errores, y trae de nuevo solamente unas noticias interesantes sobre los cultivos principales en diferentes partes de Guatemala.

IX) Miles Rock era jefe de la Comisión de Límites que arregló la frontera con México, y de la cual formaban parte entre otros don Claudio Urrutia y don E. Rockstroh. Su mapa, publicado en 1895, naturalmente sobresale en la parte que comprende esta frontera.

X) El Dr. Sapper midió muchas alturas, hizo triangulaciones, siquiera de los cerros importantes a los vecinos, e introdujo en esta red los detalles averiguados en sus marchas a pié, en las cuales se servía de un pedómetro o contaba sus pasos. Hizo muchos mapas con detalles orográficos, hidrográficos, geológicos, respecto de la vegetación y los cultivos, y la repartición de idiomas indios, del origen de los nombres de ciudades y pueblos, etc. Debe a todos estos trabajos serios y verídicos, una parte de los cuales ejecutó con ayuda del Gobierno de Guatemala, la cátedra de geografía en la Universidad de Tübingen (Alemania).

XI) Hace poco (1902) apareció en Washington, un mapa editado por la **Oficina de las Repúblicas Americanas,** y dibujado por M. Hendges, notable por contener las publicaciones magníficas de la Comisión de estudios para el Ferrocarril Intercontinental y por el uso concienzudo de todas las obras cartográficas anteriores.

XII) Las mismas ventajas en grado mayor presenta el mapa de Claudio Urrutia, El autor, comisionado por el Gobierno, no ha prescindido de ningún dato por insignificante que sea y ha logrado traer a su alcance todas las noticias geográficas, tan dispersas, sobre Guatemala. La escala de su mapa forma un progreso notable, es de 1 por 100,000, mientras que los anteriores no pasan de 1 por 400,000.

El Mapa en Relieve de la República de Guatemala llama la atención de cuantos lo contemplan, porque exhibe toda la topografía, con minuciosos detalles y pone de manifiesto y en conjunto nuestro suelo, con los colores apropiados, los distintos terrenos y la magnificencia de las cordilleras, volcanes, ríos, lagos, caminos, vías férreas; todo en una escala suficiente para el estudio objetivo del extenso territorio de Guatemala. Esta grande obra fué hecha por iniciativa, orden y apoyo del Presidente Señor Estrada Cabrera, y dirigida por el Coronel Ingeniero don Francisco Vela.

MEXICO

Ya hemos apuntado los historiadores antiguos de Nueva España, en los siglos XVI y XVII. En el siglo XVIII débese mencionar a Veytia, León, Gama y Andrés Cavo, que dejaron obras históricas, siendo de este último la que se intitula "**Los Tres siglos de México**". El famoso Beristain formó, con perseverancia, la "**Biblioteca Hispano-Americana Septentrional**", que menciona los escritores mexicanos y muchos guatemaltecos. En el siglo XIX, figuran, en primer término, Alamán (1714-1852) que dió a luz sus "**Disertaciones sobre la Historia de la República Mexicana**" y sus "**Historia de México**". García Icazbalceta, Orozco y Berra, Chavero, Fernando Ramírez, Manuel Carpio y otros distinguidos escritores, han dejado brillantes producciones históricas.

Antes de pasar adelante, es preciso consignar el nombre de don **Antonio de Solís,** afamado poeta lírico, el mejor escritor de su tiempo, que aunque carecía de suficiente erudición histórica, empleó veintitrés años en escribir la **Historia de la Conquista de México,** imitando a Tito Livio. Esa célebre obra, publicada en 1684, fué traducida a muchas lenguas extrangeras. Pasan de veinte las ediciones españolas. La que conservamos en nuestra biblioteca, fué publicada en Madrid, por don Antonio de Sancha, en 1783, con magníficos grabados en dos tomos, en cuarto. El estilo, las imágenes, la disposición del plan, son del todo académicos; pero Barcia, Clavígero, Robertson y Prescott, que son concienzudos jueces, le han censurado algo del fondo histórico, y la

chocante fraseología pulida, en boca de indios rudos. Son muy recomendables las obras de Pimentel **"Lenguas indígenas de México"** y **"Memoria sobre la raza indígena".**

México al través de los Siglos es la más suntuosa y artísticamente ilustrada de todas las historias de la América hispana. Contiene en sus cinco grandes y hermosos tomos, impresos en Barcelona, bajo la dirección del notable escritor Riva Palacio, todo lo que se relaciona con la vida de aquel país, tan rico en recuerdos nacionales. Es obra monumental.

El insigne poeta y excelente amigo nuestro, el narrador de las epopeyas de su patria, Juan de Dios Peza, describió, con pluma de diamante, **La Reforma, la Intervención Francesa, El Imperio, El Triunfo de la República,** y muchos otros episodios de la historia heroica de México. Conservamos los libros suyos, con que nos obsequió ese amenísimo literato, y que son joyas de valía. Recordaremos siempre la memoria prodigiosa, el sabroso decir, el chiste gentil, la imaginación florida, el talento clarísimo del vate mexicano.

El distinguido diplomático don Victoriano Salado Álvarez tiene obras de mérito, entre otras, **De Santa Ana a la Reforma, La Intervención, el Imperio, Un Supremo Mexicano, en el siglo XVIII, El Papel de Juárez en la defensa de Puebla, en la campaña del 63.** Don Francisco Sosa ha escrito **El Episcopado Mexicano, Los contemporáneos, Biografías de mexicanos distinguidos, Nombres de los reyes de México,** y **Efemérides históricas y biográficas.** Jesús Galindo Villa, publicó **Iturbide, Cosas antiguas de México, La toma de México por los conquistadores españoles** y **Bibliografía mexicana del siglo XVII.** Don Genaro García ha publicado unos cuarenta volúmenes, entre ellos el trabajo notable **"Carácter de la conquista española en América"** y **"Documentos Inéditos para la historia de México".** El Presbítero Agustín Rivera dejó libros excelentes. Luis González Obregón tiene el precioso tomo **"Los Precursores de la Independencia Mexicana en el siglo XVI".**

Para cerrar con broche de oro esta enumeración, que no puede ser tan completa como desearíamos, vaya de último, aunque es de lo primero, **"México, su evolución"**, fecunda labor de expertas plumas, bajo el plan de Justo Sierra. Altas consideraciones filosóficas, que arrojan luz en la serie de los tiempos, en el desarrollo de los fenómenos sociales, avaloran esa obra moderna, que ha merecido justos elogios.

ECUADOR

Los trabajos históricos que han sobresalido son los del P. Velasco y los que se deben a las plumas académicas del doctor don Pedro Fermín Cevallos y del eruditísimo obispo don Federico González Suárez. La historia del Ecuador escrita por el laborioso Cevallos, publicada en 1879, adolece de algunos vacíos, a vueltas de muy interesantes datos, presentados en correcto lenguaje

y estilo adecuado. La que dió a luz en Quito, en 1890, en cinco volúmenes de elegante impresión, el ilustrísimo señor González Suárez, está escrita con verdad, color y gran copia de doctrina. Es una de las mejores historias de América. No embarga al sabio prelado el respetable carácter de sacerdote, para hablar claro, en asuntos que otros clérigos, menos ilustrados, tratan de obscurecer y hasta de sincerar; franqueza que le ha valido no pocos sinsabores. Esta importante historiá se dió a luz en Quito, en cinco volúmenes, en cuarto, en el año 1890. Es muy interesante también la obra de don Antonio Flores, que lleva el título de **"Ayer, Hoy y Mañana"**, con primorosos cuadros históricos.

VENEZUELA

Citaremos en primer término a Oviedo y Bañes, cuyos escritos rarísimos reimprimió el notable americanista, don Cesáreo Fernández Duro. **"La Colección de documentos históricos"**, publicada por Mendoza, Yanes y Guzmán, en los últimos años de la Gran Colombia, no tiene todavía orden cronológico siquiera. La hermosa **Compilación** del sacerdote y general José Félix Blanco, comprende una época más antigua, con interesantes documentos y notas ilustrativas. Es un rico archivo ordenado.

Larrazabal, ameno, erudito y elegante, como escritor, hizo de su **Historia** un himno. Mas bien que constituir tribunal para juzgar al Libertador prefirió sumergirse entre los resplandores del astro.

La Autobiografía del General Paez es la historia de una interesante vida, que se enlaza con los principales acontecimientos de una época, pero no la historia de la época misma.

El general O' Leari, en sus **Memorias**, se limita al brillante período que Bolívar llena con sus grandes hechos. La documentación es incompleta, ya que como lamenta el autor, perdiéronse los documentos más importantes; y falta también algo, sobre varios puntos, que será depurado por la posteridad.

La obra de don Ramón Azpurúa, intitulada **Hombres notables de Hispano-América,** es incompleta, dispareja, tomada aquí y allá de rasgos necrológicos de distintos escritores, de biografías de circunstancias, inspiradas por la emulación, a las veces noble, pero nunca imparcial de los partidos en lucha.

Venezuela Heroica, como su título lo indica, es una faz de la gloriosa historia militar, en los tiempos de la guerra magna. Comienza con la **Victoria,** en 1814, y termina con **Carabobo,** en 1821. Es una oda brillante saturada de entusiasmo y patriotismo.

Esas obras comprenden el ciclo de los combates, como inicio, y como final, la desmembración de la Colombia tonante y vencedora. Forman la apoteosis venezolana, digna de sus héroes y de la reputación literaria de aquel país.

Don José Gil y Fortoul publicó en Berlín, en 1907, su interesante **Historia Constitucional de Venezuela,** en dos grandes tomos, que tuvo la dignación

de enviarnos con galante dedicatoria. Es un trabajo a conciencia, de mucha labor y mérito.

La que bien lleva el nombre de **Historia de Venezuela,** es la de Baralt y Díaz; pero esta magnífica producción, no obstante el alto y reposado criterio que en ella brilla, embellecido por lo clásico de la forma, no pudo llevar el sello de la libertad moral, indispensable en el historiógrafo para decir verdad completa e impartir justicia a secas. Baste recordar que las inmoderadas exigencias hechas a su providad de escritor costaron a Baralt la eterna ausencia del nativo suelo. De otra parte, esa obra, tan digna de elogio, no llega sino hasta 1830. La sección que alcanza a 1835 es un "breve bosquejo", simple esbozo, que no ha recibido pintura de primera mano.

Los trabajos de Juan Vicente González tienen carácter más general, con cuadros completos, narraciones y biografías, talladas en estilo vigoroso y cierto tono dogmático, que llega a ser el dejo de los batalladores.

El Coronel José de Austria publicó su **Bosquejo de la Historia Militar de Venezuela,** en 1855, obra concebida "en un lugar solitario, en los hermosos campos de Aragua, a las márgenes del lago que los fecundiza". Actor en muchos hechos que narra, tiene colorido y brillo.

Las **Memorias de la Revolución de Venezuela,** escritas por el famoso poeta Heredia, con una preciosa introducción del primero de los críticos cubanos, Enrique Piñeyro, es una joya valiosísima. Así como los **Anales** del Dr. Rojas Paúl figuran dignamente entre las producciones de este género, relativas a las demás repúblicas del Nuevo Mundo.

Origen de los habitantes precolombinos del Continente Americano es obra moderna, y muy interesante, de A. Briceño Valero. La **Historia contemporánea de Venezuela,** por Francisco González Guimán, es de mucho mérito. La **Historia de Venezuela,** por Eduardo Calcaño, escritor erudito, prosista fácil y poeta inspirado, es un libro digno de la fama de su autor. Muchos y justos elogios alcanzó la que lleva igual título, debida a la pluma de José M. Muñoz de Cáceres. La **Evolución Social,** precioso trabajo de Fombona, y las obras de Berger, Landaeta Rosal, Duarte, Level, Alvarado, y otros varios muy notables, forman honrosa legión. **La Historia Contemporánea de Venezuela,** por Francisco González Guimán, si no es lo más completo, es lo más extenso que se ha publicado. Contiene diez volúmenes, impresos en la oficina de "El Cojo", Caracas, 1911.

BOLIVIA

Las obras principales de la historia de Bolivia son "**Archivo Boliviano**", París, 1851, un volumen en cuarto, por Ballivián Rojas. **Estudios históricos,** Santiago, 1874, un volumen, en cuarto, por Soto Mayor Valdés. **Compendio de la Historia de Bolivia y Cochabamba,** 1888, un volumen, en cuarto, por J.

Blanco. **Ensayo sobre la Historia de Bolivia,** Sucre, 1861, un volumen en cuarto, por J. M. Cortés. **Apuntes para la Historia de Bolivia,** Tacna, 1873, anónimo, un volumen en cuarto.

El libro que escribió el chileno Soto Mayor Valdés, intitulado **Estudio Histórico de Bolivia,** revela imparcial y sereno criterio, en páginas de colorido y claridad sincera, en las cuales se destacan las figuras políticas y militares de aquel país. El prólogo de esa obra contiene muchas observaciones acerca del caudillaje y la canallocracia, aplicables a varias naciones américo-hispanas. La más conocida de las historias de Bolivia es la que escribió Camacho, y también muy recomendable la de Urquidi.

URUGUAY

Entre otros de reputación, conócense a los señores Víctor Arceguirre, autor de la **Historia del Uruguay,** impresa en Montevideo, en 1892, y don Isidoro de María, que en ese mismo tiempo dió a luz las **Páginas Históricas de la República. La Historia de la dominación española en el Uruguay,** escrita por Bauza, ofrece interés y contiene curiosos datos. Daniel Granada publicó la **Reseña** de las supersticiones en el Uruguay; José Salgado, la "**Historia del Uruguay**" y los "**Cabildos Coloniales**". Isidoro de María tiene buenas obras referentes a los fastos de su patria; Orestes Araujo dió a luz la "**Historia compendiada del Uruguay**" y "**Gobernantes del Uruguay**".

PARAGUAY

El dean Funes descuella, con su "**Historia del Paraguay**", y sobresale también Lozano, que escribió la "**Historia de la Compañía de Jesús en el Paraguay**"; Centurió dejó bellas y nacionales páginas en la "**Historia de la Guerra del Paraguay contra el Brasil, Uruguay y la Argentina**". Demersai y Thompson son también historiadores de nota. El año 1802, publicó en Madrid, la viuda de Ibarra, la "**Historia de los cuadrúpedos y de las aves del Paraguay y Río de la Plata**", por don Félix de Azara, autor también del libro póstumo y raro, que se intitula "**Descripción e Historia del Paraguay y Río de la Plata**", que dió a luz Sánchez, en 1847. Blas Garay escribió "**La Revolución de la Independencia del Paraguay**"; y Juan Silvano Godoy, las "**Monografías Históricas**".

COLOMBIA

El país de la América hispana, que sobresale por sus notables escritores, abunda naturalmente en historiógrafos distinguidos. **La Historia,** que escribió Groot y la gran **Colección de O' Leary,** son de gran importancia; y se debe citar en primer término la "**Historia de Colombia**", por Restrepo. La que pu-

blicó con el mismo título Benedetti es muy popular y conocida. **"Las Memorias de los Virreyes de la Nueva Granada"**, se imprimieron en Nueva York, por García y García, el año 1883, con un interesante prólogo del Licenciado don Ignacio Gómez, literato guatemalteco. **"Los Recuerdos Históricos"**, que publicó M. A. López, en 1889, en Bogotá, deben mencionarse como obra interesante. José M. de Quijano es autor de una **"Historia de Colombia"**. Antonio B. Cuervo, por comisión gubernativa, formó la gran **"Colección de Documentos inéditos, sobre la geografía e historia de Colombia"**. Henao y Arruble, dieron a la estampa, poco tiempo hace, la **"Historia de Colombia"**. L. Cerdo hizo su **"Estudio Histórico, Etnográfico y Arqueológico de los Chibchas"**. Varios otros de los que, como Pérez Triana, manejan a maravilla el castellano, han dejado obras clásicas históricas.

Debe citarse un libro raro, interesantísimo, publicado en Caracas, en 1846, y escrito por el célebre guatemalteco, don Antonio José de Irisarri, que se intitula **"Historia del asesinato cometido en la persona del Gran Mariscal de Ayacucho"**. Contiene un prólogo brillantísimo describiendo la suerte lamentable de las repúblicas independientes, revolucionadas por las pasiones políticas.

CHILE

Cuenta Chile con una larga serie de historiadores, desde el P. jesuita Alonso de Ovalle y al célebre Rosales, que escribieron a principios del siglo XVII, y una centuria después el P. Olivares, hasta el naturalista francés Claudio Gay, que doscientos años más tarde, redactaba la **"Historia Física y Política de Chile"**, que aunque no encierra mucha importancia histórica, contiene algunos curiosos datos, aprovechados después por chilenos eruditos. El más notable es don Diego Barros Arana, cuya **"Historia General de Chile"**, en 16 tomos, constiuye un monumento de gloria para su autor. Don Benjamín Vicuña, Solar, Errázurris, Anumátegui y otros escritores de nombre, han producido obras históricas de mérito, sobresaliendo en la filosofía de ese ramo el sabio profesor don Valentín Letelier, por el nuevo rumbo que señala a la ciencia de los sucesos humanos, en la **"Evolución de la Historia"**. No podemos mencionar las muchas monografías y folletos historiales publicados en la culta tierra de los araucanos; pero sí podemos afirmar qeu es una de las repúblicas que mejor ha sabido compilar y exhibir las memorias de sus pasados tiempos.

PERU

Es tan rica la bibliografía histórica del Perú, que no es dable en estos apuntes concretos, hacer mención del carácter y del mérito de cada una de las obras, que sólo mencionaremos.

EPOCA PREINCAICA

Middendorf, **El Perú**; Reiss y Stubel, **Necrópolis de Ancón**; Stubel y Uple, **Trahuanaco**; Max. Uple, **Pachacamac**; Squier, **Viaje por el Perú**; Orbigny, **Viaje por el Perú**; Castelnau, **Viaje por Perú y Bolivia**; Wiener, **Perou et Bolivia**; **Ma. Uhle, Trabajos publicados en la Revista Histórica de Lima**; Unanue, **Estudios de Historia Americana**; Patrón, **El Dios de La Lluvia, Estudios sobre lenguas americanas** (en la **Revista Histórica** y en el **Ateneo** del Perú); Vicente Fidel López, **Les races aryennes** (sostiene que el quichua es sanscrito); en el Boletín de la Sociedad de Americanistas de Washington, en 1913, un número dedicado todo a las antiguas metrópolis preincaicas, descubiertas hace poco, en las quebradas del Urubamba, por la misión arqueológica norte-americana; Doctor Pablo Patrón, **El Aimará** (opina que viene del asirio); Carlos A. Romero, **Pobladores primitivos del Valle de Lima.** Pablo Patrón escribió **El Perú Primitivo y Escritura Americana.**

EPOCA INCAICA

Todos los autores citados anteriormente, tratan en sus obras de asuntos referentes también a esta época; pero en especial deben mencionarse, en primer término, a Cieza de León, que escribió **"El Señorío de los Incas"**, obra interesante impresa por Ximénez de la Espada, advirtiéndose que en el mismo tomo se encuentra el fragmento importantísimo de Juan de Betanzos, que es la epopeya incaica traducida literalmente. El mismo Sieza de León escribió la **Crónica del Perú,** que se encuentra en la colección Rivadeneira y en la Nueva, que dirige Serrano y Sainz.—Lic. Polo de Ondegardo, se halla en los **Documentos para la Historia de España,** de Mendoza. — Sarmento de Gambra, **Historia de los Incas,** con prólogo y notas, por Retschmann, traducida al inglés por Markham, 1907.—Huaman Poma de Ayala, **Historia** publicada por el mismo Retschmann, bibliotecario de Gotinga, en Hanover.—**Montesinos,** publicado por Ximénez de la Espada; esta obra curiosa pertenece más bien a la época preincaica, pero a continuación de sus **Memorias Historiales,** inserta un extracto utilísimo de las **Informaciones del Virrey Toledo, sobre los Incas.**—Agustín de Zárate, **Historia del Perú,** que tiene varias ediciones, desde el siglo XVI, hasta la que aparece en la Colección de Rivadeneyra.—**Informaciones del Gobernador Vaca de Castro,** Madrid, 1892, por Giménez de la Espada.—Acosta, **Historia Natural de América, siglo XV**; sigue en todo a Ondegardo.—P. Bernabé Cobo **Historia del Nuevo Mundo,** Sevilla, 1892.— P. Oliva, **Historia del Perú.**—Giménez de la Espada, **Tres Relaciones Históricas del Perú,** Madrid, 1879, con un prólogo muy importante sobre las historias y crónicas inéditas acerca del Perú preincaico.—Padre Las Casas, **Antiguas Gentes del Perú,** es un fragmento publicado de su gran Historia, y en esta parte sigue un manus-

crito de Cristóbal de Molina, publicado en España a fines del siglo XIX.—Román y Zamora en sus "**Repúblicas del Mundo**", contiene largos capítulos, referentes al Perú, tomados de Ondegardo.—Cabello Balboa, Miguel, escribió en la Nueva Granada, a principios del siglo XVII, una **Micelánea**, que está traducida al francés, por Ternaux Copans.—Dávalos y Figueroa, **Miscelánea Histórica**, escrita y publicada en Lima, a principios del siglo XVII.—Fr. Jerónimo de Ore, **Símbolo Católico Indiano**.—Garcilaso de la Vega, **Comentarios Reales, siglo XVII**.—P. Velasco, **Historia de Quito, Siglo XVIII**.—Cristóbal de Molina, **Ritos e Idolatrías de los Incas**, publicado en inglés por Markham.—Prescott, **Conquista del Perú**, una de las obras mejores y más conocidas.—Fschudi y Rivero, **Antigüedades Peruanas y Contribución al Estudio del Perú Antiguo**.—Clemente Markham, "**Cusco and Lima**", y un "**Compendio de la Historia del Perú**".—Lorent, **Historia del Perú Antiguo, Civilización Peruana indígena**, Lima 1897.—Trezier, **Voyage**.—Jorge Juan y A. de Ulloa, **Viaje, Noticias Secretas**.—Valle editó la **Galería de los Virreyes del Perú**.

INDEPENDENCIA Y REPUBLICA

Memorias de Cochrane, Memorias de Miller, Memorias de O' Leary. — Todas las brillantes **Historias de San Martín y Bolívar**.—M. T. Paz Soldán, **Historia del Perú Independiente**, dos tomos, el primero en dos volúmenes.—M. F. Paz Soldán, **La Confederación Perú-Boliviana**.—M. F. Paz Soldán, **La Guerra de Chile contra el Perú y Bolivia**.—F. Manátegui, **Apuntaciones de la Historia de Paz Soldán**.—Juan Gualberto Valdivia, **Las Revoluciones de Arequipa**.—T. Caivano, **Guerra del Pacífico**.—Bulnez González, **Guerra del Pacífico**.—Alberto Gutiérrez, **La Guerra del Pacífico**, (crítica a Bulnes).—Dr. Nemesio Vargas, **Historia del Perú Independiente**. (Varios tomos, en publicación). El **Manual de Mendiburo**, o sea el **Diccionario Histórico del Perú**, impreso en Lima, en ocho volúmenes, en el año 1880. Esta obra es de alta importancia. **La Descripción del Perú**, escrita por Tadeo Haenke, que es un manuscrito de 1778, encontrado en el **British Museum** de Londres, constituye una obra de mérito, que citaremos en varios pasajes de nuestra labor. Pertenece el importante manuscrito a la época incaica.

Debemos muchos de estos datos a nuestros distinguidos amigos Ricardo Palma y J. de la Riva Agüero, que tiene un brillante libro "**La Historia en el Perú**".

ARGENTINA

La república Argentina, que es de la zona del Sur la que con más rapidez avanza, gracias a la inmigración europea, tiene historiadores antiguos y modernos de mucho renombre. Citaremos a Núñez Cabeza de Vaca, que escribió el libro intitulado **Naufragios**, a Barco Centenera, autor de **La Conquista del**

Río de la Plata, a Manuel Ricardo Trelles, por su **Revista de Archivos y Bibliotecas**, a Madero, que escribió la **Historia del Puerto de Buenos Aires**, basada en documentos inéditos, al eruditísimo Medina, "**Juan Díaz de Solís**" y la **Bibliografía del Río de la Plata**. Este escritor chileno, es el mejor bibliófilo.

Aunque la **Historia Argentina**, que escribió Domínguez, es obra de mérito, tiénelo mucho mayor la que dió a luz el notable literato don Vicente Fidel López, en 1883; **Las Memorias Póstumas del general José M. Paz** son el texto bíblico del historiador argentino. Ese prócer soportó con entereza el infortunio. Las **Memorias** llevan por lema el símbolo de la libertad. La edición que tenemos es la de 1892, La Plata, imprenta "La Discusión". Tres grandes tomos.

El célebre general Mitre, que fué digno presidente de la república, figura como escritor de merecida fama, conquistada sobre todo por su magnífica obra, que lleva el nombre glorioso de **San Martín**, y por la **Historia de Belgrado**, que es acaso la más interesante de aquel literato. Los tres volúmenes que contiene la epopeya del émulo de Bolívar y la narración de los sucesos gloriosos de la guerra de independencia de las naciones del Plata constituyen un verdadero monumento levantado a una de las más puras glorias americanas. Son también del general Mitre las obras "**Comprobaciones Históricas**", "**Episodios de la Independencia Argentina**", y otras. La **Historia de Rosas y su época**, por Saldías, dada a la estampa en París, en 1881, abraza el período de aquella tremenda dictadura. "**La Historia Argentina**", desde 1492 hasta 1862, que escribió Fregeiro, y que impresa en Buenos Aires, vió la luz en 1891, goza de reputación merecida. El doctor don Vicente G. Quesada, con cuya amistad nos honramos, escribió mucho sobre historia y límites de la república Argentina, no sólo en la importante **Revista de Buenos Aires**, sino en varios tomos voluminosos, y queda inédita, hasta ahora "**La sociedad hispano-americana bajo la dominación española**", que tuvimos ocasión de apreciar manuscrita por el autor, en Washington, y que sobre ser concienzudo y erudito estudio de aquella época tan calumniada como mal comprendida, de la evolución de estos países, que de ahí traen la cultura greco-latina, forma una colección de monografías, que arroja plena luz acerca de estas regiones, que España conquistó y hubo de darles cuanto tenía, cuando era la nación más grande, civilizada y poderosa del mundo. Don Ernesto Quesada, digno hijo del escritor que acabamos de mencionar, hizo un estudio que lleva por título "**La época de Rosas, su verdadero carácter histórico**", interesante producción, en un tomo en cuarto, con 392 páginas, impreso en Buenos Aires, en 1897, y una curiosa **Historia Diplomática**.

Por último, la **Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna del Río de la Plata**, formada por Angelis, cuya antigua edición se agotó, motivo por el cual se está reimprimiendo en Buenos Aires, es un arsenal riquísimo de los fastos de aquella hermosa tierra. La **Paleontología**

Argentina debe estudios notables a Darwin, Orbigni, Braward, Burmeister, y los hermanos Ameghino. La **Sinópsis geológico-paleotológica** del Museo Nacional, publicada en 1898, merece mencionarse, así como la **Paleontología Argentina,** de Rojas Acosta, impresa en 1904. Es importante también **"La América Precolombina"**, de Mariano Soler.

BRASIL

Durante mi residencia en Río Janeiro, pude hacer un estudio de las principales obras históricas de aquella próvida tierra. El representante nato, digamos, de la historia brasilera, es Adolfo Varnhagen, visconde de Porto Seguro. Este escritor dejó una importante obra sobre la formación, desarrollo e independencia de su patria. Fué gran erudito, y como tal, publicó muchas valiosas monografías. Quizó ser también historiador, y escribió la **Historia General del Brasil,** libro notable, por el espíritu de investigación que revela, por la erudición que demuestra; pero, con todo, libro deficiente, por falta de crítica, por ausescia de intuiciones teóricas, y por la aspereza del estilo.

El viejo Alexandro de Mello Moraes dejó las obras siguientes, **Brasil histórico,** la **Independencia do Brasil, Chrónica General, Historia do Brasil,** todas importantes repositorios del pasado; pero reunidos documentos y memorias, las más de las veces, sin análisis, sin filiación de los hechos, en fin, sin que se manifieste el criterio filosófico del historiador y compilador. Exceptúase, sin embargo, el libro **A independencia,** escrito contra el emperador Pedro I y los hermanos Andrada, próceres de la independencia brasilera.

Como este autor, han florecido otros, que se han ocupado en los anales, biografías, narraciones históricas y coreografía. Tales fueron, Francisco Lisboa, Borges de Fonseca, el consejero Pereira da Silva, el general Abreu Lima, Joaquín Noberto; el canónigo Fernández Pincheiro, Moreira de Azevedo y J. de Lacerda Mattoso Maia.

El famoso diplomático Barón do Río Branco, a quien tuve la honra de tratar, fué uno de los espíritus más esclarecidos y mejor preparados en asuntos históricos de su país. Publicó varias obras, habiendo tenido la gentileza de obsequiarme con algunas de ellas, cuando estuve en el Brasil, como plenipotenciarios de Guatemala.

Tiene merecido renombre, por sus grandes conocimientos y por la perfección con que enseña la historia brasileña, en el Gimnasio Nacional, el profesor Capistrano de Abreu, cuya orientación científica y conocimientos literarios son sobresalientes. Para concluir, citaremos la obra **History of Brazil, by Robert Sauther,** y la gran **Revista del Instituto Histórico y Geográfico,** que tiene gran reputación.

Joao Ribeyro, notable pensador, ha escrito la **Historia do Brazil,** Rocha

Pombo dejó otra **Historia do Brazil** y la **Historia da América**; Eduardo Prado dió a luz, pocos años hace, la **Historia do Brazil.**

CUBA

Tan rica como es la perla de las Antillas en producciones literarias, que tanta fama le han conquistado, cuenta también con libros importantísimos que guardan los fastos nacionales. Guiteras dejó una interesante **Historia,** cuyos cuatro primeros capítulos dedicó a la descripción de los antiguos aborígenes, atendiéndose a los datos del cronista Herrera. El señor Pezuel apenas consagra algunos párrafos a ese asunto; Bachiller y Morales procuró ir más lejos, escribiendo el precioso libro, que se intitula **Cuba Primitiva,** con tal erudición, que a veces abruma al lector. De otro género es la **Antropologíe des Antilles,** de Cornillac. Juan Ignacio de Armas publicó la **Fábula de los Caribes,** y el distinguido literato Sanguily dió, con ese motivo, a la prensa, importantes artículos. Fernando Valdés y Aguirre escribió mucho sobre la historia primitiva de Cuba. Bachiller y Morales presentó al 4º Congreso de Americanistas un interesante estudio sobre la Historia de la Isla, y es muy erudito su libro que lleva por título **Antigüedades Americanas,** Habana, 1845. El señor Rodríguez Ferrer dejó un obra muy bien escrita **"Naturaleza y civilización de la grandiosa isla de Cuba"**, que contiene importantes datos arqueológicos. El ilustrado cubano José M. de la Torre escribió acerca de **"Los Pueblos y costumbres de los indios de la isla de Cuba"**. Hay mucho sobre los fastos de la isla, en la **"Historia de Santo Domingo"'** escrita por don Antonio del Monte y Tejada. La **"Historia de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano"**, escrita por Antonio de Herrera, contiene interesantes datos, en sus **cuatro décadas,** desde 1492 hasta 1531, Madrid, 1830. En las obras del libertador José Martí, que dió a luz Quesada, hay mucho bueno y referente a la historia cubana, en la cual figurará eternamente aquel mártir sublime, a quien tanto amé, y recuerdo siempre con amistosa veneración.

Al terminar este capítulo, es preciso advertir que la **bibliografía centroamericana,** que ha sido su principal objeto, puede estimarse bastante completa, a la vez que la de las demás repúblicas se ha hecho, sin tal pretensión. Es más bien un ligero juicio acerca de las obras de historia, que el autor de la presente conoce. No se extrañe, pues, que haya omisiones y vacíos en materia tan compleja, siendo así que no existe una bibliografía impresa que contenga lo que se ha publicado sobre toda la América Ibera.

LA AMERICA CENTRAL ANTE LA HISTORIA

PRIMERA PARTE

EPOCA PRECOLOMBINA

CAPITULO I

BIOLOGIA Y GEOLOGIA

SUMARIO

Formación de la Tierra. — Aspecto primero. — Nebulosa. — Sol. — Estrella roja. — Astro sombrío. — Estados diversos. — Período siluriano. — Cuatro épocas. — Desenvolvimiento de la vida. — El Hombre. — Primera conversación de la Naturaleza con Dios. — Génesis de Centro-América. — Levantamiento de montañas en nuestro suelo. — Las tierras tropicales. — Expresiones de Humboldt. — Los Andes. — La América Central hundida en el mar. — Período mioceno. — Sumersión de Continentes en épocas prehistóricas. — En el período terciario se verificó un cataclismo horrendo. — Centro-América cambia de aspecto y superficie. — La muerte alimenta sin cesar la vida. — Cómo se figuraban la Tierra los antiguos. — La América Central quedó sin correspondencia rítmica con la respectiva de los otros Continentes. — Se pierde la imaginación al enunciar las edades geológicas. — Nuestro planeta continúa siempre en actividad. — Centro-América en el período terciario. — Notable desarrollo de los animales tropicales en Centro-América. — Interés que presenta la configuración de la América del Centro. — Los Andes, el Archipiélago y la América del Sur y del Norte. — Nuestros altísimos volcanes. — Fauna paleontológica. — Interesante colección de fósiles de Guatemala. — Geología del Norte, por Chiquimula. — De dónde viene el nombre de la América. — Cataclismos sufridos por la América Central. — Las variaciones de vida y de clima en Centro-América. — Efectos del levantamiento de nuestras montañas. — El movimiento engendra fluidos vitales.

Leve fragmento del sol lanzado por el espacio, fué en un principio la tierra irradiando calor y luciendo propia luz, hasta que la fría mano del tiempo, al cabo de millones de siglos, apagó su corteza, formó las aguas y concentró el fuego al centro del planeta, dejando henchido el aire de nubes acuáticas y elec-

tricidades tonantes, que desprendían siniestros relámpagos y tormentosa lumbre (1). Miles de años después brotaron helechos desmesurados, lianas espesísimas, árboles colosales, miriadas de insectos, vampiros enormes; cocodrilos de porte increíble, castañeteando inmensas mandíbulas, entre lagos infectos; el gigantesco megaterio irguiendo la cabeza, entre las corolas de flores grandísimas; y la girafa estirando su luengo cuello para coger la exuberante graminea, que arrancaba el megalonix de encorvadas uñas; el elasmosaurio, elefante palmípedo, surcador de las aguas, eleva su pescuezo serpentino terminado en flecha. Los ornitorencos, reptiles con alas, resistían la ardiente atmósfera en que nacieron, mientras en los ríos pantanosos y en las desecaciones súbitas, vejetaban los zoófitos, sin conciencia de vida, y los marsupiales de giganteseo volumen iban arrullando, en sus onerosas bolsas, la prole fecunda; el clyptodón arrastraba su pintada concha, cual si fuese un castillo; el sivaterio rompía los bosques con estrindente ruido; el colosal maamut iba aplastando florestas; las aguas eran diluvios; las grietas terrestres, cabernas profundas; y todo tenía la grandeza del cataclismo con lo sublime del génesis.

De edad en edad, de ciclo en ciclo, al través de millones de años, fué transformándose la tierra, con el despojo de cada mar, Carbonífero, Triásico, Liásico, Jurásico, Cretáceo, Numulítico; por enfriamiento, inundaciones, rocas azoicas, sin rastros de vida orgánica; terrenos biológicos, fosilíferos, vejetales petrificados, crudas nieves, témpanos de hielo inundando hasta los trópicos, conchas tribólitas arrastradas por los siglos, en abismos de océanos desaparecidos, volcanes soberbios, y en fin, cabernas, collados, serranías y llanuras, impropicios ya para los monstruos primitivos. Hay maravillosa lógica en el mundo físico, como en el mundo intelectual. Quien tuviese el secreto de esa lógico, tendría la clave de la tierra y de los cielos. Los planetas muertos para la vida termo-exaltada, resucitan a las temperaturas frescas, y en nuevas formas germinan y viven. Es infinito el ciclo de las existencias que se transforman. La perfecta armonía del Universo excluye la casualidad.

"Diríase que nuestro globo ha venido, por mesurado gradual esfuerzo, de series indispensables a su desarrollo, pasando de astro candente a tierra fría, para disponerse y aparejarse de suerte que se hallase todo concertado y dispuesa recibir la visita del humano espíritu, como la desposada o prometida para boda próxima, que se viste sus mejores galas, a fin de solemnizar el día más feliz y decisivo de su vida, en que el amante la lleve consigo al hogar nuevo, en to a recibir la visita del humano espíritu, como la desposada o prometida para apercibida no sólo a perpetuar su existencia y su nombre, sino a recordarle siempre las dulces horas de tranquilidad y ventura".

Fué el hombre último término de la resultante dinámica universal; de las fuerzas de la naturaleza, después de haberse helado casi todo el globo, de

---

(1) Consignamos la teoría del fuego central, sin desconocer que no faltan sabios, como Hopkins, Sartorius, Reclus y otros, que no la aceptan.

invadido las aguas muchos territorios, en cuenta la mayor parte de lo que existía entonces de la América del Centro. Cuando brotaron los volcanes, cuando hubo ambiente para los mamíferos, cuando el calor renació en valles y collados, cuando vino la época postglacial, apareció la especie humana, transformándose todo, y produciendo el sér, que mejor se adapta a diversos climas, que progresa y que se eleva a Dios por el pensamiento y la palabra (1).

El observador del espacio habría podido ver nuestro planeta, al través de las edades, brillar al principio en el estado de pálida nebulosa, resplandecer, en seguida, con propia lumbre, volverse estrella roja, astro sombrío, planeta variable a las fluctuaciones de los reflejos, y perder insensiblemente su luz y su calor, para llegar al estado en el cual observamos a Júpiter. Ya la tierra se movía sobre sí misma y en torno del sol, cuando la temperatura primitiva descendió, cuando se condensaron los vapores atmosféricos, cuando el mar pudo extenderse sobre el globo, entre el fragor del rayo y el estampido del trueno, y cuando en las tibias y fecundas aguas, las primeras plantas, los animales ante-diluvianos se formaron. Durante la época primordial no había sino invertebrados flotando sobre las olas. En el período siluriano se dejan ver peces cartilaginosos. Muchísimo más tarde, en la época primaria, comienzan los groseros anfibios y los grandes reptiles, con los pesados y perezosos crustáceos. Surgen islas del seno de los mares, y por vez primera se ostenta la vejetación. Durante millares de años fueron mudos y sordos los habitantes de la tierra. El grito, el canto, no comenzaron hasta la edad secundaria. Durante millones de siglos no tuvieron sexo ni los animles, ni las plantas. Poco a poco se desenvolvió la vida; el reptil se fué formando, el ala hizo volar al pájaro. Viene la edad terciaria, y nacen las grandes especies animales, sin que el hombre hubiera aparecido aún. Llega más tarde la plenitud de la vida, y brilla al fin, el espíritu humano sobre la tierra. ¡ En la historia del planeta, fué el hombre la primera conversación de la Naturaleza con Dios! (2)

El rudimento, el génesis, de Guatemala sería—dando crédito a sabios geólogos—una isla de cadenas graníticas, salientes del fondo de los mares, aisladas entonces del resto del suelo de la América Central, y compuestas de micaesquistos y esquistos cambrienos, lo que haría remontar esta tierra a incalculable antigüedad, apenas concebible en la serie de los tiempos geológicos (3).

Ahí se contemplan esas montañas de los alrededores de Zacapa, del Carrizal y de la serie abrupta que va con dirección al otro lado de la cadena, como buscando los pórfidos traquíticos en los mamelones de granito y de gneis de la base del volcán de Atitlán, casi al oeste, 22º sur, y 22º norte, correspondiendo sensiblemente a uno de los grandes círculos más importantes del cuadro pen-

(1) Según cálculo del profesor Helmholtz, sólo para enfriarse la tierra a modo de contener seres vivos debieron de transcurir 350 millones de años, y otro tanto para que fuera adquiriendo más perfectas formas.

(2) Flammarion—"Le monde avant la creatión de l'homme. Page 23.

(3) Voyage Geológique dans les Repúbliques de Guatemala et du Salvador. Pag. 251.

tagonal de Elie de Beaumont. El segundo levantamiento bien pronunciado, del cual Dollfus y Montserrat encontraron rastros en Guatemala, fué el de gran cantidad pórfiro-tráctica, que vino a dar a esta porción del istmo su bellísimo relieve orográfico y sus rasgos físicos actuales, cuando menos por el lado que cae a las playas del Atlántico. Desde las altas cumbres de Totonicapán hasta Esquipulas y Alotepeque, pasando por los valles de la capital, está netamente marcado el rumbo de aquel fenómeno geológico, posterior a la formación de los terrenos jurásicos y anterior a la de los cuaternarios. El tercer levantamiento fué el de gigantescas montañas, aisladas, con cúspides de fuego y formidables entrañas en combustión, que al cambiar el trazado de la línea del mar, por los vacíos y movimientos cataclísmicos que produjeron, acarrearon profundas transformaciones en el curso de los ríos, quedando lagos, como los de Atitlán y Amatitlán, y nivelándose valles y llanuras, análogas a las de la meseta de Guatemala, que contienen inmensas materias volcánicas, produciéndose colinas, ondulaciones, grietas y mil fenómenos más, que por el lado de El Salvador son harto notables, en esa especie de espinazo gigantesco que el eje volcánico figura al través de este suelo, y que acaso se completaría en los comienzos de la época cuaternaria, ya que se encuentran por el extenso y bellísimo valle de la capital de Guatemala, osamentas de grandes mamíferos, de perdidas especies animales, que se refieren a aquellas edades geológicas, y que pudieron vivir sobre el suelo formado por deyecciones volcánicas.

Creen algunos sabios que, por el tiempo del gran levantamiento volcánico, nació, como hemos dicho, la humana especie, sobre nuestro planeta, y que cuando los montes primeros se erguían, la raza autóctona vino apareciendo. Al fin de la evolución que solevantó las montañas, dice Edgar Quinet (1) me encuentro con un sér que se alza sobre sus pies y pisa las alturas, que mira al cielo y marcha sin encorvarse. Es el hombre, que representa la edad del mundo en su medio día, cuando la tierra le dijo: **"Levántate y anda!....** Entonces las orquidáceas que lucen sobre los árboles de la América Central, comenzaron a mecerse con peculiares formas, como inquietas mariposas, o cual arañas brillantes del jardín, con sus largas y endebles patas; ya semejando afiligranado escudo heráldico; ora la cabeza de una quimera chinesca o la ávida boca de un animal fabuloso.

Por el período terciario se efectuó un cataclismo tremendo, cambio portentoso, el más trascendental de los conocidos en los anales geológicos del mundo. Desapareció el calor en muchas regiones, y grandes aludes de nieve se desbordaron de los polos, amortajando casi toda la tierra, hasta el paralelo 35 o 40, con un paño helado de muchos metros de profundidad. Las aguas océanicas cubrieron los más altos montes, y la mayor parte de la América Central estuvo dentro del mar, como se revela aún por su estructura. Ahí

(1) La Creación.—Tomo II, página 299.

están esos grandes hundimientos, diversos subsuelos, barrancas inmensas, lechos de lagos grandísimos y rastros apocalípticos del cataclismo sublime. En la estrata de esa edad se hallan los rastros primeros del hombre sobre el globo. La teoría de su aparecimiento inmediatamente después del período postglacial, cuenta con el apoyo de los más eminentes geólogos, como George K. C. Gerland, Ernesto Heckel y otros muchos renombrados (1).

Las tierras del Centro de América cambiaron de aspecto y de superficie; muchos especies de seres ya no pudieron vivir; pero después de cubierto el globo por aquel albo sudario, que parecía sepultarlo en una muerte glacial; después de la lucha de las aguas, ante el arco iris de un sol cansado de alumbrar caóticas transformaciones, y entre los estremecimientos de toda creación, apareció el hombre sobre la tierra, como el sér más perfecto, como la imagen del Autor de todo lo creado.

Los antiguos organismos sirven, por transformación, para que nazcan otros nuevos; y los corales, las madréporas, y otros muchos animalillos marinos, son constructores de modernas hiladas semejantes a las de los antiguos períodos geológicos. Diríase que por atavismo, acostumbráronse a modelar en pequeño, lo que fuerzas caóticas hicieron en la perpetuidad de la existencia. La muerte alimenta sin cesar la vida.

Ante los conocimientos modernos, parecen mitológicos los apotegmas antiguos. Pensaban los bracmanes que era la Tierra inmenso loto abierto sobre la superficie del agua. Los talmudistas y sirios creían ser el suelo una masa inmóvil, apoyada en colosales columnas de piedra, perdidas en el caos. Algunos pueblos aborígenes de América decían que, como castigo de un crimen nefando, la diosa Bochicha había condenado al gigante Chibchacum a sostener sobre sus espaldas la Tierra, como un inmenso **cajete** verde sombreado por otro **cajete** azul. Los terremotos resultaban movimientos impacientes de este Atlas del Nuevo Mundo, a quien Kabrakán hacía padecer convulsivos estertores (2).

Al desembarcar, por primera vez, en tierras tropicales, dice Humboldt (3) nos sorprende agradablemente reconocer en las rocas que nos rodean, los mismos esquistos inclinados, los mismos basaltos formando columnas cubiertas de amigdaloides seculares, que poco antes habíamos dejado en Europa; pero esas masas pétreas se encuentran en los trópicos cubiertas con una vejetación de traza nueva, de fisonomía sorprendente, de colosales formas, pertenecientes a una flora maravillosa, exótica, llena de grandeza y de indefinibles escantos.

La América Central es un singular broche, que quedó después de romperse en mil pedazos el continente, que aquí era análogo al asiático; pero que vino a hallarse después sin correspondencia rítmica, como tienen generalmente los

---

(1) Historia de la Creación de los seres, según las leyes naturales. Tomo I.

(2) Elíseo Reclus—Nuestro Planeta—Cap. III p. 69.

(3) El Cosmos.

contornos de todas las tierras que hay sobre el planeta, y que presentan arcos de círculos más o menos grandes y perfectos. Los lagos de Nicaragua denotan la depresión más grande de América. El tercer círculo señalado por Reynaud, de una inclinación de 15 o 20 grados sobre el polo, pasa por el istmo centro-americano, y atraviesa en el mundo antiguo casi todos los grandes desiertos, que estaban llenos de agua durante los últimos períodos terrestres. Esa serie de perdidos mares, en donde al presente se hallan las arenosas y cálidas llanuras de Sahara, Egipto, Arabia, Persia y el Cobi o Chamo, está dominada al norte por diversas cordilleras, el Atlas, el Tauro, el Cáucaso; como el Pacífico y el Mediterráneo, las aguas desaparecidas tenían al norte una muralla de tierras elevadas. No es un ciego capricho de la naturaleza esa trinchera de volcanes, que parece estuviesen conteniendo, en nuestro territorio, las furias de las olas del mar del Sur. Es un **círculo de fuego**, como dirían Ritter y Buch.

Se pierde la imaginación, al calcular, o mejor dicho al sólo enunciar, las edades geológicas que han transcurrido para que Centro-América tenga la forma y el estado en que hoy se encuentra (1). En los tiempos más antiguos, durante los períodos de transición silúrica y devoniana, y hacia las primeras formaciones secundarias, por acá apenas había una isla estéril, precisamente, según presumen los geólogos, en el sitio que ocupa la mayor parte de Guatemala. Después, en los períodos siguientes, unióse esta isla a otras más grande, que por Yucatán y Honduras ya existían; pero dejando lagos y golfos profundos. Finalmente, cuando se alzaron los Andes, últimos que nacieron, en la época del levantamiento de las montañas, formaba Centro-América parte del gran continente, que después se destruyó, según ya lo hemos insinuado y lo explicaremos extensamente.

Nuestro planeta continúa siempre en actividad; brotan en el día volcanes, a la vista medrosa del espectador, como sucedió en el lago de Ilopango. Las fuerzas interiores y los fluidos terrestres ocasionan fenómenos trascendentales y a las veces terribles. Parece cierto que la América del Sur estuvo separada del resto del Continente americano y unida con el Centro, como lo comprueba la fauna de estas regiones, en la que se nota admirable minoría de las especies de mamíferos norte-americanos, y gran preponderancia de formas sud-americanas, en México y la América Central.

"Como durante el período terciario, tuvieron lugar—según explica el doctor A. V. Frantzius—terribles alzamientos y hundimientos, y sobre todo, durante el período mioceno, descendieron algunas partes de Centro-América dentro del mar, hasta el punto de que sólo las cimas de las montañas más altas, aparecían sobre la superficie, en formas de islas separadas unas de otras (2); así es probable también que durante la época de mayor alzamiento, el angosto

(1) Biología Centrali-Americana, de Salvin y Godman.

(2) El Doctor Sapper, que hizo un estudio geológico de Guatemala opina que la América Central estuvo cuatro veces sumergida entre las aguas del océano. Lo mismo sostiene Basseur de Bourbourg

istmo se levantara tánto sobre el océano, que aparecieran las planicies extendidas al pie de las montañas y quedaran fuera del agua, lo cual favoreciera la emigración de los mamíferos para el norte, mucho más que la estrecha faja de costa que por ambos lados ciñe la faja de montañas del istmo. El notable desarrollo de los animales tropicales en México y Centro-América y su gran identidad con las especies sud-americanas, indican que tal era el estado anterior, y que las masas de tierras bajas se agregaron inmediatamente a la estrecha faja de tierra actual" (1). Bastaría una simple depresión de treinta metros para que el Pacífico y el mar de las Antillas unieran sus aguas entre los dos continentes americanos (2).

La configuración de Centro-América presenta el mayor interés. Geológicamente considerado es este hermosísimo istmo el resto que dejaron las convulsiones ante-diluvianas, después de sumergir la Atlántida en el fondo del mar. A primera vista se nota que las dimensiones y la estructura del suelo centroamericano no guardan proporción con las inmensas masas de esos agigantados hemisferios, que parecen unidos por el estrecho que, en medio de ambos mares, liga a la América del Norte con la América del Sur. Ahí está la escavación profunda, en que sobre las verdes aguas del mar antiguo de los caribes, brotan millares de islas cual astillas regadas por tremendo cataclismo. Desde el cabo de Hornos hasta el mar Polar tiene el Continente Americano 4,900 kilómetros de largo, mientras que la anchura de la América del Norte es de 5,200 y la del Sur de 4,000 ¿qué son esas cantidades comparadas con la longitud y latitud de los Continentes? El Istmo, dadas sus actuales dimensiones, no corresponde para servir de base a ese titán de los Andes, que se distingue de los demás colosales sistemas de montañas por las bifurcaciones inuamerîables de la cordillera, con picos altísimos, crestas de 8,000 metros, masas de pórfido y de traquita, a las orillas del Pacífico, con bocas de fuego y cimas de hielos eternos, cual plutónico cinto. Ese gigante se rehace, se alza más, después de franquear la estrecha lengua de tierra centro-americana, que parece oponerse a su trayecto. Como colérico del dique, deja altísimas pirámides, en su rastro; volcanes numerosos, atalayas de su paso (3).

Esa estructura de los Andes y el archipiélago hecho pedazos, revelan, según geólogos modernos, una antiquísima alianza material. Unid las Grandes Antillas entre sí, y con la península de Yucatán, levantad a flor de agua las tierras que el mar devoró un día en un su furia, juntad después las Bahamas a la Florida, y habréis reconstruido un Continente, simétrico respecto a los otros dos, con su cordillera y su Mediterráneo; aquel mundo, que las tradiciones de nuestros aborígenes evocan al través de millares de siglos. El Archipiélago, con sus islas volcánicas, esparcidas por el mar de las Antillas, es resto

(1) Mamíferos de Costa Rica.
(2) Eliseo Reclus.—Nuestro Planeta. Pag. 96.
(3) Stoppany—Curso de Geología.

de un viejísimo Continente unido a las dos Américas. Ese oásis fué testigo mudo de una gran catástrofe, en el que el fuego de Vulcano apareció levantando y hundiendo la tierra, que después Neptuno azotaría, sumergiéndola de nuevo, para establecer en ella el imperio de sus creaciones **madre-poricas**. El Códex Chimalpopoca dice que, en un titilar de la estrella matutina, estalló el mundo, y se sumergió la región más rica del globo.

Nuestros altísimos volcanes, ese encaje caprichoso que corta el horizonte con curbas amplísimas, sería la salvación de esta tira de tierra, en el cataclismo que hundió los restos perdidos de primitivas capas geológicas. La afinidad y la atracción, en su juego eterno, forman y destruyen Centinentes. La cordillera Andina dió a Centro-América dos descensos desiguales, como si el Pacífico hubiera avanzado más en su irrupción, dejando una estrecha banda, que apenas alcanza treinta leguas en su mayor anchura, mientras que tiene más de ochenta la pendiente del Atlántico. Está comprobado, por eminentes geólogos, como el P. Lanza, de la Compañía de Jesús, que los dos focos ígneos, o sean **husos**, como el les llama, se encuentran uno bajo la América Central y otro bajo el Japón.

La meseta amplísima y singularmente bella, en que hoy se encuentra la capital de Guatemala, no es más que una parte alta, circunscrita por algunas montañas poco elevadas, de una llanura vasta, que atraviesa la América Central, en su región media, en un desenvolvimiento de más de cien leguas, al decir de los geólogos Dollfus y Montserrat, autores de una obra notable sobre nuestro país, que presenta rasgos muy interesantes. El valle magnífico de Comayagua, parece que deseslabona la cadena de los Andes, para dar paso a una vía la más natural entre ambos mares. El lago de Nicaragua, con noventa millas de largo, por cuarenta de ancho, es una elipse color de cielo, entre cuyas límpidas aguas se alza el Momotombo, volcán en erupción, y una isla cuajada de palmas, orquídeas y frutas tropicales. Es uno de los panoramas más bellos del mundo.

Desde muchos puntos de vista, es admirable Centro-América, cuyo suelo ofrece la clave para penetrar en cuestiones obscurísimas de orígenes y génesis, de cataclismos y veneros de vida (14). El historiador descubre aquí en el Istmo, sobre todo por el lado de Yucatán y Honduras, el núcleo del célebre pueblo civilizado de los mayas, progenitores de los quichés, que tuvieron gran cultura; el hombre industrioso halla en esta afortunada tierra la mansión perpetua de la primavera; el naturalista rastréa los pasos iniciales de seculares edades; el poeta, en fin, admira en nuestros llanos de esmeralda, a Ceres y a Flora regocijándose con fruición gratísima, como se regocijarían los pobladores primeros del paraíso terrenal. Ahí están los bajo-relieves de las ruinas

(1) Dr. A. Bergeat—Geología de Guatemala.

de Palemke, rastros de que el budismo, según demuestra Charnay, se predicó en tiempos remotos por estas regiones (1).

La fauna paleontológica del extremo setentrional de América es idéntica a la del Antiguo Continente, de donde deducen algunos escritores que, en épocas remotas, en edades geológicas anteriores a la actual, estuvo América uida con Asia y con Europa (2). Un fenómeno tan extraordinario como el levantamiento de la cordillera de los Andes, debe de haber producido profundos cambios en nuestro planeta. Se rompería el antiguo equilibrio entre los dos océanos, causándose asombrosas perturbaciones y acaso hundiendo para siempre la misteriosa Atlántida, suelo propicio y rico, de que nos hablan las tradiciones chimalpopocas, los sabios egipcios y los fastos helénicos (3).

Tenían los Padres Jesuitas, en el Colegio Tridentino de esta ciudad de Guatemala, una interesante colección de fósiles, recogidos por las márgenes de la laguna de Izabal, que demostraban el carácter jurásico de aquellos yacimientos, al decir no sólo del P. Cornette, que era especialista en estas obscuras materias, sino de los geólogos franceses Dollfus y Montserrat, que hicieron de ellos un detenido examen (4). Aquellos restos eran tan antiguos como los encontrados por Ameghino en la república Argentina y los famosos del Brasil.

Ese mismo sabio jesuita llevó a cabo un estudio geológico muy interesante, desde las márgenes del gran río Motagua: "En Zacapa, dice, se encuentra un valle basto y bastante profundo que se abre paso entre una soberbia roca de granito, prolongándose tanto hacia el Este como hacia el Oeste.

El camino sigue el valle del río de Zacapa hasta Chiquimula (379 metros): el fondo del valle es muy inclinado y los granitos hacen lugar a las rocas sedimentarias. Cerca de Chiquimula, pasando al pie del monte Chatún, (656 metros) cuya cima se compone de asperón y al rededor de la ciudad de Chiquimula, se encuentra una gran cantidad de guijarros incrustados en calcáreo azul en el lecho del río y en las barrancas de los torrentes.

Después de Chiquimula, el camino lleva por algún tiempo la dirección del Este para llegar al río de Copán y seguir con él hasta la ciudad del mismo nombre. Se entra entonces a una región formada únicamente por rocas sedimentarias más o menos ocultas por depósitos superficiales, pero visibles muy distintamente cuando el terreno es más irregular. Deben existir varias cadenas de composición casi idéntica: las principales serían: 1º la que se encuentra al Sur de San Juan la Ermita, cuyo punto culminante es el monte Ticanlú (773 metros) y al pie del cual se encuentran manantiales ferruginosos: 2º la que pasa por Jocotán y Comatán y limita al Sur el río de Copán: en fin la que

---

(1) Las Ciudades Antiguas del Nuevo Mundo, cap. 14.
(2) Reclus—Descripción de los fenómenos de la vida en el Globo—Capítulo II.
(3) Burmeister—Historia de la creación—Cap. 15.
(4) Voyage geológique, pag. 277.

al Norte limita este último río y cuya cima más elevada es el monte Tipicay (632 metros). En cuanto a la constitución geológica, todo nos hace creer que las capas inferiores están formadas por esquistos arcillosos, mientras que las superiores, están constituidas por asperón. Cerca de San Juan la Ermita (515 metro) existen esquistos arcillosos atravesados por bandas de calcáreo silíceo, lo cual prueban las muestras de la colección de Guatemala. En el río de Jocotán (332 metros), estos mismos esquistos arcillosos se encuentran atravesados por vetas metalíferas, las que se ven también en el río Camotán. Los asperones, por el contrario, existen en la cadena de colinas de Jocotán, en el paso del Obraje, sobre el río Copán (419 metros) en donde contiene bandas de sílice piromáquico jaspeado.—Encuéntranse aún en Llano Grande (795 metros) y parecen continuarse en las llanuras de Honduras, y varias aserciones de M. Squieres (The States of Central América) lo confirman. En Copán mismo (550 metros) en donde existen ruinas célebres, el suelo está cubierto de depósitos superficiales, muy abundantes a veces, formados por capas vizcosas, de tobas y piedra pómez blanca: la llanura que se extiende hacia el Sur, presenta la misma composición hasta la cadena de montañas de los Horcones (1,108 metros) en donde los asperones son de nuevo visibles; pero las ondulaciones siguientes están formadas tan sólo por aluviones recientes.

En las cimas que dominan al Este la ciudad de Esquipulas, (910 metros) una de las más importantes del Departamento, se llega a la cadena de montañas que constituye la línea de separación de las dos vertientes de esta región, de la de Guatemala. Esta cadena de montañas está formada de pórfidos que aparecen por primera vez en el desfiladero de los Apantes (1,100 metros) en donde son de color negro y parcialmente descompuestos en la sobrefaz. Estos pórfidos se extienden de una manera aún más completa en los alrededores de Alotepeque (1,384 metros) en donde constituyen todas las rocas aparentes: dichos pórfidos son verdosos y aparecen muy distintamente en la elevación conocida bajo el nombre de Derrumbadero, punto en donde alcanzan una altitud de 1,636 metros. En estos pórfidos existen varias vetas metalíferas que están explotadas, principalmente en las minas de San Pantaleón y de San Carlos, en los alrededores de Alotepeque: estas vetas contienen sobre todo, galena muy argentífera accidentalmente mezclada, según se cree, con minerales de zinc, de hierro y de antimonio. La cadena de montañas que se extiende al Este de Alotepeque hasta más allá de Jutiapa, cerca de la laguna de Ayarza, debe probablemente componerse de rocas sedimentarias y metamorfósicas. Cerca de Alotepeque se encuentran esquistos arcillosos los cuals existen también al Norte de Jutiapa.

Estas capas, relativamente muy recientes, están sostenidas por una elevación de micasquistos los cuales son muy visibles cerca de Jutiapa, estando cubiertos por las deyecciones volcánicas de Monterico y de Ipala, perdiéndose en esguida en la base de las montañas de Alotepeque.

Al Sudeste de Alotepeque, el suelo está cubierto en todas partes por capas más o menos gruesas de deyecciones volcánicas, arenas, rocas escorificadas o arcillas que proceden de una serie de volcanes todos completamente apagados y alineados según una dirección Sur 4º Oeste, sensiblemente perpendicular a la dirección volcánica principal de El Salvador y de Guatemala. La presencia en este lugar de esta serie de volcanes s muy interesante y merece ser estudiada con el mayor cuidado: por desgracia, las otras del Presbítero Cornette contienen datos muy poco explícitos, pero sin embargo, suficientes para explicar la naturaleza de las cimas en cuestión, pues las palabras volcán, cráter, lava, están repetidas muy amenudo, lo que indica un estudio serio y minucioso de los hechos.

Los volcanes de Ipala (1,661 metros) y de Monterico, están rodeados de lavas más o menos porosas, y reemplazadas poco a poco en la dirección del Sur, por varios sedimentos volcánicos, tobas, piedra pómez y arenas que alcanzan una extensión considerable cerca de Agua Blanca (810 metros). Inmensos torrentes de lavas cubiertas de arcillas en muchos puntos llegan hasta los pueblos de Santa Catarina (708 metros) y de Suchitán (1,252 metros); estos torrentes bajan del volcán de Santa Catarina, cuyo cráter gigantesco, está rodeado de lavas desmenuzadas y de rocas escorificadas. Estas mismas lavas, mezcladas de arcillas y cenizas, llegan también en el sentido opuesto, hasta la aldea de Achuapa (964 metros). Más al Sur se extiende una llanura cuyo suelo se compone de elementos arenosos que contienen piedras de granito, lo que parece demostrar la presencia de esta última roca en las montañas que se encuentran al Noroeste. A poca distancia se encuentran dos cráteres volcánicos extinguidos y muy poco elevados: el de Cuma y Amayo.

Un poco más lejos, se atraviesa el río de Paz (961 metros) que en este punto es un simple riachuelo, pero que en la parte más baja de su curso, es un río importante y forma la frontera entre las Repúblicas de Guatemala y El Salvador. Se atraviesa después una llanura cubierta de depósitos superficiales y por una cuesta larga de más de 400 metros, se llega a la aldea de **Azacualpa** (1349 metros); esta cuesta se abre paso entre los conglomerados porfidíricos.

La gran cuesta de El Voladero, que baja del Oratorio a los Esclavos y que encuentra al camino de la Unión a Guatemala, presenta la misma composición".

Dícese que por aquellos terrenos antiquísimos hubo razas de hombres muy corpulentos en las primitivas épocas, cuando los animales ante-diluvianos dejaron por ahí restos de huesos que después se han encontrado, y que muchas veces vimos en el Museo de la Sociedad Económica. Los cataclismos, emigraciones y cambios desfavorables, hiecieron degenerar aquella raza, que al fin se estancó como las orientales.

Lo que sí puede afirmarse, como seguro, es que el Continente Americano

no tuvo ni la misma forma, ni los mismos nombres. Los normandos que lo visitron en el siglo décimo (1) llamábanle **Markland, tierra de Árboles,** como significa precisamente el nombre de la región guatemalteca que los aborígenes denominaron QUICHÉ, **muchos árboles.** "Es muy probable, dice el profesor Wilder, que el Estado de la América Central, en el que encontramos el nombre AMERIC, significando como el Merú indio, **Gran Montaña,** dió su nombre al Continente. No sería remoto que el nombre **América** estuviese íntimamente relacionado con **Merú,** el monte sagrado que está en el centro de los siete continentes, según la tradición india. He aquí las razones que pueden aducirse, y que cuentan hoy con autoridades científicas que las apoyan. Nosotros sólo las consignamos a título de información curiosa. 1ª — **Améric, Amérrica** o **América,** es el nombre que en Nicaragua se da al país elevado que forma una cadena de montañas entre Juigalpa y en la Libertad, en la provincia de Chontales, que por uno de sus lados penetra en el territorio de los indios Carcas, y por el otro, en la región de los Ramos. **Ic** o **Icque** es terminativo que denota grandeza, como **cacique,** etc., el nombre **"América Provincia"** apareció, por vez primera, en un mapa publicado en Basiléa, en 1522. Todavía en aquel tiempo se creía que dicha región formaba parte de la India. Aquel año Nicaragua fué conquistada por Gil González de Ávila. 2º—El nombre de Vespuzio no era **Américo** sino Albérico, como lo demuestra perfectamente Wilder, y se reconoce hoy en el mundo científicamente. **Vespuzio** hubiera dado su apellido y no su nombre de pila a un Continente."

Tal dice ese escritor erudito; pero la verdad es que en los escritos del siglo XVI, en que se contaban los descubrimientos recientes, parecían desconocer el nombre del descubridor del Nuevo Mundo o le asignaban puesto secundario y modesto entre los audaces exploradores (2). En 1507, un geógrafo de Saint-Dié, en Lorena, escribía estas palabras: "Ahora que aquellas regiones han sido más extensamente examinadas, y que ha sido descubierta una cuarta parte del globo, por Américo Vespucio, no sé que habría para negarle, en honra de su descubridor Américo, hombre de ingenio sagaz, el nombre de **Ameriqen,** esto es **Tierra de Américo,** o mejor **América,** ya que tanto la Europa como el Asia llevan nombre de mugeres".

Muchas publicaciones autorizaron tal error y su número fué tan grande, que no es extraño, según el más notable de los historiadores del siglo de los descubrimientos (3) que la proposición de dar el nombre de **América** fuese aceptada y divulgada inmediatamente como acertadísima.

Si en la serie de los tiempos la forma de la América Central no fué la misma; si quedó cual estrecho istmo, después de ser la región que se unía con la Atlántida; si hoy es, en el Continente, lo que la Suiza en Europa; y si será

---

(1) Historia Vinladiae Antiquae.

(2) La primera biografía y el primer biógrafo de Cristóbal Colón, por Diego Barros Arana.

(3) Sophus Ruge. Historia de la época de los documentos geográficos.

mañana el emporio del mundo ¡qué mucho que los nombres cambien en el decurso de los siglos! (1).

En el curioso libro de William Scott-Elliot, traducido del inglés al castellano y publicado en Madrid (Tipografía de Palacios) con el título de "**Bosquejo Geográfico Histórico y Etnográfico de los Atlantis**", se asegura que hubo cuatro grandes cataclismos, que trastornaron el planeta que habitamos. El primero acaeció en la edad miocena, hace como ochocientos mil años; después sucedió otra catástrofe, hará cosa de dos mil años; y la tercera ocurrió hará ochenta mil años. La isla Poseidon, de que hablan los historiógrafos griegos, desapareció en el último hundimiento, nueve mil quinientos setenta y cuatro años antes de la era cristiana.

La América del Centro, según uno de los mapas que contiene aquella obra, vino desmembrándose en el segundo cataclismo, y perdiendo cada vez más terreno, hasta quedar como una tira de tierra uniendo dos grandes hemisferios. El esquema etnológico y etnográfico permanece tan obscuro como esas formaciones y hundimientos que el mar tenebroso ha causado en millones de siglos. Con razón dice Neumayer, en su "**Historia de la Tierra**", que la imaginación de tal suerte se pierde, que sucede lo mismo que acontece al que, desde una inconmensurable altura, mira el fondo del abismo y pretente distinguir los pequeños objetos que en él se hallan....

Lo que aparece geológicamente cierto es que el suelo americano no tuvo, allá en épocas remotísimas, la misma estructura, las condiciones de vida que tiene hoy. Los enormes mamíferos, los gigantescos paquidermos, los colosales desdentados y prosbocídeos que vivían en esta parte del mundo, y cuyos huesos esparcidos quedan bajo profundas capas de terrenos antiquísimos, ya no pudieron vivir al crecer las cordilleras; cambió el clima, variaron las estaciones y hasta los alimentos que los sustentaban dejaron de encontrarse a su alcance. En nuestros bosques hubo dinosaurios colosales, grandes pájaros fisórmides y fororácos, monstruos bípedos de alas cortas y gruesas, garras de águila y pico condórico, vampiros enormes y reptiles horrorosos.

Las aguas del mar no se aumentan; pero la corteza terrestre se levanta o se deprime. El período glacial debió de haber producido modificaciones profundas en la superficie de nuestro planeta. En la edad del levantamiento de las montañas, perderíase el equilibrio de las aguas, inundaríanse muchas regiones, quedarían enjutas otras, y una portentosa transformación ha de haber sufrido la tierra, cuyo movimiento engendra fluidos vitales, que el sol hace germinar y que el soplo de Dios anima, en múltiple fauna y maravillosa flora (2).

(1) Los que deseén consultar la mejor obra acerca de las materias esbozadas en este capítulo, podrán estudiar la "*Biología Centrali Americana*, impresa en Londres, por Salvin y Godman, comenzada a editar en 1879. —Merece citarse también la *Uber Gebirgoban und Boden des norollichen Mittelamerika*, del doctor Sapper, con tres cartas geológicas importantes, y 25 perfiles.—Cotha. Justus Perthes.—1899.

(2) Burmeister—Historia de la Creación—Capítulo V.

CAPITULO II.

TIEMPOS PREHISTORICOS DE CENTRO-AMERICA

SUMARIO

En el lugar que ocupa el mar de las Antillas se crée que hubo bellísimas tierras. — Sabios escritores opinan que la primera civilización que apareció en el mundo fué la americana. — Lo que dice Balwin. — Solón y el Atlantis perdido. — Las obras de Brasseur de Bourbourg. — Las opiniones de Catlin y de Escott Elliot. — El Codex Chimalpopoca. — Plutarco refiere la pérdida de la Atlántida. — Tradiciones antiquísimas. — Aplicaciones de la teoría del gran cataclismo que parecen avanzadas. — América, India, Egipto. — Los sondeos del mar, la fauna, la flora, la semejanza de lenguaje y tipo etnográfico, la analogía de arquitectura, las creencias, las leyendas, los manuscritos antiguos, el testimonio de los filósifos, todo está demostrando los cataclismos americanos. — Épocas en que se verificaron los cuatro más terribles. — Opiniones de Quatrefages, Le Plongeon y Bancroft. — Conferencia dada por el profesor Retzius. — Lo que dicen los historiadores Hamy y Chavero.— En América la edad de hierro se sustituyó por la de cobre. — También por el Pacífico, creen algunos que estaban unidas América, Asia y Europa. — Los otomíes y los nahoas. — La etnografía, geología, paleontología y tradiciones de América, así lo demuestran. — Importantes descubrimientos del Dr. Schliemann sobre la Atlántida. — Lo que aparece en la obra "Isis sin velo", escrita por una dama rusa. — La vara mágica de Quetzalcoatl es la varilla de zafiro de Moisés. — Similitud de las formas del culto, en los nombres de utensilios mágicos, en refinamiento y cultura, entre los maya-quichés y los egipcios. — El profesor Jowet impugna la teoría de la Atlántida, en el TIMOEUS. — Refutación del sabio Bunsen. — Egipto se remonta hasta el quinto milenario, antes de Cristo. — Opiniones de Murray. — Cataclismos y civilización de Centro-América. — Importancia del Istmo. — Los volcanes de Guatemala. — Los vértices de los husos esféricos en que está cortado el casco de la tierra, concurren bajo el suelo de la América del Centro y el de las islas de la Sonda. — Razas primitivas de indios americanos. — Arte primitivo. — Semejanza del arte maya-quiché con el caldeo. — El alma del bosque.

En donde el mar de las Antillas se extiende como un retazo de cielo, hubo en la época de la juventud del mundo, una zona fértil, poblada, rica, con praderas de claro verdor, bosques de paradisiacos árboles, ríos y cascadas, que infundían vida a esa edénica tierra, a menudo trémula, y más cerca ahí, que en el antiguo mundo, del estado primordial del caos. Todo anunciaba ciclópeas fuerzas orgánicas en movimiento. Los grandes animales se guarecían en las profundidades de la selva, los geckos añosos y las salamandras avigarradas,

inmóviles, parecían aspirar con fruición el aire candente; las aves se ocultaban en el follaje, y el confuso rumor de los insectos era como la respiración tranquila de aquel gigante dormido, que al despertar y desperezarse, se abismó en las aguas del océano, cuando trémula titilaba la estrella matutina, y el crepúsculo anunció a la luz del sol que un Continente había desaparecido, en pavoroso instante, cayendo en el mar los hombres primitivos, como cae al peso del pescador, la barca que barre la ola y cubren para siempre las espumas.

Los maretazos de las desencadenadas aguas, con movimientos de monstruo, y las espumas cabriolando en el dorso de las olas colosales, bramaban, con el solemne lenguaje de las tempestades, al cambiar la policromía del océano, espejo del padre de la luz, que cual lápida inmensa de cristal cubrió en lúgubres instantes, la sumirgida Atlántida, sepultada en el protoplasma amorfo de los mares, en el silente fondo de las aguas muertas, engendradoras de vida. La acción de las edades, que los siglos arrojan sobre todo lo que existe, deja ver ahí en donde hubo un mundo, las islas esparcidas cual astillas flotantes de la tremenda catástrofe.

La teoría de esa Atlántida perdida, es una de tantas hipótesis, que nosotros exponemos, sin desconocer que hay respetabilísimos autores que no la aceptan; pero de la cual no debemos precindir al enumerar las opiniones que la ciencia ha venido formulando.

En efecto, algunos sabios que han estudiado mucho las antigüedades, tradiciones y cambios geológicos de la América Central, hasta creen que la primera civilización que apareció en el mundo, fué por estas regiones o tuvo muy inmediata atingencia con ellas. Sostienen que la raza humana primeramente entró en una vida civilizada en América, que por sus rasgos orográficos es el Continente más antiguo, siquiera se le llame **Nuevo Mundo.** Creen que muchos siglos ha, la parte más rica y culta, se sumergió bajo las aguas del Atlántico (1). Hubo, dicen, una terrible convulsión de la naturaleza, y apelan para probarla, a recuerdos existentes de tal catástrofe, que se consignaron en antiguos libros de Guatemala, así como en algunos de Egipto, que hicieron concebir a Solón la idea del **Atlantis perdido.** Según esta creencia, el continente Americano se extendía, como indicamos en el capítulo anterior, por Yucatán, Cuba y las Antillas, muy hacia el Este y Nordeste, con rumbo a Europa y Africa, cubriendo todo el espacio que ocupan el mar Caribe, el Golfo Mexicano y las aguas que circundan aquellas islas. Esta porción abismada era el **Atlántis** o la **Atlántida,** de que hablan los anales egipcios, relatados por Platón. Ahí, dicen, fué el asiento de la cultura más remota, que se renovó después del gran cataclismo, perpetuándose en la región en donde quedan aún misteriosos restos de antiquísimas hieráticas ciudades.

Los que deseen conocer mejor los fundamentos de esta doctrina, que no

(1) Baldwin—The Ancient America.

es dable explanar, en una obra como la presente, pueden ocurrir a las "**Cuatro Cartas**", a las "**Fuentes de la Historia Primitiva de México**", de Brasseur de Bourbourg, al libro de Jorge Catlin, intitulado "**Las Rocas levantadas y sumergidas de América**", publicado en Londres, a fines de 1870, y a la curiosa historia de los **Atlantis**, de W. Escott-Elliott.

No hay duda, dice el autor de "**La Antigua América**", de que los restos de Copán, Mitla y el Palemke, son monumentos que demuestran el grado de desarrollo a que llegó la raza humana, en primitivas épocas, exceptuando solamente las de completo barbarismo, y pastoril sencillez (1). Esa teoría de la famosa **Atlántida**, sumergida en las aguas del mar, excita la imaginación y hace que se la considere como suceso maravilloso; pero, por lo mismo, no se la debe negar profundo estudio y atento análisis.

Cierto es que en el **Códex Chimalpopoca**, y en otros libros antiguos de Guatemala, se guardó la tradición del gran cataclismo, que todavía se recordaba cuando los españoles vinieron a estos países, y aún se evoca en algunas fiestas, como la de **Izcalli**, que fué instituida con el objeto de conservar la memoria de la horrorosa destrucción de tierras y naciones; solemnidad en la cual "los príncipes y pueblos se humillaban ante los dioses, y les pedían que no volviesen a permitir tales calamidades".

De lo que el Códex **Borgia**, el **Manuscrito de Dresde**, el **Manuscrito Troano** descubren en imágenes y geroglíficos, el Códex **Chimalpopoca** da la letra: contiene en lengua nahualtl la historia del mundo, compuesta por el sabio **Hueman**, es decir por la mano potente de Dios en la gran Biblia de la Naturaleza; en una palabra, es el libro divino, el **Teo-amoxtli (2)**.

En la **Vida de Solón**, por Plutarco, se dice que mientras estaba en Egipto, conferenció con los sacerdotes de Psenophis, Soucuis, Heliópolis y Sais, quienes le refirieron la historia de **Atlántis**, del modo siguiente: "Nuestros libros dicen que los atenienses destruyeron un ejército que vino a través del mar **Atlántico**, e insolentemente invadió Europa y Asia; porque ese mar no era entonces navegable, allende el estrecho, donde colocan las Columnas de Hércules, había una isla, más grande que el Asia menor y Livia juntas. De aquella isla se podía pasar fácilmente a las otras islas, y de éstas al Continente, que está en derredor del mar de adentro. El mar, en este lado del estrecho (el Mediterráneo) del cual hablamos, se parece a una bahía, con una angosta entrada; pero hay un verdadero océano muy grande, que lo rodea un vasto Continente. En las islas de **Atlántis**, reinaban tres reyes, con grande y maravilloso poder. Tenían bajo su dominio todo el **Atlántis**, muchas otras islas y una gran parte del Contiente. En un tiempo, su jurisdicción se extendía hasta Libia y Europa, llegando a tocar Tyrrhenia; y uniendo todas sus fuerzas, intentaron destruir nuestros países de un solo golpe; pero su derrota puso tér-

(1) La Antigua América.—Página 90.
(2) Brasseur de Bourbourg Quatre Lettres. Pag 24.

mino a la invasión y dió entera independencia a los países que están a este lado de las Columnas de Hércules. Después, en un día y una noche fatal, sobrevinieron fuertísimos terremotos e inundaciones, que tragaron al pueblo guerrero. **Atlántis** desapareció bajo las aguas del mar, y ese mar se hizo inaccesible, dejando de ser navegable por la gran cantidad de lodo que dejaron en él las tierras e islas que se sumergieron en sus aguas.

Esta inmersión tuvo lugar muchos siglos antes que Atenas fuese reputada ciudad griega, y se refiriere a tiempos extremadamente remotos. La fiesta conocida con el nombre de **Pequeña Panatenéa,** que según las divisas simbólicas que en ella se usaban, recordaba aquel triunfo obtenido contra los **Atlantes,** se dice que fué instituida por Eriotonio el mítico, en los tiempos primitivos, hasta donde alcanzaron las tradiciones atenienses. Solón tenía conocimiento de los **Atlántis,** antes de ir a Egipto; pero allá, por primera vez, oyó hablar de su isla y de la desaparición de ella, en un terrible cataclismo. Sin embargo, otros escritores antiguos mencionan el **Atlántis.** Un extracto conservado en Próclo, tomado de una obra ya perdida, y que lo cita Boekh, en su comentario sobre Platón, habla de seis islas situadas sobre el mar exterior, más allá de las Columnas de Hércules, y dice que era bien sabido que, en una de esas islas, los habitantes conservaban de sus antepasados el recuerdo del **Atlántis,** isla extremadamente grande, que por mucho tiempo tuvo dominio sobre todas las islas del océano Atlántico".

Brasseur de Bourbourg sostiene que tales tradiciones, que existen en ambos lados del Atlántico, se refieren a un mismo suceso. La **Isla de Atlántis,** más grande que Libia y que el Asia Menor juntas, era, según su opinión, el gran Continente Americano. Estas tradiciones, pues, tan semejantes, tienen indudablemente una significación histórica. Las varias referencias que hacen los antiguos escritores griegos a los **Atlantes,** a quienes colocan en la extremidad de Europa y Africa, en el océano que tiene su nombre, pueden razonablemente ser considerados como vagos y pálidos recuerdos de una historia relacionada con la isla de que se habla en los anales de Egipto. En apoyo de esta interpretación de las antiguas tradiciones, presenta el siguiente argumento filológico: Las palabras **Atlas y Atlántico,** no tienen una etimología satisfactoria en los idiomas de Europa. No son griegas, ni pertenecen a ninguno de los idiomas conocidos del Antiguo Mundo; pero en la lengua nahuatl encontramos inmediatamente la **a** radical, **atl** que significa **agua, guerra y parte superior de la cabeza** (Molina, Vocabulario de ls lenguas castellana y mexicana). De esa palabra se derivan muchas otras, tales como **atlán,** que significa **a la orilla o junto al agua,** de la cual se forma el nombre **atlántico.** Tenemos también la voz **atlaza, combatir o estar en agonía,** y significa también **salir precipitadamente del agua,** formándose el pretérito **atlaza.** Una ciudad llamada **Atlán,** existía cuando este Continente fué descubierto por Colón, y se dejaba

ver en la entrada del golfo de Uraba, en el Darién, con un buen puerto. Hoy está reducida a un pequeño pueblo que llaman **Acla**".

En tercer lugar, aduce opiniones expresadas en pro de su teoría, para demostrar que los hombres científicos, que han estudiado la cuestión, creen que había antes una gran parte de tierra que se extendía en el Atlántico, de la manera que se ha dicho. El primer escritor que cita, es Moreau de Saint-Mery, autor de la **"Descripción topográfica y política de la parte española de la isla de Santo Dimingo"**, publicada en 1796, y es comos igue:—Hay algunos que, al examinar el mapa de América, no se concretan a pensar, con el Plinio francés, que las innumerables islas situadas entre la embocadura del Orinoco y el canal de Bahamas (islas que comprenden varios promontorios, que no se ven en las mareas altas o cuando el mar está muy agitado) deben considerarse como cimas de las elevadísimas montañas, cuyas bases y flancos están sumergidos en el agua, sino que avanzando más, suponen que dichas islas son las crestas elevadas de la cadena de montañas, que ocupaban una parte del contienente cuya sumersión produjo el golfo de México. Mas para sostener esta teoría, debe agregarse que otra gran porción de la superficie de tierra que unía las islas de este archipiélago con el Continente, desde Yucatán hasta la boca del Orinoco, fué sumergida de igual manera, lo mismo que la superlcie que las ponía en contacto con la península de la Florida y otras tierras, que deben haber formado la parte Setentrional; porque no podemos imaginar que estas montañas, cuyas cimas aparecen sobre el nivel del agua, estuviesen en la línea donde terminaba el Continente".

Cita también otra autoridad, de la que no se puede sospechar, dice, y es M. Carlos Martins, que escribió en **"La Revista de Ambos Mundos"**, del 1º de marzo, lo siguiente: "Ahora, pues, la hidrografía, la geología y la botánica, están de acuerdo en enseñarnos que **Las Azores, las Canarias y la isla de Madera,** son restos de un gran Continente, que antiguamente unía Europa con Norte-América". Pudo citar otros autores, que se expresan de la misma manera, y aún tenía a su favor, como haber explanado el argumento filológico, apelando a nombres muy conocidos aquí en Guatemala, como **Atitlán, Amatitlán, Cuxcatlán**, etc., que **están junto al agua.** La más moderna y avanzada escuela de especulaciones geológicas no excluye el **"catastrofismo"**, y por tanto, no niega la posibilidad de cambios tan grandes y repentinos.

La antigüedad de la raza humana es muchísimo mayor de lo que generalmente creen aquellos que, para hacer sus cálculos, se sujetan a observar el sistema cronológico de la Edad Media. La arqueología y la ciencia lingüística, por no hablar aquí de la geología, dan por cierto que el período que tarsncurrió entre el principio de la raza humana y el nacimiento de Jesucristo, se podría calcular con más aproximación, si los siglos que se enumeran en las cronologías rabínicas, se contaran como milenarios (1).

---

(1) **L'Evolution biologique et humaine por F. Sacco.**

En 1911 encontró Mr. Dubalen, conservador de los museos de Mont-de-Marsan, cerca de Dax en la gruta de Riviére, una cara humana grabada en un fragmento de hueso. En esta gruta que se remonta al período paleolíthico, a las épocas aurionaceanas, se han hallado también instrumentos y utensilios de silex, hueso y marfil. La Sociedad Prehistórica Francesa ha comenzado el estudio de esos descubrimientos, que se refiere a objetos que tienen miles de miles de años.

En California, en las riberas del Mississipi, en Nebraska, en México y Centro-América, se han encontrado, en ocasiones diversas, fósiles, utensilios y grabados que demuestran la existencia del hombre prehistórico, en remotísimas edades (1). Esa confusa congerie de artefactos y últiles, fragmentos y esqueletos de animales ya desaparecidos, prueba que, como opina Haeckel (2) han transcurrido centenares de miles de años desde que se inició la raza humana sobre la tierra.

Los datos aportados por los sondeos del mar, la distribución de la fauna y de la flora, la semejanza de lenguaje y tipo etnográfico, la analogía de la el diluvio, el testimonio de antiguos filósofos, y en fin, los manuscritos ameri-arquitectura, creencias y ritos sagrados, las tradiciones arcaicas sobre canos primitivos, son fuentes de criterio para considerar—como opinión científica—la teoría de **la Atlántida.** Autores concienzudos afirman que hubo cuatro cataclismos principales: uno, hace ochocientos mil años, otro menos importante, hará cosa de dos mil años, el tercero ocurrido hace ochenta mil años, que fué muy grande, y destruyó todo lo que quedaba del Continente Atlante, menos la famosa isla **Poseidón,** que ocupaba gran parte del golfo actual mexicano, y que a su vez se sumergió, en la cuarta y última catástrofe, 9,564 años antes de la era cristiana.

Dícese que la Atlántida fué ocupada por razas rojas, amarillas y negras, lo cual coincide con las investigaciones de Le Plongeon, Quatrefages, Bancroft y otros etnólogos, que han demostrado que las poblaciones obscuras, de tipo africano existían, aún en tiempos no muy remotos, en América, antes de la conquista. El Popol-Vuh refiere que hombres negros y blancos, juntamente vivían en esta tierra feliz, muy en paz, hablando la misma lengua". Vagamente se ven desfilar ante la historia hombres de diversas razas en el Centro de América.

El profesor Retzius dió una interesante conferencia, que se registra en su **Smithonian Report,** poniendo de manifiesto que los primitivos dolicocéfalos de América, están íntimamente relacionados con los guanches de las islas Canarias y con la población de la costa africana del Atlántico, población a la cual Latham designa con el nombre de **egipcio-atlante.** La misma forma de cráneo se encuentra en las islas Canarias y en la población de la costa africana, que

(1) Cronau. América, t. I p. 39.
(2) Historia de la Creación, tomo VIII.

en las islas caribes, junto a la costa americana. El color de la piel es en ambas poblaciones rojizo obscuro. En la obra de Winchell **"Pre-adamites"** se aducen argumentos para explicar que la variedad de matices de las razas americanas, rojo, blanco, cobrizo, aceitunado, negro, cinamomo, bronceado, castaño y amarillo, proviene de los colores y mezclas de las razas originales del Continente Atlante. Ignacio Donelly ha reunido muchísimos datos sobre este asunto, en su eruditísimo libro, que lleva el nombre de **Atlantis.**

Cuando hace miles de siglos, se hallaba la tierra en vía de crecimiento, separada por un brazo de mar, de su tronco el **Continente Atlante,** sobrevino acaso tan estupendo cataclismo, que en lo geológico, etnográfico y físico, hubo de dar a todo nuevos aspectos y formas. Los hundimientos, las elevaciones, los diluvios, las tempestades, los terremotos y las pestes, consiguientes a aquella ciclópea formación de volcanes, continentes e islas nuevas, quedando perdidas dentro de los abismos del mar, fecundas y civilizadas tierras, con poblaciones diversas y numerosísimas, se remontan a una fecha tan inmensamente lejana de nosotros, que nos cuesta trabajo hasta imaginarla.

Historiadores modernos hay, como Mr. Hamy y el mexicano Chavero, que aducen los trabajos recientes de los paleontologistas y de los geólogos, probando un **Atlántida terciaria.** Las conchas, dicen, los insectos, y toda la fauna, lo mismo que la flora terciarias, de las dos riberas del Atlántico, son idénticas. ¡Coincidencia extraña! De aquellas orillas debieron partir, miles de siglos más tarde, las carabelas del genovés inmortal, que ligó de nuevo los perdidos Continentes, uniendo razas, ideas y aspiraciones.

El taller de la existencia está por donde quiera. Las flores, los insectos, todos los seres vivos, que encuentran el mismo suelo, y la misma temperatura se hallan bien, están en su patria (1). Las plantas son archivos del pasado, los insectos, las aves, los mamíferos, mementos vivos, que evocan la historia de las revoluciones, sepultadas bajo los mares primitivos. Aquellas conchas que quedaron apartadas de las conchas de este lado del mar, cuando se hundió la Atlántida, siempre fueron hermanas. Aquellas plantas que se encuentran en los dos confines del Viejo y del Nuevo Mundo, pasaron, sin duda, de un hemisferio al otro. Hay que reconstruir, en nuestra mente, el territorio perdido, que les sirvió de camino. Así, de generación en generación, las flores, y los animales han cruzado los océanos, sobre los lomos de las cordilleras, antes de que el cataclismo las sumergiese en los senos de las aguas. Hay que convenir con C. Ritter en que el nordeste de América, por sus condiciones naturales—como el sistema de los vientos, las corrientes marinas y el clima—tuvo en todo tiempo más íntima afinidad telúrica con Europa que con la América meridional.

Juntos estabán los Continentes, en la época de la piedra pulida, según muchos etnólogos creen. Nuestros indios labraban admirablemente la oxidiana, el cristal de roca y la esmeralda, sin ayuda del acero; pero en la edad de hierro.

---

(1) El Mundo antes de la creación del hombre. Figuier y Zimmermann.

ya el apocalíptico hundimiento había puesto las aguas entre ambos mundos, toda vez que aquí en América no se conoció ese metal, a pesar de que abundaba por muchas partes, y que entre los nahoas se levanta un volcán, en Durango, que todavía existe, con tanto hierro como para abastecer al mundo entero. En América la edad de hierro se sustituyó por la de cobre (1).

Ni sólo por el Atlántico, presumen muchos escritores que estaba unido el Nuevo con el Antiguo Mundo, sino que también del lado del Pacífico, se juntaban el país de Gales, la Cafrería, la Australia y la Nueva Zelanda, que ha quedado con su hombre trácico; pero que, por algún tiempo, continuó unida a nuestro Continente, desde la Patagonia hasta el Perú. Por atra parte, agrega el autor de "**México al través de los Siglos**", las tierras debieron estar unidas hacia el Norte, de la Nueva Guinea a la Nueva Caledonia, a las islas Marquesas, a California y a las praderas de Nebrasca, que tenían hombres de la misma raza.

La civilización de los otomíes apenas si merece tal dictado, para aquellos primitivos hombres que vivían en las cavernas, sin dioses, ni leyes, sin más ritos que los funerarios, abortos medrosos del afligido corazón.

Los otomíes y los nahuas se extendían por el Norte, y los mayas por el Sur de México, habiéndose esparcido por el istmo centro-americano la civilización maya-quiché. Las tradiciones bíblicas no podían alcanzar a la pérdida de la Atlántida, como que habían nacido en remota región. Lo que en el antiguo Testamento se dice, es que Noé tenía seiscientos años cuando el diluvio universal, y entró con sus tres hijos casados en el arca. En el antiguo imperio babilónico se halla la misma tradición, sólo que el hombre salvado se llamaba **Xisuthros**. En la doctrina de Somoastro, que vivió trescientos años antes que Moisés, aparece el castigo del diluvio. Los indios dicen que **Manú** (que en sanscrito significaba **hombre**) que representa al pueblo **arya**, y para ellos a la humanidad, sobrevivió al diluvio, y se fué al país de los bienaventurados, que se cree fuera la Eachemira. En el Bramana figura la historia del pez que creció e inundó las aguas, salvando a Manú. Los Lituanos recordaban los gigantes, que eran el agua y el viento, que el dios **Pramzimas** había mandado para castigar sus iniquidades. Los griegos tenían su leyenda diluviana. Todos los pueblos del Asia hablaban de la lluvia de los cuarenta días y cuarenta noches, con variantes de accidentes y aditamentos heroicos. En Guatemala y en Nicaragua tuvieron los primitivos aborígenes tradición del diluvio, según enseña Bancroft (2). Pero la edad cosmogónica en nuestros Continentes, se produce por la invasión de los mares sobre la tierra, por el lago de las olas de los atlantes, por el **Atonathiu** de los nahoas; y es por lo mismo, un acontecimiento distinto del diluvio (3).

---

[1] Figuier.—La tierra antes del diluvio.
[2] Tomo V. p. 13.
[3] México a travez de los Siglos, tomo I. p. 84.

La hipótesis de la Atlántida es aceptable a juzgar por la geología, paleontología y etnografía del Continente; y existen algunos, como Brasseur de Bourbourg, Le Plongeon y Chavero, que opinan haber sido aquí la cuna de la humanidad y de la civilización universal. Ni faltan anticuarios que sostienen que Guatemala y Honduras se sumergieron enteramente con el cataclismo, y volvieron después a salir a flote del líquido elemento.

El distinguido americanista francés, Paul Gaffarel escribió una obra que lleva por título **"Etude sur les rapports de l' Amérique et de l' ancien Continent, avant C. Colomb"**, en la que demuestra que por la Atlántida perdida, tuvieron intimo contacto, en época remota, el Nuevo Mundo y el Antiguo. En 1874, Mr. Roisel dió a luz, en París, un gran volumen, en octavo, sobre los Atlantes, **"Etudes antéhistoriques. Les Atlantes"**, en que se muestran profundamente convencidos, por la geología y por la tradición, de haber existido un gran Continente, que se abismó entre las olas de los mares, por virtud de la evolución de las fuerzas.

La prueba más reciente de la existencia de la Atlántida se debe al sabio profesor Heinrich Schliemann, cuyo nombre es conocido en todo el mundo ilustrado, por las célebres investigaciones que hizo en la antigua ciudad de Troya y los notables descubrimientos arqueológicos que llevó a cabo. Entre ellos el más trascendental fué el hallazgo de un gran jarro de bronce, que contenía medallas, monedas, piezas de barro y objetos de hueso fósil. Tanto el jarro, como varios de esos objetos estaban grabados con una inscripción en geroglíficos fenicios, que decían: "Del rey Chronos de Atlantis". El propio sabio, diez años más tarde, descubrió en el Louvre, en una colección de objetos excabados en Centro-América, piezas de barro de la misma forma y materia exactamente, y utensilios de hueso fósil, que reproducían los encontrados en el bronce que se halló en el Tesoro de Priamo. Los vasos de Centro-América eran incuestionablemente de la misma mano de obra que los descubiertos en Troya, sin inscripción fenicia. Unos y otros objetos fueron sometidos a análisis químico y resultan ser del mismo barro, que por cierto no era ni de Fenicia, ni de la América del Centro. Los utensilios de metal contenían una combinación de platino, aluminio y cobre, combinación nunca encontrada en otra parte. El doctor Schliemann halló también un **papyrus**, en el Museo de San Petersburgo, escrito en el reino de Faraón de la Segunda Dinastía, conteniendo un detalle de cómo aquel rey mandó una expedición al Occidente en busca de trazos de la tierra Atlante "de donde 3,350 años antes los antepasados de los egipcios llegaron, trayendo consigo la sabiduría de su tierra nativa". La expedición, segn el **papyrus**, regresó a los cinco años, sin haber encontrado ni gente, ni objetos que dieran señales de la perdida tierra. Otra prueba obtuvo el doctor Schliemann, según asegura, en sus investigaciones en la Puerta del León en Creta. La inscripción encontrada ahí conmemoraba cómo los egipcois descendían del hijo de Taaut o Thoth, hijo de un sacerdote de Atlantis,

que se había enamorado de la hija del rey Chronos, y después de huírse y de mucho vagar, había llegado a Egipto. Decíase que él había construido el templo de Sais, en donde enseñó la sabiduría de su propio país.

En una obra interesante del octogenario profesor Edward Hull, intitulada **"The Suboceanic Physiography of the North Atlantic Ocean"**, se encuentran pruebas de la existencia de la Atlántida. Demuestra que las Azores son picos de un Continente sumergido en el período de Pleistoceno. El profesor Zerffi observa, en su **"Historical Development of Art"**, que las pirámides, templos y palacios de las antiguas ruinas de Guatemala están en íntima relación con las de Egipto. A ese respecto, es oportuno apuntar que en poder del presbítero don Luis Montenegro y Flores existen dos jarrones de finísimo barro, encontrados en un pueblo de nuestros indios, jarrones que son de forma completamente egipcia y pueden verse en esta capital.

La verdad es que la imaginación se pierde en esos remotísimos tiempos, y no se alcanza ni a concebir cuán distantes están de nosotros, como si fuera un mar sin orillas o un abismo que no tiene fondo (1). Es curioso observar, en cuanto al origen del hombre, que primero, se le juzgaba en Asia, en la Lemuria; después se quiso hacerlo venir de Africa (2) y no faltan sabios que sostienen haber sido América la cuna de la humanidad. Todo lo cual prueba que, en esos puntos, no alcanza la inteligencia humana conclusiones ciertas. Muchas teorías, no pocas suposiciones, y absurdas hipótesis, se han hecho también acerca del origen de los americanos, según se ha podido ver en el capítulo anterior.

Ha habido empedernidos escudriñadores empeñados en probar que en este Continente estuvieron los fenicios, los egipcios, los griegos y hasta los cartagineses fugitivos. Voluminosas obras, como la de Jorge Jones, se han escrito, queriendo demostrar que los israelitas visitaron estas tierras americanas, y que la tribu perdida se convirtió en pieles rojas. Existen libros que aseguran haber predicado Santo Tomás el Evangelio en nuestras latitudes; y que los mormones anduvieron solazándose por las altiplanicies de nuestro rico suelo. Los **monophyletes y los polyphyletes**, han caído en aberraciones ridículas, hasta creer que debe de haber sido un país tropical el primeramente poblado, ya que el orangután, el chimpancé y el gorila, parientes próximos del hombre, viven contentos en esas calurosas tierras!....

No hay que olvidar que la similitud de ciertas ideas, la semejanza de algunas costumbres, la identidad de varios ritos, o la comunidad de cualquiera tradición, demuestran lo propenso del hombre a producir lo mismo, en iguales condiciones de cultura, en análogo grado de civilización. Las inmigraciones, visitas, invasiones, y mucho de lo que varios historiadores traen a cuento, para

(1) Historia de la Tierra.—Neumayer.
(2) Brinton. Sergi. Folkmar. Keane.

acabar de obscurecer este asunto, harto discutido y bastante incierto, ofrecen ancho campo de investigación. La naturaleza jamás procede por saltos, y han sido el tiempo y los elementos diversos, los agentes del desarrollo de la obra de Dios en nuestro planeta.

Que hubo un vasto Continente que se abismó en el océano, dejando astillas esparcidas, o muchas islas regadas al través de la mar de zargazo, pudiera ser cierto; pero que en ese mundo perdido entre las olas tropicales, fuese donde primero existió el hombre, como piensan Adrew Murray (1) y otros escritores que hemos citado, es ciertamente hasta hoy un misterio. Ese primogénito del naufragio de un mundo, ese abismo oceánico que oculta los primeros orígenes de la vida de la humanidad, esa cuna que es una sima, ese universo que sosobra en el fondo de las aguas, como una barca bajo el peso del primer hombre, presenta una idea sublime.... ¿pero, es verdadera? No se responde a un misterio con otro misterio mayor (2).

Lo que sí es aceptable, y la geología lo pregona, y la paleontología lo hace presumir, es que hubo cataclismos ante-diluvianos en América, que dejaron sepultados los huesos de enormes paquidermos, cuya existencia había menester un extenso Continente, proporcionado a su desarrollo vital. Cuando los grandes hemisferios terrestres estuvieron unidos, los colosos del mundo animal transmigraban; pero al romperse el planeta en pedazos, fueron pereciendo los gigantes vertebrados, porque ya no disfrutaron del ambiente en que habían nacido. Por los huesos fósiles, por el tamaño de las tumbas, por las dimensiones de ciertos ídolos, y por otras varias causas, no sería del todo inverosímil como ya lo hemos dicho, que hubiese habido por acá algunos hombres de talla gigantesca (3).

"Corrugación ingente de la tierra, en su fase inicial, presenta el istmo como el dorso encrespado de un gato, que acaba de levantarse del tibio rescoldo del hogar, y se frunce y enarca al contacto con el aire frío, o que bufa en presencia de un perro, cuyo sereno continente le crispa los nervios".

Nudo gordiano de los Andes, que, como si estas moles temieran el desequilibrio de ambos océanos, se inclinan al Pacífico, robándole de siglo en siglo, de día en día y de momento en momento, un pedacito de sus cristalinos dominios, y dejando expuestas a la voracidad del Atlántico las tierras bajas del Norte y del Este".

Así quedó después del gran cataclismo la América Central, formando la garganta más portentosa que existe en la tierra. Geológicamente, es la arista volcánica que contuvo el horrendo hundimiento, que sepultó un gran mundo en el mar; históricamente, se considera hoy, como el país misterioso que guarda más elementos de la primitiva cultura humana; geográficamente, es el lazo

(1) The Geographical distribution of mammals, 75 page. London.
(2) Quinet, La Creación, T. I. Page 323. Madrid 1871.
(3) Campe—Historia de América. Tomo I. Administración de la España Moderna.

de unión entre los dos hemisferios colombinos, y llegará a convertirse en centro del comercio del mundo. En su superficie de 164,000 millas cuadradas, cabrían cien millones de hombres, sin desesperar en la lucha por la vida. Las costas, que se extienden más de trescientas leguas, denotan por su configuración, que el istmo quedó como el eje del mundo, que fué sumergido repentinamente en el océano.

Los vértices de los husos esféricos en que está cortado el casco de la tierra, concurren bajo el suelo de la América del Centro y el de las islas de la Sonda, y forman puntos de contacto de grandes potencias ígneas, que causaron la explosión de la Atlántida, dejando un istmo salpicado de volcanes, en el cual corre sobre estrecha base la Cordillera, con tantos ramales, que el mapa de relieve semeja un papel estrujado por gigantesca mano, puesto entre las aguas de los grandes océanos, para ligar los hemisferios. El taller plutónico deshizo un mundo, cuya descarnada espina dorsal bien deja ver los rastros del cataclismo.

¡Al titilar la estrella matutina, cuando las sombras de la noche comenzaban a descorrer su negro manto, en un instante, desequilibróse la costra sólida de nuestro planeta, y se abismó con una gran parte de la Atlántida, la **Ciudad de las Puertas de Oro,** que asentada en la costa oriental del Continente, a los 15º del Ecuador, al Norte, tenía jardines, lagos, edificios suntuosos, barcos raros, hermosas mujeres, sistema monetario, profundos conocimientos aritméticos y astronómicos, y un modo de ser político casi comunista, con castas superiores y suficientes riquezas! (1).

En la **Historia de la Creación,** del célebre Burmeister (capítulo XV) se pinta con colorido adecuado **el levantamiento de las montañas,** en aquella edad remotísima, en que la cordillera de los Andes apareció para contener las aguas del mar, que se había tragado, después de la época glacial, otros Continentes muy poblados. La geología estratigráfica explica la formación de esas cordilleras volcánicas, que se solevantaron como los Alpes, los Pirineos, el Tauro, el Himalaya y la soberbia cadena de los Andes, espina dorsal del Continente Americano (2).

Esas cumbres, esos picos centro-americanos, tienen su historia, su origen, su grandeza, su decadencia, hasta su biografía. Ahí, donde hoy se alzan nuestros volcanes, hubo mares desconocidos, sin nombre, que iban depositando lentamente en sus cauces, sin que lo supiera el resto del universo, denso manto de capas sedimentarias, que merced a la evolución ocasionada por la mano fría de la eternidad, hizo que, en una de esas primitivas auroras, se alzase,

---

(1) Bosquejo Geográfico, histórico y etnográfico de la configuración del mundo, en varios períodos, por Scott-Elliot, página 57.

(2) Sobre la teoría de la Atlantida, véanse, además de los autores citados, los siguientes: Irving's Columbus, vol. I p. 24, 38, vol. III, p. 419, 512—Sanson d' Abaville, L'Amérique, p. 1, 3.—Larráinzar, Dictamen, p. 8, 25—Bradford's, Acer. Antiq. p. 216, 22—M'Culloh's, Researches en América, p. 36, 32—Fontaine's How the world was peopled, 256.—Smit's, Human Species, p, 83.

como a aspirar la luz, esa legión de montañas, cuyas serenas cabezas relativamente jóvenes, dominaban los viejos pliegues de aquel inmenso ropaje, que dejaron caer desde sus hombros; pero sus frentes granitoidales, proseguían alzándose hasta las nubes, como si buscaran otras alturas, nuevas regiones, vida astral. Fueron plutónicos héroes que, para luchar con libertad, dejaron a sus pies el regio manto y se irguieron hasta el cielo!

¡ Sacratísimos volcanes, que en el horizonte de mi ciudad natal, he contemplado desde que era niño, al pensar en vuestra historia, me confundo, creyéndome más pequeño que la mata de silvestres flores, que vive descuidada entre las profundas grietas de vuestros añosos valles!

En estos últimos tiempos se ha hecho muy general entre los americanistas la teoría que atribuye carácter autóctono a los americanos. Las modernas investigaciones científicas garantizan dicha opinión. Bradford, Catlin y otros más recientes escritores creen que el hombre, como las plantas, los demás animales, y todos los seres mundanos, hizo su aparición sobre la tierra, cuando nuestro planeta hubo alcanzado las condiciones necesarias, propicias y determinantes para la existencia de ese sér, y su adaptación. El doctor Morton sostiene que la estructura física, del cráneo más que todo, excluye a las ramas de la raza caucásica de haber poblado el Nuevo Mundo (1).

Las evoluciones, metamorfosis y cataclismos, más que en ninguna región del planeta, se han realizado en el Nuevo Mundo, y muy especialmente en el corazón del Continente, en la América Central, que ofrece la clave para investigar las cuestiones de orígenes, y penetrar de lleno en la biología de estas comarcas, que arroja luz sobre los pobladores autóctonos, la perdida Atlántida, la lingüística indiana y el arte monumental más antiguo y adelantado de los primitivos tiempos de América.

Historiadores modernos creen (2) que la raza indígena, juzgada conforme a los principios de la escuela evolucionista, es indudable que está en un período de cierta perfección y progreso corporal, aun cuando la civilización y cultura que alcanzaba al verificarse la conquista fueran inferiores a las de las naciones de Europa. La raza indígena de estos países tiene caracteres que conserva todavía puros. En cuanto a las dentaduras de los indios, tenemos que apuntar que hay varios escritores que no están de acuerdo con lo enseñado por Chavero. Lo que sí se ha observado en la raza pura indígena, es que al primer cruzamiento pierde ciertos caracteres distintivos; y está probado que las razas muy perfeccionadas degeneran rápidamente sin una selección muy cuidadosa (3).

El aliento sólo de la conquista fué un soplo de muerte para los indios;

---

(1) Cranea Americana, p. 260—Los cráneos de Sambiquieiros hallados en el Brazil, en San Pablo y en las cavernas calcáreas de Minas Geraes, de la época pleistocena, y los cráneos antiquísimos de las costas centroamericanas, hay notable analogía—Ricardo Krone—Notas prehistóricas.

(2) México a través de los siglos. Tomo II. p. 472. Riva Palacio.

(3) Darwing—La déscendance de l'homme. Cap. 21.

pero desde el primer día de ominosa servidumbre, comenzó a brotar una nueva prole mezclada, que pronto fué numerosa, y que lleva en sus atavismos los caracteres de sus antecesores, que le sirvieron de elementos para su formación. ¡Por la justicia, decía el libertador José Martí, no se asimiló el español la raza conquistada, sino por el sexo ineludible de la india, progenitora de la raza mestiza¡ (1). Al caer vencidos los reyes indianos regalaron las princesas a sus conquistadores, para que tuvieran mujeres de la tierra. Así inicióse la raza americo-hispana.

Los tiempos ante-históricos de Centro-América se pierden entre las brumas de miles de años, hasta los cuales no llegaron los fastos humanos; por lo que es oportuno recordar las palabras de Herbert Spencer:—"El hombre de ciencia sincero—dice este gran filósofo—contento con seguir a donde quiera que la evidencia le guíe, más profundamente se convence, a cada nueva investigación que hace, de que el universo es un problema insondable. Si persiguiendo hacia atrás la evolución de las cosas, se permite concebir la hipótesis de que la materia toda existió desde el principio en una forma difusa, encontrará casi imposible el concebir cómo pudo ésto suceder; y así mismo si él se aventura en el porvenir, no podrá asignar límite a la gran sucesión de fenómenos que siempre se desarrollarán ante sus ojos; y si dentro de sí propio mira, se apercibe de que los dos extremos del hilo del conocimiento interior están fuera de su alcance; él verá tan sólo que el conocimiento absoluto es imposible; él sabrá unicamente, que debajo de todos las cosas se esconde un misterio que parece impenetrable".

Así y todo, al través de las sombras, la ciencia escudriña y penetra en las épocas más remotas, descubriendo las etapas sucesivas que nuestra vieja humanidad ha venido salvando laboriosamente. Se comienza a levantar el espeso velo bajo el cual duermen los primitivos pobladores de estas comarcas centro-americanas, y a resucitar las edades desvanecidas en el corazón de América. La arqueología prehistórica, nacida en el siglo XIX, nos ha revelado las obras de la industria de los americanos en época remotísima anterior a las pirámides de Egipto.

Así como los libros llamados **natak** de los brahmanes inflamaron el entusiasmo de los románticos teutones, para profundizar en los misterios del genio indio, su lengua, sus artes y sus ciencias; el **Popol-Vuh** de los quichés, popularizado por un abate francés y analizado por un orientalista sapientísimo, difundió en las naciones cultas gran curiosidad histórica, que se ha exhibido en producciones soberbias acerca de nuestros aborígenes, sus imperios, razas, idiomas, teogonía, tradiciones legendarias, conquista y porvenir. Pueblos autóctonos, cuyos orígenes se confunden con la apariencia de la humana especie en el planeta, dotados por la naturaleza de bellísimas y fecundas zonas; teocracias, un día poderosísimas, que llegaron a tener soberbio arte monumen-

(1) Nuestra América -La Sociedad hispanoamericana. Pag. 264—Habana. 1909.

tal (1) como el de Persia y Egipto, y que a semejanza de estos imperios, fueron castigados con guerras, devastaciones, despotismos y luchas que prepararon aquí la conquista del indio por el hombre pálido, el dolor y el exterminio de las naciones indígenas del Nuevo Mundo.

Esa raza lleva remembranzas de otras razas con las cuales estuvo en contacto, pues como se sabe, el Brazil se había unido al Continente africano, en época relativamente reciente, de donde emigrarían, antes de la formación del Atlántico septentrional, numerosos individuos que se esparcieron por estas tierras. Hoy se conoce definitivamente, por la analogía de la fauna marina, que en el ciclo tortoniense existía aún una línea de costas, o por lo menos una cadena de islas, entre las Antillas y el Mediterráneo, por donde emigrarían los moluscos (2).

El período post-glacial abarca veinticinco mil años, el cuaternario o glacial unos seiscientos mil años, y el pliocene un millón de años. La raza americana, tal como la conocemos, opinan muchos que es producto de la época post-glacial (3). Ese juicio prevaleció en el 4º Congreso Científico celebrado en Chile, y entre las sabias conclusiones que aparecen, a la página 153 del volumen XIV, de **"Ciencias Naturales, Antropológicas y Etnológicas"**, se establece una triste profesía. Dícese: "Que a causa de haberse entremezclado con otras razas, la americana, y de no haberse podido conformar a nuevas condiciones, los aborígenes pronto desaparecerán; que América será ocupada por un pueblo cosmopolita de raza y capacidades superiores, por la grandeza de sus hazañas".

La raza americana pura, dice el célebre antropologista Samuel G. Morton, es esencialmente diferente y separada de todas las otras. Sus caracteres orgánicos siempre persistieron, al través de sus ramificaciones sin fin de tribus y pueblos (4).

Allá en la época post-glacial, cuando el indio vivía en las márgenes de caudalosos ríos o en las mesetas de abruptos montes, fabricaba hachas de silex, lanzas de pedernal y harpones para la pesca. En las grutas arcaicas o en viviendas cubiertas de ramajes, llevaba existencia primitiva, y en sus horas de descanso pulía en hueso, y al realismo puro, toscas figuras de animales, con sobriedad y asomos de arte. Sucesivamente, y en épocas menos remotas, se ven aparecer, esculturas, pinturas, grecas, geroglíficos, bajo-relieves y obras estéticas verdaderamente plásticas. Revélase primero el culto a la naturaleza y particularmente a los animales, después el de los ídolos, y más tarde el de sus héroes y benefactores. La religión ha sido siempre la inspiradora del arte. Dícese que 4,000 años antes de Cristo, cuando los **dolmenes** druidas servían de tumbas fastuosas, ya tenían nuestros indios sus **mounds** o montículos que

(1) Hist. Univ. por Guillermo Odck'en, tomo II prefacio.
(2) Prehistoria Americana, por Alfredo Escuti Orrego, p. 107.
(3) Cómo se pobló América, por W. H. Holmes, p. 143.
(4) An inquiry into the distinctive character of the original race of America

aún se ven en los alrededores de esta Capital de Guatemala. En tiempos de la piedra pulida y de la grandeza de ciudades hieráticas, el arte centro-americano presenta, atrevimiento rústico y belleza de líneas y contornos, siempre con la primitiva grandiosidad del suelo en que nació y del estado agreste en que se hallaba el aborígen de estas bellísimas comarcas. Fué el indio industrial por necesidad y llegó a ser artista por gusto. El arte es fenómeno social. En la edad de bronce se fabricaron vasos, jarrones, brazaletes, collares y adornos. La ornamentación lineal, formada por los llamados dientes de lobo, triángulos, zig-zags, rectángulos, zonas punteadas, círculos concéntricos y mil combinaciones a veces muy ingeniosas, muestran el instinto decorativo de aquellos remotos tiempos (1).

El arte centro-americano indígena, como el caldeo, el de la India y el de los Faraones, respondían a la idea de la duración. Los **mounds** o tumbas de los quichés, cakchiqueles y tzutuhiles, los monolitos, las columnas de Copán, los bajo-relieves de Santa Lucía Cotzumalguapa, desafían al poder destructor del tiempo. El arte de los valles del Tigris y del Eufrates tiene mucha analogía con el que se exhibe aún, entre el boscaje de las riberas del Usumacinta y del Polochic. El arte caldeo, de tipos, musculados, recios, protuberantes, como piezas de una armadura, se destacan en las piedras pulidas de esas ruinas hieráticas, que copiaron del natural, con verdad y rudeza, por modo realista, casi burdo, pero persiguiendo el vigor físico y el placer de la fuerza bruta. La lengua, la religión y el arte, las tres características potenciales de un pueblo, tienen analogías entre el imperio caldeo y los reinos mayas y quichés.

Los templos caldeos, en forma de pirámides escalonadas, con una capilla en la cúspide, en donde se guardaba la figura de un dios, o sea el tipo tradicional de la torre de Babel, efecto del orgullo de Nabucodonosor, seiscientos años antes de Jesucristo, son menos antiguos que los adoratorios de los indios arcaicos de estas comarcas del norte de Centro-América, que levantaban, en la misma forma, **theocallis** y túmulos, como los nahoas, mecas, toltecas, mayas y quichés. Quedan aún los monumentos de Mayapán, las piramidales graderías, las bóvedas triangulares, el arco de trébol, los estucados soberbios que, en la región Quiché del Usumacinta, se divisan todavía, entre animales salvajes y vegetación paradisíaca. En las poéticas márgenes de ese río, que es el Nilo de América, se aspiran las brisas que dieron vida a una primitiva raza, sus despojos dispersos desaparecieron entre ruinas hieráticas y añosas selvas, cuya **alma vegetal** animó las células ancestrales de sus primitivos pobladores, que ahí dejaron sus cuerpos rígidos, en la época trascendente del mundo morfológico. (2). Las flores sienten, se marchitan y mueren. En el bosque palpita la vida, existe sensibilidad, hay alma!

---

(1) Hist. general de las artes plásticas, por Rafael Domenech, página 13—Madrid. 1911.

(2) Los biologistas tienden a demostrar la existencia de un principio de fuerza anímica en la organización vegetal *"Por los senderos de la Biología"*, *"El Alma vegetal,"* por Carbonell.

CAPITULO III

ETNOLOGIA Y ETNOGRAFIA DE CENTRO-AMERICA

SUMARIO

En Centro-América pueden existir razas puras. — No hay razas superiores, ni inferiores. — Diversas clasificaciones de razas. — Desde remotísimos tiempos había en América varias razas. — Se cree que las primitivas eran autóctonas. — Los aborígenes se hallaban en distinta edad del mundo respecto de los conquistadores. — En el siglo XVI Centro-América había decaído. — La raza vencedora se confundió y mezcló con la vencida. — Doña Leonor Alvarado Xicotenga es el símbolo de la raza nueva. — Tradiciones de la raza quiché. — Principales tribus. — La ciudad de Tulá. — En Guatemala se desarrollaron dos civilizaciones principales, la raza-quiché y la nahoa. — Por dónde se exparcieron. — Los indígenas de Centro-América eran de distinta raza de los del norte. — Estado de los antiguos pobladores de la América Central. — La raza negra existe en América desde época remotísima. — Los JURAS o ZAMBOS de Honduras descienden de negros. — Separación de los cakchiqueles de la rama quiché. — Los itzaes, petenes, lacandones, chaques, mopanes, choles, chinamitas, coboxes, uchines, ojoyes, tirampíes y otras tribus. — Los mames pocomanes, los quichés y los cakchiqueles. — Lugares que ocupaban. — Cultura que tenían. — Los niquiranes o cholutecas. — Territorio cakchiquel. — Los tzutuhiles. — Los ítzas. — El Adelantado del Gobierno del PRÓSPERO. — La conquista de choles y lacandones. — Grandes fracasos. — Pueblos antiquísimos. — Los pipiles. — Diviones etnológicas hechas por autores notables respecto a los indios de Centro-América. — Etnografía de las poblaciones que componen la república de El Salvador. — Vestigios de las poblaciones precolombinas de Nicaragua. — Etnografía Centro-Americana. — Aborígenes de Honduras y Costa-Rica. — Pueblos que encontraron los españoles, en el istmo, en el siglo XVI. — Guatemala nunca fué feudataria de México.

Es curioso el fenómeno de que en donde pueden existir hoy, hasta cierto to punto, **razas puras,** es en estos países, qué como Guatemala, tienen incrustados pueblos de aborígenes, que permanecen sin mezcla con los que llaman **ladinos.**

No hay razas absolutamente superiores, ni inferiores (1). La superioridad de una raza es relativa al momento histórico en que se la considera, y resulta de un conjunto de factores, de un cúmulo de circunstancias, de las cuales tal vez las étnicas son las menos importantes. Los castellanos estaban en su apogeo cuando vinieron a conquistar a los indios de América, que lastimo-

---

(1) Colajanni—Razas superiores e inferiores.—Pagina 9.

samente habían decaído. Todas las naciones han aportado su contingente a la civilización, teniendo horas de dolor y momentos de angustia. La raza humana no debe considerarse sino como una especie, en el sentido biológico. Los procesos de adaptación, de variación, de cruce, de aclimatación, de diferenciación, son los grandes factores que explican la historia moderna de los pueblos y de los individuos (1).

Algunos han clasificado las razas, por su origen, en caucásica, mongólica, africana y americana; o por el color, de la piel, blanca, negra, amarilla bronceada; o por las dimensiones del cráneo, braquicéfalos, mesaticéfalos, dolicocéfalos; o por la forma de los cabellos, lisos, crespos, lanudos; o por el lenguaje, aglutinante, flexional; o por la estatura, etc. El antropólogo de más fama, Kaene, establece cuatro grupos de base geográfica: **Homo etiopicus, mongólicus, americanus, caucásicus.**

En América había, desde tiempos antiquísimos, razas diversas, como la bronceada, la roja, la amarilla y la negra, lo cual no quiere decir que las razas autóctonas no fueran primordiales. Opinan muchos que, en su origen, fué una sola la raza de este Continente (2) y no faltan otros que sostienen haber sido varias (3). En todo caso, hoy prevalece la tesis de ser autóctona la raza americana. Que hubo inmigraciones, anteriores al descubrimiento de Colón, es un hecho reconocido, y que en tiempos remotos vinieron a este Continente diversas gentes, que se mezclaron con los primitivos pobladores u originarios de estas tierras. Los estudios craneométricos lejos de contribuir a esclarecer estas cuestiones de raza, más bien la han embrollado. Las lenguas son segura pauta para dilucidar la etnología en sus orígenes, como opinan Berendt, Bancroft y Brinton. Pueblos que tienen iguales caracteres anatómicos, presentan mentalidad diferente, según explica Reclus. Las condiciones psíquicas de los aborígenes de Centro-América cambiaron a medida que hubo variaciones en el ambiente social, como los hebreos, que según las circunstancias y leyes a que estuvieron sometidos, fueron—no singular sino colectivamente—pastores o industriales, guerreros o pacíficos, artistas o científicos, poderosos o pobres, proletarios o banqueros (4).

El abismo que separaba el pensamiento del indio americano del alma inclemente del conquistador ibero, era inmenso. El espíritu de una y otra raza se encontraba en diversas edades del mundo. La precisión y fijeza de contornos del pensamiento de este último diferían notablemente de las formas fugitivas y ondulantes del primero. Mientras que los pueblos de la América Central se hallaban decaídos y revueltos, pobres y llenos de enfermedades e infortunios, la raza ibera llegaba a la cúspide de su poderío y al zenit de su gloria.

---

(1) Folkmar.

(2) Humbeldt.

(3) Merton, Rodríguez Peixoto y Lacerda Jr.

(4) Cattaneo, Lombroso, Castelli— Respecto a las razas americanas, véase a Prichard' Reserches, vol. I. p. 268—Braford's Amer. Ant. p. 19—Smith's Human Species.

Los caracteres atávicos de los descendientes de Votán se habían venido debilitando, bajo la influencias de la molicie y estancamiento de las cotumbres y por las guerras bárbaras que arrasaron pueblos enteros. La constitución mental de los aborígenes de Centro-América había descendido, lejos de ir en acrecimiento. La psicología de una y otra raza, la conquistadora y la vencida, explica la hecatombe de los hijos de América.

La fusión, esa mezcla que se necesita en la química histórica, como diría Pelletán, hizo que la raza vencedora tuviera que confundirse con la conquistada. La alegre primavera, desconocida en el Edén del Asia, esparció sobre el lecho nupcial de estas antiguas razas, la ardiente verbena que exhala el aroma del deseo y el espino virginal que flota sobre el arbusto como el alba dudosa de la luna sobre el agua dormida del estanque. El **suquinay** y las **flores de la cruz** sirvieron de lecho a las dos razas enemigas, y brotó la Américo-Hispana. Las estirpes asiáticas, después de mezclarse en torbellinos de conquistas y peregrinar sobre charcos de sangre, vinieron, en el siglo XVI, a las regiones del Centro de la América, a sacar de esta naturaleza próvida, nueva vida, nueva embriogenia, nueva prole, que bebiera el aroma del sol. Hubo de prevalecer el singenismo, como ineludible enlace de las gentes y la atracción de los astros. Don Pedro de Alvarado y la noble Xicotenga dieron el ejemplo. La hermosa doña Leonor, fruto de tales amores, es el símbolo de la raza nueva, en estas regiones centro-americanas.

Siempre fué un mito la raíz de los aborígenes de estos países, que creían proceder del afortunado Coxcox y de su mujer Xochiquetzal, escapados de las aguas, en una gran **canoa** de ciprés, cuando en la edad de agua se hundió la tierra. Una paloma enseñó diversas lenguas a los descendientes del Noé americano. La biblia quiché, por lo visto, tiene también sus remiscencias, al arca y al diluvio.

La tradición guarda memorias de un país antiguo, en el lejano oriente. Viviase al principio una vida poco civilizada, sin pagar tributos, hablando el idioma común, adorando no a imágenes grabadas, sino al sol naciente y a la estrella del alba, precursora de la luz. Eran las principales tribus de Tepeu, Olomán, Cohah, Quenech y Ahau, según explica detalladamente el abate Basseur de Bourbourg (1) **Tulá** el nombre de aquel país, del cual venían de tiempo en tiempo algunos peregrinos al lado nordeste de las costas americanas, y después al Anáhuac y a Centro-América. Cada nación tuvo su héroe legendario o mitológico, como Quetzalcoatl, en Cholula, Votán en Chiapas, Wixepecocha en Oajaca, Zamná en Yucatán, Viracocha en el Perú, Payetome en el Brasil, Bochica en Colombia, y Gucumatz en Guatemala. Las teocracias de Votán y de Zamná se esparcieron por el Centro de América.

También se ha discutido mucho acerca de la ciudad de **Tulá o Tullán**, sin saberse a punto fijo en dónde estuvo, y hasta hay historiadores que sostienen

(1) Historia de las Naciones civilizadas de México y de la América Central—Tomo I. pág. 105—106.

no haber existido tal pueblo, sino que **Tullán** significaba la organización septenaria que había tenido la raza nahoa (1).

En el territorio de Guatemala se desarrollaron dos civilizaciones principales; la **maya quiché**, en las costas del Atlántico, y la **nahoa** en las del Pacífico, comprendiendo una gran área geográfica, que aún guarda ruinas y tradiciones, lenguas, costumbres y ritos, reveladores de sus primeros habitantes. A la familia maya pertenecen las siguientes tribus: **huastecas,** al norte de Veracruz; **mayas,** de Yucatán y del Petén; **chontales** de Tabasco; **tzendales** de Chiapas; **tzotziles** de San Cristóbal de Chiapas; **quekchíes** de la Alta Verapaz; **pocomanes,** al rededor de la capital de Guatemala; chortíes de Jocotán; **quichés** de los Departamentos de Quezaltenango, Santa Cruz, Retalhuleu, Suchitepéquez; **tzutuhiles,** del sur del lago de Atitlán; **ixiles,** de Nebaj y Cajul; **mames** de los Departamentos de San Marcos y Huehuetenango. El grupo de las naciones mayas comprende dieciséis secciones o tribus, que describió el sabio doctor Berendt (2).

El hecho de que los mayas poseyeran una gran línea de costa, hace concebir la idea de que fueran una nación marina, y así lo confirman las narraciones de los primeros descubridores que encontraron en las playas del mar las **canoas** con que hacían sus espediciones. En las ruinas de Chichén-Itzá vénse pinturas de embarcaciones, y como lo ha hecho notor Valentini, los sitios o lugares que ocupan los más importantes edificios o ruinas de poblaciones están inmediatos a bahías o golfos, lo cual indica que aquellos pueblos mantenían relaciones con otros distantes.

La raza maya-quiché, que se hallaba por estos países, desde remotas edades, ha sido considerada autóctona, y se sabe que ocupaba el sur de México, la costa norte de Guatemala y otros puntos, tres mil años antes de Jesucristo, siendo muchísimo más antigua.

En la parte occidental de la Verapaz, y más todavía hacia el sudoeste, encontramos ese interesantísimo grupo **maya-quiché.** Comprende las tres que llaman **lenguas metropolitanas** de Guatemala: quiché, cakchiquel y tzutuhil, y la lengua ixil, muy semejante a la quiché legítima.

Los aborígenes de Centro-América, como los de México, eran de distinta raza y civilización que los salvajes del Norte. La fauna del Continente, desde la frontera mexicana hacia el sur, es muy diferente dè la del Norte, hacia el mar Ártico. Esos indios fueron los **terrapleneros** o constructores de **mounds,** o sean montículos artificiales. Según opina el autor de "La Antigua América (3) llevaron su influencia y algo de su cultura, hasta las riberas del Mississipi, en donde se han encontrado muchas de aquellas construcciones, muy interesantes para arrojar luz en estudios etnológicos.

---

(1) La Atlantida y la última Tule, por Buelna.

(2) Discurso pronunciado ante la Sociedad Geográfica Americana. el 10 de julio de 1876.

(3) Baldwin. page 35.

Los antiquísimos indios del istmo centro-americano estuvieron sufriendo, en su nebulosa historia, cambios políticos y revoluciones, causadas por la influencia y predominio ya de un pueblo, ora de otro, en el decurso de las edades. Representaban, pues, al tiempo de la conquista, la influencia de varias razas, lo oneroso de un pretérito de inmensa extensión y horribles sacrificios y calamidades. El alma saturada de dolor, al través de decaímiento, odios y luchas cruentas.

En la época posterciaria, en medio de una fauna colosal, ya había indígenas en estas tierras. El hombre negro existió por acá en remotísimos tiempos, como se prueba por cabecitas y máscaras encontradas en Teothihuacán y por el ídolo de Huoyapán de tipo etiópico, que aparece dibujado en el primer tomo de "**México a través de los siglos**"; pero la demostración patente de la teoría —dice el autor de esa obra—de la antigua existencia de la raza negra, en nuestro continente, es que aún se hallan sus restos en él, y de otros nos hablan los cronistas primitivos. Se esparcieron los negros por las costas, cuando el gran enfriamiento, producido por los cataclismos.

Los **jarras** o **zambos** de Honduras descienden de negros y se remontan a una antiquísima edad. Por las lenguas se viene en conocimiento de lo autóctono de la raza maya-quiché, anterior, según algunos creen a la China. Se han encontrado ídolos de tipo chino marcadísimo, en algunos puntos de México y de Centro-América. Muchos historiadores hablan de un pueblo pre-tolteca **cuinametzín** (gigantes perversos: **etzín** gigantes, y **quinán,** malvados) pero todo eso se pierde en la obscuridad de los tiempos (1). Aquí en Guatemala hemos visto dos mascaritas antiquísimas con facciones japonesas.

Han querido notables americanistas, como Brinton, Stoll y Chavero, explicar la separación de los cakchiqueles de la rama maya-quiché; y aseguran, por cálculo, que acaecería hace más de dos mil años. Con razón dijo Humboldt que esta era la tierra de los misterios y que entramos en una remotidad que ni se concibe, ni se explica.

Sábese, por tradición, que la cultura tolteca no sólo invadió el territorio primitivo de los quichés, sino que se introdujo al que ocuparon en la época histórica, a la región de Iximché y a la ciudad de Gumarcaah, conocidas después por **Cuauhtemalan** o **Guatemala** y por **Utatlán.** Dícese que Nimaquiché, de la familia real tolteca, obedeciendo al mandato de sus dioses, abandonó Tolán, y peregrinó hasta dar con el bellísimo lago de Atitlán, por donde se estableciera el nuevo reino quiché. Nima llegó, con tres hermanos, entre los cuales dividió el país. El famoso Axopil, hijo suyo, fué jefe de los quichés, cakchiqueles y tzutuhiles, como explicaremos en otro capítulo.

"Cuando amaneció la aurora, brilló la luz y titilaron las estrellas," es decir, cuando se introdujo la religión y la cultura—según las bíblicas frases

---

(1) Un pueblo de *gigantes* debe entenderse que será de hombres un podo más altos que la talla común: pero no de verdaderos gigantes.

del Popol-Vuh—se multiplicaron las generaciones de los patriarcas Balam-Quitzé, Balam-Acab, Mahucutahé, Iquibalam, por la tierra prometida.

Entre la península maya y la región quiché se hallaban los **itzaes, petenes, lacandones, cheaques, mopanes, choles, chinamitas, caboxes, uchines, ojoyes, tirampíes,** y otras tribus.

En el siglo XVI, cuando los españoles vinieron al istmo de Centro-América, encontraron varios reinos y pueblos numerosos, con razas y territorios diversos.

Los **mames** (tartamudos) se hallaban en Guatemala al noroeste, y en una parte de Honduras; los pocomanes al sudoeste de Guatemala, los quichés en el interior y los **cakchiqueles** en el sur.

Ocupaban los mames el actual departamento de Huehuetenango, parte de Quezaltenango, San Marcos y la provincia de Soconuzco, lugares en que la lengua man o pocomán es vernácula, siendo digno de notarse, que en parajes distantes de dichos centros también se habla aquel idioma, como en Amatitlán, Mixco y Petapa, Mita, Jalapa, Xilotepeque y Chalchuapa (1). Los mames se dividían en familias poderosas, cuya historia describió Brasseur de Bourbourg, en la introducción del Popol-Vuh.

Asegura que habitaron en Soconuzco desde tiempos remotos, siendo un pueblo autóctono. Los olmecas que vinieron de México, los redujeron a la servidumbre, y una fracción de los vencidos emigró para Guatemala, como lo explican Orozco y Berra, en su interesante geografía (página 168). Aún se encuentran restos de los mames en el departamento de Totonicapán y en la frontera de Chiapas. En remotos tiempos aquella raza había sido la dominadora en la mayor parte del territorio de Guatemala, y su capital era la plaza fuerte de **Zakuléu,** o sea **Tierra Blanca,** cuyos restos todavía se contemplan cerca de la ciudad de Huehuetenango. Aún existen ruinas de Zakuléu lo mismo que de Chalchitán y Chaculá, que denotan la cultura de aquellos indios.

Los **pocomanes** o **poconchís** vivieron en la región de la Verapaz, en territorio de Guatemala. Una parte de las trece tribus de Tecpán, cuya capital era la gran ciudad de **Ninpocom,** se tenía por Señora de la Verapaz y de las provincias situadas al Sur del río Motagua hasta Palín. Toda la margen izquierda del Chixoy (Lacandón o Alto Usumacinta) desde Cobán hasta el río antes dicho, las montañas y valles de Gagcoh (San Crlstóbal), Tactic, Rabinal, Urrán, una parte del actual departamento de Sacatepéquez, de Guatemala y de Chiquimula, hasta el pie de los volcanes de Agua y de Fuego, llegaron a ser presa de aquellos aguerridos indios poconchíes, cuya lengua, así como el **quekchí,** aún se habla por la Verapaz. Aquí en el valle de la Ermita, en el de Las Vacas, en el llano de la Culebra, en Pinula, en Petapa y en otros alrededores de esta ciudad de Guatemala, se habla generalmente el poconchí, que apenas queda rezagado en uno que otro descendiente de aqullos pocomanes.

---

(1) Pimentel—Cuadro de Lenguas Indigenas—Tomo I. pág. 81.

Los **quichés,** habitaban en sus mejores tiempos, la parte central de lo que hoy es república de Guatemala, no sólo en el departamento que lleva ese nombre del Quiché, sino por Totonicapán, Atitlán, parte de Quezaltenango, Suchitepéquez y Rabinal, en donde se habla aquella interesantísima lengua (1). Tenían los Cuchumatanes algo de Chiapas y Soconuzco, el reino de Hueytlato y los señoríos manes y pocomanes.

Se impregnó la civilización de los quichés, en remota fecha, de la de los toltecas, pues la cultura y la manera de vivir de los primeros, tienen rasgos de las costumbres y adelantos nahoas. Los maya-quichés llegaron a un sorprendente grado de relativa civilización; pero desgraciadamente, después de la caída del soberbio imperio, el pueblo se dividió, durante el curso de algunos siglos, por guerras intestinas y luchas de partido, en pequeños estados, desvaneciéndose la gloria de su antigua grandeza. En los restos dispersos, imbuyeron los nahoas su cultura, reteniendo los dialectos de la lengua original. En Nicaragua y en El Salvador hubo pueblos de pura sangre azteca. Los **niquirans** o **cholutecas** se encontraban entre el lago y el mar Pacífico. "Los quichés de Guatemala, dice el obispo historiador, González Suárez, llegan al golfo de Jambelí, ganan la costa de Machala, se internan en la provincia del Azuay, y buscando un punto pacífico para la vida, se sitúan en los valles de temperamento abrigado, en la meseta interandina, con el nombre de **cañaris"** (2).

El territorio de los cakchiqueles se componía de los que hoy son departamentos de Chimaltenango, Sacatepéquez y Sololá, habiendo también algunas tribus por Patulul, Cotzumalguapa y otras partes del lado del Pacífico, que eran neófitos de los Padres Dominicos.

Los tzutuhiles se encontraban en Atitlán y en San Antonio Suchitepéquez, con una capital que se tenía por inexpugnable, cerca de aquel lindísimo lago de Atitlán. Los lacandones, itzas, manches y choles, ocupaban la región que se extiende entre Yucatán y Guatemala. Eran tribus indómitas, harto difícil de ser traídas a las costumbres semi-civilizadas. Fué el dominico Juan de Esquerra, quien acompañado por otros frailes de su orden, llegó a penetrar a las tierras de los manches, e indujo a muchos de ellos a seguir el cristianismo. Pero a poco se fundaron algunas villas o lugares, hasta que en 1626, los lacandones hicieron una atrevida irrupción, avanzando más acá de Copán. Fueron muchos los muertos y no pocos los prisioneros. Más tarde, los itzas asesinaron como a trescientos de los cristianos. Al ver los manches que no obtenían protección de los españoles, huyeron a buscar otra vez sus rudas costumbres y recónditos albergues.

Los franciscanos querían catequizar a los itzas, que eran los más potentes y agresivos. Protegidos por el terreno montañoso y escarpado, encontraban

(1) Squier, Nouvelles Annales des voyages.
(2) Introdución al Atlas Arqueológico Ecuatoriano, pág. 20.

en la región del lago del Petén, seguridad e independencia. Al principio acogían cordialmente a algunos misioneros, pero después se enfurecieron y colgaron las cabezas de los religiosos de las ramas de los árboles, para que sirviesen de escarmiento. La trágica y espantosa muerte de Mirones y de sus acompañantes, sacrificados en el ara del altar idolátrico de aquellos bárbaros, puso pavor en el ánimo esforzado de los frailes y conquistadores.

Sin embargo, las reales cédulas que a menudo venían encareciendo la sujeción de aquel territorio, hizo que no faltaran individuos que quisieran aventurarse a la conquista. El encomendero de Mita, Diego Ordóñez de Vera y Villaquirán, oficial de milicias y hombre de pelo en pecho, se comprometió a tan difícil empresa. En 1639 fué aceptada su oferta por el Consejo de las Indias, se le confirió el título de **Adelantado del Gobierno del Próspero,** nombre con que se bautizó tan aguerrida comarca. Precedió, sin embargo, la cruz a la espada, y en 1646, dos franciscanos, Hermenegildo Infante y Simón de Villasís, fueron de Campeche a Usumacinta, con su arriesgada misión, sufriendo muchos trabajos. Llegó al fin el Adelantado a Usumacinta, penetró más al interior, hasta que falto de provisiones, abandonado de muchos, viendo quemado por los indios el pueblo que había establecido, flaco de cuerpo y conturbado de ánimo, fué a morir a Petenecte. **El Próspero** no correspondió al augurio de su buen nombre, que más propio hubiera sido llamarle **el Desgraciado.**

Pasaron muchos años sin volver a la empresa, pues los dominicos que fueron a catequizar a los Choles, allá en 1677, apenas alcanzaron éxito. Cada vez se empeñaba el gobierno de España en la reducción de aquellos bárbaros y de los lacandones e itzas. Cuando el obispo de las Navas anunció su deseo de visitar Verapaz, el Presidente Guzmán ofreció todo su apoyo para aquella empresa. Ayudaron los mercenarios y los dominicos, poniéndose a la cabeza de la expedición don Melchor de Mencos, Corregidor de Huehuetenango, quien con pocos soldados se internó en el río de Tabasco, haciendo huír a algunos indios lacandones. Siendo ya casi intransitable el camino, retrocedieron sin alcanzar cosa alguna.

Una vez más el Consejo de Indias, con fecha 24 de Noviembre de 1692, transmitió órdenes apremiantes, en que el rey prevenía arrostrar la conquista de choles y lacandones. Hasta el año 1695 no pudo el presidente Barrios Leal emprender él mismo la expedición, y llegó a Santa Cruz del Próspero sin novedad alguna; pero más adelante se le presentó una naturaleza primitiva, exuberante, emponzoñada de miasmas, llena de precipicios, ríos, montes y despeñaderos, sin chozas, ni ranchos, ni un sér humano siquiera. Con muchos trabajos fundó el fuerte de Dolores, cuyo nombre recordaba hartos sufrimientos. Cerca de ese castillo quedaban al Sur de los choles, al Oeste y Norte los itzas, y al Oeste los lacandones. El presidente Barrios regresó a Guatemala, a causa de las lluvias, que por aquella región son copiosas, dejando en dicho

lugar treinta soldados y algunos frailes. Cuando después se preparaba Barrios Leal a otra expedición, le sorprendió la muerte.

Jacobo de Alzayaga, Regidor de Guatemala, emprendió, en 1696, la conquista de semejantes bárbaros, teniendo la mala suerte de perderse, con los suyos en la enmarañada selva y tortuosos ríos. Un movimiento simultáneo, procedente de Guatemala, con don Melchor de Mencos, al frente, y apoyado por el gobernador de Yucatán, dió siempre funestos resultados. Los itzas fueron conquistados en 1697, y hubo desde entonces en el Petén resguardo militar, que llegó a convertirse en un presidio. En 1759 ya había en el distrito del Petén, siete aldeas, fuera del lugar principal o cabecera. Todo aquello es primitivo y paradisiaco.

Los lacandones aún permanecen libres del Gobierno, en hordas nomades y en número reducido. Nunca se realizaron, pues, los deseos de conquista que con tantos bríos exhibía el capitán general don Sebastián Alvarez Rosíca de Caldas, respecto al Lancandón; deseos que manifestó al rey don Carlos II, en carta de 30 de Enero de 1667, y que corre impresa por Ibarra.

Como esos pueblos, había otros antiquísimos, que Brasseur de Bourbourg describe en número considerable y trata de fijarles localidades en el territorio Centro-Americano. El que quiera profundizar esta materia, puede leer la interesante introducción del Popol-Vuh y "Las Naciones Civilizadas de México y de Centro-América". Pero todavía es más serio y filosófico el estudio que hizo nuestro distinguido amigo, el sabio doctor Berendet, quien estuvo en Guatemala, y pudo establecer, fundándose en las lenguas y dialectos indígenas, las ramas etnográficas del suelo Centro Américano.

Los pueblos de la América Central forman, para Quatrefages, una sola familia, la **guatemalteca,** resultado de cruzamientos múltiples entre negros, indios y españoles. Hombres de pequeña talla y fuertemente constituidos; de piel bronceada, cabellos negros y lisos, cabeza corta, frente baja, cara ancha, ojos pequeños, oscuros, horizontales; nariz recta, boca mediana, labios fuertes, barba redonda.

Deniker divide a los indios de México y de la América Central, desde el punto de vista etnográfico, en dos grandes grupos: los **sorianos aztecas** que viven en el Norte de México, y los **centro-americanos,** habitantes del México meridional y los Estados situados más al Sur hasta la República de Costa-Rica. Los primeros, bajo el aspecto lingüístico, se aproximan a los chochones, y en sus costumbres a los verdaderos indios "Pueblos" de los Estados Unidos, pero ofrecen diferencias en el orden físico: los sonorios se acercan a los norte-americanos de la vertiente atlántica, en tanto que los pueblos del grupo azteca patentizan la infusión de una gran cantidad de sangre centro-americana. Constituyen el grupo principal de los sonorianos los pimas y sus congéneres los pápajos; viven en los pueblos o "casas grandes" y subsisten gracias a sus esfuerzos en la estéril tierra del valle de Gila; son hombres hermosos 1m. 71 de

talla, ágiles, cabeza algo alargada, nariz prominente. Sus vecinos, dice Deniker, los yaquis y los mayos, reunidos en la categoría lingüítica **Cahita** (unos 20,000 individuos) tienen el mismo tipo que los pimas y se conservan bastante puros, al contrario de los opatas y tarahumares de Chihuahua y de Sonora. Los aztecas o nahuas, son nombre colectivo de muchos pueblos y tribus que ocuparon antiguamente la vertiente pacífica desde el Río Fuerte (26º de latitud Norte) hasta los confines de Guatemala, exceptuando el istmo de Tehuantepec, pero extendiéndose sus colonias hasta Guatemala y San Salvador. Sobre la vertiente del Atlántico las tribus nahuas habitaban los alrededores de México, y constituyeron, probablemente dos o tres centurias antes de la llegada de los españoles, tres Estados confederados: Tescuco, Tlacopán y Tleuochtillán. Actualmente los aztecas, en número de 150,000 próximamente, encuéntranse extendidos sobre toda la costa mexicana desde el Sur de Sinaloa hasta Tepic, Jalisco, Michoacán y el Oeste. Muy pacíficos, sedentarios, con un barniz de civilización, ellos son católicos de nombre, animistas llenos de superstición en el fondo. En muchas villas aztecas todavía se habla la antigua lengua nahua." El profesor L. Biart ha escrito extensamente sobre la historia y costumbres de los aztecas (París, 1885).

Al lado de los aztecas se designan con el nombre de "mexicanos propiamente dichos" a otros tres grupos étnicos: el **otomí**, los **tarascos** y los **talonacs** de la provincia de Veracruz, antes muy civilizados y que se parecen físicamente al grupo lingüístico maya. El otomí nos da el ejemplo particular de pueblo americano hablando una lengua monosilábica; de talla debajo de la media, braquicéfalos en general con tendencia a la mesocefalia (Hamy, Brinton). Los tarascos, no mezclados, viven, según Lumholtz, en número de 200,000 en las montañas de Michoacán: otros han sido absorbidos en la población mestiza.

El otro gran grupo etnográfico de los indios de México y de la América Central, siguiendo en esto a Deniker, ya hemos dicho que lo forman los **centroamericanos**; y están subdivididos por el mismo notable antropólogo en tres grupos geográficos: los indios del Sur de México, los maya y los istmianos. Entre los primeros están los zapotecas de Oaxaca, descendientes de un pueblo que alcanzó en época remota el mismo grado de la civilización azteca; están también los mixtecas de Oaxaca y Guerrero, de talla pequeña, braquicéfalos, y los zoques, mixes y chapanecas, para no citar otros. La antigua civilización maya era semejante a la de México; los "mayas propiamente dichos de Yucatán" contienen como principales tribus: los tchontales de México, los mopans, de Guatemala septentrional; los quichés más al Sur, el único pueblo indio que posee una literatura escrita indígena; los pocomanes, los chorti y los huastecas. "A pesar de las diferencias lingüísticas, todos los guatemaltecos o indios de Guatemala se asemejan desde el punto de vista físico: son pequeños, rechonchos, de pómulos salientes, nariz prominente, con frecuencia convexa; y algunas de sus costumbres, como la geofagia, son comunes a todas estas pobla-

ciones". El profesor Deniker reúne bajo el nombre de "los istmianos" a los pueblos indígenas de la América Central distribuidos por Guatemala y el istmo de Panamá, cuyos idiomas no están comprendidos en ninguna de las categorías de las lenguas americanas (leucas, matagolpes, guatusos, oulona, moscos, rama).

Algunos autores creen que, en cuanto a la América, la agrupación de los pueblos tiene mejor base en los caracteres lingüísticos que aquella que pueda suministrarles los étnicos y somatológicos; opinando asimismo que esos caracteres lingüísticos son fundamentos más sólidos para definir las razas del nuevo continente. Para Brinton existe un lazo común entre todas las lenguas americanas; pero, discurriendo ampliamente sobre este punto, lingüistas de la talla de Müller y Adam piensan de distinto modo, que la similitud entre las lenguas americanas no autorizan a aceptar que todas ellas han procedido de una sola fuente. Atribuye, por otra parte, Powell, mayor importancia a la semejanza del vocabulario que a la de las formas gramaticales; y llega a establecer esta conclusión: "las tribues de la América del Norte no hablan precisamente dialectos relacionados entre sí y nacidos de una sola lengua original: hablan, por el contrario, muchas lenguas pertenecientes a familias diversas, que no parecen tener un origen común". Estima Brinton en 150 o 160 el número de las familias lingüísticas conocidas en toda la América, lo que parece ser un cálculo exacto; en efecto, sólo para la parte del Norte de México enumera Powell 59 familias lingüísticas."

Los **pipiles (muchachos,** en lengua azteca) descendían de los mexicanos. Dícese que Ahuizotl, octavo emperador de México, allá por los años de 1486, deseoso de extender su poderío, y no satisfecho con el territorio que sus mayores le habían dejado, decidió apoderarse del reino de los quichés y de otras tribus que poblaban el istmo centro-americano. Vanos fueron los ardides de la guerra, ni alcanzaron buen éxito los agasajos, presentes y embajadas, para que se realizasen las aspiraciones de Ahuizotl, quien entonces se valió de una extratagema que harto demuestra su astucia. Envió secretamente como veinte mil indios, llamados **pipiles**, para que simulando ser mercaderes, fuesen poco a poco introduciéndose en aquellas ciudades y en las tierras pobladas por quichés, cakchiqueles, tzendales, kelkes y zapotecas, a fin de sojuzgarlos en una oportunidad, teniendo parciales en quienes apoyarse; pero fueron sorprendidos en su intento, que ya no vió realizado el ambcioso emperador mexicano, ni ninguno de sus sucesores. Los pipiles vinieron, pues, como traidores y se encontraron en tierras bañadas por el mar del Sur, desde Escuintla hasta Cuscatlán (El Salvador) en donde se extendieron mucho y progresaron bastante. Turbulentos o indómitos, no soportaron la tiranía de su cacique Cuahumichín, a quien el pueblo dió muerte violenta en su propio palacio, ocupado a seguida por el débil y manso Tutecotzimit, que organizó el gobierno y pudo hacer que sus vasallos progresaran. **El cacicazgo pipil,** nunca fué monar-

quía, por más que Juarros erróneamente haya asegurado que tuvieron, poco tiempo antes de la venida de los españoles, un monarca o rey, lo cierto es que a lo más llegaría, como algunos creen, a constituir un señorío, ligado con la casta sacerdotal, que a su vez reconoció la autoridad del gran sacerdote, quien se dejaba ver en las ceremonias solemnes, revestido de una especie de casulla azul, con gran mitra adornada de vistosos plumajes, y llevando un báculo, recamado de oro y plata. Algunos dudan que los primeros pipiles hayan venido en tiempo de Ahuizotl, puesto que las ruinas de Cotzumalguapa y otras demuestran muchísimos años de residencia.

"La comarca más occidental de lo que hoy constituye el territorio de El Salvador es la de los Izalcos situada entre el río Paz o Aguachapa y Gueymoco. En esta comarca existe el lugar llamado Zenzontlatl que en lengua mejicana significa "cuatrocientos ojos de agua" palabra que ha sido transformada en la de Sonsonate. Zenzontlatl hace alusión a los innumerables ojos de agua que forman el Río Grande, a cuyas orillas se hallaban situada la población.

En la costa de los Izalcos, existió y existe aún el puerto de Acazutla, llamado actualmente Acajutla. De la población de Izalco, poco después de la conquista, salieron cuatro familias a establecerse a un punto inmediato a Sonsonate y fundaron un pueblo cuyo nombre fué Nahuizalquio o los cuatro Izalco, porque en idioma mejicano "nahui" significa cuatro. Inmediato a Sonsonate se hallan el pueblo de **Quetzal-Cuat-itán**, compuesto de tres palabras; quetzal, culebra y debajo. Con el tiempo este nombre se convirtió en Salcoatitán.

Pueblo bien situado era el de **Güeciapam**, que en lengua mejicana quiere decir **Río Grande**, llamado así, indudablemente, por su cercanía al río de Paz o Pazaco, conocido también con el nombre de Ahuachapán. En la época presente se ha cambiado el nombre primitivo por el de Ahuachapán, hoy ciudad de mucho progreso y cabecera de departamento. Digna de mencionarse es la numerosa población de Siguatehuacán, nombre que en lengua azteca quiere decir "joven bajada de los cerros", hoy **"Santa Ana"**, situada al pié del volcán del mismo nombre y población de mucha importancia.

Hacia la parte occidental de Siguatehuacán se hallaba la alquería de **Chalchuapa** que en nahuatl significa "moneda indígena oculta". La antigua población ha desaparecido, la que actualmente existe está a una milla distante de la anterior.

De nombre indígena y de antigua época es la población de Coatepeque, llamada antiguamente **Cuatepeque** o Cerro de Culebra. A este pueblo siguen los dos Texistipeque, Augue y Ostria, habiendo variedad de opiniones sobre si estos dos últimos existieron de la conquista.

El nombre primitivo del antiguo pueblo de Gujutla era **Shushuta** que en lengua indígena quiere decir "río de jutes" por estar situada la población a inmediaciones del río de este nombre.

A tres leguas al Sudeste de Güeciapán existe el pueblo de Apaneca llama-

do en lengua Azteca Aponegeeat, que significa **Río de Viento,** pues por su elevada situación se halla expuesto a un viento demasiado fuerte.

Caminando del Este hacia el interior del territorio, se llega a la población de Cuscatlán, hallándose situada en la parte intermedia las poblaciones de Cuisnaguat llamada antiguamente Cuis-Nahuit o sea el lugar de los **Cuatro Espinos** y otros cuyos nombres no se ha podido conservar. Cuscatlán revela su primitiva civilización por los muchos utensilios de barro de diversas formas que se encuentran en sus excavaciones.

Pocos datos existen acerca de las demás poblaciones primitivas de la República; pero si es lo cierto que las principales divisiones establecidas eran: **Zenzonatl, Cuscatlán y Chaparrastique**; que estas comarcas estaban muy pobladas al tiempo de la conquista, según lo afirmó el mismo conquistador Pedro de Alvarado. Entre esas poblaciones hay algunas que merecen mencionarse especialmente como Nejapa, llamada antiguamente Nixppa, arruinada con motivo de la erupción del volcán de San Salvador. El lugar donde estuvo situada la primitiva población es llamada en la actualidad Potrero de San Lorenzo, en la jurisdicción de Quezaltepeque, población también primitiva. Hoy se conoce con el nombre de Nejapa un bonito caserío situado al Occidente y a poca distancia de Apopa.

Poblaciones enteramente extintas son Zacualpa y Güija en el actual departamento de San Aana. La primera estaba situada en una isla grande que está en medio de la laguna, y la segunda en el mismo lugar en que está la laguna del mismo nombre. En las márgenes de ésta se ven varios antiguos edificios y aún en el fondo han observado los pescadores en la estación seca, algunos capiteles de columnas. Se han hallado además en el lecho de la laguna, piedras de moler, vasijas de barro de todas clases y formas. Hace mucho tiempo que un pescador sacó una pieza de plata y en 1848 un indígena de los alrededores encontró dentro de un promontorio de lava que el agua había dejado descubierto, varias obras de plata labrada en figuras esféricas que pesaron una arroba. Se notan en diferentes puntos de la comarca cimientos de edificios antiguos, lo que prueba el estado de adelanto en que se hallaban las poblaciones primitivas".

Los quichés y cakchiqueles trataron de someter a su dominación a los pipiles, quienes pidieron auxilio a don Pedro de Alvarado, sin sospechar que el **Hijo del Sol** (Tonatiuh) sería para con ellos más tirano que el primero de sus caciques, el infortunado Cuahumichín.

Los chorotegas, los xicaques, los poyas, toukas, caribes, zambos y otras tribus aún más salvajes, que ocupaban lo que es hoy territorio de Honduras, tenían costumbres bárbaras, sacrificios horrendos y carácter refractario a la cultura cristiana.

Ha quedado de los españoles el decir, de uno belitre y salvaje, que parece **xicaque.** Cuando se desea expresar que es muy bolonio o estúpido, se le llama **chontal.**

Mr. Dsiré Pector escribió una memoria interesante, con el título de "**Indication aproximative de vestiges laissé per les populations précolombiennes du Nicaragua**", en la que refiere la tradicional aventura del viejo cacique **Xuchiltepecs**, que separó sus huestes chapanecas de los pipiles de Cuzcatlán, para llevarlas por Nicaragua y por Honduras, e investiga hasta donde es dable, y apoyado en Bancroft, Brinton, Berendt, Bovallius, Squier y algunos cronistas antiguos, los rastros de las varias tribus y naciones que poblaron en un principio el extenso territorio de Nicaragua. Acompaña a aquella obrita un mapa etnográfico, en el cual se ve que los mosquitos, chontales, lamas, maribios, matiares, nagrandanes, niquiranes, imavites, melchoras, mangues, dirias, chorotegas, nahuas, etc., habitaban aquel bellísimo territorio en donde se deprime la cadena andina y hay lagos más lindos que los de Suiza.

Los chorotegas se multiplicaron cabalmente por las orillas del gran lago de Nicaragua y por el **Nequepío**, sobre el golfo de Fonseca, mientras que por el rumbo de Managua vivían los maribios y matiares, y entre Masaya y Nicoya las colonias nahuas, que difundieron por aquellas regiones la cultura que de tiempo inmemorial las distinguía.

Los nahuas estaban esparcidos por el istmo de Rivas, entre el lago de Nicaragua y el Pacífico, y hablaban el mexicano o nahuatl; y es curioso observar que llegaron hasta el extremo oriental de Costa-Rica. Entre aquel lago y el golfo de Nicoya, se hallaba la misteriosa nación de los corobicies, progenitores de los guatusos. En las márgenes meridionales del río San Juan estaban los votos, hasta el valle de Sarapiquí, y al Este de dicho valle, se asentó la importante provincia güetar de Suerre, siguiendo después por lo demas de Costa-Rica, los tariacas, viceitas, cabeceres, terrabes, chichimecas, changüenes, doraces, guaymies y otras tribus que formaban propiamente el territorio de **Gütares** (tierra grande) cuyo mejor lugar era el **Guarco**, en donde los españoles establecieron, en 1563, la capital de Costa-Rica. Los grupos se extendían sobre las playas del Pacífico, entre los ríos Pirris y Grande de Terraba, hasta mediados del siglo XVIII, en que acabaron por las pestes y malos tratamientos que sufrieron. Los cotos ocupaban la parte superior del valle del río Terraba, y acabaron también, dejando a los borucas, sus descendientes, que se extendían hasta los llanos de Chiriquí.

Cuando llegaron los españoles a aquella región, los principales pueblos eran los nahuas (aztecas), nahues (chorotegas), gütares, viceitas, terrabas, changuenes, guaymies, guepos, cotos y borucas, que pasaban de cien mil, en el año 1564, y de los cuales poquísimos quedan en el día (1).

Los nahuas vinieron del Norte y desembarcaron en Nicaragua, por el año 1440, según los cálculos del P. Motolinia, de acuerdo con lo que los mexicanos le dijeron, como puede verse en los "**Documentos de Icazbalceta**", tomo I. Pág. 10.

---

(1) Etnología Centro-Americana, por Peralta -Introdución.

Los nahuas o aztecas llegaron por Nicaragua y Costa-Rica, cincuenta años después que los chorotegas, a mediados del siglo XV, según asegura el obispo Thiel, en su interesante obra "**Revista de Costa-Rica en el siglo XIX**". Muy numerosos en el istmo de Rivas, sólo tenían en Bagaces y en Talamanca pequeñas colonias. Estos indios llevaron ahí la semilla del cacao.

Los chorotegas cultivaban el maíz, algodón, frijoles, zapotes, nísperos y otras frutas. También sembraban tabaco y a veces lo fumaban. Con púrpura de caracol y brasil teñían sus vestidos y hacían primorosas obras de alfarería, según cuenta Oviedo, quien llevó a Santo Domingo algunas muestras de loza **que se pudieran dar a un príncipe por su lindeza**. Se adornaban con perlas recogidas en Nicoya y tenían hermosas mujeres (1).

Cuándo y por qué los floridos valles del Usumacinta hayan sido abandonados por los mayas, así como las ricas márgenes del río Motagua, no se sabe a punto cierto. Se presume que las pestes, el hambre, las guerras civiles, las invaciones extrañas, en lejanos tiempos, destruyeron los focos aquéllos de gran cultura (2).

El distinguido americanista don Manuel M. de Peralta escribió un "**Ensayo sobre la distribución geográfica de los aborígenes de Costa-Rica**", del cual aparece que, a la época de la conquista de los españoles, ocupaban aquel territorio los chorotegas o mangues, los nahuas o mexicanos, en poco número, los corobicís, los güetares, cabécares, viceitas, terrabas, changüenes, doraces, guaymies, borucas, cotos y quepos. Los más antiguos eran los corobicís.

Por la carta geográfica que aquel notable historiógrafo formó, se comprende bien la distribución que tenían los aborígenes de Costa-Rica en el siglo XVI. Al llegar, en 1522, el conquistador Gil González de Avila, había cuatro grupos distintos: el nicoyano, el de la isla Zapatera, el güetar y el bugaba (3). Los borucas vivían por las tierras cercanas a Panamá. Los nahuas eran unos cuantos cientos, que se hallaban por Bagaces y en el valle Duy. Los vitares y vicetas en las planicies del centro (4).

Nunca los reinos y tribus que se hallaban en la América Central fueron feudatarios de México, como algún autor ha pretendido. El imperio Azteca se extendía hasta el grado 14, no incluyendo nada de Guatemala (5).

Dice el **Isagoge Histórico**: "Al tiempo de la Conquista aún no habían sujetado los mexicanos las provincias que median para llegar a Goathemala. Su último emperador Montezuma salió en persona a sujetar la provincia Tehuantepeque, y no pudo conseguirlo, porque la defendió el señor Tutepeque, y así no tenían los mexicanos el paso para Goathemala por las costas del mar del Sur.... Tampoco habían sujetado la Provincia de Chiapas, con que no

---

(1) Historia de las Indias, lib. XLII cap. XI.
(2) A Glimse at Guatemala, pág. 243.
[3] Monografía del obispo Thiel.
[4] Fernández Guardia—Cartilla Histórica.
[5] Historia de Conqu2sta de México, por Prescott.

tenían por donde introducir sus armas y exércitos en el Reyno de Goathemala, ni por las costas del Sur, ni por las del Norte, ni por medio de la tierra".

Cuando los españoles vinieron a estas tierras del Centro de América encontraron pueblos de diversas razas, distintas costumbres, varios idiomas y aspiraciones opuestas. Era aquella masa heterogénea, multiforme, híbrida, con espíritu anárquico, sin hegemonía alguna. Se hallaba en guerras y luchas, con odios ancestrales y tendencias disolventes. Decaída la notable civilización pretérita de algunas tribus, había sonado para su raza la hora que el destino le marcara de agonía y servidumbre. Hay en los hombres, en los pueblos y hsta en las castas, momentos terribles de horrenda desventura. La conquista se hallaba preparada por los misteriosos senderos de la evolución social.

Los indios de la América del Centro se dividen en muchas tribus, diferenciándose unas de otras, a pesar de lo que dicen escritores extranjeros que no las conocen, por la estructura corporal, por la lengua y por las costumbres. Verdad es que siempre se advierte entre ellos ciertos caracteres comunes innegables. Nuestros indios tienen, por lo gneral, los unos color cobrizo, y otros aceitunado, son membrudos, musculosos, de cabellos negros, ásperos, lisos, y de corte prismático, de barba rala, pómulos salientes; pero no agudos, orejas grandes, labios gruesos, frente baja, ojos rasgados, algunos con el ángulo externo un poco levantado hacia las cienes, negros las más de las veces y de vista penetrante, y en la boca una expresión particular de dulzura, desdeñosa, que contrasta con su aspecto serio y tristemente sombrío. Constituyen una raza sufrida, sana, bien formada, pero participan, con las demás razas americanas, de falta de flexibilidad en la organización física, lo cual hace que su paso de un país cálido a un frío y vice versa les sea mucho más perjudicial que a los europeos, acostumbrados a la transición de las estaciones, que no dejan sentirse en los países tropicales, en donde las costas son muy ardientes, las altiplanicies agradables y los picos de las cordilleras muy nevados, siempre lo mismo, sin alteración alguna. Serio, pacífico y melancólico, el indio agrega no sé qué de misterioso a sus más insignificantes acciones. Jamás trasluce a su impasible rostro las pasiones que puedan dominarle, a pesar de lo cual a veces llega a ser terrible. Modesto por costumbre, diestro, suspicaz, sumiso especialmente a los sacerdotes, es, al propio tiempo, indolente, tardo, supersticioso y crédulo (1). En indio americano es un producto del suelo americano (2). Chavero opina que nuestros aborígenes son de raza más pura que la europea, y se funda en la carencia que tienen de pelo en todo el cuerpo, menos en la cabeza, en las pestañas, en las cejas, muy ralas por cierto, y en la poca barba, más rala todavía, y además en la circunstancia de no tener la muela del juicio, y mostrar molares en vez de colmillos (3). Empero, ni una, ni otra razón

[1] La Tierra y el Hombre, por Federico de Hellwald, página 118.
[2] "L'Homme Americain", por Simonin.
[3] México a través de los Siglos, tomo II.

prueban la imagniada superioridad de dicha raza. Algunos creen que la carencia de vello y barba más bien implica falta de virilidad, lo cual tampoco nos parece ser cierto, porque los indios procrían hijos sanos, fuertes y en gran número; ni es posible afirmar que la correlación entre el mono y el hombre, torne más fino al que carece de vello, sin que, por lo demás, se verdad que algunos aborígenes mexicanos no tengan caninos. Si otros carecen de las muelas del juicio, faltan a la vez en individuos de varias razas. La barba y los apéndices capilares en ciertas partes del cuerpo son tenidos en muchos pueblos, como complemento de belleza, y entre los israelitas se apreciaban fanáticamente, como consta en la Biblia. En varias de esas apreciaciones, juzgamos que hay parcialidad o exageración, algunas veces a favor, y muchas, en contra de los indios.

A los conquistadores españoles repugnaba encontrar a las mujeres desprovistas del monte de Venus, como lo asegura el ingenuo Bernal Díaz, quien cuenta que algunas de las indias sabían muy bien adecuarse pelucas en el pubis, a fin de no desagradar a sus dueños.

Tornando a hablar de los antiguos indios de estas tierras, es preciso decir que varios reinos, muchos señoríos y no pocos cacicazgos, con más de seis millones de pobladores, encontraron los españoles en el istmo centro-americano; núcleo en remoto tiempo, de grandes ciudades, cuya civilización admira a los que han hecho estudio especial de los países cultos de la antigua América.

Brasseur de Bourbourg, Maudsley, Bancroft, Brinton, Berendt, Baldwin y otros historiógrafos, que han escrito obras especiales sobre esta materia, reconocen que la civilización de los imperios istmeños era superior a la de México y a la del Perú, muchos siglos antes de la llegada de los españoles al Nuevo Mundo.

La posición geográfica de la garganta de tierra, que une las dos grandes porciones del continente americano, hará que en lo futuro sea el centro del comercio. Aquí en donde las ruinas de Copán, Palemke, Tical y Piedras Negras, no nos dicen cuándo fué abandonada esa región; en donde las esculturas y geroglíficos de Chichén-itzá revelan muertas civilizaciones; aquí por donde Cortés y Bernal Díaz portentosamente atravesaron la parte que había sido más poblada, en los primitivos tiempos de Centro-América, sin presumir que las orillas de aquellas corrientes y las faldas de los agrestes cerros, hubiesen sido asiento de razas varias e interesante cultura; aquí, decimos, poderosos pueblos, formarán grandes riquezas. ¡La Historia se repite! ¡Que el melancólico quetzal, desolado por la destrucción de los hijos de Votán, no vea otra vez las praderas del Petén, las márgenes del Polochic y del Usumacinta, pobladas por extrañas gentes!

. . . .

Sicut nubes, quasi aves, velut umbra.

CAPITULO IV

OROGRAFIA E HIDROGRAFIA DE LA AMERICA CENTRAL

SUMARIO

Montes mitológicos. — Montañas sagradas. — Desde la época cuaternaria buscó el hombre los lugares altos. — Ruinas de razas prehistóricas, en breñas abruptas. — Centro-América, el país volcánico por excelencia. — El que guarda más elementos de la primitiva cultura humana. — Forma que tiene la América Central. — Valle de Guatemala. — Sorprendente sistema hidrográfico. — Formaciones vejetales. — Clasificación de los terrenos. — Panoramas sublimes de estos países. — Divisiones orgánicas del suelo centro-americano. — Descensos de la cordillera. — Extrema fertilidad. — Descripción de los bosques del Norte. — El valle de Zacapa. — Muro gigantesco de volcanes. — Peculiaridades zoológicas de esa zona. — Divisoria continental. — El Cerro Padre. — La erupción del Cosigüina. — El Infierno de Masaya. Memorable descenso de unos frailes en busca de oro. — Sistema de montañas de Guatemala. — Observaciones generales. — Coincide el levantamiento de las montañas con la aparición del hombre en la tierra. — Momento sublime. — Poesía de la creación humana. — El Cerro de Oro. — El volcán de Agua. — El volcán de Acatenango. — El volcán de Atitlán. — El de Tajumulco. — Los barrancos. — El volcán de Ipala. — El volcán de Pacaya. — Teorías acerca del fuego de los volcanes. — Otros volcanes de Guatemala. — Ausoles de Aguachapán. — Volcán de San Salvador. — Descripción geológica de El Salvador, por el doctor David J. Guzmán. — Cadena volcánica de El Salvador. — EL LEMPA, río que debiera llamarse EL UNIONISTA. — El Polochic y otros ríos. — Sistema hidrográfico de la vertiente del Pacífico. — El lago de Atitlán. — El lago azufrado. — Territorio del Petén. — Volcanes de Costa-Rica. — Montañas y ríos de Honduras. — Viaje Geológico a la América Central, por Dolffus y Motserrat. — El Istmo de Centro-América. — La unión de ambos océanos.

Las multitudes que sonreían al cruzar el pórtico de Atenas, cuando, ebrias de gozo iban a las fiestas de las Panateneas, en la falda de la montaña sagrada, se esforzaban por llegar a la cumbre, en donde la sabiduría serena y luminosa, dispensaba sus dones a los que la grande Egida cubriera con su divina sombra. Moisés, el oráculo del pueblo más culto de la antigüedad, subió a un monte para recibir, entre relámpagos y truenos, las tablas de la Ley, que harían de la raza semítica la escogida, por entonces, en el mundo. El Arca salvada del diluvio, posóse sobre el Ararat, cuando la paloma mensajera vino con el ramo de oliva en el pico, y el arco iris dejó ver en el firmamento sus franjas de colo-

res, según la tradición bíblica. Desde la época cuaternaria, habitó el hombre las faldas de las montañas (1) dirigiendo sus pasos a los lugares más altos, ya que el rey de la creación no podía haber nacido en la playa llana del mar jurásico, o en la pampa silenciosa, hecha para los reptiles, ni menos en las impenetrables malezas de las selvas, por donde los simios se deslizaban en encorvada actitud. La mirada del hombre busca siempre lo alto, va en pos del cielo. Él vino al mundo cuando los picos de los Alpes fueron surgiendo de los primitivos mares, hasta subir entre las nubes y mostrar sus calvas frentes, como añoso testimonio de miles de siglos de generación lenta, que preparaba en la tierra, el momento en que aparecería la humana especie; en que el hombre podría andar recto, sin arquearse, ni rastrear, en mesetas emergidas del fondo de las aguas, en un paraíso propicio a su creación, en donde hallaría elementos de subsistencia, y cómo luchar por la vida con los colosales cuadrumanos y los ponzoñosos reptiles; en donde estaría lejos, muy lejos del mono, que representa la edad eocena, saltando entre los bejucos y suspendiéndose de los enmarañados troncos de los seculares árboles.

El mono ha permanecido en la misma situación en que nació; el hombre ha progresado, hasta el punto de que hoy puede decir, mediante la geología moderna, cómo se formaron esos grandiosos picos que llevan perpetua nieve en sus cabezas, y hasta dibujar la forma prehistórica de tales colosos, y la escultura de las cordilleras, que son como el eje de los Continentes, la espina dorsal de un paquidermo petrificado, en millones de años. La ciencia moderna explica la formación de las montañas, los recortes primitivos de los valles, la historia de los Continentes, y hasta las hondas arrugas de aquellos gigantes, mudos testigos de la creación del hombre, esfinges que quizo Dios poner cual perenne memento de la aparición de nuestra especie en este planeta, cuyas transformaciones no son leyendas, ni misterios.

Los primitivos pobladores de México, los aborígenes del Perú, los que con Votán ocuparon gran parte de Centro-América, los indios ancestrales, cuya civilización se pierde en la noche de los tiempos, buscaban siempre las altas planicies, al pie de las montañas, a orillas de los lagos, que en hudidos cráteres se formaron después de grandes cataclismos (2).

Aquellas razas pre-históricas han dejado ruinas preciosísimas, hasta en alturas que pasan, a las veces, de cuatro mil metros, en valles, mesetas y peñas abruptas, colgadas, puede decirse, entre las fragosidades de cerros casi verticales, como para ponerse a cubierto de las irrupciones frecuentes de sus enemigos.

Las pirámides azules, que no nos cansamos de admirar en el horizonte de Guatemala; esos inmensos y robustos brazos del planeta, que hacen de Centro-

---

[1] Congreso Internacional de Antropología. 1897, página 185.

[2] Chavero y Pimentel, Razas primitivas: Francisco P. Moreno, Revista del Museo de la Plata, t. I.: Brasseur de Bourbourg, Nations Civilisées du México et de l'Amérique Centrale, Morgan, Houses and house life of the Americans aborigenes, Washington. 1881, vol. III.

América el país volcánico por excelencia, tienen su remotísima historia de mudanzas ciclópeas, de ruinas, civilizaciones muertas, ayes de dolor, de los pasos del tiempo, en fin, que va triturando cuanto encuentra, y crea cuanto se transforma. La tierra es un ser organizado y viviente. La América, es el mayor laboratorio que tiene el planeta. El trabajo químico que se efectúa incesantemente debajo de sus altas montañas, se hace evidente a los pobladores de estas tierras, por los numerosos volcanes, solfataras y vertientes cálidas, así como por el levantamiento del suelo, por movimientos tremantes imperceptiblas, pero de repente causando fuertes terremotos y conmonciones violentas. Esos bellísimos volcanes que se yerguen en nuestro horizonte, son la prodigiosa epopeya geológica del mundo. Son murallas puestas por Dios para proteger a los pueblos débiles.

La Eternidad, que se desmorona, que se hunde, que surge y que se ostenta, ora ebria de cataclismos, ora lozana y apacible, cual si quisiera mostrarse en la época de risueña libertad, fué dejando por ahí esos nuestros volcanes, decapitados los unos por criminal erupción, que trajo ruina y lágrimas, entre lava de nueva vida; mutilados los otros, por el furor de los elementos, que los dejara como sublimes y colosales Belvederes, que así rotos aún revelan la serenidad de sus formas artísticas; formando todos una especie de corona ducal, cuyas inmensas curvas son paralelas con el serpenteo del mar, que en sus costas arenosas llévales encajes de espumas y rumores de vida. En remotísima fecha, un primer levantamiento se efectuó, al O. 22. S. E. 22, N. siendo la causa de la formación de la cordillera central, con sus granitos y sus gneis, habiéndose formado después los depósitos sedimentarios, de gredas triásicas y fragmentos jurásicos, que se notan en el litoral de Centro-América.

Al titilar la estrella matutina, se hundió una vez para siempre el gran Continente que, por el seno mexicano, por las Antillas, por la mar de zargazo, unía al mundo antiguo con el mundo nuevo, y este **Nuevo Mundo,** vino resultando ser el más viejo de todos, sin que falten sabios (1) que sostienen, como ya lo hemos dicho, haber sido aquí, en la América Central, el origen de la más remota civilización.

Ello es lo cierto que, cuando la Atlántida se sumergió, en las aguas del mar, vino quedando el istmo Centro-Americano cual arista volcánica que contuvo el horrendo cataclismo; como el país misterioso que guarda más elementos de la primitiva cultura humana (2) como la tierra prometida, que, con sus 150 mil millas cuadradas, de fertilidad asombrosa, de producciones variadísimas, espera la inmigración de tantos millones que luchan amargamente por vivir, y que buscan el caos, en la destruccibn, en la dinamita, el rayo divino de la

[1] Baldwin. La Antigua América: Jorge Catlin. Las Rocas levantadas y sumergidas de América: Quinet, La Creación.

[2] Bancroft, History of Central América.

resultante de masas populares sin suficiente tierra, sin ninguna fe, ni un átomo de conciencia; porque la conciencia y la fe no se concilían con el hambre. La serpiente del capital, con sus áureas escamas, ahoga en Europa a las masas desheredadas que no encuentran remunerativo trabajo, y que acuden a América en busca de expansión y aire nuevo.

Alejandro de Humboldt abrigó la equivocada idea de que debían considerarse las montañas de la América Central como continuación de las cordilleras de la meridional. Pero hoy se sabe que Panamá forma la reciente clausura de una laguna llena de agua entre los dos Continentes americanos, motivo por el que no pudo existir la correlación entre sus sistemas de montañas. La América Central tiene, por el contrario, un sistema de extensas mesetas o altiplanicies atravesadas por tierras alpestres que terminan, en sus bordes, en los altos picos volcánicos (1).

Mediante el canal de Panamá, va a transformarse el modo de ser de la América Central. Esa cordillera que atraviesa nuestro suelo, tendrá en sus feraces declives, miles de hombres que puedan explotar este montañoso país, tan poco conocido como escasamente estudiado. El descenso que de los Andes va hacia el Pacífico, consiste en una banda estrecha, cuya mayor anchura no pasa de treinta leguas. El flanco que va para el Atlántico cuenta con mayor extensión, en un desenvolvimiento como de ochenta leguas, desde la cadena principal hasta las playas del mar.

En ambos lados de esa inmensa cordillera se nota bien que, después del levantamiento pórfiro-traquítico, siguió desde la época eocena hasta el período actual, el fenómeno volcánico, ligado a la formación de las moles gigantescas, durante los depósitos eocenos, miocenos, pliocenos, y cuaternarios; habiendo entre ellos alternativas de depósitos marinos, lacustres y fluviales. El período cuaternario está simbolisado, en Centro-América, por numerosas cantidades de piedra pómez, de lava, arcillas amarillas y fósiles de grandes animales ante-diluvianos, que caracterizan esa época, sobre todo al lado del Atlántico, de manera bastante clara.

El declive hacia el Pacífico se compone de mesetas muy fértiles y curiosas, desde el punto de vista de su formación (2). La espléndida llanura en que se encuentra Guatemala, la ciudad capital de la República, es un valle hermosísimo, circunscrito por azulosa cerranía y velado por los volcanes de Agua, de Fuego y de Pacaya, hacia el Sudoeste; grandioso conjunto de montañas piramidales, que semeja un círculo de almenas aéreas, formadas de soberbios picos. Ese risueño valle tiene analogía con el del Thibet, en sus poéticos contornos, mientras que el recorte que en el cielo forman los altos cerros del Oriente, recuerda el variado horizonte del místico recodo de Lourdes, en los bajos Pirineos. Esos volcanes de Guatemala forman una curba paralela

---

(1) La Tierra y el Hombre, por Fed. Hellwald Tomo I, p. 114.
(2) La Carta Geológica, formada por Sapper, deja ver la variada formación de estas tierras.

con la línea que describen las aguas del Pacífico, al chocar con fuerte reventazón, en las arenosas playas de esos lugares casi desiertos. Aquella llanura de Guatemala, continúa desenvolviéndose en la América Central, por su región media, en un trayecto como de cien leguas, más o menos ancho, a medida que la cadena de los Andes se aleja del mar.

El istmo Centro-Americano, con sus espléndidos lagos, múltiples volcanes, montañoso suelo y agreste territorio, constituye, al través del tiempo, el más variado teatro de revoluciones geológicas, étnicas y políticas; de cataclismos pre-históricos; de misterios indescifrables. La altiplanicie está bañada por ríos que corren hacia el mar, por los profundos cañones, que existen entre los volcanes. Tacaná y Tajumulco se hallan a más de trece mil pies sobre el nivel del mar.

En el ensanche de la cordillera y en los estribos de los montes divergentes, hay también risueños valles de ricas aguas regados, y de vegetación maravillosa. En el declive hacia el océano Atlántico, y partiendo de estas mesetas intermedias, se ven desdoblarse, entre las secundarias ramas de la cadena andina, llanuras de verdes prados, y bosques de preciosas maderas, que descienden al golfo de México, al mar de Honduras y al de las Antillas. La caoba, el cedro, el palo de tinte, el cocotero, otras palmeras bellísimas, y mil árboles más, se entrelazan por aquellas soledades. En las ricas costas se forman las musáceas, entre las cuales el bananero luce sus largas, brillantes y verdes hojas, que semejan lábaros de raso; el paradisíaco platanal, cuyos retoños se apiñan al prolífico tronco, como los hijos se reclinan en el materno regazo. Hay terrenos primitivos, por Zacapa y Chiquimula, de formación porfirítica, cubiertos de arena roja antigua, que cubren huesos de mastodontes y otros animales ante-diluvianos, en depósitos lacustres, que guardan conchas y caracoles terrestres. Existen canteras de mármoles, mica y otros minerales riquísimos, de plata, oro, plomo y hierro.

El suelo de Guatemala ostenta la Cordillera Arcaica, que se distingue de la andina. La primera, más prominente, se extiende desde el valle del río Motagua, hasta el Petén, penetrando por Esquipulas y Alotepeque. Los Andes entran por la aldea de Niquihuil, en la frontera mexicana, y siguen por Tacaná, San Lorenzo, Bobós y Totonicapán. Pasan por el Oeste de Patzicía, Chimaltenango, y la parte meridional de la ciudad de Guatemala. De ahí van por Esquipulas hasta penetrar en Honduras.

Los estudios modernos de los distinguidos geólogos von Seebach y Bergeat han demostrado que la Cordillera Arcaica, en la zona meridional de la República, formada de rocas eruptivas, no es parte de los Andes, sino de posterior formación, independiente del axis montañoso.

La topografía del Petén y de la Alta Verapaz es especial; revela que aquella riquísima región estuvo muchísimo tiempo bajo las aguas del mar (1).

---

[1] El doctor Sapper sostiene que varias veces estuvo sumergida en el fondo del mar.

Los muchos conos de **denudación,** las cuencas, las pequeñas elevaciones, los valles paradisíacos, el escaso declive, las praderas exuberantes en las márgenes de los ríos, muchos de ellos subterráneos, y los rasgos geológicos peculiares; todo indica que en esa misteriosa comarca hubo profundas transformaciones. La mano del tiempo ha impreso indelebles toques en tan interesante territorio, que se vió poblado de antiquísimas tribus, que ahí dejaron curiosas ruinas. El extenso y rico territorio del Petén es un verdadero paraíso, que cuando se encuentre poblado convertiráse en uno de los centros más notables del mundo.

La hidrografía Centro-Americana es sorprendente. El Motagua, el Polochic, el Sarstoon y el Usumacinta, (hijo de muchas aguas) en Guatemala. El Camelecón, el Ulúa, el de los Leones, el Romano, el Tinto y el Patuca, en Honduras. El Coco y el Segovia, comunes a ésta república y a Nicaragua. Los inmensos lagos de esa tierra, que merced a ellos, llegará a ser el emporio del mundo, y que tiene ríos como el San Juan, el Grande y el Mico; y Costa-Rica, con el San Carlos y el Sarapiquí. Uno de los pasmosos portentos de Centro-América es la bahía de Fonseca, en el Pacífico, formando pintorescos golfos en las costas de Honduras, Nicaragua y El Salvador, con hermosura increíble, con apacibilidad encantadora, y con un porvenir suntuoso. Diríase que el erguido volcán de Cosigüina, que al entrar a aquellas tranquilas aguas, se divisa a la derecha, columbrará en época no remota, llena de buques de todas las naciones, la bahía Centro-Americana, más grande, más linda que la de Río Janeiro, más abrigada que la de Nueva York y la de la Habana. El nombre del primer presidente del Consejo de Indias, del taciturno **Fonseca,** se hizo inmortal, por habérsele dado a la bahía más extensa del Nuevo Mundo.

Los ríos que desembocan en el océano Pacífico van muy limitados en su corriente, y deberían tener un descenso más rápido, cuanto que su desenvolvimiento es menor que el de los que desembocan en el Atlántico, pero no es así; porque el plan de las fuentes de este curso de agua es mucho menos alto que el de los ríos del otro lado. Hay, pues, menor desproporción en el descenso de unos y otros relativamente. El río Usumacinta fué para nuestra civilización indígena, lo que el Nilo para los egipcios, ya que en sus extensas riberas debía desarrollarse, haciendo prodigios de producción, el desbordamiento periódico de sus aguas. Por los montes del Petén nace aquel río, llevando derrames y filtraciones de la laguna de Panajachel y de los Islotes, para ir a lamer humildemente las ruinas del Palemke.

La disposición particular de los valles trasversales contribuye mucho a hacer los desaguaderos en el mar Pacífico, difíciles para la navegación, ya que independientemente de las escarpadas bargas, contra las que viene la corriente a chocar a menudo, lo cual impide un **hallage** regular, tiene además el inconveniente de que arrastra en gran cantidad, terrenos desbordables de suyo, que las aguas llevan sin esfuerzo. He ahí por que las desembocaduras se encuentran tan atascadas.

Los cauces de los ríos que van a morir al Atlántico, nacen en la cordillera, en los puntos más elevados, y siguen las direcciones de las cadenas de montañas que les sirven de ribazos, según lo explican científicamente, los señores Dolffus y Montserrat, en la obra magistral que en francés escribieron sobre la América del Centro.

En el golfo Dulce desemboca el río de Izabal, cuyas márgenes vestidas de bosques vírgenes tropicales, forman, separándose entre sí, el lago del mismo nombre, encajonado entre magníficas montañas cubiertas de espesura. En la selva primitiva del río hermosísimo resuena el canto de las aves que se posan en los corpulentos árboles, el sonoro rugir del tigre americano, los gritos de los monos que se columpian en los bejucos oscilantes y el silbar de la serpiente que sorprende un nido de guacamayas. Los más bellos pájaros de vistoso plumaje animan la selva y las pintadas mariposas van acariciando las silvestres florecillas. Hay **peces cantores** o **siluros,** que en Lívingston, san Juan de Nicaragua y otros lugares bajos del mar, producen sonidos intensos, armoniosos, y con marcada cadencia (1).

Las mesetas de la cordillera y las del descenso hacia el Pacífico, se forman de terrenos volcánicos, así como los espacios que entre las montañas median. Esta formación se reconoce fácilmente en las enormes grietas que se encuentran en todas las llanuras, desde el grado 14º hasta el 16º, de latitud, que son los que limitan la cordillera y el Pacífico. Los volcanes del interior de Centro-América pertenecen a una época mucho más remota que la de los volcanes de la cordillera de la costa. Aquellos deben de haber formado una cadena de volcanes activos, que después han venido estando extinguidos por eras.

La meseta de Guatemala la Nueva, o sea de la capital de la república, encuéntrase a unos mil cuatrocientos metros sobre el nivel del mar; un poco más alta que la de la antigua metrópoli. Ambas se componen de terrenos volcánicos. La Gran cantidad de volcanes que existen en la cordillera de Guatemala, deja suponer que, por modo súbito, se levantó ese terreno de contextura uniforme. Sabios geólogos presumen que el trastorno a que este país debió de estar expuesto, durante su formación, es la causa de que, por lo general, sólo se encuentran minas metálicas en las montañas primitivas, sobre todo en Honduras, abundante en tantas riquezas de ese género. En Guatemala existen placeres de oro en el Motagua y yacimientos en Izabal. Hay en varios lugares ricas minas de plata, cobre, plomo y estaño. Los kaolines, espatos y mikas constituyen gran riqueza.

Ciertos parajes de Guatemala llenan las condiciones para que en ellas haya minerales. En los lugares volcánicos es muy difícil que las vetas se conserven. Por los Cuchumatanes, en Huehuetenango, el Quiché y la Baja Verapaz, existen buenas minas. Por San Juan Sacatepéquez, hay depósitos

---

(1) Dumeril, naturalista ictiólogo. "La Soc. Católica"—Los peces cantores.

calcáreos y ricos mármoles. En la región del lago de Ayaraza se ven el calcáreo y el mika-esquisto con vetas de cobre y plata.

Desde la barranca de Villalobos, de cien metros de profundidad, y en cuyo fondo corre un río que desemboca en la laguna de Amatitlán, dando vuelta por la llanura de Petapa, puede observarse un interesante corte de los materiales de que está compuesto el valle de Guatemala. En el fondo se notan vestigios de conglomeraciones, cantos rodados y pórfidos; luego, a dos metros de altura, capas alternativas de cenizas amarillas y violáceas. El resto es de pomas blancas del tamaño de una nuez, mostrando las estratificaciones sucesivas, que esas capas se encuentran a las veces separadas unas de otras y únicamente aplastadas por la compresión, mientras que otras se hallan reunidas por una pasta amarilla, que forma una masa compacta.

Se debe al doctor Sapper un estudio científico sobre la vejetación de Guatemala, y manera de su formación, atendiendo a la variedad geográfica de plantas características, que teniendo un modo parecido de vivir y desarrollando análogamente, sus órganos biológicos, constituyen verdaderas sociedades, de interesante flora, que pueden dividirse así: I.—**Bosques húmedos de las tierras calientes y templadas,** caracterizados por bejucos y especies epifíticas, como los helechos, aroideas, orquídeas, etc., que cubren la mayor parte de la zona septentrional y la falda meridional de la cordillera del Sur.

II.—**Sabanas mezcladas con bosques húmedos,** formados por yerbas altas y algunas veces por arbustos que ocupan las planicies situadas al pie de las cordilleras, cubriendo una considerable extensión de la costa que baña el Pacífico.

III.—**Bosques húmedos de tierra fría,** formados por coníferas, alisos y robledales, en los que abundan los musgos y se cobijan algunas vaccineas, hasta una altura de 3,800 metros.

IV.—**Sabanas de tierra fría,** caracterizada por la ausencia de árboles, cual sucede en los volcanes de Tacaná, Tajumulco y en los Cuchumatanes.

V.—**Robledales y Pinares.** Forman las variedades de estas clases de vejetación una zona en que se marca notablemente la estación de seca, circunscrita a las tierras templadas y frías, y bajando rara vez a la tierra caliente.

VI.—**Sabanas y chaparrales,** situados en clima seco, y en donde abundan grandes cácteas, la sequedad es extrema. Forman este grupo las planicies del Motagua, Salamá y algunas sabanas de menor extensión del Departamento del Petén. El doctor Sapper incluye en ellos los pajales situados en la depresión de Cahabón, en la Alta Verapaz.

El territorio de El Salvador es volcánico y montañoso, fértil y con buenas minas de hierro. El de Honduras es extenso, rico en metales y prados, de formación primitiva, en mucha parte, con selvas vírgenes y exuberante vegetación. Nicaragua tiene los grandes lagos, y parece que la cadena de los Andes deprimióse en ese punto, como para dar paso al canal que debe unir

ambos mares. En esos lagos se puede lavar perfectamente la escuadra de los Estados Unidos, por muchísimo que con el tiempo crezca. No hay otra punto en el cual se pudiera hacer esta operación tan necesaria para esa escuadra. El mapa de Costa-Rica muestra en el centro y en el Sudoeste del país quebradas profundas y montes altísimos, mientras que el resto es de valles fértiles, hoyas propicias a la siembra del café, costas en fin, apropiadas al cultivo del bananero.

Ni en los lagos y montañas de Suiza podrá el artista admirar la pureza de contornos, la serenidad del paisaje, lo poético del horizonte, del lago de Atitlán, que con el volcán de ese nombre, y los pueblos de chozas indias, que se divisan en las márgenes de las azuladas aguas, forman un cuadro indescriptible, arrobador, único en su género.

En toda la América Central hay panoramas sublimes, deliciosos y encantadores. Los volcanes que arrojan lava, como pirámides colosales de este suelo plutónico; las montañas empinadas, agrestes, de flancos casi perpendiculares, de simas obscuras, apenas perceptibles por la cinta argentada del manso río, que en el fondo serpentea; las mesetas extensas, circuidas por cerros remotos, cuyas caprichosas crestas circunscriben el cielo arrebolado, cual encaje musulmán o recorte arabesco, en raso reluciente de turquí. Las llanuras de la costa no tiene lo silencioso de la pampa, ni lo estéril del páramo; por el contrario, exhiben árboles soberbios de copas altísimas, aves canoras de plumas abigarradas, palmas que susurran al compás de las ondas del mar, como para contener el ímpetu altanero de las olas, que se pierden entre las conchas pintadas de las cálidas orillas. Los bosques edénicos, en donde la malla de bejucos, troncos, arbustos, brotes y colosales hojas, apenas dejan paso al ciervo, a la puma, al jabalí y a atantos otros cuadrúpedos, que en esas soledades viven; las ceibas, los cocoteros, el cedro, el volador y los incontables árboles, que sirven de nido a los guacamayos y a los pavos, forman un conjunto que sólo en los trópicos puede admirarse. El misterioso quetzal, ave sagrada, que lleva por cauda alfanjes de esmeralda, es peculiar de nuestro suelo.

Los musgos que tapisan la región fría de los Altos, y visten, junto con los líquenes, los troncos de los árboles, los arbustos y piedras; los helechos y licopodios, que, como delicados y finos encajes, son el ornamento artístico de la flora; las gramíneas, con que se nutre la mayor parte de los animales, hasta algunos insectos; las primorosas bromeliáceas y las orquídeas, que viven al abrigo, del sol bajo la tamisada luz crepuscular de las selvas, y son el mejor ornato de los bosques; las palmeras, las piperáceas, aristoloquias, rubiáceas y solanáceas, cuyas virtudes curativas estarán siempre sobre toda ponderación; la riquísima familia de las leguminosas, que encierran gran variedad de maderas y productos para la industria; las apocíneas, de jugos generalmente tóxicos; las gecianáceas, lábidas y verbenas, de preciosos resultados en la

medicina doméstica; las aromáticas miriácias; las abundantísimas y variadas melastomáceas; las inflexibles cactáceas; las rosáceas; las urticeas y terebintáceas, de que están llenos nuestros bosques, y suminitran cauchos, recinas e incienso; y entre la multitud de bejucos y cables vivientes, sobresalen por su número y belleza, las pacifloráceas, que existen en todas las temperaturas; las sapotáceas, cuyos frutos son tan delicados y cuya recina produce la gutapercha.

Las tierras que forman las vertientes de las montañas y lugares altos son de temperatura agradable, y se goza en ellas de perpetua primavera, mientras que en la **boca-costa,** o sea la zona intermedia entre la parte baja, limítrofe al mar, y las cumbres de las cerranías y altos valles, se ven grandes plantaciones de café, caña de azúcar cereales y sabrosas frutas. Los campos y los huertos se embalsaman con el perfume de silvestres flores, mientras que los ganados se apacientan en lozanos pastos de verdura. El terreno de la América Central manifiesta dos divisiones orgánicas, que tienen calidades agrícolas dependientes de sus constituciones geognósticas. El descenso de la cordillera, en el mar del Sur, y las mesetas superiores, comprendidas en el desarrollo de la cadena central, constituyen tierras volcánicas. El declive opuesto, y todos esos grandes llanos que, de lo alto de la cadena central, se prolongan en dirección del océano Atlántico, forman un terreno compuesto de detritus, de rocas superiores y de tierras sobrepuestas en estas rocas; son efecto de transporte o aluvión, o muchos de carácter primitivo. Estas dos especies de terrenos ofrecen una fertilidad extrema, y aunque de naturaleza diferente, presentan grande analogía en las producciones vegetales; porque esta diferencia de clases existe sólo en la base de formación, mientras que la superficie es en todas la misma. Las mesetas de base volcánica fueron más antiguamente cultivadas; en esa parte se aglomeró la población blanca, no sólo en la América Central, sino también en la América Meridional. Como el descenso hacia el mar Pacífico fué el primeramente ocupado, la cultura dirigida por manos de los europeos, es allí más inteligente, más variada; y aunque hace tres siglos que no se deja de explotar esa tierra, con un trabajo siempre renovado, está todavía virgen, puesto que no es necesario recurrir a medios artificiales para activar la producción.

En el descenso atlántico la fertilidad aún es más notable, porque el humus tiene gran espesura, tanto en los bosques como en las sabanas desiertas. En los bosques hay una acumulación continua de vegetales en estado de descomposición; los mismos árboles caen de vejez, aumentando la masa del terreno. La potencia de esta tierra vejetal parece haber producido un efecto extraordinario en el modo con que crecen los árboles; muy pocos se encuentran cuyas raíces estén introducidas en el terreno, sino que la facilidad que éstos tienen para hallar su jugo vital en la superficie del suelo, los dispone a dirigirse horizontalmente en todos sentidos; los árboles más grandes están apoyados más

bien en la superficie del terreno, que plantados en su profundidad. Esta disposición contribuye a hacer difícil el tránsito en el interior de los bosques, pues una multitud de raíces de toda especies de árboles que se enlazan unas con otras, oponen un obstáculo continuo.

Por lo demás, sin entrar en un examen de la disposición particular del suelo, su extrema fertilidad se manifiesta a la vista de manera evidente, por el prodigioso desarrollo de una vejetación muy variada. La grandeza de los árboles, la belleza del follaje, el número infinito de especies; forman uno de esos espectáculos que admiran a los europeos que pisan por primera vez la tierra espléndida de los países Centro-Americanos. Jamás olvidaremos la impresión que en nuestro ánimo dejaron los bosques del Norte, la vez primera que nos encontramos en aquellos lugares primitivos. El cielo guedejado de mechones de oro, parecía una real capa leonada, en que se iba envolviendo el sol. El ámbar brillante ponía sus toques vespertinos en las crestas de los montes obscuros, con sombras de laca y vermellón. Las anchas hojas de los bananos se movían perezosas, como si quisieran descansar del abaniqueo diario, mientras que los postreros destellos de la luz moribunda, temblaban cual abejas zumbadoras en el parasol agreste de los cocoteros y de las palmas del bosque virgen. Era el dombo del cielo un horno ardiendo, en que se disolvían desde el azul pálido hasta el múrice subido, que despide el astro rey en los trópicos, cuando pasa a iluminar a nuestros antípodas del Celeste Imperio. El bosque virgen comenzaba a obscurecerse, entre los rumores de las hojas, el zumbido de los insectos y las pisadas cautelosas del jaguar y de los jabalíes. Las tranquilas ondas del Motagua hacían repercutir ese eco melancólico que va produciendo el manso río, antes de encauzarse entre profundas barrancas. El ferrocarril dejó oír repentinamente el silbido sugestivo de la locomotora, y depués apareció en el firmamento la luna majestuosa, como hostia pura que se elevaba de aquellas sombras arcaicas a la mansión de los cielos.

Ahí, por aquellas montañas, traginaba en remota época el indio quiché, dejando sus ciudades, geroglíficos y ruinas, hoy revestidas de triste jaramago. Por esas soledades huyeron espavoridos los tzutuhiles, al oír el trueno del cañón, el relampagueo del látigo del encomendero, y la voz de exterminio del hombre pálido venido del otro mundo. El suspiro del esclavo, en alas del alicio, aún vaga por tan melancólicos contornos, entre el estridente graznido de la lechuzay el áspero rechinar del aleteo del murciélago. Los pinos son harpas que pulsa el viento entre el follaje. El brabío quetzal luce sus plumas áureas y el sol esplendoroso le regala su átomos de luz. Varias selvas milenarias se han sucedido en campo fertilísimo. El hombre dejó aquella zona, el río rumoroso no ha cesado de correr, y el tiempo mudo prosigue su obra, como esperando que grandes ciudades reaparescan por aquellas costas silenciosas. Es el grandioso epílogo de las luchas **per secula**.

El golfo mexicano, la perla de las Antillas, las risueñas márgenes de la

Florida, las ondas mismas del mar, que van rodando a morir en sus costas; en fin, el destino, manifiesto, harán que los bosques del Norte sean emporio de riqueza y de codiciados terrenos para la humanidad, que vive estrecha en otras latitudes, sin alimento y sin aire. Los que han llegado tarde al banquete de la existencia, encontrarán ahí abierta la mano de Dios, derramando elementos para la lucha por la vida.

Dejemos aparte fantaseos y aspiraciones patrióticas, para continuar la descripción del istmo de Centro-América. La costa se extiende generalmente de nordeste a sudoeste, y van los terrenos elevándose gradualmente hacia el interior, por una extensión varia, como de veinte a treinta millas, planas por lo regular, hasta que los estribos de las montañas, que de un lado al otro del país se levantan, hacen que el suelo se torne en quebrado y lleno de barrancos. El muro gigantesco de volcanes, que paralelo a la línea de las aguas del mar s dilata, a partir de la frontera mexicana, comprende los conos de Tacaná, Tajumulco, Lacandón, Siete Orejas, Santa María, Cerro Quemado, Zunil, Santo Tomás, San Pedro, Atitlán, San Lucas, Acatenango, Fuego, Agua, Pacaya, Tecuamburro, Concepción y Moyuta. Detrás de esta línea, hay una altiplanicie, limitada al otro lado por la divisoria continental, y cortada a las veces por los estribos que unen los volcanes con la divisoria continental, y por los profundos valles, que en las faldas de los montes aparecen.

La divisoria continental empieza en el volcán de Tacaná, y tomando en forma de semi-círculo hacia el Este y el Norte, se vuelve a levantar en el volcán de Tajumulco. Al Este de la ciudad de Guatemala, la divisoria tuerce con rumbo hacia el Nordeste, buscando las montañas de Honduras. El Salvador tiene, en los límites del Pacífico, una costa que forma curva convexa hacia el Sur, comenzando por llanuras de unas diez millas de ancho, desde el río Paz hasta más allá de Acajutla, luego la quebrada e irregular costa del Bálsamo, a seguida las llanuras del río Lempa, hasta de veinte millas de ancho y cincuenta de largo, y por último la montuosa costa cerca de la base de las colinas de Jucuarán y Conchuagua. Más adentro de los llanos y promontorios de las orillas del mar, paralela a ésta y no muy al interior, se encuentra la cordillera de la costa, que corre a lo largo de toda la república; cordillera compuesta de muchos volcanes, que en sus bases dan curso a ríos caudalosos, como formando ángulos rectos. Lamatepec, o sea el **Cerro Padre,** como le llaman los indios, es el más elevado de aquellos picos.

Por referirse a los volcanes de Nicaragua, vamos a publicar un manuscrito inédito, en el que don Justo Herrera describe la memorable erupción del volcán de Cosigüina, consignando el autor sus impresiones, en los mismos momentos en que acaecían tan terribles sucesos.—"Era el 20 de Enero de 1835, dice aquel testigo presencial, cuando a la seis de la mañana, se vió levantarse sobre el mar una luminosa columna de admirable forma, colores y reflejos Ignorando su origen, subimos a la torre de la parroquia, desde donde se nota-

ba claramente que servía de base el volcán de Cosigüina a aquellas llamaradas. Del lado del Oriente, dilatándose sobre Nacaome y Guascorán, venía formándose anchísima manga, de densidad asombrosa, compuesta de muchas espirales que, la regularidad de sus figuras, la variedad de sus matices, los perfiles y remates caprichosos, que asomaban por sus extremidades iluminándose todo repentinamente por súbitos meteoros, producían un espectáculo sorprendente, de insólita y pavorosa sublimidad. De repente la columna que al cielo se elevaba, tornóse oblícua, y fué cubriendo todo el firmamento. A las nueve de la mañana no se vieron ya los rayos del sol; y en seguida, los retumbos y los truenos, anunciaron el cercano cataclismo. Serían las once, cuando comenzó a caer arena y ceniza blanquísima, advirtiéndose que cada vez tornábanse más lúgubres las sombras, al punto de que a las tres de la tarde, se redujo la luz a la muy tenue que produce la aurora. Aumentó la lluvia de más negro polvo, temblando a las veces la tierra, sentíase frío y viento; vinieron por completo las sombras de la noche, entre las cuales dejábanse ver los destellos y chispazos de una rojiza claridad, a las veces velada por grandes nubarrones. A las tres de la mañana del día 21, hubo un temblor de tierra bastante fuerte, y no pudo percibirse la luz del sol hasta las once, en que el cielo gris hacía que el disco del astro rey no ofendiese la vista, sino que cual moribumdo bólido, hiciera el postrer esfuerzo para despedirse de la tierra. Aumentaba poco a poco la obscuridad, hasta que en pleno día, hubo que valerse de luces artificiales. Al entrar la noche, después de una lluvia fuerte, remojada por finísimo polvo, que duró, más de una hora, sopló el viento y hubo de crecer la nube de ceniza, que no dejaba el más leve resquicio sin invadirlo. Amaneció el jueves 22, con medrosa claridad de una mañana opaca, que perdió sus amarillentos colores a las 9 a. m., cuando el huracán, los remolinos de arena, los truenos, los rayos, los retumbos y el temblar del suelo, pusieron pavor en los más esforzados corazones. Rezóse una misa de rogación, y en seguida, se reunió la Municipalidad con el Jefe Político y algunos vecinos, a fin de proveer medios para proporcionar subsistencias al vecindario, que por cierto, eran harto escasas. Entre las once y las doce, que salimos del Cabildo, disminuyó la obscuridad, quedando una plomiza lumbre que duró hasta obscurecerse enteramente. Durante la noche calmó la tormenta, experimentándose alguna calma, como si los airados elementos quisieran tomar fuerzas para sublevarse contra las leyes ordinarias de la naturaleza. El viernes ¡ah! como a la una de la tarde, sintióse el terremoto; se reunió el vecindario en la plaza mayor, en donde, desde esos instantes hasta la fecha, se están haciendo perennnes y públicas plegarias. Esto ha sido la más análoga escena al día del Juicio Final. A uno de los portales llevaron las imágenes del templo. Apenas se había colocado la de la Virgen Santísima, cuando se oyó un retumbo sordo, siniestro, amenazador, que duró como seis horas. Llovió copiosa arena, en tanta cantidad e impelida por viento tan fuerte, que hería el rostro y azotaba el cuerpo. Se inundaron

los campos, cubriéronse las pasturas, perdiéronse los caminos, aterráronse las casas, hundiéronse los techos, a consecuencia de aquel diluvio de ceniza volcánica. El trueno, el relámpago, las electricidades constantemente en choque, el suelo trémulo, obscuro el sol, en tinieblas horribles el cielo, siniestras las llamas y claridades de aquel averno rabioso, acongojada la tierra, con estampidos atronadores, y convulsiones epilépticas, se perdía la esperanza y ya no era dable ni exclamar ¡Santo Dios! ¡Santo Fuerte! ¡Santo Inmortal! Los animales, por instinto, bajaban de los montes a refugiarse con los hombres. Los tigres, las serpientes, los jabalíes, habían perdido su fiereza; los ciervos, los coyotes, las aves monteses, buscaban auxilio, agua y alimento. Con pavor religioso los humanos, no hay voto que no hayan dejado de hacer, arrasados los ojos de lágrimas y palpitando el corazón de angustia. Vanas eran las fuerzas físicas y morales para resistir al cataclismo, que duró más de dieciocho horas, y que nunca olvidaremos.

El sábado 24, se vió de nuevo la luz; cesaron los truenos, los retumbos, los terremotos, la arena, el polvo y el viento. El domingo 26, apareció tibio el sol, para alumbrar tanta ruina, después del pavoroso caos. El lunes siguiente, despidieron las nubes copiosa lluvia, y el martes, ya no hubo ningún fenómeno que mencionar. Pero no se ha contemplado la luz del día en todo su esplendor, hasta la presente fecha.—"**Justo Herrera**".—En Choluteca, a 28 de Enero de 1835".

La arena y ceniza de la erupción del Cosigüina llegó hasta Ciudad Real de Chiapas, Jamaica, Colombia y otras lejanas tierras, y cubrió una superficie de cincuenta leguas a la redonda. El 28 de marzo de 1808, había hecho otra explosión, más no tan terrible como la que se acaba de describir. En ésta arrojó 1,750 billones de metros cúbicos. El mar quedó cubierto de una capa de cenizas y de escorias. La verdura de los campos tornóse plomiza y las fieras salían de sus guaridas para buscar amparo en las ciudades. Huyó el sol ante la furia del volcán que hoy guarda sereno la tumba de Jerez, apóstol de la Patria Centro-Americana, en Nicaragua.

El volcán de Masaya, que le llaman **Santiago,** se encuentra también en esa república, y semeja un coloso que se sumerje, visto a la distancia, entre las azuladas aguas de una bellísima laguna. Parecía adormitado, desde principios del siglo XVIII, en que hizo fuerte erupción, dejando una corriente de lava, análoga a la que seiscientos años antes había producido. Sobre ella, lo mismo que en sus faldas, crecía frondosa vejetación. Nadie hubo de presumir que al despertar el gigante, extremeciese la tierra, como ha sucedido, arruinando la preciosa ciudad de Masaya.

Aquel volcán llamó mucho la atención de los conquistadores, porque contenía metales en ebullición. La cumbre está toda abierta, en un perfecto círculo, cuya circunferencia ha sido medida, en 3,750 pies; todo el borde, al rededor, está como cortado perpendicularmente, a la espantosa profundidad de

1,200 pies, formando abajo una plaza llana como si hubiera sido hecha por arte humano. Casi en el centro de esta área hay un pozo también redondo; su diámetro es de 210 pies, y su profundidad hasta la superficie, de lo que contiene está calculado en 180 pies. La figura de la plaza y pozo es exactamente como un sombrero grande, con la copa hacia abajo. En el fondo de este pozo estaba el metal derretido, siempre hirviendo y moviéndose con mucha intensidad. Cada cinco minutos se levantaba una ola como una torre, y luego se deshacía, causando un inmenso ruido, semejante a las olas de un mar enfurecido, salpicando las chispas de aquel metal contra las paredes, cuatro o seis varas en alto, y apagándose en cuanto se adhería a ellas. Esto se veía desde el borde, tan claramente como si uno estuviese inmediato, porque hallándose la pared casi cortada a plomo, se puede con facilidad ver el fondo, con sólo acercarse a la apertura del cráter.

No hay ejemplo, decían los cronistas, según los indios naturales de ahí, de que haya hecho jamás mudanza, salvo que aquel metal se inflama cuando llueve, como la fragua encendida del herrero, cuando le echan agua, subiendo algunas veces hasta el borde, y volviendo a bajar luego.

"Yo vi esta boca del infierno, exclamaba fray Toribio, en agosto de 1544, al tiempo que había subido aquel metal hasta la línea del pozo, y aún había vertido un poquito encima, y luego tornó bajando, y entonces era muy de ver aquel espantosísimo fuego. Yo le vi de día y de noche; pero de noche tenía más que ver, porque estaba tan claro como de día. Dormí una noche junto a la boca, y siempre que despertaba, me paraba a mirarlo, pareciéndome cada vez cosa más nueva y más espantosa".

"Lo que de todo esto resulta más admirable es que no habiendo en aquel volcán llama ninguna, sino dicho metal, o lo que sea, en estado de fusión y de color de hierro encendido, y tan hondo; el resplandor que de él sale se sube a las nubes, por línea recta, luce hasta treinta leguas, mar adentro, como si fuera una llama ardiendo. Para gozar bien de su vista y apreciar su claridad, conviene subir y dormir una noche junto a la boca, como lo hice yo, en un pueblo de indios, llamado **Nindirí,** porque la claridad del sol ofusca la del volcán. Está este volcán cinco leguas distante de la mar del Sur, y vese su claridad veinticinco leguas mar adentro".

Este volcán es célebre en las crónicas Centro-Americanas, porque los españoles creyeron que lo que adentro contenía, semejando metal fundido, era oro puro. ¡Qué estanque tan rico hubiera sido! Para sacar el codiciado líquido, echaron una gran caldera, que se derritió en el acto.

En las Memorias sobre **la América Meridional,** de don José Eusebio Llano Zapata, se decía, en el año 1761: "—Con todo, hay más que probables fundamentos de que sea oro la materia que continuamente se liquida en aquella fragua; y para ahorrarnos de razones físicas, pondré a la letra el hecho siguiente, que lo acredita y afirma así Pinelo, en una nota marginal de su Historia:

"Lo que se halla en los libros reales del Supremo Consejo de las Indias, es que en el año 1551, se estipuló con el bachiller Juan Álvarez, clérigo, el descubrir los secretos de este volcán, y saber si en él había algún metal. Después se estipuló lo mismo con Juan Sánchez Portero, vecino de Huehuetenango, a 28 de septiembre de 1557. Éste fué y entró por la boca del volcán un cebadero de una pieza de artillería, pendiente de una gruesa cadena de fierro; pero en tocando la materia que abajo ardía, todo se derritió, y en el remate que quedó asido a la cadena, que fué poco, salieron pegados algunas granos de oro. Se hizo nueva capitulación con el licenciado Ortiz, Alcalde Mayor de Nicaragua, a 14 de agosto de 1560, de que no se sabe el efecto. El año de 1586, un Benito de Morales inventó ciertos instrumentos, y con ellos volvió a las Indias Juan Sánchez Portero, y aunque prosiguió en su intento, no lo consiguió, porque el fuego desbarata cuanto toca en su actividad".

En los primeros tiempos de la conquista, el famoso Fernández de Oviedo subió (1529) al cráter del Masaya, cuyas descripciones ya antes se habían remitido a Carlos V, y las hemos leído en el Archivo de Indias, en el que se encuentran también diseños del Río San Juan de Nicaragua, del Desagüe del Gran Lago y de terrenos adyacentes a Granada.

A pié juntillas creía ese cronista en la leyenda que le refirió el cacique de Landeri, de estar viviendo dentro del volcán una bruja horrible, **parecida al diablo,** que por las noches salía a celebrar sus **monéxicos** con los indios nobles, que deseaban saber el porvenir, quienes le sacrificaban niños y jóvenes, arrojándolos dentro de aquel antro horroroso. Después de la llegada de los castellanos rara vez salía la síbila a conferenciar con los caciques.

El 16 de marzo de 1772 hizo el volcán una tremenda erupción. De Managua a Masaya nótase un extenso surco de lava, que llaman "la piedra quemada". Quedó casi extinguido el coloso diabólico, el **Monte que arde,** como le llamaban los chorotegas a toda la comarca, que tal quiere decir **Masaya,** en esa lengua arcaica. En el idioma vulgar decíanle **Popogatepeque,** sierra que hierve.

"Uno de los caracteres orográficos de la República de Guatemala, es el de hallarse atravesada por altas serranías, montañas y volcanes, que al propio tiempo de dar a sus campos un aspecto majestuoso y agradable, contribuye mucho a su fertilidad y lozanía. ¿Quién al contemplar nuestros volcanes, o al gozar en una de esas bellas mañanas de primavera de la salida del sol, o bien del crepúsculo vespertino en que nuestras montañas son bañadas por la incomparable hermosura de los rayos del astro-rey, no bendice al Omnipotente por sus obras? Por eso dice, con tanta elegancia, el notable escritor Bolet Peraza que "un país sin montañas es una tierra incompleta: que los montes son los monumentos de la Naturaleza; la pujante escultura del Creador". Y continúa así, "El sol no baja a los valles a dar su beso matinal a los lirios, hasta que no ha tendido su áureo manto sobre las cumbres y calentado con ardiente cariño los delicados arbustos, y las hierbas humildes que allá abrazadas de las

nubes han pasado una noche inclemente. Los humeantes vapores de la tierra, el cotidiano bostezo de los ríos y lagunas se van por la tardecita a posarse en las altas cimas, en viaje para el cielo. De allí desciende la blanca brisa libando el aroma de las flores que le brindan sus dormidos cálices; y por la noche se sube la luna sobre los lomos de la tierra a darse ínfulas de sol y a avergonzar desde allí a las pretenciosas lucesitas de las ciudades que la economía municipal apaga luego, para evitarlas el desaire. Son las montañas como engarces rotos de la tierra con el cielo. Son como los robustos brazos del planeta, que se elevan a saludar a los otros orbes. Son murallas fabricadas por Dios para proteger a los pueblos débiles. El extranjero codicioso las detesta: los tiranos quisieran suprimirlas. Son el refugio de la libertad.

Un país sin montañas parece un desierto prolongado, aunque contenga poblaciones numerosas y activas. La monotonía de las planicies hastía la contemplación y gasta la pupila. El Océano mismo, cuando quiere parecer terriblemente hermoso levanta sus montañas. La tempestad lo transforma en sublime. Las teogonías todas han colocado sus divinidades sobre lo alto. La poesía tiene su templo en empinado y sacro monte, y sube la imaginación de los poetas a buscar su cima, siguiendo el vuelo de las águilas".

¡Oh! y con cuánta propiedad podemos los guatemaltecos decir a nuestros volcanes lo que el mismo ilustre escritor dice a "El Ávila" Monte de Venezuela, su patria!

"Vosotros vísteis a vuestros piés una raza inocente vegetar por siglos en ventura y libertad salvajes.

"Vosotros vísteis al conquistador valeroso y fiero degollar sus tribus y enclavar su pendón en el valle virgen.

"Vosotros oísteis el gemir del colono y repetísteis el eco jubiloso del heroísmo independiente; presenciásteis el extrago de las batallas, el extrago de los cataclismos: y en vuestros senos resonaron las dianas de la libertad de nuestra patria!".....

Las montañas de Guatemala pertenecen, según se ha dicho, unas al sistema conocido con el nombre de **Cordillera de los Andes,** que se extiende por toda la América desde el círculo polar ártico hasta la extremidad sur del Continente, y otras, al sistema **arcaico.**

Las montañas de Guatemala alcanzan su mayor elevación en los Altos. La altura media de la cordillera es de 7,000 piés.

La cadena principal atraviesa a Guatemala de N. O. a S. E. a una distancia que varía de 12 a 20 leguas del Océano Pacífico, descendiendo muy rápidamente hacia la costa sur, donde sólo envía ramales de pequeña extensión, que regularmente terminan por un volcán. Hacia el N. O. froma vastas y frías mesetas, que constituyendo los Altos de Guatemala, llegan a su mayor altura en la Sierra Madre o Cuchumatanes, del departamento de Huehuetenango. En estas tierras frías la temperaturá rigurosa no permite la rica vegetación de

las costas; pero se dan los frutos propios de la zona templada. En el S. E. disminuye notablemente la altura de la cordillera y la extensión de sus mesetas, por lo que las partes montañosas de los departamentos de Guatemala, Jalapa y Jutiapa pertenecen a las tierras templadas. La transición entre ambas zonas está formada por los departamentos de Sololá, Chimltenango y Sacatepequez.

De la cordillera principal se desprenden varios ramales hacia el E. formando extensos valles, por donde corren los ríos más caudalosos de Guatemala. Las principales son: la Sierra de las Minas, la de Santa Cruz, la de Chamá y la del Merendón.

—**La Sierra de las Minas** es el ramal más importante: atraviesa los departamentos de la Baja Verapaz, Zacapa e Izabal, recibe en este último el nombre de **Sierra** o **Montaña del Mico** y termina cerca del golfo de Amatique. La Sierra de las Minas está limitada al Norte por el valle del río Polochic, y el lago de Izabal y al Sur por el río Motagua. En su parte occidental encierra los cálidos y muy áridos llanos de Salamá y Rabinal, culminando al Sur de Salamá en la cumbre de Chuacuz. La **Sierra de las Minas,** formada principalmente por rocas plutónicas metamorfósicas, contiene en su parte O. varias minas de alguna importancia, de donde recibió su nombre.

—**La Sierra de Santa Cruz** se eleva al N. de la de las Minas, de la cual está separada por el valle del río Polochic. Formando varias mesetas, ocupa el espacio comprendido entre este río y su afluente principal el río Cahabón, y se extiende más allá de este último río hasta el golfo de Amatique. En esta parte está limitado al S. por el lago de Izabal y el río Dulce y al N. por el río Sarstún.

—**Le Sierra de Chamá** se encuentra entre los ríos Cahabón y Sarstún al S. y el de la Pasión al N. terminando en los Montes Cockscomb, del territorio de Belice. Esta Sierra, lo mismo que la de Santa Cruz, son montañas de cal, caracterizadas por numerosas cuevas, por donde corren muchos ríos subterráneos.

—**La Sierra o Montaña del Merendón** forma en su mayor extensión el límite entre Guatemala y Honduras. Se separa de la cordillera en el departamento de Chiquimula y recibe nombres diferentes: Montaña de Copán, en la parte S. O., Montaña del Espíritu Santo, en la parte media y Montaña de Grita o Gallinero, en el extremo N. Ya en la costa misma se denomina Montaña de Omoa, donde se eleva a la imponente altura de 7 u 8,000 piés. La Montaña del Merendón separa el valle del río Motagua en Guatemala, del valle del río Chamelecón en Honduras, y es notable por sus lavaderos de oro en uno de sus valles transversales en el departamento de Izabal".

En Guatemala hay cinco volcanes grandísimos, el de Atitlán, el de Pacaya, el de Agua, el de Fuego y el de Acatenango. ¡Qué panorama tan soberbio! No se encuentra en el mundo perspectiva más linda, más extensa, más serena,

que la que se percibe desde el Cerro del Carmen, en una de esas tardes estivales, cuando al caer del sol, entre celajes de púrpura, dora aún la cresta de los montes, y se delínean, con purísimos cortes, las inmensas pirámides, que sirven de dosel al astro rey, que tristemente deja aquel cielo de opalinos matices, en cuyas leonadas nubes desaparecen, por último, las sombras dantescas de los étnicos colosos. Ni la soberbia ensenada de Nápoles, con las erupciones del Vesubio, ni los recortes caprichosos de las montañas suizas, ni las nevadas crestas de los Alpes, nada puede compararse a la impresión estética de grandeza que recibe el alma, ante la perspectiva espléndida que nuestro valle, nuestra cordillera y nuestros volcanes, forman en armonioso conjunto, en ese cuadro de luz y sombras vespertinas, cuando el día muere y los titanes olímpicos se envuelven en el manto de la noche, y parece que otéan a los océanos y sirven de atalayas a nuestras costas.

Tétrico, arenoso, sin follaje, se yergue a cuatro mil metros de altura, **el volcán de Fuego,** que así se llamó porque siempre estaba en actividad. En 1526, 1581, 1717 y 1773 hizo tremendas erupciones. En 1857 y 1858, vimos salir de aquel cráter llamaradas inmensas, de unos seiscientos metros de elevación, y un río de lava ardiendo, que descendía sobre los costados del soberbio monte. Una arena sutil, plomiza, llegó hasta esta ciudad, formando capa de unas dos pulgadas de espesor, en ochenta leguas de circuito. Las fumarolas y los azufrales abundan en los flancos de aquel sombrío coloso.

El volcán de Pacaya se alza a 2,620 metros, y no tiene figura cónica, sino como una sierra, destrozado por sí mismo. En 1565 reventó con gran estrépito. El 18 de febrero de 1651, hizo tremenda erupción, acompañada de ruidos subterráneos y fuertes terremotos; erupción que vino repitiéndose en 1664, 1668 (agosto), 1671 (julio) y 1677. Después de un reposo largo, sobrevino otra terrible erupción, el 11 de julio de 1775, y arrojó tanto combustible ardiendo, que aquí, en la ciudad de Guatemala, podía leerse una carta, a las diez de la noche, al resplandor de las llamas de aquella colosal hoguera. Causó los temblores de tierra del año 1830, que tanto asustaron a las gentes, sobre todo, a los pobladores de Amatitlán, que se encuentra en su falda. Ese volcán y el de Agua, cuando se levantaron del suelo, impidieron el curso de los ríos, como el de Villalobos, que antes iba directamente al Pacífico, por un valle transversal a la cadena principal, formando así el **lago de Amatitlán,** que en un principio debió ser muchísimo más grande, a juzgar por las trazas que dejó, hasta cerca de Palín, y por la naturaleza de aquellos terrenos. Después, poco a poco, rompieron las aguas la barrera que aquellos dos gigantes les presentaron, y venciendo los contrafuertes, del **Pacaya,** se precipitó el río Michatoya, por estrecha garganta, que con el transcurso de los siglos, se abre más y más, hasta que desaparezca el bellísimo lago. Ni sería remoto que el pintoresco pueblo de Amatitlán se hudiera de repente, por estar asentado en terreno del todo hueco (Dolffus y Montserrat). Las rocas que constituyen esas monta-

ñas son de pórfido traquítico cubierto por depósito de lápilos y de negruscas arenas.

Este interesante volcán, que ofrece al estudio un conjunto de todos los terrenos ígneos, ha sido descrito por un jesuita sabio, con datos que recogió en 1856. Tales noticias y las de otros viajeros, nos ponen en el caso de dar a los lectores una descripción bastante extensa. Para proceder con mayor claridad, debemos distinguir lo que incuestionablemente es volcán de lo que deberá o no llamarse tal, según sea la teoría que al fin triunfe sobre el origen de los montes, que no han sido producidos por erupciones lávicas.

Esta segunda parte comprende las montañas más antiguas, compuestas en general de pórfido o de traquitos o de una y otra cosa, cuyo origen debe explicarse de muy diverso modo. Algunos las han creído resultado de inmensas erupciones, de una actividad mucho mayor que la de los más formidables volcanes que existen al presente, y distinguen en ellas dos épocas bien diversas, una más antigua, que había sacado a luz los pórfidos de diversas especies, otra menos remota, a la cual se deberían los traquitos. Conforme a esta teoría, el Pacaya había tenido tres dilatados períodos de actividad, de los cuales los dos primeros habían producido la masa principal de los montes que rodean el lago. Otros, y son los más, creen que los montes de esta naturaleza se formaron por levantamiento, es decir, que al impulso de una fuerza interior, grandes partes de la costra sólida que cubre a nuestro globo se levantaron en masa, formando cadenas enteras de montañas. Sería demasiado largo exponer los principales fundamentos de estas y otras opiniones; sólo diremos que en todas ellas es preciso admitir de alguna manera la intervención del fuego que ha dejado a veces profundas huellas en las rocas de pórfido y traquito.

Una vez que nadie niega la acción de la fuerza volcánica, describiremos primero lo que debe su propia masa a las mismas erupciones y consideraremos después algunas otras manifestaciones de la acción interior, que se ha abierto pasos a través de las rocas preexistentes. La primera parte, abraza principalmente el medio cono, de cosa de cinco millas geográficas de diámetro, que se eleva desde las llanuras de la costa, apoyándose por el Norte sobre la que debería ser la pendiente meridional que cierra la laguna y el valle de Amatitlán, hasta desprenderse de ellos y rematar en ese pico azuloso que divisamos desde Guatemala. La punta, sin embargo, no termina con regularidad el cono; existe otro más pequeño, denominado **el volcancito,** pegado a la cima más occidental de los cerros, y cuya pendiente, formada toda de productos volcánicos negros y rojos, viene a unirse con la occidental del pico mayor para continuar en una sola hasta la llanura.

Uno y otro, cono se elevan en medio de una inmensa taza circular, cuya orla meridional ha sido enteramente destruida y la setentrional que aún se conserva, forma esa línea recta al parecer, que desde el cono mayor vemos partir hacia el Occidente. Esta taza es indudablemente un cráter antiquísimo

de más de dos millas geográficas de diámetro, y cuya profundidad debió de ser muy considerable, pues en la parte del Oeste, en donde la han cubierto menos las faldas de los conos posteriores, una piedra gastaba 9 segundos en caer desde el borde, lo que supone una profundidad de más de 300 metros.

Así este cráter como el cuerpo del cono a que pertenece, están formados de capas negruzcas bastante delesnables, algunas de las cuales más duras aunque siempre porosas, son probablemente de anfígena. La considerable diferencia que se ve entre estos productos y los que deben atribuirse a los cráteres posteriores, demuestra la existencia de dos épocas de erupción completamente distintas, haciendo inadmisible para el presente caso la explicación que el insigne geólogo M. de Buch dá de los cinos o tazas circulares, a veces del todo cerradas que con frecuencia rodean los conos de erupción. De Buch ve en estos cinos, que dominan cráteres de levantamiento, el resultado de un primer esfuerzo de la naturaleza para establecer un volcán, esfuerzo que sólo ha logrado levantar las masas resistentes sin llegar a romperlas. A veces este esfuerzo no ha sido secundado, produciéndose esos valles circulares que en la geografía física han recibido especialmente el nombre de circos. A veces en medio de esta taza, se ha abierto un cráter de erupción y se ha formado un cono volcánico como en el pico de Tenerife; pero aún en este caso el cino conserva un cráter que le distingue de los cráteres de erupción. Como se ve, no puede explicarse de esta manera la existencia de la gran taza del Pacaya, en la que es preciso reconocer un verdadero volcán, ya se diga que el borde subsistente es el del antiguo cráter, ya se crea que perteneció a un cono más elevado y hueco, que se habrá hundido sobre sí mismo, a la manera del Cahuaizazo. Este volcán, que antiguamente competía en altura con el Chimborazo su vecino, se hundió de repente, en la noche del 29 de junio de 1669, causando su ruina la de las provincias inmediatas, en que las habitaciones se desplomaron al impulso de un violento terremoto.

Hacia el extremo S. E. del vasto cráter del Pacaya, en un sitio invadido por la vejetación hasta el punto de formar un bosque de pinos, se halla una boca conocida con el nombre del **hoyo:** sima irregular abierta entre lavas afigénicas, hasta una profundidad no medida en esta avertura, va chocando sucesivamente contra sus paredes, produciendo un ruido cada vez más remiso, sin que sea posible distinguir el momento en que llega al fondo.

Hemos indicado ya que dentro de este cráter jigantesco se elevan dos conos volcánicos, que le han llenado en parte. Estos aparecieron sin duda largos años después de la extinción de aquél, y pertenecen a un período de erupción que difiere evidentemente de los primeros en la naturaleza de sus productos, y quizás no menos en el grado de actividad. Aunque el estudio geológico no demuestra aún cual de los dos sea más antiguo, podemos conjeturar que lo es más el pequeño, pues la historia no habla de él, y la robusta vejetación que cubre sus bordes da testimonio irrecusable de tan dilatada tran-

quilidad. Ese cráter tiene unos cien metros de diámetro, sus paraderos verticales alcanzan a una notable profundidad, y en su fondo existe, según el testimonio de los montañeces, un abismo insondable.

El cono más alto, el que vemos desde Guatemala hacia el S. E. del anterior, está formado de una masa que parece ser como una sola pieza de purolana negra, porosa y sin cristales, cubierta de escorias y de arena, sin consistencia en algunos puntos, que por lo mismo sería de tránsito bien difícil y aún peligroso. El ascenso sin embargo, aunque difícil es seguro, a causa de la superficie inmóvil de la masa o masas principales que asoman de trecho en trecho, a más de que en muchos puntos la arena trasformada en parte por los agentes atmosféricos, se ha aglutinado y admitido alguna vejetación, cuyas raíces hacen el piso estable. Esta vejetación es aún muy débil, y exceptuando los pinos raquíticos, no se ven sino algunas gramineas y orquideas que rara vez alcanzan a cubrir un espacio continuo tan grande como el cuerpo de un hombre. El cráter que ofrece la forma de un cono invertido, tendrá unos 80 metros de diámetro y una profundidad de 25. Presenta en el exterior cinco profundas hendiduras y cuatro en el interior, por las cuales se escapa en abundancia vapor de agua ligeramente acompañado de ácido sulfúrico y algo más de ácido carbónico a una temperatura variable según el aire que se mezcla, sin llegar nunca a 82º.

En nuestra última ascensión, decía el P. Cornette, las nubes que por momentos nos envolvieron favorecían la condensación de los vapores, y así se les miraba desprenderse sin conducto aparente, de muchos puntos, en donde en otras circunstancias no hacen notar su presencia sino por el calor que comunican al suelo. Estos vapores activando la descomposición de las rocas en arcilla y elevando la temperatura, favorecen la vejetación que en la parte del Sur y el Este es sin comparación más abundante que en las paredes exteriores.

El estudio de ese cráter ha movido a algún viajero a creer que por numerosos años el Pacaya no fué sino una grandiosa fuente termal, invocando en apoyo de su opinión, los derrumbes acumulados hacia la parte nordeste, y los bordes derruidos de esta orla, lo que se explica fácilmente por la acción de las aguas que derramarían en aquella dirección. Según ésto, las últimas erupciones, no fueron sino un aumento excesivo de las aguas en ebullición, cuyos vapores formaban solos las columnas de humo de que habla la historia, mientras que las lavas arrojadas hacia la parte del Sur, no serían otra cosa que derrumbes en la orla meridional del cráter antiguo, orla que ha desaparecido y que pudo despeñarse perdiendo su equilibrio por la acción corrosiva de las aguas. Este modo de ver las cosas, nos agradaría mucho si la historia y la tradición reciente de la erupción de 1775 no nos hablasen sino de que hubo piedras caídas; pero no es posible negar que se vieron también llamas y piedras encendidas, que no se explican por sólo una fuente termal.

Por lo demás, las lavas que en distintos trechos cubren la pendiente del

Sur, más bien que salidas por el cráter reciente, parecen deberse ya a erupciones remotísimas que las depositaron en el lugar que ocupan, y a derrumbes sucesivos de la orla que no existe del antiguo cráter. En efecto, aunque en distinto estado, lo que muestra la sucesión, tienen todas la misma naturaleza primordial, la propia de la parte conservada de ese antigua cráter, y muy distinta de la que forma el nuevo.

De estos escombros diseminados por muchas leguas, unos están ya cubiertos de una capa vejetal bastante profunda y ondulante, vestida de gramineas y algunos grandes pinos; otros menos cargados de verdura, sólo a los pinos permiten echar raíces en sus entrañas; otros en fin, que parecen caídos más recientemente y forman un terreno negro, polvoriento y escabroso, en el que sólo algunos líquenes pueden tener vida. Estos despojos de diversas edades se han distribuido como los dedos de la mano al S. O. del volcán; y los últimos, negros y ásperos, yacen sobre los precedentes o en medio de ellos imitando una pata de águila. En los terrenos no cubiertos por esos derrumbes, se encuentra una arena purolánica fina y negra, formando diversas capas de variados tintes que atestiguan lluvias volcánicas de distintas épocas y que trasformadas en muchas partes bajo el influjo de los agentes atmosféricos, han dado origen a una tierra de admirable fertilidad.

La historia ha conservado el recuerdo de terribles erupciones, según hemos dicho, en 1565, 1651, 1664, 1668, 1671, 1677 y 1775. Aquí aparece que el Pacaya después de la primera erupción conocida, entró en período de calma, se reanimó más tarde desplegando una grande energía desde mediados del siglo XVII, permaneció en una formidable actividad por lo menos hasta el fin de dicha centuria, como lo atestigua Fuentes. Después se calmó de nuevo, pues no es natural suponer que Juarros, que vivió en la segunda mitad del siglo XVIII, y que tanto trabajó para su historia, no hubiera hallado en la tradición reciente la noticia de erupción alguna verificada desde principios de dicho siglo hasta la de 11 de julio de 1775 que presenció. Esta merece ahora atención para indicar un problema aun no resuelto. A pesar de ser la erupción más reciente, no se sabe aún el punto en que se verificó. Es indudable que no tuvo lugar en el cráter que corona el cono más elevado: innumerables testigos de vista lo dijeron a sus nietos que todavía viven y lo repiten unánimemente, confirmando con esto el testimonio de Juarros. Parecerá que con la misma facilidad con que creemos a los habitantes de Amatitlán, de San Vicente y de Calderas, cuando sobre la palabra de sus abuelos que lo vieron, nos aseguran que la erupción fué de aquel pico, les debemos creer cuando nos dicen que fué del cono más pequeño o volcancito de que antes hemos dado noticia: pero las circunstancias son en realidad bien diferentes. Ya la situación de este cono no parece ser la que indica Juarros, cuando dice que la erupción se efectuó en el sitio en que el volcán se divide en tres puntas y además el examen del terreno hace conocer que los testigos, aunque muchos quizás, no han visto

en realidad el punto donde brotaban el fuego y el humo. En efecto, el volcancito indicado por ellos no es visible desde los lugares habitados de la montaña o de la holla de Amatitlán, ni tampoco hubo quien durante el furor del volcán se acercase a él, siendo así que apenas hace treinta años que el primer montañés, muchacho entonces de 16 años, se atrevió a poner los pies en la temida cumbre. Ahora bien, la robusta vejetación que hemos indicado, sobre los bordes del cono menor no da lugar a creer que aquél haya sido el punto preciso de una erupción tan reciente y por otra parte tan activa como la de 1775. Es pues muy probable que alguna que otra boca lateral se abrió para dar paso al fuego y al humo, ocultándose luego bajo las piedras desplomadas de la región superior; quizás un examen más detenido descubrirá aun sus vestigios. Es muy de notar, para cuando se estudie más minuciosamente la historia de esta erupción, que los montañeces suelen a veces advertir, como cosa de menor importancia, que la arena que entonces se esparció por muchas leguas sí fué debida a la boca del pico más elevado, de lo cual no se halla indicación alguna.

A cosa de legua y media del volcán se encuentra la aldea de Calderas, en un pintoresco circo elíptico completamente cercado de colinas, y a la orilla una laguna casi circular, que no es otra cosa que un cráter completamente extinguido, llenado por las aguas que en tiempo de lluvias bajan por las faldas de la montaña, o infiltrándose en ellas forman fuentes temporales que brotan dentro de la laguna, como lo atestigua el crecimiento que se ve hacia el fin de la estación lluviosa y al principio de la siguiente. La pureza de estas aguas excluye la idea de que bajo de ellas se disimula algún desprendimiento volcánico. A falta de dimensiones tomadas por nosotros mismos, dice el P. jesuita, pues la estrechez del tiempo no nos lo permitió, daremos las que uno de los habitantes había recibido de no sé que agrimensor, según el cual, y si reducimos las cuerdas a metros, la laguna tendría de largo 780 metros sobre 700 de anchura, sin que hasta hoy se haya hallado su fondo.

Contigua a la laguna se encuentra otra depresión circular, de diámetro algo menor, y cuyo fondo se halla suficientemente levantado para no retener las aguas de las lluvias. Aunque cubierta de vegetación conserva claramente los caracteres de su cráter y aun de su borde meridional se escapan vapores de agua y ácido carbónico, ligeramente cargado de ácido sulfuroso, a la temperatura de 60º.

Un poco al oeste de estos antiguos cráteres, y en medio de un terreno cultivado, se halla un hoyo irregular de unos cuatro metros de largo, uno en su mayor anchura y tres o cuatro de profundidad, que evidentemente jamás ha sido boca de erupción. Algunos años atrás, los habitantes entraban impunemente en él y le usaron para esconder cosillas de mediano valor, cuando temieron perderlas en épocas de revueltas. Si no fueron despojados de ellas por los soldados ni por los bandidos, no por eso dejaban de perderlas, pues la naturaleza se encargó de impedirles su recobro, condenando a muerte a todo el

que se atreviese a penetrar en aquel recinto. En efecto, un muchacho que bajó perdió al instante el uso de los sentidos y cayó como muerto: no obstante, sacado prontamente, por medio de algunas cuerdas, al aire libre, se recobró poco a poco. Nadie más se atrevió a entrar en aquel temeroso recinto que ha continuado mostrándose mortífero, quitando la vida a las aves que se acercacaban a sus bordes.

Bien indicada estaba ya la presencia del ácido carbónico. Este gas se desprende con frecuencia en los terrenos volcánicos, y siendo más pesado que el aire queda fácilmente detenido en los lugares en que no se desalojan las corrientes del viento, como sucede fácilmente en las cavernas. El animal que sin percibir la presencia de un gas que carece de color y olor penetra allí, se encuentra en una atmósfera privada de aire, y faltándole este elemento esencial de la respiración, muere asfixiado. No son raras las grutas más o menos llenas de este cuerpo, por lo que, se ha dicho que es una imprudencia adelantarse sin algunas precauciones en las cavernas en que pase algún tiempo que no haya penetrado nadie; pero entre todas, se ha hecho célebre la conocida con el nombre de Gruta del Perro cerca del Puzzolo en Nápoles. Cosas extraordinarias se han dicho de ella, más reduciéndonos a la verdad, es una gruta en que el ácido carbónico ocupa una capa de cuatro a seis decímetros de espesor, y sobre ésta penetra libremente el aire atmosférico. El hombre que entre allí tendrá los pies sumergidos en ácido carbónico y la cabeza en el aire; nada le embarazará la respiración y no experimentará daño alguno: más un perro quedará completamente sumergido en aquel gas, caerá por no poder respirar y morirá en breve tiempo si se dejase allí. Esta gruta ha sido cerrada con llave para explotar la curiosidad de los viajeros que quieran visitarla.

Qusimos, dice el P. jesuita, reconocer la caverna u hoyo de Calderas, y asegurarnos de que estaba lleno de ácido carbónico. Nuestro guía que se prestaba con notable empeño a todos nuestros deseos, nos condujo al temido sitio, no sin avisar antes al dueño de la **milpa** que lo circulaba, quien quiso también acompañarnos, conduciendo el fuego que debía contribuir a nuestros experimentos.—¿Y no hay modo de bajar poco a poco? preguntamos nosotros—Jesús, señor: si allí se muere la gente—y nos volvieron a contar la referida historia. Llegamos al hoyo oculto por la maleza, prueba indudable de que hacía tiempo de que nadie se acercaba a él, pero los golpes del machete le descubrieron en un instante. Hicimos prender llama de un pino recinoso, y como decimos comúnmente, en un **ocote**, que sujetamos al extremo de una caña, la que cuidamos fuese capaz de llegar lo más cerca del fondo que posible fuese. Inútil precaución: la llama no llegó una sola vez al borde de la sima, apagándose siempre a cosa de un decímetro sobre el suelo, porque allí ya no tenía aire para mantenerse. Acabábamos de repetir este experimento por la tercera vez, cuando se hizo sentir un fuerte temblor acompañado de un formidable retumbo. El gas contenido en la caverna debió de reforzar el retumbo, que

es el más intenso que hemos oído.—De ahí salió, señor, de ahí salió, decían despavoridos nuestros guías aterrados a nuestro entender, no por el simple hecho de haber sentido un temblor y un estruendo, sino por la circunstancia sigular de creerlo causado por aquel hoyo formidable. Afortunadamente los vecinos de Calderas, no son de aquellos semi-salvajes que tanto abundan, que al ver la coincidencia de nuestros experimentos con el movimiento de la montaña, no sólo nos habrían creído sin desairar los autores del fenómeno que por el momento presenciaban y de su repetición por seis veces a lo menos en aquella tarde, y por muchas más en los siguientes días, sino que aún nos habrían atribuido los que se habían hecho sentir anteriormente.

Continuando en la dirección de la sospechada grieta volcánica, el cerro que sostiene el valle de Calderas forma una cuchilla que va disminuyendo rápidamente de altura hasta perderse en las faldas meridionales de las colinas contiguas a la laguna de Amatitlán, dando así lugar a un recinto cerrado en que las aguas no hallan salida y se recojen formando la laguna de Panquejechó. En la pendiente que limita esta laguna hacia el N. y el E. se halla una serie de pequeñas bocas conocidas con el nombre de Humitos, y este es el lugar en que hemos visto desprenderse los vapores con más actividad y más cargados de ácido sulfuroso. La temperatura es varia en las distintas bocas, habiendo llegado el termómetro a marcar 80º en el vapor, en el lugar más abrigado del día y 91º cuando se le introdujo en la tierra para librarle de la influencia del ambiente. La acción continua de los vapores ha descompuesto fuertemente el gran banco de feldespato en que brotan, y en algunos puntos ha despositado ligeras capas amarillas de azufre sobre otras verdes de silicato de hierro, dando interesante aspecto a tan curioso sitio.

Varias otras bocas de humo pudimos reconocer mucho menos importantes consideradas aisladamente, pero de grande significación tomadas en su conjunto. Son además en gran número los lugares de esta faja de tierra que presentan los msimos caracteres que los que sufren la actual influencia de los vapores, demostrando con ésto haberse hallado en las mismas circunstancias, aunque ya algunos años de quietud han secado y endurecido, en los unos, ciertas masas que, en los otros; se presentan aun húmedas y blandas. Los grados de sequedad y de dureza están a veces suficientemente marcados para poder determinar el orden en que han ido cesando las emanaciones de los gases.

En la propia dirección se encuentra, a orillas de la laguna de Amatitlán, la fuente termal más notable de todos aquellos alrededores; y en la que hallamos una temperatura de 79º, es decir 11º más que en la más caliente de las otras; y aun acaso la temperatura de 31º, de que gozan las aguas del Bebedero, que bajo el propio rumbo brotan en la margen opuesta del lago, deberá atribuirse al mismo foco de calor, a pesar de que el examen de los terrenos y la ausencia de los cloruros alcánicos en esta fuente, hacen ver que sus aguas han atravesado lechos de otra naturaleza. Otras caldas diseminadas desde Belén,

en el extremo oriental del lago, hasta los límites meridionales del valle de Amatitlán, no quedan comprendidas en el mismo rumbo que hemos notado hasta aquí en los fenómenos que deben referirse a una misma fuente de calor; mas no por eso dejan de depender de ella, pues su posición, que casi universalmente es a la raíz de la montaña, hace ver sin duda alguna que las venas de agua han atravesado, antes de aparecer, terrenos vivamente recalentados por el fuego interior del Pacaya. Es de notar que cuantos manantiales conocemos en las faldas de la montaña, incluso el de los Puraznos, que se aproxima mucho a la faja de las manifestaciones volcánicas, dan una agua fresca y pura, que no habiendo podido pasar por terrenos de elevada temperatura, demuestra que estos en su mayor parte no ocupan sino el corazón del volcán, de donde se desprenden algunas venas, comprendidas próximamente en un plano dirigido hacia el N. N. E. También en Belén, casi al borde de la laguna y muy cerca de las aguas termales, brota la fuente del Niño, que con su pureza y frescura hace ver que el lecho de que aquellas toman su calor y sales alcalinas debe hallarse algún tanto remoto" (1).

El volcán de Atitlán, testigo de tantos hechos históricos, podría, si se convirtiese en mitológico Vulcano, contar mucho en aquel lago majestuoso, que presenta la vista más encantadora del mundo, sin excluir los panoramas de Suiza, de Nápoles y de Venecia. **¡Ah, Titán!** soberbio y erguido, que escondes tus plantas entre las aguas rumorosas, y dejas ver tu suntuosa cúspide, allá entre las nubes de un cielo transparente;—tus rugidos tremendos pusieron pavor en tan bellos contornos, por los años 1828, 1833 y 1852! Mucho tiempo antes de eso, cuando las aguas del Xequijel, se tiñeron con la sangre del infeliz indígena, al cumplirse la profecía de la conquista, temblaba a las veces la tierra, se enfurecía el lago, manchábase la luna de matices rojos, descendían fatídicas las sombras de la noche, sobre la cumbre del Atitlán, y en tan pavorosos instantes, se escuchaban, siniestros, estridentes, el graznido del **tucurú** y el lamento de la luchuza..... eran los manes de Sinacán y de Sequechul, víctimas de Tonathiu, que en demanda de justicia para su raza, bajaban a su nativo suelo, en alas de la tempestad. De ahí trajo origen la danza popular indiana, llamada **Del Volcán,** en recuerdo de la hecatombe horrenda de los hijos de esta tierra.

La parte setentrional del lago de Atitlán está rodeada de altísimas rocas, que apenas dejan accesible la ribera, mientras que por la costa del Sur, se elevan varios volcanes más, que a lo lejos se descubren. Destácanse, en los contornos, los ranchos pajizos, las blancas chozas, de San Pedro, de Santa Catarina y de San Antonio, colocado este simpático pueblo, como nido de águilas en abrupto anfiteatro, completamente inabordable, en la parte del lago, y circuido de negruzcas rocas, que dejó ahí el gran cataclismo, aún recordado por

(1) El Volcán de Pacaya—Estudio del P. Connet

los aborígenes de aquellos sublimes sitios. Las aguas del estupendo lago se ennuentran a 1,558 metros sobre el nivel del Pacífico, y alcanzan una profundidad grandísima, sin que se le conozca desagüe, a pesar de que recibe constantemente los afluentes del Panajachel y del Iboy. Acaso se filtran las aguas formando riachuelos hacia el sur (1). Al pié del volcán de Atitlán se divisa el **Cerro de Oro**, de misteriosa forma y de indianas tradiciones. Dícese que era templo idolátrico, en el cual buscaron los tzutuhiles refugio contra los destructores de sus dioses, último amparo a su derrota, asilados en aquella mansión impenetrable. Cerraron misteriosamente su entrada, revelando el secreto a un viejo sacerdote indio, el cuál lo fué transmitiendo de generación en generación a uno solo, entre los más nobles y adictos a su teogonía. Esos dioses aconsejaron a los aborígenes que se sometieran; pero sin perder la esperanza de salvarse, porque ellos mismos que quedaban allí cautivos, romperían las ocultas salidas de aquel templo y entonces serían redimidos de la servidumbre. Quedaron enterrados en el Cerro de Oro los ídolos y las joyas. Los tzutuhiles callan y esperan.

Por aquellos bellísimos lugares, hay parajes de rústicas delicias, en los cuales se palpan los encantos de la poesía de Virgilio y de Landivar. Lomas, valles, praderas alfombradas, fuentecillas saltadoras, frescas, cristalinas; rebaños, pastores, majadas, flautas campestres, diversidad de tonos en los colores del suelo, y por toldo el más puro celeste, sereno y transparente. Juega el aura con las hojas trémulas de los arbustos, como acaricia el amor los labios de una virgen. No lejos del soberbio valle, está la **Roca de Tecúm**, sitio real de los reyes de Utatlán. Las lianas colgantes con soberbias flores forman espesas enramadas y lo vívido del verde horizonte hace contraste con el azul del cielo.

A unos quince quilómetros de Atitlán contémplase **el volcán de San Pedro**, que tiene 2,500 metros de altura; pero, como descansa sobre un valle que se alza a 1,560 metros sobre el nivel del mar, resulta de grandísima elevación. Nunca se supo que estuviera en actividad. No alcanza la historia a describir las mocedades de ese viejo de blanca cabellera, que aún se viste de muy lujoso ropaje. Espesas florestas cubren sus flancos y podría decirse, con aquella sublime concisión de Pepe Batres:

"¡ Su historia ninguna, su límite el mar!"

El espectáculo que desde lo alto del volcán de Pacaya se desarrolla, ante los ojos del viajero, es uno de los más imponentes que pueden contemplarse. De una sola mirada se abraza el cuadro que forma la gran mole del volcán de Fuego, destacándose en el primer plano las líneas armoniosas del volcán de

(1) El lago tiene 12 millas de largo por 6 de ancho, y fué en remotísimos tiempos un inmenso cráter de volcán destruido.

Agua, cuya gentil, esbelta cima, se ostenta en los aires. La belleza de este panorama, se debe en mucho a un pequeño desvío, que sin afectar la regularidad del sistema volcánico considerado en conjunto, coloca al volcán de Agua a uno o dos quilómetros al Norte de la dirección general, pudiéndose así espaciar la vista a una distancia muy considerable. Desde la cúspide del altísimo monte se contemplan vegas y cañadas inaccesibles, cubiertas de flores y festones, de cuyas ennegrecidas grietas parecen salir los sordos lamentos de las razas primitivas que defendieron su paradisíaco suelo.

El célebre **volcán de Agua**, considerado aisladamente, es uno de los más notables de la América Central, aunque mucho antes de la conquista española ya estaba apagado. La armonía de sus forms, lo bien cortado de la pirámide, lo nítido del azuloso color, todo hace de aquella estupenda mole, que aislada se alza sobre 3,753 metros, con una base de muchos centenares de quilómetros, uno de los espectáculos más grandiosos de la naturaleza. Exuberante vejetación lo cubre, con una serie de zonas bien marcadas, introduciendo en el paisaje elegante variedad de matices. En la base, entre llanos de esmeralda, balancéanse las espigas del maíz, la caña de azúcar, las festonadas hojas del banano y los floridos cafetos; a seguida, las florestas de variadas esencias; y más allá diseminados bosques de pinos seculares.

Ese erguido volcán dió muerte a muchos de los pobladores de sus faldas, en la ruina de la Ciudad Vieja. Era llamado **Hunaphú**, o sea **Ramillete de Flores**, por los primitivos indios, aunque hay motivos para suponer que en remota época, fueron sus erupciones de violencia extrema, a juzgar por la inmensa cantidad de pómez blancas, cenizas amarillentas, lápilos negros y violáceas arenas, que rodean el pie de aquella histórica montaña. No hay en los alrrededores trazas de corrientes de lava; acaso las erupciones de este volcán hayan sido caracterizadas por la expulsión de abundantes deyecciones ceneriformes, En el cráter oval hay grandes piedras pórfidas, con varias inscripciones. Don Matías Mazariegos dejó ahí su nombre en 1683 y el general Zavala, en 1860.

"Después de haber descrito el inquieto Volcán de Fuego, decía el notable viajero Mr. Dussaussay, injusticia sería el no decir algunas palabras de su pacífico vecino, el Volcán de Agua (1).

Si el uno es célebre por su escarpado y difícil asiento, el otro es notable por su fácil y segura subida. El Volcán de Fuego está coronado de rocas agudas, destituidas de vegetación que presentan un aspecto espantoso; el Volcán de Agua que como una pirámide en medio de la llanura, se eleva solitario en lo alto del firmamento y tiene la forma de un cono truncado, aún en su misma cumbre está cubierto de una verde paja, cuya elevación llega a más de una vara. El piso del Volcán de Agua es firme hasta el mismo cráter, mientras que el terreno de Fuego, amontonado en desórden, se compone de guijo y otras

(1) Impresiones de viaje—El Volcán de Agua—Por Eugenio Dussaussay.

sustancias sueltas, rodeado de lava y cuerpos medio vitrificados que han ido aumentando por las repetidas erupciones causadas por el fuego subterráneo. El Volcán de Agua es a tal punto manso que ha sabido conquistarse hasta las simpatías del bello sexo; el de Fuego es un cerro en nada dispuesto a dejarse domar, razón por la cual las visitas que recibe son muy contadas.

El camino que de la Antigua lleva al pueblo de Santa María de Jesús, por donde se sube al Volcán, es en extremo pintoresco y el viajero que lo recorre se siente poseído de una inacostumbrada alegría. La tierra está cubierta con espeso manto de verdor, los árboles cargados de hojas y por doquiera las flores, abriendo sus senos olorosos, hacen ostentación de su hermosura y exhalan los efluvios más agradables al olfato.

A mano izquierda se divisan los alegres barrios de Santa Ana, San Cristóbal y Santa Catarina, mientras que a la derecha se deja la bonita aldea de San Gaspar. El pueblo de San Jun por el cual se pasa, es célebre, por haber fundado ahí, antes de la inundación del 11 de septiembre de 1541, su palacio el obispo de la Diócesis, palacio que en la actualidad sirve de casa parroquial al cura del lugar.

Al salir de San Juan, se principia a subir la larga cuesta de Santa María que conduce al pueblo del mismo nombre, situado en las faldas del Volcán de Agua y como dos leguas distantes de la Antigua.

El indio de Santa María de Jesús difiere totalmente del de Alotenango: éste parece estar siempre dominado por el terror que le inspira la proximidad del volcán de Fuego; aquél, que se siente resguardado de los furores de este volcán por su rival, el volcán de Agua, es de genio alegre y tiene el semblante risueño. Como se ha dicho anteriormente, en todo el pueblo de Alotenango no se encuentra más que un solo indígena que quiera acompañar a los raros turistas bastante atrevidos para emprender la ascensión del volcán de Fuego; no sucede lo mismo en Santa María, cuyos habitantes suben todo el verano al volcán de Agua a traer hielo; así es que a los pocos minutos de haber yo entrado al pueblo un batallón de indios, informados de mis planes y atraídos por la perspectiva de su pingüe salario, vino a ofrecerme sus servicios. Tres de ellos captaron mi confianza y merecieron la distinción de servirme de mozos.

En la mayor parte de las montañas el tiempo con su fuerza lenta, pero destructora, causa por sus lados depresiones y escavaciones a proporción de la cantidad de agua que en sucesivas cascadas se precipita desde la cumbre: la senda que se toma al dejar el pueblo de Santa María serpentea una zanja formada del modo que acabo de explicar.

Numerosas milpas esparcidas en las faldas, hacen el paisaje sumamente placentero, y al llegar al punto denominado Orilla de la Montaña se apodera de los sentidos un sentimiento de deleite al descubrir la exuberante vegetación que majestuosamente se exhibe por todas partes. El ramoso roble ensancha

su circunferencia e innumerables árboles, afirmados en sus robustos troncos, con sus hojas forman una bóveda impenetrable a los rayos del sol.

Los meses de enero y febrero son los más a propósito para subir a los volcanes, por estar entonces la atmósfera más despejada que en los demás meses del año. En mi expedición a los volcanes he podido observar que en el mes de noviembre el tiempo, que por la mañana está casi siempre sereno, a medio día varía notablemente. En ambos volcanes me asaltó un temporal muy fuerte; pero el que tuve que sufrir en el de Agua fué mucho más violento. A eso de las nueve de la mañana, todo el volcán se cubrió de una niebla tan densa que no se podía distinguir a diez pasos de distancia. Felizmente llegué antes del temporal a la orilla de la montaña y pude descubrir al Este, Amatitlán con los risueños campos que lo rodean y al Noroeste, la Antigua con sus dependencias.

Al concluir la montaña, las laderas están cubiertas con pinos muy viejos en medio de los cuales crece una paja muy fina y elevada que desde allí se encuentra, como he dicho antes, hasta la cúspide del volcán. Un poco antes de llegar a ésta, se ven a mano derecha unas rocas muy grandes, sin arena ni vegetación alguna.

La cima del volcán de Agua está formada por cinco picos de diferentes tamaños, y por el menos elevado de todos bajamos a la plazoleta cerrada que existe en el lugar del cráter y tiene más o menos la forma de un círculo, cuyo diámetro en la parte más larga mide ochenta metros. En dicha plazoleta se encuentran muchas piedras desprendidas de la peña y en que pude leer grabados los nombres de mis predecesores, entre ellos los de algunas señoritas. En una ancha piedra blanca, con el machete de que iba provisto, esculpí el mío. El frío era intenso (a las doce y media del día el termómetro centígrado marcaba 6º bajo cero) que se me helaban las manos.

Me adhiero a la opinión de varios historiadores, antiguos y modernos, que refieren que la catástrofe que destruyó, el 11 de septiembre de 1541, la capital del reino de Guatemala, fué ocasionada por la rotura del cráter del volcán de Agua que estaba lleno de este líquido (1). La prueba de ello es que la parte menos elevada de la cúspide y donde infaliblemente tuvo lugar la rotura, mira al pueblo de Ciudad Vieja, desde el cual se ve muy bien el barranco que formó el agua al descolgarse de aquella altura.

Seis horas y media había empleado en la subida; tres gasté en la bajada. El número de pasos que dí al descender, fué, el de 22,354. Concluiré diciendo que, como muchos viajeros que se dedican al estudio de los volcanes, he observado que el lado oriental de las montañas que corren de Sur a Norte es siempre comparativamente más bajo que el opuesto, bajando con suavidad

---

(1) Mr. Dussaussay difiere, por lo que se ve, de la opinión del ilustrado naturalista, amigo nuestro, don Juan Rodríguez Luna, quien, en un interesante estudio afirma que no fué esa la causa de la inundación.

a llanuras grandes; mientras que el lado occidental es alto, escabroso y quebrado". (1)

El volcán de Tacaná, el de **Tajumulco**, el **Cerro Quemado**, el de **Santa María**, el de **Mita** y el de **Chingo**, forman en la república de Guatemala, una serie de respiradores, que bien indican el plutónico trabajo de las entrañas de esta tierra. Fumerolas, solfataras, aguas termales y restos de erupciones, hay por todos esos lugares, en que la mano de Dios quiso dejar las huellas de cataclismos remotos.

Llegamos ya al grupo de los volcanes de Quezaltenango, que presenta, desde muchísimos puntos de vista, un interés grandísimo. El **Cerro Quemado** y el **volcán de Santa María** son los que primero se destacan. Este último, de una regularidad admirable, había permanecido en tal quietud, que el vulgo lo creía apagado, contemplándole a unos 3,500 metros de altura, que tendrá de elevación absoluta. Pero, un día ¡luctuosa fecha aquélla, que no quisiera recordar! se aglomeraron materias ígneas en el panal dantesco, furibundo, que debe de haber en las profundidades del terreno, y debido a las condiciones meteorológicas y seísmicas que en extensísima zona se experimentaron, sobrevino la catástrofe del 18 de abril en que tembló gran parte de Centro-América, hasta las orillas del Atlántico, causando estragos hasta en la Martinica. Una plomiza sabana de arena cubrió ls ricas comarcas. Ni una ave cruzaba veloz por desolación tan funesta. El cráter colosal, elíptico, de Este a Oeste, que mide mil metros de longitud, con seis oquedades espantosas, y una amarrilla llanura de azufre, exhalando vapores de deslumbrante blancura, tal fué el espectáculo aterrador, que en aquellos bellísimos lugares, dejó la furia indescriptible del volcán. El nombre quiché del volcán "Santa María" es **K' a' kxanul, vomitador de fuego,** porque desde remotísimos tiempos hacía erupciones tremendas.

No es sin natural espanto, que el viajero ve presentarse a su vista, a la entrada de la ciudad de Quezaltenango, un derruído cerro, del que se desprende deforme cresta obscura de color rojizo, implantada sobre altas mesetas de amenazantes picachos, que parecen también irse desmoronando. En la falda de las colinas, en que se asienta el imponente cerro, reposa tranquila la ciudad, como olvidada de sus recientes sobresaltos. Hállase el monte al sudoeste de la ondulada planicie de esa bella población, y su nombre es del mismo género que el de otros varios interesantes volcanes de nuestra tierra, pues si el torrente de agua que inundó, en 1541, la Ciudad Vieja, hizo llamar volcán **de Agua** al más lindo de los conos de la cadena Centro-Americana; y al otro enfrentado pico se reservó el título de **volcán de Fuego,** porque, contrastando con la impasibilidad de su compañero, levanta ufano su penacho de humo, y de cuando en cuando da señales de su interior candescencia; una razón análoga ha dado

(1) Eugenio Dessaussay.

el poco poético, aunque muy significativo epíteto de **Quemado,** al terrible cerro, que en 1755 se consumió o se **quemó,** con espantosa violencia, perdiendose la cúspide, hasta quedar decapitado el coloso y con los flancos ardidos, como si fuesen los restos de un incendio voraz y no el de una erupción ordinaria. Por muchísimos años el gladiador soberbio exhibióse ahí con sus formas altaneras, hasta que el fuego de sus entrañas, en convulsión violenta, derribó su frente, ardiendo sus miembros inertes ya, y esparcidos en confusión horrenda, mientras que su vecino, el **volcán de Santa María,** conservaba una actitud reservada, quieta en la apariencia, e hipócritamente traidora.

El **Cerro Quemado** tiene importancia especial, demostrada por distinguidos geólogos, que han estudiado nuestro territorio, y vale bien la pena de que le dediquemos siquiera pocas líneas. El gran valle de Quezaltenango se levanta formando una serie de colinas, en unos puntos bruscamente, como en el **Baúl,** en otros, con una inclinación más lenta, como en la **Pedrera,** y en fin, insensiblemente hacia el estendido llano del **Pinar,** que a lo último, cuando pasa encajonado entre los dos volcanes, llega a la altura de estos contrafuertes. La masa, como se nota en **la Pedrera,** es de preciosa roca, empleada en la construcción de los edificios de la ciudad. Esa piedra, de origen eruptivo, y aun de una posterior sobredestrucción, es una pasta feldespática, blanca, transparente, a las veces amarillosa, llena de cavidades que le dan aspecto de pómez, pero más dura y vitrificada, llena de anfíbolas negras, algunas no bien definidas, y todas caprichosamente salpicadas. Debe de haber sido roca porfírica, maleable por fuerte erupción y con modificaciones en su materia mineralógica, al mismo tiempo que llena de burbujas gaseosas, que le dieron la estructura celular, desigual cristalización, resistencia suficiente y aumento de volumen, que explica su ligereza. Vetas hay más cristalinas, con brillo original, como si hubiera sido una masa de vidrio que elevada a fuerte temperatura, se hubiese enfriado repentinamente. Vense conglomeraciones de pómez, como soldadas por una materia fundida, a trozos más cristalinos, o que en su seno tienen ingeridas pequeñas masas harto vidriosas y lucientes.

Aquellas ondulantes colinas son las que forman la base en que reposa el **Cerro Quemado,** y en ellas son dignas de notarse los hervideros que se descubren, sin más rastro de cráter o erupción volcánica. Están al paso, en la vereda que conduce a la cima del cerro, en una garganta formada por la insensible altura de la Pradera, y otra, que es la propia base del volcán. Uno de los hervideros es caverna del mismo volcán, escavada como a cuatro metros de profundidad, de cuyas paredes se desprende gran cantidad de vapor de agua con algo de gas carbónico y sulfuroso. El otro hervidero es mucho más singular, pues entre prominencias de la roca descubierta, se exhalan vapores de igual naturaleza, y aun se hacen pocitos de agua, de treinta grados de temperatura, cuando el ambiente apenas tiene unos seis grados.

Refiere la tradición, que antes de ser decapitado el cerro, en 1785, cuando

se quemó todo el monte, tenía otra meseta sobrepuesta, coronada de espeso y hermoso bosque de encinos, cuyos restos todavía se descubren. Ya había habido otra erupción más antigua, que dejó algunas fumerolas muy calientes en la cumbre, por lo que los indios le llamaban **Xetuj,** o sea **debajo del horno.** La parte sudeste siempre fué cortada, yendo a caer sobre el río Samalá.

Pero en el año de 1813 llegó el momento de hacer una verdadera explosión, y las inclinadas líneas del monte, aparecieron convexas; toda la masa se elevó con violencia, y hubo de abrirse cual granada, en muchas partes, arrojando del centro lluvia copiosa de piedras y después un río de fuego. Los guijarros llegaron a grandísima distancia, en el llano del Pinar y en todo el occidente de la ciudad, que se extremecía al considerarse sepultada debajo de las grandes masas que volaban, como si fuesen arenas, o consumida por la candente lava, que comenzó a correr en dirección de la consternada **Xelajú.** Sacaron de la iglesia a la Virgen del Rosario, hubo rogativas con clamores piadosos y gritos acongojados; la ciudad hizo voto de celebrar una solemne fiesta anual, como hasta el día de hoy se cumple, si lograba librarse de tan tremendo azote. Oyó el Cielo sus voces, pues las piedras que alcanzaron un radio mucho más lejano que la ciudad, no cayeron en su recinto, ni causó daño la lava, que a poco suspendió sus curso, y siguió por el rumbo de Almolonga, sin salir, sin embargo de las mesetas. Tal es la piadosa tradición; pero parece lo cierto que el volcán estalló como una bomba, quedando con el espantoso aspecto de hundimiento y ruina con que hoy se deja ver. Más imponentemente bello es, sin duda, cualquiera de esos otros volcanes que, como el de Agua, destacan su geométrica figura con regularidad portentosa; pero el **Cero Quemado** ofrece mucho más interés, siendo los restos de horrible devastación. No hay en él regulares curvas, ni depósitos de **lapilli,** ni de erupciones cineriformes: es un cerro irregular, que presenta en sus humeantes ruinas, más que ningún otro de Centro-América, los estragos de la acción volcánica, sin rastro siquiera de un cráter adventicio sobre el primer hundimiento.

Fuera de ésto, tiene otros rasgos distintivos, considerado como parte de una cadena de extensión larguísima. En la serie de conos montañosos de Guatemala, que es una verdadera especialidad geológica eruptiva como lo reconocen los sabios europeos y americanos, existe en cada grupo un sistema particular, formado de volcanes extinguidos, o tal vez de antiguos cráteres, al lado de otros en actividad. La dirección media es de E. 30°. S. a O. 30° N., de modo que mientras más avanza a los departamentos de Los Altos, más se acerca, y llega a tocar la línea más elevada de la sierra principal, o cordillera de los Andes Guatemaltecos. De aquí proviene que los volcanes del valle de la Antigua Guatemala tengan forma tan esbelta, sus faldas bajen tan suavemente hacia el Sur, hasta perderse en un llano de trescientos metros sobre el nivel del mar, y hacia el Norte no se interrumpan sino en las mesetas interiores, de mil quinientos metros de elevación. Pero el volcán de Santa María parece

encarnado en altísimos picos; al Norte roto bruscamente, en las más elevadas mesas de la república, y al Sur, llegándose a confundir con los sinuosos contrafuertes de la cadena de montañas. **El Cerro Quemado,** más que ningún otro, a pesar de ser muy superior al cono más alto del **Pacaya,** y tener una elevación absoluta como de tres mil cien metros, es apenas una eminencia de setecientos sesenta, relativamente al plano de Quezaltenango. Por esta razón los grupos volcánicos de Los Altos no pueden ser tan completamente definidos, como los de las regiones menos elevadas. Porque de una parte, el levantamiento debido a la acción volcánica, se concibe de suyo más regular en una superficie llana, o ligeramente inclinada; mientras que en las inmensas masas pórfido-traquíticas de las cimas de la sierra es más fácil una ruptura violenta e informe, como en el Cerro Quemado. De otra parte, en las formas externas es más difícil su reconocimiento, pues entre tantos picachos más o menos sueltos y cónicos, al paso que el vulgo quiere ver en todos un volcán, los sabios se recelan de los más, y no llegan a afirmarlo, hasta tener noticia cierta de algun antigua o reciente erupción. ¿Quién hubiera dicho que el Santa María no era un volcán aislado, sino que había un grupo a su alrededor, y el Cerro Quemado era su parte principal? La masa de éste, aun en el interior, era la misma que la de las rocas en que está sentado; en su forma, más que compañero del vecino, como extinguido, parecía un contrafuerte insignificante; ni en sus alrededores se encontraban cenizas o lavas que pudiera él tribuirse como suyas. Tiene, sin embargo, en su situación, los distintivos de un sistema derivado, análogo a los demás de su especie en Guatemala; aunque difiere de ellos en lo que mira a la actividad respectiva, de la cual hace pocos años que acaba de dar muestras harto lamentables.

Los volcanes adventicios, o sea que están fuera de la línea principal o zona eruptiva, se hallan poco más o menos en dirección perpendicular a ella, esto es, en una línea O-S-O. a E. N. E., a la manera que en las grietas de la tierra suelen abrirse muchas perpendiculares nuevas a través de la principal. Tan marcada es semejante derivación en Guatemala que suele conservarse aún en los conos terminales de un mismo volcán. Así, dejando otros muchos ejemplos, esta es la línea de los dos que se desprenden de la gran masa del **volcán de Atitlán**; bastante marcada se halla en los dos pequeños conos, en los cráteres y fumarolas **del Pacaya**; y aún se reconocen en los cráteres del volcán de **Fuego** los rastros de la actividad comprendida en un plano de la propia dirección. El Cerro Quemado está puntualmente en dicha línea perpendicular, ocupando casi con exactitud matemática el N. N. E. de la cúspide del Santa Maria, mientras que su masas se unen en la garganta o portillo, célebre por haber servido a don Pedro de Alvarado para entrar al llano del Pinar. Unidas aquí las faldas, el cono del Santa María conserva algún espacio más su curvas líneas, y el otro cerro confundiéndose con las rocas de la Cordillera, casi violentamente hacia el Zunil; siguen después igualmente aisladas por el río que se llama Sa-

malá, y hacen peligrosa y escarpada la cuesta de Santa María, y más lejos la bajada a los Pocitos, y el paso del puente de Samalá, opuesto al Patio de Bolas.

Fijemos ahora la atención en el grupo entero, comprendido y definido por el curso de las aguas del que se va llamando río de Olintepeque, Zunil y Samalá. Así considerado, cierra casi por completo el gran valle, que viniendo de Totonicapán, ondula declinando de 2,500 a 2,350 metros de elevación sobre el nivel del mar; le sirve de contrafuerte hacia el Sur, hasta dar en los llanos de la costa, hacia Cuyotenango y Retalhuleu. Si la acción eruptiva hubiera extendido algún tanto más su área, cuando elevó este grupo, habría con facilidad llegado a tocar con la cresta que va de Totonicapán a Zunil, y quién sabe si entonces no hubiéramos tenido un lago de la especie de los de Amatitlán y Atitlán. Un pequeño resquicio quedó libre para dar paso a las aguas que bajan en la dirección de Salcajá y a las del río que pasa por Olintepeque, y aún las de este último se han visto obligadas a recorrer u narco muy forzado a efecto de encontrar salida. Ese mismo punto es a donde únicamente pueden confluir los torrentes que, durante la estación lluviosa, desciende de los pliegues de los volcanes, de las cumbres del Chuipache y de las montañitas que miran a Quezaltenango.

Los picos del **Siete Orejas** no son otros tantos volcancitos, como pudiera suponerse. Es admirable el orden de las fuentes termales, marcadamente alcalino-cloruradas, de especie análoga en su composición química a las que brotan en el **Cubo, Medina** y **San Lorenzo**, en terrenos volcánicos de la Antigua Guatemala y a las de San Miguel en la República de El Salvador. Rodean aquellas fuentes la maza del levantamiento, pues al Oriente y a lo largo del río Zunil están los famosos hervideros de este nombre, y hacia el mismo lado, un poco más al Norte, brotan las más famosas aguas termales de Almolonga, con temperatura de 45° y 50° centígrados. Dando la vuelta por el Norte, están las llamadas vulgarmente **Sanmequená**, nombre corrompido del original indígena **Tzak-meken-ha, agua blanca caliente,** o sea agua tibia. Por ese mismo rumbo se hallan las de **Batán,** a cuyos calientes hervideros, desde antiquísima poca, iban los indios a labar sus lanas, por cierto bien tegidas. Completando el arco hacia el Oriente, se vendría a parar en las vertientes termales que nacen en las faldas de la cadenita del **Siete Orejas".**

El volcán de Tajumulco se eleva a 2,860 metros sobre el nivel del mar. Tiene dos picos simétricos, el de la Concepción y el del Azufre. Este último es un verdadero cráter, que ha conservado las huellas de erupciones de otras épocas. Los indios hacen la **pepena** (recolección) de mucha cantidad de azufre, y ya han perecido varios de esos aborígenes que se aventuran a cavar en aquel deleznable conjunto de materias adventicias. Este volcán se encuentra apagado. Desde la cumbre se descubre al sudeste, una perspectiva de conos destrozados, de cerros rotos, de cordillera plutónica, qus forma complicadísimo laberinto y que revela una catástrofe apocalíptica. Las cimas de varios vol-

canes se perfilan atrevidas, siniestras, cual mementos de convulsiones horribles. Lo dantesco de ese panorama, por aquel rumbo, contrasta con las perspectivas que por los demás se perciben, de valles deliciosos, ríos plateados y el mar lejano y extendido como una tira de cielo. Al Sudeste del **Tajumulco** vénse tétricos, enhiestos, amenazadores, los picos de **Zunil**, **Santa María**, los de Atitlán, y más lejos, casi confundidos con los celajes del horizonte, los vértices del grupo de volcanes de la Antigua Guatemala.

Todo el territorio de la América Central ha sido teatro desde los tiempos jurásicos, de tremendas convulsiones, que han trastornado repetidas veces su configuración, ora hundiéndose a grandes abismos, ora surgiendo a considerables alturas sobre las aguas; al tiempo que sus sistemas de montañas se edificaban en transformaciones sucesivas, apenas terminadas, que justifican su gran sismicidad general (1). El sistema orográfico de Guatemala ha llamado la atención de los hombres de ciencia, y acaso dará la clave para resolver problemas que, hasta hoy, apenas están planteados, ya que no hay duda de que los sismos de la Martinica y de otros muchos lejanos puntos, tienen relación con los fenómenos producidos en varios grupos de nuestros volcanes, así como las manchas del sol y los fluidos terrestres ejercen influencia directa en los terremotos. La **nutación** del planeta, la declinatoria de su eje, contribuye a los cataclismos.

"En la cordillera que se dirige hacia el Nordeste de la república de Guatemala, se encuentran varios volcanes independientes de todo sistema y cuya dirección general es casi rectilínea.

Este grupo de volcanes, son unos casi contigüos a la cadena principal; y otros, forman cuerpo con la cordillera, pero ninguno de todos los de esa extensa línea, llama tanto la atención como el **volcán de Ipala.**

Está situado al sur del pueblo del mismo nombre, a seis leguas de Chiquimula, en una extensa llanura; tiene la forma cónica regular, cuyo vértice truncado se eleva aisladamente en el plano del valle, en medio del cual ha surgido a 3,600 metros de altura sobre el nivel del mar. Todo su cráter se encuentra coronado por un lago de forma circular que mide tres millas de circunferencia; el agua de este pintoresco lago es cristalina y potable, y no contiene ninguna clase de peces. Hacia el rumbo O. tiene un desagüe natural, que los vecinos aprovechan para el riego de sus terrenos, y el cual han barrenado para aumentar el derrame del lago. Este hermoso cono-volcánico está vestido desde sus faldas hasta su vértice de verdura y su posición aislada en medio del valle, sorprende, desde luego, al más indiferente viajero.

Se puede emprender el ascenso de este gran pico volcánico con toda comodidad, pues se llega montado a caballo hasta el cráter. Al estar en aquella inmensa altura; lo primero que se admira es el lago enteramente circular, a

---

(1) Cuarto Congreso Científico Pan Americano. Ciencias Físicas. Volumen V. pág. 198 año 1910.

tres varas de profundidad solamente del vértice. Dirigiendo la vista hacia el Sur se encuentra el pintoresco volcán de Monterico, y en la misma el volcán de Suchitán, y en línea recta. De N. N. E. a S. S. E. se divisan los volcanes de Culma y Amayo, del departamento de Jutiapa. Colocado uno sobre el cráter del volcán las brisas del lago refrescan la mente; y la imaginación se dilata contemplando uno de los panoramas más sorprendentes de nuestro suelo.

La profundidad del lago de Ipala, es difícil averiguarla; personas conocedoras del lugar informan que en la orilla de la playa, que apenas tiene dos metros de longitud, se introduce una cuerda de 600 varas y no se encuentra fondo.

Este volcán en otra época hizo una fuerte erupción; lo demuestra gran cantidad de lava volcánica que hay diseminada en la superficie de la llanura, pero no tenemos datos sobre la cronología de las erupciones, ni la tradición, ni el examen de los terrenos eruptivos dan indicios, y faltando éstos, no se puede establecer la antigüedad relativa de cada uno de nuestros volcanes.

La única observación general que se puede hacer, es que todas las grandes erupciones han tenido lugar en una época contemporánea del alzamiento del valle. En efecto sus deyecciones, lavas o cenizas no presentan vestigios de vegetales quemados y cuando los hay, son yerbas y arbustos de menor tamaño. Las capas eruptivas, en las cuales se encuentran trazas de vegetales, son muy raras y comprenden a los volcanes que estaban todavía en actividad hace tres siglos, o que despertaron después de esa época.

Lo que llama más la atención respecto al volcán de Ipala, es su situación como queda dicho, en una planicie y a una altura sobre el nivel del mar considerable, y probado como está que el agua que contiene no es llovida, ni en ninguna de las estaciones se le nota diferencia de nivel. Aquí encontramos un campo vasto, abierto a la hipótesis y la discusión.

Podría suceder muy bien que este lago fuese alimentado, por todas las vertientes de las colinas más altas de la cordillera Occidental del Atlántico; y que estas aguas acumuladas en altura mayor, buscando un punto más bajo, hayan encontrado como recinto el volcán de Ipala para depositarse".

Presúmese también que la época del aparecimiento de los volcanes fué la de la creación de la humanidad; momento solemne en la serie incontable de los siglos. Cuando contemplo esas mejestuosas pirámides que se alzan sobre nuestro horizonte, me parece asistir a la arquitectura del suelo donde nací. Veo que por los tiempos del levantamiento de las montañas, apareció el hombre, que representa una nueva edad del universo, la luz del mundo en su medio día (1). Los volcanes, con llamas colosales y truenos de génesis, anunciaron la aparición de nuestra especie. Aquellas cumbres fueron los **templos de la mente, templaque mentis**, teniendo cada cual su oculta biografía. Mientras

(1) La Creación, por Edgar Quinet, tomo I, página 300.

más buscamos a la humanidad, más retrocede de nosotros. Los seres vivientes guardan una sola genealogía (1). Edad de hierro, de bronce, de piedra, más allá épocas geológicas; remotísimos umbrales tras de los que va la Eternidad, con huellas de lo infinito, reflejando la estela que sólo Dios puede dejar, y que apenas se vislumbra (2).

La naturaleza toda se sonreía, con su más poética sonrisa, al aparecer el rey de la creación. Momento augusto de plenitud fué aquél, en que se meció la cuna de la humanidad. Hora de fiesta y regocijo, en que las flores y las aves saludaron al recién venido. El sol le envió el más vivificante de sus rayos y las estrellas hicieron que su sueño fuese dulce y reparador. El universo no es más que la unidad en la diversidad de los fenómenos; la armonía entre todas las cosas creadas, por un soplo de vida (3).

¡Harto diverso era el aspecto del mundo cuando no existía la humanidad! En donde hay palacios, jardines y ciudades, eran bosques impenetrables, florestas salvajes, silenciosos ríos en solitarias riberas. En vez de la vida inteligente, prevalecía la exuberancia de la materia. Ni se cultivó la tierra, ni se estudió el cielo. No existía el amor, no hubo sonrisas, ni los rayos del sol iluminaron una lágrima. La generosidad, la benevolencia, la filantropía, no perfumaban la vida. El mastodonte aplastaba las razas, el sivaterio rompía los ramajes y el clyptodón iba arrastrando su pintada concha colosal, como hongo enorme de caprichosa figura.

¡Faltaba la resultante de todas las fuerzas terrestres, la inteligencia servida por órganos, el elemento del progreso, el rey de la creación, el hombre hecho a imagen y semejanza de Dios!

Empero, deseo no apartarme del objeto de esta monografía. Si los volcanes fueron testigos del nacimiento del hombre, y si estos altos montes de nuestra patria, guardan memorias de sucesivas mudanzas, séame permitido evocar un recuerdo, por justicia y por deber, de un sabio que hizo profundos estudios de los volcanes; quiero repetir, con veneración, el nombre ilustre de **Miguel Larreynaga,** que escribió un libro científico, erudito, con nuevas teorías, que si hoy la ciencia ha venido esclareciendo, es porque todo en el mundo obedece a la ley del progreso. La **"Memoria sobre el fuego de los volcanes,"** de aquel ilustre centro-americano, revela estudio profundo en ciencias físicas, y da a conocer la perspicacia y el talento de aquel hombre célebre en los anales de la patria. En ese libro dice: **"que el volcán de Quezaltenango, aunque despreciable en su figura y tamaño, oculta muy malas intenciones,"** profecía que desgraciadamente salió cierta, como resultaron verdaderas, en lo político, las que hace más de ochenta años, hicieron el mismo Larreynaga e Irisarri.

---

(1) Haeckel. Historia de la Creación, página 231.

(2) La creation de l'homme. Flammarion. página 822.—Merveilles de la Nature, de Brehm.—La Creation de l'homme et les premiéres ages de l'humanité, por M. de Cleuziou.

(3) Federico de Hellwald. La Tierra y el Hombre, página 141, tomo I.

Desde los tiempos de Platón se quiso inquirir cuál sería la causa del fuego de los volcanes, y entre las teorías varias y muy modernas, pocas son las que hayan presentado en su tiempo, la claridad y sencillez de la que formuló el sabio centro-americano don Miguel Larreynaga, quien encontró eco favorable en Europa, bien que posteriormente, los adelantos hechos sobre fluidos terrestres y cosmogonía en general, han quitado la novedad, el brillo y hasta el aspecto de certidumbre que pudo tener en el siglo pasado la teoría de aquel hombre de letras, que tanto apreciaba su libro, sobre el fuego volcánico, que mandó poner un ejemplar en caja de plomo, para guardarlo en su féretro, al lado de sus cenizas. ¡Bien haya la memoria del eruditísimo literato que hizo grabar en su sepulcro, aquellos versos latinos:

"Nascentes morimur, finisque ab origine pendet,
Ipsaque vita sua semina mortis habet".

No hay en el mundo, en ninguna región, un baluarte de volcanes tan extenso, tan regular y tan vigoroso, como el que se ostenta, a las orillas del Pacífico, en la costa de Guatemala; y aquí es donde mejor se demuestra la teoría de que la **vulcanicidad**, o sea la reacción de un planeta contra su corteza, no es un fenómeno aislado, como antes se creía, sino que obedece a la geognosia general, que produce el efecto de formar rocas nuevas modificando las existentes. La ciencia moderna explica, al mismo tiempo, la formación de nuestro hemisferio, la sumersión espantosa de la Atlántida, y el crecimiento de esos altos picos, que, como testigos mudos de nuestra historia, ven hundirse las generaciones que sucumben, para dar paso a las generaciones que nacen. Cada conmoción de esas cadenas de montañas, cuya antigüedad relativa podemos determinar, forma una época en la serie de acontecimientos geológicos de nuestra tierra, maravillosa, por cierto, como dice Bancroft, desde cualquier punto de vista que se la considere. Es el sol el centro de donde dependen los fenómenos terrestres y la vida de nuestro planeta. Si por doquiera que los rayos del astro rey hacen abrirse un botón o brotar un capullo, hay para el alma sentimientos de simpática ternura, aquí, en donde la vida tropical presta colores y armonías a cuanto nos rodea, tenemos ante nuestros ojos el espectáculo más sublime.

Los conocimientos astronómicos comenzaron, pocos años hace, a vulgarizarse y a tener aplicaciones prácticas en todas las esferas: se creía accidentales los fenómenos de nuestro planeta, se consignaba la experiencia, se anotaba el hecho, sin fijarse en las causas y sin presumir que todo lo extraordinario que contemplamos, desde las marcas descendientes del mar Rojo que tanto admiraron los antiguos, como las erupciones de los volcanes, están sujetas en general a reglas matemáticas dictadas por el movimiento de la tierra y por el influjo y atracción de los demás astros. Sabido es que la tierra además de su

doble movimiento de rotación y traslación, oscila sobre su eje, inclinándose algo más o menos hacia el plano de la elíptica: este tercer movimiento se llama de nutación y se produce por la atracción inmediata del sol y de la luna, completándose en el espacio de diez y nueve años menos algunos meses: el camino que la tierra recorre o más bien la elíptica se inclina cuarenta y cinco segundos cada siglo hasta dos grados y cuarenta minutos que es la inclinación máxima, volviendo progresivamente a su primitiva altura en que corta al Ecuador en un ángulo de 23º, 27', 56" 12"': en veinte mil años realiza ese movimiento hasta ocupar exactamente el mismo plano: sin contar otras oscilaciones y sacudidas, esos dos movimientos dan por resultado cambios interiores en las capas terrestres y en el fuego central: siendo el movimiento causado por la nutación del eje de la tierra, más pronunciado, y realizándose con más brevedad, se distinguen inmediatamente sus efectos llegándose a hacer aplicaciones a la agricultura aun por personas poco peritas en conocimientos astronómicos. Próximamente cada diez y nueve años, la tierra se encuentra en las mismas condiciones y si conviniera averiguar con exactitud nuestra posición, bastaría estudiar cuál era la del plano de la elíptica respecto al año que comparamos, pero siendo tan tenue y prescindiendo de su importancia e influjo, hallaremos próximamente igualdad de diez y nueve años, en que el eje habrá vuelto a la misma inclinación; de aquí que sea tan fácil deducir cosas que a primera vista parecen imposibles de preveer. Los agricultores más instruidos aprovechan las experiencias para dirigirse en sus faenas.

Se ha observado que las más grandes erupciones de los volcanes, tienen lugar en la alternativa indicada, o sea cada diez y nueve años con leves diferencias de tiempo. La teoría del fuego central, está admitida como hipótesis comprobada por los volcanes; los volcanes son válvulas de seguridad. La corteza de la tierra se halla colocada entre dos capas fluidas: la exterior, el aire atmosférico; la interior, la zona incandescente o pirosfera. Ésta envuelve el fuego central teniendo comprimidas las vibraciones luminosas y caloríferas que existen como principio de elasticidad absoluta (1). En la pirosfera se mantienen en actividad las vibraciones, formando el estado normal de movilidad de las moléculas de esta zona sobre la cual descansa la cubierta sólida, cuyo espesor aumenta constantemente por la condensación de la pirosfera, que se dilata en proporción, reemplazando las capas flúidas que se solidifican. El movimiento de rotación de la tierra produce un choque continuo de la zona incandescente contra las capas interiores de la tierra, plegándose y arrugándose las capas recientemente solidificadas, y en vía de solidificación. La pirosfera retardar su movimiento en relación al fuego núcleo central, lo cual da por resultado corrientes del Ecuador a los polos y de los polos al Ecuador. En estos choques y corrientes se pueden abrir hendiduras en la corteza de la tie-

(1) A la teoría del fuego central se hacen objeciones que pueden verse en la obra de Eliseo Reclús. "NUESTRO PLANETA," página 25.

rra por donde se marche el líquido ígneo interior; el movimiento retrógrado del núcleo central se modifica por las perturbaciones del exterior o por la nutación del eje de la tierra, por la mayor o menor inclinación de la elíptica y otras que determinan sacudidas interiores más violentas que de ordinario en que se dislocan y rompen fácilmente las cubiertas, sobre todo, en las partes donde están resentidas por erupciones anteriores. Entonces el flúido ígneo atravesando la capa terrestre, según su cantidad y por consiguiente su fuerza, levanta montañas y puede empujar los mares hacia las llanuras cambiando la geografía del planeta. Es una hipótesis bastante racional, que el Continente americano se formó a consecuencia de una de estas convulsiones interiores, debida a un influjo más poderoso que la nutación del eje terrestre, quizás a la inclinación extrema de la elíptica en coincidencia con el movimiento de nutación. El extenderse los Andes en todo el Continente, su formación volcánica y las propiedades uniformes de toda la cordillera, dan motivo a suponer que también es obra de un solo accidente: todas las grandes montañas del globo han nacido de igual manera, según opinión unánime de los geólogos. Los mares se ven continuamente asaltados por el fuego: en el archipiélago oceánico existen en la actualidad muchas islas más que hace cien años. Aunque a primera vista parezcan que sean más antiguos los terrenos en que casi han desparecido o desaparecieron completamente los volcanes, los geólogos con mucha copia de datos y por el examen de las capas de tierra aeguran que el suelo de América es más antiguo que casi todo el antiguo Continente, no obstante su naturaleza volcánica y las muchas bocas de fuego que permanecen abiertas. Entre las bellas hipótesis que hemos leído acerca del porvenir inmediato de la tierra, no hay ninguna que nos dé idea del aumento de los continentes en relación al aumento de población. Es indudable que existirá una armonía superior entre todas las cosas aunque el progreso de los acontecimientos actuales no alcance a vislumbrarla. Se nota, aun en los tiempos históricos, alguna variedad en la altura de los mares. En las del Pacífico al Sur de América, en algunos puntos la costa se va retirando en más proporción que la entrada en el Norte de Europa, sin que este fenómeno corresponda al natural descenso de las aguas por consolidación y evaporación. En los grandes descubrimientos que los ingleses y alemanes hacen de las antigüedades orientales, se encuentran ya bastantes datos que nos dan a conocer que no pasaron ignorados en aquellos remotos pueblos ciertos accidentes que creemos estudiarlos por primera vez. No falta quien asegura que la deificación al fuego o al agua, en todos los países primitivos para la historia, emanaba del conocimiento de esa lucha del fuego con el agua, a los cuales respectivamente se atribuía el principio del mundo, según que las ideas filosóficas se dirigieran a lo metafísico o a lo material.

"Ya que hemos hablado de eminencias, por contraposición vamos a hablar de profundidades.

Son muy apreciadas las **ascenciones** a las montañas y a los volcanes; los relatos referentes a ellas se leen con el mayor interés y los viajeros curiosos, los amantes de la naturaleza cifran su mayor gloria en la ascención al pico de Tenerife; al Chimborazo o al Cotopaxi; pero no sucede otro tanto con los **descensos**, pues nadie hace mérito de las exploraciones de los barrancos: es que descender o bajar significa también **mengua**; subir, ascender es **medrar, encumbrarse,** así es que la persona que ha hecho alguna ascención en su vida, experimenta cierto orgullo, y hasta ahora nadie se ha enorgullecido por haber bajado a un barranco, por más profundo que sea. Sin embargo, la exploración de esas grandes grietas o quebradas que son tan numerosas cerca de las cordilleras y que abundan en Centro-América, es de gran interés científico y no ofrece menos peligros para el naturalista que la ascención a los volcanes. Los barrancos presentan al geólogo y al botánico, numerosos materiales de estudio y les reservan muchos descubrimientos, muchas sorpresas. Es considerable la superficie de terreno inculto, improductivo, representado por esas hondonadas que causan vértigo cuando se miran de cerca. Muchas veces, con algún trabajo y con inteligencia, una parte de ese terreno pudiera ser aprovechado para la agricultura; varios barrancos pueden considerarse como precipicios de valles, algunos están agrandándose cada día más a nuestra vista, como los de Patzún. Su origen geológico es análogo al de los valles; unos se han formado por **hundimientos,** otros por **desgarramiento, separación brusca o erosión.** Los primeros, son debidos a los temblores de tierra, a grandes oscilaciones que han movido el suelo. Los barrancos de desgarramiento han nacido de la repentina rotura de dos o más capas de terrenos producida por un terremoto, como el barranco en el fondo del cual existe Chinautla. Las capas se corresponden, y se siguen los dos paredones separados, como es fácil observarlo en el antiguo camino de ese pueblo, tan luego como se deja la llanura para empezar la bajada. Los barrancos de **separación** pueden ser formados por la pérdida o alejamiento de una capa de terreno que estaba antes sobrepuesta en otras capas. Las aguas torrenciales o diluvianas han producido este fenómeno. Los barrancos de **erosión** presentan este último fenómeno de un modo claro; sacan su origen del efecto destructivo de las aguas, que han descubierto las capas inferiores del suelo llevándose las capas superiores. Tal es probablemente el origen del callejón de Guastatoya, en el camino del Golfo. Los **callejones,** son barrancos por donde pasa el camino en las regiones montañosas y muy quebradas, como se dice vulgarmente. En la Baja Verapaz, entre San Cristóbal y Salamá, se penetra en un desfiladero muy pintoresco, llamado **Camino de la Campana,** donde se observa perfectamente la separación de los cerros que ha dado lugar a su formación.

En los barrancos que existen al rededor de Guatemala hemos encontrado un número de plantas de clima mucho más caliente que el de la capital; siguiendo el riachuelo de la **Barranca** (por el Incienso), hemos llegado a los

baños del Zapote, salvando con mucho trabajo saltos elevadísimos y encontrando una multitud de plantas análogas a las de la costa. Hemos visto puntos aparentes para el cultivo de piñas y flores de invernadero. Hay cerca de Guatemala, barrancos que se pueden aprovechar como invernaderos para el cultivo de legumbres y frutas. El examen de las rocas presenta gran interés. Ahí se encuentran muchas de esas viñas silvestres que demuestran producirse muy bien en esos lugares las viñas ingeridas.

La profundidad de ciertos barrancos es un gran obstáculo para el descenso y es preciso buscar guías o prácticos inteligentes para emprenderlo.

Cuando un barranco se halla al borde de un camino angosto, no deja de ser un peligro para el que va montado. Hace algunos años, un oficial del ejército, Mariano Montealegre, se escapó milagrosamente de un terrible accidente que debió haberle costado la vida. Iba caminando por el departamento del Quiché, montado en una buena mula, pero espantadiza. Se encontraba en un camino estrecho a la orilla de un barranco de más de 150 metros de profundidad, cuando de repente salió del monte un indio dando voces. La mula asustada dió un brinco hacia el barranco llevándose al jinete en su vertiginosa caída. Por una fortuna sin igual, Montealegre pudo asirse de una pequeña encina que había crecido en una de las hendiduras del paredón y pudo agarrarse sólidamente mientras el pobre animal rodó hasta el fondo del precipicio. A las seis horas, cuando nuestro oficial no contaba con ningún medio de salvación e iba perdiendo las fuerzas, llegaron unos doce indígenas a quienes el indio primero había contado el terrible percance del cual era la involuntaria causa. Por medio de fuertes lazos, después de mil dificultades, pudieron sacar a Montealegre de su crítica posición y lo llevaron cargado hacia un caserío, donde le prodigaron toda clase de cuidados. Esto nos decía después Montealegre, se llama salir **del barranco.** Por fortuna, se cuentan pocos accidentes análogos a pesar del gran número de precipicios que existen a la orilla de los caminos de herradura y de carruajes.

Ya que hemos hecho mención del **"Camino de la Campana,"** vamos a referir una conseja tradicional de la Verapaz, y de la que trae su nombre dicho camino. "El Cacique de Chamelco, bautizado por el Padre Las Casas, con el nombre de Juan, hizo un viaje a la Península Española a conocer al rey, que a la sazón lo era Carlos V de Alemania y I de España. Este monarca después de haberle concedido a Juan Matalbach el tratamiento de **don**, le regaló dos campanas grandes y sonoras, para su pueblo, las cuales fueron conducidas de una manera milagrosa, para Chamelco, en donde debían estar el Viernes Santo en la noche, para que los repiques de la gloria, el día siguiente, pudieran darse con ella. Ya sea que los espíritus celestes que llevaban a cabo la empresa, fueran contrariados por los malignos, o que se entretuvieran en conmemorar el cruento drama del Gólgota, el hecho es que el viernes santo las campanas estaban todavía a siete leguas de Chamelco. En tan grande apuro, dejaron

una de ellas y caminaron con la otra, que es la misma que hasta Cobán y más lejos hace oír su sonora voz.

La campana que no pudo llegar a su destino, está colgada según leyenda, en una cueva que el viajero ve desde la margen del caudaloso río de "Chisiy," como a cien metros o más de altura, en el centro de una inmensa peña cortada a tajo. ¡Cuál se sobrecoje el alma del caminante al contemplar esa tremenda mole: parece que se desploma y que uno queda sepultado bajo de ella!

Todos los años el viernes santo, a las tres de la tarde, diz que suena la campana con lúgubre tañido..... Y no faltan medrosos indios que además aseguran muy formales que por las noches ven aparecer al Cacique **don Juan**, por aquellas soledades".

Siguiendo la narración de la orografía Centro-Americana, vamos a tratar de lo concerniente al suelo de la República de El Salvador, interesante por todo extremo.

Uno de los trabajos más curiosos del movimiento étnico, que ha transformado la superficie del istmo, son los **Ausoles de Aguachapán**, respiraderos magníficos, dignos de estudio muy detenido; los nacimientos volcánicos en Ilopango, semejantes a un pebetero colosal que sale de la superficie de las ondas de aquella hermosísima laguna; el volcán de Santa Ana, de 6,600 pies de altura, activísima ampolla terrestre, que en el año 1770, comenzó a levantarse, y que después ha hecho cundir el miedo por aquellas ciudades y alquerías; el volcán de San Vicente, con el valle a sus pies de Jiboa o Tepetitán, pintoresco como pocos y bello sin igual; el volcán de San Miguel y el de Conchagua, forman también aquel regimiento de gigantes desoladores, que a las veces han causado muchos daños a los habitantes de esas fértiles comarcas.

El primero de quien se tiene noticia de haber bajado a la laguna que forma el cráter del volcán de San Salvador (1) fué el comerciante don Marcos Idígoras, el domingo 23 de marzo de 1843, y escribió una curiosa descripción, nada científica, pero muy natural y verídica, de aquel hermoso espectáculo, que pudo contemplar después de muchos peligros. **La ascención al volcán de San Salvador**, puede leerse en **"La Revista de la Sociedad Económica,"** de 14 de enero de 1847, tomo 1º, Nº 7. El barón Bülow dice que aquel espectáculo es tan imponente y único, que el contemplarlo vale la pena del viaje a Centro-América. Ya Palacios, en su **Relación** a Felipe II, habla de esa maravilla. El doctor don David J. Guzmán escribió lo que sigue: "Las rocas porosas y duras, según las investigaciones minuciosas de Mr. Plat, de formación feldespática, con cristales de mica y fragmentos piroxémicos variados, han surgido por una grieta inmensa de dirección paralela a la costa del Pacífico, levantando las formaciones anteriores y constituyendo esa especie de grandiosa columna vertebral sobre la que se apoyan nuestras costas y la innumerable serie de coli-

(1) Dice Squier que el Vessuvio, desde su base, puede caber fácilmente dentro del cráter del volcán de San Salvador.

nas, montes, vallados y altiplanicies que forman el interior de la zona salvadoreña. La orientación de esa barrera volcánica, que en gran parte es la misma de Centro-América, es: E. 20". S. 20º N. y su estructura mineralógica es igual en todas partes, siendo a veces anterior o posterior a la erupción traquítica. La más importante por sus aplicaciones, es la roca caliza, que con frecuencia se encuentra en diversos puntos del país, como en Metapán, Sensuntepeque, Chalatenango, Cuscatlán y muy abundante en los alrededores de San Salvador. Esta clase de roca se halla transformada a veces, en mármol, más o menos duro, cristalizado, como el mármol sacarino de Chalatenango; otras veces, combinada con la magnesia, bajo la forma llamada **dofomitisada.** En otros lugares el calizo se encuentra revestido de sus caracteres primitivos de roca de sedimentos y suele contener fósiles que permiten establecer la edad relativa de la formación. Por lo general, no aparece fuera de la línea de los volcanes que lo han despedazado y cubierto con sus deyecciones, bajo las cuales es seguro encontrar capas calizas cubiertas por lavas volcánicas y terrenos de transformación.

Es frecuente encontrar también, con el traquito, los esquistos o mica-esquistos de estructura laminar, que se observan en esas elevadas rocas, talladas a pico, tan frecuentes en los sistemas secundarios que se separan de la cadena volcánica. El pórfido colorado, de pasta vítrea-feldespática, con cristales de cuarzo, se ve a menudo al lado del traquito, como sucede en San Antonio Apaneca, en el volcán de San Salvador.

Hace años que el célebre barón de Humboldt hizo las mismas observaciones en Colombia, Perú y México, y llamó a estos pórfidos metalúrgicos, porque siempre acompañan a las vetas de plata, plomo y antimonio.

En muchos lugares, los terrenos que cubren las primeras capas, son los humíferos, colocados encima de otras capas de lavas volcánicas y cenizas mezcladas con piedra pómez, cascajo y puzolana, que forman mantos más o menos espesos, como sucede en los terrenos sobre los que están construidas las ciudades de San Vicente, San Salvador, Santa Tecla, Chalchuapa, Santa Ana, Quezaltepeque y otros lugares, y en Santa Ana y Chalchuapa todavía se observan grandes aglomeraciones de lava a flor de tierra, en diversos puntos, probablemente lanzados por el Amatepeque. Estos terrenos humíferos, mezclados a las cenizas y escorias volcánicas, son las que forman esas fértiles zonas de las llanuras de San Vicente, Zacatecoluca, Usulután, Santiago María (altiplanicies) faldas del volcán de San Salvador, del lado de Quezaltepeque, donde están ubicadas valiosas fincas de café; y sobre todo, esa fértil y extensa faja que abraza toda la cordillera de Santa Ana hasta sus confines con el departamento de Ahuachapán. El origen y fertilidad de estos terrenos, procede, pues, de la descomposición de esas rocas eruptivas a través de larguísimos períodos de acciones químicas constantes que se ejercen por las fuerzas naturales en acción perenne. Por una parte, la acción de la temperatura y del agua se une

a la acción de la atmósfera y de la vegetación, transformándose incesantemente, para activar la metamorfosis aluvial, que es la que da a los terrenos esa feracidad tan grande, característica de todas las zonas del trópico.

Las capas gipsosas son más abundantes en los departamentos de San Salvador, Chalatenango, Cabañas, San Vicente, San Miguel, Cuscatlán y Santa Ana. Existen cerca de Metapán abundantes minas de cal, yeso y cuarzo, y en varios puntos de la república, como Ilobasco y San Juan Lempa, depósitos considerables de lignitas.

Según Fernández, las rocas predominantes en la constitución de los terrenos de El Salvador serían las siguientes: el granito, los pórfidos, principalmente el tablar, la esquista y la pizarra arcillosa, las rocas silíceas, (pedernal, piedra chispa) el asperón o arenusca (talpetate) de consistencia en general blanda y de colores variados, los calcáreos, carbonatos y sulfatos; y más que todas las otras, las rocas traquíticas, basálticas y de lavas, encontrándose las dos primeras especies casi exclusivamente en las inmediaciones de los volcanes apagados, desde tiempo inmemorial, y las últimas cerca de los que están en actividad o que hace poco han entrado en receso. Otras rocas presentan formaciones de feldespato, magnesia, hierro, hierro magnético, plomo, plata y otros compuestos metálicos no definidos. Podemos, pues, establecer, en tesis general, que los basaltos son el prototipo de los terrenos de El Salvador, y han debido constituirse en un período de larga duración. Según el geólogo americano, Mr. Dutton, no hay referencia entre lo que duran las rocas eruptivas y su composición y estructura.

La cadena volcánica de El Salvador comienza al Sudoeste de Guatemala y va morir en un volcán ya extinguido o de cuya erupción no se conserva memoria, el volcán de Conchagua. Aquella cadena comprende los picos siguientes:

Volcanes	Altura en pies	Pies	Latitud	Longitud Meridional de Greenwich
Apaneca	5,530	5,350	89° 37' y 13° 49' N.	y 89° 52' long. O.
Santa Ana	6,615	6.615	Idem.	Idem.
Izalco	4,060	4,973	13° 46' 25" lat. N.	y 89° 38' long. O.
San Salvador	7,370	7,300	13° 44' lat. N.	y 89° 13' long. O.
San Vicente	7.590	7,683	3° 39' lat. N.	y 88° 48' 30" long. O.
Tecapa	5.255	5,255	13° 33' lat. N.	y 88° 27' 28" long. O.
Usulután	4.350	5,400	13° 27' lat. N.	y 88° 19' 5" long. O.
Jucuapa	4.520	4,525	13° 32' lat. N.	y 88° 19' long. O.
Chinameca	4,200	4,200	13° 30' lat. N.	y 88° 14' 10" long. O.
San Miguel	6,480	6,500	13° 29' lat. N.	y 88° 9' 20" long. O.
Conchagua	3,800	3,800	13° 25' lat. N.	y 87° 46' long. O.
Cacaguatique	....	4,850	13° 46' lat. N.	y 87° 53' 38" long. O.
San Jacinto	....	4,200	13° 42' lat N.	y 89° 6' long. O.
Cojutepeque	....	5,500	13° 43' lat. N.	y 88° 55' 50" long. O.
Guazapa	....	3,250	13° 36' lat. N.	y 89° 5' long. O.
Sociedad	....	4,250	13° 46' lat. N.	y 87° 53' 38" long. O.

Esa admirable combinación de volcanes imprime carácter especial a la topografía de El Salvador, cuya parte más elevada es la que da al golfo de Fonseca y se corta en tremendos acantilados de rojizo aspecto y a las veces de humeante calor; que contrasta, suavemente, con el verde monótono del golfo. Entre Acajutla y la Libertad se encuentra la rica Costa del Bálsamo, llamada así por el **Myros permun,** que en maravillosa abundancia, se ostenta exuberante, rompiendo la monotonía de una tira extensísima, arenosa y tostada que baten con furia las olas del Pacífico.

Las montañas de El Salvador vienen a formar la rama meridional de una bifurcación que desde Guatemala se acentúa, hasta formar su mayor apertura a esa latitud. Los orígenes ígneos del suelo se muestran por todas partes en estratos de arcillas ferruginosas y sulfurantes, dejando inmunes ricos valles, repletos de residuos orgánicos, cenizas en descomposición y materias que forman una vegetación lujuriosa.

Brotan muchas fuentes termales sobre conos pequeños, que parecen remedo microscópico de los altos picos que llegan casi a 2,000 metros, y que son masas de pórfidos revestidos de arcillas. El P. Gage llamaba "Bocas del Infierno" a la región del Izalco, en que son incontables las fumarolas y ausoles humeantes. La grieta diabólica va de Aguachapán hacia el N. E. profusa en charcas de apestoso cieno, removido por el furor de orgánicos gases.

Aún se nota, a primera vista, que la antigua Cuscatlán, como los indígenas llamaban a aquella región, sufrió cataclismos horrorosos. Hasta el día se ven fenómenos ígneos terribles y ante el espectador se va elevando el volcán de entre las aguas de un lago, y acuden los sabios a contemplar fenómenos, frecuentes en épocas muy remotas y cuyos restos ahí quedan para atestiguar lo que sufrió el istmo centro-americano en arcaicos días de ciclópeos desastres.

"El Lempa es el río principal de la república de El Salvador, nace en Guatemala, riega parte de Honduras y penetra al Noroeste de Chalatenango. Es un río unionista, que vive enseñando cómo el hilo material de las aguas salva las fronteras, para que en su ejemplo se aprenda qué fácil le sería al hilo divino de la fraternidad, sobreponerse a los accidentes de la política regional y ensanchar la geografía física y experimental de los pueblos.

"Cuando como ahora nos engolfamos en el estudio de las grandezas de todo género que encierra la privilegiada región central de nuestro Continente, no podemos evitar que tan deleitosa tarea deje en el ánimo una nota melancólica, que no es de desaliento, pero si de pena, al pensar que más sabia es la naturaleza que prudente el hombre, y que allí, puso la creación perfectamente delineada, maravillosamente combinados sus diversos elementos de existencia, admirablemente asentados sus territorios entre dos océanos, dándose las manos con los otros dos trozos de la América, la planta geográfica de una entidad política, y que aun corren los días y aun corren los años, sin que los hijos de

esta región hermosa se resuelvan a poner en práctica lo que el destino les está dictando para su futuro engrandecimiento y equilibrio del Continente."

"El Polochic es uno de los más caudalosos ríos, entre los que zurcan nuestro suelo, y tal vez el más importante de todos por ser navegable en una gran extensión de su trayecto, y por estar colocado entre la Alta y Baja Verapaz, que tienen un suelo tan fértil y tan rico en producciones agrícolas, para cuya exportación ofrece el río cómodo y fácil camino; estas ventajas dan al Polochic una importancia suma.

Nace ese caudaloso río en las alturas de Tactic, bonita población como de 2,000 habitantes, en su mayor parte indígenas, situada en la jurisdicción de la Alta Verapaz. No es en su origen sino una humilde quebrada, seca durante los calores de la primavera, y que ni está marcada en los mapas de la República, los cuales hacen nacer este río en las inmediaciones de Tamahú, lugar a donde llega después de atravesar una garganta de algunas leguas, entre las cercanías de Ranchá y de Chancé, por un cauce desigual y pedregoso y un clima bastante frío.

De Tamahú en adelante tiene un caudal de aguas mayor e invariable en todas las estaciones; su lecho es siempre pedregoso y bastante inclinado; sus márgenes están cubiertas de una vegetación escasa, compuesta en su mayor parte de arbustos y algunos encinos; su curso, aunque es demasiado tortuoso, sigue una dirección de Poniente a Oriente, hasta el lugar llamado Tucurú, población de indígenas, como de 800 habitantes, situada a cinco leguas de Tamahú. En las inmediaciones de esta población recibe las aguas del río de Tucurú, tributario suyo, y cambia de dirección hacia el Norte por entre espesos y dilatados cañales, que sin más trabajo que quemarlos en la estación oportuna, se convertirían en magníficos pastos; continúa con dirección hacia el Norte hasta recibir un segundo tributario que se le agrega en los alrededores de la ranchería llamada Chamequín, donde recobra su dirección primitiva de Oeste a Este, y se desliza al pie de una serranía, por entre juncos y cañas, alternando con pequeñas arboledas cubiertas de magníficos parásitos, pasando por las rancherías de la Hamaca, Matacní y la Tinta.—Este caserío, antiguo ingenio de añil, está hoy convertido en población por los indígenas de Alta Verapaz, que huyendo del trabajo y malos tratamientos a que los sujetan los agricultores, han abandonado sus hogares. En las orillas de esta población se une al río Sinajá, y sus aguas, aumentadas con él, corren por un cauce poco pedregoso y orlado por una vegetación más rica y frondosa entre la que comienzan a notarse algunas pequeñas palmeras, y que va presentándose más rica y variada a medida que se acerca a su embocadura.

Cuatro leguas más abajo de la Tinta se encuentra Telemán, población de indígenas anterior a la conquista; allí las aguas del Polochic, en aumento progresivo a causa de recibir los ríos de Pueblo Viejo y Tinajas, son ya navegables para pequeñas embarcaciones durante la estación lluviosa; pero, aunque

el cauce arenoso y la suave corriente favorecen la navegación, los muchos bajíos que hacen varar las canoas dificultan el tránsito, por lo que se ha abandonado la navegación de esta parte del río, y sólo desde Panzós, pueden circular sin dificultades las lanchas que sirven para recorrerlo.

Panzós, considerado como puerto interior, es una aldea como de 1,500 a 2,000 habitantes, que primitivamente eran indígenas en su totalidad; pero que por su actual importancia se ha atraído la inmigración de los puebos de Verapaz, Chiquimula, Jalapa y poblaciones fronterizas de la República de Honduras. De manera que los actuales pobladores son en su mayor parte ladinos, que por sus distintas procedencias le imprimen un carácter especial, lo que unido a la inmediación del río en cuyas márgenes se encuentran siempre varadas numerosas canoas y aún algunas pequeñas barcas y lanchas, le da el aspecto de un pequeño puerto.

Panzós está situado a unas 100 varas de la orilla del río; sus dos o tres calles son rectas y están formadas por bonitas casas cubiertas de hojas de palmera y algunas de teja. Hay en el puerto dos casas de consignación que se encargan de exportar el café de la Alta Verapaz y de la introducción de las mercaderías que necesita el mismo Departamento.

Desde Panzós hasta las bocas del Polochic, en una extensión de más de veinte leguas, el río es navegable en todas las estaciones por su suave corriente, por la profundidad de sus aguas y su arenoso lecho; su cauce es parejo y corre por entre anchas y fértiles vegas, por donde se extienden sus aguas crecidas por las abundantes lluvias de verano; de manera que su corriente, bastante suave, se encuentra muy poco aumentada aun durante los más recios temporales. La navegación se hace en canoas de una sola pieza y que fabrican los habitantes del lugar ahuecando el tronco de un cedro o de algún otro árbol de madera elástica y de poco peso. Estas canoas, bastante largas y angostas, tienen el fondo enteramente plano, lo que, si favorece su marcha por los bajíos, las hace muy lentas, especialmente si se trata de remontar corrientes, a la que presentan una superficie plana, nada a propósito para cortar las aguas; y por tanto, aunque bajan bien el río ayudadas por la corriente, son muy impropias para subirle: estas imperfectas canoas están provistas de pequeños remos de un metro de largo, bastante angostos y que no se apoyan en la orilla de la canoa, sino que se manejan a fuerza de puños; un medio de impulsión como este es otra causa que dificulta y retarda la navegación. Aunque, como llevo dicho, el medio general de transporte son estas primitivas embarcaciones, hay también algunas lanchas bien construidas, y dos pequeñas barcas chatas con sus palos para emplear las velas, pertenecientes a las casas de consignación que hay en Panzós (1).

(1) Hoy, además de dichas embarcaciones, hay un vapor que hace sus viajes semanales regularmente desde Panzós a Lívingston, y vice versa.

La sección navegable del río es también la más bella, pues sigue su tortuoso camino por entre una magnífica y variada vegetación, propia solo de nuestro privilegiado suelo americano en sus regiones intertropicales. Desde los más corpulentos árboles hasta los más pequeños musgos, crecen en las hermosas vegas del Polochic. Allí se admiran los cedros y caobas en toda su magnitud , los cocoteros y manacas, elegantes y útiles palmeras, los esbeltos y elevados voladores, el quiebra-hacha, de fibras tan duras y resistentes, que su madera se conoce con el nombre de palo de hierro, los bambúes y los tarros e infinidad de otros árboles siempre verdes y frondosos en la eterna primavera de que disfrutan, enlazados y cubiertos de infinidad de plantas trepadoras y parásitas, cuyas flores de los más brillantes y variados colores, esmaltan los diversos matices de sus verdes hojas.

Entre esas plantas abundan la aromática vainilla, el cacao, la zarzaparilla y otras muchas útiles y productivas que crecen silvestres y ofrecen sus frutos al primero que quiera tomarlos. Esta rica y exuberante vegetación presenta un variado cuadro a la vista del viajero, que abandonado a la suave corriente del río, sigue su curso. Multitud de aves de diversas especies revolotean sobre las copas de los árboles y las playas del río, entre las que se admiran numerosas garzas y patos silvestres, de todos tamaños y colores, y tanta variedad de pájaros, que la colección de sus familias bastaría para poblar un museo.

Aunque dirigiéndose siempre hacia Occidente el río sigue un curso tan tortuoso y son tan numerosas y continuadas sus vueltas que, el que por primera vez viaja por él, no tarda en perder el Norte y en ignorar la dirección en que camina: aun es difícil calcular las distancias que los naturales miden por vueltas y no por leguas, lo que da una idea bastante inexacta del camino que aun resta por recorrer. Los habitantes del lugar no caminan más que por el río, así es que se procuran una canoa con el mismo afán que ponen nuestros otros campesinos en proveerse de un caballo; casi no hay familia que no tenga su canoa más o menos grande e imperfecta; en ellas viajan y transportan sus víveres y mercaderías, y no es raro encontrar una familia entera hasta con sus perros y muebles que se traslada en una o dos canoas buscando un lugar a propósito para asentar su domicilio.

Como una legua abajo de Panzós, en el lugar llamado Los Encuentros de Cahabón, se reune al Polochic el río llamado también de Cahabón, que por las muchas arenas que arrastra en sus crecidas, ha formado numerosos bancos que hacen el paso difícil y aun peligroso, si los barqueros no conocen los canales que dan el fondo necesario para el paso de la embarcación. El Cahabón casi duplica las aguas del Polochic, que desde Los Encuentros en adelante tiene una anchura de cuarenta a cincuenta metros y más, y un fondo en sus partes más profundas de una o dos brazas; sus aguas son tan cristalinas que permiten ver su fondo, y perfectamente potables, aunque no muy frescas, pues por la anchura del río están la mayor parte del día expuestas a un sol abrazador,

que aumenta mucho la temperatura ya bastante elevada por lo bajo del lugar, así es, que casi es imposible caminar en canoas descubiertas, como lo hacen los habitantes del lugar, que sólo cuando conducen pasajeros cubren sus embarcaciones con unos toldos que llaman carrozas.

Seis leguas abajo de Los Encuentros de Cahabón se une al Polochic el río Sarco, que en unión de los numerosos riachuelos que en toda su carrera se le agregan, aumenta sus aguas y su anchura. Un poco más abajo, y sobre la misma orilla en que desemboca el río Sarco, se encuentra la única habitación que hay desde Panzós hasta el lago de Izabal, y que se llama "El Lagarto," lugar en que no habitan sino dos familias cuyo jefe es un cazador de tigres famoso en toda la comarca. Desde el Lagarto en adelante continúa el Polochic su majestuoso curso sin encontrar una sola población en sus frondosas orillas hasta el lago de Izabal en donde desemboca dividiéndose en seis ramas que forman un delta, y allí se presentan algunas dificultades para el paso de las embarcaciones, porque el fondo no es igual en todos los canales, ni en uno mismo en distintas fechas; pues alternativamente se inclina la corriente a cada una de las seis bocas que forman el delta.

La travesía de Panzós al lago puede hacerse, con una lancha bien tripulada, en diez o doce horas; pero remontando la corriente para ir del lago a Panzós se necesitan de treinta y seis a cuarenta horas, tiempo en que los remeros no pueden descansar sino atracando a las orillas para no perder, arrastrados por el río, el espacio adelantado: en la estación lluviosa la travesía es aun más dilatada, pues los árboles que arrastran las crecientes y quedan en el lecho del río, retardan la marcha de las embarcaciones.

Las dilatadas y magníficas vegas del Polochic, despobladas y baldías en toda su extensión, están cubiertas de una selva virgen en la que abundan maderas preciosas y de construcción que por estar situadas en las orillas del río, sería muy fácil su exportación; su suelo es quizás el más fértil de Centro-América, circunstancia que presagia a esa importante sección de nuestra República un brillante porvenir.

En medio de la escena brillante de nuestro variado suelo, quedaron ahí nuestros volcanes, cual plutónicos pebeteros del gran fracaso de la edad miocena, y forman hoy un sistema especial orográfico, único en su género, maravilloso en su conjunto, que contemplado desde el mar, presenta en lontananza azulosas pirámides, encendidas algunas de ellas y arrojando al cielo ígnea lava, que ilumina el espacio con sublimidad aterradora (1).

El lago de Atitlán, de siete leguas de circunferencia, forma uno de los panoramas más bellos del mundo. La parte Septentrional está rodeada de altísimas rampas que apenas dejan acercarse a la ribera, mientras que por la costa del Sur, se elevan varios volcanes, de entre los que surge el Atitlán,

(1) Vue des Cordillères et monuments des peuples indigènes de l'Amérique. Paris.

proyectando su gigantesca sombra en las límpidas aguas del lago transparente, cuyas frondosas orillas vense pobladas por diversos indios, industriosos, sobrios, alegres, que en estrechos cayucos, se entran navegando en las tranquilas ondas. Destácanse en los contornos comarcanos, los ranchos pajizos, las blancas chozas de San Pedro, Santa Catarina, Ixtahuacán y San Antonio, suspendido este simpático pueblo, como un nido de águilas, en un abrupto anfiteatro, completamente inabordable en la parte del lago, y circuido de rocas negruzcas inexpugnables, que ahí dejó el gran cataclismo, aún recordado por los aborígenes de aquellos sublimes sitios.

Las colosales montañas, los volcanes diversos, los valles profundos, las llanuras inmensas, las requemadas rocas, los picos altísimos, nevados por los vientos del Norte, y las cálidas arenas que tuesta el sol de los trópicos, dan a todos esos lugares, la variedad y magnificencia de tierras vírgenes que aun no han revelado todos sus secretos.

Es por todo extremo curioso observar que las aguas del lago de Atitlán se mantienen a 558 metros sobre el nivel del Pacífico, teniendo una profundidad que no se ha podido averiguar, y sin que se le conozca desagüe, a pesar de que recibe las grandes corrientes de los ríos Iboy y Panajachel. Se cree que las aguas filtran por diversos puntos del suelo y de las rocas que le sirven de lecho, yendo a formar riachuelos hacia el sur, algunos kilómetros más abajo.

Nuestro amigo, el inteligente ingeniero don Alejandro Prieto, escribió un interesante artículo sobre el **"Lago Azufrado"**. Dice así: "Una cordillera muy irregular de montañas, destrozada a cada paso por numerosos ríos, cañadas y precipicios insondables, se extiende desde la línea fronteriza de Soconusco, por la parte de México, hasta las márgenes de la laguna de Güija, situada en las fronteras de El Salvador, atravesando en este trayecto todos los departamentos del Sur Oeste de la República de Guatemala y prolongando por este rumbo sus contrafuertes en declives más o menos violentos, hacia las fértiles playas del Océano Pacífico.

Esta cordillera traza en la carta geográfica de la República algunas líneas sinuosas, en cuyas curvaturas más irregulares se ven colocadas de trecho en trecho las cumbres gigantescas de muchos volcanes.

En los departamentos del Este y del Norte de Guatemala sería difícil determinar con alguna precisión la línea seguida por la formación de las cordilleras, pues que el viajero que haya recorrido estos últimos departamentos, recordará el desorden en que se encuentran colocados; desorden que hace suponer que algunos siglos antes de su firmeza y estabilidad actuales formaron una inmensa combinación de materias arrojadas al espacio por la acción plutónica de los volcanes. Esto es tanto más probable cuanto que se encuentran en las partes más elevadas de las montañas, así como en los valles que en corto número forman conos truncados más o menos regulares, en cuya base superior están aún abiertos en el fondo de los cráteres gran número de respiraderos,

por donde se escapan al espacio los gases producidos por un fuego interior que aun no se encuentra del todo extinguido.

En el camino que se transita en la actualidad entre San Juan Utapa y Chiquimulilla se atraviesa el terreno esencialmente volcánico en que se encuentran situados los altos riscos del cerro de Tecuamburro. En esta comarca existe un gran número de esos respiraderos a que acabo de referirme, los que ofrecen salida hasta la superficie del terreno al calor y gases que se originan de un fuego subterráneo, no muy profundo en aquellos lugares, y difícilmente sofocado por la gravitación que forman en conjunto los cimientos de granito de las montañas circunvecinas.

Una prueba de lo que acabo de decir es el Lago Azufrado, en cuya ribera oriental se encuentran algunos orificios, de los cuales se elevan columnas de aire de una temperatura tan elevada que no puede soportarse al contacto de la mano; encuéntranse también algunos pozos llenos de un lodo ligeramente teñido de amarillo por la gran cantidad de azufre que contiene, el cual está en constante ebullición. No pude conocer el grado de calor de este lodo cuando visité el Lago Azufrado, por falta de un aparato competente, pues un termómetro, cuya subdivisión alcanzaba a 70º centígrados, hubiera estallado con sólo permanecer sumergido en él durante dos minutos; tal era la rapidez con que se verificaba la dilatación del mercurio en el tubo de cristal que lo contenía. En los primeros de estos orificios noté que las pequeñas columnas de aire caliente que por ellas se escapan, arrastran constantemente en su salida una gran cantidad de menudo polvo de azufre, que se adhiere a las protuberancias y huecos de las rocas que forman las paredes de aquellas chimeneas naturales.

Por la orilla Occidental del Lago se encuentra otro número mayor de respiraderos, aunque éstos en su totalidad no merecen ya tal nombre, por estar al presente obstruidos y completamente fríos; la única cosa que en ellos demuestra haber sido de la misma naturaleza que los de la margen oriental, son los restos de azufre que se encuentran en los intersticios de las rocas que los rodean.

Esta clase de respiraderos se encuentran también a uno y otro lado del camino desde la cumbre de la cuesta de Ixpaco hasta la subida a la pequeña aldea llamada Tempisque, algunos de los cuales están situados tan inmediatos al camino, que el olor nauseabundo que despiden no puede soportarse por largo tiempo, y avisan al viajero la presencia, en el aire que respira, de gases sulfurosos y corrompidos.

Se cuenta por los vecinos de esta comarca que existe uno de estos orificios llamado el Pozo de la Muerte, del que se escapa una columna de aire envenenado por no se sabe qué gases subterráneos, que produce la muerte de un modo instantáneo a todos los animales, tanto cuadrúpedos y reptiles que se acercan a él, como a las aves que en su vuelo lleguen a pasar por encima del orificio que la despide. Esto me hizo suponer la existencia en el sitio de que se me hablaba

de algún fenómeno semejante a los que tienen lugar en el llamado **Valle del Veneno o de la Muerte,** en Java, o en la gruta de Cannas en las inmediaciones de Nápoles, en donde la abundancia del gas ácido carbónico que se exhala de los respiraderos, produce la asfixia al que penetra en tales parajes y permanece en ellos por largo tiempo.

Cuando se me dieron tales informes respecto del Pozo de la Muerte, quise conocer personalmente tan peligroso sitio y busqué al efecto entre los vecinos de Tecuamburro un guía conocedor de aquellas montañas. Fuí conducido entonces a un lago muy inmediato a la aldea de Tempisque, que no dista de ella sino un kilómetro a lo sumo, y al pié de un elevado barranco, de los muchos que forman los destrozados contrafuertes del cerro de Tecuamburro, se encuentra un espacio de forma elíptica, de trecientos metros de circunferencia, en donde el color amarillento del terreno, el olor azufrado que satura la atmósfera, las moléculas de azufre que se encuentran con restos de escorias volcánicas; todo hace suponer que ahí existió un gran respiradero sulfuroso de la misma naturaleza de los que se encuentran en el borde Oriental del Lago Azufrado. Tal es el sitio que se me señaló como el pozo llamado de la Muerte por los habitantes de aquella comarca y del cual se me habían dado los informes que dejo indicados. Muy pronto pude convencerme entonces de la exageración de tan siniestros rumores, pues que en la actualidad todo sér viviente puede permanecer en las inmediaciones del Pozo de la Muerte sin abrigar el menor temor de ser víctima de alguna influencia mortífera, extraña y desconocida.

Al examinar más detenidamente el Pozo de la Muerte, pude conocer que ha sido obstruido por los considerables derrumbamientos que han tenido lugar en el barranco a cuyo pié se encuentra colocado; pues este barranco, elevándose a una altura de cuarenta metros aproximadamente, tiene aun en el día grandes moles peñascosas que parecen estar suspendidas en el espacio por un verdadero milagro de equilibrio; pero que sin duda se precipitarán al más ligero estremecimiento que sufra el terreno en los continuos temblores que lo conmueven. El Pozo de la Muerte es al presente menos temible por sus exhalaciones que los pequeños pozos del Lago Azufrado. No obstante, es indudable que el mal clima que se atribuye a la comarca que se extiende de San Juan de Utapa a las alturas de Tecuamburro, es debido a las influencias que ejercen en el sistema fisiológico de todo sér viviente los gases pestilentes y venenosos que se desprenden de los citados respiraderos. Una prueba de ésto es la de que los labradores que bajan a los valles de las montañas en las primeras horas de la mañana a emprender sus tareas agrícolas, caen atacados a los muy pocos días de fiebres miasmáticas de las que muy rara vez escapan con vida. La dolorosa experiencia que han adquirido de esta verdad los ha hecho prescindir al presente el trabajar en el bosque en las primeras horas del día, teniendo que esperar que las ligeras neblinas que por lo común cubren las partes bajas del

terreno al amanecer, hayan desaparecido para comenzar sus tareas sin el peligro de la enfermedad.

La explicación científica que puede darse a este hecho es la de que los gases que se despiden de los respiraderos y ciénegas azufradas se extienden en las capas bajas de la atmósfera, ocupando el fondo de los valles, debido a la frialdad de la temperatura que se nota durante la noche; y estos gases que son los que producen el envenenamiento de la sangre, se elevan a las altas regiones de la atmósfera, cuando el Sol ascendiendo sobre el horizonte los volatiliza por medio del calor.

Sin embargo de ésto, el clima de que se goza en "Pueblo Nuevo" y en las alturas de Uzumasate, en donde está situada la finca de "Padilla," es un clima bastante saludable, pues desde luego se comprende que las causas que acabo de mencionar y que hacen malsana la parte baja de aquellas montañas, no existen en las alturas.

En los terernos que se extienden al Sureste de Pueblo Nuevo se encuentran extensiones de bastante consideración, suficientemente planas y muy propias para cultivar café; su altura sobre el nivel del mar es de 3,800 pies y las plantaciones que en pequeña escala se han hecho, demuestran las grandes ventajas del terreno para esta clase de cultivos.

Mucho deben contribuir indudablemente al exuberante desarrollo de la vegetación en aquellos lugares, esos mismos gases deletéreos que son un veneno para los séres animados, puesto que las plantas se desarrollan en mucho por la influencia del ácido carbónico que figura entre los componentes del aire y este gas debe abundar sin duda en unos sitios en donde existen abiertos en la superficie misma del terreno respiraderos de antiguos volcanes.

El lago Azufrado, además de estos respiraderos, ofrece otros fenómenos muy dignos de notarse, los cuales consisten en los movimientos contrarios que experimentan sus aguas, pues aunque a primera vista parecen dormidas, a poco que se les examina se nota en ellas la existencia de corrientes indudablemente determinadas por esfuerzos subterráneos, unas repulsivas y otras absorbentes, imposible de ser conocidas en su origen y combinaciones interiores.

Pocas palabras bastarán para dar una idea de las condiciones en que este lago se encuentra colocado y de las corrientes, tanto exteriores como subterráneas, que en él concluyen o en él se originan. Su forma es aproximadamente circular, teniendo un diámetro de cuatrocientos metros a lo sumo, el terreno que le rodea es un bordo también circular que se eleva a quince metros sobre el nivel del agua y está formado por las paredes interiores de un cráter, en el fondo del cual se descubre el lago como un extenso charco de azufre batido, pues sus aguas, lejos de ser transparentes como las del lago de Ayarza, están teñidas de un color amarillo paja muy pronunciado, debido a la gran cantidad de azufre que contienen. Son dos las corrientes que se ramifican exteriormente con estas aguas, la una consiste en un pequeño arroyo que no

arrastra más de dos metros cúbicos por minuto, el cual baja serpenteando por la parte del Suroeste; y la otra tan insignificante como la anterior, originándose en el mismo lago por la parte del Este, atraviesa las pendientes del terreno y va a perderse en el arroyo de Ixpaco. Nada notable presenta esta entrada y salida de dos arroyuelos en un lago como del que me ocupo, pues desde luego puede suponerse que el último arrastra en su salida igual volumen de agua al que conduce al lago el primero, pero sí llaman la atención del observador los borbotones que conmueven la superficie del lago por su parte oriental, en un espacio circular de 10 metros de diámetro, con cuyos borbotones aparecen una infinidad de globulitos formados por gases sulfurosos, los cuales al estallar en la superficie forman el ligero vapor que constantemente se eleva de aquel sitio.

Para conocer la naturaleza de tales movimientos, hice arrojar un pequeño trozo de madera en el lugar en que aparecen y observé que este era ligeramente impulsado fuera del círculo en donde se notan los borbotones. Esta circunstancia no me dejó ya duda de que en aquel sitio existe una vertiente considerable que haría muy pronto resbalar las paredes del cráter o convertiría el pequeño arroyo que en él se origina en un impetuoso torrente, si no existiese en el mismo fondo de este lago un hoyo absorvente por el cual desaparece la inmensa cantidad de agua que arroja la vertiente de que acabo de ocuparme.

La temperatura que tienen las aguas del Lago Azufrado es de seis grados centígrados sobre cero, observándose con sorpresa que a dos metros de distancia de la orilla de un lago tan frío, se encuentren pozos de un lodo hirviente y orificios por los cuales se escapan las columnas de aire caliente que dejo mencionadas al principio de estos apuntes.

Para terminar, diré que al percibir bajo un solo golpe de vista las lomas poco inclinadas que se extienden entre las alturas de Tecuamburro y las de Uzumasate, en medio de las cuales está colocado el lago azufrado, fácil es concebir la idea de que existió en aquel sitio en época ya muy remota un volcán gigantesco, que después de haber conmovido profundamente los cimientos de aquellas montañas, arrojando al espacio inmensas cantidades de materias de toda naturaleza, combinadas en una confusión completa, se hundió sobre sí mismo, viniendo a ocupar su cráter, así como las rocas y arenas que formaron exteriormente su cono superior, el mismo sitio en que hoy se encuentra el lago; dejando en pie por sus contornos elevados aun a grande altura, los riscos que al presente son conocidos con el nombre de Cerro de Tecuamburro, y que entonces fueron los contrafuertes laterales en que apoyara el volcán su gigantesca mole".

Por una especie de antítesis, el territorio del Petén presenta una área de 16,400 millas cuadradas, casi planas, a una altura de 500 o 1,500 pies sobre el nivel del mar. Su sistema de montañas es el de la Sierra de Chamá, con algunos ramales en la parte central, que producen una temperatura templada. Suelo de promisión y de maravillas, tiene apenas unos diez mil pobladores, en

estado asaz primitivo. El río Usumacinta, el de la Pasión y el Chixoy corren por aquel paraíso, lleno de seculares árboles y de riquezas ocultas.

Cuando uno considera que ahí, al norte del Petén, en Yucatán, ha habido por muchos años y existe hoy el monopolio del henequén, que produce anualmente más de dieciocho millones de dólares, se admira de que no se haya hecho en aquella próvida tierra gran industria con las plantas textiles. La caoba, cedro, chico zapote, granadillo, naba, tobillo, guayacán, caracolillo y muchas otras maderas, constituyen gran riqueza, sin contar con el chicle, los productos colorantes y medicinales. Las pasturas en llanos fértiles, podrían contener millones de ganados. Lo que falta es poblar aquel edén.

La parte septentrional del país, más allá del río de la Pasión, es bastante desconocida, y ahí queda la hermosa laguna del Petén, de 9 leguas de largo y cinco de ancho, dividida en dos partes, por una península, en donde hay varias islas, siendo la principal la que contiene la ciudad de Flores, en donde existió, hasta fines del siglo dieciséis la capital de los itzaes. Este lindo lago no tiene desagüe visible, y hacia su margen meridional existen varias grutas y cavernas, la mayor de las cuales es la de Jobitzinaj, célebre por las muchas estalactitas y estalacmitas, dándole un aspecto raro y brillante.

"En la selva virgen del río de Izabal, resuenan, particularmente de noche, el grito de las aves que se posan en los corpulentos árboles, el sonoro rugido del jaguar americano, los aullidos de los monos que se columpian en los bejucos oscilantes y el silbido de la serpiente que sorprende un nido de guacamayas. De día recrea la vista el verde brillo del agua que cae por una cascada peñascosa, cubierta en su parte superior por el bosque tropical y adornada por doquiera de plantas variadísimas. Las más bellas aves de vistoso plumaje animan las selvas y los campos, y las pintadas mariposas van posándose de flor en flor. Pero el sol vibra su abrasadores rayos, por lo cual el viajero se retira hacia el fuerte de San Felipe, que desde el tiempo de la Conquista se ostenta lúgubre, sin que sus sombríos muros hayan sido escalados más que por las plantas trepadoras. Las verdaderas delicias de los indios que viven en tales soledades, son sus hijos sobremanera hermosos, en su desnudez, y particularmente por sus ojos de gacela". (1)

Los geólogos franceses Dollfus y Montserrat, que varias veces hemos citado ya, aseguran que la orografía de Guatemala es peculiar y asombrosa, debiéndose a ella el carácter especial que este rico suelo presenta. El curso de las aguas, en el valle de Guatemala, en donde se encuentra la capital, es curioso, pues van unas al mar Atlántico y otras al mar Pacífico, debido a la configuración del terreno.

La cadena volcánica de Costa-Rica comienza con el pico cónico del esbelto Turrialba, que se levanta en una continua pendiente, desde los llanos de Santa

---

(1) La Tierra y el Hombre, por Federico de Hellwald, tomo I, página 139.

Clara, hasta alcanzar 10,965 pies de alto sobre el nivel mar. Su cráter oblongo contiene fuerte corriente de vapores sulfurosos, mezclados con arena. En 1869 hizo fuerte erupción ese volcán, que no queda lejos del Irazú, unos 360 pies más alto, y mucho mejor conocido a causa de la facilidad con que desde Cartago se puede subir a caballo. Ese volcán tiene tres cráteres extinguidos y más abajo solfataras, en la pendiente nordeste, y vertientes de aguas de temperaturas varias. Sus erupciones históricas tuvieron lugar en 1723, 1726, 1821, 1822, 1844 y 1847. Esta última causó fuertes temblores de tierra, sentidos desde Rivas, en Nicaragua, hasta Panamá. Es famoso el volcán Poás, no sólo por lo pintoresco, sino por el lago de agua caliente de su cráter, que arroja una columna de vapor líquido como de mil pies de altura. El profesor Fid. Tristán hizo un curioso estudio de esos fenómenos. El Poás tiene 8,895 pies de alto y es popular por sus bellezas naturales y fácil ascenso. Poco tiempo hace que causó tremendos terremotos. La cordillera volcánica de Costa-Rica termina cerca del extremo sudoeste del lago de Nicaragua con el monte Orosí, cantado por los poetas. El Tenorio y el Miravalles sirven a los capitanes de los buques costeros del Pacífico, para determinar el golfo de Nicoya y el puerto de Punta-Arenas. La actividad volcánica llega a su máximun en el extremo oriental de la cadena, y la sección del país, entre Turrialba y Poás—llamada valle central—es la más expuesta a terremotos y a la vez la más poblada. La erupción del Poás, en enero de 1910, causó algunos temblores de tierra, hasta producir las dos lamentables catástrofes de la infortunada Costa-Rica, acaecidas en ese año. El pico Blanco, el Chiriquí, el Monte Herradura, Los Votos, Barba, Rincón de la Vieja, Chirripó y Rovalo, son otros tantos volcanes de aquella fecunda zona (1).

La cordillera atraviesa la república de Honduras de Noreste a Sudeste. Las principales montañas se conocen con el nombre del Merendón, Celaque, Opalaca, Puca, Opatoro, Cerro de Hule, de la Paz, Comayagua, Sulaco, Yoro, Olancho y San Marcos. Los ríos son grandiosos, soberbios, como el Chamelecón, el Ulúa, el Lean, el Romano, el Tinto, el Patuca, el Segovia, el Negro, el Choluteca, el Nacaome y el Goascorán, que arrastra arenas de oro en su corriente. Hay valles lindísimos, extensos, exuberantes, praderas de perennal verdor, en las que pacen ganados que constituyen una verdadera riqueza. Honduras, país de primitiva formación, tiene muy ricas minas y un territorio tan extenso como para contener sobradamente millones de pobladores.

Para enlazar las dos grandes porciones continentales del Nuevo Mundo, plugo al cielo extender un puente, con luminarias de volcanes eruptivos; con lagos, que parecen mares; con ríos que se hinchan atléticos y se desbordan por barrancos, llanuras y paradisíacas comarcas, en donde existen toda clase de riquezas naturales. La América Central en punto a geológicos cataclismos

(1) Costa Rica.—Vulcan's Smithy, by H. Pittier.

y formaciones ciclópeas, es la parte maravillosa del planeta. ¡Quiera el destino que este istmo, que forma el corazón de nuestro continente, no vuelva a sufrir uno de esos horrorosos cataclismos; que las desniveladas aguas de los océanos, las inauditas masas combustibles, las peculiares condiciones sísmicas, el sistema orográfico, y lo relativamente angosto de su costra terrestre, no den lugar a que esta bellísima tira de tierra, que ha venido variando tanto en su configuración, se convierta en otra Atlántida! ¡Quiera el cielo que, al cortar atrevida la mano del hombre, el istmo de Panamá, no se realicen los temores de Felipe II, que prohibió hasta hablar de tamaña empresa, bajo severas penas; "porque era asaz peligroso para estos países, echar abajo las cadenas de montes que Dios elevó para dividir los dos océanos, que podían tragarse la estrecha faja de tierra en la América Central"!

Nó: enhiestos volcanes en la región hermosa de mi nativa tierra, que engarzáis el corazón del Nuevo Mundo con el cielo; vosotros visteis crecer y multiplicarse al aborigen, en libertad y fruición salvajes; presenciasteis al férreo conquistador abriendo claros de muerte entre la turba vencida; temblasteis de coraje al contacto de los ríos de sangre indiana; escuchasteis los himnos de la libertad; y habréis de contemplar el lábaro de azul y blanco sobre vuestras cimas, en gloriosos días de bonanza para la Patria, como serán los que se aproximan del **"Centenario de la Independencia Centro-Americana!"**

CAPITULO V

ANTROPOLOGIA—FAUNA Y FLORA—METEOROLOGIA

SUMARIO

El vértigo de lo infinito nos oculta la tierra y el cielo. — Teorías diversas acerca de la formación inicial de los seres humanos. — Monogenístas, poligenistas, transformistas. — Razones alegadas por los partidarios del transformismo, que está en boga. — Argumentos étnicos en pro del monogenismo. — No es dable precisar la fecha en que apareció la humanidad, ni el lugar. — Asegúrase que existía ya en la época terciaria. — Los restos humanos más antiguos. — Fósiles descubiertos en Centro-América. — Tobas petrificadas, procedentes de Nicaragua, con pisadas de hombres. — Puede presumirse que en la América del Centro existió la especie humana desde primitivos tiempos. — Diversas opiniones sobre el origen de los indios americanos. — Lo que dicen notables autoridades.—La última palabra del Dr. Herdlicka. — Razas autóctonas. — Invasión y mezcla de otras razas. — Historia de Ixtlixochitl. — El diluvio en Centro-América. — Tradiciones. — Quedaron los hombres como peces, "tlacamichín". — Lo que dice el Códex Troano. — Confirmación, por los estudios geológicos. — Flora y Fauna ante-diluvianas. — Peculiaridades en la América Central. — Vegetales del período mioceno. — Lo que predomina en la vegetación de nuestras tierras. — Arboles, plantas y flores. — Diferencias de la Fauna y Flora de los Continentes actuales. — Meteorología de Centro-América. — El valle de la capital de Guatemala es el punto céntrico de las observaciones meteorológicas. — Sequías, calores extraordinarios. — Lluvias excesivas. — Cambios atmosféricos. — Temperatura. — La boca-costa. — Singular variedad de frutos en lugares próximos.

El vértigo de lo infinito nos oculta la tierra y el cielo, quedándonos perdidos en un punto, como el eterno Erebo. Definitivamente son irresolubles las cuestiones iniciales, que se esfuman en la nebulosa del geólogo, en los átomos del físico, en la causa primera del místico, o en las sinuosidades del transformismo. El origen del hombre se pierde en la noche de nuestra ignorancia Solamente teorías alcanza la ciencia cuando pretende profundizar el principio, esencia y fin de las cosas creadas. Opiniones diversas existen acerca de la formación inicial de los seres humanos.

Dicen los **monogenistas** que de un solo tronco, Adán y Eva, viene la humanidad entera, como la Biblia lo enseña, y lo sostienen respetables etnólogos, entre otros Latham y Prichard. Los **poligenistas**, a su vez, opinan haber habido diversas creaciones de hombres, según las respectivas razas, al decir de Morton, Agassiz, Glidden y otros muchos. Por último, Lamark, Darwin y Haeckel, seguidos de gran número de escritores, se fundan en la evolución, de modo que las especies actuales son desenvolvimiento de otra forma preexistente, de inferior naturaleza. Esta hipótesis es la que hoy se halla en boga. Las obras modernas de Morton, Broca, Lethan, Tylor, Lubbec y el español

Vilanova, son magistrales sobre esos puntos antropológicos y etnográficos. La "Antropología y Etnografía" de Daniel G. Brinton, que hemos estudiado detenidamente, es digna de la fama de tan sabio autor.

"Haeckel, el ilustre profesor que desde la Universidad de Jena conmovió al mundo científico, publicando su **Morfología General de los Organismos,** que imprimió nuevo curso a la ciencia de la vida, mostrando derroteros hasta entonces poco conocidos y menos frecuentados, fué el brillante campeón que en Cambridge enarboló la enseña del progreso científico.

Nutrida de ciencia contemporánea, llena de principios que radican en las más elevadas concepciones de los conocimientos modernos, tal es la comunicación que ante el Congreso de Cambridge presentó el renombrado biologista. Difícilmente habría habido momento más oportuno, pues como lo hace ver el eminente escritor, tratábase de dejar de una vez establecida una de las más importantes verdades de la ciencia, uno de los más interesantes problemas, el que para el ilustre Huxley constituye "la cuestión suprema," la que no se puede resolver sino por medio de la zoología científica en su más lata acepción.

Para demostrar estas verdades y dejar sentados los principios fundamentales de la cuestión, por manera tan clara y evidente que en lo sucesivo no permitan formular argumentos que produzcan vacilaciones, ni interpretaciones torcidas que puedan dar origen a doctrinas especulativas que obscurezcan el horizonte diáfano de la ciencia futura, el ilustre profesor de Jena, después de examinar con elevado criterio la historia del transformismo y la estrecha relación que entre los trabajos de Lamark, Goethe, Wallace y Darwin existen, pasa a exponer los datos suministrados por la Anatomía, la Filosofía y la Psicología comparadas, estudiando a continuación lo que la Paleozología suministra, consagrando especial atención a los capítulos referentes a la dentadura de los primatos, a la serie de los vertebrados, en las diversas épocas geológicas y a las valiosísimas consecuencias que del estudio de la Embriología se obtienen acerca de los tipos ancestrales, que podríamos llamar los abuelos de los actuales vertebrados.

Después de un detenido estudio de las clasificaciones que han sido propuestas para la división de los Primatos y Simios, concluye por aceptar la de Hartmann, que divide el orden en **Primarii, Simioe** y **Prosimioe,** por ser esta la clasificación que resulta ajustada a los conocimientos más recientes, puesto que posteriormente fué corroborada por el importante descubrimiento del profesor Selenka, que en 1890 dejó demostrado que la placenta del hombre está conformada lo mismo que la de los antropoides y no como la de los símidos y lemuridos, o sean prosimios.

Apóyase además en la que él llama, la ley o fórmula del **pithecómetro** de Huxley, llegando por ella a la deducción siguiente: las diferencias morfológicas entre el hombre y los antropoides son menos importantes que las que separan a estos últimos de los demás catarrhinos.

Aplicada esta misma ley a la philogenia del hombre, nos lleva por vía directa a las siguientes conclusiones: Primera: los primatos forman un grupo natural **monofilético** en que está incluido el hombre, y descienden de una forma ancestral común que hipotéticamente llamaremos **archiprimos**; segunda: de los dos subórdenes de primatos, los prosimios son los más antiguos, de ellos proceden los simios; tercera: de estos últimos los monos orientales (catarrhinos) forman otro grupo monophilético, siendo su tipo ancestral el **archipithecus.** Los monos occidentales o del Nuevo Mundo (Latirrhinos) son una rama coláteral; cuarta: el hombre proviene de una serie de catarrhinos extinguida, sus abuelos más inmediatos corresponden a un grupo de monos sin cola y con cinco vértebras sacras (antropóides).

Si en el campo de la Anatomía y de la Embriogenia, la Ley de Huxley se confirma, en el de la Fisiología comparada sucede lo mismo, iguales son las funciones que se verifican en los organismos de todos los primatos e iguales las condiciones en que tienen lugar los actos primordiales de la vida, así orgánica como de relación.

Solo dos fenómenos que en Biología no son considerados como fundamentales, parecían establecer diferencias de alguna importancia y a ellos se habían acogido los contrarios del transformismo, como a la tabla flotante del naufragio: la estación vertical era el uno, y respecto de esto los zoologistas modernos nos enseñan que esta posición, que se creía singular privilegio del hombre, la poseen aunque en menor grado el gorila, el chimpancé, el orang y, sobre todo, el gibon.

La otra, el lenguaje, constituía un argumento que para darle valor se necesitaría desentenderse de la constante lección que el libro de la Naturaleza nos está dando, al mostrarnos cómo se desarrolla esa función cerebral en el niño, cómo se va formando y por qué graduaciones y fases tiene que atravesar antes de constutuirse en los pueblos salvajes, muchos de los cuales poseen medios de comunicarse entre sí menos completos, menos perfectos que los que emplean multitud de animales de otros órdenes menos elevados de la escala zoológica.

Esto trae a nuestra mente el recuerdo de algunos salvajes de la Micronesia, generalmente antropófagos, que carecen de lenguaje, y cuyo grito gutural inarticulado resulta inferior al rugido del león, que se manifiesta en modulaciones distintas cuando quiere expresar dolor, ira, alegría, etc.

En cuanto a las funciones intelectuales del cerebro, que en un tiempo fueron el reducto inexpugnable de los defensores de las viejas ideas, los trabajos de Huxley, de Haeckel, los estudios practicados sobre localización de las funciones cerebrales por Gratiolet, Luys, Mineret, Duval, Bernard y otros en Francia, y por Paul Eleschig en Lepzig, han venido a despejar en mucho el ciclo de la ciencia.

Sin embargo, Haeckel trata este asunto bajo todos sus aspectos, hasta dejar demostrado con Augusto Forel, que la facultad psíquica más esencial, la conciencia, ha encontrado los órganos elementales que la determinan en las células ganglionares del cerebro principal, es decir, en el centro occípito-temporal.

Determinados ya y establecidos los principios científicos de carácter general que deben servir de base a la investigación, dedica su labor, al **pithecon-thropus erectus,** cuyo fósil descubierto en Java en 1894, por Eugenio Dubois, vino a confirmar lo que treinta años antes concibió él y lo publicó en su **Morfología General**; demostrando además que este sér debió vivir a fines de la época terciaria, correspondiendo al estadío número veintiuno de la serie en la que el hombre ocupa el número veintidós, es decir, que en la jerarquía zoológica resulta el abuelo más inmediato del **soberbio Rey de la Creación.**

El eslabón que faltaba, el **missing link** de los ingleses, el argumento Aquiles de los contrarios a la doctrina de la evolución, el anillo perdido cuya ausencia dejaba interrumpida la cadena de los seres, se encontró al fin, no ya representado por fragmentos óseos más o menos fosilizados, sino completo y tal como los paleo-zoologistas lo habían reconstruido, como el espíritu superior de Haeckel lo había concebido.

Las razas humanas **pithecoides,** que pudiéramos decir fueron señaladas por Hartmann, representan los tipos más inferiores de hombres, y su presencia en nuestro planeta ha debido desde hace mucho tiempo despertar en nosotros la idea de una diversidad de especies dentro del género Homo, así lo entiende el sabio profesor de Jena y con él Draper y otros. Si un inglés y un hotentote fueran en vez de dos hombres, dos pájaros, no habría ornitologista capaz de considerarlos de la misma especie.

Los Dravidos, los Akas y otras razas inferiores, están demostrando palmariamente la existencia de una gradación en el género que la va aproximando a especies de una inferior jerarquía orgánica que parecían preparadas para conectar con un eslabón perdido y completar la cadena de los seres.

Aun en el ciclo de las llamadas razas superiores, ¿cuál es la tendencia de todos los atavismos, las regresiones, las degeneraciones? La degradación de la especie, la tendencia hacia la reproducción de formas ancestrales, la reproducción de caracteres de especies anteriores que la evolución había ido perfeccionando y que según los datos de la Embriogenia parecen obedecer a detenciones del desarrollo".

Así se expresan los partidarios de la teoría transformista; pero con todo, no faltan razones étnicas en pro del monogenismo, que con gran lucidez explica Glumplowicz (1) ni es tampoco hacedero esclarecer, de tal suerte, ese linaje de cuestiones, que se haga luz meridiana, ni cabe evidencia matemática tra-

(1) Lucha de Razas.

tándose de tan abstrusas materias. Todo lo cual no significa, en manera alguna, que la ciencia no progrese, sino que, en el campo de las teorías, hay, en los distintos bandos, sabios profundos y pensadores respetables.

Burmeister, entre otros, se pronuncia en favor del poligenismo y Goethe, a quien se atribuye el dón de adivinar en el terreno filosófico, dice que, pródiga la naturaleza en todo, es más conforme con su espíritu el pensar que, cuando la tierra hubo llegado a su madurez, se encauzaron las aguas, verdearon los terrenos, y comenzó la época de la creación humana, merced al poder de Dios, por donde la raza fuera viable, quizá en las alturas.

No se puede precisar, según Flammarión, la fecha en que apareció la humanidad, ya que no fué súbita, sino gradualmente formada. Faltan datos para asegurar en qué país acaeció; pero buenas razones existen para presumir que la humanidad primitiva, con rudimentos de lenguaje, en estado de asociación, sabiendo hacer utensilios de piedra y dibujar sobre hueso, etc., data de más de cien mil años (1).

La cuestión relativa a la existencia del hombre en la época cuaternaria, (y aun en la terciaria, según algunos) es decir, en dos de las que los geólogos llaman ante-diluvianas, y para las cuales quiere Lubbock el nombre de **prehistóricas,** está hoy resuelta de un modo claro, puesto que ya no son sólo los huesos descubiertos por exploradores como Dowell y Lyoll, en terrenos del Mississipi, que tienen de formación más de quinientos siglos; ni el esqueleto entero que encontró Riviére; se han hallado, en las famosas cuevas de Aurignac, hojas de marfil de **mammuth,** con varios grabados rudos, y en otras partes, han aparecido cuernos de renos esculpidos con cabezas de elefantes, y trastos de barro, con representaciones de aves, peces y cuadrúpedos de razas ya extinguidas (2). Y aquí en América, en el Brasil, en Buenos Aires, en México y en nuestras repúblicas del Centro, se han sacado fósiles y utensilios de hombres primitivos. Se han descubierto restos humanos junto con los animales prehistóricos.

En la **Bad Land,** de Norte-América, visitada prólijamente, en los últimos años, han encontrado los paleontólogos tesoros que enriquecen la ciencia, dejándose ver marcadamente las capas geológicas que conservaban los restos de animales y plantas ante-diluvianas. Los restos humanos más antiguos, según Souza Brito, son los de Arrecifes y Fontezuelas, de la Argentina. En el Soumidero, del Brasil, se descubrió el célebre esqueleto troglodita, de Laguna Santa, perteneciente a la época paliolítica, coetáneo del **megatherium.**

Opina el sabio brasilero, que acabamos de citar, que todo esto prueba que el hombre existió en América muchos siglos antes que en el Antiguo Mundo; pero a la verdad, nada puede afirmarse con certeza sobre tan remotos sucesos.

---

(1) Le Monde avant la creation de l'Homme.

(2) En algunos museos de Europa hemos visto riquezas interesantes en fósiles y utensilios humanos encontrados por Mr. Gaudry, cerca de Atenas, y algunos llevados de Centro América, por otras personas.

Lo que nosotros nos inclinamos a creer es que hubo diversas creaciones de hombres, en distintos puntos del globo, como nacen plantas y flores, en muchos apartados lugares, merced a los elementos idénticos, en la tierra, clima, fluidos y demás fuerzas vitales.

En varios lugares de Centro-América se han descubierto fósiles antiquísimos de animales ante-diluvianos, junto con cráneos humanos primitivos y molares paleántropos, que existían en el Museo de la Sociedad Económica y en la Colección del Colegio de los Jesuitas, en esta capital de Guatemala. Datan aquellos fósiles de miles de años, confirmando el cataclismo diluviano, merced a deshielos polares y a la existencia indudable de lures enormes en Europa y en el Nuevo Mundo. Excepción hecha de las tierras tropicales, cubría el hielo toda la América del Norte y la del Sur, y aun algo de la del Centro. Transmigraron entonces para este istmo, muchas especies, como el megaterio, el mastodonte, el glyptodonte y otros colosos que para siempre desaparecieron del planeta, dejando rastros ante-diluvianos de diversos elementos de vida, que se pierden en la serie de los tiempos, inescrutables como el mar sin orillas, la obscuridad sin destellos, la eternidad sin límites.

En el Departamento de Usulután, República de El Salvador, han encontrado yacimientos, en la jurisdicción de Estanzuela, de notables fósiles ante-diluvianos, que demuestran la existencia del mastodonte, por entonces, en los mismos lugares que los seres humanos de grandes dimensiones. En el Museo Nacional de esa República existen osamentas de colosales mamíferos, petrificadas, descubiertas por el río de los Frailes, junto con sacros calcáreos, rótulas, mandíbulas y otros huesos inmensos. En San Vicente, por las barrancas de Sisimico, han hallado también curiosos restos de animales primitivos, en terrenos que dejan huellas del transcurso de miles de siglos.

El número de mamíferos de Centro-América siempre ha sido muy grande, lo mismo que su variada flora. El ingenioso mapa de Griesebach demuestra cómo se encuentran reunidos diversos distritos vegetales, con caracteres particulares de vegetación, opuestos a los de igual carácter en la flora de las vastas planicies del Viejo Mundo (1). En Honduras y en Nicaragua, hanse encontrado importantísimos fósiles muchos de los cuales existen en Berlín y no pocos en el Instituto Smithoniano de Washington.

A guisa de curiosidad antropológica, se puede mencionar las tobas de lava solidificada, descubiertas hace algunos años, cerca de Managua, y exhibidas en la Exposición de París, de 1889, como muestras de rastros humanos, que se habían conservado bajo cinco metros de capas estratificadas, hacía miles de años. En ese mismo certamen figuraron grandes osamentas humanas, un fémur, tibias, costillas, cúbitos, y sobre todo, dos cráneos notabilísimos, ha-

(1) Dr. A. V. Frantzius. Mamíferos de Costa Rica—Observations de Zoologie et d'Anatemie comparee faites dans l'Océan Atlantique, dans l'interieur da Nouveu Continent, et dans la Mer du Sud—Vol. II.

ilados en Metapa, de Nicaragua, en una caverna tallada en roca, que se elevaba del suelo, a pico, como veinte metros. En noviembre de 1888, fué explorada aquella gruta, por el eminente profesor español don Antonio Salaverri y Mr. Crawford, geólogo norte-americano. Los cráneos, en cuestión, se remontaban a épocas primitivas, mostrando ser de hombres adultos, de tamaño gigantesco. Uno de ellos se distinguía por deformación rara del occipital, rectamente aplastado, y por la asimetría de sus parietales, semejante a los más antiguos de México y del Brasil, según las descripciones dadas por M. Hamy, en su **Antropologie Mexicaine.** Se cree que aquellas dos calaveras eran de indios mangües, raza autóctona de Nicaragua (1).

En las faldas del volcán Irazú, de Costa-Rica, existen sepulturas indígenas antiguas, de los guetares, cuyos huesos y piedras pulidas se han encontrado en varias ocasiones, como lo explica el obispo Thiel en sus estudios. Los chorotegas de Nicoya dejaron, en aquellas bellísimas orillas, al par de sus restos mortuorios, curiosos vasos y otros utensilios de arcillas finísimas, que sabían trabajar (2).

Puede, pues, asegurarse que en Centro-América se remonta la existencia humana a millones de siglos, a épocas tan remotas como las que evocan los fósiles del Brasil, Buenos Aires y México. Sin llegar al extremo de creer, con algunos escritores, que por estas comarcas estuvo el Paraíso Terrenal, sí puede asegurarse que en la América del Centro hubo hombres, en los períodos antiquísimos del mundo, desde que apareció sobre la tierra el rey de la creación.

Otra de las cuestiones muy debatidas, y hasta embrolladas por teorías, suposiciones y fantaseos, es la del origen del hombre americano. La primera obra que se escribió acerca de ese punto, es harto curiosa, no por su valor científico, escaso sin duda, sino porque publicada en Lima, en 1681, revela el colmo del apego al terruño, que tenía el autor de ese libro, don Andrés de la Rocha, bibliófilo incansable, que trató de probar que los indios americanos traían su origen de los primitivos habitantes de España, en primer lugar, y en segundo, de los israelitas y tártaros. Todavía afirma más el bueno del doctor Rocha; y es que todo lo laudable que los habitantes de este Continente Americano conservaban, al tiempo de la conquista, lo habían heredado de los antiguos hispanos, que fueron sus ascendientes. Los más alentados y robustos sólo tenían sangre ibera, sin mezcla hebraica, ni tártara. Aquellos españoles emigrados, desde hace muchos siglos, para venir a estas regiones, pusieron —según lo procura demostrar el célebre visionario—muchos nombres de sitios y lugares de las antiguas poblaciones de la España primitiva, a los lugares y sitios que, cabo de miles de años, conquistaron los aventureros españoles. . . . . Ello es lo cierto que, en el exceso de su españolismo, al querer hacer a los

(1) Collections Ethnographiques et Archeologiques du Nicaragua, par Desiré Pecter.—París - Ernest Leroux, editeur. 1890.

(2) Etnología Centro Americana.

indios de la frasca de sus conquistadores, olvidó el señor don Diego que, al principio, hasta dudaron los castellanos que fuesen racionales los originarios de América, y después acabaron casi con ellos, siquiera la destrucción haya sido efecto de causas diversas, que no implican deliverado propósito, ni menos arguyen en los conquistadores, ni en los gobiernos metropolitanos, otra cosa que la fiereza de costumbres de la época.

Pero volviendo a tratar del origen de los indios, cumple exponer ligeramente las diversas hipótesis sostenidas por célebres anticuarios, que no se hallan de acuerdo sobre si la raza americana primitiva fué una sola, como opina Humboldt, o son varias, según Orbigny, Charnay, Kate y otros autores notables. Nosotros nos inclinamos a creer que, en su origen, fueron razas autóctonas, que al través del tiempo se modificaron por cruzamiento con otras, como japoneses, egipcios, etc., venidos a este continente, por inmigraciones y casos fortuitos. Así como en México, se creé que la raza otomí, la maya-quiché y la nahoa (como inmigrante), fueron las más antiguas; aquí en Centro-América hubo razas, descendientes de éstas, según explicaremos en otro capítulo.

Respecto al origen de los indios americanos, supónese, sobre todo por autores antiguos, que la dirección de los vientos y las de las corrientes marinas pudieron traer pobladores involuntarios del Asia a la América Meridional por el Pacífico, y del Africa a las costas del Brasil, por el Atlántico. Otros creen que el estrecho de Bhering se heló o fué antes un istmo. No faltan quienes aseguran que la América, bajo el nombre de Fou Sang, fué conocida en la China desde el siglo V. Salta a la vista la facilidad de hacer un viaje de Asia a América, pasando por las islas Curile y Aleutias, para arrivar a Alaska. Partiendo de la Kamtchatka, que desde tiempos remotos era conocida de los chinos, hasta el punto de que éstos la dominaban, puede emprenderse durante la mayor parte del año, sin riesgo alguno, en canoa o en lancha, el viaje a que nos referimos, sin perder de vista la tierra más que en trechos muy cortos. Desde Alaska, a lo largo de la costa americana, hacia el sur, el viaje es todavía más fácil. Una travesía como esa resulta sin importancia, si se la compara con las peregrinacioesn que solían emprender los sacerdotes budistas, sobre todo los que iban, por tierra, desde China a la India o viceversa. Al llegar a una isla, en el paso de Asia a América, parece natural que entonces, como la hacen ahora los indígenas, hablaran al misionero budista de otra isla que había más allá, a no muy larga distancia, y el misionero recorriéndolas una tras otra, llegase al fin a encontrarse en el Continente Americano; pero queda un problema todavía, ¿cómo llegaron los animales a América? No es de suponer que sacerdotes y transmigrantes trajeran bestias feroces y reptiles venenosos. Más bien, la flora y la fauna americana, indican que los continentes estuvieron unidos.

No, dicen otros escritores o filósofos, fueron los fenicios, comerciantes, que vinieron a estas tierras, mientras que no faltan algunos que sostienen que las diez tribus perdidas de Israel llegaron a América, y que el mismo Santo Tomás, en persona, vino a predicar el Evangelio. Acosta, que estuvo estudiando durante nueve años el enigma de los primeros habitantes de América, acabó por dar a luz una obra, en el Perú, con la nueva de que este Continente era el Ofir de Salomón. Muchos abogan por un origen asiático para los primitivos pobladores de estas regiones americanas, y deducen de las lenguas, de los objetos que se han encontrado, de las inscripciones y de otras muchas cosas, que es sangre japonesa o china la que circula por las venas de nuestros aborígenes. Por el contrario, no faltan quienes aseguren que son los chinos descendientes de los indios americanos, que fueron más antiguos, según sostiene Chavero, en el primer tomo de "México a través de los Siglos'.

Que hubo inmigraciones varias a América es hecho comprobado, así como lo es también, el de que destruyeron la antigua civilización y mezclaron mucho de su sangre y de sus costumbres con las razas autóctonas (1). Parece también demostrado, que el budismo se predicó en el Nuevo Mundo, como se deduce de algunas prácticas religiosas, varias tradiciones, y estátuas y bajo-relieves de las ruinas de Palenque (2). En la Memoria sobre el carácter asiático-búdico de algunos rasgos arquitectónicos de tales ruinas, demuestra el sabio doctor Eichthal, con copia de doctrina, la tesis precedente, aceptada en 1864, por la Academia de Inscripciones y Bellas Letras.

Humboldt creía que era una la raza americana, diferente de las otras razas humanas, y esta opinión la sostiene también un moderno antropologista, que ha hecho especial estudio de la craneología y establece que no sólo el hombre (con excepción de los esquimales) sino la flora y la fauna, son esencialmente indígenas. Blumenbach clasifica diferentes especies de americanos. El Dr. Prichard considera la raza primordial del Nuevo Continente tan pura y refinada como las mejores del Viejo Mundo. Bory de St. Vincent distribuye a los americanos en cinco especies, incluyendo a los esquimales. Schoolcraft hace cuatro grupos. "El Dr. Hrdlicka, encargado de la sección de Antropología Física en el Museo Nacional, establecido en Washington, es considerado como la primera autoridad de los Estados Unidos en esta materia. Ha hecho exploraciones en muchos países del hemisferio meridional, así como del septentrional, y sus conclusiones se basan en muchos años de estudios e investigaciones personales.

Primeramente hace un breve bosquejo de las teorías más o menos fantásticas que de tiempo en tiempo han prevalecido acerca del origen de los indios americanos, tanto del continente septentrional como del meridional. Descar-

(1) Francis A. Allen—Las tres ancianne Amérique.—1875.

(2) Bancroft—Native Races. Vol. II.—Page 22.

tando tales teorías y concretándose a la hipótesis racional del siglo XIX, encontramos que la mayor parte de los antropólogos modernos, tales como Humboldt, Brereood, Bell, Swinton, Jefferson, Latham, Quatrefages y Peschel, se inclinan a creer que todos los indígenas americanos, con excepción de los esquimales, eran de una misma raza y descendientes de inmigrantes del nordeste de Asia, y, sobre todo, de los tártaros o mongoles.

Según el Dr. Hrdlicka, los escritores más recientes—con una sola y notable excepción—están enteramente de acuerdo en cuanto a que este país fué poblado mediante la inmigración y multiplicación local de sus habitantes; pero la localidad, índole y época de la inmigración son cuestiones que aún están sobre el tapete. Algunos autores se inclinan a creer que el origen procede exclusivamente del nordeste de Asia; otros, como Ten, Kate y Rivet, por ejemplo, demuestran cierta tendencia a seguir la teoría de Quatrefages, que cree que por lo menos algunas partes de la población indígena americana desciende de los polinesios; Brinton sostenía que en la antigüedad vinieron desde Europa por una garganta de tierra; Kollmann, fundando su creencia en algunos pequeños cráneos, dice que una raza de enanos precedió al indio en América. El Dr. Hrdlicka dice lo que sigue tocante a la excepción a que se ha aludido:

"El Sr. Ameghino, paleontólogo sudamericano, en estos 30 últimos años y, sobre todo, desde el principio de este siglo, ha formado una notable hipótesis relativa al origen de la población indígena americana, la cual merece un capítulo aparte. Según esta hipótesis—brevemente descrita—el hombre, no sólo la raza americana, sino el hombre o sea la humanidad, tuvo su origen en Sud-América; que el hombre primitivo llegó a diferenciarse en el continente meridional hasta convertirse en un número de especies, la mayoría de las cuales andando el tiempo se extinguieron; que de Sud-América sus antepasados emigraron por antiguas conexiones terrestres a Africa, y desde allí poblaron, a la manera de **Homo ater**, las partes más extensas del continente africano y la Oceanía; que una raza se multiplicó y esparció por Sud-América y en alguna época, durante la segunda mitad del período plioceno, emigró a Norte-América, y que de allí el hombre se trasladó al Asia y a Europa, donde creó los **Homo mongolicus** y **Homo caucasicus**".

No hay para qué decir que el Dr. Hrdlicka no está de acuerdo con el eminente hombre de ciencia sud-americano. En cuanto a los esquimales, el sabio doctor explica que generalmente han sido considerados independientemente del indio, siendo así que algunos sostienen que precedieron a este último y otros que le siguieron. Por lo general, se han relacionado con los asiáticos del nordeste, pero también hay quienes crean que existe una íntima relación original entre los esquimales y los lapones, y aun entre los esquimales y los europeos paleolíticos.

Habiendo enumerado así algunas de las opiniones más o menos probables que se han expuesto acerca de la identidad étnica y del lugar de origen del

indio americano, el Dr. Hrdlicka sostiene que es lógico que la próxima palabra que se diga sobre estos problemas se refiera especialmente a la antropología física, que trata de las que, consideradas en conjunto, son las partes menos mutables del hombre, es decir, su cuerpo y esqueleto. En la actualidad se ha adelantado tanto en los estudios e investigaciones que se han hecho sobre la somatología de los indios, que por lo menos pueden hacerse algunas importantes deducciones generales acerca de ellos, y, según el autor de dicho artículo, las que pueden citarse con alguna posibilidad son las siguientes.

"1º No existe prueba alguna aceptable ni ninguna probabilidad de que el hombre tuviera su origen en este continente; 2º, el hombre no llegó a América hasta después de haber alcanzado un desarrollo superior al del último hombre del período cuaternario en Europa, y después de haber sufrido una avanzada y completa diferenciación en el tronco y aun de raza y tribu; y 3º, por más que el hombre desde que comenzó la población del continente americano ha sufrido numerosas modificaciones sub-étnicas secundarias, locales y de estructura, estas modificaciones aun no pueden considerarse establecidas terminantemente, puesto que en ningún detalle importante han borrado los antiguos tipos y subtipos del pueblo".

"Además, podemos asegurar," continúa diciendo el Dr. Hrdlicka, "que, a pesar de las varias modificaciones físicas secundarias que se acaban de citar, los indígenas americanos, exceptuando los esquimales de más lejano parentesco, en todo el Hemisferio Occidental ofrecen numerosos e importantes rasgos comunes, merced a los cuales se distinguen claramente como ramas de un tronco de la humanidad". Estos rasgos son los siguientes:

"1º El color de la tez. El color del indio varía, según las localidades, desde el blanco amarillento obscuro hasta el chocolate, pero el color que prevalece más es el moreno.

2º Por regla general, el cabello del indio es negro, un tanto áspero y lacio; poca barba, sobre todo en los lados de la cara, y nunca larga. El cuerpo está desprovisto de vellos, excepto en los sobacos y el pubis, y aun en estas partes suelen ser escasos.

3º Por lo general, el indio está exento de todo olor característico. Su corazón late lentamente, y su mentalidad es muy semejante en todas partes. El tamaño de la cabeza y de la cavidad cerebral es proporcionado en todos los individuos, siendo por término medio algo menor que en el hombre y la mujer blancos de idéntica estatura.

4º Por regla general los ojos son de color pardo obscuro, conjuntiva amarillenta y sucia en los adultos, y los cortes del ojo indican la tendencia, más o menos notable en diferentes tribus, a un leve sesgo hacia arriba.

5º El puente de la nariz aparece bien desarrollado, y la nariz misma, así como la cavidad nasal en el cráneo (salvo algunas excepciones individuales y

de localidades), tienen proporciones mesorínicas relativas. Por regla general la región malar es prominente".

Se citan y describen detalladamente otros rasgos físicos que son comunes entre todos los indígenas americanos, demostrándose claramente la unidad fundamental de los indios. En contestación a la pregunta que surge naturalmente, a saber: "¿A cuál de los diferentes pueblos del globo se asemeja más el indio, tal como en el presente estudio se ha descrito?" el articulista dice lo que sigue:

"A pesar del conocimiento imperfecto que tenemos de la materia, la pregunta puede contestarse de una manera bastante terminante. Hay un gran tronco o rama humana que comprende pueblos que varían desde el color blanco amarillento hasta el moreno obscuro, con el cabello negro y lacio, escasa barba, cuerpo sin vellos, ojos morenos y a menudo más o menos sesgados, nariz generalmente mesorínica, un prognatismo alveolar medio, y otros rasgos esenciales bastante semejantes al indígena americano. Y este tronco—que comprende varios subtipos—habita la mitad oriental del continente asiático y una gran parte de Polinesia".

Según opina el Dr. Hrdlicka, desde el punto de vista físico y antropológico, todo parece indicar que el origen del indio americano debe buscarse entre los pueblos de tez morena amarillenta, que ya se han mencionado. No existen en el globo dos grandes ramas de la humanidad que demuestren tener relaciones físicas fundamentales más íntimas.

Sin embargo, cuando tratamos de atribuir el origen del indio a una rama determinada del pueblo de tez morena amarillenta, el Dr. Hrdlicka reconoce que surgen muchas dificultades. Por ejemplo, encontramos que el indio está tan íntimamente relacionado con algunos de los pueblos malayos, como con una parte de los tibetanos o con algunos de los asiáticos del nordeste. No cabe duda que esto explica la hipótesis que atribuye el origen de los indios americanos en parte, a los tártaros, y en parte a los polinesios.

Acerca de esta hipótesis el Dr. Hrdlicka dice lo que sigue:

"Todo cuanto puede decirse en esta ocasión es que las circunstancias indican, de una manera muy convincente, un advenimiento, no precisamente una emigración, después del período glacial, ya por tierra, sobre el hielo, por agua o por ambos medios, de partidas relativamente pequeñas procedentes del nordeste del Asia, desbordamiento de los pueblos del apartado oriente de aquella época, y la población de América por la multiplicación local del hombre, importado, como queda dicho, y las llegadas de otros que se repitieron probablemente cerca del período histórico.

En cuanto a las emigraciones de polinesios dentro del Pacífico, hasta donde puede determinarse con certeza, todas fueron relativamente recientes, puesto que se efectuaron cuando América sin duda tenía ya una gran población y había desarrollado varias ramas de razas indígenas. Sin embargo, es probable

que después de haberse esparcido por las islas, algunas pequeñas partidas de polinesios llegaran accidentalmente a América. Si así sucedió, pueden haber modificado en algunos detalles la raza indígena, pero como son, desde el punto de vista físico, semejantes al pueblo que los recibió, se amalgamarían fácilmente con el indio, y su progenie o linaje no podría distinguirse. De idéntica manera algunos pequeños grupos de blancos pueden acaso haber llegado al continente por el este. Ellos, a su vez, pueden haber introducido algunas modificaciones en las razas, pero necesariamente hubieran tenido que componerse sólo de hombres y de pequeñas partidas que—con el transcurso del tiempo—se habrían mezclado completamente con el indio.

Por tanto, se llega a las siguientes conclusiones: Los indígenas americanos representan principalmente una sola rama o raza, homotipo. Esta rama es idéntica a la de las razas moreno-amarillas de Asia y Polinesia; y la emigración principal de los americanos se ha efectuado gradualmente y por la ruta del noroeste, a principios de un período reciente, cuando ya el hombre había llegado a un grado relativamente alto de desarrollo físico y de múltiples diferenciaciones secundarias. Es muy probable que la inmigración fuera un desbordamiento a manera de goteo prolongado, debido, tal vez, a una congestión o necesidad, y al deseo de buscar lugares más propicios para la caza y la pesca en una dirección en que hasta entonces no ofrecía ninguna resistencia por parte del hombre. A ésta sucedió la multiplicación, propagación y las varias diferenciaciones menores del pueblo en el nuevo y vasto continente que ofrecía un medio ambiente variadísimo, la rápida diferenciación de idiomas debido al aislamiento, y a otras condiciones naturales y al desarrollo—sobre la base de lo que se había trasportado—de ramas americanas más o menos locales. También es probable que, durante los 2,000 últimos años a la costa occidental de América, en más de una ocasión, llegaran pequeñas partidas de polinesios, y que a la costa oriental llegaran de una manera semejante pequeños grupos de hombres blancos, y que éstos hayan podido ejercer cierta influencia en las ramas de americanos, pero tales acrecimientos no modificaron en ninguna parte, hasta donde hemos podido averiguar, la población indígena". (1)

La tradición, las ruinas, los códices, las lenguas, todo denota gran antigüedad en las naciones de América. Las peculiaridades físicas y morales se han ido formando, al cabo de muchos siglos, por efecto de leyes naturales, debidas al clima, a la manera de vivir, y a todos los demás elementos que constituyen las leyes de la existencia. La impresión general de los conquistadores, de que aquella raza subyugada era una sola, y que bastaba ver un indio para conocerlos todos, fué debida a la diferencia, que desde luego notaron, entre los pobladores del Nuevo Mundo y las razas que los españoles conocían (2).

(1) Boletín de la Unión Panamericana—Julio 1915.

(2) Bancroft.—Native Races. Vol. I, pág. 22.

Las huellas de los pies de los aborígenes aun quedan, después de cien mil años, grabadas en tobas volcánicas, que se guardan como reliquias geológicas y etnográficas, en los museos de Europa. En Leipzig se conserva un bloque conteniendo las pisadas bien impresas de algunos de los primitivos indios de Nicaragua. Esa piedra fué encontrada entre pajiza arena, cubierta por catorce capas perfectamente distintas. Los geólogos han atribuido a tal polvo conchífero, cubierto por la toba amarillenta, los millares de años que existen entre la época correspondiente al intermedio del período plioceno y el eoceno. Mezclados con los pedruzcos de la séptima capa, se encontraron huesos de mastodonte. Esa importantísima toba nicaragüense se halló en el antiguo volcán de Tizcapa, en cuyas faldas también se descubrieron otras arcillas añosas, petrificadas, con rastros de **coyotes**, que anduvieron, quien sabe cuántos siglos hace, por aquellas ásperas comarcas (1).

Entre tantas opiniones y teorías acerca del origen de los indios, lo que parece más natural deducir, es que las razas primitivas de América son autóctonas, y después se mezclaron con otras, que hicieron invasiones o por acaso llegaron, en épocas remotísimas. Dicen que una rama de éstas nació por Yucatán y otra por el Brasil. Parece que los **caraibes**, de las costas del mar caribe, se exparcieron mucho por el Continente. El maya penetró en Centro-América, se extendió a las islas, y siguiendo por la costa del Golfo, llegó hasta el **natches** del valle del Mississipi, en el corazón de los Estados Unidos. La verdad es que el árbol de la vida esconde sus raíces entre el limo del tiempo, y las ramas fecundas se ocultan por la niebla de millones de años.

En la época de la conquista, o poco después, escribió una historia **Ixtlixochitl**, descendiente inmediato de Moctezuma, y en ella atribuye a la población de América catorce mil años de antigüedad, antes de la era cristiana, y describe el grado de civilización a que habían llegado los toltecas, así como la opulencia de sus ciudades, cuyas ruinas aún existen. El manuscrito de esa curiosa historia se halla en el Escorial, y hace mención de ella Clavígero, en el catálago que trae al principio de su obra. Pero hoy, merced a los estudios etnográficos y geológicos, se presume que los Atlantes hace un millón de años que estaban en su apogeo, antes de la gran catástrofe que varió la superficie de la tierra.

Cuando el hombre nació a la vida del mundo fué acaso tan antiguo en el viejo como en el nuevo Continente, puesto que hay pruebas hoy de su existencia posterciaria en México y Centro-América, el Perú, la Argentina, el Brasil y los Estados Unidos. Era raza monosilábica la que vivía en las cavernas de América, alimentándose de la caza, en lucha con el mastodonte y otros grandísimos animales, que para siempre desaparecieron. También en Asia y Europa vivían los hombres vida primitiva, cuando de la Atlántida partieron

---

(1) América—Historia de su descubrimiento, por Cronau—P. 34—tomo II.

invasiones hacia aquel hemisferio y hacia el sur de nuestras tierras. Tres mil años antes de nuestra era—según parecen indicarlo los geroglíficos de los **soles nahoas**—tuvo lugar el cataclismo que separó los continentes, y que unía estas tierras americanas con las que habitaban los españoles, que después de cuarenta y cinco siglos, habían de venir a conquistar a los toltecas, cakchiqueles y a los demás pobladores de estas antiquísimas comarcas, separadas por el espacio y por el tiempo, desde el gran cataclismo del **Atenatiuh**, que unos quieren que haya sido el diluvio, y otros, como Chavero, interpretan que fué el hundimiento de una gran parte del orbe, tal vez la más civilizada, la Atlántida, puente enorme que ligaba los mundos.

Según los testimonios de Gómara, Acosta, Herrera, Pimentel y otros muchos eruditos, no cabe dudar que nuestros indios conservaban la tradición del diluvio, que acabó con la mayor parte de los seres vivientes. Hoy la ciencia prueba, con claridad, que aquella tremenda y grandísima inundación de que nos hablan los antiguos pueblos, fué harto general, bien que no comprensiva de todo el planeta, ni resultado de un cataclismo súbito y único, sino de fenómenos cósmicos que produjeron en la tierra transformaciones colosales, y de grandes deshielos de los polos. La geología pone de manifiesto lo que se relaciona con la gran catástrofe diluviana, que afectó a los aborígenes de América que quedaron convertidos en **tlacamichín** (personas peces) que fueron adorados por los dioses. Sólo se salvaron siete, en unas cuevas, al decir de una tradición; bien que otros creen que solamente un par, o sea una mujer y un varón, escaparon sobre un ahuehuete (1). En la India, Caldea, Babilonia, Media, Grecia, Escandinavia y China, así como entre los judíos y celtas, se conserva la tradición del diluvio. Los mexicanos, los mayas, los quichés, los habitantes de Honduras, y muchas tribus del Norte, conservan memoria del gran cataclismo que hizo caer los cielos e inundarse la tierra, según las gráficas palabras de un antiguo cronista.

El **Manuscrito Troano**, existente en el Museo Británico, y que tradujo Le Plongeon, dice: "En el año 6 kan, en el undécimo Muluc, del mes Zac, hubo terribles terremotos, que siguieron sin interrupción hasta el tercio Chuén, el país de los montículos de lodo de la tierra de Mu, pereció: elevada, por dos veces, durante la noche desapareció, sacudidas las profundidades por fuerzas volcánicas. Faltando a éstas la salida, hundían y elevaban la tierra en diferentes sitios. Al fin cedió la superficie, y diez comarcas hechas pedazos, fueron esparcidas. Incapaces de resistir la fuerza de las convulsiones, se hundieron con sus sesenta y cuatro millones de habitantes, 8060 años antes de que este libro fuera escrito".

Los estudios geológicos llevados a cabo en la península de Yucatán, por el profesor Angelo Heilprin (2) y las investigaciones hechas por la Academia

(1) México al través de los Siglos, tomo I, página 78.
(2) Geological Researches in Yucatán.

de Ciencias Naturales de Filadelfia, en 1891, que dieron por resultado interesantísimas conferencias o discursos, que tuvimos ocasión de oír, vinieron a confirmar lo que aquel intersante manuscrito indígena dejó consignado, muchísimos siglos antes.

Geológicamente aparece que el suelo americano no tuvo, allá en épocas remotísimas, la misma estructura, las condiciones de vida que tiene hoy. Los enormes mamíferos, los gigantescos paquidermos, los colosales desdentados y prosbocídeos que vivían en esta parte del mundo, y cuyos huesos esparcidos quedan bajo profundas capas de terrenos antiquísimos, ya no pudieron vivir al crecer las cordilleras; cambió el clima, variaron las estaciones y hasta los alimentos que los sustentaban dejaron de encontrarse a su alcance. Las aguas del mar no se aumentan; pero la corteza terrestre se levanta o se deprime. El período glacial debió de haber producido profundas modificaciones en la superficie de nuestro planeta. En la edad del levantamiento de las montañas, perderíase el equilibrio de las aguas, inundaríanse muchas regiones, quedarían enjutas otras, y una portentosa transformación sufriría la tierra, cuyo movimiento engendra flúidos vitales, que el sol hace germinar, y que el soplo de Dios anima, en múltiple fauna y en maravillosa flora (1).

La flora y la fauna, las conchas y los insectos han venido a comprobar, fuera de mayores datos, la unión antiquísima del Mundo Viejo y del Mundo Nuevo. Más aún, se tiene hoy por cierto que entre la raza de los indios otomíes y la raza de los chinos hay similitud completa. El historiador Chavero demuestra que los tipos, la lengua, los grupos, la teogonía y hasta las costumbres, establecen ser idéntica la raza amarilla china con la de los antiquísimos aborígenes de estas regiones; y aun cree que de aquí, de América, salieron los primeros pobladores del Celeste Imperio, coincidiendo con la idea del abate Brasseur de Bourbourg, de que el origen de la humanidad, el **Paraíso Terrenal,** digamos, estuvo en lo que hoy se llama Nuevo Mundo. Probado, cual está por la ciencia, que aquí existió el hombre posterciario, resulta ciertamente más moderno el chino, cuya tradición lo presenta como una colonia que llegó a pueblos extraños, después de larga emigración de regiones del Oriente, es decir, de América, en donde la lengua natural era monosilábica, y de la que hubo de formarse el idioma chino, siendo el otomí de carácter más primitivo. No hay duda de que la lengua es de gran valor para explicar las relaciones etnográficas.

La flora y la fauna antiguas, ante-diluvianas, según los estudios modernos, difieren esencialmente de la fauna y la flora de la época geológica actual. Aquellas eran las de un gran Continente; estas corresponden a la neo-tropical, que abraza una parte de México, hasta Panamá, con ciertas peculiaridades en el istmo centro-americano. "Existen en Guatemala, dice el notable naturalista don Juan Rodríguez Luna, especies de animales que le son enteramente pro-

(1) Burmetster—Historia de la Creación—Capítulo V.

pias, siendo algunas de ellas muy notables. Entre éstas y las comunes con las de otras partes de la región zoológica a que pertenece, varias hay que sólo se encuentran o habitan en ciertos y determinados lugares, ya sean en las mayores alturas, en los terrenos templados del interior o en las costas. Esto se explica por la diferencia de climas o por la escasez de individuos representantes de las especies. Pero también en otras, numerosas en individuos, se observa que solamente se ven o del lado del Pacífico o del lado del Atlántico. Los **Cucuyos (Pyrophorus)** género de que hay cinco o seis especies, todos viven en esa parte del país últimamente mencionada; lo mismo sucede con respecto a otros insectos, arácnidos, moluscos, reptiles, aves y mamíferos; y viceversa: varios se conocen sólo del lado del Océano Pacífico. Aun en especies del mismo género se nota eso mismo; por ejemplo: las **Chachas** (género **Ortalida**) de que hay dos, la una es del Norte y la otra del Sur, **(Ortalida vetulla** y **Ortalida leucogastra)**; los dos grandes **passalus,** insectos, **(Proculus Gorii** y **Proculus Mnizechi)** el primero vive en la Verapaz y el segundo en la costa de Quezaltenango o Cuca. Este es un hecho curioso e inexplicable, porque, siendo cortas las distancias y estando dotados algunos de esos seres de poderosos medios de locomoción, podrían transportarse de uno a otro lado".

En nuestra vegetación predomina la exuberancia arborescente leñosa. Más de quinientas hectáreas hay, en Guatemala, de bosques riquísimos, con seiscientas noventa especies de finas maderas: Más de ochenta clases de plantas textiles, setenta oleaginosas, cuarenta forrajeras, treinta tintóreas, treinta y ocho frutales, y más de ochocientas medicinales. El suelo se encuentra tapizado de líquenes y helechos, mientras que el viento, lleno de perfumes, columpia lianas y mueve raras orquídeas, gemelas de los pájaros que esmaltan el boscaje.

Por lo demás, ha preocupado mucho a los biólogos y botánicos la diferencia, por una parte, de la fauna y flora de los Continentes actuales, y de otro lado, las especies idénticas o similares de animales y plantas de uno y otro lado del Océano. Los restos fósiles del camello se encuentran en la India, en Africa, en la América del Sur y en Kansas; mas es hipótesis de las naturalistas que todas las especies vivas son de una sola parte del globo, desde la cual como centro se han esparcido por las demás. ¿Cómo, pues, podría explicarse la situación de tales restos fósiles, sin la existencia de intercambio terrestre en una remota edad? Recientes descubrimientos hacen creer que el caballo tuvo su origen en el hemisferio occidental, en donde solamente se han encontrado restos fósiles entre las diferentes formas intermedias precursoras del actual cuadrúpedo; por lo que sería difícil explicar la presencia de ese animal en Europa, sin que hubiera habido comunicaciones terrestres, y una vez que consta que en Asia y en Europa existía el caballo en estado salvaje. Ya había ahí ganado vacuno domesticado en la edad de piedra, procedente del

búfalo de América, según Darwin, y aun quedaban en las Cavernas del Norte de América restos del león de los desiertos africanos y de la Europa antigua.

En América existen muchísimas especies de vegetales del período mioceno de Europa, que se encuentran sobre todo en yacimientos fósiles de Suiza, siendo lo más particular que mientras se halla dicha flora esparcida con profusión en los estados Orientales, se echan de menos muchas especies de las costas del Pacífico; porque seguramente entraron por el lado del Atlántico a nuestro Continente.

Y el plátano, lábaro de nuestras exuberantes tierras, que da sombra, fruto riquísimo, alimento sano, humedad al suelo y alegría a las comarcas, ¿cómo pudo llegar a América desde Asia y Africa? Los cereales que, como el trigo, cultivó el hombre desde remotísima fecha, vinieron probablemente con emigraciones anteriores a la pérdida de la sumergida Atlántida. Es de creerse que en América ya existían varias especies de plátano, antes de la conquista.

La meteorología de Centro-América se afecta por la configuración del istmo, pues así como el curso de las aguas se altera según la naturaleza y variedad del lecho sobre que corren, también las variaciones del océano atmosférico se modifican en las capas inmediatas a la tierra, por la naturaleza y forma de los países y localidades. ¡Cuántas veces, en efecto, vemos que un río caudaloso corre manso y lento hacia su superficie, mientras que en el fondo se arremolina y se acelera, contra lo que generalmente sucede ya en el aire, ya en el interior del cauce! Y no es menos frecuente observar pocos grados de calor en la superficie de las tranquilas aguas de los lagos, y a alguna profundidad fuertes agitaciones, corrientes y elevadas temperaturas. Esto puede notarse palpablemente en la laguna de Amatitlán, cuyas aguas tienen temperaturas muy diferentes, no sólo en diversos puntos de la superficie, sino también a varias profundidades. Lo mismo, pues, se manifiesta en la atmósfera, según la situación, la manera de ser y la naturaleza de los terrenos: circunstancias que particularizando las leyes generales de las variaciones atmosféricas, constituyen el clima de un país.

El hermoso valle de Guatemala tiene una importancia particular considerado como punto céntrico de observación de los fenómenos meteorológicos, ya generales, ya parciales o de la climatología de Centro-América. "La estación de la capital es curiosa desde muchos puntos de vista: a semejante altura la marcha general de los vientos es muy diferente de la que se observa en lugares poco elevados al E. y al O. en la misma latitud". (1)

Y en verdad, situada la ciudad de Guatemala a poca distancia de los dos océanos, y sobre la parte culminante del valle que ocupa, por ella circulan con regularidad y muy libremente las corrientes de los vientos alíseos. Las accidentales, más inmediatas a su suelo, se encarrilan con no menos regularidad en-

---

(1) Anuario de la Sociedad Meteorológica de Francia, tomo 9º

tre las cadenas montañosas, que casi paralelas entre sí cubren su horizonte del E. S. E. hacia el O. N. O., circunstancias que naturalmente influyen en los demás fenómenos meteorológicos. La variedad tan grande de climas que se encuentra en la extensión relativamente reducida de Centro-América, de puntos poco distantes entre sí, ofrece gran comodidad para el estudio de las leyes meteorológicas, no solamente de la climatología, sino aun de la marcha general de los fenómenos atmosféricos, mediante estaciones bien distribuidas en todo el territorio.

La temperatura de la capital de Guatemala es templada, con los caracteres bien marcados de las regiones intertropicales. En 1797, hubo en toda la América Central una sequía extremada, que ocasionó enfermedades y hambre, acarreando del Sur una inmensa nube de langosta (chapulín). El año 1802 no fué menos fatal, y se repitieron los mismos desastres. En 1803 comenzaron las lluvias por marzo, terminaron en julio, siguiendo una sequedad horrible. En 1826 los grandes calores causaron a Guatemala enormes pérdidas. En 1861 hubo persistentes lluvias (temporales) que produjeron inundaciones. En 1864, corrieron extraordinarios vientos del Norte, soplaron en enero y febrero. En 1869 la desastrosa inundación de Quezaltenango. Después de tres años poco lluviosos, vino la plaga del **chapulín** (langosta), hasta que con la fuerte estación de aguas que ahora (1915) hemos tenido, tiende a desaparecer. Han cambiado algo las estaciones, notándose a veces calor en noviembre y diciembre, y frío en febrero y en marzo, cosa antes inusitada. La temperatura es por lo regular de 8º mínima, máxima, 28º, media, 18º Por rareza el 24 de diciembre de 1856 bajó a 4º, y hasta 3º el 29 de enero de 1863; pero estos son enfriamientos extraordinarios, producidos por golpes de vientos norestales.

En los lugares bajos de la **boca costa,** como le llaman, el clima es más cálido y siempre sano, a las orillas del mar es muy ardiente. En las serranías y cúspides de los montes hace frío y cae nieve, algunas veces. Esta variedad de temperatura ofrece en la fauna y en la flora, muchísimas singularidades, pudiéndose recoger a pocas distancias, frutos de zonas diversas.

CAPITULO VI

SISMOLOGIA CENTRO-AMERICANA

SUMARIO

Kabrakán, dios del terremoto, entre los quichés. — Araña-pez se consideraba en el Japón la causa de los temblores de tierra. — Un topo era en la India. — Un gran cerdo en Celebes. — La ciencia moderna ha adelantado mucho en sismología. — Teorías actuales. — Estaciones sismográficas. — Terremotos horrendos en Centro-América. — Lo que dice Bernal Díaz del Castillo de los temblores de tierra. — Relación del cronista Vásquez respecto a los sucesos del año 1541. — Ruina de 1565. — Llegada del obispo Villalpando. — Movimientos sísmicos del año 1575. — Erupción del volcán de Fuego en 1581. — Aumenta, al siguiente año, la furia del volcán. — Durante los sesenta años sucesivos continúan los terremotos. — Disminuyen en la primera mitad del siglo XVII. — En 1651 se destruyó de nuevo la capital del reino de Guatemala. — Calamidades acaecidas en 1663 y 1666. — El terremoto llamado de la Santísima Trinidad. — Temblores de tierra en 1773. — Ruina de la Antigua Guatemala. — Varias descripciones del luctuoso suceso. — Movimientos de tierra posteriores. — Temblores de tierra en 1830. — Erupción del volcán Santa María. — Ruina de Quezaltenango, en 1902. — Nómina de las erupciones volcánicas. — Principales terremotos en Centro-América.—Ruinas que han causado. — Estudio del P. jesuita Lizarzaburu. — Datos del Observatorio meteorológico. — Efemérides sísmicas y volcánicas de El Salvador. — Tiembla en 1856 toda la costa del mar Caribe. — Temblores de tierra en Nicaragua, Honduras y Costa-Rica. — Obra del capitán Montessus de Ballore, sobre sismología centro-americana. — Opinión muy autorizada del sabio jesuita Gutiérrez Lanza, sobre el istmo de la América Central. — Lo resuelto por el Congreso Panamericano, celebrado en Chile.—Volumen 5º, ciencias Físicas.

En los tiempos prehistóricos experimentaron los indios americanos cataclismos horrendos, debidos a la furia del dios del terremoto, **Kabrakán**, que según creían, era el sér misterioso que trepidaba la tierra, y de repente destruía los pueblos, echando abajo hasta los árboles corpulentos, y las chozas pajizas de los infelices aborígenes. En el Japón se imaginaban que la causa de los terremotos era una araña inmensa, que luego se convirtió en pez. Al nordeste de Tokio hay una enorme roca que dicen descansa sobre la cabeza del monstruo y la tiene sujeta, pero el resto del imperio sufre los temblores causados por la cola y cuerpo del fabuloso animal. En la India creen que es un topo inmenso; en la Arabia un elefante; y en las Celebes un gran cerdo, que carga en su lomo el globo del mundo. En América el monstruo subterráneo era una tortuga, y por eso vemos, en muchas de las ruinas, la forma de ese anfibio, con inscripciones que acaso sean fechas históricas de las furias de Kabrakán, en sus epilépticas convulsiones, o en sus espasmos de solaz. Todos los pueblos antiguos creían que dentro de la misma tierra estaba el agente de los terremotos, aunque suponiendo mitológicos animales.

La ciencia moderna, en cercanos tiempos, apeló para explicar los terremotos, a influencias de los astros, de la electricidad atmosférica, de las causas crónicas enumeradas por Alexis Perrey, en su teoría de las mareas de los períodos máximos de las manchas solares, de los torbellinos atmosféricos y de otros varios fenómenos. Más estas causas han pasado de moda y pertenecen a la historia. El problema busca hoy el agente sísmico, dentro de la tierra misma, en el interior de su masa, según la teoría reciente, que desenvuelve el jesuita Mariano Gutiérrez Lanza, en su preciosa obra, premiada en el cuarto Congreso Científico de Chile (1).

En todos los tiempos, dice ese sabio, ha habido terremotos, y de ellos se ha ocupado el hombre, desde el principio de la vida humana; pero cuanto comprenden los archivos sismológicos, que nos han dejado escritores antiguos, se reduce a repetidas crónicas de los efectos sensibles de los temblores de tierra. En el último tercio del siglo pasado, una nueva aurora empezó a asomar en el horizonte de la historia. Tres puntos culminantes hicieron su aparición irradiando luz. Fué el primero el Japón, país de tifones, volcanes y terremotos. En el año 1903, hubo mil trescientos cuarenta y nueve temblores terrestres. A raíz de la restauración japonesa de 1868, el gobierno llevó profesores europeos, los cuales al punto fijaron su atención en la irritabilidad de aquel suelo inseguro. Milne, Gray, Ewing, Verbeck, Wagner Chaplin, West, Knot y otros, son dignos de figurar entre los fundadores del nuevo edificio científico. En 1880 fundóse la **Sociedad Sismológica** del Japón, que ha dado gran impulso a los estudios sísmicos. En Tokio se creó una cátedra universitaria, única en el mundo. Finalmente, como resultado del terremoto de octubre de 1891, que causó siete mil muertos, diecisiete mil heridos y veinte mil edificios arruinados, se estableció, por decreto imperial, el "Comité de Investigación de los Terremotos," con varias secciones científicas y muy bien dotado. Casi al mismo tiempo, nació en Italia la organización de los estudios sísmicos, con marcada tendencia a considerarlos desde el punto de vista de erupciones volcánicas (2). Existe la "**Sociedad Sismológica Italiana**". Inglaterra cuenta con cuarenta Observatorios esparcidos por toda la tierra, provistos de sismógrafos fotográficos de Milne. Se ha llegado a demostrar la conexión íntima entre los grandes temblores y las rupturas de equilibrio de la costra sólida de la tierra; y el de todo punto inesperado, de que cada año hay como un centenar de terremotos, bastante fuertes para estremecer toda la masa del planeta, desde el punto de origen hasta los antípodas. En Norte-América hay varias estaciones, y una en Panamá, México, Brasil, Ecuador, Argentina, Perú, Martinica y Trinidad. En la Habana existe la Estación Sísmica del Colegio de Belén, con dos buenos sismógrafos.

(1) Puntos de vista sobre los terremotos.

(2) Tramblements de terre, par L. de Longraive.

Sólo por vía de digresión, hemos apuntado, por interesantes y curiosas, las precedentes noticias; pero debemos concretarnos a la parte histórica de los terremotos en la América Central, siquiera sea ligeramente, de acuerdo con la índole de la presente obra.

Cuenta Oviedo que apenas llegaron los españoles a este suelo centroamericano supieron, por la tradición indígena, que el año 1469 había habido un gran terremoto. Refiere Bernal Díaz del Castillo que, al pasar con unos soldados, de Panchoy para Chimaltenango, experimentaron tan fuerte y largo terremoto, que tuvieron que apearse de los caballos y acostarse a lo largo para no caer a cada paso. "Acuérdome, dice, que cuando veníamos por un repecho abajo, comenzó a temblar la tierra de tal manera, que muchos soldados postráronse en el suelo, porque duró gran rato el temblor".

Por el año 1541—refiere el cronista Fr. Francisco Vásquez—(1) que no habiendo pasado ni catorce años de la fundación de la capital del reino de Guatemala, en las faldas del volcán de Agua (Ciudad Vieja) se empezaron a sufrir grandes huracanes, tempestades y copiosas lluvias, desde el 8 de septiembre, que continuaron hasta las dos de la mañana del día 11, que fué domingo aquel año. Entonces se sintieron terribles terremotos, y sobrevino la inundación que produjo la catástrofe que arruinó la recién construida ciudad quedando muerta doña Beatriz de la Cueva y muchas otras personas.

Por los meses de agosto y septiembre del año 1565, fueron los temblores de tierra tan fuertes y continuados, como general el terror y estrago que causaron en la capital del reino y en varias de las poblaciones principales, hasta el punto de que se creía peligroso continuar viviendo en las ciudades. En Almolonga se hicieron tantas grietas en la tierra, que volvióse cenagosa gran parte de aquel bello lugar. En San Juan de Comalapan—al decir de un testigo presencial—hubo una ruina completa. Estos sucesos desastrosos se verificaron casi al tiempo de llegar a la capital el obispo don Bernardino de Villalpando, durante la gobernación del licenciado don Francisco Briseño.

Desde aquella fecha continuaron los temblores de tierra, sin que un solo año transcurriese exento de fuertes movimientos terráqueos; pero los más notables fueron los que se experimentaron en 1575, y que hicieron caer muchos edificios y causaron la muerte de no pocas personas, desde la provincia de Chiapa hasta la de Nicaragua. El día último de noviembre hubo trepidación tan fuerte, hacia la media noche, que duró cerca de tres horas, hasta arruinarse la ciudad capital, y poniendo pavor en todos los pobladores, que querían abandonarla.

El 26 de diciembre de 1581, fué tal la furia del volcán de Fuego y tanta la ceniza que, como a las once de la mañana, cayó sobre la desgraciada ciudad, que ya no se veía absolutamente, y fué preciso comer con mortecina luz de

(1) Tomo I, capítulo 7º, folio 87.

velas, que una y otra vez se apagaban, según dice Remesal, habiendo ratos en que no se veían los unos a los otros, y discurrían muchos que era llegado el día del juicio final, en medio de los gritos de espanto y de los ayes de dolor que por doquiera se oían. Hubo rogativas, procesiones y disciplinas, sin faltar algunos que a gritos iban confesando sus pecados, para añadir escándalo a tan penosa situación. Agrega el cronista que muchos abandonaron sus casas y huyeron por los montes, siendo lastimoso que personas de delicado sexo fuesen a vagar en los campos, sin parar mientes por dónde iban, ni premeditar en las fatales resultas de muertes, enfermedades y otras desdichas.

No pasaron muchos días sin otro aciago suceso. El 14 de enero de 1582, fué tal la erupción del volcán, que se veían los torrentes de lava, como un gran río de fuego, y los peñascos ardiendo que al cielo arrojaba, con furia aterradora. Por seis meses, dice aquel escritor, que continuó en actividad el volcán, poniendo en constante peligro a los habitantes de la capital y de las alquerías más cercanas.

Desde el 16 de enero de 1585, hasta el 5 de diciembre de 1586, no transcurrieron ocho días sin fuertes temblores de tierra, siendo el más espantoso de todos, el que causó verdadera ruina en la ciudad capital, el día 23 de ese mes aciago. En muchos puntos abrióse la tierra, las oquedades parecían llegar al abismo, los edificios se desplomaron, los cerros se cayeron, sin que se pudiesen salvar ni los que huían de la ciudad, ni los que se asilaban bajo los arcos de las puertas o umbrales de las ventanas, en donde anteriormente habían librado sus vidas".

Tan repetidos y continuados se dejaron sentir los terremotos, desde el año 1575, hasta el de 1590, como lamentables fueron las ruinas de los edificios, las muertes de los vecinos y las pérdidas de las haciendas. Tan amilanados quedaron, en los sesenta años siguientes, los pobladores de la infortunada capital, que no se atrevieron a edificar ninguna iglesia, ni casa de consideración, porque mientras más consistentes eran las fábricas, menos seguridad lograban.

Suspendiéronse tan espantosos sucesos durante la primera mitad del siglo XVII, o acaso los cronistas se cansaron de seguir anotándolos (1). En 1651 volvióse a destruir la capital, a impulso de un gran terremoto. Así lo dijo el Ayuntamiento al Presidente de la Real Audiencia, por el año 1717, añadiendo los capitulares que habían cesado los temblores de tierra, mediante la intervención de la Virgen del Rosario, a cuya milagrosa imagen juró la ciudad por su patrona, instituyéndose entonces la fiesta que llamaron de "las horas". Asegura el mismo cronista Vásquez que, desde que tuvo uso de razón, no había advertido terremotos semejantes a los de 1663 y 1666, los cuales probablemente no causarían ruina considerable, por hallarse recién construida la ciudad y asolados sus edificios.

(1) RAZON PUNTUAL de los daños que ha padecido la ciudad de Guatemala: escribióla Don Juan González Bustillo.

Los terremotos del año 1765, día de la Santísima Trinidad, y 1757, celebración de San Francisco, no causaron tantos daños a la ciudad capital, pero perjudicaron a Chiquimula, Suchitepéquez y San Salvador. Por fin, los temblores de tierra de 1773, comenzaron a fines de mayo y continuaron con mucha fuerza, siendo memorable el de la víspera de la entrada del Presidente don Martín de Mayorga, Brigadier de los Reales Ejércitos.

Ya este personaje, el Arzobispo, el Obispo de Comayagua y los Oidores, dormían en ranchos pajizos. Muchos particulares tenían también viviendas especiales para soportar los temblores de tierra, cuando sobrevino el de 29 de julio de aquel año 1773, a las tres y media de la tarde, como para servir de aviso a los desolados vecinos de la M. N. y L. Ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala. Diez minutos después acaeció el terremoto que hubo de arruinar bastante aquella ciudad infortunada (1).

El 13 de diciembre del mismo año hubo otro sacudimiento muy fuerte en aquella localidad, seguido de otros movimientos sísmicos que pusieron pavor en el ánimo de los habitantes todos de aquellas comarcas. Ni faltaron retumbos y temblores de tierra en el año siguiente.

Pero lo que la tradición relata, por lo que aseguraron testigos presenciales, y aun por la apariencia que tenía la Antigua Guatemala, dedúcese (Juárros, Tomo II) que los informes de los ingenieros, autoridades y cabildantes fueron harto exajerados. Cita ese historiador dos folletos escritos en México, en 1574, para patentizar ejemplos de tremendas hipérboles respecto a la catástrofe. Yo he leído la mayor parte de las relaciones y documentos sobre dicho punto, y es fuera de duda que, por una parte el miedo, el pánico que prevalecía en los ánimos, hacía que cundiese la exajeración, y de otro lado, el interés que las autoridades civiles y los demás notables vecinos tenían en dejar aquella ciudad, fueron parte a que se pintase con colores muy subidos lo que de suyo se prestaba a presentarse más desastroso y terrible. En **"La Breve Descripción,"** escrita por el P. Cadena, página 40, se dice que vieron muchos abrirse el volcán de Agua, desde la base hasta la cúspide, en dos mitades, a impulso del terremoto, y que con los movimientos sucesivos se volvió a pegar. En la "Historia de América" por Rusell (T. 1. P. 390) se asegura que en la ruina de la Antigua Guatemala se perdieron como quince millones de pesos que habían en las Cajas Reales y fallecieron cuarenta mil personas, cuando no pasaron de doscientas. En la "Historia y Geografía," de Flint, resulta que el terremoto de Santa Marta fué en 1779—es decir, seis años más tarde—y que murieron ocho mil familias, a causa de que el mar se levantó muchísimo sobre su nivel ordinario, un volcán arrojó agua hirviendo, y otro, ríos de lava..... ¡Así se escribe la historia!

---

(1) Escamilla.—Noticias curiosas.

Lo cierto es que los eclesiásticos que no querían la traslación de la ciudad a otro lugar atenuaron los perjuicios, mientras que los apasionados por cambiar la localidad, los exageraron bastante. En esos casos, la imaginación exaltada, y lo terrible del suceso, conducen a pintar con más vivos colores, lo que de suyo es terrible y lastimoso, dándole así mayor ensanche y magnitud. La descripción del P. Cadenas, prominente sacerdote, testigo presencial y hombre de letras, merece crédito—salvo en algunas vulgaridades, como la de la apertura del volcán, de que hemos hablado.—Esa descripción, en estilo gongórico, se publicó un año después del suceso, con autorización oficial. En 1858 se reimprimió en la tipografía de Luna. Escamilla, en su manuscrito, que lleva por título: **"Sucesión Chronológica de los Presidentes que han gobernado este Reyno de Goathemala, Obispos que ha tenido, y noticias curiosas de estas Indias,"** contiene muchos datos acerca de la ruina y traslación de la Antigua capital de Guatemala, asunto al cual se dedicará un capítulo completo, en el tomo II de la presente obra.

El doctor Morritz Wagner, en sus "Recuerdos de Centro-América," hace notar un fenómeno que caracteriza a todos los grandes terremotos habidos en estos países. Es la repetición de sacudidas a intervalos bastante regulares (1). Ninguno de esos terribles terremotos agotó su furia con una o pocas convulsiones. La tierra tembló antes, como si se preparara, con fuerzas ciclópeas subterráneas, la devastación horrenda. Plegadas y replegadas las capas terrestres, semeja la orografía Centro-Americana, un papel arrugado por mano gigante y de hierro, que se hubiera complacido en amasar, estrujando entre sus dedos el istmo, y triturando sus huesos de jaspe y de granito. Esa mano plutónica no es otra que la fuerza misteriosa, inconmesurable, terrible de **Kabrakán,** decían los indios, cuando temblaba la tierra.

De los temblores de tierra del año 1830, que tanto afligieron a estas comarcas, así como de los que se experimentaron en 1852 y 1854, del que tuvo lugar en la noche de la octava de la celebración de la Virgen de Guadalupe, de 1863, y de los terribles sucesos sísmicos, que destruyeron Quezaltenango, San Marcos y varios otros pueblos de Los Altos, en el año 1902, en el mes de febrero, así como de la tremenda catástrofe de Cartago en Costa-Rica, en 1910, cumple hablar detenidamente en el tercero y último tomo de la presente obra. No obstante, es oportuno dejar consignada aquí la descripción que hicieron unos ingenieros alemanes, de cómo quedaron aquellos lugáres de Los Altos, después de la erupción del volcán Santa María. Hela aquí:

"El pueblo de El Palmar fué inundado por el río Nimá el siete de noviembre, de tal manera que se llevó la parte que quedaba arriba de la plaza y una fracción de la parte baja, esto es, más de la mitad del pueblo, dejando el río

(1) La frecuencia cronológica de los temblores americanos, fué uno de los temas que se dilucidaron en el "Congreso Argentino Internacional Americano" de Julio de 1910.

como huella de su paso una capa de dos a cuatro metros de lodo en el lugar donde antes estuvieron las casas, y cavó su cauce veinte a treinta metros más, teniendo nosotros que quitarnos los vestidos para pasarlo. Lo mismo nos sucedió al regreso; pero ya el alcalde 3º, con los únicos veinte indios que han quedado en el lugar, había colocado dos palos en el mismo punto en que hubo el puente que conducía a la Sabina.

En la finca "Enriqueta," mejor dicho, en los vestigios que quedan de ella, vimos los últimos seres vivos: eran unos perros abandonados. Las ramas de los cafetos que todavía sobresalen de las cenizas en esa finca, comenzaban a brotar. ¡Oh rica savia la de esta tierra americana! En la loma que se ve hacia la derecha, en la finca que se llamó "La Florida," y cerca de la Cuachera, vimos los primeros respiraderos volcánicos.

Llegamos a la Cuachera, a las 11 a. m., bajamos al baño y allí tomamos el almuerzo. El agua conserva los mismos elementos químicos que tenía antes de la erupción, y es la única potable que se encuentra en el camino desde El Palmar. A las 12 continuamos nuestra marcha ascendente, atravesando el lugar donde estuvo el hermoso Hotel de la Sabina, y llegamos a la orilla del gran barranco por donde antes se llegaba a los famosos baños medicinales. Ni uno se ve de los enormes árboles que antes del fenómeno formaban una selva en el abismo.

En el fondo se ven dos zanjas gigantescas y paralelas, la más cercana formada por el agua del baño de la fuente Sabina, y la otra por el río Tambor, juntándose un poco más abajo, por la misma reunión de las corrientes. Por medio de largos cables y lazos llegamos al lecho de la primera zanja, temiendo quedar sepultados bajo aquellas incalculables masas de arena de escasa cohesión, que podían escurrirse sobre nosotros como un alud en las nevadas cumbres de Suiza. Nuestro empeño era ver cómo había quedado en realidad la renombrada fuente, y llegamos a ella remontando el lecho de la zanja como unos 150 metros. Del tanque sólo se ve un pedacito de pared, que da paso al agua y está lleno de arena. Las tres fuentes existen todavía; su altura es menor y la primera dista de la tercera un metro, arrojando la misma clase de agua y con la misma temperatura que antes. Sólo la del centro, que está unos 30 centímetros más alta que las otras dos, ha cambiado de modo notable. Su agua es fuertemente hedionda, contiene mucho ácido sulfhídrico; su temperatura es muy alta, parece que estuviera en ebullición y no se puede tomar.

El baño queda en el fondo de altísimas paredes de ceniza y arena casi verticales, que alcanzan una elevación de 15 a 20 metros, formando un semicírculo que marca el principio de la primera zanja de que hablé antes. Salimos de las fuentes con mucho trabajo, haciendo gradas en aquellas altas paredes, y desde arriba, en frente de los baños, tomamos de éstos una vista fotográfica.

De aquí nos encaminamos a los manantiales de agua de San Antonio, que se ven bajar del peñasco; bajamos al río Tambor y subimos por el otro lado a

las fuentes, que se encuentran en el mismo sitio y se conservan inalterables. La casita de los baños y la sólida y empinada gradería que conducía a San Antonio, fueron arrasadas por las grandes avenidas que causan los continuos aguaceros. El camino de herradura para subir a San Antonio ya no existe, y a lo largo de la orilla del río no se ve más que una roca cortada a tajo. Del lugar donde estuvieron los baños de San Antonio salimos con más dificultad que de la Sabina, porque era roca pura la que escalábamos. Cuando pudimos llegar arriba nos detuvo la boca de una gran zanja; nos consideramos impotentes para subir por ella y tuvimos que seguir su curso como 300 metros para lograr subir a la izquierda. Por fin llegamos a una loma de los terrenos de San Antonio. De los grandes edificios de esta finca no se hallan ni vestigios, ni se puede determinar con seguridad el punto en que se encontraban. El riachuelo que corría entre los edificios y la orilla del barranco del Tambor, formó en las enormes masas de arena y ceniza un barranco formidable, difícil de atravesar. Del barranco atrás de San Antonio salen grandes cantidades de vapor de agua, y hacia la loma, entre este barranco y el riachuelo, se ve toda una serie de respiraderos. Lo propio se observa en las colinas que suben hacia las montañas y que se cuentan por centenares. Desde aquí el más frío observador se conmueve por el aspecto que presenta la naturaleza. Ayer asombraba la feracidad de estas regiones, su riqueza, sus bellos paisajes; hoy impresiona profundamente el ánimo más indiferente la tristeza de estos paisajes, el ondulante desierto de arena, de donde apenas sobresale dos o tres metros el árbol gigantesco que hace poco se ostentaba gallardo en las faldas de la cordillera. Todo está muerto y ni un ave cruza veloz por encima de esos campos de desolación.

Eran las dos de la tarde y se aproximaba el diluvio diario que cae en la región a consecuencia de la condensación de los vapores que arroja el volcán por la mañana. En un momento armamos nuestra tienda de campaña en un lugar abrigado de los vientos; pero el aguacero es tan fuerte que nos mojamos como si estuviéramos en campo raso. Por fortuna sólo duró un cuarto de hora, y como habíamos hecho provisión de leña, nos secamos al calor de una fogata, que mantuvimos toda la noche. Casi no dormimos una hora: lo impedía el viento que soplaba impetuosamente, los retumbos del volcán que teníamos a legua y media, el frío que nos entumecía los huesos y el horrible estruendo que ocasionaba el Tambor con las grandes avenidas que lanzaba sobre la costa. Como a las nueve de la noche hubo un fuerte temblor, los derrumbes del cono del volcán eran frecuentes y espesas masas de vapores salían constantemente del cráter.

Por fin amaneció, y nos preparamos para la parte más difícil de nuestra expedición, como que en ella podíamos dejar hasta la vida. En nuestra compañía llevábamos dos frazadas, algo para almorzar y la resolución de ver aquella boca del infierno.

Visto desde nuestra tienda, el camino para llegar al cráter nos conducía a lo largo de cuatro grandes lomas aparentemente unidas por sus bases. Como a una milla de distancia de la tienda, toda vegetación ha desaparecido. La subida era muy difícil por lo fuerte de la pendiente y lo resbaladizo del lodo que formó el aguacero de la noche anterior. Llegados a la cumbre de la primera loma, notamos que nos separaba de la segunda un espacio como de media legua, con declive sobre el cauce del Tambor y surcado por innumerables zanjas. Era forzoso atravesarlas todas, las pequeñas saltándolas, las grandes, —con profundidades de 30 metros,—por medio de cables, lazos y gradas. El paso de esas zanjas fué la parte más penosa de nuestro viaje. La segunda y tercera loma eran más pendientes que la primera y ya no pudimos dar veinte pasos sin descansar a tomar aliento. Al escalar la tercera loma retrocedimos bruscamente ante un peligro inminente: nos envolvieron fuertes vapores asfixiantes, como de gas del alumbrado y sulfurosos, y creímos imposible llegar al cráter aquella mañana; pero el viento cambió pronto, llevándose los vapores hacia las montañas, y volvimos a emprender la marcha. De aquí no quiso pasar un mecánico del país, que se nos había agregado, y nos encaminamos por último hacia la derecha del cráter para evitar las nocivas emanaciones gaseosas. Ya no era tan penosa la ascensión, porque la capa de arenas no está formada, como más abajo, por arena fina y ceniza resbaladiza, sino por otros más gruesos mezclados con piedras. Por aquí pudimos admirar la fuerza eruptiva del volcán, pues como a 200 metros del cráter había una hilera de enormes piedras volcánicas, que sobresalían aun de la arena 2 y 4 metros. Yo calculo en muchas toneladas el peso de la parte visible de estas rocas.

A las 10 de la mañana precisamente llegamos al borde del abismo. Yo no puedo explicar la emoción que aquello nos causó. Nos detuvimos callados, temiendo dirigir la vista adelante, atrás, a todos lados. Estábamos en presencia de un cráter colosal. Su boca es elíptica, con su eje mayor del Este al Oeste, teniendo más o menos 1,000 metros de longitud. Su profundidad será de 200 a 250 metros y el diámetro mayor del fondo no tendrá de 500 a 600 metros. Seis aberturas de diferentes tamaños hay en el fondo, y de ellas se ven cinco hacia las orillas, que despiden continuamente grandes nubes de vapor de agua. La mayor está hacia el Este, tiene como 30 metros de diámetro y su forma es redonda. Detrás de esta boca, extendiéndose hasta la pared posterior y aumentando de diámetro, se ve un llano amarillo, como de azufre, que exhala continuamente vapores de blancura deslumbrante. La abertura que sigue a la izquierda, y la segunda en tamaño, de forma oval, lanza nubes de vapor, piedras y arena a quince o veinte metros de altura. La pared posterior del cráter, poco menos que vertical, ya casi llega a la cima del Santa María, teniendo de 1,500 a 1,800 metros de altura. De la parte más alta se desprenden constantemente trozos grandes de rocas, produciendo al caer ruidos pare-

cidos al trueno, los cuales podrían tomarse por erupciones. Los derrumbes han formado en la pared mencionada un cono de escombros de unos 150 metros de altura.

En el propio cono y a media altura se encuentra la sexta salida de nubes de vapor.

La altura del cráter sobre el nivel del mar es de 2,000 a 2,500 metros. Permanecimos una hora en los bordes del cráter y tomamos dos vistas del abismo. Todo ese tiempo respiramos un aire débilmente cargado de azufre. A las 11 a. m., emprendimos el regreso y llegamos a nuestra tienda a las 12 y 15. A las 5 y 30 p. m., a San Felipe, habiendo visto cuanto hay que ver en cuestión de cráteres, de avenidas de derrumbes, de retumbos, de vapores, de abismos y de diluvios, de truenos y temblores de tierra.—(f.) **Enrique Siegerist".**

El nombre quiché del volcán Santa María es **K' a' kxanul,** vomitador de fuego, y sábese por los **Anales Kakchiqueles** que hizo erupciones tremendas.

ERUPCIONES VOLCÁNICAS Y TERREMOTOS EN CENTRO-AMÉRICA:

Siglo	XVI.	6 erupciones
,,	XVII.	11 ,,
,,	XVIII.	17 ,,
,,	XIX.	17 ,,

Año	1522	Erupción	del	volcán	Masaya	Nicaragua.
,,	1526	,,	,,	,,	Fuego	Guatemala.
,,	1565	,,	,,	,,	Pacaya	Guatemala.
,,	1581	,,	,,	,,	Fuego	Guatemala.
,,	1582	,,	,,	,,	Fuego	Guatemala.
,,	1585-1586	,,	,,	,,	Fuego	Guatemala.
,,	1614	,,	,,	,,	Fuego	Guatemala.
,,	1623	,,	,,	,,	Fuego	Guatemala.
,,	1643	,,	,,	,,	San Vicente	Salvador.
,,	1651	,,	,,	,,	Pacaya	Guatemala.
,,	1664	,,	,,	,,	Pacaya	Guatemala.
,,	1668	,,	,,	,,	Pacaya	Guatemala.
,,	1670	,,	,,	,,	Masaya	Nicaragua.
,,	1671	,,	,,	,,	Pacaya	Guatemala.
,,	1677	,,	,,	,,	Fuego	Guatemala.
,,	1699	,,	,,	,,	Fuego	Guatemala.
,,	1705	,,	,,	,,	Fuego	Guatemala.
,,	1706	,,	,,	,,	Fuego	Guatemala.

,,	1707	,,	,,	,,	Fuego	Guatemala.
,,	1710	,,	,,	,,	Fuego	Guatemala.
,,	1717	,,	,,	,,	Fuego	Guatemala.
,,	1723	,,	,,	,,	Irazú	Costa-Rica.
,,	1726	,,	,,	,,	Irazú	Costa-Rica.
,,	1732	,,	,,	,,	Fuego	Guatemala.
,,	1737	,,	,,	,,	Fuego	Guatemala.
,,	1764	,,	,,	,,	Momotombo	Nicaragua.
,,	1770-1772		Formación		Izalco	Salvador.
,,	1772	Erupción	del	volcán	Masaya	Nicaragua.
,,	1775	,,	,,	,,	Masaya	Nicaragua.
,,	1785	,,	,,	,,	Cerro Quemado	Guatemala.
,,	1798	,,	,,	,,	Izalco	Salvador.
,,	1799	,,	,,	,,	Fuego	Guatemala.
,,	1803	,,	,,	,,	Izalco	Salvador.
,,	1821	,,	,,	,,	Masaya	Nicaragua.
,,	1829	,,	,,	,,	Fuego	Guatemala.
,,	1835	,,	,,	,,	Cosigüina	Nicaragua.
,,	1844	,,	,,	,,	San Miguel	Salvador.
,,	1847	,,	,,	,,	Masaya	Nicaragua.
,,	1850	,,	,,	,,	Telica	Nicaragua.
,,	1855	,,	,,	,,	Tacaná	Guatemala.
,,	1855	,,	,,	,,	Fuego	Guatemala.
,,	1856	,,	,,	,,	Fuego	Guatemala.
,,	1857	,,	,,	,,	Fuego	Guatemala.
,,	1858	,,	,,	,,	Masaya	Nicaragua.
,,	1869	,,	,,	,,	Izalco	Salvador.
,,	1870	,,	,,	,,	Izalco	Salvador.
,,	1880	,,	,,	,,	Ilopango	Salvador.
,,	1880	,,	,,	,,	Fuego	Guatemala.
,,	1883	,,	,,	,,	Ometepe	Nicaragua.
,,	1902	Octubre			Santa María	Guatemala.
,,	1911	Agosto			Poas	Costa-Rica.

PRINCIPALES TERREMOTOS

1541 Septiembre, 11. Destrucción de la primera capital (Ciudad Vieja).

1575 Mayo, 23. Gran daño en la Antigua Guatemala y destrucción de San Salvador.

1576 y 77 Junio. Gran daño en la Antigua Guatemala.

1586 Diciembre, 23. Destrucción de la Antigua Guatemala.
1651 Febrero, 18. Gran daño en la Antigua Guatemala.
1689 Febrero, 12. Gran daño en la Antigua Guatemala.
1717 Septiembre, 29. Destrucción de la Antigua Guatemala.
1751 Marzo, 4. Gran daño en la Antigua Guatemala.
1765 Abril, 18. Destrucción de varias ciudades de El Salvador.
1765 Mayo, 20. Destrucción de varios pueblos, en la provincia de Chiquimula.
1773 Julio, 29. **Destrucción de la Antigua Guatemala** (Santa Marta).
1774 Julio, 27. Destrucción de los pueblos de la Costa del Bálsamo. Salvador.
1798 Febrero, 15. Gran estrago en San Salvador y pueblos de Cuscatlán.
1822 Mayo, 7. Gran estrago en Cartago, Matina y San José de Costa-Rica.
1839 Marzo, 22. Gran estrago en El Salvador.
1841 Septiembre, 2. Destrucción de Cartago.—Costa-Rica.
1847 Junio. Gran daño en la Costa del Bálsamo.—Salvador.
1852 Mayo, 16. Mucho estrago por Guatemala y Los Altos.
1854 Abril, 16. Ruina de San Salvador.
1857 Noviembre, 6. Gran estrago en Cojutepeque.—Salvador.
1859 Agosto, 25. Ruina de La Unión.—Salvador.
1859 Diciembre, 8. Estrago en Amatitlán y Escuintla.—Guatemala.
1862 Diciembre, 19. Gran daño en Escuintla, Amatitlán, Guatemala y Tecpán.
1870 Junio, 12. Destrucción de Chiquimulilla, y estragos en Cuilapa.
1870 Junio, 13. Estragos por Jutiapa, Santa Rosa y Guatemala.
1873 Marzo, 4. Destrucción de San Salvador y pueblos vecinos.
1874 Septiembre, 3. Destrucción de Patzicía y estragos por Chimaltenango.
1878 Diciembre, 5. Estragos por Usulután.—Salvador.
1879 Diciembre, 21 y 31. Destrucción de varios pueblos en contorno del lago de Ilopango.—Salvador.
1902 Febrero, 18. Ruina de Quezaltenango, San Marcos y otras poblaciones de Los Altos.
1910 Destrucción de Cartago en Costa-Rica.
1911 Agosto. Estragos en las cercanías del Poas, en Costa-Rica.
1913 Enero. Destrucción de Cuilapa.—Guatemala.

El P. Lizarzaburu, Jesuita muy inteligente en astronomía y ciencias físicas, escribió un folleto interesante sobre "**Los temblores sentidos en Guatemala, en Diciembre de 1862 y Enero de 1863,**" que contiene datos curiosos sobre fenómenos seísmicos.

En la "**Revista del Observatorio Meteorológico,**" del año 1883, correspondiente al mes de abril, hay un catálogo muy completo y explicado de los temblores en Centro-América, desde 1469, en que, según Oviedo y una tradición indígena, tembló todo el istmo. En 1522 hizo erupción el volcán de Masaya, ocasionando fuertes sacudimientos de tierra. Bernal Díaz del Castillo asegura que en el reino de Guatemala, sintiéronse terremotos tan fuertes, en el año 1539, que no podían los hombres tenerse en pie (Tomo I., Historia Verdadera de la Conquista de Nueva España, edición hecha según el Códice Autógrafo, publicada por Genaro García.—México, oficina tipográfica del Ministerio de Fomento.—1904).

EFEMÉRIDES SEÍSMICAS Y VOLCÁNICAS DE EL SALVADOR

1521 Erupción del Lamatepec o volcán de Santa Ana (Herrera).
1522 Erupción del Cosigüina y del Conchagua.
1524 Grande actividad del volcán de Santa Ana.
1538 Destrucción de San Salvador, cuya sede es transferida a la Bermuda.
1556 Temblores numerosos y muy fuertes en San Salvador.
1570 Erupción del Santa Ana, que algunos refieren haber sido en 1580.
1576 Ruina de San Salvador, el segundo día de la Pascua del Espíritu Santo, que destruyó casi toda la población.
1593-1594 Ruina de San Salvador, que fué completa.
1625 Grandes temblores en San Salvador.
1659 Ruina de San Salvador.
1699 Grande erupción del volcán de San Miguel. Los temblores, dice Jiménez que fueron fuertísimos y pavorosos los retumbos. (libr. V, cap. II).
1770 Aparición del Izalco, 23 de febrero.
1774 Se arruinan Huizúcar, Panchimalco y otros pueblos vecinos.
1787 Erupción muy terrible del volcán san Miguel.
1798 El 2 de febrero se arruinó San Salvador.
1802 El volcán Izalco hace gran erupción.
1805 a 1807 El mismo volcán Izalco arroja grandes lavas y cenizas.
1811 Hace erupción el San Miguel.
1814 Grandes temblores en San Salvador.
1815 Ruina en San Salvador.
1819 Erupción del San Miguel.
1830 Fuertes temblores en San Salvador.
1835 Erupción del San Miguel.
1839 El 22 de marzo hubo un terremoto violentísimo que causó no pocas pérdidas.

1839 Del 1º al 10 de octubre se sintieron fuertísimos movimientos de tierra.

1844 El 23 de julio hizo tremenda erupción el San Miguel.

1853 El 9 de febrero se sintió un terremoto extensísimo que alcanzó hasta Guatemala y Trujillo.

1854 Ruina de San Salvador. El 16 de abril, a las dos de la mañana, dió en tierra con toda la ciudad. Hasta el 18 se contaron 120 temblores.

1854 Mayo. Un fuerte temblor que destruyó algunas casas en San Salvador.

1854 Junio, 18. Terremoto en San Miguel. Grande hundimiento de rocas traquíticas y basálticas, cerca de Estanzuelas.

1854 Octubre, 7. Fuerte temblor de tierra en San Salvador, y sobre todo en Cojutepeque y San Vicente.

1856 Del 14 al 30 de agosto. Fuertes temblores en Izalco. El 16 de agosto se rompió el cráter del lado de Santa Ana, produciendo un grande hundimiento del cono, que perdió entonces una buena parte de su altura.

1856 Fuertes temblores en San Salvador y Cojutepeque.

1857 Temblores en Guatemala, El Salvador y Nicaragua. Gran actividad del San Miguel y del Masaya.

1859 Del 25 de agosto al 3 de septiembre, hubo una serie de temblores en La Unión.

1880 Enero, 22. Fuertes movimientos seísmicos en La Unión, Gotera y San Miguel.

1880 Marzo. Pequeña erupción de piedras y cenizas lanzadas por el volcán de Santa Ana.

1881 Del 16 al 22 de abril, se sintieron en San Salvador temblores de trepidación de alguna intensidad.

1881 Noviembre. Sacudimiento de 30 segundos, bastante fuerte en San Salvador.

1881 Diciembre, 26. Horribles retumbos y temblor muy fuerte en San Salvador.

1882 Agosto, 2. Muy fuerte temblor de tierra en San Salvador.

1882 Octubre, 22. Ocho oscilaciones grandes en San Salvador.

1882 Noviembre, 10. Otras oscilaciones bastante fuertes.

1884 Marzo, 27. Fuerte temblor de oscilación en San Salvador.

1884 Junio, 3. Largo temblor en San Salvador.

1884 Junio, 10. En Santa Tecla se experimentó un fuerte movimiento de tierra.

1884 Julio, 12. En San Salvador y en Santa Tecla se sintió otro temblor.

1884 En agosto, octubre y diciembre, tembló en dichas ciudades.

1884 Tres fuertes temblores en San Vicente.

1884 Diciembre, 8. En Santa Ana y Sonsonate hubo grandes temblores.

Del 5 al 14 de agosto de 1856, sufrió toda la costa del mar Caribe una gran conmoción. En Trujillo no dejó de temblar la tierra por mucho tiempo.

En Tegucigalpa y en otros pueblos de Hibueras han causado los volcanes no poco sobresalto a los moradores de aquellas tierras, produciendo fuertes sacudimientos, que algunas veces ocasionaron lamentables ruinas, como la de Comayagua, ocurrida el 14 de octubre de 1774; aunque no de la magnitud de la que sufrió León de Nicaragua en aquella primitiva ciudad, que quedó destruida en su mayor parte. En Costa-Rica no han faltado los temblores de tierra, siendo funestamente memorables los de 1638, que hicieron caer algunos edificios, quedando maltrechos casi todos. A la filantropía del gobernador don Gregorio Sandoval, debióse la restauración de aquella ciudad, ya que de sus fondos particulares gastó en refaccionar los edificios públicos y en socorrer a algunas personas damnificadas. El 7 de mayo de 1822 hubo un terremoto que causó graves daños en Cartago, Matina y San José. En 1841 el 2 de septiembre, se arruinó Cartago, y en 1851 sufrieron San José, Heredia y Alajuela. El 29 de diciembre de 1888 cayeron varias casas de la Capital, se incendió la Farmacia Francesa, y quedaron dañados muchos edificios. En Alajuela perecieron varias personas, y el temblor de tierra fué horrible; pero más aún en Tambor, lugar que cambió de topografía, pereciendo don Rafael Castro y dos de sus hijos. Una ola inmensa de tierra arrebató de ese lugar a la esposa y a una niña de aquel desgraciado, llevándolas a distancia del sitio en donde quedaban los otros sepultados. El 13 de abril de 1910 sintiéronse fuertes movimientos sísmicos, que produjeron graves daños en las propiedades, sin desgracias personales. El 4 de mayo de 1910 se arruinó Cartago totalmente, muriendo más de 500 personas. Este desastre ha sido el más terrible de los causados en Centro-América, por los terremotos.

El lunes 28 de agosto de 1911 hizo erupción el volcán Poas, y hubo terremotos tan fuertes que destruyeron las casas de madera de los alrededores, se abrió la tierra en enormes grietas y los pobladores de las alquerías, que salieron a los campos, se veían arrojados de un lugar a otro. El lector que desée ampliar los datos anteriores, puede ocurrir en consulta, a la obra reciente del doctor don Cleto Víquez, que no he podido consultar respecto a Costa-Rica, y a la del Capitán Montessus de Ballore, que formó una compilación completa de los anales seismológicos de Centro-América. Hoy se han hecho estudios interesantes acerca de las causas de los temblores de tierra, del vulcanismo del planeta y de los círculos de conmoción, que abrazan los terremotos; pero tales materias son ajenas a la índole histórica de la presente obra.

No se puede poner en duda que existe relación entre los terremotos y otros fenómenos físicos. Los que han estudiado la corteza terrestre y la región sub-oceánica, apuntan que la América Central es uno de los puntos más

débiles de dicha corteza, bajo la cual coinciden dos arcos (1) o vértices de los husos esféricos en que está cortado el casco de la tierra, concomitantes con las islas de la Sonda y de las Antillas. Centro-América es una arista salvada de grandes cataclismos, de destrucciones horrendas.

Los temblores de tierra actuales no son más que ecos debilitados de espantosos trastornos telúricos en remotísimos tiempos. La serie de revoluciones de que ha sido teatro el Centro de América desde la época jurásica, ha trastornado repetidas veces su configuración, ora hundiéndose a inmensos abismos, ora surgiendo a grandes alturas sobre las aguas, al tiempo que sus sistemas de montañas se edificaban, se degradaban y volvían a nacer alternativamente. En épocas precretáceas el mar de las Antillas era un golfo del Pacífico. De la región de Honduras se destacaba una gran península. Cuba encontróse unida a la América Central, en época relativamente reciente.

Resumiendo—dice el sabio jesuita Mariano Gutiérrez Lanza—la historia de las múltiples y profundas revoluciones estructurales de este mundo Centroamericano, he aquí la serie probable de los acontecimientos. En los tiempos primitivos, cadenas de base granítica y eruptiva en dirección del geosinclinal mediterráneo. Una larga zona de tierra se extendía desde Honduras, y Cuba formaba parte de un grandísimo territorio, que además del actual, abrazaba la isla de Pinos y las Bahamas. La Florida no existía. Al fin del período cretáceo empieza el período que está para terminar. En la época oligocena una acción enérgica dió origen al empuje orogénico de grandes plegamientos, a que las Antillas y Centro-América deben sus principales rasgos estructurales. El nacimiento de estas cadenas corresponde a la surrección de los Pirineos. Por desgracia, la enfermedad histérica y convulsiva de nuestro suelo parece incurable, y así a las vicisitudes referidas, se han sucedido nuevos y no interrumpidos trastornos que han continuado hasta nuestros días, y con ellas la gran propensión a violentas conmociones sísmicas y terribles erupciones volcánicas (2).

Las capas geológicas de la tierra se sobreponen unas a otras y contienen las páginas de los azares telúricos. Cada hoja de ese infolio inmenso lleva escrita la historia de siglos incontables; la vida del planeta que habitamos.

---

(1) Sismología. Congreso Científico Internacional Americano. Buenos Aires.—1910.

(2) Puntos de vista sobre los terremotos, por M. Gutiérrez Lanza, 1er. Congreso Pan Americano. Santiago de Chile. Volúmen V° Ciencias Físicas.

CAPITULO VII

ARQUEOLOGIA CENTRO-AMERICANA

SUMARIO

La arqueología de Centro-América ofrece el mayor interés.—Soberbia obra de Goodman y Maudslay. — Destrucciones hechas por los mismos indios y después por los españoles. — Cronistas aborígenes. — La Sección Etnográfica del Museo Nacional de la Sociedad Económica. — Benemérito anticuario guatemalteco, don Juan Gavarrete. — Los célebres monumentos de Cotzumalguapa. — Descripción de sus ruinas, por primera vez publicada. — Grande importancia que tienen. — Bowditch calcula los siglos que cuentan de existencia nuestras ciudades prehistóricas. — Antigua opulencia de Santa Lucía Cotzumalguapa. — Obrajes magníficos y estancias soberbias. — Decadencia y ruina. — El arzobispo Larraz describe ese pueblo y otros comarcanos. — Ricas haciendas de esa zona. — Varias poblaciones desaparecidas. — Ruinas de Piedras Negras. — El Petén. — Copán, en Honduras. — El Templo. — El Circo Máximo. — Las Pirámides. — El Sacrificatorio. — Los Geroglíficos. — Ruinas de Kiriguá. — Descripción de Scherzer. — El Circo. — Las Cabezas humanas. — La gran Tortuga. — Monumentos de Palemke. — Restos de Sinaca-Mecalo. — Ruinas del Carrisal. — Ruinas de Mixco y de Petapa. — Lo que queda de Patinamit. — Descripción de aquel sitio. — La bella Xelahú. — Poblaciones primitivas que hubo en el valle donde está situada la capital de Guatemala. — Río subterráneo. — Ruinas de Tical. — Monumentos de Menché. — La ciudad de Lorillard. — Antigüedades en la América Central, descritas por don Cesáreo Fernández Duro. — Ruinas de la república de El Salvador. — Antigüedades curiosas de Costa-Rica. — Arqueología de Nicaragua. — "La Antigua América," obra escrita en inglés y traducida al castellano, por don Antonio Batres Jáuregui. — Las ruinas de Nackeun. — Comparación de las ruinas de Atenas, Herculano, Pompeya y Roma con las de la América Central. — Estas son hieráticas reminiscencias de civilizaciones muertas.

La arqueología imparte un aire de realidad al estudio del pasado. Los despojos monumentales rememoran vivamente la prístina condición de las sociedades muertas. Epitafios elocuentes de otros siglos y de otros hombres, son síntesis de su historia; fragmentos que sirven para reconstruir los pueblos más remotos. Las célebres ruinas de la América Central casi todas yacen apartadas de los actuales centros de población, entre las lúgubres sombras de florestas vírgenes.

El arte monumental indígena de Guatemala ofrece el mayor interés a los sabios y a las sociedades europeas y americanas. En los museos de Berlín, Londres, París, Nueva York, Washington y Roma, hemos visto fragmentos de las portentosas ruinas prehistóricas de Centro-América, reveladoras al través de los siglos, de la civilización peculiar que tuvieron las naciones antiquísimas, desde Yucatán y nuestras costas Atlánticas, hasta muchos puntos de este istmo, centro de la cultura del mundo, en remotas edades, y que acaso lo

ser, en venideros tiempos (1). Sin apelar a la suposición de los que afirman que aquí estuvo el pueblo más civilizado del continente antiguo, del cual era colonia el Egipto, y que lo componían los **carios,** quienes formaron la cuna de la antigüedad, es preciso reconocer la cultura remota de Palemke, Copán, Kiriguá, Tihuanuco, Piedras Negras, Tical, Chichén Itzá, y demás restos de monumentos indígenas, que servirán de objeto al presente capítulo, a fin de dar una idea general de ellos, remitiendo al lector que desee profundizar la materia, a los libros extensos que existen.

En la monumental y soberbia obra de Goodman y Maudslay **"Biología y Arqueología Centrali-Americana,"** publicada en Londres, en 1897, se describen esas interesantes ruinas, centros de pueblos perdidos, cuya vida dejó apenas rastros, que la tradición, la lingüística, la arqueología y la historia, se empeñan en descifrar.

Los mismos indios, durante el período de los toltecas, y por invasiones posteriores, destruyeron no sólo ciudades hieráticas y monumentos antiquísimos, sino los fastos, las tradiciones, y cuanto pudiera mantener la historia de los vencidos. Los aztecas, después, y los españoles, por último, trataron de borrar hasta el recuerdo de aquellas civilizaciones que hoy investiga la ciencia moderna (2).

"Debe saberse—dice Las Casas—que en todos estos países, entre las diversas profesiones que tenían personas competentes, existió la de cronistas o historiadores, que conocieron el origen de estos reinos y de todo cuanto se relacionaba con la religión y con sus dioses, lo mismo que con los fundadores de las ciudades o villas. Consignaban en sus crónicas las historias de los reyes, la manera como eran elegidos y quiénes habían sido sus sucesores; la de sus trabajos, acciones y guerras, y la de los hechos más memorables. Hablaban de los héroes y hombres benéficos. Sabían quiénes fueron los primeros pobladores del país, sus costumbres, triunfos y derrotas. En efecto, estudiaban todo lo concerniente a la cronología, y eran capaces de informar lo interesante del pasado. Estos cronistas tenían también que calcular los meses y años, y aun su modo de escribir no era como el nuestro. Empleaban símbolos y caracteres, por medio de los cuales lo entendían todo; y guardaban grandes libros compuestos de manera tan ingeniosa y con tal arte, que las letras que de nosotros aprendieron, no les servían de mucho para llenar su objeto. Nuestros sacerdotes han visto algunos de esos libros, y yo mismo los he tenido en mis manos, aunque muchos fueron quemados por instigación de los misioneros que temían que sirviesen de impedimento a la obra de la conversión".

---

(1) Ya hemos hablado del porvenir de Centro-América; y respecto a su arqueología existe un interesante cuadro de honor formado por el Dr. Herman Prowe.

(2) Itzcoatl destruyó muchos de los manuscritos antiguos—"La Antigua América," de Baldwin, explica cuánto se destruyó.

Todos estos imperios, desde la más remota antigüedad, habían venido experimentando cambios y revoluciones causados por el predominio o influencia ya de un pueblo ya del otro, en el curso de su larga historia. Por último, la conquista española casi acabó con los indios y destruyó sus monumentos y la mayor parte de sus tradiciones; por lo cual es mucho más difícil para los anticuarios penetrar en el laberinto del pasado. Sin la arqueología monumental fuera imposible probar el grado de progreso de los antiguos pobladores de la América del Centro.

Los grandes y espesos bosques de la parte Norte de Guatemala y Meridional de Yucatán que penetraron como vastos ramales en el interior de estas regiones, cubriendo una área inmensa, guardan todavía los despojos de grandes ciudades, mediando entre uno y otro grupo de ruinas una vasta región casi desierta. Es que casi todo lo que queda son fragmentos de hieráticos edificios, centros de poblaciones rurales, esparcidas por fértiles zonas, que apenas si han dejado huellas como las que se ven al Suroeste de la capital de Guatemala, en sus cercanos contornos, que fueron ocupados en la época de los terrapleneros, por numerosa gente (1).

¡Entre las malezas que cubren las ruinas, y los seculares árboles nacidos en las grietas de sus muros, apenas pueden calcularse los siglos que tienen de existencia! ¡Lástima que no sólo la mano del tiempo haya destruido mucho de aquellos célebres monumentos, sino que también para los museos de Europa y los Estados Unidos, se llevaran curiosos americanistas, fragmentos originales y piezas enteras de tan interesantes construcciones! (2)

Con los mejores datos que suministran los anticuarios nacionales y extranjeros, que han estudiado nuestras ruinas, vamos a describirlas, comenzando por las de **Santa Lucía Cotzumalguapa,** que han llamado mucho de atención en los últimos tiempos, hasta el punto de que sociedades sabias y museos ricos han mandado especialistas a sacar facsímiles y dibujos. Ese arte ciclópeo tiene mucho del etrusco y del caldeo.

Al más benemérito y modesto de nuestros anticuarios, al inolvidable guatemalteco don Juan Gavarrete, que tanto trabajó gratuitamente, como Encargado de la Sección Etnográfica del Museo Nacional (3) se debe la descripción inédita de las ruinas de Cotzumalguapa, que vamos a dar a luz, advirtiendo antes que en dicha sección figuraban obras impresas, manuscritos raros, copias importantes, autos originales, títulos de poblaciones de indios, vocabularios de lenguas aborígenes, en una palabra, la mejor colección para formar la historia de Centro-América.

---

(1) A Glimpse at Guatemala. Maudslay.

(2) Bouditch escribió, en 1901, un folleto, calculando la edad de las ruinas: *Manohé-Tenamit,* entre los años 3768—3940. *Piedras Negras,* 3770—3880. *Seibal,* 4000 y 4020. *Palenke,* 3769—3860. *Kiriguá,* 3893—3993. *Copán,* entre 3730 y 3930. Antes de la era Cristiana.

(3) En otra parte hemos hablado de los trabajos de don Juan Gavarrete, acreedor al reconocimiento nacional.

Estudiamos muchos de aquellos valiosos manuscritos e impresos curiosos, durante ocho años que servimos patrióticamente la Secretaría de la **Sociedad Económica del Amigo del País.** Todos los documentos de que se hace mérito, y de cuyo índice conservamos copia, fueron estregados a don José Milla, de orden del Gobierno, para que escribiera la historia de Centro-América, y devolviese a seguida aquellos tesoros. En varios baúles llevó el notable literato la **Sección Etnográfica completa.** Eran más de ciento cincuenta libros y muchísimos papeles y copias de importancia, que caminaron a la hacienda **"Quesada,"** en donde por entonces residía el distinguido escritor, que nos dejó los dos tomos primeros de la historia patria. No todos los documentos de la Sociedad Económica figuran hoy en la Biblioteca Pública, ni en el prólogo de aquella obra se hizo siquiera mención de don Juan Gavarrete, ni tampoco se aludió al arsenal que, de ese patriótico instituto, había recibido el señor Milla, ya que lo que más cuesta es reunir metódicamente los materiales dispersos, que solamente en muchos años de constancia podían obtenerse.

De esa Sección Etnográfica sacamos una copia, en el año 1869, del interesante estudio referente a las antigüedades de Cotzumalguapa, que podríamos extractar para esta historia, pero preferimos que figure íntegro, por el mérito que tiene. Dice así: "El descubrimiento de los antiguos restos de Cotzumalguapa, se debe a uno de los principales vecinos de Santa Lucía, llamado Pedro de Anda, quien al preparar un terreno que se halla al Nordeste de la población y dentro de los límites de su ejido, a pocas varas de profundidad, dió con un depósito de piedras de todas dimensiones cubiertas de bajos relieves muy bien trabajados, que indicaban ser restos de un gran edificio cuyo origen se remonta a una época muy anterior a la conquista de estos países. Hecho el hallazgo se puso en noticia del corregidor del departamento, capitán don Miguel Urrutia Jáuregui, y este funcionario visitó el lugar de las ruinas, mandó continuar la excavación, donde tomó la medida de las piedras descubiertas e hizo dibujar algunos de sus emblemas, remitiendo los diseños al Ministerio de lo Interior, el año 1865.

Desde aquella época las ruinas de Santa Lucía han llamado grandemente la atención de cuantas personas las han visto. La excavación tiene más de veinticinco varas de largo, sobre diez o doce de ancho, y en este pequeño espacio, situado en medio de un espeso bosque y formando un lecho de tierra vegetal, se encuentran hacinadas las piezas descubiertas, que casi todas revisten la forma de obeliscos, monolitos de tres metros de longitud, uno de anchura y otro de profundidad. En sus caras aparecen bajo-relieves, que representan guerreros armados, sacerdotes en el acto de sacrificar, personajes adorando a las divinidades, y todas estas figuras mezcladas de geroglíficos que el tiempo ha vuelto imperceptibles. Una cabeza de serpiente, un bajo-relieve que ostenta a un guerrero subiendo una escala, y una gran taza de piedra, que probablemente era sacrificatorio, se trasladaron a la casa del descubridor.

En la finca llamada "Pantaleón" existe una interesantísima cantidad de cabezas y de piedras esculpidas. En el Museo de Etnografía de Berlín se ven algunas de las ruinas de Santa Lucía, siendo la más notable y apreciada la que forma un bajo-relieve que tiene un pontífice sacrificador con la amenazadora cuchilla de oxidiana (chaye) en la mano. El Director de dicho Museo don Adolfo Bastián, describió, en 1885, las hermosísimas piedras de aquellas ruinas.

Se sabe que a mediados del siglo IX de la era cristiana, y con motivo de la destrucción del imperio de los toltecas, en México, emigraron muchos de esos pueblos civilizados. Uno de ellos fué el de los cholutecas, que abandonando la comarca de Cholula, vino a ocupar las costas del Sur de Guatemala, desde Soconusco hasta la provincia de Choluteca, que de ellos recibió su nombre, y éstos fueron los que fundaron los señoríos de Escuintepeque, Guazacapán, Cuzcatlán, etc., bajo la denominación de **pipiles.**

Las tribus quichés y cakchiqueles, que en el siglo IX se apoderaron de los países del interior de lo que es hoy república de Guatemala, deseosos de poseer terrenos en clima cálido y disfrutar de sus ricos productos, bajaron a las costas y arrojaron de ellas a los pipiles, apoderándose los mames de Soconusco, los quichés de Suchitepéquez y los cakchiqueles de la parte que ocupa Cotzumalguapa, quedando estos últimos divididos de los pipiles por el río Achinate, que quiere decir en mexicano **río de los achies o cakchiqueles".** (1)

En los informes del Instituto Smithoniano se han dado descripciones de la colección de restos aborígenes de que venimos hablando. Se ha admirado mucho una inmensa losa de roca basáltica colocada en el suelo y cubierta de curiosísimos bajo-relieves de tipo egipcio bien marcado. En otra lápida vertical se ostenta un gran monarca que da audiencia a un **macegual,** que tiene aspecto de humilde suplicante. Al Oeste del río Nahualate, por la hacienda de **Las Ánimas** y en la villa de San José el Ídolo, se han encontrado muchas cabezas talladas en piedra, menos finas que las que están en la finca denominada Pantaleón. En la aldea india de San Sebastián, cerca de Retalhuleu, hay un buen número de piedras grandes que dejan ver figuras humanas y columnas de seis pies de alto, por dos de diámetro, que marcan acaso algún cementerio o templo aborigen de remotísimas edades. En la finca Margaritas (Campanías) en el camino de la costa Cuca, hay también varias lápidas talladas y algunas con inscripciones viejísimas.

En la soberbia obra del sabio Maudslay, **Biología y Arqueología Centrali-Americana,** publicada en Londres, en 1897, se describen todos esos interesantes restos antiquísimos de la civilización de esas comarcas, que fueron centros

(1) El notable colombiano don Pastor Ospina, que tuvo un colegio en la Antigua Guatemala, estudió las ruinas de *Santa Lucía*, y se formó idea de que eran anteriores a las emigraciones de los pueblos del Anahuac. Existió, dice, en la América Central un pueblo anterior a los tiempos históricos, muy civilizado y poderoso. Fué seguramente marítimo en las costas del Atlántico, en donde dejó monumentos grandiosos. Las bellas artes habían alcanzado gran perfección. Ese pueblo trasmontó acaso la cordillera y fundó la ciudad de *Cotzumalguapa.*

de perdidos pueblos, cuya historia dejó apenas rastros, no todos bien comprendidos; pero que revela a la par de antigüedad, remota cultura harto digna de atención.

Como los restos de las ruinas que acabamos de describir no son los únicos que en aquellos lugares se encuentran, no sería improcedente congetura la que se hiciera suponiendo que la gran ciudad a que pertenecieron hubiese sido fundada por los cholutecas, y destruida dos siglos después, por los cakchiqueles, al apoderarse violentamente de esa comarca. Sea como fuere, la importancia que tuvo ésta en tiempos antigüos, sus riquezas artísticas y agrícolas, han dejado en diversos lugares señales indelebles de su opulencia, no sólo en las épocas anteriores a la conquista, sino en la que siguió a ese grande acontecimiento (1).

Al tiempo de la venida de los españoles, siendo ellos aliados de los cakchiqueles, la costa de Cotzumalguapa entró a su dominio sin violencia alguna, y los padres franciscanos que catequizaron esta nación fijando su residencia en la corte de Ixinché, o sea Tecpán Guatemala, bajaron también a esta corte y pusieron su asiento en los dos principales pueblos que ahí florecieron por entonces, Cotzumalguapa y Alotepeque, o como hoy le llaman Aloteca. Dieron al primero, la advocación de Santiago, y al segundo, la de San Juan, viéndose aún los restos de sus magníficas iglesias, perdidas en los bosques. Tras de los misioneros llegaron los colonos a fundar en tan fértiles lugares sus estancias y obrajes, de los cuales ya se hace mención en papeles del siglo XVI, como que de ahí salía una gran cantidad del índigo o añil, que, con el cacao, constituía gran riqueza.

Por aquel tiempo figuraban los pueblos siguientes: **Santa Lucía,** formado por los de Santiago Cotzumalguapa, y que fué en su origen una estancia de los pueblos de este último, San Cristóbal Cotzumalguapa, donde hubo una guardianía de Franciscanos, Santo Domingo Tzotzicán, Sinacamecayo o Xinagameco, que también fué estancia del pueblo de San Juan Aloteca. San Andrés Ichanutzumá o Chuchú, en las faldas del volcán de Fuego, Santa Catarina Tziquinalá, cercano al hermoso peñón que lleva su nombre, San Miguel Tehuantepeque, algunas leguas al Sur de Santa Lucía, San Francisco Ichanhuehuey, notable por ser el más próximo a las ruinas de que tratamos, y a las cuales parece hacer alusión su nombre, que traducido del cakchiquel quiere decir **junto a los viejos.**

Desde los primeros años de la conquista española, hubo ahí obrajes de añil muy renombrados y estancias o haciendas de ganados, como los de don García de Aguilar y de la Cueva, que dió origen al actual pueblo que se llamó

(1) Pueblos toltecas muy adelantados fundaron, por tan ricas comarcas, varias ciudades de impor. tancia. En la finca llamada Pantaleón existe una interesante cantidad de cabezas humanas, de enorme tamaño talladas en piedra, que son retratos de reyes y guerreros. Los ojos de algunas estátuas aparecen sacados de sus órbitas y suspendidos sobre las mejillas.

"Don García," y que últimamente le han dado el nombre de La Democracia, el de Gaspar Arias, fundado en 1589, y que se le concedió en premio de los servicios que prestó, defendiendo las costas del Sur de las incursiones del pirata Drake, el de García de Escobar, el de Francisco de Aylón, titulado en 1592 y otros más antiguos, de los cuales apenas queda memoria.

Vino en seguida, una época desastrosa para aquella costa. Las estorsiones de los estancieros, las epidemias causadas por la gran elaboración del añil, los terremotos, la corrupción de costumbres llevada a esos pantanosos lugares por la multitud de aventureros que iban entonces a buscar fortuna, la embriaguez casi general de los indígenas y otros motivos que ignoramos, fueron diezmando la población, haciendo decaer la agricultura y reduciendo tan fértiles comarcas a bosques incultos, que encierran en su seno ostensibles señales de antigua prosperidad. En 1599 desapareció el pueblo de Tehuantepeque, reuniéndose a Santa Lucía sus últimos vecinos. Poco después tuvieron la misma suerte los de San Andrés Ichanutzumá y Asunción las Casillas, agregándose al de Tzikin-alá ; una epidemia de fiebres extinguió el de San Cristóbal, que, a solicitud del cura de Santa Lucía, don Sebastián Lambur, fué agregado a este último en 1772, y en 1778 se dictó la misma providencia respecto del de Siquinalá, que apenas contaba cinco o seis familias. Los obrajes tuvieron mala suerte, con motivo de la escasez de trabajadores y de la considerable baja del precio del añil, a consecuencia de la conquista de la India Oriental, por los ingleses, que hasta entonces habían sido los principales consumidores del que producía la América.

Quedó, pues, Cotzumalguapa, a fines del siglo XVIII, en un estado de miseria y de tristeza lamentable. La falta de gente permitió a la vegetación tropical cubrir las ruinas de sus pueblos y haciendas. La riqueza desapareció, los caminos se perdieron, y las fieras llegaron a amenazar seriamente la existencia de los pocos habitantes que quedaron en el pueblo de Santa Lucía, único que sobrevivió a tantas calamidades. El ilustrísimo arzobispo Larraz, después de describir, en los apuntamientos que hizo en su visita, el lamentable estado de esa comarca, en lo moral y en lo material, da noticia de las alquerías antiguas, cuyas ruinas aún se contemplaban.

Hoy el camino de hierro que atraviesa aquella fértil campiña, sembrada de cafetos, caña de azúcar, cacao, pasturas, hortalizas, árboles frutales y otros artículos da vida a magníficas haciendas, como Pantaleón, el Baúl, Camantulúl, Aguná, Chatá, San José, San Sebastián y muchas más.

Piedras Negras llaman a unas ruinas descubiertas por Teobert Maler, en el Departamento del Petén, en las frondosas márgenes del Usumacinta, como catorce leguas más allá de Tenocique, demostrando la existencia, hará unos 3,800 años, de una gran ciudad que tenía adelantada cultura. Un monolito de esas ruinas muestra gran importancia, y se encuentra descrito por los famosos

americanistas Maudslay, Bouditch y Foerstemann, que han sabido descifrar algunos de los geroglíficos referentes al calendario comprensivo de una época de 136,664 días.

Las ruinas que han quedado **de Copán**, en Honduras, cerca de la línea divisoria con Guatemala, son de las seis más famosas de América y las más antiguas de todas. Copán revela el arte indígena en toda su grandeza. Desde que el Oidor D. Diego García del Palacio, de la Real Audiencia de Guatemala, hizo una circunstanciada relación de ellas a Felipe II, en 1576, se tuvo idea de tales monumentos indios, que no vió Cortés, aunque pasó muy cerca de ese sitio. El americano Mr. John Stephens, en su obra titulada **Incidents of travel in Central América (Vol. I. P. 95-160)** y el abate francés Brasseur de Bourbourg, en su **Histoire des Nations Civisees du Méxique et de l' Amérique Centrale**, hicieron detenido examen de los restos de aquel lugar de Copán, que demuestran haber existido ahí un gran pueblo. Los sabios alemanes Meye y Schmid, han hecho recientes publicaciones, intituladas **Las Estatuas de Copán.** Los dibujos de Catherwood son bellísimos.

Para dar idea de aquellas ruinas, ya que su estudio especial está hecho en esas grandes obras extranjeras, con varios volúmenes y muchas láminas, baste decir que se extienden por el espacio de dos millas los restos que aun quedan de aquellos hieráticos sitios. **El Templo**, tiene 624 pies de Norte a Sur, por 809 de Este a Oeste. Calculan que entrarían en su construcción más de veinte y seis millones de pies cúbicos de piedra tallada con esmero. Hay una grandísima escalera que tendría como ciento cincuenta pies de altura, y que a semejanza del templo de Tyro, se hallaba en las márgenes de un río con bóvedas debajo. Por los años 1700 todavía se conservaba entero el Circo Máximo de Copán. Era una plazuela de figura circular, rodeada de pirámides de piezas muy bien canteadas, como de siete varas de alto. Veíase al pie de estas pirámides, unas figuras humanas de tamaño natural, perfectamente cinceladas, y con los colores que las esmaltaron. Lo más singular del caso es que los trajes son a usanza castellana. En el medio de la gran plaza se halla el sacrificador. Por ahí vese una portada de piedra, cuyas columnas representan a un hombre, vistiendo también a estilo español, con calza, cuello escarolado, espada, capa y gorra. Entrando al través de ese arcado se admiran dos hermosas pirámides, de gran altura, y de cuyas cúspides pende una hamaca, en la cual están tendidas dos figuras humanas, de uno y otro sexo, vestidas a usanza indígena. Todo parece ser una sola pieza, y la hamaca se mece con un suave empuje. Al pie de un cerro está la cueva de la Tibulca, con columnas perfectas a estilo gótico, de hermosas bases, zócalos, capiteles y coronas. Aunque de todo ello deduce Juarros que hubo comunicación primitivamente entre los pobladores de América y los del Antiguo Mundo, es más probable que los trajes castelanos y las columnas góticas hayan sido labrados después de la conquista, siquiera las otras ruinas se remonten a tiempos mucho más antiguos.

La familia maya puso en esos monumentos escultóricos el sello de una civilización que lentamente llegó a su apogeo, durante miles de años. Por los geroglíficos que se han descifrado consta que la erección de un monolito, de un altar, de una pirámide, tiene un año o un siglo de diferencia respecto de los anteriores. Mementos de heroicos episodios, de sagradas festividades, de calendáricas fechas, fueron poco a poco formando la más grandiosa muestra de arte delicado y prolijo, en ruda piedra de esperón, que con facilidad estalla al golpe del cincel. Los mismos indios, con motivo de la llegada de los barbudos pálidos, tallarían las figuras que algo tienen de europeos. Ahí debe de haber recuerdos de muchas invasiones y desventuras; pero a buen seguro que ninguna tuvo como la del hombre ibero, para los aborígenes tan funestas consecuencias. Opinan sabios anticuarios que Copán, ya en gran decadencia, estaba todavía poblada en el siglo XVI. Cortés, Alvarado y Bernal Díaz nos hablan de ciudades habitadas por los indios; pero los hieráticos centros de poblaciones esparcidas, quedaron desiertos o poco frecuentados, desde que el conquistador persiguió a muerte las creencias y ritos de los aborígenes.

Los mayas recibieron su cultura de los aztecas y la refinaron y aquilataron envolviéndola en un simbolismo esotérico y oriental. Los que más han contribuido a revelar la civilización maya son Landa, Cogolludo, Pío Pérez, Goodman, Maudslay, el capitán Maler, Chavero y el Museo Peabody.

Volviendo a describir las soberbias ruinas de Copán, haremos observar que además del templo o circo, hay tres grandes pirámides separadas, la primera de treinta pies de alto, y las otras más bajas. Los ebeliscos, las estatuas, los cimacios y los ídolos son de un trabajo exquisito. El altar o sacrificatorio del templo lo forma una sola piedra finísima de seis pies cuadrados y cuatro de alto, sobrepuesta en otras piedras glabulares. En los laterales de aquellas piedras se ven 16 figuras humanas perfectamente bien talladas, mientras que en la parte superior hay 36 cuadros con geroglíficos interesantísimos. Mr. Stephens asegura que muchas de las estatuas y bajo-relieves son iguales a los más célebres y finos de Egipto. Los geroglíficos están sin descifrarse, pues no tienen relación con los aztecas. Más bien se parecen a los del palacio de Palenque en el Código de Dresden y en el manuscrito Troano. Presume Brasseur de Bourbourg que aquellos geroglíficos cuentan las aventuras de Topiltzin Acxitl, rey tolteca, que vino de Anahuac a fundar en Honduras el imperio de Tlapallán, a fines del siglo undécimo; pero merece más crédito J. T. Goodman, quien demuestra que los datos inscritos en Copán, abrazan una épocas nada más, durante la cual esos lugares florecieron: **4 ahau: 13 yax, principio del 15. katun del 9 ciclo, del 54 gran ciclo.**

Dos grandes ceibas, cuyos troncos tienen más de ocho pies de diámetro, y cuyas raíces miden más de cincuenta de largo, se levantan en la cima de una de las más elevadas pirámides. Entre las malezas que cubren las ruinas y los seculares árboles nacidos en las grietas de sus muros, no puede descubirse

cuántos siglos tienen de existencia. Copán parece ser una de las más antiguas ciudades de América. ¡Lástima que no sólo la mano del tiempo haya destruido muchos de aquellos célebres monumentos, sino que también para museos de los Estados Unidos y de Europa, se hayan llevado curiosos americanistas, fragmentos y piezas enteras de tan viejos edificios! Aunque no faltan modernos anticuarios que presumen no ser tan antigua Copán, como se cree, todo aquello revela la acción lenta, corrosiva, inevitable de los años. Los árboles de raíces colosales han hendido las piedras, los huracanes, las lluvias, el calor, los animales salvajes, todo ha contribuido a esparcir fragmentos enormes, monolitos soberbios, lápidas con inscripciones misteriosas, y un ambiente de lejanísima cultura, de hierático acantonamiento, en una ciudad eminentemente religiosa, con muros de ocre y poblada de creyentes que en esculturas de alto relieve dejaron memorias confusas, artísticamente originales. Los indígenas de por ahí dicen que sus antepasados fueron convertidos en piedras, a causa de sus maldades. La trompa de un elefante que está en un monolito, hace presumir que todo aquello lleva antigüedad y sombras. El elefante existe fósil en América. Hace miles de años que dejó de vivir (1), lo mismo que el mammuth y otros ante-diluvianos. Copán es la más alta expresión del arte precolombino. Las **stelas** y los altares se hallan diseminados, como atalayas de aquel grandioso centro sacerdotal de muchos pueblos. Las pirámides con más de cuarenta metros de altura, son diversas de las de Egipto. Las de Copán no fueron tumbas, servían de viviendas y tenían adoratorios. Aquellas ruinas son religiosos escombros que guardan las plegarias, las aspiraciones toscamente místicas, de miles de seres humanos que se perdieron en el turbión de los tiempos. Son concepciones simbólicas y raras.

Cuentan las crónicas que Copán Calel, el gran cacique, revelóse en toda aquella comarca contra don Pedro de Alvarado, que tuvo que habérselas con más de treinta mil indios: que mandó a Hernando de Chávez a combatir, acaeciendo grandes bajas por ambos lados. Conquistada Chiquimula, se sostuvieron los copanes, con gran valor y persistencia; pero al fin sucumbieron al rudo golpe del destino. ¿Estaría el lugar de las ruinas de Copán poblado aún en tiempo de la llegada de los españoles? Lo más creíble es que la ciudad sagrada estuviese ya desierta y que hubiera algunos pueblos esparcidos por aquellos valles y cañales. La gran ciudad floreció por unos dos siglos.

Por razón de la peculiar naturaleza del país, grandiosidad de su montañoso panorama, existencia de remotísimas trazas humanas, la lucha desesperada de sus aborígenes por la independencia, sus extrañas y supersticiosas tradiciones, Guatemala ha sido, dice el historiador Bancroft, una tierra de misterio, sobre todo para aquellos que se consagran a las especulaciones anticuarias. La residencia en Rabinal del Abate Brasseur de Bourbourg, que se hizo nom-

(1) Cronan.— Amé ica.— Tomo I. página 57.

brar Cura Párroco de aquel pueblo, le sugirió muchas de sus ideas sobre la América, que han llamado la atención en Europa, a pesar de que algunos achacan a aquel sabio más imaginación que seso analítico. Los estudios del Abate francés, no obstante eso, han arrojado mucha luz sobre el pasado de estos países, bien que las ruinas que por varios lugares se encuentran esparcidas, prueban la cultura quiché y cakchiquel, e indirectamente la de los aztecas en el Anahuac ; pero no permiten llegar a la América remotísima, aun escondida entre vagos misterios : **L' Ancienne Amérique.** El aborigen de estas comarcas existió desde hace más de cien mil años.

En Guatemala, en el departamento de Izabal, dentro del valle del río Motagua, a unas cincuenta millas de las ruinas de Copán, se encuentran los restos de **Kiriguá,** descritos científicamente por Mr. Scherzer, que con los dueños de aquel lugar, señores Payés, las visitó para dar después a conocer al mundo aquellas célebres antigüedades. En el contorno de un circo muy extenso, todavía se ven las gradas estrechas que sirven para descender y contemplar en el centro una gran piedra redonda llena de geroglíficos y de inscripciones. Dos cabezas humanas, talladas en piedra negra, con dimensiones colosales, parecen sostener esa lápida, llena ya de musgo y jaramago. Vense aún esculturas como la de un indio sentado, llevando una diadema. La gran tortuga, tallada en una misma pieza de granito, llama la tención del viajero. Siete columnas cuadrangulares muy altas, y doce monolitos colocados sin orden ni simetría, y un ídolo en forma de lagarto, vense entre la grama y el follaje de aquel interesante lugar, que sin duda fue, como algunos creen, centro famoso de antiquísima ciudad indiana, cuyos fastos perecieron para siempre. Menos ricas y complicadas en dibujos las ruinas de Kiriguá que las de Copán, dejan ver que se refieren a una época más remota, a un tiempo mucho más próximo a las fases primitivas de estos países. La mano del tiempo destruye cada vez más aquellos restos antiquísimos de una gran ciudad indiana. Hoy, entre enhiestos pinares y tupido follaje, apenas se descubren aquí y allá los doce monolitos y las columnas, un ídolo que tiene en la mano derecha un niño, un altísimo obelisco inclinado notablemente sobre un árbol viejo, nichos de pirámides dode anidan serpientes, lápidas de sacrificios tras las que tienen sus moradas los jaguares, una piedra enorme en forma de clyptodón, con geroglíficos y preciosos grabados, que describe detalladamente Maudslay. Todo ello es vago recuerdo de una civilización muerta sobre cuyos escombros crecen selvas umbrías, como para ocultar al viajero las huellas que en tan húmedo sitio, a ocho leguas de Izabal, dejó el famoso pueblo **Kiriguá.**

"Las ruinas del mismo nombre existen a tres leguas de dicha aldea, en la orilla izquierda del majestuoso Motagua y a media legua de este río que lleva a la Bahía de Honduras la corriente de sus aguas, después de haber recibido en su curso multitud de tributarios. Magníficas selvas, de una variedad infinita de maderas, vírgenes todavía, bañan sus sombras en sus rápidas ondas.

El camino que de la aldea de Kiriguá conduce a las ruinas, es el mismo de Izabal, hasta el punto denominado "Paraje Galán," desde donde se sigue una senda conocida sólo de unos que otros cazadores y de los guías que acompañan a los rarísimos viajeros que a considerables intervalos de tiempo, atrae la curiosidad o el amor a la arqueología. Pasado un hermoso pinar, se entra en la montaña donde la vegetación es verdaderamente asombrosa. Cedros de una dimensión colosal, ramosas caobas, nances, matasanos, zapotes, jocotes, dragos, cacaos, cauchos, palmas e infinidad de otros árboles con sus innumerables y variadas hojas, forman una bóveda impenetrable a los rayos del ardiente sol, proporcionando sombra a millares de plantas medicinales que produce el fértil suelo, y desplegando un admirable conjunto de los productos vegetales, particulares a los trópicos. De cuando en cuando encuentra el viajero una **champa**, especie de choza de palma que improvisan los cazadores sorprendidos por la tempestad.

Al llegar a las ruinas se encuentra una laguneta que los supersticiosos indígenas han bautizado con el nombre de "laguna de los ídolos". Lo primero que llama la atención al entrar, es una montaña artificial, formada de una infinidad de piedrecitas, entre las cuales se hallan pedazos de mármol blanco extremadamente fino. Es indudable que todos estos fragmentos fueron traídos del río Motagua, distante una media legua.

Algunos historiadores pretenden que Kiriguá fué una ciudad considerable que destruyeron los Aztecas, cuando prosperaba el Anahuac. Realmente el lugar que ocupó es de los más encantadores, y a primera vista se nota que un sitio tan favorecido por la naturaleza, no pudo menos de atraer al hombre. Hoy es la morada de multitud de cuadrúpedos y pájaros de todas clases que han tomado posesión de lo que por tantos siglos les despojó el hombre, y de donde éste, también despojado, tuvo que huir para siempre, abandonando sus monumentos que quedan como indeleble recuerdo de su presencia.

Al pie de la muralla artificial, que queda al N., existen tres columnas cuadriláteras, en una estensión de 60 varas, siendo la última la más elevada, pues tiene 18 pies de altura. En cada una de estas columnas que hasta el presente conservan su posición original, una cara humana ocupa el centro más o menos del lado que mira al S., siendo de advertir que en la última se encuentra otra cara humana igual en el lado opuesto, es decir, el que mira al N. En todos los obeliscos referidos, sobre todo en los dos primeros, la cara está aplastada arriba, el labio inferior grueso y saliente, el superior corto y más delgado que el otro, la nariz chata, la frente deprimida, los ojos sumamente grandes y salientes, el arco superficial en extremo pronunciado. La boca, perfectamente horizontal, está muy abierta y la cara tiene algo como barba y bigotes. Encima y al rededor de la cabeza, se ve un extraño ornamento que por su originalidad es imposible describir. Los lados que miran al O. y al E. en los tres obeliscos, y también el que mira al N. en los dos primeros, contienen gerogli-

ficos grabados en pequeños cuadros y rectángulos que contienen los nombres, títulos y quizás también la historia de los seres representados en el obelisco. Entre dichos geroglíficos se observan cascos como usaban los romanos, hoces, árboles, animales, etc.

El uso de las figuras emblemáticas parece haber sido práctica común de todas las naciones incultas, siendo como el primer grado hacia la instrucción. Los caracteres de los geroglíficos de Kiriguá son sumamente curiosos, coñsistiendo en representación de objetos animados e inanimados, cada uno de los cuales se conoce que expresa una idea particular. Como los egipcios, los pobladores de Kiriguá no sólo parecen haber adorado un gran número de dioses ideales, concebidos en su fantasía, sino también haber tributado culto a un gran número de fieras y bestias, como el tigre, el lagarto, el sapo, la tortuga, etc., y en esto también parecen haber creído en la metempsícosis.

Siguiendo al S. y a una cuadra del primer obelisco mencionado, se encuentra el más alto de los seis que existen en las ruinas. Su elevación es de 26 pies, su ancho de cinco y su grueso de cuatro. Tiene la extraordinaria inclinación de doce pies y medio de la perpendicular. Descansa solamente por el lado del Norte y su posición se debe principalmente a la fuerte argamasa de que está compuesto. La singularidad de la inclinación de este obelisco es sorprendente, cuando se mira a su pie. Un árbol elevadísimo, conocido de los indígenas con el nombre de **celillón** y sobre el cual se apoya la columna, parece detenerla. La inclinación fué causada por el hundimiento gradual del terreno por un lado, pues examinándose con escrupulosidad los demás obeliscos, se observa inmediatamente que todos están un poco inclinados de su perpendicular, porque no está igualmente sólido el terreno sobre que se echaron los cimientos. Se comprende que para que pueda la columna mantenerse en esta posición, es preciso que esté la base al menos a ocho pies de profundidad.

Varios historiadores han pretendido que la inclinación del obelisco de Kiriguá es mayor que la de la celebrada torre de Pisa. Comparando la inclinación de ésta, que es de algo más de quince pies y medio, se ve que la torrre de Pisa lleva todavía al obelisco de Kiriguá ventaja de dos piés y medio.

La escultura del obelisco inclinado de Kiriguá es mucho más curiosa y elegante que la de los demás, y se ve, a primera vista, que el artista se esmeró en darle la mayor suntuosidad posible, lo que parece revelar la importancia del personaje representado.

Las facciones de la cara de éste no son tan irregulares como las anteriores: la frente no es tan deprimida; la nariz, que tiene un pie de largo, es mucho más afilada; las fosas nasales están bien marcadas, los labios menos salientes. La boca con una anchura de ocho pulgadas, presenta la singularidad de tener el lado izquierdo mucho más ancho que el derecho. Las orejas, que son cuadradas, llevan aritos que se parecen a las charreteras, adornando una elegante hoz el arito de la oreja izquierda. Encima de la cara del ídolo, se ve otra cara

humana de pequeño tamaño y sobre el pecho del mismo se distingue una criatura cuyo pie izquierdo está apoyado en el dedo pulgar de la mano derecha de aquel. El lado S. presenta las mismas figuras que el N., mientras que los lados O. y E. contienen cada uno cuarenta cuadrados, dispuestos de dos en dos y con geroglíficos.

Continuando siempre al S. se encuentra el quinto obelisco, ya caído en el suelo. Según la aseveración del guía que me acompañó, la caída tuvo lugar de tres años a esta parte, lo que prueba que pudo la columna resistir la fuerza destructora de muchos siglos y que la menor firmeza del terreno por el lado S. la hizo al fin caer hacia el N. La cara tiene una forma muy distinta de las otras. Las orejas, en lugar de ser cuadradas, son redondas, formadas de tres círculos concéntricos. Tiene 18 piés de altura, cuatro de ancho y tres de grueso.

Al E. y a dos cuadras del obelisco caído, se encuentra el sexto que casi iguala en altura al inclinado. En el lado N. la cara, que mide dos pies de largo sobre uno y medio de ancho, no tiene nariz y apenas se distingue la boca; las orejas que son cuadradas, están sin aritos. Sobre el pecho del ídolo y recostada diagonalmente, se ve una criatura apoyando la parte posterior del cuerpo en la extremidad anterior del pulgar de la mano derecha. El escultor de este obelisco parece haber sido el mismo del que está inclinado, pues con muy poca diferencia los caracteres de ambos son iguales. El lado S. es semejante al opuesto, con la diferencia de que las facciones de la cara están mejor definidas y las orejas tienen aritos. Los lados E. y O, contienen cada uno 34 rectángulos dispuestos de dos en dos y con geroglíficos: en la parte superior están grabadas unas hermosas hojas de conte, parecidas a unas que se ven adheridas a un elevado y cercano zapote.

Como el terreno está muy poco elevado sobre el nivel del río, y por lo mismo expuesto en tiempo de crecientes a fuertes inundaciones, no cabe duda de que de 40 años a esta parte hayan sido varios monumentos minados y echados por tierra, quedando hoy cubiertos de frondosa vegetación que impide su descubrimiento. Esto explica la gran divergencia que existe entre las relaciones de los viajeros que han descrito estas ruinas, conocidas sólo desde 1840. Entre éstos, algunos hacen subir a 12 el número de obeliscos, mientras que Baily, en su obra intitulada "Centro-América," páginas 65-66, refiere que las columnas cuadriláteras por él encontradas no son más que siete.

Los ídolos de Kuiriguá no tienen altares como los de Copán; pero en el recinto formado por los seis obeliscos referidos, existen dos enormes piedras que, según toda probabilidda, sirvieron de tales. La primera, que es un círculo imperfecto de doce pies de diámetro, se encuentra a poca distancia del primer obelisco y mira al S. La parte de adelante, más elevada que la opuesta, está pintada de un color rojo que luego desaparece con el cuchillo. Arriba se nota una cara de animal parecido al tigre, y debajo se ve una cara humana con su

respectivo ornamento. La parte de atrás se compone de una hermosa faja, formada de seis cuadrados con figuras emblemáticas. La base está formada por pequeños círculos y la parte superior tiene en medio una especie de asiento, al rededor del cual se observan unos canales que descienden al suelo. Todo, pues, hace suponer que esta piedra sirvió de altar de sacrificios.

La segunda piedra que se encuentra entre el 4º y el 5º obelisco y al E. de éstos, es de forma larga y oval; tiene seis pies de altura y 25 de circunferencia. La superficie está cubierta de figuras esculpidas en medio relieve, que por una razón inexplicable han resistido más que las de los otros monumentos a los amaños de los siglos. Una de estas figuras representa una mujer sentada, sin piernas ni manos, pero con los brazos tendidos hacia el suelo. La frente es angosta, hundida en la parte superior y saliente en la inferior. En la parte S. de esta piedra, se divisa una cara de tortuga. Los ojos de ésta tienen un pie de largo sobre otro tanto de ancho y la parte superior está elegantemente adornada con figuras emblemáticas, representando multitud de plantas y frutas, de las que abundan en la montaña.

Al pie de la hermosa pirámide que se eleva al S. de las ruinas, cubiertas de moho y enteramente tapadas por la vegetación, hay otras dos piedras no menos curiosas que las anteriores. La primera se parece a una piedra de molino, de cuatro pies de diámetro y dos de grueso, y está formada de un material mucho más duro que los demás monumentos. Una cabeza de tigre cubre casi completamente una parte del disco, mientras que el resto de la superficie está cubierta de numerosos geroglíficos, apareciendo también algunos de estos símbolos en la frente del animal.

La segunda piedra es también un monolito de 16 pies de largo y cinco y cuarto de ancho, faltándole la parte superior. Lástima es por cierto que haya sufrido tanto, este monumento, los estragos del tiempo, pues por las caras pequeñas humanas que, adornadas con varios ornamentos y en medio de extraños geroglíficos, aparecen en algunas partes, se conocen los esfuerzos que prestó el fanatismo a su autor.

La altura perpendicular de la pirámide de Kiriguá es de 28 pies y su base es un cuadrado irregular que por los fangos que se habían formado por la lluvia y las arboledas de que está rodeada, no me fue posible medir. El ápice no termina en punta, sino en dos plataformas. Dicha pirámide está construida de piedra arenisca, cortada en pedazos oblongos y regulares, y por las convulsiones del globo se halla en un estado completo de ruina, presentando sólamente un montón confuso de informes fragmentos. Debajo de la construcción superior existe una montaña de piedras sin pegamento, y los escalones que sostienen los lados de aquella no tiene más que ocho o nueve pies de alto y siete u ocho pulgadas de ancho, siendo muy pocos los que han podido desafiar los elementos. ¿Cuál fue el intento propuesto en la fábrica de esta pila de materiales? Está envuelto en el más profundo misterio, y es de suponer que no fue más

que monumento del capricho de un potentado. Efectivamente, en la pirámide no se observa abertura ni seña de abertura que denote la existencia de un subterráneo en la montaña; tampoco se encuentran en la superficie ídolos ni piedras esculpidas, y las mismas piedras tajadas que componen la pirámide son lisas. Lo único que se nota en la primera plataforma, son unos escondrijos o nichos de forma casi circular y casi de 2 pies de diámetro, compuestos de piedras de río enyesadas y superpuestas perpendicularmente, en buen estado de conservación. Ningún historiador ni viajero ha podido hasta el presente descorrer el velo que oculta el objeto de estos nichos, y es probable que por falta de tradición, a consecuencia de haber el último de los antiguos pobladores de Kiriguá llevádose a la tumba el impenetrable secreto, queden frustradas todas las investigaciones que se hagan sobre el particular.

En resumen, los monumentos de que se componen las ruinas de Kiriguá son: 7 columnas cuadriláteras de 11 a 26 pies de altura y 3 a 5 en la base; una piedra de forma circular imperefcta de 12 piés de diámetro, otra de forma oval de 6 pies de altura y 35 de circunferencia; una redonda de tres pies de diámetro y dos de grueso y por último un fragmento de 16 pies de largo y 5 y cuarto de ancho. Todas estas reliquias son monolitos formados de una piedra arenisca molida.

Los monumentos de Kiriguá, aunque de un tamaño mayor que los de Copán, son más pobres en escultura y se encuentran más deteriorados que éstos: dos razones que prueban que son de una fecha mucho más antigua. Tanto el trabajo como la disposición revelan un estado bárbaro de arte, con idea muy remota de belleza, siendo más digna de admiración la paciencia e industria de los obreros que sus ideas y habilidades". (1)

Las ruinas de Palenke, en la provincia de Ciudad Real de Chiapa, que formaba parte del reino de Guatemala, son de las más notables del mundo, dadas a conocer por el Alcalde Mayor de dicho pueblo, don Antonio Calderón, en el interesante informe dirigido al Consejo de Indiac el 15 de diciembre de 1784, con dibujos hechos a pluma, primeras imágenes de los restos suntuosos de aquella gran ciudad, destruida hacía más de tres mil años, quedando ahí muestras preciosas de su magnificencia. El 13 de junio de 1785, envió el Capitán General de Guatemala a España, el "**Mapa del territorio donde están las ruinas, y el diseño de casas, plano y corte de las mismas," de una gran población en el sitio llamado del Palemke, en la provincia de Ciudad Real de Chiapa,**" todo hecho por el ingeniero don Antonio Bernarconi. Además existen en el Archivo de Indias los dibujos de las figuras y adornos, el plano del palacio y muy curiosas descripciones. Desde entonces comenzaron a hacer gran ruido en el mundo aquellas ruinas, llamadas la **Tebas americana.**

---

(1) Eugenio Dassaussay.—Estas ruinas de Kiriguá tienen inscripciones que revelan una fecha de tres mil años antes de la era cristiana, al decir del profesor Marshall H. Saville, del Departamento de Antropología de la Universidad de Colombia.

La floresta que circunda los restos de la ciudad antiquísima, dice Maudslay (1) es la más enmarañada y espesa de todas las que vió en Centro-América. Juzga que lo que llaman palacio, era más bien un conjunto de edificios destinados a prácticas religiosas. Por la minuciosa descripción que hace de los estucos, relieves, columnas, adornos, etc., cubiertos de vegetación, sufriendo por siglos las aguas torrenciales, nótase que hubo ahí un gran centro de cultura. Los mismos españoles, acaso para buscar tesoros, destruyeron mucho de lo que el tiempo había respetado. Antonio del Río dice: "Me convencí de que para formarse alguna idea de los primeros pobladores y de su antigüedad relacionada con su establecimiento en dicho sitio, era absolutamente indispensable, hacer algunas excavaciones. Hice cuantas pude, des uerte que no quedó ventana, ni puerta, ni tabique, que no echará al suelo, ni corredor, ni cuarto, ni salón, ni torre, ni patio, que no excavase, por lo menos en dos o tres varas de profundidad". Por comisión del capitán general de Guatemala se estudiaron, por primera vez, las ruinas del Palemke o sean de Culhuacán.

Existen muy buenas descripciones de esas ruinas, hechas en el presente siglo, por Dupaix, Weldeck, Stephens, y Catherwood, Morelet, Charnay, H. Holmes y otros, que han ilustrado sus magníficas obras con preciosos grabados. Todos aquellos edificios se tallaban con piedras de obsidiana y cloromelanit, de tal suerte, que comparando éstos con los de la edad de piedra en Europa, resultan más adelantados los americanos.

En los bosques solitarios de Palemke se arrastra el crótalo llamado por los indios **naoayaca**, destilando por su colmillos el veneno que mata instantáneamente al que recibe su feroz mordida. Dentro de las galerías subterráneas del Palacio Sacerdotal, rebullen millares de tarántulas de grandes proporciones y aterciopelada piel, e innumerables vampiros en eterno movimiento revolotean en diversas direcciones. Estos extraños habitantes del subterráneo obscuro, alcanza a veces proporciones exageradas; la articulación de cada ala está armada de una uña tan punzante y cortante como la que lleva en sus garras el tigre, y al volar ese murciélago, produce un zumbido siniestro, ronco y estridente que parece anuncio de la muerte. El grito del zaraguato, el picotazo del carpintero en los añosos árboles, el cacareo de la chachalaca y el bramido de las fieras, forman un coro diurno y nocturno, capaz de impresionar a las mismas brujas. La soledad de la montaña y el silencio que reina en aquellos apartados sitios, adormecen el espíritu y hacen olvidar por completo la lucha que incesantemente se sostiene en los centros civilizados contra nuestro enemigo: el hombre". (2)

---

(1) A glimpse at Guatemala, page 224.

(2) Las Ruinas de Palemke.— Leopoldo Batres, Inspector General de Monumentos Arqueológicos. México.

Palemke era lugar sagrado al que concurrían los magnates de los pueblos toltequios, con ofrendas a los dioses. Ahí no se ven adornos bélicos.

Caminando hacia la costa, pocas millas al Sur de Comapa, muy cerca del río Paz, descubrió el canónigo don J. Antonio Urrutia Jáuregui, cuando fue cura de Jutiapa, un lugar llamado **Cinaca Mecayo** (o sea lazo con nudos) rodeado de una muralla, cuyos restos aquí y ahí esparcidos, dejan ver por donde se extendía un gran pueblo. Los fragmentos de edificios, trazos de calles, y algunos subterráneos, explican que hubo en aquel sitio una ciudad de importancia. El templo del Sol se halla tallado en una abrupta roca, que hacia el Oriente se muestra, con piedras que llevan la imagen de aquel astro y la figura de la luna, cubierta de barniz rojo visible todavía. Geroglíficos y tipos de relieve adornan varias partes del templo. No lejos de él descúbrese otro gran monumento, en una losa fina, que deja ver excavadas, entre otras figuras, las de un árbol frondoso y un cráneo pelado, emblemas de la vida y de la muerte, al decir del Padre Urrutia, que publicó en **"La Gaceta"** un artículo interesante sobre aquellas ruinas, y escribió una carta a Mr. Squier, que éste publicó en su obra **"Central America,"** página 342. Un subterráneo que termina en una cámara, con varias estatuas, un tigre esculpido en una roca, y los fragmentos de viejas esculturas hacen interesantes aquellas antigüedades, de las cuales hizo traer algunos fragmentos, al Museo Nacional el inteligente señor Urrutia, cuando fue Director de la Sociedad Económica, en 1870.

El sabio etnógrafo francés Mr. León Rosny, hace mención de un interesante monumento centro-americano, que no podemos dejar de describir aquí. Dice: "El texto geroglífico revelado por el doctor Leemans, es tanto más precioso para nuestros estudios, como que lo juzgo el primero en su género, comunicado a los arqueólogos. Ignoro que haya sido presentado en ninguna colección pública o privada, un objeto cualquiera sobre el que figure una inscripción con caracteres katúnicos. En cuanto a los monumentos de la región ístmica americana, dibujados o descritos por los viajeros, se distinguen casi todos por sus proporciones gigantescas.

El movimiento consiste en una placa de jaspe verde ovoide alargada, de 215 milímetros de altura, por 80 de ancho y 6 de espesor. Por una singular disposición de su talla, su superficie no es enteramente plana; presenta, sobre todo, al reverso, una depresión hacia el centro, cuyo trazado está perfectamente de perfil. Esta placa ha sido descubierta a una gran profundidad, al construirse un canal dependiente del río Graciosa, cerca de San Felipe, sobre las fronteras de Belize y la república de Guatemala, por M. S. A. von Braam, ingeniero holandés al servicio de la **"Guatemala Company"**. La placa forma parte hoy de la preciosa colección de antigüedades americanas pertenecientes a Mr. Jonkhleer J. H. Baud, de Arnheim.

Al lado derecho, representa un personaje de pie, cuya actitud en general recuerda la de las más bellas estatuas del arte yucateco, sobre todo la de una

imagen de hombre en forma de obelisco, originaria de Copán (Honduras), reproducida, según Catherwood, en el **"Ensayo sobre descifremiento de la escritura hierática de la América Central"**. Muchas figuritas, siguiendo el uso frecuente encontrado en las esculturas mayas, están entrelazadas en los ornamentos que componen el vestido del personaje principal. Estas figuritas se hallan no sólo sobre su cabeza, sino sobre el pecho, la espalda y la cintura.

En esta cintura aparece el ornamento, en forma de cruz, llamada de San Andrés, que existe igualmente en la cintura de otros personajes representados en los monumentos de Palemke. Una letra katúnica, que se encuentra en los textos hieráticos y que Brasseur identifica, sin justificar su aserción, con el signo del día **ezanab,** nos muestra esa misma figura, muy común en las pinturas y esculturas yucatecas. El calzado del personaje, visto sobre la tablilla que describimos, es casi idéntico al que llevan los individuos que figuran sobre algunos de los monumentos de Copán y Palenke. Dicho calzado, de una simple suela, sujetada por correas al pie, **(caite)** era análogo al **calceus patricius** de los senadores romanos, con la diferencia de que la cinta yucateca estaba detenida por otra correa a modo de hebilla. Hoy todavía llevan los indios de Guatemala, y de otras partes, esas sandalias que llaman **caites.**

Pero lo que es más notable en la representación grabada que examinamos, es la presencia de un hombrecillo hollado a los piés del gran personaje. Es esa particularidad la que establece semejanza entre esta representación y la que conocemos de los monumentos esculpidos en Palemke, Copán, Uxmal y toda la zona de la región ístmica. Sobre la parte central del adoratorio, casa número 3, en Palemke, los dos grandes personajes laterales están erectos sobre las espaldas de hombres pequeños. El de la izquierda parece servir solamente de tarima para levantar al sacerdote hacia la parte superior del santuario; pero el de la derecha, semeja aplastar una víctima bajo sus piés.

Debo señalar igualmente la presencia, bajo las narices del personaje principal, de una especie de ornamento que, como el **tentetl** que llevaban en los labios los antiguos mexicanos, se abserva en las cinturas didácticas del Anahuac, sobre todo, en las representaciones del dios **Tezcatlipoca.**

En la hacienda del Carrizal, unas veinte millas al Norte de Guatemala, se encuentran grandes restos ciclópeos de piedras hacinadas, sin ningún cimiento, y formando grandes muros, que recuerdan los que en el Perú edificaron los Incas y que hoy causan admiración a los europeos.

En el antiguo Mixco, en Xilotepeque, se notan aún fortificaciones y túneles con curiosas entradas, siendo una de ellas un pórtico dórico de mezcla fina, como de tres pies cuadrados. Vense algunas escalinatas movedizas sobre tierra insegura, que nadie se atreve a bajar. Grandes huesos humanos se han encontrado por aquellos lugares, en donde los hay también de animales antediluvianos.

Por Petapa y el Rosario quedan testimonios de que un gran pueblo tenía su asiento en aquellos parajes. En la parte Oeste del volcán llamado de Fuego, se encuentran acueductos y pirámides. Aquí en las cercanías de la capital, en el lugar conocido con el nombre de **Laguna de los Tiestos,** que hoy forma parte de la finca **Miraflores,** propiedad del que estas líneas escribe, se encuentran a cada paso fragmentos antiquísimos de barro, ídolos de piedra, y como a tres varas de profundidad, hay esqueletos humanos, cuyos huesos se deshacen ya al tocarlos. Los **Mounds** o cerritos que hay por ahí, revelan la existencia de un antiquísimo pueblo del cual hablaremos adelante.

Las ruinas de **Patinamit, capital de los cakchiqueles, en Tecpán Guatemala,** denotan, según Brasseur de Bourbourg, un origen pre-tolteca. Los españoles destruyeron aquella rica ciudad. Hallábase situada en un paraje elevado, circuido de profunda barranca que le servía de foso cortado a tajo y con una profundidad de ciento cincuenta varas, contando la ciudad solamente dos entradas muy estrechas, cerradas con puertas de piedra. La planicie de la eminencia tenía una superficie como de tres millas cuadradas, toda con un pavimento de betún negro sólido y con una vara de espesor. En las orillas del terreno se descubrían las ruinas de un enorme edificio cuadrado, con cien varas por lado, cuyos muros eran de piedra fina y bien canteada. Frente a esos muros hubo una gran plaza, y a un lado se encuentran vestigios de un sutuoso palacio. Por ahí quedan cimientos de muchas casas. El adoratorio tenía una gran piedra finísima, que el ilustrísimo obispo Marroquín mandó cortar a escuadra y la consagró para ara del altar mayor de Tecpán Gutemala. El autor de la "Recordación Florida," asegura haber ido en persona a estudiar esas ruinas, y las describe prolijamente.

Juarros incurre en una confusión, al segurar que Patinamit y Tecpán Guatemala eran ciudades distintas, cuando a la verdad fueron una sola. Don Pedro de Alvarado fundó en ese lugar la primera villa, con municipalidad española, como consta del **"Manuscrito Cakchiquel, de Arana Xahilá,"** y del proceso de don Pedro de Alvarado.

Volviendo a hablar de las antiguas ruinas, cumple decir que **Santa Cruz del Quiché,** en otro tiempo la opulenta Utatlán, Corte de los quichés, era la más suntuosa ciudad que los españoles encontraron en el istmo centro-americano. Dice Fuentes y Guzmán que se encontraba circuida por un gran foso, que sólo dejaba dos estrechas entradas para la ciudad, y éstas se podían defender por el castillo del **Resguardo,** que era inexpugnable. El palacio de los reyes quichés competía en grandeza con el de Moctezuma en México, si damos crédito al historiador Torquemada. Aun se conservan ruinas de ese grandioso edificio, que apenas revelan le poderío de aquella corte (1).

(1) Demuestra Mausdlay prolijamente, por la medida y estudio que hizo de esas ruinas, que la descripción de Fuentes y Guzmán y la de Juarros, son exajeradas. – A glimpse at Guatemala, page 69.

"¿Conduciría al gran Nima-Quiché el acaso a este sitio? ¿Fijaría, no más que inducido por su cielo delicioso y lo bello de sus contornos, en él su residencia aquel célebre conquistador de Centro-América? ¿Habría abarcado ya al primer golpe de vista la importancia de la posición extratégica que ocuparía estableciéndose en tal lugar, o ido sólo paulatinamente explorando las ventajas naturales, que más tarde le ayudaran a efectuar sus planes ambiciosos? O en fin, tomando en el largo curso de su expedición, informes en dónde fijar mejor un trono seguro y hereditario para su ilustre estirpe, y teniendo que escoger, ¿habráse decidido en favor de este llano alto, porque lanza aguas hacia todos los rumbos del viento, y bajo la figura favorita de su raza, le presentaba su solio puesto sobre el ombligo del mundo? Sería atrevimiento contestar de punto fjo à cualquiera de estas preguntas. Pero como ellas deben surgir involuntariamente en la imaginación de cada viajero, que en vista de unas memorables ruinas se entrega a la especulación de penetrar en los secretos motivos que agitaron la mente del fundador, conforme a ciertos datos de que dispone, podríase aceptar lo verosímil tanto de una como de la otra idea. Hé aquí, en dónde más nos abandona la tradición. Los anales de los tultecas modernos, bien que con toda su sencillez cronológica, a veces no carecen de ciertos giros poéticos e incidentes narrados con énfasis dramática, jamás realzan sus relatos con la claridad del colorido local, y menos han tentado introducirnos por vía de abstractas contemplaciones en el íntimo laboratorio del alma de sus héroes, y discurrir sobre los medios y recursos, sobre la causa y el probable éxito de sus designios conquistadores. Mas lo que es cierto, y la experiencia nos lo enseña, es que las obras grandes jamás han sido ejecutadas sin grandes preparativos, y sólo las empresas dirigidas a objetos claros y fijos encierran en sí las garantías de solidez y duración.

Si algún día se lograse descubrir la clave de los jeroglíficos americanos, ¿qué resultado pudiera sacarse de su lectura? Dudamos que nos den cuenta de su cuna primitiva, de sus emigraciones al través de continentes y océanos. Estemos seguros de no hallar consignado más que largas filas de nombres propios de reyes o capitanes vencidos o vencedores, de objetos o guarismos de tributo dado o pagadero. Quedarían talvez tan mudos y enigmáticos estos signos, como lo habrían sido los de los egipcios, si ellos no hubiesen encontrado un comentario rico en la historiografía simultánea de los hebreos, griegos y latinos. Esta clase de monumentos debe su erección a la oportunidad del momento, glorifican la esclavitud de alguna tribu indígena; una alianza o batalla ganada a un emnol, es historia meramente americana, comprensible, en aquella época, sólo por el gremio instruido de los sacerdotes, pero perdida para nuestra inteligencia por falta de un texto razonado u otros documentos contemporáneos, los cuales, a la par de ser legibles, debieran además tratar de los mismos argumentos.

No hay que soñar, pues, con la reconstrucción de la historia tulteca. Pero conviene limpiar lo poco que de ella conocemos, de ciertas fabulosas exageraciones, dando luz a varios indicios de su alta cultura, que hasta ahora han quedado harto inadvertidos. Ante la exclusiva atención dada por los arqueólogos a los suntuosos monumentos, parece haberse entibiado el deseo de saber cuál era su sistema político, la recaudación y el empleo de los tributos, su división territorial, su servicio de armas, su táctica ofensiva y defensiva. Ya dimos una muestra de su acierto político en escoger el jefe fundador del gran imperio del Quiché, para su capital, el punto más estratégico que brinda todo el país; y si examinamos el tino con que supieron sacar de lo escabroso de este llano alto todas las ventajas imaginables para fortificarse en él y hacerlo inaccesible, se confirmará nuestra suposición, de que el saber y la inteligencia práctica de aquella estirpe ha sido muy superior a lo que vulgarmente se le atribuye.

Está cruzado el llano, en dirección de E. a O., por un profundísimo barranco en donde se divisan las ruinas del alcázar, delos sacrificatorios y demás edificios; se dilata dicho barranco a la anchura de unas 800 varas, poco más o menos. Su margen norte corre en línea casi recta y no interrumpida, dejando caer su paredón, tajado a pico, hacia unas profundidades que hacen horrorizar al que se les aproxima. La margen sur, se halla al contrario, partida en varias y estrechas sinuosidades, formando, pues, otras tantas lengüetas y promontorios, todos con dirección hacia un punto céntrico, que parece un islote, el cual desde el fondo de aquel abismo anchuroso se eleva, y cuya superficie queda a la flor de lo demás del llano, midiendo su irregular área unas diez manzanas de tierra plana. Hé aquí, en este peñón, el sitio tan aislado como dominante de los reyes del Quiché! La tradición lo puebla con todas las maravillas que suelen acompañar la memoria y el aspecto lamentable de la majestad caída, hoy día imperceptible ya, porque lo que de ella no ha arruinado el tiempo, lo ha ido destruyendo e invirtiendo en construcción de sus humildes chozas la mano del hombre. Abstengámonos de la descripción de lo que propiamente ya no existe, y fijémonos en lo que visiblemente ha sobrevivido, que es la animada disposición tomada en asegurarse contra cualquier acceso del enemigo.

Sólo por un lado parece haber existido una comunicación del peñón con la tierra firme del llano. Es la que, tomando el camino desde el convento de Santa Cruz, nos permite trepar cómodamente a las ruinas por una suave cuesta, en forma de hamaca, y que a manera de puente cruza el brazo meridional del barranco. Sin embargo, harto visible es la condición variada de este paso respecto a lo que fue en tiempo de la conquista. Entonces se hacía la comunicación sobre una calzada estrecha, desfiladero sin duda artificial, y cuidadosamente mantenido, el cual hoy día caído y derribado, representa el relleno de la indicada cuesta. Esta calzada la mencionan los anales de los indígenas, fué por la que Pedro de Alvarado entró al sitio real de Tecún Umán pero que aban-

donó, porque temiendo una traición, no confiaba ya en aquella milagrosa suerte que pocos años antes le había favorecido en la noche triste, en que con Hernán Cortés tuvo que retirarse por la calzada de los lugares de Tenochtitlán.

Si así se juzgaron enteramente cubiertos los quichés de un asalto emprendido por el lado del Sur, todavía les restaba usar iguales precauciones contra cualquiera que les amenazase venir desde el Oeste, en donde una de las lengüetas del barranco avanza hacia el sitio central del peñón con muy poco intervalo. Es ingenioso el modo, y digno de fijarse en él cualquier moderno ingeniero; con ello se salvaron del apuro de que el enemigo pudiera plantear un bastión en este punto e inquietar con sus ballestas y proyectiles el cercano peñón. Interceptaron el camino que conduce a la punta, flanqueando con cuatro torres, colocadas de dos en dos a sus lados y a reguladas distancias para ayudarse mutuamente, un verdadero cuadrilátero, por cuyo medio debía arrojarse el embestidor, antes de expugnar la indicada parte y tomar allá su posición sitiadora. Una zona de ciénegas iba rodeando este sistema de fuertes estacados, y es muy probable que también este recurso, si no les fué sugerido por la misma naturaleza, fuera también un arte ideado por ellos. Al excavar la parte de las ciénegas, la utilizaron para construir la base del fortín, al quebrar el talpetate, el material sólido para sus murallas, y mientras este cinturón de hondos estanques les proporcionaba todas las seguridades de un foso, a la vez les suministraba en la vecindad el agua potable, de por sí ya muy rara en el llano, y sólo asequible acarreándola desde el profundo cauce del barranco.

De los cuatro fortines no ha quedado conocible sino uno solo, que domina el Resguardo; los demás no han llamado la atención de los visitadores, por estar más lejos y casi allanados ya. De los estanques también existe todavía uno bastante grande y lleno de agua, mientras que los demás se han ido cegando, y sólo en la estación de lluvias evocarán la memoria de su antigua existencia y del objeto a que servían.

Preocupados por semejantes averiguaciones, omitimos reconstruir idealmente en su estado primitivo los montes de ruinas descritas con bastante exactitud por el señor Stephens. Fuentes en su recopilación florida, Torquemada en su Monarquía indiana, y el coronel Elgueta, darán al que gustare, material para formarse una idea del boato que cuatrocientos años hace, todavía reinaba en los alcázares del llano del Quiché".—(Felipe Valentini).

En el centro quiché, por Chiapa y Guatemala, además del **Palemke**, había otras ciudades importantes, como **Acala, Zotzlem, Balum-Canan** (Comitán), **Alanchén**, **Zaculeu**, (Huehuetenango), **Iaxbité** (Ocotzingo), **Concoh** (San Cristóbal) y **Gumarcaah** (Utatlán). El nombre primitivo de Huehuetenango era **Chinabajul**, y después **Zaculeu**.

Desde antes de la conquista era **Xelahuh (Quezaltenango)** una de las más grandes y poderosas ciudades, con buenas fortificaciones a juzgar por los restos que quedan en Parrasquín y Olintepeque. Don Pedro de Alvarado dominó

aquella comarca la víspera de la fiesta de Pentecostés del año 1524, y fundó ahí, con la advocación del Espíritu Santo, la ciudad actual llamada **Quezaltenango.** Cumple en este capítulo hacer justicia a la solicitud de los monarcas españoles, que no sólo ordenaban el estudio de las ruinas antiguas, sino que mandaban compilar y analizar las diversas relaciones que se les enviaban, como sucedió con la que mandó formar el capitán general de Guatemala, don José de Estachería, al arquitecto real don Antonio Bernasconi el 27 de enero de 1785, acerca de las ruinas del Palemke. Es sobremanera interesante el libro intitulado "**Recherches sur les ruines de Palemke, et sur les origines de la civilisation du Méxique et de l' Amérique Centrale, par Mr. l' Abbé Brasseur de Bourbourg, París—Arthur Bertrand, editeur**". (1)

El 15 de diciembre de 1784 emitió don José Antonio Calderón, con dibujos de Antonio Bernasconi, extensos informes acerca de las ruinas de Palemke, que aún se conservan inéditos en el Archivo de Indias.

Lástima que, desde que se suprimió la Sociedad Económica de Amigos del País, no se preste aquí atención a la etnografía de Guatemala. En las toscas arcillas, amoldadas por la ruda mano del indio, cuando el conquistador no sospechaba siquiera la existencia del sentimiento del arte, en la región ignorada de un lejano Continente, se revelan, sin duda, los titulos irrecusables de la fraternidad de la generación viviente con las generaciones del pasado. Esos elementos de la vida antigua son alxiliares poderosísimos para la ciencia que analiza y compara, y la imaginación que trata de reconstruir y reedificar. Reflejan una civilización obscura, envuelta en el misterio de los siglos y dada a conocer por el estudio de sabios anticuarios extranjeros. El historiador Bancroft escribió en inglés la obra monumental sobre las "**Razas Primitivas de los Estados del Pacífico,**" que extractada y traducida por mí, publicóse, como folletín, de la "**Sociedad Económica,**" en julio de 1878, conteniendo preciosos datos sobre antigüedades centro-americanas.

Tan poca ha sido la afición a estudios arqueológicos entre nosotros, que nunca se ha tratado de averiguar qué remoto pueblo ocuparía la parte más plana y hermosa del extenso valle en que hoy está situada la capital de Guatemala (2). Por los llanos del **Incienso,** en la antigua laguna de los **Tiestos,** que hoy forma parte de **Miraflores,** finca del que escribe estas líneas, hay muchos montículos **(mounds),** que eran viviendas y túmulos mortuorios de caciques o **maceguales.** Existió ahí, miles hará de años, una gran población, cuyos restos fósiles aún se encuentran al cavar la tierra para hacer plantaciones. Se hallan, a poca profundidad, vasos, esculturas de barro cocido, fragmentos de utensilios, idolos pétreos, lanzas de oxidiana y otras antigüedades interesantes. En la puerta de la quinta de Arévalo hay dos grandes figuras idolátricas. Ahí

(1) En tiempo de la Colonia se hicieron dibujos a pluma de *las Ruinas de Palemke*, un *Mapa* del territorio donde estaban, un *Diseño de las casas.* Todo inédito, se guarda en el Archivo de Indias. Estante Nº 100.

(2) En la rica obra *"A glimpse at Guatemala,"* se hace relación de ese pueblo antiquísimo.

en el interior existe una gran lápida, con geroglíficos e inscripciones, que acaso denotan dinastías o la conmemoración de grandes batallas. En lo que antes se llamaba el llano de **la Culebra**, por donde corre el caño del agua y se ven **los Arcos**, estaban muchos de esos cerritos artificiales o teocalli que los españoles aprovecharon para no tener tanto gasto en la construcción de arcos de calicanto sobre que descansa el magnífico acueducto. "Adquirió y conserva esta llanura el nombre de **"La Culebra,"** por razón de que extendiéndose la longitud de la tierra y despejada llanura por más de dos leguas muy igual y rasa, corre por medio de ella y se dilata, desde el principio al fin, una lomilla, cuya figura es tortuosa a la manera de una culebra que camina, y dicen que es obra de los indios antiguos. Tiene mucha apariencia de verdad esta tradición, porque se ve estar compuesta y fabricada a modo de los **cues** antiguos, de materiales de piedra y barro; siendo esta obra claro y manifiesto testimonio que afirma y prueba que en aquel ameno y maravilloso contorno hubo pueblos de gran gentío, porque sin mucho número de gastadores, obra tan dilatada y prolija no pudiera intentarse, ni menos conseguirse".—("Recordación Florida," T. II. P. 55).

Refiere el mismo Fuentes y Guzmán que, según tradición corriente, se sabe, de antiguo, que por esos sitios se desliza un río, de no pequeño caudal, oculto bajo la llanura, y que en un paraje de este hermoso llano, entre la **Casa Blanca** y el **Monte de los Zorros**, se descubre algo debajo de una gran losa que llaman **laja**, con que los antiguos indios lo dejaron tapado y encubierto. Este propio río es el que se manifiesta en lo profundo y hondo del fértil valle de Petapa, en el Ingenio de don Tomás de Arrivillaga y Coronado, cuya fuente que brota maravillosa y perenne, es conocida con el nombre de **Ojo de Agua de Arrivillaga.** (Fuentes y Guzmán, T. II. P. 54).

Muchas veces he visto, por las Charcas, lo que llaman la **Piedra Parada**, que debe de ser señal antigua de los indios, pues por aquellos lugares pasa el río subterráneo, como es voz general, y se deja oír la corriente en el silencio de la noche, aplicando el oído al suelo. Además, en pleno verano, cuando la tierra está por ahí reseca y sin ninguna yerba, nótase una faja de verdor, que corre a lo largo, con ancha cinta de grama, producida por la evaporación del agua.

Por los estudios que he hecho, por la naturaleza del terreno sobrepuesto en aquellas localidades; por el aspecto de los utensilios que he podido recoger, y, en fin, porque muchos de los huesos se reducen a polvo casi, con el aire, conservándose las más veces sólo las dentaduras blanquísimas, con una muela más de las que tiene la raza blanca, he presumido que el gran pueblo que por aquí habitaba, era en mucho anterior a la llegada de cakchiqueles y quichés, a virtud de las invasiones que los obligaron a venir. Miles de años llevan tales restos de estar en esos terrenos, como a dos varas de profundidad, sufriendo el aluvión, que cada vez más los sepulta, hasta que venga de repente la trompe-

ta del Juicio de la Ciencia, y haga que resuciten y comparezcan a rendir cuenta de cuándo vivieron y qué papel hicieron sobre la tierra (1).

Ha sido tal la incuria, que nadie—salvo algunos extranjeros, sabios los menos y especuladores los más—han recorrido algunos puntos, no todos, de esa inmensa faja tropical de terrenos cundidos de bosques riquísimos, que se extienden desde Yucatán sobre Guatemala y Honduras, del lado Atlántico. Selva misteriosa, que cubre los despojos de grandes y ricas poblaciones indígenas, desaparecidas muchos años antes de la conquista española.

En la época de la piedra pulida se introdujo el túmulo, en forma de cerro artificial, de Asia a Africa y Europa. Los túmulos se encuentran a millares desde las islas británicas hasta Dinamarca, y en las costas del Atlántico a las montañas del Ural; se ven muchísimos por las fronteras rusas y llanuras de Siberia, hay no pocos por las orillas del Mississipi y por Ohio, hasta los grandes lagos, extendiéndose la región de los **munds**, que ha sido muy estudiada durante los últimos años. Por México son abundantes, y aquí en Guatemala se encuentran en varias partes, siendo muy notables los que hemos descrito, que se hallan al sudoeste de la capital y por las llanuras del Sur. En esa época de la piedra pulida, vinieron precisamente los inmigrantes que constituyeron la civilización maya-quiché. La postura del cadáver en cuclillas, el enterramiento de utensilios, su estructura, el material de que están hechos, todo es igual, en aquel remoto tiempo, por Asia, Africa, Europa y América.

La habitación sobre terraplenes, la piedra monolítica mortuoria, que llaman **menhir, cromelch**, caracterizan también aquella época, de la cual tenemos ahí los restos, en esas bellísimas llanuras de los alrededores de la ciudad de Guatemala, en donde hubo gran población, unos mil años antes de nuestra era.

Las pirámides que después se construyeron, los monolitos soberbios de Copán y Kiriguá, demuestran desarrollo portentoso. Don Modesto Méndez, guatemalteco distinguido, descubrió en el mes de febrero de 1848, las ruinas de **Tical**, en el Petén, y publicó una descripción interesante de esa antiquísima ciudad, en los números de **"La Gaceta,"** correspondientes al 16 de marzo y 12 de abril del mismo año. Hizo sacar dibujos de los palacios y estatuas que encontró. Después han venido extranjeros a estudiar las interesantísimas ruinas, han escrito obras y se han llevado mucho de valor, merced a la incuria con que hemos visto cuanto se refiere a nuestra antigua historia. Aquellas figuras colosales y misteriosas son mudos recuerdos, y las calaveras grotescas como que se ríen de la ignorancia de los que las contemplan.

Alfred Percival Maudslay descubrió varias ruinas en Guatemala, como las de **Ixkun**, en el valle del río Cahabón, que dan idea de un extenso pueblo conquistado por los mayas, a juzgar por los grandiosos monolitos con ciertas

---

(1) Mausdlay estudió esa localidad, levantó el plano que copiamos y demuestra la existencia de un pueblo muy antiguo.

inscripciones y geroglíficos. La más interesante descripción que conocemos de las ruinas de **Chichén Itzá,** la hemos encontrado en el capítulo XXI, página 193, de la rica obra intitulada "**A glimpse at Guatemala,**" escrita por el mismo autor, y publicada en Londres, en el año 1899, con mapas, planos, fotograbados, retratos y otras ilustraciones bellísimas en riquísimo papel de lino.

En aquellas ruinas sobresale después de miles de años, entre pinos seculares, la **Casa de las Monjas,** de 165 pies de largo, 89 de ancho y 35 de alto, edificada de piedra, con cuarenta y nueve gradas anchísimas que conducen al término del grandioso edificio que arriba se muestra, con ocho cuartos cuyos muros tienen rastros de pinturas y relieves. Hacia el ala del Este, se mira la iglesia, grotesco conjunto de máscaras con prominentes hocicos y afiligranados adornos. **El Caracol, La Casa Colorada y el Castillo,** son muy notables por su sólida y elegante construcción. Este último, está en la cúspide de un alto montículo al cual se sube por noventa y ocho gradas. El más interesante monumento del **Chichén** es el gran **Patio de la Pelota,** circundado de muros paralelos, de 272 pies de longitud y 27 de altura, con salidas en los extremos. Vense ahí restos de grandes piedras labradas, y las ruinas de otros edificios profusamente adornados. Los indios jugaban al **tlachtli** o trinquete que describe Herrera, hablando de los Méxicos, y que con un hermoso cromo, figura en "**México al través de los siglos,**" (T. 1. P. 344). Por superstición plantaban fuera del **tlachtli,** palmas silvestres y árboles de brillantes colores para que dieran sombra a los ídolos que estaban en las almenas. Jugaban con pelotas de hule que permanecían por horas enteras en el aire, sin dejarlas caer al suelo, sino siempre arrojándolas para arriba con las asentaderas o las rodillas, y no con las manos, al decir de Durán, aunque a la verdad, sería eso en ciertos casos, pues las manoplas, llamadas **chacualli,** denotan que también empleaban las manos.

Las pinturas murales representando una batalla en Chichén Itzá, que aun cubren las paredes del Patio de la Pelota, son notables, a pesar de mutiladas por la mano del tiempo. Aunque aquella antiquísima población no se puede comparar, en lo pintoresco, con otras de las arruinadas ciudades de Guatemala y Tabasco—dice Maudslay—, lo espacioso del horizonte interrumpido solamente aquí y allá por un cerrito artificial o templo ceniciento, sugiere la idea del libre acceso de una población grande, que el estrecho valle de Copán o las aterradas colinas de Palemke. En 1528 ya no estaba tan poblada, pues de otra suerte, no hubiera podido Montejo habérselas por dos años, sólo con una fuerza de cuatrocientos hombres.

Comparando las ruinas de Chichén con las de Copán y Kiriguá, nótase en las primeras lo grandioso de los edificios, el libre uso de las columnas, la ausencia de esculpidas **stelas,** la rareza de geroglíficos, y lo más importante de todo, el hecho de que cada hombre se muestra como un guerrero con rodela y lanza en ristre. Los pacíficos primitivos pobladores de las márgenes del Usumacin-

ta y del Motagua fueron quizás llevados por la fuerza de la guerra, a las menos hospitalarias llanuras de Yucatán, en donde habiendo aprendido el arte de las armas, restablecieron su poder y su grandeza. Después soportaron nefastos tiempos, feudos inhumanos, invasiones nahuas y otras desventuras que produjeron la destrucción y abandono de grandes ciudades como Chichén, Itzá y Mayapán (1).

El plano y las explicaciones de las ruinas de Palemke, que Maudslay presenta, en su magnífica obra, dan idea de la grandiosidad de aquella antigua y célebre población, cuyos restos soberbios han sido descritos magistralmente por Dupaix, Waldeck, Stephens, Catherwood, Morelet y Charnay.

Las ruinas de **Chalchitán** merecen mencionarse, como que revelan la existencia de un pueblo anterior a la era cristiana, de majestuosas e imponentes construcciones. El **lugar de las esmeraldas** significa **Chalchitán,** porque encontraron ahí muchas de esas piedras, primorosamente labradas, lo cual da a entender que sus pobladores las usaban con predilección y que tenían una rica mina de ellas.

Las ruinas de **Tikal** y **Menché,** descritas por aquel arqueólogo, denotan tener gran riqueza en monumentos e inscripciones de piedra; pero hay ahí preciosos fragmentos del arte maya esculpidos o en relieves de madera, que demuestran la cultura de los antiguos pobladores de las exuberantes orillas del río Usumacinta. Mr. Charnay hizo la pintura más exacta de las **"Antiguas Ciudades del Nuevo Mundo,"** en el libro que lleva ese título; y en París hemos visto los modelos en yeso de la colección de dicho profesor, que se exhibe en el Museo del Trocadero.

Mucho han llamado la atención recientemente, como antes lo hemos insinuado, las ruinas de **Piedras Negras,** que Maler ha dado a conocer y que demuestran, como lo prueban también los interesantes despojos de **Sustanquiqui,** que por la fertilísima región del Petén había en remotos tiempos muchas poblaciones indígenas que desaparecieron dejando monumentos importantes para la historia. En el Museo Nacional de Guatemala hemos visto y estudiado los facsímiles de las ruinas de **Sustanquiqui,** que contienen geroglíficos mayas, recordando las hazañas de guerreros que figuran llevando en la mano la fecha de sus triunfos alrededor del cuerpo la historia de sus hazañas. En este Museo guatemalteco hay ídolos interesantes y piezas arqueológicas de mérito. Por desgracia en los museos extranjeros existe lo principal de nuestro país, llevado por anticuarios y negociantes, que han vendido a precio de oro las piedras talladas de los aborígenes de este suelo, que alcanzaron, en épocas lejanas, una civilización interesante. El sistema geroglífico de las ruinas de

(1) Henry Mercer. *The Caves of Yucatan.*— 1895.

Yucatán, Guatemala y Honduras es el Antiguo Maya. Foerstemann encontró en su "**Descifración de los Manuscritos**" un cálculo que ascendía a la suma de 12.299,040.

"Los monumentos indígenas no se estudian generalmente por los guatemaltecos, y triste es decir que muchos de ellos ignoran la existencia de esas ruinas que son la admiración de los viajeros, y que prueban el estado de cultura bastante adelantado a que habían llegado estos pueblos, antes del descubrimiento de América.

La ciudad de **Lorillard** situada en el Lacandón, en donde se han encontrado restos de una cultura antiquísima, ha sido poco visitada, no obstante lo suntuoso de sus monumentos y lo maravilloso de sus bajo-relieves que son los más hermosos que puede ofrecer América, según M. Désiré Charnay.

Los ídolos que se han encontrado en Lorillard son admirables, las vasijas son bien hechas, los monumentos son espaciosos, de estilo tolteca, y muy parecidos a los de Comalcalco, Palemke, Chichén, etc.; lo que hace que se pueda decir con seguridad, que los toltecas se extendieron por Méjico y por parte de la América Central.

El escritor antes citado, haciendo la descripción de uno de los ídolos, dice: "El ídolo tiene la cabeza separada del tronco y yace revuelta entre escombros; la figura está enteramente mutilada. Este ídolo es único en su clase y muy hermoso; nunca había encontrado otro parecido ni en las ciudades de Tabasco, ni en las yucatecas. Representa un personaje sentado con las piernas cruzadas a la usanza turca, y las manos puestas sobre las rodillas. Su actitud es digna, llena de calma y serenidad; parece un Budha. Tiene la cara mutilada y en la cabeza lleva enorme tocado de hechura por demás extraña, representando una diadema y medallones entre un adorno de grandes plumas. En estas plumas esculpidas vemos la misma factura y el mismo estilo que en las que ya vimos en las columnas de Tula y de Chichén-Itzá. El busto, admirablemente proporcionado, lleva en los hombros y en el pecho una especie de rica esclavina adornada de perlas y de tres medallones parecidos a las grandes condecoraciones romanas; en la parte inferior del cuerpo se ve la misma clase de adornos, aunque de menos relieve, y termina en un medallón mucho mayor que los otros y en un **maxtli** franjeado".

Ya hemos descrito las ruinas que hay en Petén, Cobán y Kiriguá; algunas han desaparecido completamente y es de sentirse que entre éstas se tengan que contar la de Flores, o sea la antigua Tayasal, que resistió tan valerosamente a los españoles, y de la que se sabe que tenía veintiún templos. "El gran templo, dice Sotomayor, era todo él de piedra con su bóveda ojival; su forma era cuadrada con un hermoso pretil de piedras muy bien labradas; cada fachada tenía veinte varas de lado y era muy alto".

Por lo prolijo de los datos, sobre todo acerca del interés que desde el tiempo de la Colonia han inspirado las **Antigüedades en la América Central,**

vamos a copiar en seguida lo que con ese título, escribió el notable historiador don Cesáreo Fernández Duro, en el Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid". Dice así: Durante la excursión que hice a Sevilla en la pasada primavera, debí a la amistad del Dr. D. Sebastián Marimón, el conocimiento de un viajero afortunado en la exploración y estudio de las huellas que en América Central han dejado pueblos desconocidos, con vestigios colosales de una civilización sorprendente, despertador continuo de la curiosidad y misterioso enigma, cuya adivinanza mortifica el ingenio de los entendidos.

El Sr. Alfredo P. Maudslay—este es su nombre—no llevaba al salir de Londres otra idea ni propósito, que pasar el invierno lejos del rigor de una temperatura que no convenía por entonces a su salud, mas como tampoco la ociosidad se conciliara con su espíritu activo, dando suelta al deseo natural de conocer el país elegido en la expedición, recorrió los territorios de Honduras y Guatemala, ocupando el caudal de sus conocimientos, tanto en la observación de la naturaleza, como en la de las obras de portentosa fábrica que dan testimonio de labor humana.

No le dió la estación extrema del año 1881 espacio bastante para el examen, ni al repetirlo en el invierno siguiente, ha quedado satisfecho el afán que de ordinario crece en cuantos miran a su sabor las bizarras edificaciones de los Mayas; queriendo llevar en la tercera campaña preparación más amplia que en las otras, asociado con el Dr. Marimón, que también por mucho tiempo ha registrado la región guatemalteca, consultaba asiduamente el archivo de Indias, sabiendo que allí han de encontrarse datos preciosos de la época de la conquista de los españoles y de la disposición en que hallaron aquellas tierras.

Con esos datos; con ayuda de un mapa en grande escala que traza, rectificando errores de los existentes; con el itinerario seguido por Hernán Cortés desde la ciudad de Méjico al golfo de Honduras o de Hibueras, que estudia prolijamente, se proponía marchar de nuevo a Yucatán, Campeche, Verapaz, Tabasco, Guatemala y Honduras, reservando en tanto las observaciones recogidas al cuidado de la ratificación. Los planos parciales, dibujos, fotografías, calcos, vaciados y objetos originales recogidos ya, que han examinado en Londres algunos aficionados de antiguallas, cautivaron la atención general, pidiendo reseña que el Sr. Maudslay hizo ligeramente ante la Sociedad Geográfica (1); más ni ella basta a dar idea aproximada de los referidos objetos, ni menos de las ciudades de que proceden, siglo tras siglo abandonadas y ocultas entre la vegetación tropical, como el nido de un pájaro muerto. La explicación precisa e ilustrada compondrá a su tiempo un libro interesante; entre tanto, la galantería del Sr. Maudslay me consiente adicionar noticias que limi-

---

(1) *Explorations in Guatemala and Examinations of the newly-discovered India Ruins of Quiriguá, Tikal and the Usumacinta.*—By A. P. Maudslay.—Procedings of the Royal Geographical Society, London, April, 1883.

taré a los descubrimientos recientes, sin mencionar cosa relativa a los viajes ni a pueblos o monumentos de antes vistos (1).

Estimulado por las vagas referencias y esbozos imperfectos de Mr. Catherwod, único de los modernos exploradores que llegó a la vista de Kiriguá por los años de 1840, en las dos veces fué a registrarlo Maudslay, sabiendo hallarse no lejos del camino que conduce desde Izabal, en el golfo Dulce, a las riberas del río Motagua. La empresa no es tan sencilla como a primera vista parece: hay allí que penetrar a través de una selva continua y espesa, abriendo con el hacha y el machete el camino que se pisa, dirigiéndola por la brújula como en las soledades del mar, o en la galería del minero; llevando numeroso convoy con el mantenimiento de los trabajadores, tiendas, ropas, instrumentos y herramientas, y se avanza con lentitud, incomodidad y costo. Así y todo, puede pasarse al lado de objetos voluminosos sin distinguirlos, porque los arbustos de toda especie, las plantas trepadoras y las parásitas de tal manera envuelven, cubren y desfiguran las líneas o términos, no ya de una piedra suelta, de cualquier edificio, que la visual se pierde en la masa de verdura. Así se explica, que como en nuestro viejo Continente descubren de vez en cuando la casualidad y el arado monedas o sepulturas de remotas edades, en el Continente nuevo, donde todo es grande, la casualidad y el hacha tropiezan con ciudades enteras no menos añejas.

Una ciudad monumental es realmente la de Kiriguá, encontrada por el Sr. Maudslay después de desmontar una extensión considerable de terreno, sin certeza de haberla visto toda. Cortada después la maleza, limpiando por último, con rascadores de hierro y cepillos de musgo, llegó al término deseado de armar la cámara fotográfica y proceder al vaciado de relieves. Lo conocido es un rectángulo de 2 250 x 1 080 pies ingleses, en cuyo espacio hay varios montecillos artificiales de forma piramidal, revestidos de piedra de sillería, con graderías o escaleras, edificación común y ordinaria en todas las grandes poblaciones de la región, y aun de la que se llamó Nueva España o Méjico, donde se designaban por Cues o Mules. Pero en los de Kiriguá no queda siquiera vestigio de haber existido en la cúspide, las fábricas que se ven todavía en las pirámides de otras ruinas, en Tabasco, Yucatán y Chiapa; si en éstas hubo también adoratorios o aras de sacrificios, han desaparecido totalmente. Lo que se encuentra en la proximidad de las pirámides mayores, es indicación de dos espacios rectangulares, a manera de plazas, formados por obeliscos de natural aspecto y delicadísimo trabajo. Algo de común tienen con los de Copán, de tiempo atrás conocidos; la forma, los geroglíficos, el dibujo, el pormenor de la ornamentación y aun la colocación de traje de las figuras, acusan cierta relación que no cabe desconocer; mas hay en la ejecución notable dife-

(1) La obra monumental de Goodman y Maudslay, la citamos al principio de este capítulo, la admirable *"Biología y Arqueología Centrali Americana."* Nota del autor.

rencia que inclina a considerar a los monumentos de Kiriguá como modelo de los de la ciudad de Honduras, más acabados, de más alto relieve, de mayor corrección en las líneas y posterior trabajo por consiguiente.

De dos especies son los monumentos ahora encontrados; obeliscos monolitos esculpidos con figuras humanas, adornos caprichosos y geroglíficos, y piedras bajas y anchas en que se han figurado animales monstruosos o reptiles: acercándose en la forma general a la de la tortuga. Los primeros tienen base cuadrangular, de 3 a 6 piés de lado, y de 15 a 30 de altura sobre el suelo, en que se halla enterrada una parte de cinco o seis más para mantenerse en la posición vertical. Algunos la han perdido, y están más o menos inclinados; otros han caído ya forzados por las raíces o los troncos de árboles inmediatos.

Las caras principales de los obeliscos presentan un personaje de frente; solo en dos se puso de perfil. Esculpidas las cabezas en alto relieve, están tocadas con profusión de plumas y cintas; las orejas grandes y anchas, horadadas, atravesándolas ricos y voluminosos adornos. En el cuerpo y vestiduras no es tan saliente el relieve, aunque prolijo el trabajo del artista en labor caprichosa, entrando por mucho en el adorno cabecitas humanas, las más de grotesca apariencia, distribuidas en los sitios de mayor resalte, como en los hombros, rodillas y talones de las sandalias. Algunas de esas figuras que dan motivo o sér al obelisco, muestran en la mano una especie de cetro, mas por lo común llevan levantados ambos brazos en actitud de coger con las manos el cuello del vestido. Los piés, en todos casos, con las puntas hacia los lados, unidos los talones, única postura que por lo visto concebían los artífices, por más que no sea natural.

Se observa uniformidad en la forma del vestido, cambiando sólo los dibujos de su adorno y los de las mascarillas o cabecitas, tan repetidas, que hacen pensar se destinaran al objeto del adorno personal las muchas que se han hallado sueltas por toda la América Central, así de barro cocido, como de obsidiana, jade y piedras más finas.

Es también de notar, que todos los obeliscos de una de las plazas, representan reyes, guerreros o personajes de significación, masculinos; mientras los de la otra son sin excepción de mujeres, con trajes mucho más ricos en adorno. En unos y otros llenan las caras laterales geroglíficos en cuadrículas muy bien esculpidas, conteniendo cada una de ellas dos o más cabezas de hombres o pájaros, piernas o brazos enlazados en disposición convencional y al parecer simbólica. Probablemente en la significación narran las excelencias de la figura principal del obelisco.

Los monumentos de la segunda especie, que bien pudieran ser aras o altares, están formados con piedras enormes cuyo peso no bajará de 18 a 20 toneladas, midiendo unos 14 piés de longitud y poco menos de altura. Por su propio peso se encuentran medio enterrados y acaso haya bajo la tierra algunos

otros que no se descubren. La tortuga, armadillo o monstruo representado en ellos, tiene de ordinario una cabeza humana dentro de la boca, y es entre todos más de notar el ejemplar que ostenta en la cola una mujer riquísimamente vestida, sentada al estilo oriental, con las piernas cruzadas y mostrando en la mano, a modo de cetro, una figurilla semejante al juguete o **Juan de las viñas**, cuyos miembros se mueven por medio de un hilo. La superficie de estas piedras está completamente labrada con dibujos caprichosos de imposible descripción, y en algunos sitios hay también geroglíficos.

Resulta, pues, de las investigaciones, que hay en Kiriguá objetos sin equivalencia ni semejanza con los de otras ciudades arruinadas que se suponen obra de la civilización maya, y que merecen por tanto, privilegiada atención de los que estudian las antigüedades americanas. En cambio allí, como en todas esas otras ciudades, no se encuentra vestigio de las viviendas de la inmensa población que contribuyó, sin duda, a la fábrica de los pasmosos monumentos, viniendo la ausencia a fortalecer la opinión de que, aparte de los Cues o adoratorios, de los templos, edificios sagrados o públicos, el pueblo, en su gran masa, residía en albergues de material ligero como la madera, barro y paja u hojarasca, que fácilmente ha desaparecido.

¿Será realmente el Sr. Maudslay el primer europeo que ha hollado la plaza de la ciudad de Kiriguá? ¿Permaneció ignorada y oculta a los ojos de los compañeros de Cortés, de Montejo y de Alvarado? No hay hasta ahora datos seguros para averiguarlo. Sabiendo el viajero inglés que el conquistador de Nueva España, al pasar por el río Dulce, estando muy necesitado de provisiones, dividió sus fuerzas y en radio extenso corrió todo aquel territorio con el afán de procurárselas, dudó en un principio si el pueblo de Chacujal que menciona la carta quinta dirigida por Hernán Cortés al emperador, sería este mismo; más no ajustándose la concisa indicación que hace a las más salientes circunstancias actuales, presumió que más bien corresponde el sitio visitado por el caudillo extremeño a las ruinas del pueblo viejo en que hoy se descubren cimientos y otros vestigios de construcción, aunque no monumentos.

La lectura de la referida carta quinta, ofrece, sin embargo, materia lata a la reflexión, primero por el nombre del pueblo, que en los códices existentes varía de Chacujal a Chaantel, Chuantel y Chuhantel, después por consignar fueron los indios naturales los que le dieron noticia de haber cerca **un pueblo grande muy antiguo y muy bastecido** y últimamente por la sorpresa que manifiesta le causó hallarse en las calles por donde salió a una gran plaza **donde tenían sus mezquitas y oratorios a la forma y manera de Culua y que puso ésto más espanto** (a los soldados) **del que antes traían.** Estuvieron en la plaza gran rato recogidos en una gran sala, y no sintiendo rumor de gente, enviaron algunos que corrieran las calles. Luego que fué de día se buscó todo el pueblo,

que era muy bien trazado y las casas muy juntas y muy buenas y hallaron inmensa cantidad de bastimentos (1).

Por aquellas inmediaciones del golfo Dulce habian estado antes Cristóbal de Olid, Francisco de las Casas y Gil González Dávila y se mantenían aún en parte sus tropas, asi que, una de dos: o conocían por necesidad la existencia de una ciudad tan poblada como indica haber sido la de las ruinas de Kiriguá, y en tal caso lo hubieran dicho, o ya por entonces sólo ruinas quedaban de ella, como acontecía en Palenque, por cuyas cercanías pasó también Hernán Cortés, con pintura o mapa que los indios le habían facilitado para noticia de la marcha, y de los centros en que había de proveerse.

Las exploraciones que Maudslay hizo después en Copán, en la región de los volcanes y en la de Verapaz no excitan en tanto grado el interés, por la repetición con que otros viajeros las han visitado y descrito anteriormente; omito, por tanto, la comunicación de sus observaciones y memorias, saltando a las que le ha sugerido la ciudad de Tikal, situada al nordeste del lago del Petén, a unas 18 millas de distancia y no lejos de los términos de Guatemala y Yucatán, pues si bien fué vista, hace años, por M. Bernoulli que recogió los trozos de madera esculpida conservados ahora en los museos de Suiza y Westminter, el objeto especial de sus investigaciones no prestó fijeza a las curiosidades arqueológicas.

Maudslay se proporcionó braceros en las poblaciones del lago, y por los procedimientos explicados, abrió camino y desmontó la extensión suficiente para dejar al descubierto la edificación, cuyo plano trazó ante todo. Las casas de esta ciudad silenciosa son de piedra revocada, midiendo el grueso ordinario de las paredes unos tres piés. Es difícil formar juicio del remate y coronamiento exterior, porque de las cornisas, de la techumbre, de cualquier parte saliente donde haya caído una semilla, han salido árboles corpulentos formando un bosque en cada construcción y destruyéndola la fuerza de las raíces que han penetrado por los intersticios. En el interior tienen las paredes altura de 7 a 8 piés, avanzando sucesivamente las hiladas de piedra, hasta llegar a unirse arriba formando ángulo. Esa construcción no consiente, naturalmente, mucha separación en las paredes, no obstante el macizo y carga superior con que se ha procurado darlas solidez, así que los aposentos mayores no tienen más de cinco o seis piés de anchura y más parecen pasadizos que otra cosa por haber tratado de compensar con la longitud la estrechura. Las puertas exteriores están invariablemente construidas a escuadra, con la particularidad de ser los dinteles de madera durísima de zapote, escuadrados los troncos necesarios y unidos perfectamente. En el interior hay vigas de la misma madera con el doble objeto, al parecer, de prestar solidez al edificio y de colgar las hamacas. Algunas casas se conservan en buen estado, al punto de ser habitables, pero en la mayor

(1) *Cartas y relaciones de Hernán Cortés al Emperador Carlos V, colegidas é ilustradas por D. Pascual Gayangos, de* París. 1866.

parte se han consumido los dinteles dichos y la gravedad ha consumado la ruina, formando montones de sillares.

Sobresalen cinco templos edificados sobre pirámides revestidas de sillería, no en todas de superficie plana. La base de una de éstas es de 184 piés ingleses de frente, por 168 de lado y la altura de 112. El templo, arriba, tiene 41x28 de base y 50 de altura. Las paredes son de extraordinario grueso, tienen nichos en los lados, estrechando gradualmente por arriba. En el interior hay dos o tres corredores paralelos, como se ha dicho de las casas, comunicando unos con otros a favor de puertas anchas con los dinteles de madera, primorosamente esculpidos en la superficie visible. La altura de las salas es mayor en los templos que en las casas.

No se descubre en estos edificios ídolo, ni objeto alguno a que haya podido darse culto; solamente en la plaza que forman los dos principales, se ven algunas piedras verticales como las que suelen ponerse en los cementerios, parte de ellas toscamente esculpidas con figuras de perfil; otras con las figuras moldeadas en cemento muy duro.En la misma plaza hay aras o altares circulares parecidos a los de Copán, estando por punto general muy deteriorados.

Uno de los problemas que Maudslay no ha podido resolver es, el de los medios que una población tan numerosa como parece haber sido la de Tikal, empleaba en el surtido de agua. En las inmediaciones no existe y las escavaciones que verificó buscando pozos, no dieron otro resultado que el de hallar unas cámaras subterráneas, muy reducidas, al parecer silos.

Estando en Guatemala supo nuestro viajero por el Sr. Rockstroh, caballero alemán, director del Instituto Nacional, haber otra ciudad inexplorada que muy a la ligera había visto en sus excursiones. Situada en un recodo del río Usumacinta, precisamente en lugar en que los violentos raudales impiden la navegación y donde vienen a coincidir los límites de Tabasco, Chiapa, Petén y Huehuetenango, pasada la Sierra Madre, se encuentra apartada de todo tránsito, aunque próxima al pueblo de Tenosique y a las famosas ruinas de Palenque. Llamaban al referido lugar Menché o ciudad del Usumacinta, contando maravillas de los monumentos.

Maudslay se dirigió en su busca desde Tikal tomando canoas en el río de la Pasión, por el cual, aguas abajo, pasando la boca del Salinas y más adelante del Lacandón y Ococingo, por la del Cerro entró en el Usumacinta, llegando sin accidente al punto buscado.

Empiezan los edificios de Menché en un ribazo que se alza naturalmente como 60 piés sobre el nivel del río, siguiendo en mesetas o terrazas artificiales sucesivas hasta una altura de más de 120. Cada una de estas mesetas tiene muro de sillería y escalinata de acceso. Hay casas en buen estado de conservación; otras ruinosas o del todo arruinadas, porque en los pueblos antes descritos, la vegetación lo ha invadido todo, viéndose sobre cornisas que acaso

tienen medio pie, árboles de 1 y 2 de diámetro. Por esta causa no cabe asegurar que toda la ciudad se haya examinado o contenido en el plano de Maudslay, ni que sea, como parece hasta ahora, menor que Tikal.

En dos conceptos se diferencian los edificios de las dos poblaciones; primero, en que en lugar de los largos pasadizos paralelos de aquellos, las de Menché forman entrantes y salientes en ángulo recto, dando lugar a fuertes macizos que ayudan a sostener con mayor solidez la techumbre, y segundo en que los dinteles de las puertas son de piedra, esculpida también como los de madera, y con no menos primor.

La casa en que se aposentó el viajero tenía 73 piés de fachada y solo 17 de fondo, con tres puertas en el frente: a 2 pies por encima de ellas corre una cornisa; arranca el segundo cuerpo de 11 piés, y sobre segunda cornisa se alza una construcción suplementaria o de adorno que asemeja celosía. La altura total del edificio es de unos 45 piés.

Hubo de estar revocada la fachada en otro tiempo y pintada de varios colores: en el segundo cuerpo hay una serie de retángulos huecos donde sin duda se colocaron esculturas: se advierte que el constructor puso otros adornos, quedando vestigios de tres grandes figuras y ocho más pequeñas, moldeadas en argamasa y pintadas. Esta ornamentación era emejante en las otras casas y bien se alcanza la hermosura de su perspectiva desde el río en la época en que lucieran los vivos colores sobre el blanco de los terrados.

En la parte central de esta casa, cuya vista fotográfica conserva el Sr. Maudslay y reprodujo la Sociedad Geográfica de Londres en grabado, hay un ídolo de piedra de doble altura de la natural, cuya figura, bastante bien esculpida, se halla sentada, con las piernas cruzadas y las manos sobre las rodillas. La cabeza, cubierta con grotesco mascarón a manera de yelmo y grandes plumajes, yace por el suelo desprendida del cuerpo, y hay a su lado restos del dosel o cubierta monumental, adornada de labores de estuco pintado, entre fragmentos de cerámica.

Uno de los edificios se diferencia en el nivel distinto de las habitaciones, a las que se comunica por escalones; algunos tienen tapiado el ingreso, siendo posible sean cámaras sepulcrales, mas no dió el tiempo lugar de averiguarlo.

Como en Tikal, se encuentran aras circulares esculpidas, deterioradas por la intemperie, y piedras verticales, las más caídas y rotas. En todas las casas se hallaron vasos de barro cocido ordinario, llenos de materia resinosa quemada. Al rededor del ídolo había muchos, dando a entender por el distinto color y frescura del barro en varios, que han sido colocados sucesivamente por las tribus de lacandones que viven en las orillas del Usumacinta, como ofrendas de una reverencia que ha heredado de sus antepasados.

Esta vez consiguió el Sr. Maudslay enriquecer la colección de fotografías y vaciados con originales de interés grandísimo, entre ellos uno de los dinteles de piedra esculpida procedente de edificio arruinado, cuya piedra serrada y

reducida al tamaño del relieve, con mil trabajos sacó de la ciudad abandonada y ha traído a Londres con admiración de los entendidos. Acerca de su significación nada ha dicho; reservado por naturaleza, prudente y sobrio de apreciaciones, deja al criterio de los anticuarios la estimación del mérito de los artífices y en enigma del significado. Sólo dos afirmaciones se permite, con el fundamento del examen comparado; una es que la ciudad de Menché o del Usumacinta, cuenta más remota fecha que la de Tikal; la otra, que los edificios de piedra que subsisten, estaban allí como en otras partes, destinados a una clase privilegiada o a ceremonias públicas, y en modo alguno habitados por el común del pueblo que puso mano en los terraplenes, revestimientos, pirámides, esculturas, y otros tan hermosos adornos.

No trataré, por mi parte, de suplir las reservas del expedicionario, mas para los que no han visto las referidas colecciones, haré somera descripción de lo que me parecen los dos más notables dibujos de los dinteles. En el que ha trasportado íntegro, se vé a la izquierda un personaje en pie; la frente aplastada, tocado con abundantes plumajes, entre los que sobresale un mascarón monstruoso; las orejas atravesadas de grandes y complicados adornos; collar de bolas gruesas; el cuerpo desnudo, si bien lleva por los hombros una pieza tejida de rico dibujo, con fleco; cinturón también rico del que pende el machtly o zaragüelle; ligas adornadas con borlas pendientes; calzado semejante a la sandalia, labrada por detrás hasta el tobillo y sujeta al dedo grueso por una cinta que viene a formar lazo en el empeine; en las muñecas adorno parecido al de las ligas con sendas calaveras en la parte superior. Con ambas manos sostiene y presenta una asta larga que remata en penacho como de hojas o plumas; detrás y arriba de esta figura, geroglíficos en cuadrículas.

A los piés del personaje hay una mesita pequeña o cojín, y al lado de éste, de rodillas, dando frente a aquel, otra figura de frente aplastada también, de tocado muy rico con plumas y otros adornos prolijos que se extienden a las orejas; traje talar riquísimo, cuya labor consiste en rombos, y debajo de cada uno una cruz perfecta de brazos iguales; manto largo sobre los hombros, de la misma tela y dibujo, pero con orla y fleco distinto; collar y brazaletes grandes con perlas o piedras, y sobre el pecho un medallón con curiosa carátula. Este personaje, que a mi juicio representa un sacerdote postrado ante el ídolo, está en actitud de pasar a través de la lengua, que previamente se ha horadado, una cuerda gruesa en que de trecho en trecho hay espinas apareadas para que el sacrificio sea más doloroso.

Sabido es por nuestros antiguos cronistas, que así en el territorio de Nueva España como en otros de América Central, hasta las riberas del Apure, Meta y Orinoco, era común la costumbre de mortificarse ante los ídolos los encargados de su culto, pasando espinas de maguey a través de los miembros más delicados.

En otro de los relieves se ven frente a frente un hombre y un niño con el **machtly**, collar y tocado de plumas del ídolo anterior; en medio, arriba y abajo, geroglíficos; presentan uno al otro sendas cruces, perfectamente delineadas: los brazos horizontales de éstas terminan en rosetones, teniendo uno igual en el centro; el brazo superior remata en adorno coronado de palmas o plumas; del inferior (los cuatro son de igual longitud), penden fajas o cintas. La figura de la derecha o mayor, de cuyo tocado más profuso y cumplido sale, al parecer, una serpiente, a más de la dicha cruz que presenta con el brazo derecho extendido, tiene otra igual en la mano izquierda, si bien ésta, con el brazo, se halla en postura natural pegada al cuerpo.

Un tercer dintel representa gran serpiente simbólica, de cuya boca sale la figura de un ídolo tocado como los anteriores y que lleva cetro en la mano. A los piés un sacerdote con traje talar y adornos como el anteriormente descrito, de rodillas también, hace ofrenda de objeto que no se distingue.

Los dos primeros provocarán probablemente de nuevo el tema tan debatido de la Cruz en que varios americanistas distinguidos han visto el símbolo de la lluvia o de la fecundidad de la tierra (1), porque por tal lo tuvieron los indios con posterioridad a la llegada de los españoles; mas hasta qué punto puede llevarse el razonamiento a los tiempos primitivos después del reciente descubrimiento, cosa es que habrá de dilucidarse, y oportuno parece con este motivo recordar lo que el P. López Cogolludo escribió, después de dar por cierta la profecía de Chilan Balan, gran sacerdote de Tixcacayom Canich, en Maní.

"Dice Herrera, dando razón, como los segundos españoles que con Juan de Grijalva aportaron a Yucatán, hallaron así acá en Tierra firme como en Cozumel algunas cruces, que la ocasión de esto fué, que habiendo el adelantado Montejo comenzado la conquista de esta tierra y recibídole pacíficamente algunas provincias, en especial la de Tutul Xiu, cuya cabeza era el pueblo de Maní, catorce leguas de donde ahora está la ciudad de Mérida, se entendió que pocos años antes que llegasen los castellanos, un indio, principal sacerdote llamado **Chilan Cambal**, tenido entre ellos por gran profeta, dijo que dentro de breve vendría de hacia donde nace el sol, gente barbada y blanca que llevaría levantada la señal de la Cruz.....

"Los más escritores de las historias de estos reinos refieren haber hallado los primeros españoles que descubrieron a Yucatán en esta tierra cruces acerca de la cual han sido también diversos los pareceres.....

---

(1) Entre los estudios acerca del particular, pueden verse: *Archéologie Americaine. Dechiffrement des écritures calculiforme ou Mayas. Le bas relief de la Croix de Palenke et le Manuscrit Troano*, par M. le Conte de Charencey. Alencon. 1879. 8º may.—*Les derniers vestiges du Christianisme préché du Xº au XIVº siécle dans le Markland et la Grande Irlande. Les Porte-Croix de la Gaspésie et de l' Acadié*, par M. E. Beauvais. Paris. 1877, 8º may.—*Les traditions relatives a l' homme blanc et au signe de la Croix en Amérique á l' époque precolombienne*, par M. l'Abbé Schmitz, y las discusiones que constan en las actas de los Congresos de Americanistas de Luxemburgo, Bruselas y Copenhague.

"El Dr. D. Pedro Sánchez de Aguilar en su informe contra los indios idólatras de esta tierra, expone que el origen de decirse que se hallaron cruces en Yucatán, se ocasionó de que cuando D. Hernando Cortés halló a Jerónimo de Aguilar en la isla de Cozumel, puso allí una Cruz que mandó adorar, la cual después, el año 1604, gobernando esta tierra D. Diego Fernández de Velasco, envió al marqués del Valle, nieto de D. Hernando Cortés. De esta Cruz, dice, tomó motivo un sacerdote de ídolos, llamado Chilan Cambal, de hacer una poseía en su lengua, que he leído muchas veces, en que dijo que la gente nueva que había de conquistarlos, veneraba la Cruz, con los cuales habían de emparentar. Esto mismo refiere Antonio de Herrera, y como el adelantado Montejo, a cuyo cargo fué la conquista de esta provincia, tardó más de diez años en volver a ella, pensaron los nuestros que estos indios pusieron esta Cruz y tuvieron por profecía la poesía de Chilan Cambal, y esta es la verdad, la cual averigüé por saber la lengua de ello y por la comunicación de los indios viejos, primeros neófitos que alcancé, los cuales iban a su romería al templo de Cozumel".

El P. Cogolludo discute esta opinión sensata con otras citas de Bernal Díaz, Fr. Bartolomé de las Casas, Remesal, Torquemada, que vieron no una cruz, sino varias, afirmándolo antes Gómara tratando de Cozumel con estas palabras:

"Que junto a un templo con torre cuadrada, donde tenían (los indios) un ídolo muy celebrado, al pie de ella había un cercado de piedra, en medio del cual había una Cruz de cal, tan alta como diez palmos, a la cual tenían y adoraban por Dios de la lluvia, porque cuando no llovía y había falta de agua, iban a ella en procesión, y muy devotos, ofrecíanle codornices sacrificadas para aplacarle la ira y enojo que con ellos tenía o mostraba tener, con la sangre de aquella simple avecica. Quemaban también cierta resina a manera de incienso, y rociábanla con agua. Tras ésto tenían por cierto que luego llovía....."

El Dr. Illescas escribe también en su Pontifical que los yucatecos tenían un Dios a manera de Cruz que llamaban el Dios de la lluvia, y Pedro Mártir de Anglería, "que los habitadores de aquella isla, por tradición de sus mayores decían, que por estas tierras había antiguamente pasado un varón más resplandeciente que el sol, el cual había padecido en una Cruz, y que por esta causa siempre les fué venerable su memoria e imagen de la Cruz."

Bien pudiera vislumbrarse alguna luz en lugar y tiempo diferentes, por el párrafo que todavía extracto de la **Historia de la Florida del Inca** (1).

Tres días había que el ejército de Hernando de Soto, (año 1540), estaba alojado en el pueblo llamado Casquin, cuando el Curaca, acompañado de toda la nobleza de su tierra se puso ante el Gobernador y le dijo: "Como nos haces "ventaja en el esfuerzo y en las armas, así creemos que nos la haces en tener

(1) Lib. IV cap. VI.

"mejor Dios que nosotros. Estos que aquí ves, y yo con todos ellos, te supli- "camos tengas por bien de pedir a tu Dios que nos llueva, que nuestros sem- "brados tienen mucha necesidad de agua". El General respondió, que aunque pecadores todos los de su ejército y él, suplicaría a Dios les hiciese merced como padre de misericordia. Luego, en presencia del Cacique, mandó al maestro Francisco Ginovés, gran oficial de carpintería y fábrica de navíos, que de un pino, el más alto y grueso que en toda la comarca se hallase, hiciese una Cruz.

"Tal fué el que por aviso de los mismos indios se cortó, que después de labrado y redondeado a más ganar, como dicen los carpinteros, no lo podían levantar del suelo cien hombres. El maestro hizo la Cruz en toda perfección en cuenta de cinco y tres (1), sin quitar nada al árbol de su altor: salió hermosísima por ser tan alta. Pusiéronla en un cerro alto hecho a mano, que estaba sobre la barranca del río y servía a los indios de atalaya, y sobrepujaba en altura a otros cerrillos que por allí había. Acabada la obra, que gastaron en ella dos días, y puesta la Cruz, se ordenó el día siguiente una solemne procesión, en que fué el general y los capitanes, y la gente de más cuenta, y quedó a la mira un escuadrón armado de los infantes y caballos que para guarda y seguridad del ejército era menester.

"El cacique fué al lado del gobernador, y muchos de sus indios nobles fueron entremetidos entre los españoles. Delante del general de por sí, aparte en un coro, iban los sacerdotes, clérigos y frailes cantando las Letanías, y los soldados respondían. De esta manera fueron un buen trecho más de mil hombres entre fieles e infieles, hasta que llegaron donde la Cruz estaba, y delante de ella hincaron todos la rodilla, y habiéndose dicho dos o tres oraciones, se levantaron, y de dos en dos fueron: primero los sacerdotes, y con los hinojos en tierra adoraron la Cruz y la besaron. En pos de los eclesiásticos fué el gobernador y el cacique, con el fin que nadie se lo dijese, e hizo todo lo que vió hacer al general, y besó la Cruz; tras ellos fueron los demás españoles e indios, los cuales hicieron lo mismo que los cristianos hacían.

"De la otra parte del río había quince o veinte mil ánimas de ambos sexos y de todas las edades, las cuales estaban con los brazos abiertos y las manos altas, mirando lo que hacían los cristianos, y de cuando en cuando alzaban los ojos al cielo, haciendo ademanes con manos y rostro como pedían a Dios oyese a los cristianos su demanda. Otras veces levantaban un alarido bajo y sordo, como de gente lastimada, y a los niños mandaban que llorasen, y ellos hacían lo mismo. Toda esta solemnidad y ostentaciones hubo de la una parte y otra del río al adorar la Cruz, y se volvieron con la misma orden de procesión que habían llevado, y los sacerdotes iban cantando el **Te-Deum laudamus** hasta el fin del cántico, con que se concluyó la solemnidad de aquel día.

---

(1) Es regla de los carpinteros de ribera para labrar la arboladura de las naves.

"Dios, nuestro Señor, por su misericordia quiso mostrar a aquellos gentiles cómo oye a los suyos que de veras lo llaman, que luego la noche siguiente, de media noche adelante empezó a llover muy bien, y duró el agua otros dos días, de que los indios quedaron muy alegres y contentos".

Hernando de Soto no hizo en esta ocasión más que repetir las rogativas que en semejantes casos acostumbran los pueblos católicos; rogativas con igual aparato verificadas en Nueva España, Perú, Yucatán, Tierrafirme, en todas las regiones del Nuevo Mundo en que los españoles entraban, según consta en las crónicas de las órdenes religiosas, y no es maravilla que en la inteligencia escasa de los indios se grabara la idea de ser el Dios de las aguas aquel símbolo con que las aguas se imploraban.

Esta no pasa, sin embargo, de conjetura mía, y dejándola aparte, he de consignar lo que otro moderno viajero francés, simultáneamente con Maudslay ha visto y contado de las ruinas de Yucatán y regiones contiguas.

M. Desiré Charnay es del número de los que hablan todavía de la ignorancia, fanatismo, crueldad y sed de oro de los conquistadores españoles (1); apreciaciones un tanto anticuadas, que por sí solas indican el prejuicio con que iba a reconocer los lugares del nuevo Continente. Habiendo residido algún tiempo en México, fué encargado de reunir objetos con destino a los Museos de Francia, misión de que dió conocimiento al público en artículos dirigidos a la revista de viajes **Le Tour du Monde** el año de 1880. Como el rico americano Mr. Lorillard, de Nueva York, le hiciera ofrecimiento de ayuda de costa para el viaje, a cambio de fotografías y objetos, corriendo con la doble comisión por el distrito de Tula, de allí a Tabasco y a Palenque, logró no pocos vasos curiosos, tomó vistas y sacó calcos y moldes de cartón que han enriquecido las colecciones del Trocadero. En la relación de estos viajes (2), aunque no despliega la gala de imaginación reservada a los posteriores, hay mucho que admirar respecto a la buena estrella con que da cumplida explicación de lo que no vieron los predecesores (3), y no poco que discurrir acerca de sus opiniones, entre éstas, la de que, "la conquista, ayudada del cristianismo, no ha hecho cosa que embrutecer más y más a los pobres indios mejicanos". (4)

En el segundo viaje que emprendió con más preparación, y que ha tenido por lo mismo mayor publicidad (5), le esperaba una contrariedad enojosa: remontando el Usumacinta desde las aguas de Campeche, con intención de examinar cierta ciudad ignorada, detenido impensadamente en Tenosique,

---

(1) Igual criterio muy extendido en Francia, prevalece en la obra reciente titulada: *De l' Origin des Indiens du Nouveau Monde et de leur civilization*, par M. Dabry de Tiérsan, Paris, 1883.

(2) *Mes decouvertes au Mexique et dans l' Amérique du Centre, par M Désiré Charnay, chargé d' une mission scientifique du Ministére de l' Instruction publique.—Le Tour du Monde.* Paris, 1880, pág. 273 y siguientes. Los S es. Montaner y Simon, editores de Barcelona, lo han traducido en la *Biblioteca Universal* con el título de *Mis descubrimientos en Méjico y América Central*, por M. Desiré Charnay. 1884.

(3) *Le Tour du Monde*, 1880, pág. 326.

(4) *Le Tour Monde* 1880, pág. 278.

(5) *Vollage au Yucatan et au Pais des Lacandons*, par M. Désiré Charnay. *Compterendu de la Societé de Geographie de Paris*, 1882, pág. 259, y *Le Tour du Monde*, Enero y Febrero de 1884.

supo con sorpresa **(etonnante surpris)** que alguien se le había adelantado, y en el momento mismo se encontraba entre los monumentos. La impresión que sintió no es de las que se pintan, y así es bueno dejar que lo haga por sí mismo al llegar a la meta:

"Paso remontando el río, veo venir a mi encuentro un joven rubio, alto, que a primera vista reconozco por inglés y caballero; nos estrechamos la mano, y viéndome un tanto estupefacto, como si adivinara el pensamiento me dice:

"No abriguéis inquietud por mi presencia, la casualidad me ha traído antes a estas ruinas como hubiera podido traerme después; nada tenéis que temer; mero aficionado, que viajo por placer, no he de rivalizar con vos, que sois un sabio. La ciudad os pertenece, bautizadla, exploradla, tomad fotografías, calcos, cuanto gustéis; estáis en vuestra casa. Yo no tengo propósito de escribir ni publicar nada, de modo que si os conviene, no hagáis siquiera mención de mi persona y guardad la conquista para vos solo. Ahora permitidme serviros de guía...." (1)

M. Charnay no se hizo de rogar; como testimonio de reconocimiento al generoso norte-americano que sufragaba los gastos, bautizó desde entonces en sus escritos, las ruinas, con el nombre de **Lorillard City**, aunque no debía ignorar que la comisión española de Dupaix y Castañeda, la visitó por los años de 1805 a 1807, y no ignoraba que la reconoció también hacia 1872 el jefe político de Tenosique Sr. Suárez; después un agrimensor llamado Balay, que bosquejó el plano; más adelante el director del Instituto Nacional de Guatemala, Sr. Rockstroh y por fin Mr. Maudslay, que este era el caballero inglés cuya acogida reseña, sin que ninguno de ellos se creyera con derecho de subrogar el nombre indígena con otro de capricho. Acaso se conformarían con el parecer de uno de los escritores españoles de los descubrimientos, así expresado:

"Digo con Berosio, a quien sigue Fabio Pictor, y de la misma opinión es Estrabon, que el poner nombres a las provincias, tierras y ciudades que de nuevo se hallan y fundan, es sólo de los grandes príncipes en cuyo nombre se conquistan, o de los capitanes principales que las conquistan en nombre de los príncipes, y no lo pueden hacer sin nota de atrevimiento y culpa digna de castigo, otros ningunos, pues esto sólo se hace para perpetuar sus nombres....

"Aprieta admirablemente esta razón el divino San Juan Crisóstomo y otros eminentes doctores, diciendo que poner y quitar nombres a las cosas denota señorío sobre ellas". (2)

Ello es, por lo que puedo entender de los escritos, que el azar juntó en la selva americana, bajo la obra arquitectónica de ignorados artífices, dos tipos del más señalado contraste; grave, reservado, conciso, reflexivo el uno; afluen-

(1) Loc. cit. pág. 84

(2) Fr. Pedro Simón. Noticias historiales de las conquistas de Tierrafirme. Cuenca, 1626.

te, expeditivo y seguro de la propia suficiencia el otro; y así, mientras aquel anota con desconfianza lo que va observando, éste, sin duda ni vacilación, decide la significación de los símbolos, los procedimientos de la fabricación, el objeto a que cada cosa se destina, en relación amenizada con peripecias y aventuras personales y descripciones variadas, a fin de que pongan al alcance de todos, los pormenores de la vida salvaje, rompiendo la monotonía de los itinerarios serios, sin perjuicio de la afirmación "que los datos para cualquiera insignificantes, le permiten reconstruir las ciudades, señalar sus orígenes y sentar una teoría general que desvanezca la oscuridad en que estaban envueltas". (1)

Funda tal teoría en la serie de observaciones y referencias que ha hecho por sí mismo o tomado a los historiadores de Indias, llegando a deducir que por lo general se concede a los monumentos de América una antigüedad ridícula, cuando en realidad son modernos, relativamente, pues de otro modo no se mantuvieran en pie edificios cuyos dinteles son de madera. No; esos edificios, templos, pirámides y obeliscos, se hallaban en perfecto estado; las ciudades habitadas y florecientes a la llegada de los españoles, que todo lo destruyeron, deteniendo en su camino una civilización pujante; Landa, Veitia, Clavijero, Bernal Díaz lo acreditan en sus relaciones. Waldeck concedió irreflexivamente a esas construcciones una antigüedad de dos mil años (2).

Larrainzar (3) sin ir tan lejos, contando los círculos concéntricos de los árboles que crecían sobre las ruinas, calculó haber transcurrido mil setecientos años después de su nacimiento, y del abandono, por cosiguiente, de las poblaciones; cálculo erróneo, pues haciendo experiencias en las especies arbóreas desarrolladas en el intervalo de las dos expediciones que ha hecho a Tabasco, él, M. Charnay, ha descubierto que por aquellas regiones cada círculo de los concéntricos del tronco, corresponden a una lunación, y no a un año, por lo que los árboles tenidos por Larraínzar en tantas veces seculares, no pasan de doscientos años.

Prodigiosa, en efecto, debe ser la vegetación en aquellos lugares: M. Charnay, prevenido contra "las exageraciones propias de la raza española" pudo observar que los sombreros reverdecen en la cabeza, siendo necesario desmontarlos diariamente (4). De este modo confirmada su teoría, fruto maduro de las penalidades; resultado de repetida exploración en parajes que no habían despertado la atención, pues los españoles, ni se ocupaban de monumentos, ni hicieron otra cosa que autos de fe, a imitación de Zumárraga y

(1) Loc. cit. pág. 82.

(2) En cuanto a la antigüedad de las ruinas, hay algunas, como hemos dicho en esta obra, que se remontan a miles de años. De suerte que, en ese punto, estamos con Waldec y los otros autores que dejamos citados, y no con la opinión de don Cesáreo Fernández Duro. Los Charencey, Thomas y Goodman han podido comprender los cálculos indios petrificados hace siglos. Nota del autor A. B. J.

(3) Efectivamente D. Manuel Larrainzar es de esa opinión en la obra que ha titulado *Estudios sobro la historia de América, sus ruinas y antigüedades comparadas con lo más notable que se conoce del otro Continente en los tiempos mas remotos y sobre el origen de sus habitantes.* México, 1875-78, cuatro tomos 4º con láminas,

(4) Idem. pág. 330.

Landa, destruyendo los códices en que podían estudiarse, queda manifiesta la importancia y utilidad de sus investigaciones divulgadas en uno y otro Continente (1).

Si el Sr. Charnay hubiera citado con menos generalidad las autoridades españolas que dice haber tenido a la vista, fuera mayor el servicio que presta a la arqueología americana; mas en tal caso algo hubiera tenido que modificar el razonamiento, toda vez que no faltan algunas en probanza de no haber pasado sin noticia los monumentos.

Esa teoría del Sr. Charnay fué desarrollada, años ha, por M. Stephens con los mismos argumentos, aunque con mayor penetración presentados; pues que cita la obra, lo tendrá sabido. No ha dejado tampoco de ocurrirse a otros investigadores, de que haré brevísimo resumen; mas antes, porque el lector conozca el estilo y genialidad del viajero francés, trascribo estos párrafos suyos:

"Mucho se han exagerado, dice (2), los sucesos de la conquista de México, que ofrecen abundante materia a la crítica. La fama es a veces injusta y las hazañas de Garnier en Tonkin, tan brillantes como las de Cortés, se olvidarán acaso, mientras se conservan eternamente las del dichoso español".

Cuentan nuestros historiadores cómo allá por los años de 1595, un oscuro mareante llamado Blas Ruiz de Hernán González, acometió por autoridad propia la sujeción de Camboja, Siam, Champa, Tonquin y Laos, **con un ejército de ciento veinte españoles y una escuadra de tres pancos,** dió batallas, tomó las capitales, cambió a su antojo las dinastías y fué verdadero dueño del país, aunque contrariado por las autoridades de las islas Filipinas que, ni le auxiliaron, ni llegaron a comprender la importancia de aquellos países, descritos y patrióticamente ofrecidos por él.

En nada se rebaja con esto la gloria de M. Garnier, a quien la historia hará justicia, mas tiénese por cierto que no todos los días parecen por el mundo los Hernán Cortés, tan desdeñados en la opinión singular de M. Charnay y tan mal tratados en su lenguaje.

"Aquí, exclama, llegando a la provincia de Acalán, aquí, en medio del bosque, como avergonzado de sí mismo y a pretexto de conjuración hizo Cortés sacrificar a Guatimozín, que llevaba consigo, después de haberle sometido inútilmente a tormento para arrancarle el secreto de su tesoros: aquí sacrificó al héroe de veinte años de que se hubieran envanecido las naciones más orgullosas. Con razón tengo a Cortés por un miserable: los altos hechos de los españoles jamás compensarán a mis ojos los crímenes inútiles y las bárbaras torpezas con que se mancharon antes y después de la conquista. Pero la historia tiene retribuciones peculiares, y México, que no ha elevado un solo busto

(1) *The Ruins of Central América. The probable age and origin of the monuments of Mexico and Central América, by Désiré Charnay, The North American Review. New York, October,* 1881.

(2) *Le Tour du Monde, 1884.*

al conquistador, erige monumento magnífico al sublime vencido, al heroico defensor de la independencia azteca, a su último emperador, Guatimozín".

Basta por ahora del asunto: M. Charnay anuncia (por conducto de un **reporter** del periódico **Le Voltaire**), que las obras que hasta ahora ha dado a luz componen únicamente **el esqueleto** de un libro que está vistiendo y engalanando para instrucción de los americanistas.

En la rápida ojeada retrospectiva a que me he comprometido aparece, dicho está, que ya Hernán Cortés en medio de su cuidado y ocupaciones de la guerra y la política, prestó a los monumentos dando cuenta de su magnificencia y enviando descripciones juntamente con la recámara del emperador Moctezuma, objetos de arte o industria, joyas, amuletos, ídolos, pinturas, plumajes y vestidos (1), en no pequeña parte llevado, a Francia por corsarios, que supieron apoderarse también de las colecciones monumentales y artísticas formadas en el Perú por el Virrey Mendoza. ¿Qué han hecho de esos tesoros los franceses, que uno y otro día censuran nuestra incuria? ¿Qué fué de las custodias, vasos sagrados, joyas de toda especie y antiguallas, saqueadas en las costas americanas del Atlántico y el Pacífico por los Drake, Cavendish, Hawkins y tantos más? ¿En qué museo se guardan?

Muchas de las relaciones descriptivas formadas en el siglo XVI, obedeciendo la orden circular y formularia de Felipe II, tratan de las antigüedades de América Central. Tiempo vendrá en que estas relaciones ya en publicación (2), lleguen a la parte regional de que aquí se trata; en tanto véase como nada escapaba a la observación de los conquistadores.

Una de las relaciones de la gobernación de Yucatán, de autor anónimo dice entre otras cosas (3):

"En esta provincia de Yucatán, en el término de los repartimientos de la ciudad de Mérida, de nueve años a esta parte, a ocho leguas de la provincia de Maní, se descubrieron unos edificios antiquísimos, y tanto que no hay memoria de indios por viejos que sean que tengan de ellos noticia ni lo haya oído a sus pasados, y son los edificios más de treinta casas de piedra y azutea labrados a hierro y no del todo arruinados, y se halló en ellos pintada la rueda de Santa Catarina. Es cosa de grande admiración, porque se cree que la gente que estos edificios hicieron, eran de razón y xpitianos, y algunos curiosos dicen que fueron cartagineses, que poblaron muchas partes".

La relación descriptiva de la provincia de Guatemala, costumbres de los indios y otras cosas notables que escribió en 1576 el licenciado Palacio es más

---

(1) Consérvase en el archivo de Indias el inventario de todos esos objetos que llevaban, a cargo de Alonso de Avila y Antonio de Quiñones, fechado en Cuyuacan a 19 de Mayo de 1522.

(2) Se ha publicado el tomo primero de las *Relaciones Geográficas del Perú* y está en prensa el segundo.

(3) Inédita en el Archivo de Indias de Sevilla, Indiferente general, Descripción de ciudades, Est. 441, Caj. 7, Leg. 7.

conocida por haberse publicado suelta y traducido a todas las lenguas europeas con infinitos comentarios (1). Tratando de las ruinas de Copán cuenta:

"He procurado con el cuidado posible saber por la memoria derivada de los antiguos, qué gente vivió allí, e que saben e oyeron de sus antepasados. No he hallado libros de sus antigüedades, ni creo que en todo este distrito hay más que uno que yo tengo. Dicen que antiguamente había venido allí y fecho aquellos edificios un gran señor de la provincia de Yucatán y que al cabo de algunos años se volvió solo y lo dejó despoblado. Esto parece que de las patrañas que cuentan es la más cierta, porque por la memoria dicha parece que antiguamente gente de Yucatán conquistó y sujetó las provincias de Ayajal, Lacandón, Verapaz y la tierra de Chiquimula, y esta de Copán. Así la lengua Apay que aquí hablan corre y se extiende en Yucatán y las provincias dichas, y ansimismo parece que el arte de los dichos edificios, es como la que hallaron en otras partes los españoles que primeramente descubrieron la de Yucatán y Tabasco, donde hubo figuras de obispos, hombres armados y cruces, y pues en ninguna otra parte se ha hallado tal, sino es en los lugares dichos, parece que se puede creer que fueron de una nación los que hicieron uno y otro".

Otra relación de la villa de Valladolid escrita por el cabildo en abril de 1579 y dada a la estampa por el Sr. D. Sebastián Marimón (2) describe los **Cués** o pirámides, los ídolos que en ellos reverenciaban los indios, los **Zenotes,** y cuanto de rareza existía al tiempo de la conquista, distinguiéndolo de lo anterior a ella.

Por este tiempo giró una visita al territorio el padre Comisario general de la Nueva España, Fr. Alonso Ponce, con dos religiosos acompañantes que escribieron relación del viaje y fundaron apreciaciones nada distantes de las que al presente se nos ofrecen por novedad. Véase en prueba este extracto de algunas de ellas (3).

En el primer viaje, por tierra salieron de México en dirección de Guatemala, anotando entre las ocurrencias la llegada a un pueblo pequeño llamado Teculután y por otro nombre los **Cués,** porque junto a él hay muchos de éstos "que son unos cerros hechos a mano para los sacrificios de los ídolos," de Guatemala fueron a Yucatán, Nicaragua, Honduras, Costa-Rica y Chiapa, haciendo especiales referencias de los pueblos de **Izcumtenango, Acatenango, Iztapá, Acandon,** e Isla del lago **Petén** donde los indios **Acandones** tenían sus casas, con un peñol y sacrificaban gente.

En segundo viaje, llegando por mar a Yucatán, tratan de **Campeche, Río Lagartos, Valladolid, Ichmul, Chicheniza, Xepequez, Iltmal, Mérida, Calkini,**

---

(1) Hállase también en el Archivo de Indias y en Copia en la Colección Muñoz de la Real Academia de la Historia: se publicó en la *Colec. de docum. inéd. del Archivo de Ind.*, tomo IV, pag. 5.

(2) En el tomo segundo de *Actas del Congreso de Americanistas de Madrid,* Madrid 1883, pag. 157 y siguientes.

(3) Se ha publicado el viaje en la *Colección de doc. inéd para la Hist. de Esp.* tomo 57 y 58 y se titula: *Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al P. Fr. Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España, siendo Comisario general de aquellas partes. Escrita por dos religiosos sus compañeros.* Años 1584-86.

Tixchel, Uxmal, Tikax y Mayapan, con esta misma ortografía, y he aquí lo que se les ofrece de **Uxmal,** notando que aun por encima de sus antiquísimos edificios, sobre las cornisas y remates había árboles grandes.

"Aquellas bóvedas (de las casas), no son en redondo ni a media naranja, ni como otras que se hacen en España, sino ahusadas, como se suelen hacer las campanas de las chimeneas cuando se hacen en medio de un aposento antes que se comience el cañón, porque por una parte y por la otra de lo ancho se van poco a poco recogiendo y enangostando hasta quedar por lo alto apartada la una pared de la otra como dos pies: después echan una cintilla que sale cuatro o cinco dedos de cada parte, y sobre estas atraviesan unas losas o lajas por lo llano, con que se cierra la bóveda, de manera que no hay en ella clave sino que con el peso grande de piedras y argamasa que echan encima y que tienen a los lados, se cierra y queda fija y fuerte".

Tales son las bóvedas ojivales de M. Charnay (1).

"Los umbrales altos de todas las puertas eran de madera de chico zapote, que es muy fuerte y casi incorruptible, lo cual se echaba de ver en que los más de ellos estaban enteros y sanos, con ser puestos allí de tiempo inmemorial, según dicho de los indios viejos".

También parece dedicado el párrafo al autor de las teorías.

"Los umbrales de los lados (jambas) eran de piedra labrada de grano maravilloso".

Prosiguen los religiosos viajeros dando cuenta de pinturas de varios colores, sierpes, escudos, calaveras esculpidas, estátuas de piedra con mazas o bastones en las manos, figuras desnudas con sus **masteles** "que son los zaragüelles antiguos de toda la nueva España, a manera de bragueros," los **mules** con escalinatas, ya deshechas, y acabando la reseña ponen:

"No saben los indios con certidumbre quién edificó aquellos edificios, ni cuándo se edificaron, aunque algunos de ellos se esfuerzan a querer declararlo, trayendo para ello imaginaciones fabulosas y sueños; pero nada de esto cuadra ni satisface. La verdad es que ellos se llaman el día de hoy de Uxmal, y un indio viejo, ladino y bien entendido certificó al P. Comisario que, según decían sus antepasados, había noticia que hacía más de nuevecientos años que se habían edificado.

"Muy vistosos y fuertes debieron ser en su tiempo y mucho deste se entiende que trabajaron para hacerlos, con no poca gente, y está claro que los habitaron y que por allí a la redonda hubo gran poblazón, como al presente lo muestran los vestigios y señales de muchos edificios que se ven desde lejos, a los cuales no fué el P. Comisario porque estaba muy cerrado y espeso el monte, y no hubo lugar de abrirlo y limpiarlo para ir allá. Agora no sirven los unos y los otros sino de casas y nidos de murciélagos y golondrinas y otras aves,

---

(1) *Le tour du Monde*, 1884, pág. 328.

de cuyo estiércol están llenos, y con un olor más penoso que deleitable. No hay por allí pozo ninguno; traen el agua para beber los milperos de aquella comarca, de unas lagunillas de agua llovediza que hay por aquel territorio; puédese sospechar que por falta de agua se despoblaron aquellos edificios, aunque otros dicen que no, sino que los moradores se pasaron a otra tierra, dejando ciegos los pozos que por allí había". (1)

Todas las crónicas e historias de la conquista, ya generales, ya particulares, tratan en alguna manera de los monumentos encontrados y de su probable origen, fueran los cronistas soldados, como Bernal Díaz del Castillo, clérigos o frailes como el obispo de Chiapa, Bartolomé de las Casas (2) o el de Yucatán Fr. Diego de Landa (3).

Fr. Jacinto Garrido, de la orden de Santo Domingo, natural de Huete, redactó en 1838 un manuscrito en latín describiendo la visita que hizo por Yucatán y Guatemala, y el resultado de algunas excavaciones en que se hallaron vasos de barro con huesos y **varias lancetas y cuchillitos de piedra.**

Aumentaron los datos Fuentes (4), Remesal (5), Ximenes (6), Gage (7), López Cogolludo (8), Juarros (9), Carrillo (10), obras recomendables, como lo es, por distinto concepto, la de Varela y Ulloa (11), y la de Villa Gutierre,

---

(1) *Colec. de docum. inéd.*, tomo XVIII, pág. 455 a 461.

(2) *Apologética historia.*

(3) *Relación de las cosas de Yucatán.* Manuscrito en la Real Academia de la Historia, publicado en París por M. Brasseur de Bourbourg.

Posteriormente ha salido a luz: *Ensayo sobre la interpretación de la escritura hierática de la América Central por Mr León de Rosny. Traducción anotada y precedida de un prólogo por D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, y seguida de dos apéndices; uno el manuscrito completo de Diego de Landa, cuidadosamente copiado del único original que se conoce y que se conserva en la Real Academia de la Historia; y otro el manuscrito figurativo con palabras aztecas escritas con caracteres españoles el año 1526, que se conserva en el Museo de Artillería de Madrid, ahora por vez primera publicado con la reproducción heliográfica del mismo.* Madrid, Imp. de Tello, 1884.

De los geroglíficos mayas tratan, además, *Studies in Central American Picture-Writing, by* Edward S. Holden. *The Maya Hieroglyphs. First annual Report of the Bureau of Etnhnology to the Secretary of the Smithsonian Institution, by* F. W. Powell. director. Washington, 1881.

A Study of the manuscrit Troano, by C. Thomas. Washington, 1882.

(4) *Historia de Guatemala o recordación florida, escrita en el siglo* XVII *por el capitán Antonio de Fuentes y Guzmán, que publica por vez primera, con notas e ilustraciones, D. Justo Zaragoza,* Madrid; Luis Navarro, editor. 1882-1883: dos tomos, 4º

(5) *Historia de la provincia de San Viceute de Chiapa y Guatemala de la orden de Santo Domingo, por Fr. Antonio de Remesal.* Madrid, 1619 folio.

(6) El R. P. Francisco Ximenez, cura doctrinero del pueblo de Santo Tomás Chuila, escribió una *Historia de la Provincia de Chiapa,* que ha quedado inédita, y otra obra titulada *Las historias del origen de los indios de esta provincia de Guatemala, traducido de lengua quiché al castellano, publicado por la primera vez y aumentado con una introducción y anotaciones por el Dr. C. Schercer.* Viena, 1557, en 8º

(7) El P. Tomás Gage, natural de Irlanda, cura del pueblo de Palinha, en Guatemala, publicó un libro con el título de *A. Survey of the Spanish Wes-Indies, being a journal 3,300 miles on the Continent of America.* London, 1702.

(8) *Los tres siglos de la dominaeión española en Yucatán, o sea historia de esta provincia desde la conquista hasta la independencia. Escribióla el R. P. Fr. Diego Cogolludo, provincial que fué de la orden franciscana, y la continúa un yucateco.* Tomo I, en Campeche, 1842; tomo II, en Mérida, 1845.

(9) *Compendio de la historia de la ciudad de Guatemala, escrito por el bachiller D. Domingo Juarros.* Guatemala, 1809-1818.

(10) *Historia antigua de Yucatán, por D. Cresencio Carrillo y Ancona, canónigo de la Catedral de Mérida de Yucatán,* etc., *segunda edición.* Mérida de Yucatán, 1883.

(11) *Reflexiones imparciales sobre la humanidad de los españoles en las Indias contra los pretendidos filósofos y políticos, para ilustrar las historias de M. M. Raynal y Robertson, por D. Pedro Varela y Ulloa, oficial de la Secretaría de Marina.* Madrid, 1782.

descriptiva de la sumisión de la isla de Petén, donde Hernán Cortés dejó herido su caballo, recomendándolo a los indios, y muy sentidos de su muerte, después de haberle obsequiado con gallinas asadas y otros platos menos apetitosos, erigiéronle estatua, que vino a ser ídolo muy reverenciado (1).

El Presidente de la Audiencia de Guatemala y Capitán general D. José Estachería, tuvo noticias por el Provincial de Dominicos Fr. Tomás Luis de Roca y un cura de la provincia de Chiapa, que en la jurisdicción de esa provincia, a cosa de tres leguas del pueblo de Palenque, se habían descubierto las ruinas de una gran ciudad, y por lo que esto podría contribuir a ilustrar la historia y las antigüedades, con fecha 28 de noviembre de 1784 mandó a D. José Antonio Calderón, teniente de Alcalde mayor de dicho pueblo, que hacía treinta y tres años servía, que reconociendo prolijamente las ruinas y tomando cuantas noticias pudiera adquirir de los naturales informase muy al pormenor.

Hízolo este funcionario en 15 de diciembre del mismo año, describiendo a su manera los edificios, esculturas y objetos más notables, acompañando cinco dibujos muy toscos, con advertencia de haber tenido que desmontar la maleza y abrir veredas, hasta dar con las construcciones que estaban completamente ocultas. Opinaba que la ciudad debía estar abandonada de tres a cuatro siglos atrás, pues encima de las casas había árboles de cuatro a cinco varas de grueso. Creía también que la población tuvo extensión muy considerable, alcanzando acaso su dominio hasta el río Usumacinta, pero los naturales no sabían dar razón alguna.

Con este informe ordenó el referido Capitán General en 27 de enero de 1875 que el arquitecto de Reales obras de la ciudad de Guatemala D. Antonio

---

(1) *Historia de la conquista de la provincia de Itza, reducción y progresos de la del Lacandón y otras naciones de la mediación del reino de Guatemala, a las provincias de Yucatán, por Juan de Villagutierre Sotomayor. primera parte.* Madrid, 1701, folio.

De esta misma provincia hay relación anterior, manuscrita e inédita en la Academia de la Historia, colección Muñoz, tomo LXXXIII folio 301. Se titula *Relación de ciertas entradas a la laguna Ahiza, por Fr. Agustín Cano, de la orden de predicadores, año 1895.* El Sr. Jiménez de la Espada cita como todavía inéditas las siguientes relaciones (a):

Atitlán, Guatemala, anónima, 1579 a 1582.
Chiapa, por el licenciado Palacio.
Guatemala, por el mismo, 1576.
Guatemala, por Francisco Castellanos, 1530.
Honduras e Higueras, por el obispo Cristóbal de Pedraza, 1541.
Honduras e Higueras, por el licenciado Bracamonte.
Mérida, anónimo, 1610.
Vera-Paz, por Fr. Francisco, prior de Viana, Fr. Lucas Gallego y Fr. Guillén Cadena, 1540 a 1574.
Vera-Paz, anónima, 1579 a 1582.
Vera-Paz y Zacatula, anónima, idem.
Yucatán, anónima.
Yucatán, anónima.

(a) *Relación geográfica de Indias.* Introducción. Podrá aumentarse mucho enumerando las cartas y otros papeles manuscritos del archivo de Indias que se expusieron al Congreso de Americanistas de Madrid, juntamente con los objetos antiguos, procedentes de Santa Cruz Quiché, Palenque, Uxmal, Guatemala, San José, Cozumel y otros puntos; mas no parece necesario por constar en el libro especial que se publicó por entonces, titulado *Lista de los objetos que comprende la exposición americanista.* Madrid, 1881.— Entre los libros extranjeros figuró la obra de M. Viollet-le-Duc, *Cites et ruines americaines de Mitla, Palenque, Izamall Chichén-Itzá, Uxmal.* París, 1863, 4º mayor; acompañada de 49 fotografías, tomadas por M. Desiré Charday. He visto además citadas la de D. Eligio Ancona, *Historia de Yucatán desde la época más remota hasta nuestros días.* Mérida, 1878-1880, cuatro tomos 4º— *Historia del cielo y de la tierra, por Ramón de Ordóñez y Aguilar, presbítero domiciliado de Ciudad-Real de Chiapa, residente en Guatemala, y Memorias para la historia del antiguo reino de Guatemala, por el señor obispo García Peláez.* Guatemala, 1851.

Bernasconi hiciese nuevo reconocimiento de la ciudad arruinada con arreglo a una instrucción de diez y siete capítulos que dictó y mandaba:

Que se procurasen datos del origen, antigüedad y gentes de la región; industria, comercio y otros medios de subsistencia; porque fue desamparada la ciudad; su entidad y magnificencia; tiempo y orden de su arquitectura.

Que se examinaran los calzados, vestidos y adornos de las estátuas; lápidas, inscripciones, escudos, caracteres, símbolos, copiando, dibujando y aun trayendo a la capital lo más importante.

Que se investigara si había en las construcciones indicios de manufacturas, fundición o moneda.

Si por los contornos aparecían caminos sólidos.

La constitución de los cerros inmediatos.

Si se hallaban objetos de hierro, armas o cosa que denotara sitio, sorpresa o asalto de enemigos.

Que se tomaran dimensiones de los principales edificios.

Que no se escusaran excavaciones ni otros medios para formar acertado juicio.

Que se llevara la investigación al exterior para ver si hubo murallas, fosos o trincheras.

Que se levantara plano circunstanciado de la ciudad.

Que se tomaran dibujos de estátuas, escudos, etc., etc.

Informó Bernasconi en 13 de junio de 1785 acompañando planos que comprendían extensión de seis leguas cuadradas; perspectivas, fachadas, figuras, adornos, y dijo no hallar semejanza ni equivalencia entre la arquitectura Palenque y los órdenes que le eran conocidos, antiguos y modernos, aunque las bóvedas estaban cerradas a lo gótico. Las construcciones eran de gran solidez, pues había sobre ellas árboles muy corpulentos. Una parte del río Melchor que corre por allí, estaba cubierto con alcantarilla y sobre él había dos puentes, el uno de arco triangular, cerrado como las bóvedas del palacio. En las inmediaciones no observó señal alguna volcánica ni otra que denotara violenta destrucción, pareciendo lo más verosimil que allí la produjo el abandono de los habitantes, probablemente indios a juzgar por las figuras de las estátuas, modo de fabricar en las eminencias y falta de orden o sistema en las calles y cuadras.

Remitió el Capitán General los informes y planos a la corte, y de orden del Rey los pasó el ministro marqués de la Sonora al examen del cronista de Indias D. Juan Bautista Muñoz en 1º de marzo de 1786, que hallándolos de grande interés y conformes con las relaciones que los conquistadores hicieron de otras ciudades en Yucatán y Guatemala, pidió se ampliasen las exploraciones, lo cual se ordenó por el ministro citado en 15 del mismo mes y año.

Fué comisionado al efecto el Capitán de artillería D. Antonio del Río, que marchó desde Guatemala con útiles y operarios a desmontar el bosque, y examinando el terreno en una extensión de 24 millas volvió a levantar plano de las ruinas y redactó memoria descriptiva, ilustrada con dibujos, dirigiéndola al Capitán General. Por orden del mismo amplió el informe el doctor D. Pablo Félix Cabrera entendiendo juicios no muy sólidos respecto al origen y antigüedad de las ruinas, pero añadiendo estimables noticias de otros vestigios de arquitectura remota vistos y examinados de tiempo en tiempo; entre ellos las ruinas subsistentes a veinte leguas de Mérida, entre los curatos de Mona y Tícul; las inmediatas a la ciudad de Nocacab, que conservaban edificios en buen estado en el sitio llamado por los naturales Oxmutal, con hermosa decoración y figuras de estuco o argamasa muy semejantes a las de Palenque; de otras ruinas ocho leguas al norte de la misma ciudad; de otras en las cercanías del río Lagartos, en la ciudad de Maní; en el camino de Mérida a Bacalar; en Mayapán y en el camino de Mixco a Guatemala, en todas las cuales se habían visto pirámides con gradería de piedra, estátuas de piedra o modelados de argamasa y desenterrado vasos de barro con otros varios objetos.

La memoria original se remitió a esta corte quedando copia en el archivo de Guatemala, guardada hasta que un aficionado inglés la adquirió, después de la emancipación de las colonias. Llevada a Londres se publicó, traducida al inglés, despertando en gran manera la atención, sobre todo las láminas, que se grabaron con esmero (1).

Otras expediciones dedicadas a las antigüedades de Nueva España, especialmente a las de Palenque, se emprendieron por Real orden, de 1805 a 1807, siendo comisionado como jefe el capitán de dragones mejicanos D. Guillermo Dupaix, acompañándole el ingeniero D. José Castañeda y D. Juan Castelló. El reconocimiento se extendió hasta Ocosingo, mas los trabajos sufrieron la misma suerte que los de la exploración anterior, durmiendo en el archivo de México, de donde llegó a sacarlos M. Baradere en 1828. Publicados en París en 1834 y 1835 con notas y comentarios de M. Alejandro Lenoir y otros colaboradores, componiendo cuatro tomos en folio, fueron disputados por los eruditos al precio de 800 francos ejemplar (2).

Lord Kingsborough incluyó en parte los trabajos de Dupaix en su obra monumental (3) y en el tiempo del desconocimiento, **The Literary Gazette** de Londres en 1831, y el **Boletín de la Sociedad Geográfica de París** en 1836, publicaron descripciones de los monumentos acordando la prioridad del registro

---

(1) La portada reza: *Description of the Ruins of an Ancient City discovered near Palenque, in the kingdom of Guatemala, in Spanish America; traslated from the original manuscript Report of Captain Don Antonio del Río, followed by* Teatro Crítico Americano, *or the History of Americans by Doctor Paul Felix Cabrera, of the City of New Guatemala. London, Published by Henry Berthoud*, 1822. En 4º con láminas.

(2) *Recueil des Antiquités mexicaines.* París, 1834-1835.

(3) *Antiquitis of Mexico Comprising fac-similes of Ancient mexican paintings and hieroglyphics, etc., together with the Monuments of New Spain of M. Dupaix.* London 1831, tomo VII.

al coronel Galindo que los había visitado, haciéndolo casi al mismo tiempo la prensa guatemalteca (1834) de la memoria redactada por D. Miguel Rivera y Maestre, como resultado de la excursión que de orden del Gobierno hizo a las ruinas de Utatlán o Quiché.

Mas tarde fué a registrar todo el territorio por cuenta y razón de una Sociedad mejicana Mr. Federico Waldeck, que se fijó en Uxmal principalmente (1), siguiendo el barón Fridrichsshal y un entusiasta norte-americano, que de no pasar la vida entre los cues mayas, de buen grado hubiera trasladado íntegros a Broadway siquiera los obeliscos y las estátuas, que llegó a comprar, si bien hubo de satisfacerse al fin con ejemplares de los dinteles de madera esculpida y una inmensa colección de dibujos.

Aunque la guerra civil desolaba por entonces a Guatemala, a favor de la investidura diplomática de Encargado de negocios de los Estados Unidos, halló acogida y respeto de los beligerantes; recorrió el territorio trazando itinerarios arqueológicos y alcanzó a examinar hasta cuarenta y cuatro ciudades o poblaciones en ruina, de fundación remota, en dos épocas y viajes distintos. Como fruto del primero dió a la estampa dos volúmenes de descripción y comentarios (2); como resultado del segundo publicó otros dos (3) y aun produjeron dos más del Secretario y acompañante suyo M. Catherwood, habilísimo dibujante (4) constituyendo en conjunto la obra más extensa y apropiada que hasta ahora existe de la arqueología maya.

Los monumentos examinados y descritos, en el orden que allí se consideran, son : Copán, Kiriguá, Tecpán Guatemala o Patinamit, Quiché, Cobán, Huehuetenango, Ocosingo, Palemke, Mérida, Uxmal, Mayapán, Semusacal, Sija, Maxcanú, Opocheque, Ticul, Nohpat, Nohcacab, Xcoch, Kabah, Zayi o Salli, Chack, Sannacté, Sabachshé, Labná Kewich, Sacbey, Xampón, Hiobowitz, Kuepak, Zekilna, Chunhuhú, Bolonchén, Labphak, Zibilnocac, Iturbide, Petén, Macoba, Mankeesh, Akil, Yakatzib, Maní, Chinchen-Itzá, Coba, Isla de Cozumel, Tulmú, Isla de Mujeres, Silán, Izamal y Aké.

Mr. Stephens hizo estudio comparativo y razonado de estos monumentos y los de Grecia, Roma, Egipto y Siria, para decir que los americanos no tienen nada de común con ninguno de los otros, por más que a primera vista aparezcan rasgos o elementos de alguna semejanza con cualquiera de los otros: es más, entre los mismos monumentos americanos los hay sin relación ni semejanza de unos con otros, acusando edades o arte distinto. Aunque sea noto-

(1) Era Mr. Waldeck dibujante y litógrafo. Su obra se titula *Voyage au Yucatan*, y tengo idea de que publicó otra en Londres, por los años de 40 ó 41.

(2) *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan, by Jhon L. Stephens author of "Incidents of travel in Egypt, Arabia Petre and the Holy Land.* New York. 1841. Dos tomos 4º con láminas.

(3) *Incidents of travels in Yucatan by John L. Stephens*, etc. New York, 1843. Dos tomos 4º con láminas.—He visto anunciada en alguna parte una versión española de esta obra hecha en Yucatán por D. Justo Sierra.

(4) *Rambles in Yucatan*, New York. 1843. *Views of ancient monuments at Central America, by M. Catherwood.* New York. 1844.

rio que los mayas sabían fundir y templar el cobre y el bronce, no se concibe cómo esculpieron las maderas de zapote, duras y sonoras como metal, sin instrumentos de acero, observación que han hecho los españoles desde la época de la conquista. Por último, estima que las construcciones, tan originales y específicas como las plantas de aquel suelo, no cuentan la antigüedad remota que se les supone, antes bien son obra de la raza que ocupaba el país al tiempo de la invasión de los españoles; o de progenitores no muy lejanos, así por la conservación de las ruinas en país en que la vegetación es más destructora que cualquiera otro agente, ayudada de los aguaceros, como por las vigas o dinteles de madera cuya duración es contada, aunque no ignore que en Egipto han aparecido maderas de más de tres mil años de edad, en perfecto estado de conservación, pero ni estaban a la intemperie, ni es igual el clima.

Cree positivamente, contra lo que dicen los cronistas españoles, que varias de las ciudades, especialmente Uxmal, estaban habitadas en el momento de la conquista, influido, a mi parecer, por la opinión respetable de su compatriota Mr. Robertson, que así lo dijo (1) si bien en época en que los estudios americanistas se hallaban atrasados.

Es de reparar que ni Mr. Stephens, ni otro ninguno de los viajeros anteriores o sucesivos, con haber experimentado que no hay agua potable en Palenque, en Uxmal, en Tikal ni en otras de las ciudades arruinadas, no hayan parado mientes en la posibilidad indicada por los frailes compañeros del P. Alonso Ponce, de que por algún fenómeno geológico se secaran los manantiales y se vieran obligadas aquellas poblaciones numerosas a buscar en otra parte el elemento indispensable a la vida, abandonando los oratorios, templos y otros edificios que en un principio las había congregado.

De todos modos, si no exenta de errores y preocupaciones, la obra de Mr. Stephens ha de estar necesariamente en las manos de todo el que quiera estudiar la arqueología maya, en la parte histórica extendida por otro americano con la recopilación de crónicas indígenas, como la del cacique Nakuk Pech, testigo de la invasión española (2).

Con posterioridad se ha escrito mucho ya por viajeros, ya por arqueólogos que han discutido o comentado los trabajos anteriores y es difícil conocer las monografías y artículos escritos en las Revistas de Europa y América. Entre los primeros, el Dr. C. Schercer trató ya de Kiriguá (3), M. Arthur Morelet, dotado de recto criterio, redactó una obra amena e instructiva (4), prefiriendo como naturalista las bellezas de la flora y la fauna a las realizadas por el hom-

---

(1) *History of America.*

(2) *The Maya Chronicles. The Original Text of the Pre-Columbian Anals of Yucatan, with transtation and notes by Daniel G. Brinton, M. D., Philadelphia*, 1882. En 8º 279 págs.

(3) Se hallan sus trabajos en las *Transacciones histórico-filosóficas de la Academia imperial de Viena*, año 1855, tomo XVI, pág. 237.

(4) *Voyage dans l'Amérique Centrale, l'Ille de Cuba et le Yucatan par Arthur Morelet.* París, 1857. Dos tomos 4º

bre; entre los otros se citan Arthur Help, **The Spanish Conquest in America**; Viollet-le-Duc, **Cités et ruines americaines**; Squier, **Travels in Central America** y Huber Howe Bancroft, que en sus historias de América ha recogido numerosa colección de documentos, muchos de ellos inéditos españoles (1). Los literatos mejicanos Icazbalceta, Ramírez, Bustamante, Orozco y Berra, Larrainzar, con otros, han dado estimable contingente de noticias y apreciaciones, aumentando las fuentes antiguas de los historiadores españoles Sahagún, Acosta, Durán, Lorenzana, Torquemada, Núñez de la Vega, López Gomara, Bernal Díaz, Oviedo, Motolinia, Herrera, Solís, Las Casas, García, Mendieta, más los que escapan a mi memoria y conocimiento.

También en los Congresos de Americanistas se ha tratado, y no podía ser menos de los monumentos de Guatemala y Yucatán, presentando en el de Nacy de 1875 Mr. Francis A. Allen, de Londres, una memoria titulada **La trés-ancienne Amérique** (2), y haciéndolo en el de Loxenburgo de 1877 el berlinés Mr. C. Schoebel de otra nombrada **Un Chapitre d' Archéologie Américaine** (3), en que dió cuenta del viaje por Guatemala de su compatriota Mr. Bastian, y de los descubrimientos hechos en Santa Lucía (4), el año 1876. No se ha significado en estos concursos una opinión decidida acerca de la antigüedad de las edificaciones, problema difícil y acaso insolubíe, como ya en 1841 decía el barón Fridichssal; pero se recordaron las de Viollet-le-Duc, Bancroft, Lenoir, Catlin, Cabrera, Dupaix, Waldeck, que pueden dividirse en dos escuelas; la de los que estiman a los monumentos de Guatemala y Yucatán como obra de un período, comprendido entre los siglos I y VII de la Era Cristiana, y las de los que los juzgan testimonio de la civilización tulteca sin concederles más fechas que setecientos a ochocientos años; descartando los que se singularizan por opiniones extremas, y bien llevan a tiempos ante-diluvianos la arquitectura, o bien la traen a la época de la invasión de los españoles.

No prevalece, por tanto, la teoría de M. Desiré Charnay; teoría que en realidad pertenece, como dije, a Mr. Robertson en iniciación, y a Mr. John L. Stephens en desarrollo. Charnay no ha hecho otra cosa que seguir con fidelidad la obra del último hasta hacerse solidario de sus errores. El descubrimiento del anillo, del juego de pelota y aun el del **picoté** (quiso decir picota), pertenecen a Stephens; no deja, sin embargo, de haber en las relaciones del viajero francés teorías originales que no podrán disputársele.

---

(1) Lleva publicados Mr. Bancroft desde 1875-1883, quince volúmenes de su importante obra; los cinco primeros se titulan *The Native Races of the Pacific States of North America;* otros cinco *Central America;* y los restantes *Mexico.* Todos están impresos en San Francisco de California por Bancroft, etc.

(2) *Compte-Rendu* de Nancy, tomo II, pág. 198.

(3) *Compte-Rendu* de Luxembourg, tomo II, pág. 303.

(4) En el Congreso de Americanistas de Madrid, año 1881, se presentó una memoria de Mr. Bastian, titulada *Die Zeichen-Fielsen Columbiens.* En el Copenhague otra, *Seinsculpturen ans Guatemala*, Berlín, 1882, y más reciente es la del doctor Julius Schmidt *Die Steinbildwerke Compte-Rendu du Congrés international des Américanistes, 5e. sesion.* Copenhague, 1884.

Die Steinbildwerke von Copán, und Quiriguá aufgenommen von Heinnich Meye historisch erlantert dun beschrieben von Dr. Julius Schmidt, A. Asher und C. Berlín, 1883, folio.

Discurriendo las razones que pudieron imponerse en la fábrica de templos o adoratorios sobre pirámides artificiales, piensa que no debían ser otras que el deseo de respirar aire más puro y la precaución contra los insectos.

Las últimas noticias que han llegado a Europa de arqueología yucateca, proceden de otro investigador entusiasta que ha más de diez años, desde el de 1874, se ha instalado entre las ruinas con su mujer, y dedica la vida a las excavaciones y registros. Se halla al presente en Chichén-Itzá, desde donde ha comunicado a una revista de Nueva York los descubrimientos realizados a costa de perseverancia y privaciones, y consisten, ante todo, en el estudio que le permite conocer los nombres de los personajes que simbolizados en estatua, y lo que es más importante, descifrar en parte las inscripciones y geroglíficos.

El nuevo Champolion americano, doctor Le Plogeon, asegura que en uno de los edificios de Uxmal ha logrado leer la noticia de haberse introducido en Yucatán la costumbre de aplastar los cráneos a los niños por el pueblo que ha mil quinientos años invadió el país, destruyó a Chichén-Itzá y se posesionó de toda la región, en la práctica ha perforado una de las pirámides, hallando estar formada con materiales de hecho, entre ellas la estátua de un mono; 182 trozos de pilares, pintados de rojo o azul; 12 cabezas esculpidas de serpiente, de cerámica; una urna cineraria que contiene al parecer, huesos de animal; piezas de jade, alguna esculpida; una bola de cristal blanco, puntas de flechas e instrumentos de obsidiana, etc. Ha visto el gimnasio de Chichén con los anillos del juego de pelota que describe Herrera; pinturas murales representando batallas en que ciertos guerreros, vestidos de azul vencen a otros adornados de amarillo, con otras muchas cosas que el curioso lector hallará descritas e ilustradas, juntamente con el retrato del viajero y de su esposa Mad. Alice Le Plogeon en la dicha revista.

Parécele que los dinteles de madera de zapote fueron labrados con instrumentos más fuertes que los de piedra o cobre, y cubiertos con barniz especial, que los preserva de los efectos de la intemperie, acabando las observaciones con la de haber retrocedido los indios lacandones, a la edad de piedra y a la idolatría". (1)

Es interesante la clasificación que Sapper hizo de las ruinas quichés. 1er. Tipo.—**Estilo de Verapaz.** Con poca mezcla, las construcciones pequeñas, orientadas. 2º Tipo. **Estilo de tribus de las montañas.**—Aglomeraciones densas, varios edificios en forma de H. **Estilo tzendal.** (Subtipo) a) Construcciones sin orientación, piedras unidas sin mezcla. (Subtipo) b) **Estilo mame. —** Construcciones inorientadas, uso de mezcla para unir las piedras. (Subtipo) c) **Estilo quiché.**—Orientación perfecta y empleo de la mezcla. 3er. Tipo. **Estilo de los pueblos de las llanuras.**—Paredes hechas de piedra

(1) Antigüedades en América Central, por Cesáreo Fernández Duro; publicación del Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid.

pegadas con mezcla. Construcciones orientales, piezas interiores. 4º Tipo. **Estilo maya.**—Pirámides de pendiente rápida, muy elevadas. Dinteles de madera de zapote. Subtipo, **a) . Estilo del Petén.**—Habitaciones muy unidas, abundancia de terrazal. Fortificaciones. Empleo de la mezcla. Casas muy decoradas. **b) . . Estilo del Sur de Yucatán.**—Habitaciones espaciosas, grandes muros de piedra, bien labrada. **c) Estilo del Norte de Yucatán.**—Habitaciones separadas. Los muros de piedra llenos de esculturas. 5º. Tipo. **Estilo Chol.**—Los dinteles de las puertas están hechos de piedra canteada. La ornamentación de almohadillado, es de estuco, con láminas de bajo-relieves y geroglíficos. 6º **Estilo Chortí.**—Muy abundantes pirámides, muchas terrazas. En Copán hay una pirámide de pendiente abrupta".

Pasando a hablar de las antigüedades que hay en la provincia de San Vicente, hoy territorio de la república de El Salvador—dice Bancroft—a pocas millas al Sur de la ciudad del mismo nombre, se encuentran los más notables edificios arruinados, que cubren un espacio casi de dos millas cuadradas, al pie del volcán de Opico. Ahí se ven grandes galerías, terraplenes, torres cirlares, edificios caídos, subterráneos prolongados, y otras obras de piedra muy fina, como unas figuras labradas de relieve, con ocho pies de largo por cuatro de ancho. En el llano de Jiboa, al Oeste de San Vicente, se ven muchos túmulos de gran tamaño, como los hay también en las inmediaciones de Sonsonate.

Don Francisco Guevara Cruz describió **Las ruinas de las Mataras,** que contienen una gran cueva, un puente, los restos de una ciudad o pueblo, que se llama Texutla, cuando la conquista de los españoles.

En la actual república de Honduras quedan, además de las famosas ruinas de Copán, que ya hemos descrito, otros rastros de antiguos pueblos así en las inmediaciones de Comayagua, como en las laderas de los barrancos. En los **Mounds** o cerritos, que se han excavado, aparecieron objetos de barro, como jarras, cabezas, sartenes, ollas, tinajas, etc. Los más notables son de piedra fina, en forma de picheles, vasos y jarrones. En Tambla se encontró un esqueleto fósil de mastodonte. Por ahí quedan las ruinas de Calamuya, en forma de terraplenes de piedra labrada, túmulos con fragmentos de barro y algunos subterráneos. Según Mr. Squier, es muy notable un vaso que tiene la figura de un hombre volando, muy parecido a los de México.

Al Sur de Comayagua, en región de Goascorán, se nota un gran anfiteatro con gradería y hermosas figuras, que han sido destruídas para utilizar la piedra. Lo que se sabe de la arqueología americana está contenido en muchas obras, que sería prolijo citar, bastando hacer mención especial de la que escribió Baldwin, intitulada la **Antigua América,** que es un manual muy interesante y completo de esa materia; pero para profundizar en la biología y arqueología centro-americana, deben estudiarse las mejores obras que existen y que son modernas, como la que se ha citado varias veces en el presente libro, publicada

en Londres, por los sabios Goodman y Maudslay. En Nueva York se hacen hoy estudios concienzudos y prolijos acerca de nuestras ruinas.

En la república de Costa-Rica tienen, en el Museo Nacional, interesantes muestras de antigüedades del país. Dícese que el P. Acuña, anticuario entusiasta de aquella tierra, descubrió cerca de Cartago un camino antiguo que servía para comunicar dicho lugar con el puerto de Matina, que se hallaba en ramificación con varios puntos de la costa del Atlántico. Algunos objetos raros que ahí se encontraron fueron llevados al Instituto Smithoniano de Washington. Aquel sacerdote habla también de túmulos que se encontraron en las llanuras de Terralva, que según pudo averiguar, era centro de un populoso imperio.

Los doctores Wagner y Scherzer, que viajaron mucho en aquellas regiones, por los años 1853 y 1854, encontraron principalmente en el valle de Turrialva, restos de plantaciones de cacao y palmeras, que indican haber tenido los aborígenes cierto sistema de labranza muy adelantado. Las hachas de los primitivos indios, halladas ahí, se parecen mucho a las que usaban en las antiguas minas del Lago Superior, en los Estados Unidos. En Cabo Blanco, dice don Felipe Molina, que se encontraron muchos objetos antiguos. Squier habla de cinco vasijas de barro, que se descubrieron en unos sepúlcros y de una hacha de cuarzo verde, que le pareció una de las obras más perfectas que se han desenterrado en Centro-América.

Por el cabo de Gracias a Dios, descubrió el mismo arqueólogo americano, varios túmulos y objetos curiosos; pero merecen más atención los teócalis de Ometepec y las ruinas de los templos de Chontales. En las faldas del Momotombo, cuyo descenso forma una bahía en el lago, dícese que hubo una gran ciudad indígena, cuyas ruinas, según Brasseur de Bourbourg, aún se ven bajo del agua. En algunos sepúlcros hánse descubierto lanzas y otros objetos históricos. En Zapatero se halló, una celta de cristal de roca, otra de granito y otra de basalto, consideradas todas por Mr. Boile como muy antiguas y raras en América. En Brito, en Rivas y en otros puntos de Nicaragua, se han desenterrado ídolos de piedra y de barro, así como estátuas de tamaño natural, representando guerreros, figuras de soles y lunas, monstruos y animales raros. En la isla Momotombito había un grupo de estátuas que formaban un cuadro, según explica detalladamente Bancroft, habiéndose llevado algunas al **Smithonian Institution** de los Estados Unidos.

Algo de misterioso, dice este historiador que presentan las ruinas y objetos antiguos de Nicaragua, bien que no pueden ofrecer el mismo interés que las de otras regiones, como Guatemala, en donde la civilización indiana era más antigua y arraigada. El Dr. J. F. Brandsford escribió una obra importante en Washington, el año 1881, con el título de **Archeological Researches in Nicaragua.** Las más bellas muestras de las ruinas y objetos de arte de este país se

hallan en el Museo Peabody, en el Instituto Smithoniano y en el Museo Real de Suecia en Stokolmo.

En la mayor parte de las estátuas encontradas en la isla Zapatera se ven los órganos de la generación más grandes que los naturales, circunstancia que corrobora la idea de Squier, de que en el culto religioso había mucho de fálico y de principios recíprocos. Enormes priapos se han llevado también de aquellas ruinas para los museos extranjeros. En la isla de Ometepe (Ometepetl, dos montañas) se han encontrado preciosos **specimens** de antigüedades raras, que desde el año 1849 fueron popularizadas por el referido Squier, quien regaló al Instituto Smithoniano una máscara de cobre, un ídolo de piedra, un animal acostado en forma de tigre, etc. ("Nicaragua". T. II. P. 87).

El Dr. Brandsford llevó al Museo Nacional de Washington más de ochocientas muestras de la riqueza arqueológica de Nicaragua, que yo tuve ocasión de estudiar ahí, recordando ahora, entre otros objetos curiosos, una urna funeraria muy análoga a las que se han encontrado por Huehuetenango de Guatemala. El profesor Boballius, sabio alemán, encontró, en 1882, antigüedades nicaragüenses que describe en dos obras muy eruditas. Todo eso revela una civilización anterior a la que los nahoas introdujeron por aquellas bellísimas regiones. En Nijapa se encuentran esculturas en las rocas y muy peregrinas pinturas, como la **Serpiente con Plumas**: Gucumatz.

Las ruinas de Palemke, Chichén-Itzá, Uxmal, Yaxchilán, que están en México; Piedras Negras, Cedral, Tikay y Kiriguá, en Guatemala; y Copán en Honduras, son antiquísimos restos de una gran cultura indígena, anterior a los toltecas, y por consiguiente, precedente a la era cristiana. El bosque que cubre las talladas piedras, los fantásticos ídolos, que era lo único que de tan grandes edificios quedaba en tiempo de Moctezuma, confirman que tales restos son de una ancianidad asombrosa (1).

Las ruinas de **Nackeún** muestran cuatro templos mayas, que revelan un antiquísimo imperio, cuyos despojos han permanecido por siglos entre la vegetación lujuriante del Petén, que es en América el Egipto de este Continente, y cuya riqueza aún no se conoce bien todavía. Ahí van a renacer populosas ciudades, después que el silencio del bosque impenetrable, abandone aquellas sombras. Esas ruinas de **Nackeún**, las descubrió el conde de Périgny, hace pocos años, pues aunque se sabía su existencia por algunos **chicleros** de Benque Viejo, fué ese anticuario francés, quien las describió. Antes estuvo cerca de ellas Teoberto Maler, sin llegar a visitarlas, y presupuso su situación en el interesante mapa que hizo de aquellos solitarios contornos.

La cerámica centro-americana ha llamado mucho la atención en Europa y en Estados Unidos. Los vasos, ánforas, y otros objetos de indiscutible importancia, tienen mucho valor. Los quichés, como los incas, fabricaban unos

(1) Antigua América, por Baldwin, escrita en inglés y traducida al castellano por Atonio Batres J., para "La Sociedad Económica," año 1876.

jarros fúnebres, llamados llorones, que producían plañideros lamentos y ecos tristísimos. Lo esbelto de los contornos y puro de las líneas da a las obras de los quichés mucho realce, entre lo tosco de las de los otros indios.

¡Cuánto tiempo y trabajo costaría a los primitivos aborígenes adquirir la profunda cultura, que se revela en las ruinas de sus monumentos. Ellos conservan rastros científicos, épocas y ciclos marcados, aspiraciones vagas, memorias remotísimas, en una palabra, el espíritu de una raza!..... Después quedó todo destruido, en silencio, en selvático abandono. Hoy, los Goodman, los Thomas, los Charencey, los Périgny, los sabios arqueólogos, historiógrafos y anticuarios, interrogan a aquellas esfinges, que les responden al través de las edades. El alma de las razas autóctonas aún permanece dormida.

Cuando se contemplan los despojos de la sabia Atenas y de la poderosa Roma, entre grandiosos circos, esbeltas columnatas y soberbios arcos, cómo que se respira una atmósfera de melancolía, saturada de veneracion, al recordar los memorables hechos, que han convertido todo aquello en una especie de santuario restaurado; cuando se transitan las estrechas calles de Herculano y de Pompeya, se descubre entre los amarillentos escombros y los viejos muros, que ostentan todavía pinturas e inscripciones, las huellas horrendas del cataclismo súbito, de la erupción espantosa del Vesubio; pero cuando recorre el anticuario los restos de las primitivas ciudades de Centro-América, se deja ver, al trasluz de los corpulentos árboles, por entre los animales salvajes y el musgo plomizo, la acción inclemente de los siglos, que apenas ha respetado el geroglífico en la piedra, cómo para que no perezca la memoria de civilizaciones muertas, cuyos hieráticos signos permanecen en su mayor parte indescifrables, cual la misteriosa esfinge de impasibilidad aterradora. Al rozar el ala del tiempo aquellas viejas inscripciones, dejó un recuerdo cristalizado como las gotas de rocío que la noche deja sobre el cáliz de las marchitas flores, a manera de temblorosas lágrimas. La eternidad hallaría, por esos agrestes contornos solitarios, en donde reposar un instante de su infatigable curso. Acaso la cuna del hombre se haya mecido en tan remotas soledades. Por ahí llegó al cenit el sol del progreso antiquísimo, y fué el astro descendiendo hasta producir sólo sombras. Diríase que los bejucos que hoy se retuercen por entre las carcomidas ruinas, las verdes hojas que esmaltan los monolitos rotos y la hiedra silvestre que corona los ídolos fantásticos, son halagos de la naturaleza tropical, que acaricia aun aquellas remotas necrópolis, como si lucharan pertinaces con el tiempo, cuya mano destructora hace siglos que se posa sobre las venerables reliquias de esas paradisíacas comarcas. En los cataclismos de este suelo, poblado de volcanes, escucharíase como preludio de muerte, la respiración prolongada, ardiente, intensa, inextinguible, de aquellos gigantes, que en un momento de embriaguez diabólica, harían estallar millones de fraguas subterráneas, donde retumbaban los ciclópeos golpes sobre invisibles yunques.

Los istmos, aristas entre dos colosales masas de tierra, al fin perecen. Resisten menos a los grandes cambios étnicos. La vida viene de los Continentes. Las islas, astillas esparcidas sobre el mar, después de geológica catástrofe, no se prestan al principio de la creación. Las conchas, los insectos, las libélulas, los infusorios, son el origen de nuestras soberbias montañas. Para Dios no hay grande, ni pequeño, pasado, presente, ni futuro. La Potencia Creadora siempre existió y nunca dejará de existir; todo es uno. Por eso, cuando nos inclinamos a los abismos que se han tragado las primitivas naciones civilizadas de Centro-América, no podemos dejar de sentir el vapor de sangre y lágrimas elevado desde su seno a la eternidad, y ver en la destrucción irremisible que ha desvanecido hasta sus cenizas, dejando tristes ruinas, en donde ni los fuegos fátuos brillan, un destino siniestro, que acabará con las pocas alquerías que quedan de los antiguos dueños de estas hermosas comarcas, cuyos altares derruidos, palacios apenas perceptibles, geroglíficos aún no comprendidos y mudas esfinges, desaparecerán por completo, al través del tiempo, ahí, en donde otra civilización tiene que surgir en pos de la exuberante tierra y de su envidiable situación geográfica.

Esas ruinas antiquísimas son hieráticas reminiscencias de pueblos desaparecidos, sobre las que se extiende el silencio de las tumbas. Los siglos han desfilado por aquellas soledades, y queda solo la quietud de las selvas, la memoria de generaciones muertas, el gesto borroso de edades esfumadas. El geroglífico no descifrado aún, conserva la historia confusa de imperios y ciudades que tuvieron cultura remota. Los monumentos sagrados revelan la aspiración al culto, el anhelo por una vida mejor. Los bajo-relieves de un templo en ruinas nos deja conocer muchas veces el pensamiento de los antiguos indios. Las formas fugitivas y ondulantes de aquellas teocráticas agrupaciones quedaron grabadas en las piedras de los despojos sagrados. La masa nebulosa de líneas indecisas responde a la inmovilidad de pueblos que dejaron, en geroglíficos, el secreto de sus misterios, entre lo más enmarañado de tropicales bosques, merced al odio del inclemente conquistador y a la negligencia punible de los que ven indiferentes, desmoronarse aquellos monumentos de civilizaciones remotísimas (1).

(1) Historia de la América antecolombina. — Francisco Pi y Margall.

CAPITULO VIII

QUICHES, CAKCHIQUELES, TZUTUGILES

SUMARIO

Territorio y límites de los primitivos quichés. — Principales ciudades de la región quiché. — Su arquitectura. — Nombres de animales que caracterizaban a ciertas agrupaciones indígenas. — Zoolatría primitiva. — Guerras sangrientas. — Pestes asoladoras. — Cronología de los reyes de Guatemala. — La casta guerrera. — Tanub, fundador del Quiché. — Utatlán. — Los cakchiqueles. — Xotemal. — Reyes quichés y cakchiqueles. — Los Tzutugiles. — Guerras y sublevaciones. — Don Pedro de Alvarado supo explotar las sublevaciones y disturbios. — La desunión perdió a los indios. — La civilización celta no vino a informar la cultura quiché, como algunos piensan. — De cuándo data el reino QUICHE GUATEMALTECO. — Guerras entre quichés y cakchiqueles. — Cronología de los reyes del Quiché. — Plano de Patinamit. — Nimá-quiché. — Tradiciones quichés. — Palemke fué la ciudad sagrada de los quichés. — La transmigración tolteca. — Se rebate a Chavero. — Cultura autóctona de los quichés. — Anales de los cakchiqueles. — Manuscrito de Xihalá. — Memorial de Tecpán Atitlán. — Obra de Brinton. — Notas de don Juan Gavarrete a la historia de Guatemala, de Sánchez de León. — Familias que ascendían al trono cakchiquel. — Como hacían el comercio. — Importancia que tenía. — Fisonomía histórica. — Patinamit o Tecpán Guahutemalán. — Plano de esa capital.

Traspasando el Usumacinta, por la montañosa península maya, se hallaba de este lado del soberbio río, la nación Quiché que comprendía una extensa faja, desde **Xoconochco** (Soconusco) en el Pacífico, Chiapas y Tabasco, hasta una gran parte de Guatemala. Al poniente de la tierra maya extendióse la quiché, dividida por las aguas de aquel caudaloso río; al norte tuvo por límite dicha región, las ondas del golfo mexicano, al sur el océano, y al poniente el istmo llamado **Dani-Gui-Bedji** (monte de tigres) que los mexicanos convirtieron en **Tehuantepec.** Llegaba hasta las ruinas de Mitla y Xibalba (lugar de los muertos).

En Soconusco había una gran ciudad de los **mam** (antepasados) en donde estaba la mujer, con **tapianes,** cuidando el tesoro de Votán; en donde se conservaban los tapires, sagradas memorias de la antigua religión; en donde la lengua era más arcáica; en donde se refugiaron los más audaces de la raza quiché, huyendo de las invasiones nahoas, y buscando abrigo entre el mar y las montañas. Aquella **tierra del cacao** llegó a tener gran riqueza.

En el centro de la región quiché se hallaba **Nachán,** ciudad defendida por la fortaleza **Chapa-Nanduimé,** nombre del cual los méxica hicieron **Chiapa** y los españoles **Chiapas.** Comitán, Huehuetenanco (hoy Huehuetenango) Yax-

bité (Ocotcinco) Iximché, con la ciudad importantísima de Cumarcaah, nombrada más tarde Utatlán, (lugar abundante de bambú) pertenecieron después a la nación quiché. La frontera era Tumbalá, que separaba la tierra quiché de la maya y de la de los lacandones, el país de los **tucurub** o **tecolotes** (buhos).

Los cakchiqueles se llamaban el pueblo del **zok**, (murciélago), los **quelenes** (papagayos), los **balam** (tigres), los **geh** (venados) y había otras agrupaciones con nombres de animales. La zorra, el coyote y el jabalí formaban la primitiva zoolatría de los quichés; así la tierra, el lago y el mar representaban las fuerzas de la naturaleza. Decían que la tierra era una **jícara** verde y el cielo un **cajete** azul (Ximénez) mientras que **el Huracán,** el dios airado, destruía sus chozas y hacía naufragar sus **cayucos.** El trueno era la voz del Huracán y el rayo su saeta. **Cabracán,** la divinidad del terremoto, y a la tierra la llamaban **Chiracán, cráter largo,** ora porque lo consume todo, ora porque las montañas del Quiché forman extensa cadena con incontables cráteres, que frecuentemente sacudían el suelo y hacían temblar las aguas. Aquel culto era grandioso, como la región tropical en que existía, como las ciudades que los quichés levantaron en el transcurso de los siglos, mediante una casta guerrera y teocrática.

Era Cabracán el más temido de los dioses, porque en aquella zona de cráteres volcánicos, de convulsiones seísmicas, de cataclismos tremendos eran frecuentes los desastres causados por los terremotos, que ponían pavor en el ánimo de los aborígenes, y que en posteriores tiempos han arruinado riquísimas ciudades.

La cosmogonía quiché se confunde con los nombres de los animales, en la creencia los indios, de que cada uno de ellos estaba íntimamente ligado con un bruto, al cual se hallaba adscrito. Votán decía: "Yo soy culebra".

Es curioso remontarse con la mente a aquellos tiempos, en que los pueblos autóctonos de la región quiché disfrutaban de una cultura original, cuyas ruinas antiquísimas demuestran que tuvieron artes adelantadas, edificios con pirámides, como las de Quigola, templos como los de las riberas del Usumacinta, arcos de triangulares bóvedas, como los de Potonchán, y corredores con arquería simétrica, cual los de los egipcios. El estuco de sus muros, los monolitos de sus columnas, los bajo-relieves, las figuras fantásticas, las estátuas, las piedras talladas, los geroglíficos y demás monumentos que las fantasías acaloradas de Waldeck y de Bourbourg harto exajeraron, se estiman en justicia por anticuarios sensatos, como Stephens y Bancroft, que describen detalladamente la gran civilización de los antiguos quichés.

La tradición y la leyenda indianas cuentan de un antiquísimo país, en el lejano oriente, del cual vinieron en remotos tiempos los quichés. No se pagaban gabelas en aquella tierra, ni se adoraban ídolos de piedra o barro. Oraba el hombre al ver la luz del sol naciente y se prosternaba para despedir al astro rey con el vespertino crepúsculo. Entonces vivían las tribus de los Tepén,

Olomán, Cohah, Quenech y Ahau. Guiadas por valientes jefes llegaron a Tula, al sur del Anahuac y Centro-América. Así apareció Quezalcoatl en Cholula, Votán en Chiapas, Wixepecocha en Oajaca, Zamná y Cukulcán, con sus diecinueve discípulos en Yucatán y Gucumatz en Guatemala. La cultura tolteca llegó a la región de Iximché y a la ciudad de Gumarcaah, conocidas más tarde por Cuahutemalán o Guatemala y por Utatlán.

Refiere la tradición que Nimaquiché, por orden de sus dioses, abandonó Tóllan y llegó al fin al pintoresco lago de Atitlán. Axopil, hijo de aquel patriarca, fué jefe de los quichés, cakchiqueles y tzutuhiles, el primer monarca de Guatemala. Todo ésto pasó mil años después de Cristo (1). **La Ciudad de la Luz** (Tóllan o Tonatlán) fue la cuna de donde salieron los civilizadores de las tierras centro-americanas (2). Había en Utatlán muchos, grandes y maravillosos templos de sus dioses, y algunos edificios públicos, según la "Relación de Pedro de Alvarado. (Biblioteca de Autores Españoles, Tomo XXII).

Por más que sostengan algunos que la civilización celta vino a informar la cultura maya-quiché, lo cierto es que aquella no llegó a nuestro Continente. Si hubo entre esos indios costumbres que parecen escitas, como el uso del calzón, de la mitra y de algunos utensilios, también existieron prácticas que recuerdan a los egipcios, y voces y signos caldeos, pero eso no basta para probar, ni aún para colegir, que la cultura quiché fuera asiática. Difirió de la nahoa: en sus ritos funerarios, en sus ideas teogónicas, en muchos de sus hábitos y en no poco de sus artes. El Usumacinta, en estas regiones, es el Nilo entre los egipcios, sin que aquellos hayan traído por acá la cultura faraónica. Antes que hubiera pirámides y esfinges, hubo túmulos, monolitos, inscripciones y otras muchas cosas, que ahí quedan en antiquísimas ruinas, como para atestiguar civilizaciones propias.

La América Central ante la Historia se pierde en lo más remoto de las edades prehistóricas. Sin que el budismo haya tenido que inspirar nada a Votán, ni a sus sucesores. La tradición, la mitología, si se quiere, presenta a ese Patriarca y a Zamná fundiendo razas y levantando pueblos, que en un principio, apenas tendrían chozas, gobernados teocráticamente, divididos por modo rudo en **Kuses** primitivos, y llevando agreste vida, sin templos, ni palacios, ni **mounds,** sino con gran espíritu bélico, fiereza nativa y porvenir expansivo. Las columnatas, los salones, las pirámides, los castillos, los túmulos, las puertas, los arcos y la gran cultura ulterior, fueron progresiva obra de muchos siglos. En el VI de nuestra era alcanzó gran auge y explendor.

"Todo el sensualismo de los reinos antiguos de Asia, el lujo oriental, la vida sibarita, encuéntranse en la historia del famoso pueblo quiché, cuyos nobles usaban brillante indumentaria, ricos tapices, mullidos lechos, además de vis-

(1) Ximénez. Popol Vuh.
(2) The Maya Cronicles. Brinton.

tosas plumas, ataviadas esteras para ricos festines, abanicos finísimos, sillones cómodos, caprichosos muebles, alhajas valiosas, oro y plata labrados, estucos, esculturas y pinturas raras. Guerreros de relucientes penachos, sacerdotes de mitras colosales, mujeres ornadas de flores y con vestidos abigarrados, aros en los muslos, pulseras en los brazos, elegante faldellín atado con ancha faja, collares de perlas y pulidas esmeraldas, sin que les faltara el característico **nassén**. "En los ritos, suntuosas ceremonias, en los templos deslumbrante majestad, sacerdotes con trajes riquísimos, fastuosas procesiones, acompañadas de sonoros instrumentos músicos y de bailes fantásticos. Un pueblo alborozado, llenando las anchas calles de una ciudad que podía compararse con Menfis o con Tebas. Y ese cuadro no es una ficción, es el resultado preciso que en nuestros cálculos nos dan cifras conocidas e indiscutibles, los monumentos que aún están en pie para atestiguarlo". ("México a través de los siglos," T. 1. P. 217).

Todos los descendientes de la familia tolteca tenían muchos rasgos de avanzada cultura. Aún se les observa con interés, admirándolos muchas veces, como ha sucedido al que escribe las presentes líneas. Ellos son de estatura regular, color bronceado, ojos negros rasgados, pómulos salientes, labios gruesos, dientes finísimos y blancos, nariz aguileña, cabellos lisos y sumamente negros, frente deprimida, sonrisa expresiva, que contrasta con lo severo y melancólico del resto superior de la cara. De admirable fuerza estática, de gran paciencia, de nervudos músculos acerados, de carácter apático; pero vengativo y cruel, cuando sale del modo monótono de vida material a que se halla reducido.

Se asegura que en el siglo XI, dejaron estos aborígenes su primer territorio, quedando en abandono Palemke, Copán, Kiriguá y otras ciudades antiquisimas, muy adelantadas para su época. ¿Cuál fué el motivo de esa inmigración? ¿Por qué vinieron por las regiones de Guatemala? Hemos creído encontrar la clave de ese problema, dice don Alfredo Chavero, en un párrafo de la crónica de Remesal. Refiere el historiador dominicano que vinieron a Nicaragua, en tiempos muy antiguos, unas gentes, que se quedaron en el lugar que ocupó Chiapa-Nanduimé, y poblaron un peñón áspero, a orillas de un río grande. Este solo hecho bastaba para probar la invasión, y para que buscásemos algunos datos en la lingüística comparada, siquiera fuese en tradiciones aisladas.

La lingüística comparada nos presenta en el istmo, el punto avanzado de una invasión detenida por los zapoteca, a los huabes, que algunos han llamado también huazontecos. La tradición conservaba perfectamente el recuerdo de que los huabes eran extraños que llegaron al territorio centro-americano de la parte del sur, por guerras que de su primitivo país los despojaron. Habiendo encontrado en Dani-Gui-Bedjé a los Mixes los arrojaron a las montañas. Los Mixes y los Zeques, que se extendieron a derecha e izquierda del istmo,

y que por lo tanto, eran los restos del pueblo expelido por los huabes, son de familia mixteco-zapoteca. Los huabes permanecieron independientes, por muy largos años, hasta que los méxica conquistaron Tehuantepec, en tiempo de Moctezuma, y quedaron sujetos a este monarca,-aunque poco después ocuparon la región los reyes mixteca y zapoteca, que después se unieron.

Pues bien, el huabe tiene gran analogía con el nagradán de Nicaragua, y lo mismo sucede con el chapaneco; a su vez, por los estudios de Mr. Brinton, sabemos con certeza, que el chapaneco o mangue de Chiapas es hermano del mangue de Nicaragua, y éste lo es del aimará del Perú. Ya ahora nos explicamos perfectamente la tradición conservada por Remesal, y la emigración de los quichés. Por guerras y conmociones que hubo hacia el Perú y que alcanzaron a Nicaragua, los habitantes de esta región, siguiendo al parecer la costa oriental, penetraron en los valles del Usumacinta y continuaron hasta el istmo, en donde fueron detenidos por los zapoteca; de donde resultó que quedase destruída la añeja civilización palencana, que el pueblo antiguo se refugiase en la costa de Zakloh-Pakab y que los quichés bajaran a Iximché, a fundar un nuevo reino. Viene a ser confirmación de ésto, que lo mismo se encuentran chontales al sur de Nicaragua que en las costas del Potonchán y Xicalango, lugares en que el **chontal** significa extranjero. Ya hemos dicho que probablemente tuvo lugar esta invasión a fines del siglo XI.

Data, pues, de esa época el reino quiché-guatemalteco, que no tuvo, por cierto todo el auge que alcangó la región antigua o primitiva quiché. Los nicaraguanos en su invasión por la costa oriental, barrieron la antigua cultura de Kiriguá, Copán y Palemke, que en su camino encontraron; pero ellos a su vez sufrieron las invasiones meca y nahoa, como se comprende por hallarse el idioma nahuatl, en Nicaragua, poco adulterado, y no tanto como debiera haberlo sido, en mérito de la distancia a que se llevó y después del transcurso de los siglos. La mitología, los ritos, el calendario, los trajes y las costumbres de algunas tribus de Nicaragua, se asemejan a los méxica.

"Los primeros y principales caciques kichés, fueron **Xebec** y **Nehaib** que trajeron más de cien pueblos para venir a Otzoyá (Totonicapán) que era de indios mames. Mas tarde hubo otra conquista del reyezuelo **Kicab,** nieto de aquellos caciques, quien venía coronado con esplendentes joyas, lleno de perlas y esmeraldas, con oro y plata en todo su cuerpo. Entró por **Excamul** (volcán junto al pueblo de Santa María de Jesús) mató al principal llamado **Chuncakyoc,** despojóle de sus riquezas y atormentó cruelmente a todos los naturales. Uniéronseles trece **cabezas de calpules,** trayendo mucha gente y pasaron a conquistar a los indios de la costa que eran achíes, por el sitio de **Ixetulul** (hoy **Patulul).** Viendo los demás pobladores de Mazatenango, Cuyotenango, Zapotitlán, Samayaque, Sambó, etc., el poder de aquellos caciques, vinieron al pueblo de Xetulul, en una loma, en donde habían hecho alto, y les trajeron mucho cacao, y llegaron a darles paz y le cedieron dos ríos, Zamalá y Ucús. Des-

pués le ofrecieron de presente otros dos ríos, el Nil y el Xab, que producían gran cantidad de pescado, camarón, tortugas, higuanas y otras muchas cosas que les sacaban para el cacique **don Kicab**". (1)

Fué el reino extenso de Goathemala—dice Fuentes y Guzmán—fundado por el valor de cuatro generosos mancebos, hermanos por su sangre, de la estirpe de los **toltecas**, la más ilustre de cuantas por estas regiones se esparcieron. Uno de esos hermanos fundó el señorío de Quelenco y las poderosas agrupaciones de Chiapa, con señalamiento de términos y confines. El otro hermano estableció la rica provincia de la Verapaz, llegando su dominio a los últimos lindes del Golfo Dulce, por la parte del norte. El tercero de ellos fué el progenitor de los **Mames** y de los **Pocamanes**, y el cuarto hermano dió principio y nombre a los **Quichés, Cakchiqueles** y **Tzutugiles**. Estas tres naciones crecieron mucho y llegaron a subyugar a las otras.

La ambición fué motivo de cruentas guerras, entre aquellos poderosos reinos, habiendo llegado **Acxopil** a hacerse temer y a vencer como rey absoluto, hasta la edad de ciento diez años, cuando abrumado ya con el peso de la vida, entregó a su hijo **Xotemal** la parte cakchiquel, que es Goathemala, y a su hijo **Acxicuat** la que pertenecía al Tzutuhil. Aquel viejo monarca quedóse con lo más poderoso y rico de **Utatlán**, disponiendo que a su muerte lo heredase **Xotemal.**

Kumarcaah o Utatlán fue la gran capital del reino quiché, con doscientos mil habitantes, un famoso Alcazar, cuyas ruinas aún se contemplan, habiéndolas destruido casi los mismos que han aprovechado la piedra en particulares construcciones. En Xol-habah, que hoy llaman **Joyabá**, y significa **entre las piedras**, se ven restos de antiguos edificios. El adoratorio de Zak-Kubá-ha era la **casa blanca del sacrificio**, en una ciudad hierática, que en ciertas épocas era visitada por las romerías. En varios otros lugares quedan vestigios de la grandeza de los quichés.

El **Isagoge Histórico** asegura que: "Dominaban los reyes del Quiché la mayor y mejor parte de este reino de Goathemala, en más de doscientas leguas por las costas del mar del Sur, y en todas las tierras altas que le corresponden; pero no habían extendido su dominación por las costas del mar del Norte, ni a las montañas vecinas, como Zoques, Chiapas, Tezulutlán, que agora se dice de Verapaz; ni se extendía a las provincias de Comayagua y Nicaragua, y las demás que tenían sus régulos o caciques independientes de los reyes del Quiché".

Después de muchas luchas entre aquellas naciones, superó el reino quiché, llegando a tener por feudataria y aliada a la monarquía cakchiquel. A principios del siglo XV, según cálculo de Brasseur de Bourbourg, estalló una guerra

(1) Títulos de los antiguos nuestros antepasados, los que ganaron estas tierras de Otzoyá, antes de que viniera la fé de Jesucristo entre de ellos, el año 1300. Páginas 475.

cruenta entre quichés y cakchiqueles, habiendo éstos tenido la mejor parte y llegado a ocupar un rango entre los pueblos libres, si así pudieran haberse llamado las hordas humanas de aquellas bellísimas comarcas. El **Manuscrito Cakchiquel** dice: "Desde que la aurora comenzó a aparecer en el horizonte y a iluminar las cumbres de las montañas, empezaron a oírse los gritos de guerra y el ruido de los instrumentos bélicos; las banderas se desplegaron, resonaron los tambores y caracoles, y en medio de este confuso estruendo, se vió descender a los quichés, cuyas largas filas se movían con una velocidad asombrosa, bajando en todas direcciones de la montaña. Sin embargo los quichés fueron rompidos y la confusión se introdujo en sus filas. La mayor parte de su ejército murió sin pelear, y su mortandaz fué tan grande que no se pudo calcular. Entre los prisioneros quedaron los reyes Tepepul e Itzayul, que se encontraron con su dios Tohil; el Galel-Achí, el Ahpop-Achí, el abuelo y el hijo del guarda joyas, el cincelador, el tesorero, el secretario y un sinnúmero de plebeyos, todos fueron muertos." En **Cuauthemalán** surgió el poderío de los cakchiqueles al ganar la batalla, y allí nació también el espíritu de conquista que esos orgullosos indios quisieron poner en acción contra todos los habitantes de los lugares limítrofes. Había llegado a su apogeo el reino cakchiquel, ejerciendo influencia decisiva en todo el istmo de Centro-América, cuando los españoles vinieron a conquistarla.

Desde que se formó la monarquía quiché, hasta el siglo XVI, en que se apoderaron de ella los conquistadores españoles, fué rica y poderosa. Los aztecas del norte y los quichés del sur, eran los pueblos más notables de estas regiones, con los cuales tuvieron que combatir los castellanos. El Popol-Vuh suministra preciosos datos acerca del famoso reino quiché, que figura dignamente entre las naciones civilizadas de América, según la describe el abate francés, Brasseur de Bourbourg, que es el escritor más acucioso acerca de estas materias, así como Briton es, sin duda, el más digno de crédito. La tiranía de Quicab I y sus inauditas iniquidades; las guerras de los cakchiqueles con sus vecinos; y la naturaleza de aquellos pueblos, están detalladamente narradas por Bancroft, en el tomo V de su obra. No puede dudarse que durante el período final de la historia primitiva de esos memorables reinos existentes en Guatemala, de quichés, cakchiqueles y tzutuhiles, tuvieron alguna influencia en su modo de ser los negociantes mexicanos, que constantemente visitaban las poblaciones de la corte, en numerosas carabanas que vinieron a ser los señores propiamente de Soconusco. Cree el escritor norte-americano que, a no haber venido los españoles, hubieran sido conquistados los reinos de Guatemala por los aztecas. (Pág, 600 T. V). Dícese que Moctezuma envió una embajada a los cakchiqueles pero que al llegar a Utatlán fué despedida, pasaron a Iximché en donde tuvo alguna recepción y al llegar a Atitlán fué rechazada a flechazos. Supónese que dicha embajada venía a averiguar qué noticias había, de haber desembarcado los extranjeros pálidos en estas tierras.

En 1514 ya se había encendido la guerra entre quichés y cakchiqueles, cuando sobrevino a estos últimos tal escasez de provisiones y sufrieron tantas enfermedades, que quedó arrasada la comarca. En ese nefasto año, el fuego destruyó a Iximché. En 1519 se suspendieron las hostilidades, a causa de habe desembarcado en Veracruz los hombres blancos. Refieren los cronistas que una gran bola de fuego apareció en el cielo, tras el sol poniente, desde que se supo la aparición de los extranjeros pálidos en el suelo americano. La famosa piedra negra del templo de Cahbahá fué encontrada partida en dos partes, cuando los sacerdotes acudieron a consultarla acerca de la extraña emergencia del desembarque de los guerreros barbudos. En 1520 invadió el cólera morbus a los pobres cakchiqueles, y después, la peste hacía que cayeran en pedazos sus carnes descompuestas. La viruela desoló más tarde a ese pueblo, haciendo morir a dos de sus monarcas. Los de Utatlán abrieron de nuevo las hostilidades, y los cakchiqueles hambrientos, débiles y afligidos, cometieron el tremendo pecado contra su raza de mandar pedir auxilio a los invasores españoles; alianza que colmó de indignación a los otros pueblos, que se arrojaron contra los de Iximché; pero sin ningún éxito, porque justamente entonces apareció don Pedro de Alvarado, el famoso conquistador de estas regiones. Muchas veces se ha visto en la historia que de tal suerte ciega la pasión política—de todas las pasiones la más airada—que son capaces los hombres de echarse en manos de extranjeros, siquiera pierdan la autonomía, cayendo en la esclavitud y buscando la muerte.

Vamos a explicar detalladamente la cronología de los reyes del Quiché, derivada de los tultecas.

Nimá-Quiché (Quiché el grande) trajo a los tultecas del imperio de México al reino de Guatemala, por orden de un oráculo. Después de algunos años de peregrinación, y muerto en ella ese caudillo, llegó aquel pueblo errante a las bellísimas orillas del lago de Atitlán, y fijándose ahí, dieron al nuevo reino el nombre de Kiché. Con el rey Nimá-Quiché venían tres hermanos suyos, entre los cuales se dividieron los señoríos de los Quelenes o Chiapanecos, el de Tesulután, hoy Verapaz, y el de los Pocomanes, o sea parte de Quezaltenango y todo Soconusco. Muerto aquel rey antes de llegar al término de su viaje, o sea la tierra de promisión, fué su hijo **Kiché-Acxopil**, el primero que reinó en Utatlán, y es el fundador de la monarquía quiché. De ésta se originaron más tarde la cakchiquel y la tzutuhil, a virtud de la división hecha por el mismo Acxopil, quedándose él con una parte, y dando otras dos a sus hijos **Jiutemal** y **Acxiquat**. Hubo, como se ha dicho ya, sangrientas guerras entre los hermanos, promovidas, las principales, por el rapto de dos princesas, episodio romántico que en capítulo aparte narraremos.

Las tradiciones quichés ofrecen grande interés histórico, conservan recuerdos vagos de un pasado muy lejano, lleno de emigraciones, guerras, dinastías y disturbios, semejantes a las hazañas que recordaban los griegos, con

satisfacción, de los tiempos heróicos y a aquellas que llenaban de orgullo a los romanos del ciclo de Catón. La raza quiché, muy adelantada en época remotísima, tuvo que venir hacia el sur, debido a las invasiones de otros pueblos, que semejan lo que pasó en el antiguo mundo, a la caída del imperio romano. De este lado del mar también se presenció la misma escena de bárbaras multitudes arrasando los monumentos de la cultura de muchas generaciones. Cómo que los grandes cataclismos sociales repercuten en toda la humanidad. Diríase que así como en el mundo físico hay fenómenos genéricos, en el orden sociológico existe resonancia producida por las grandes convulsiones. En la unidad universal acontece lo que en las cuerdas de un instrumento acústico: herida una nota, se transmiten las ondas sonoras al través del pentagrama todo.

Los mayas tuvieron gran civilización en su época prehistórica, acaso superior a la de los pueblos asiáticos de la antigüedad. Pasando de la península maya al otro lado del río Usumacinta, como se ha dicho, se encontraba la región quiché, que quiere decir **muchos árboles**. El quiché conservó unión estrecha con el maya, no siendo aquél inferior a éste en su cultura que se denominó **maya-quiché**. Los restos de antiquísimas ciudades ocupan todavía algunas de las márgenes del Usumacinta, y ahí prosiguió por muchos años el gobierno teocrático, sostenido por la casta guerrera.

En la tradición cakchiquel, se cuenta que **Chay-Abah** nombre que significa **pedernal negro** u **obsidiana**, es la obra de su fundador, y él es quien sostiene a su creador, con lo cual se da idea clara de la casta guerrera, y se percibe, en seguida, la semejanza entre el **Humpictok** maya y el **Chay-Abah** quiché. En el Popol-Vuh se salvaron muchas de las tradiciones quichés.

Parece que Tanub, fundador de la real familia de Tula y del Quiché, fue el primer rey de los toltecas, y le sucedieron Capichoc, Caleb-Ahs Ahus, Ahpop y Nimá-Quiché, que como se ha insinuado ya, vino a Guatemala, ahuyentando a los pobladores de estas regiones y dominando al cabo al país. Nimá-Quiché quedóse con el territorio de los quichés, cakchiqueles y tzutugiles; los demás los repartió entre dos hermanos, según queda explicado anteriormente (1).

A la muerte de Axopil, añadió Xotemal la herencia del reino de su padre a los dominios que antes poseía, quedando entonces la primitiva monarquía dividida en dos, la de los quichés y cakchiqueles, y la de los Tzutugiles.

Fueron reyes de quichés y cakchiqueles:

I.—Axopil, verdadero fundador del reino Quiché.
II.—Xotemal.
III.—Humahpú.
IV.—Balam-Quiché.
V.—Balam-Acam.
VI.—Mancotah.

(1) Memorial de Tecpán Atitlán.

VII.—Iqui-Balam.
VIII.—Kicab I.
IX.—Cabub-Raxechein.
X.—Kicab II.
XI.—Iximché.
XII.—Kicab III.
XIII.—Kicab IV.

XIV.—Kicab Tanub; era tan poderoso que el emperador de los México, Moctezuma II que mantenía con Quicab buenas relaciones, le envió emisarios al ser aprisionado por Cortés, pidiéndole auxilio para obtener su libertad. El rey quiché se apresuró a reunir un numeroso ejército destinado a ocupar el Anahuac; pero le sorprendió la muerte, casi al mismo tiempo que Moctezuma sucumbía.

XV.—Tecum-Umán, que defendió valientemente sus dominios contra don Pedro de Alvarado, hasta que aquel monarca murió en una batalla, y entonces el conquistador español designó para que le sucediera, al primogénito de Tecum.

XVI.—Chignaviucelut; fue ahorcado poco después de subir al trono, por haber tenido sospechas don Pedro de la lealtad de aquel monarca.

XVII.—Sequechul, último vástago de la dinastía de Jiutemal; reinó dos años, o mejor dicho, estuvo por ese lapso sometido a los caprichos del invasor. En 1520, se sublevó Sequechul, y habiendo sido capturado, quedó prisionero, como el rey Sinacam, hasta 1540, año en que Alvarado los llevó consigo, al disponer la armada, para el descubrimiento en el mar del sur. Desde entonces ya no quedó memoria de ellos.

El Señorío de los tuzutugiles fue gobernado:

I.—Por Axicuat, que tenía dominio sobre los territorios de Atitlán y Sulchitepequez.

II.—Por Zutugil Ebpop.
III.—Por Rumal-Ahaus.
IV.—Por Chichiatulu.
V.—Por Mani-Lahu.

Al fin fueron los tzutuhiles absorvidos por los reinos contra ellos coligados. Don Pedro de Alvarado supo explotar con astucia la división que antes de la conquista, había en los pobladores de esta tierra, empapada en la sangre de los aborígenes, que se odiaban los unos a los otros, sin que hubiese habido hegemonía que salvara del caos y de la muerte a aquellos pueblos infelices, destinados a sucumbir, a pesar de su número y de su avanzada civilización, muy inferior por cierto a la de los conquistadores (1).

---

(1) Ximénez. Historia de los reyes del Quiché.

En los últimos tiempos históricos vino confinándose desde Chiapas y Soconusco, hasta Guatemala, la lengua quiché, por virtud de las varias invasiones nahoas, y especialmente la méxica, de tal suerte, que el núcleo quiché de las márgenes del Usumacinta, fue retirándose siempre hacia el sur.

La ciudad sagrada de los quichés fue **Palemke,** metrópoli de aquella vasta y culta región, que tuvo a Votán por fundador de un gran pueblo. Ahí se reconcentró la civilización entre los nobles o principales, que eran los que conocían las ciencias y vivían en auge y comodidad. En **Palemke** hubo, en remotísimos tiempos, gran adelanto, edificios magníficos, artes útiles y conocimientos sorprendentes. El nombre de esa gran ciudad fue primero **Nachán**; pero al mezclarse la civilización nahoa con la quiché, denominaron **Palemke, ciudad de los sacerdotes,** a la ciudad sagrada. Se cree que en el siglo V de la era cristiana acaeció esa mezcla o refundición, que dió otra faz a la vida de aquellos pueblos. Fueron Votán y Zamná, los que, de este lado del sur, introdujeron la faz nueva, viniendo el primero, hasta Totonicapán, o sea **paraje de alimentos,** por haberlos ahí tan abundantes que podían auxiliar a sus vecinos, en calamitosas circunstancias. El segundo, Zamná, en la península maya, en Copán, en Kiriguá, derramó la semilla de pueblos bastante civilizados.

La civilización de México y la de las naciones de Centro-América, al sentir de Tylor, eran originalmente independientes; pero tuvieron gran contacto, modificándose reciprocamente (Anahuac, página 191). "Toda esta tierra con esta otra.... tenían una misma manera de religión y ritos, y si en algo diferenciaba, era en muy poco. Lo mismo fue de las provincias de Guathimala, Nicaragua y Hnduras" (1). Entre los densos y sombríos bosques de Guatemala, Yucatán y Honduras, en los que constituye geográficamente el istmo centro-americano, se han encontrado ruinas de antiquísimas ciudades, harto superiores en extensión, grandeza y magnificencia a las del territorio azteca; ciudades abandonadas o poco conocidas al tiempo de la conquista. La similitud de los geroglíficos de estas ruinas con las de México, al propia tiempo que las tradiciones de varios de los más notables países, demuestra que allá en tiempos muy remotos, se hallaron México y Centro-América ocupados por pueblos bastante cultos y unidos en costumbres y artes, si no por la sangre y las lenguas, como lo demuestra la universalidad de una familia de idiomas o dialectos, extendida entre todas aquellas naciones civilizadas de la antigua América.

La arquitectura quiché, la manera de formar los grandes edificios, difiere en mucho de la de los pueblos de ciclos más antiguos. No sabiéndose con seguridad, la época de la dispersión de los nahoas y la de su emigraciones, la historia primitiva de Centro-América pierde el hilo necrológico, para llegar a un período cercano a la conquista española.

---

(1) Torquemada. Monarquía Indiana. Tomo II, pág. 54.

La historia de Guatemala, pues, desde Votán hasta los siglos próximos a la venida de los conquistadores, es una laguna en donde apenas se perciben de vez en cuando ténues rayos de luz. Los orígenes de los primeros pobladores de la América Central, los orígenes de los habitantes todos de este continente, ha sido motivo de profundos estudios y no pocas teorías, que quedan expuestas en uno de los capítulos de la presente obra. A seguida, vienen las tradiciones que se pierden en remotas sombras, entre mitos y vagas memorias de los pueblos emigrantes, de tribus extranjeras, que llegaron a este suelo y contribuyeron a formar los imperios quiché y cakchiquel. Tomando la dispersión de los Toltecas desde Anahuac, en el siglo XI, como hecho bien definido, muchos escritores han identificado las naciones guatemaltecas—exceptuando tal vez a los mames, que los consideran descendientes de los primeros aborígenes—con los emigrados toltecas, que se exparcieron hacia acá, rumbo sur, a fundar unas naciones.

Sin embargo, en honor a la verdad histórica y salvo el respeto que merece el señor Chavero, hay que recibir con algún escepticismo esa transmigración tolteca, como base de los imperios quichés y cakchiqueles, ya que ni en las tradiciones de éstos, ni en los anales de la raza existen rastros de tal origen. La emigración tolteca se fija en el siglo XI de la era cristiana, y la fundación de aquellas nacionalidades es mucho más remota. Acaso hay más probabilidad en suponer que los imperios guatemaltecos se transformaron por los mayas del Palemke, y por otros pueblos contemporáneos, aunque nótanse diferencias características entre los despojos de las ruinas de unos y otros, acaso por la influencia que elementos extranjeros, como los nahoas, vinieron a introducir en el idioma, en la religión y en las costumbres.

Por Nicaragua, y probablemente por El Salvador, hubo pueblos de pura raza azteca. A los primeros llamánlos algunos cronistas **niquirans, nicaraguans** o **cholutecas,** y ocupaban la costa entre el lago de Nicaragua y el océano, con las islas del lago. Sus instituciones políticas y religiosas, sus hábitos, su manera de vivir, todo era análogo a lo de los aztecas de Anahuac, y existen en los museos preciosas reliquias a ese respecto, en forma de ídolos, sepulturas, momias, etc., menos restos arquitectónicos. Las tribus nahoas de El Salvador, la Antigua Cuscatlán, se conocieron con el nombre de **Pipiles,** y su cultura no es tan notable como la de los quichés y la de los cakchiqueles. **Nahuas** o **Nahoas,** dice Sahagun (1) son los que hablan claro la lengua mexicana, descendientes de los tultecas, **que lo sabían todo, nahual** (en inglés **Know all).** Eran los nobles, admirables, maravillosos, extraordinarios (2).

Quichés significa, como ya se ha dicho, **muchos árboles**; toltecas, quiere decir **maestría en artes mecánicas.** Unos y otros tuvieron sus familias nobles de alta alcurnia. La primera y más ilustre de los quichés fué la casa de **Cawek,**

(1) Hist. Gen. T. III. Libro X, pág. 114.
(2) Brasseur de Bourbourg. Hist. des Nations Civilisées, tomo I, pág. 101.

la segunda, la de **Nihaib** y la tercera, la de **Ahau Quiché.** De estas familias salían los pontífices, los sacerdotes y demás dignatarios que gobernaban al pueblo que vivía en cierta esclavitud, inherente a todas las monarquías teocráticas de la antigüedad.

La nación quiché es admirable, porque lleva, al través de los siglos, una cultura acaso autóctona en su origen, y después modificada por la influencia maya y nahoa; porque los hijos de aquel heroico pueblo pelearon hasta el exterminio, a fin de defender su suelo; porque constituyen el único núcleo humano de América que dejó su teogonía escrita; porque las ruinas de sus grandes ciudades, templos, palacios e ídolos, han admirado al mundo moderno; porque, en fin, su idioma perfecto, aglutinante, conciso, capaz de expresar todos los sentimientos del ánimo y los afectos del corazón, es en la historia de estas regiones, lo que el griego de Perícles, fue en la historia de la cultura europea.

Sin ánimo de magnificar—dice Bancroft—(1) la civilización del Nuevo Mundo, ni de deprimir la del Viejo Continente, no cabe poner en duda, que durante los diez siglos de sombras medioevales, la diferencia entre ambas civilizaciones fue menos de lo que muchos imaginan. En ambos lados del obscuro mar yacía la humanidad sumergida en profunda ignorancia, cuyos rasgos característicos de una y otra parte es infructuoso analizar. En cuanto a los tiempos remotísimos, han demostrado Baldwin, Brasseur de Bourbourg, Brinton, Maudslay y otros historiadores, que el desarrollo indiano de las naciones aborígenes de la América Central, podía competir con el de los pueblos más adelantados del Asia; y hasta se enuncia la teoría, harto fantástica, a nuestro entender, de que en este istmo, por el lado de Yucatán, en la perdida Atlántida, tuvo lugar el paraíso terrenal, habiéndose esparcido de ahí todo el género humano....

Existe un manuscrito de 48 fojas, que dejaron los indios nobles Xahilá, Xebuktakeh y Tzumpan, manuscrito del cual hemos hablado detenidamente en otro capítulo. En ese **"Memorial de Tecpán Atitlán,"** como lo llama Brasseur de Bourbourg, o en **"Los Anales Cakchiqueles,"** según lo denomina Brinton, aparece la posición etnológica de aquel pueblo, su cultura, la descripción de su capital, la computación del tiempo, los nombres de las familias principales, las divisiones de las tribus, los títulos, las castas, las nociones religiosas, su reyes, las guerras, los oficios que tenían, la agricultura, las armas, etc., etc. Sólo en la historia muy antigua se llamó Tecpán Atitlán, la corte de los reyes, que después se denominó Tzolohá o Tzoloyá (agua de sauco). Hoy es **Sololá.**

En la introducción que el sabio americano Brinton puso al libro en que dió a luz traducida dicha obra, con el texto cakchiquel y el texto inglés, habla en términos encomiásticos del adelanto que aquellos aborígenes alcanzaron en materia de arquitectura, pintura, tejidos y escritura." Tenían, dice, una lite-

---

(1) Tomo II, pág. 97.

ratura, más remota que su historia y calendario, que consistía en cantos o poemas, llamadas **Bix.** Son amigos de hacer coloquios y decir coplas en sus bailes (1). El poder estaba dividido en dos familias, los **Zotzils** y los **Xahils,** que alternativamente, en períodos distintos, subían al trono. La afirmación de don Juan Gavarrete, de que una de estas familias vivía en Sololá y la otra en Iximché, está basada en una equivocación, al decir del mismo Brinton, quien así lo demuestra, apoyado en los Anales Cakchiqueles (2).

En la época prehispánica se dedicaron muchos indios al comercio, formando clase especial que viajaba en caravanas, conocía y formaba los caminos, era entendida en lenguas varias, servía en las embajadas, trazaba mapas y planos, se familiarizaba con las costumbres y ritos diversos, andaba muchísimo a pie, llevaba las producciones de un lugar a otro, esparcía la cultura de lejanos pueblos, y servía para el espionaje e información de los monarcas y señores. Los comerciantes de estas zonas emprendían largos viajes, hasta el país de los **méxica** y trocaban mantas, artículos de barro, adornos de metal, piedras labradas, perfumes, flores y plumas, por cacao, grana, algodón, maíz y otros artículos. Todo el movimiento se hacía en los tianquistli, o ferias que cada cinco días se celebraban. El comercio abría camino entonces para ocupar una posición entre las clases altas de sacerdotes y guerreros. Una corriente de cambios existió entre las zonas elevadas y las bajas, como resultado de climas diversos y producciones distintas. Hubo ideales y hubo lágrimas. Sobre los humanos dolores pasaron luengos años, unos tras otros, como un gran río silencioso y continuo.

En parte alguna consigue la vida el carácter de volcánica erupción que tiene en la América Central, donde la forma de la naturaleza multiplica los objetos revistiéndolos de colores y matices con átomos de luces tropicales. Entre montañas y barrancos, como fortalezas aisladas de los hombres, estuvo la histórica **Patinamit,** que servía de defensa al famoso Sinacam, al tiempo de la conquista. Dejó la capital cakchiquel interesantes vestigios de antiguas construcciones. El Adoratorio, cual nido abrupto de águila, se hallaba en una península tendida sobre el abismo de profundas simas. Un túnel larguísimo, que alcanza hasta Pochuta servía de subterráneo camino a los guerreros y sacerdotes. Esa hermosa ciudad, llamada también **Tecpángoatemala,** tenía suntuoso palacio rodeado de jardines en un sitio bellísimo, cultivado de maizales, y después de la dominación hispana, lleno de espigas de trigo, en derredor de ruinas que conmemoran la caída del reino cakchiquel. Los pintados pórticos, las ojivas desmesuradas, los mosáicos prolijos y engrecados, las torres que vuelan a las alturas, las fieras en jaulas y las aves de pintados colores, en patios

(1) Vocabulario de la Lengua Cakchiquel.—M. S. sub voce "Poesía." Tomás Coto.

(2) En las interesantes notas que nuestro erudito compatriota, don Juan Gavarrete, dejó consignadas cuando publicó la "*Historia de Guatemala,*" por Sánchez y León, es en donde explicó lo relativo a las dos ramas de la familia real de los cakchiqueles. El libro de Brinton lleva por título "*The Annals of the cakchiquels,*" con 234 páginas. Philadelphia, 1885.

y vergeles; todo desapareció. Entre los ladrillos rosados y los manantiales de purísimas aguas, ya no se mira la melancólica garza, ídolo de jaspe, que parece presentir, en su tristeza, la hecatombe del gran pueblo que tanto veneró a Axopil cuando en palanquines de oro le llevaba, circuido de plumas de quetzal, entre vítores y cantares, por aquellas calles, en donde ardían en fiestas solemnizadas por los gerárquicos círculos de sacerdotes, nobles y guerreros, los indios todos, que un día nefasto vieron rodar las lágrimas del anciano monarca, cuyas hijas fueron robadas como Urvasia por Iama, llenando de desolación la tierra. Cuando se contempla el sitio en donde se erguía Patinamit, y se recuerda la historia de una raza indiana que tuvo siglos de explendor y días de infortunio, vemos que en el corazón de los pueblos se levantan de repente nieblas, lo mismo que produce el viajero polvaredas en la tierra. ¡El poderoso reino cakchiquel se hundió en tristísima abyección! La que veneraban los indios como ciudad régia, como estrella fija, desvanecióse cual leve mariposa que se esfuma en el espacio.... Allí se recibió de paz al conquistador, descastándose una raza, y después Tonathiú arrancó furiosamente a los reyes Belché-Kat y Cahí-Imox los aros de oro que en las narices llevaban, haciendo derramar lágrimas de dolor a los monarcas y amenazándolos con quemarlos vivos, si no le traían más oro y joyas. Acabó el poderío cakchiquel y apenas queda la memoria de su legendaria capital. Una furibunda invasión, de los sangrientos nicaraguas, barrió en el siglo X probablemente la cultura de Kiriguá, Copán, Palemke y demás hieráticas ciudades. A su vez, los meca y los nahoa vengaron los manes de aquellos desventurados aborígenes.

Pero vino la tarde, llegó la noche, cundió la tormenta, y quichés, cakchiqueles y tzutuhiles vieron sumida su raza en la más cruel servidumbre.

CAPITULO IX

EL RAPTO DE LAS PRINCESAS

SUMARIO

Así como la guerra de Troya fue causada por el rapto de Elena, la guerra entre cakchiqueles y quichés fue resultado del robo de las princesas. — Estado de ambos reinos centro-americanos. — Balam-Acán. — La pricesa Exilispúa. — La bella Ixcunsoncil. — Condición de la mujer entre los indios. — Los monarcas no permitían ver a sus esposas. — El rey de Atitlán Subtugilebpop. — El rapto de las princesas. — Consecuencias lamentables. — Selvática pasión de aquellos nobles. — Sesenta mil combatientes reúne el de Atitlán. — Lucha tremenda. — Triunfan los quichés. — Muere Balam-Acán. — Perecen más de catorce mil combatientes. — Continúa la lucha hasta la venida de don Pedro de Alvarado. — Se aprovecha el Con quistador del estado de guerra de estos pueblos. — Tradición del TUCURÚ.

Así como la guerra de Troya fue causada por el robo de Elena, que había cautivado a París con sus gracias, encendióse aquí en Centro-América, antes de la conquista, una lucha de exterminio, debida al rapto de las princesas. Este episodio romántico tuvo mucha trascendencia en los poderosos reinos de los cakchiqueles y quichés. Prevalecía la paz entre los primitivos pobladores del istmo. Divisábanse en las márgenes del pintoresco lago de Atitlán las alegres hijas de Axepil, que cual bulliciosas **guacamayas** salían de sus nidos, para ir a refrescarse en las tranquilas ondas. Recorre el rey en andas de oro, entre helechos y orquídeas, vestido de plumas de quetzal, sus ricos y sosegados dominios. Al són de agreste música cantan los humildes vasallos sus melancólicos **areitos**; las hojas de la tuna se cubren de vívida grana; osténtanse llanuras sembradas de maizales, que semejan escuadrones de verdes alfanjes y penachos rubios. La felicidad campestre de aquellas comarcas no se interrumpe, ni por la enfermedad asoladora, ni por el hambre inclemente. El amarillo luto no cubre a los maceguales, ni corre la sangre de los plebeyos para defender el reino. Se multiplica la indiana familia con rapidez ascendente, por poligamía autorizada. Todo es dicha y tranquilidad en la corte del quiché. La gentil Utatlán se mece entre sueños de ventura. Así canta a la aurora el incauto zenzontle, sin presentir que el cazador acecha su existencia, oculto en el boscaje.

Era rey de la próspera monarquía Balam-Acán, de estirpe noble, de corazón sencillo, de leales propósitos, y padre ya anciano de dos bellas princesas, que por su rara hermosura formaban el orgullo de aquella poderosa corte.

La mayor, Exilispúa, era la más inteligente y graciosa, mientras que la menor Ixcunsocil, la superaba en voluptuosidad, al decir del manuscrito cakchiquel que relata los acontecimientos que vamos reseñando.

No tenía la mujer, entre los aborígenes de América, el aprecio que le diera la civilización cristiana, ni se tributaba a la honra femenina el homenaje medioeval de la Europa romancesca, pero así y todo, eran las clases elevadas celosas de su decoro y muy intransigentes con las concupiscencias de los pobladores de otras alquerías o reinos. El monarca, a estilo chinesco, no permitía a sus mujeres, ni a sus hijas el ver cara a cara a los extranjeros. La familia del soberano vivía con recato, y penaba de la vida quien se atreviera a seducir una hembra de alcurnia real, ya que en la casta plebeya era dado a cualquiera, sin riesgo ni infamia, satisfacer sus naturales apetitos.

Pudo el rey de Atitlán, Subtugilebpop, por su alteza y juventud, haberse casado sin escándalo con la infanta quiché, parienta suya, y así no hubiera comprometido la tranquilidad de toda la comarca, puesto que ella lo quería; pero hubo recelos y malas pasiones, que hicieron que el monarca Balam-Acán, "usase de mucha y grande majestad," al decir del cronista que refiere la presente historia, y acabáse por negar la mano de la enamorada princesa.

Sucedió, pues, que prevalecido el de Atitlán de la confianza del Quiché, en noche obscura y ayudado de varios de sus cortesanos, robóse a la infanta, en unión de su hermana la princesa, que quería ser de Igoacat, valido y pariente del rey enamorado.

Volaron a las risueñas márgenes del lago de Atitlán las dos torcaces indias, con sus galantes raptores, sin preocuparse del sentimiento y rabia del anciano padre, de prosapia de reyes y de orgullo salvaje.

Fue imponderable la turbación en el palacio luego que se echaron de menos las dos Prognes fugitivas, que cual la de la fábula, se habían convertido en golondrinas. Olvidado Balam-Acán de su mansedumbre, atormentó a muchos de sus vasallos. Desde ese instante sólo hubo lágrimas en los ojos de aquellas gentes, espinas en las flores de aquella zona, sufrimientos en el corazón de aquel pueblo, sangre esmaltando las fértiles orillas del lago de Atitlán, de cuyas límpidas aguas surgían, en las tristes horas de la noche, lúgubres lamentos, espectros fosforescentes. Entre tanto, las jóvenes princesas causa de tamaño desastre, se curaban poco de la ruina de sus vasallos. Eran ellas, en tan dichosos momentos, con sus apasionados amantes, como la flor y el pólen, la avecilla en celo con su enardecido compañero, la onda en el ribazo, la hiedra en el tronco. Al transparentarse en la faz de núbiles princesas la selvática pasión que de su regio palacio las arrancara, hacíalas suspirar con dulzura agitando sus turgentes pechos, como los tropicales efluvios agitan las flores del granado. Aquellos labios húmedos y entreabiertos, anhelando un beso ardiente; los entornados párpados, tras cuyas pestañas negrísimas se traslucía el deseo; los marfilinos dientes, cual trémulas hileras de perlas orientales; el

ebúrneo cuello, el cabello destrenzado, sacudiéndose en desorden al nervioso movimiento de la cabeza provocadora, de la frente pálida; todo era un conjunto bañado de luz amorosa, de esencia de vida, de paradisíaca salacidad, en aquellas indianas garzas que volaron de su nido; en aquellas Psíquis americanas, abrasadas por el amor.

El rey Subtugilebpop hubo de reunir setenta mil combatientes, mandados por Ioacap, su general, y cómplice en el robo de las infantas, para afrontar las iras del padre de las seductoras hembras. La lucha fue larga y desesperada, hasta que vencieron los quichés, y cayó muerto, de las andas de oro, el rey Balam-Acán.

Asegura don Juan Macario (Cide Hamete Benengeli de esta verídica historia) que murieron más de catorce mil combatientes; que se enardeció la tierra, tomando parte en la pelea el rey de Cuahutemala, el de Tesulutlán y los Mames y Pipiles; que continuó la lucha hasta la venida de don Pedro de Alvarado, quien se aprovechó para la conquista, de la división en que estos pueblos se encontraban. El Quiché y el Tzutuhil sucumbieron al fin, junto con los demás reyezuelos de tan hermosa región.

Las princesas robadas, o mejor dicho, las concupiscibles prófugas, disfrutaron de mejor suerte, pues la una se sentó en el trono de Atitlán, y la otra se casó con el valido de aquella corte. Cumplieron ambas sus deseos, disfrutaron de su amor, y según cuenta la tradición, jamás se arrepintieron de haber abandonado el palacio del viejo Balam-Acán.

¿Quién había de presumir que la pasión de las nobles indias, que encendió la guerra en estas regiones, hiciera más tarde que Sinacam, rey de los cakchiqueles, llamara en són de paz a los conquistadores castellanos, creyendo recuperar, por medio de ellos, las grandes posesiones de que le despojaron sus hermanos?

El rapto de las princesas del Quiché hizo correr a torrentes la sangre de los aborígenes de Centro-América, y de tal suerte los dividió, que pudo **Tonatiú,** el hijo del Sol, conquistarlos y reducirlos a triste servidumbre.

Es fama que, de las profundidades del poético lago, surge a las veces, en noches tenebrosas, el entristecido espíritu de Balam-Acán y va a posarse en forma de misterioso buho, o **tucurú,** sobre la cima del volcán de Atitlán, como para contemplar, en medio de las sombras, el resultado nefando de la liviandad de sus hijas.

CAPITULO X

LINGÜÍSTICA CENTRO-AMERICANA

SUMARIO

La palabra y la aspiración que tiene el hombre de dirigirse a un Sér Supremo, son cualidades que lo distinguen de los demás animales. — Las lenguas no fueron inventadas. — Hoy se conocen las bases físicas del lenguaje. — En el siglo último se alcanzaron progresos grandísimos en la filología. — Los elementos esenciales de la palabra humana existen en todas las lenguas. — Una de las cosas sorprendentes que hallaron los españoles en América fue el gran número de idiomas. — Cuales son los principales de Centro-América. — Excelencia del quiché. — Esta lengua ha ofrecido a los sabios harto que admirar. — El Doctor Berendt escribió mucho sobre la geografía lingüística de Centro-América. — Algunos sostienen que los caldeos tenían gran número de voces mayas. — El maya y el chorotega son las lenguas más antiguas de América, que se conocen. — Fr. Francisco Ximénez escribe "El Tesoro de las lenguas quiché, cakchiquel y tzutugil." — Alfabeto quiché. — Características gramaticales. — Regularidad y concisión del quiché. — Gramáticas de Ximénez y Brasseur. — La gramática de Flores. — La obra de Wagner y Scherzer. — Las de Thiel, Ferraz y Fernández. — El que más ha desentrañado el espíritu del maya y del quiché es Brinton. — Lugares en que se hablan las principales lenguas indígenas de Centro-América. — Artes y vocabularios que escribieron los frailes. — El quekchí. — Su estructura, partes de la oración y peculiaridades. — Diversas etimologías que dan al nombre GUATEMALA. — Etimologías de varios nombres geográficos de Guatemala. — Aún se encuentran muchos vocablos mexicanos por estas regiones. — Razón de este fenómeno. — Sergi ahonda mucho en la lingüística americana. — Algunos curas han sabido bien las lenguas de los indios. — Lecciones de lengua cakchiquel. — Clasificación de las lenguas centro-americanas de los antiguos aborígenes. — Utilidad de una cátedra de lenguas indígenas. — Influencia de estas lenguas en el castellano que se habla en las repúblicas hispano-americanas.

La cualidad primaria, que revela supremacía del hombre sobre los demás animales, es el uso de la palabra. El lenguaje o sea la expresión del pensamiento, es el reflejo del espíritu general de la humanidad. También tiene el hombre otra facultad que le distingue de los irracionales, y es la de hacer abstracciones, de elevar su corazón, de dirigir su espíritu hacia un Sér Supremo, o Causa Omnipotente. El bruto agreste, para escapar de la tempestad, corre a su cueva, mientras que el indio salvaje, despavorido de terror, reflexiona y ora. El hombre menos culto percibe una mano tras el relámpago, escucha una voz que se extiende imponente por el espacio cuando retumba el trueno. El más avisado de los animales no tiene para ellos ojos ni oídos.

El lenguaje es símbolo del pensamiento, la mitología lo es del alma. El uno forma la manifestación primera que separa lo ideal de lo material, la otra

constituye la más noble aspiración del espíritu que distingue lo inmortal de lo perecedero. El lenguaje es el pensamiento encarnado. La mitología, es espíritu en su más elevada aspiración (1).

Existen en el cerebro humano centros del habla, que se encuentran perfectamente circunscritos y determinados como operadores del lenguaje o de la palabra articulada. Se conocen hoy las bases físicas de esa facultad admirable que distingue al hombre de los demás animales. Desde que Aubertin planteó el problema, en 1861, ante la Sociedad Antropológica de París, hasta que Broca demostró mucho después, que en la parte posterior, a los dos puntos de la tercera convolución frontal, está el **órgano del lenguaje,** se han hecho progresos admirables. En el año de 1909 publicó un americano del norte (2) una preciosa obra que contiene lo último que se ha escrito hasta hoy, sobre los misteriosos centros de la palabra humana. Wernicke y Kussmaul señalaron la existencia de dos centros sensitivos de la palabra. En 1881, Exner determinó otro centro, el gráfico; y el Doctor Max. González Olaechea, de Lima, presentó al 4º Congreso Científico celebrado en Santiago de Chile el 25 de diciembre de 1908, una memoria bajo el rubro **"El centro gráfico-cerebral es independiente de los otros centros del lenguaje."**

Las lenguas no fueron inventadas; el habla emana de la totalidad del espíritu humano, y es tan esencial al hombre como la razón (Herder). No faltan sin embargo filólogos que sostienen que es de invención humana Schleicher cree que la palabra no es más que simple organismo de las gesticulaciones vocales; Gould Brown juzga que el lenguaje es en parte natural y en parte artificial: Adam Smit y Degald Steward conceden al hombre la facultad de la creación y el desarrollo del idioma, como invento artificial. Platón decía que era un dón de los dioses otorgado a los hombres. Otra doctrina, llamada por su más entusiasta sostenedor, Mr. Wedgwood, **onomatopeya,** y por el profesor Max Müller **bow-wow,** explica el origen del lenguaje por los esfuerzos del hombre para imitar los gritos de la naturaleza. Así, del perro aprendieron los primeros hombres a decir **bow-wow**; del viento, de los pájaros, de los otros animales, aprendieron a llamarlos, imitando el ruido que producían. Los aborígenes de Guatemala dan el nombre de **chumpipe** al pavo, porque cuando baila hace **chum-pí-pí.** Los idiomas de los indios tienen onomatopeyas admirables.

En tantos siglos los animales no han refinado su lenguaje, y los leones rujen, y los ruiseñores gorgean ahora como antes; ni lanzarán nunca los seres de esta especie más que ininteligibles gritos, y aunque se les enseñe a hablar no transmitirán la palabra a sus pequeñuelos. En las lenguas indígenas de Centro-América se nota perfectamente que la naturaleza del suelo y el clima,

(1) Bancroft, Mits and languages, volumen III, pág. 3.

(2) Human Speech, its phisical basis, by N. C. Macnamara, with 44 ilustrations.—New York.—D. Appleton and Company. 1909.

influyen sobre el idioma. Hay sonidos que predominan mucho en el quiché y son propios de los países montañosos. Su forma y su expresión breves, convienen a una raza vigorosa y a un clima frío. Es la lengua de un pueblo de viva mentalidad.

¿Quién puede decir lo que es la voz de los niños? Es el gorjeo del ruiseñor, el murmullo de la golondrina, el pío del pollo, el maullido del gato; notas de flauta, susurros y gorgoritos infinitamente suaves, gritos y ruidos que desgarran los oídos, trinos de soprano, estruendo de voces varoniles, desentonos de tenor engolado: todos los sonidos que salen de una jaula de cien pájaros y de una orquesta de cien instrumentos (1).

Las lenguas son formas vivas organizadas, ha dicho Quinet. En la primavera se realiza la maravilla del lenguaje, a impulsos del amor; cantan los pájaros, y en sus dulces notas se envían sus anhelos; los soles y las tierras se aman, se sostienen, se comunican y se atraen; la palmera desde lejos pide el efluvio de su compañero diluido en los aires; los planetas reciben de sus lunas melancólicos besos. Desde las mariposas que revolotean en torno de las flores, hasta las carniceras águilas que tienden sus alas sobre las nubes, todos los seres, los delicados y los fuertes, tienen signos naturales para manifestar ciertas y determinadas expresiones, en la serie cromática de sus materiales necesidades. Sólo el hombre usa el lenguaje articulado, que revela ideas abstractas, que se sublima hasta subir a Dios. Ese lenguaje, ha podido la inteligencia humana guardarlo, aún después de la muerte del que emitió las palabras, que quedan en su cilindro, cual permanecen impresas en la memoria aquellas emociones que hicieron huella en el alma y sellaron por siempre el corazón. Subid en las escalas de la vida y veréis que el amor se difunde por doquiera. La aptitud glosigénica de los hombres es imitación de los sonidos naturales. El amor, ese calor benéfico que inunda los espacios como verdadero éter espiritual, a cuyo impulso y lumbre sentimos todos el precio de la vida, y pugnamos por perpetuarla y difundirla en tiempos sin término y generaciones sin fin; el amor hace palpitar al capullo, murmurar al río, cantar al pájaro y orar al hombre. La naturaleza habla con Dios. El suspiro, la queja, el llanto, llevan en germen la palabra y la oración.

Pero volviendo a la filología, cabe consignar que el siglo último alcanzó progresos grandísimos. La similitud del sanscrito, griego y latín, teutónico, céltico, iránico e índico, hizo reunirlas en la familia **aria.** Al mismo tiempo fue causa de que la lengua antigua de los judíos, el arábigo y el aramaico, que constituyen la familia **semítica,** resultaran del todo diferentes del ariano en su radical estructura. Las lenguas indo-europeas eran del mismo tronco. Los idiomas todos no se derivan del hebreo, como los santos padres decían. La lingüística ha podido penetrar en la Bactrania, antes que las inmigraciones

(1) Amicis.—Páginas sueltas.

que irradiaron al Irán y a la India, esparciesen la cultura de la raza aria, la primera en artes, la principal en las letras, la más meritoria en las conquistas de la civilización y en los adelantos del mundo. Los trabajos iniciados por Grimm, las investigaciones de Bopp, Pott y Benffey, han sido continuadas en los tiempos modernos, por Schleicher, Kuhn, Curtins, Renán, Littré, Breal, Max Müller, Eastwick, Graziadio Ascoli, y otros profesores que han puesto de relieve, con materiales datos, la clasificación morfológica de los idiomas. Si Edisson guardó la voz humana en el fonógrafo, como se encierra un pájaro en una jaula, la filología moderna ha ido a exhumar el hilo misterioso que engarzaba todos los idiomas, al través de las ruinas, entre el oleaje de las vicisitudes humanas, en los abismos del tiempo. Horacio, el lírico romano, comparó las lenguas de los pueblos con las hojas de los árboles, las cuales brotan, reverdecen, lozanean hermosas, se marchitan, se secan, y al caer muertas en tierra, las esparce el vendabal; el árbol, empero, torna a vestirse de otras nuevas, que renacen a su tiempo. Sólo en los accidentes difieren los idiomas; los elementos esenciales del lenguaje humano existen en todos ellos, como prueba de la identidad del alma racional en todos los hombres y de las bases físicas del lenguaje. En el mundo nada hay que no evolucione. Al principio fueron monosilábicos los idiomas, como el annamita, el chino, el tibetán, el japonés, el otomí de América. Después resultaron otras lenguas aglutinantes u holofrásticas, como muchas indígenas del Nuevo Mundo y el tártaro. Más tarde, aparecieron los idiomas de inflexión (1).

Hoy ya no se discute la teoría de lenguas artificiales, hechas mediante directa convención. ¿Cuál era entonces la lengua anterior? Puede haber palabras aceptadas por convenio; pero jamás hubo convenciones para aceptar palabras. Los hombres siempre han hablado; no hay memoria de un pueblo mudo. El lenguaje es atributo de la sociedad. El germen del idioma —que es necesario al hombre colectivamente—fuéle otorgado por su Formador. Después las mayorías habladoras han dictado sin quererlo, las leyes de cada idioma.

Con razón ha dicho un notable escritor francés, que si las palabras se mirasen bien, veríamos en ellas la historia de una raza y de una nación, su verdadera historia, no la que revelan las guerras, los tratados de paz y los actos de gobierno, como tampoco la apariencia exterior y el énfasis de los siglos, sino la vida real y profunda, el íntimo ensueño del existir más auténtico y esencial que cualquier otro linaje de amplias y grandiosas manifestaciones. Así pudo el sabio doctor Berendt reconstruir la geografía étnica de Centro-América, por medio de la clasificación y distribución de las lenguas; y por el estudio del

(1) Life and Grouth of language. - Whitney.

quiché, llegó Brinton hasta dilucidar el concepto psicológico que del amor tuvieron nuestros indios más civilizados, y redactó una obra interesante sobre los escritores y producciones de la América precolombina (1).

Las lenguas americanas antiguas ofrecen, desde muchos puntos de vista, gran interés. Se han hecho estudios de ellas en los últimos años, que arrojan luz sobre cuestiones de alta trascendencia. Por lo que concierne a las lenguas que los españoles hallaron en el istmo de Centro-América vamos a dar una idea general, y a explicar someramente la formación y origen de la más perfecta de ellas que es **el quiché**; el más admirable de los idiomas antiguos del Nuevo Mundo, hasta el punto de que por algunos se considera como **Volapuk americano** (2).

Una de las cosas sorprendentes que encontraron los españoles en América fue el número tan crecido de idiomas. Las investigaciones de los pocos filólogos que han hecho estudios profundos, han venido a demostrar los hechos siguientes: 1º—Que hay relación entre todas las lenguas del Norte, del Sur y del Centro de América; pero que tienen peculiaridades características que las distinguen del habla de las demás razas del mundo. En ninguna otra parte de la tierra se encuentran idiomas tan persistentes y con caracteres tan análogos, esparcidos por tan vastas regiones y entre diversas razas. 2º—Que los dialectos tienden a desaparecer entre los mismos indios, así como tiende toda la raza aborigen a perecer, en el transcurso de los siglos, o a confundirse con otras. 3º—Que, como lo nota Whitney, tienen tales idiomas elementos característicos indestructibles, de tal suerte, que mientras subsistan, ninguna circunstancia de tiempo ni de lugar podrá borrar.

Una de esas cosas características es la frecuencia de palabras larguísimas. Hasta el otomí, única lengua que propiamente se puede llamar monosilábica en América, consistiendo en su mayor parte en etymos de una sílaba, contiene algunas voces extensas. La frecuencia de términos largos, el método de su construcción y la facilidad con que están elaborados, constituyen un rasgo saliente de la fisonomía de tales lenguas, en medio de sistema de unidad que prevalece en todas ellas. El aborigen de América expresa con una sola voz, acompañada tal vez de un gesto o flexión, lo que un europeo hubiera dicho en una larga frase. Aglomera el indio el mayor número de ideas en la menor cantidad posible de palabras. Esta regla es universal, y así vienen a ser aquellas lenguas, como dice Humboldt, "diferentes substancias en análogas formas." La peculiaridad lingüística de expresar con la misma palabra, no sólo lo que modifica o se refiere al mismo acto o sujeto, sino ambos, el sujeto y la acción, concentrando así en una singular palabra una compleja idea o varios pensamientos entre los que hay notable conexión, les da a las lenguas de los indios

---

(1) Aboriginal American authors and their productions, especially those in the native languages. Philadelphia. 1883.—63 pages.

(2) Melanges de Philologie et de Paléodraphie americaine.—Leroux. 1883. Paris.

americanos cierto carácter, que Duponceau llama **polisintético,** Wilhelm y Humboldt **aglutinante,** Lieber **holofrástico,** y otros denominan **incorporativo.** Como ejemplo, citaremos la palabra azteca **valor de correo o sello postal, amatlacuilolitquitcatlaxtlahuilli,** que literalmente quiere decir **"pago por llevar un papel en el cual está escrito algo."** Otra peculiaridad bastante común en las lenguas indígenas de estos países, consiste en la reduplicación o repetición de una misma sílaba para significar el plural; el uso del frecuentativo y del dual; la aplicación del género a la tercera persona del verbo; la conversión directa de substantivos y adjetivos en verbos; genérica distinción proveniente de la diferencia de seres animados e inanimados (1).

La lingüística americana ha ofrecido a los sabios una fuente inagotable de discusiones y estudios profundos. Más de seiscientos idiomas puros, bien formados, encontraron los conquistadores españoles en el Nuevo Mundo (2) que era la parte menos poblada del globo, y que sin embargo tenía un grupo más considerable de lenguas, hasta formar veintiséis razas lingüísticas diferentes, según enseña el más erudito de los filólogos modernos, el célebre Max Müller (3).

El abate Brasseur de Bourbourg, que es el que más ha escrito sobre la lengua maya-quiché, sostuvo que tenía muchas analogías con los idiomas arios europeos. Cuando el mexicano P. Náiera demostró que el otomí (otomitl) conservaba estrecho parentesco con el chino, muchos sostuvieron que del Asia habían venido los primeros pobladores americanos; pero después han tomado rumbo contrario las ideas. Se considera que la filología es la base de la etnografía, y el doctor Berendt, sabio norte-americano, con el cual tuvimos amistad, escribió mucho, como ya indicamos, acerca de la geografía lingüística de Centro-América, y de las diversas teorías de orígenes y de predecesores. Morton, Maury, Ludwing y cuantos han tratado de las lenguas de estos países del Nuevo Mundo antes de la conquista, encuentran conexiones indiscutibles entre todos los pueblos del Continente. El erudito Pimentel, demostró perfectamente (4) que estos idiomas son autóctonos. El señor Chavero, en la lujosa obra **"México al través de los siglos"** (5) sostiene que la analogía que existe entre el chino y el otomí, hace sacar por consecuencia que los chinos proceden de los primitivos otomíes, con cuyos tipos coinciden. "Probada, dice, la existencia entre nosotros del hombre posterciario, aparece más moderno el chino, y por lo mismo, es más lógico decir que éste salió de aquí. El pueblo monosilábico ocupa en la antigüedad todo nuestro continente: los chinos ocupan primitivamente una pequeñísima parte del Viejo Mundo, y es natural deducir que lo menor salió de lo mayor. Las tradiciones de los chinos

(1) Ethnography and Philology of América.—Central América.—Keane, 1878.

(2) The Literature of american Languages, by Hermann E. Ludwig.—London. En la colección Polidiómica Mexicana, se contiene la oración dominical en 52 idiomas. 1860.

(3) Collected Works.—Longmans Green and Company, London, 1899. La Sciencie du Langage.

(4) Filología Mexicana, México, Tip. de Epstein, 1875.—Disertaciones y escritos varios.

(5) Tomo I, pág. 70.

nos los presentan, en un principio, como una colonia que se establece en medio de pueblos extraños, lo que acredita que llegaba de otros lugares; y como el monosilabismo no pertenecía a los pueblos existentes entonces en el mundo a que llegaban, hay que creer que lo llevaban del mundo en que era la lengua natural. Los chinos pugnaron por extenderse y se extendieron a su occidente; luego iban de un lugar que estaba al oriente de ellos, es decir, de nuestro Continente."

El americanista Augusto Le Plongeon (1) en su interesante obra "**Queen Móo and the Egyptian Sphinx** (2) dice que "no cabe duda de que los acadianos o caldeos tenían en su lengua muchas voces mayas. Tomemos, por ejemplo, las últimas palabras, según San Mateo y San Marcos, que Jesucristo pronunció en la cruz, cuando le acercaron una esponja mojada en **posca** (brevaje que llevaban los soldados romanos, en sus espediciones, compuesto de vinagre, agua y miel): **Elí, Elí, lamah sabachthani.**"

Nada extraño es que los que estaban ahí no las entendieran, cuando hasta hoy los traductores del Evangelio, no saben el significado de tales voces, y creen que dijo: "**¡Dios mío, Dios mío, por qué me habéis abandonado!**" Esto no era propio del Hombre Dios, ni siquiera de un creyente. **Hele, Hele, lamah zabac ta ni** (maya) quiere decir, "**ahora ya me desmayo: las sombras cubren mi rostro,**" o según las palabras de San Juan: "**todo se ha consumado.**" (3)

"Los caldeos creían que una mujer había reinado sobre todos los monstruos del mar y de la tierra, su nombre era **Thlalath,** que los griegos tradujeron **Thlalassa,** palabra con la cual denominan al mar mismo; en maya **Thallac,** denota una cosa sin fondo, como creían que era el mar. La influencia de los caldeos se hizo en Roma muy general, por la adivinación y artes ocultas (4). Cuando los exorcistas sacaban al espíritu maligno, decían: **¡Hilka, Hilka! ¡Besha, besha!,** que en maya, tal como se habla por miles de gentes en Yucatán, quiere decir: **¡Fuera, fuera, espíritu malo, espíritu malo!** (5)

J. Collin de Plancy, en su "**Dictionnaire Infernal,**" bajo el título de **palabras mágicas,** enseña que la mordedura de un perro rabioso, podía curarse usando la frase "**Hax, pax, max,** (la **x** se pronuncia como **sh** inglesa) que el autor ignoraba que quería decir atribuyéndola a superstición; pues bien, en maya significa: **ligadura, música y pimienta,** porque los indios ataban con una cuerda el miembro mordido, como para evitar la circulación, y empleaban la música para calmar los nervios, agregando al paciente una untura de **myrtus pimenta** y poción de **huaco** o de **ajo.**

---

(1) Ese autor conocía bien la lengua maya, por haber vivido catorce años en Yucatán; pero su obra se recomienda más por sus preciosos grabados, que por el texto a veces apasionado.

(2) Pág. 38, edición de Nueva York.—1896

(3) San Juan, cap. XIX ver. 30.

(4) Cicero, de Natura Deorun.

(5) Senomant y Chevalier.—Ancient History of the East. vol. I. pág. 448.

En la teogonía antigua del Indostán se hallaba el dios **Assur,** en maya **Axul,** quiere decir **a xul**—tu fin—¡**azul,** el color del cielo, del firmamento!"

Agrega Le Plongeon que los antiguos mayas se extendieron por las márgenes del Nilo, escogieron la Nubia, a la cual llamaron **Maiú,** en las tierras del sol poniente, y dominaron despuéss **Mayach** (16) a la región sumergida de la cual procedían. Sigue aquel americanista, paso a paso, la peregrinación de los mayas, desde los hogares de Centro-América hacia las regiones del Oeste, al través del desierto de Siria, hasta Egipto, de donde se esparció la cultura greco-latina, que miles de años después trajeron los españoles a este hemisferio, que llamaron **Nuevo Mundo,** siendo así que era el más viejo, acaso la cuna de la humanidad. El **Manuscrito Troano** así lo demuestra, y Brasseur de Bourbourg, al hablar de "Las Naciones Civilizadas de México y Centro-América," explica largamente los orígenes y transformaciones de los mayas. En la lengua de éstos y en la de los quichés, el **thla** griego es todavía **thlán,** como **Atitlán, Amatitlán,** lugar **de agua.** El léxico quiché contiene la mayor parte de las raíces que han servido de clave a Mr. Fray para demostrar el origen **annamita** de muchísimas lenguas. Acaso en un principio el quiché y el annamita fueron una sola lengua. Jesucristo, como la mayor parte de los habitantes de Palestina, hablaban por aquel tiempo dos idiomas, el dialecto nativo, **aramaico,** procedente del **caldaico,** y el griego que por uso inmemorial se había naturalizado en el país. Al hablar el Nazareno con el Centurión romano, y al contestar a sus acusadores ante Pilatos, Jesús habló en griego. Al discurrir con sus discípulos, en Judea y en Galilea, habló en **aramaico,** el idioma que todos ellos usaban y comprendían.

Don Francisco Fernández y González, en la interesante conferencia que dió en el Ateneo de Madrid, con motivo del centenario de Colón, hizo muchas comparaciones entre el griego moderno y la lengua quiché, juzgando análogos ambos idiomas. En la lingüística, en la etnografía, en la geología, y en otras ciencias, hay pruebas palmarias de que el continente americano es antiquísimo y que sus primitivos pobladores se remontan a la antigüedad más remota. El maya, del cual se deriva el quiché, tiene al decir del abate Basseur, una sencillez y regularidad maravillosas. Los dialectos que se hablan cerca de Yucatán y Belice son los más semejantes al maya.

¿Será realmente América la cuna del género humano? No podríamos nosotros decir si aquellos autores están en lo cierto cuando opinan que los chinos salieron de los otomíes. Por más que el Nuevo Mundo sea muy viejo, es harto difícil remontarse a los orígenes de las cosas; porque, como decía Quatrefages "**acerca de ello nada sabemos.**" En los últimos tiempos, se han descubierto monumentos de los asirios y babilonios, que dejan comprender que eran asiáticos los primeros pueblos, según opinan generalmente todos los

(1) Herodoto. Historia. Libro II.

historiadores; pero como la tierra sufrió grandes transformaciones geológicas, no es dable saber a punto cierto cuál sería la cuna de la humanidad, ni si en la perdida Atlántida estaría el principio del género humano. La **Lemuria** continente hoy sumergido, según Heakel, el norte del Asia, quedaba frente a Yucatán.

Lo que sí está averiguado, y fuera de duda, es que la lengua maya y la de los chorotegas son las más antiguas de América, y que de ellas se desprendieron después de muchos siglos otros dialectos, como son los siguientes: totonac, chipanec, tloque, zotzil, zeldalquelén, verbetlateca, mam, achie, guatemaltec, cuettac, hirichota, poconchí, caechicolchí, tlacacebastla, apay, plotón, taulepa, ulúa, quiché, cakchiquel, tzutugil, chortí, alaguilac, caichí, ixil, zoque, coxoh, chañabalchol, uzpantec, aguacatec, kecchi y maya adulterado. Los idiomas de la costa occidental de Africa provienen del annamita, tan parecida al maya (1).

Como consecuencia de la cultura de un gran pueblo, brotó del maya el idioma **quiché,** que hace en la historia de estas regiones americanas, el papel que hizo el griego, en la cultura de las sociedades antiguas del otro hemisferio.

En los últimos tiempos históricos vino confinándose desde Chiapas y Soconusco hasta Guatemala, esa preciosa lengua, por virtud de las varias invasiones nahoas, y especialmente la méxica; de tal suerte, que el núcleo quiché de las márgenes del Usumacinta, que es el Nilo de América, retirábase siempre hacia el Sur, y dejó un pueblo civilizado, que en medio de los bosques paradisíacos (**quiché,** muchos árboles) tuvo peculiar cultura, innumerables riquezas, curiosa teogonía, artes y costumbres raras. Su idioma, sobre todo, llamó desde un principio la atención de los religiosos, que como sabedores de la gramática y del latín, podían conocer las perfecciones de las lenguas nuevas para ellos, no obstante que las preocupaciones hacían mirar con malos ojos cuanto revelaba alguna cultura en la raza indiana. De lo mismo que los cronistas y curas han escrito, dedúcese que siempre veía la generalidad, a través del fanatismo, cuanto se relacionaba con los infelices conquistados. El Padre Fr. Francisco Ximénez escribió **"El Tesoro de las lenguas Quiché, cakchiquel y Tzutugil,"** y en esa curiosísima obra, dice que la lengua quiché "causa admimiración a quien bien la considere, por su método tan regular, pues jugando todo el alfabeto, desde la a hasta la z, va formando vocablos monosílabos, ya con una, ya con dos, ya con ninguna consonante, que es maravilla el ver tal orden, y que si alguna lengua se puede decir que es formada por el Autor Sobrenatural, es ésta, y no por el demonio, como algunos han dicho por ser enemigo de todo orden."

Ciertamente que no fue por ésto por lo que muchos declararon que el quiché era lengua del diablo, sino porque desde los primeros días de la con-

(1) Charrencey.—Chrestomathie de la langue Maya antique.—Paris. 1875.

quista se atribuyó a los indios que judaizaban, como que parecía que hacían uso en sus lenguas de voces hebreas, y hasta hubo quien en su ingnorancia dijera que algunos de estos dialectos aborígenes eran hebreo corrompido (1). No pocos frailes, que sólo tenían nociones de la lengua de los judíos y un conocimiento superficial de algunos idiomas de los pobres indios, a quienes se les miraba con desprecio, creían firmemente que el quiché y el hebreo eran hermanos.

Las letras usadas en la lengua quiché fuera de algunos sonidos que no pueden representarse por el alfabeto común, son: a, b, c, e, h, i, k, l, m, n, o, p, q, r, t, u, v, x, y, z, tz, tch.

El género se expresa anteponiendo al nombre la voz **ixok** o sea mujer, v. g. **coh**, león, **ixokcoh**, leona: **mun**, esclavo, **ixokmun**, esclava. El sonido **ish** expresado por la letra **x**, denota desprecio, inferioridad, y se usa para significar el femenino de las cosas baladíes. **U**, en quiché y **Ru** en cakchiquel, son pronombres posesivos o dan a entender posesión por parte del nombre que sigue. Las partículas **re** y **ri** se usan a veces con igual propósito:—**U chuc ahpop**, la madre del príncipe: **qui quoxtum tinamit**, las murallas de la ciudad. Antes de las vocales **a, o, u,** se cambia en **c**: y antes de **e, i,** se cambia en **q**. El adjetivo va antes del substantivo, como en inglés; **zaki ha**, blanca casa. El substantivo se forma del adjetivo, agregando la sílaba **al, el, il, ol, ul, nim**, grande: **nimal**, el más grande: **zak**, blanco: **zakil**, la blancura; **utz**, bueno: **utzil**, lo más bueno. Esos mismos sustantivos pueden tornarse en adjetivos otra vez, añadiéndoles la partícula **ah, nimalah mak, ran,** pecado; **utzilah achi**, buen hombre. Por el mismo procedimiento todos los sustantivos, pueden convertirse en adjetivos, agregándoles una de las partículas **alah, elah, ilah, olah**, etc., **ahau**, rey o señor; **ahaualah**, real.

Para significar el comparativo, se emplea el participio pasado del verbo **iqou** (sobrepasar) que es **iqouinac**, y otras veces la palabra **yalacuhinak**, de **yalacuh**, exceder. Por ejemplo, **nim**, grande, **iqouinak chi nim u hebeliquiil**, el sobrepasa lo grande; **Iqouinakchi nim u hebeliquiil ka xotahau Gapoh María chiqui vi conohel ixokib**, quiere decir literalmente: "Sobrepasa en gran belleza Nuestra Señora la Virgen María a toda otra mujer." El superlativo se expresa por la sílaba **maih**, muy grande o mucho; **nim**, grande o grandemente; **tih, xoo, qui**, mucho, todos los cuales se colocan antes de la palabra y seguida de la sílaba **chi**; **maih chi tinamit**, muy gran ciudad; **xoo gatan**, muy gran calor: **tih nima ha**, muy gran casa. El adverbio **lavolo** o **lolo** se usa también con el mismo objeto: **lavolo** o **lolo cou chabana**, tómalo fuerte.

(1) Sobron. Las lenguas americanas.

Los nombres de colores se duplican para expresar el superlativo como **rax rax,** muy verde, **zak zak,** muy blanco. Las sílabas reverenciales son **lal** y **la: lal nu cahau,** vuestra excelencia es mi padre: **in alcual la,** yo soy el hijo de vuestra excelencia.

PRONOMBRES

Yo o mi	in, nu nuv
tú	at, a
El	are, ri, r
Yo mismo	xavi in
tu mismo	xavit at
El mismo	xavi are
Nosotros	oh
Ustedes, vosotros	yx
Ellos	e, he
Nosotros mismos	xavi hoh
Vosotros mismos	xavi yx
Ellos mismos	xavi e, he

Cuando comienza un nombre con consonante, se usan, en singular, **nu, a, u, y, ka, y, qui,** en plural.

Mi esclavo	nu mun
Tu esclavo	a mun
Su esclavo (de él)	u mun
Nuestros esclavos	ka munib
Sus esclavos (de ellos)	oui munib

¿Quién?	naki, achinak, apachinak
¿Quién soy yo?	apa-in-chinak
¿Quién eres tú?	apa-at-chinak
¿Quién es éste?	apachinak-ri

Yo soy	in ux
Tú eres	at ux
El es	are ux
Nosotros somos	oh ux
Vosotros sois	yx ux
Ellos son	he ux

Hemos querido poner estos pocos ejemplos para dar una idea de la regularidad y concisión del quiché; pero en una monografía sobre lenguas indígenas no cabe extendernos más, remitiendo al que desee tener cabal concepto de ella, a las gramáticas del gran quicheista Ximénez, Brasseur y el P. Flores, bien que todas tienen el defecto de haber tenido por norma, para sus clasificaciones y formas, la gramática latina de Nebrija, como le ha sucedido a la Real Academia Española, con respecto a la lengua castellana, que siendo romance, todavía tiene mucha más atingencia con la lengua del Lacio, que no con el quiché, ni el cakchiquel, cuya analogía remota pudiera ser con el annamita, el hebreo, el caldeo y el euskera (Grammaire de la langue Quichée. Brasseur de Bourbourg).

El tzutugil y el cakchiquel tienen más relación entre ellos, que el cakchiquel y el quiché, bien que conservan bastante analogía.

El cakchiquel ha sido objeto de estudios muy importantes, como los de Fr. Esteban Torresano, el P. Flores y últimamente el doctor Otto Stoll, que vivió durante muchos años en Guatemala. La raza de esos indios muestra su superioridad en muchas cosas, por la energía de sus expresiones y la belleza de su lengua. Mr. Brinton escribió una gramática de ella, y publicó en cakchiquel y en inglés, **"Los Anales de los cakchiqueles,"** o sea el **"Memorial de Tecpán Atitlán."**

Juzga Lubbock (1) que el punto de mayor interés en el lenguaje es el de numeración. Los quichés tenían un sistema ingeniosísimo. Al paso que el nuestro lleva por base el 10, del número de los dedos de la mano del hombre, aquellos indios contaban todos los dedos, incluyendo los de los pies, es decir que tomaban 20, y contaban por veintes. Expresaban con puntos los números hasta 4, y si se repetía este número empleaban rayitas horizontales, así: $\overset{\cdots}{=}$ significa 13.—Los números sobrepuestos indicaban múltiples de 20. Por ejemplo, se escribe 149, por un 7 colocado sobre un 9 $\overset{\overset{\cdot\cdot}{-}}{\overset{\cdots\cdot}{-}}$ y entonces la cantidad se desenvolvería así: $7 \times 20 = 140 + 9$.

Eran los signos:

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16

y así sucesivamente. Conocían el o cero. Compárese este método con el de los números romanos, y se verá que los mayas y los quichés estaban más adelantados, cuyo sistema, al decir de Pinochet, era más natural, claro y sencillo que el arábigo, que nosotros usamos (2).

(1) Los orígenes de la civilización, cap. IX, pág. 376.

(2) Trabajo del 4º Congreso Científico de Chile vol. XI, pág. 183

Volviendo a tratar de las lenguas de Centro-América, diremos que en Honduras se conocen muchos dialectos, y el Caribe de las costas de la bahía y de las islas cercanas, resulta ser el mismo que se usa en las Islas Occidentales. El doctor Berendt es quien mejor clasificó los grupos de esos idiomas, criticando lo que acerca de ellos había escrito Squier. Desde el cabo de Honduras hasta el río San Juan, y en las islas que se extienden hasta el río Negro, se usa el **Mosquito.** Por el río Patuca, el Towka y en el río **Seco,** el dialecto de este nombre. Cerca de Nicaragua el **Valiente** y el **Ramá.** En el interior el **Querra** y **Woolwa.** El **Zambo** y otros dialectos también se usan por muchos indios. La principal de todas esas lenguas es el chorotega. El Populuca es un idioma muy enredado y primitivo.

Sobre las lenguas de Nicaragua se ha publicado bastante. Fuera del azteca, las principales son el coribici, el chorotega, el chontal y el orotiña, al decir de Oviedo, Gomara, Boyle y otros historiadores.

En Costa-Rica se conocen vocabularios de las lenguas de los guatusos, blancos, valientes, talamancas, etc. En la obra de Wagner y Scherzer sobre Costa-Rica (página 562) en las del obispo Thiel, en las de Peralta, y en las interesantes publicaciones que han hecho los señores Ferraz y Fernández, pueden encontrar mucho, sobre idiomas indígenas de estos pueblos, los aficionados a la filología americana. Los "Apuntes lexicográficos de las lenguas y dialectos de los indios de Costa-Rica" del señor Thiel, son muy interesantes.

Por lo demás, lo que falta por hacer en las lenguas indígenas de América es la indagación filosófica y lingüística de la manera particular de pensar de los indios, ya que las razas piensan en conformidad con la lengua que hablan. No hay una manera absoluta de pensar, sino que cada idioma tiene su mentalidad, su psicología, su modo especial de unir las ideas y formar los juicios. El que más ha desentrañado el espíritu de las lenguas quiché, cakchiquel y maya, es Brinton, no poniéndolas en el lecho mortífero de Procusto, en el molde de la gramática latina, sino en medio de los bosques del Usumacinta y al través de la historia de aquella raza distinguida y antigua. Entre nosotros el Coronel Elgueta es especialista en esta materia tan interesante.

Si la lingüística se considera hoy como uno de los principales ramos de la etnología, no es menos cierto que la cuestión vital, al decir del sabio Humboldt, que dedicó la última parte de su vida al estudio sociológico de las lenguas, es qué influencia tiene o ha tenido el habla de una nación en su capacidad intelectual, moral y económica ; es decir, en su idiosincrasia, en sus fases históricas, en sus progresos y en sus caídas, ya que la lengua, como los pensamientos y sentimientos de un país, vienen de sus antecesores, y las palabras y el genio del idioma constituyen sellos formados por herencia también. Las palabras son reflejos de la mente y ecos del corazón. Si Cuvier pudo reconstruir los animales antediluvianos por huesos disgregados, hoy la ciencia halla el alma

de los pueblos en sus lenguas mismas. Por el hilo de oro que engarza las perlas del pensamiento, reconoce el artista el valor y mérito que tenían (1).

Los conquistadores y aun los eruditos de aquella época tan grande como ruda, no paraban mientes en todo eso; ni qué habían de detenerse a considerar si las lenguas americanas llevaban en su índole, estructura y sonidos, el meollo, el espíritu de pueblos que habían sido poderosos y muy notables, cuando lo que aquellos férreos soldados hispanos pensaban era que los indios carecían de razón. Bastante hizo el licenciado don Diego García del Palacio, en 1576, al dirigir al rey de España una carta, en la que encomiaba los siguientes idiomas, que por estas tierras se conocían: el mame, achi, chinautec, hutatec y chirichota, en Suchiltepequez y Guatemala; en Jutiapa, Salamá y Baja Verapaz, el pipil; en la Alta Verapaz el poconchi y el cakchicolchi; en Chiquimula el tlacacebasta y el apay; en Chiquimulilla y Jalapa el xinca; en la comarca de San Miguel el potón, taulepa y ulúa; en San Salvador el pipil, y en Nicaragua el nahualtl, el chorotega, el corobici, el chontal, el guetar, el orotiña, etc.

Muchas de esas lenguas han desaparecido, como el **alaguilac,** que se hablaba en el pueblo de San Cristóbal Acasaguastlán, departamento de Zacapa; el popoluca, que se usaba en Moyuta y Conguaco, de Jutiapa; el pipil de Escuintla, y **el chol** que fué idioma de una nación poderosa que vivía al Sur del Petén, y cuyos restos se ven en el Palemke.

Preciso es reconocer que hubo laudable empeño de parte de los religiosos españoles en escribir gramáticas, vocabularios y doctrinas cristianas, en lenguas indígenas de América. El Padre Fr. Ildefonso Flores escribió el "Arte de la lengua Metropolitana del reyno Cakchiquel," en 1753. El dominico Marcos Martínez escribió la "Gramática Quiché"; el mercedario Castelú, la de los lacandones; el franciscano Rodríguez, un "Arte y Vocabulario Cakchiquel"; Fr. Esteban Torresano otra obra análoga; Francisco Porras, el "Diccionario quiché, cakchiquel y tzutugil"; Fr. Juan Torres dejó un "diccionario de varias lenguas"; el Padre Cadenas, los "Vocabularios cakchiquel, quiché y poconchi"; el ilustrísimo Fr. Tomás de Cárdenas redactó un "Arte de la lengua Cakchi"; y el inolvidable obispo señor Marroquín, escribió e hizo imprimir una "Doctrina Cristiana," que tiene, sobre el mérito lingüístico e histórico, el de ser obra de aquel santo varón que enfervorizó los primeros años de la colonia.

Es muy interesante aunque poco extenso, el vocabulario en veintiuna lenguas del reino de Goathemala, mandado formar a fines del siglo XVIII, por el rey don Carlos III, y que se imprimió en Costa-Rica, por los señores Guardia y Ferraz, en 1892.

Es digno de recordarse que el P. Fr. Pedro de Betanzos fué el primero que mandó imprimir a México, en aquella imprenta mendocina, el **Catecismo de la Doctrina Cristiana en lengua guatemalteca.** Este fué, pues, el primer libro

(1) Studi Critici. vol. II. Graziadio—I Ascoli.

que se dió a la estampa en el idioma de estas tierras. Después salió impreso también en México, el del señor Marroquín, con el título siguiente: "Doctrina Cristiana en lengua guatemalteca (cakchiquel) con parecer de las Religiones del señor santo Domingo y san Francisco: Fr. Juan de Torres y Fr. Pedro de Betanzos" 1553. En el año 1724 se reimprimió en Guatemala, por el Br. Antonio Velásco. En el año 1786 se publicó en la Nueva Guatemala, en la imprenta de don Mariano Bracamonte, llamada de las Benditas Ánimas, un "Tratado de la vida y muerte de Nuestro Señor Jesucristo," en lengua cakchiquel. En 1762, imprimió don Sebastián de Arévalo, en la Antigua Guatemala, una Doctrina Cristiana, en cakchiquel. El licenciado, don Ramón G. Saravia, publicó, hace algún tiempo, un vocabulario **quekchí**, que tiene la ventaja de estar en forma gramatical, y que debía haber sido acogido con más interés y alguna recompensa.

La tribu **quekchí**, que es antiquísima, contribuyó a la cultura de los mayas y a la elaboración de su calendario. Los famosos héroes de la mitología quiché, Hunahpú y Xbalanqué, representantes del sol y de la luna, salieron de Carchaj, importante pueblo quekchí, del departamento de la Alta Verapaz, en la República de Guatemala. La lengua que ahí se habla es muy interesante, filosófica y expresiva. Dice el mismo señor Saravia "que el artículo determinante **li** correspondiente al español **el**, es en plural **eb li**. Las declinaciones se hacen como en castellano por preposiciones. Así, del genitivo re, de; del dativo **reech**, para; del acusativo **aj**, á; y del ablativo **riquin**, con; **re**, de; **cagnac**, desde; **sa**, en; **isch ban**, **pogui**, sin; **issbeen**, sobre; y **chirisch**, tras.

El artículo indeterminado un, es **jun**. Su plural **junchol**. El artículo no denota género, en quekchí; pero como va con el nombre que sí denota género, se comprende bien si es masculino o femenino. En cambio, como el nombre no tiene número, lo expresa por medio del artículo, con lo que se vé que ambas partes de la oración se prestan servicios mutuos. Ejemplo: el hombre, **li-guinc**; los hombres **eb-liguinc**. La mujer, **li-isch**; las mujeres, **eb-li-ische**.

Los nombres propios tienen abreviaturas, como **Mar**, por María; **Manu**, por Manuel; **Cantel**, por Candelaria; **Tir**, por Mártir, etc. En esta parte, creemos que el señor Saravia debía haber advertido que esto de los nombres propios, no es más que castellano corrompido, como que en el verdadero quekchí, no existen tales nombres propios cristianos.

Hay nombres primitivos, v. g. **gua**, pan: Derivados, **caxlanguá**, pan español. Simples: **chabil**, bueno: **cachin-chabil**, buenito. Colectivos: **tenamit**, Pueblo. Partitivos: **jach**, mitad. Proporcionales, **caguá**, duplo. Aumentativos: **nimblá**, **gran guinc**, hombre. Diminutivos: **chiná**, pequeño, **guinc**, hombre. Los adjetivos tampoco tienen distinta terminación genérica, y el plural lo forman por el artículo. Ejemplos: **us**, bueno; **maus** malo.

En la conjugación con auxiliares, casi nunca varía la palabra matriz. Así **raoc**, amar, suena **raoc** en casi todos los tiempos, aunque en ésto suele haber

irregularidades. Tanto por su estructura como por su gramática es digna de estudiarse esta lengua quekchí.

Conservo en mi colección un testamento **kekchí,** escrito en el siglo XVI, encontrado en Carchá, y remitido en copia por Mr. Sapper al Museo de Berlín. Contiene ese precioso documento antiguo muchas palabras que ya los mismos indios no entienden bien hoy, acaso por haber caído en desuso. El testamento es la última voluntad de una viuda moribunda, que deja un sitio o solar sembrado de chiles, un poco de ropa, una piedra de moler maíz, unas cuantas fanegas de ese grano y algunos otros objetos. La mayor parte se lega para pagar misas en sufragio del alma de la testadora. La fecha del testamento es el 3 de diciembre de 1583. Se encuentra traducido al inglés con muchas observaciones, por Roberto Burkitt, y publicado en la **"American Anthropologist.** (1)

Varias lenguas van desapareciendo, como la pupuluca, que se habló en varios pueblos de El Salvador, y que apenas queda en Yupiltepeque, y como la sinca, que es congénere de aquella y derivada de un idioma distinto de los otros aborígenes de Guatemala (2).

Pasando a tratar de las etimologías, no están de acuerdo los autores acerca de la que corresponda al nombre de nuestra patria, **Guatemala.** Remseal piensa que en lengua india significa **"donde se echa la madera."** Fuentes y Guzmán afirma que trae su origen de la voz mexicana **Coctemalan, palo de leche, hule.** Juarros opina que viene de **Quahutemali,** palo podrido. Ximénez dijo que se derivaba de **Cuahutimal, fuente de betún amarillo.** García Peláez pensaba que se traía de **Guatezmaha,** que en tzendal significa **cerro que arroja agua.** Bancroft, Milla y otros, sostienen que la etimología es **Quahutemalan,** nombre del pueblo Iximché, al cual llegaron primeramente don Pedro de Alvarado y sus compañeros, en són de paz, habiéndose fundado el 25 de julio de 1524, la primera capital del reino de **Goathemala,** con el nombre de Cibdad de Santiago de los Caballeros; después se extendió a todo el país el nombre de la capital. Mencos Franco escribió que podía atribuirse a **Xotemal** o **Jiutemal** o **Xitemal,** nombre del primer rey cakchiquel, lo cual Juarros ya lo había consignado en el tomo I, página 77 de su obra. Elgueta sostiene que la palabra **Guatemala,** se formó de la tlascalteca **Quahuthimalán,** compuesta de **quahutli, águila,** y del verbo **ma, malli, mallán,** que significa **cautivar, cautivo,** o sea **águila cautiva.** Esta denominación recibieron los cakchiqueles, porque sus reyes usaban sobre su corona un geroglífico compuesto de una águila pequeña, de vistoso plumaje y en actitud de estar cautiva. Lo cierto es que los cakchiqueles se llamaban **cuahutemalas**; pero no se sabe de dónde les vino ese nombre, ni de dónde procedió el de **Jiutemal** o Xotemal, su rey, aunque caben su-

---

(1) Vol. 7º Nº 2 Apr. June. 1905.

(2) Dr. Eustorgio Calderón. Ensayo lingüístico, sobre el Pupuluca.

posiciones o conjeturas más o menos aceptables, como adelante se verá. Puede presumirse que en la palabra **Cuauhtemalan**, después sucesivamente, **Quauhtemala, Goathimala, Goathemala, Guatemala,** como ha venido escribiéndose, en el transcurso del tiempo, entra sin duda la palabra **quauht,** árbol, como en guapinol, guayaba, guachipilín, guayacán, guarumo, guanacaste, etc., que son árboles conocidos.

Es curioso observar que el nombre de **Buddha** era **Guatema,** que significa **salvado del agua,** así como quiere decir lo mismo **Moisés.** Prevalece antiquísima tradición, confirmada por el Codex Cimalpopoca, de que al titilar la estrella matutina, en un nefasto instante, se hundió el gran Continente civilizado de los mayas primitivos, y quedaron sumergidas también por mucho tiempo, gran parte de las tierras del istmo de Centro-América, que volvieron después enjutas al haz del mundo; **Guatemala, lugar cautivo del agua,** la llamarían entonces, y de ahí vendrían los nombres de sus reyes **Xotemal** o **Jiutemal,** y el feudo de **Chutimala.** Hay mucha analogía entre los principios religiosos de las maya-quichés y la filosofía isotérica de los budhas; la lengua maya, como lo hemos dicho ya, tiene las mismas raíces del annamita, del caldeo y la elegante estructura y concisión del siríaco. El hinduismo fué formado de los principios y tradiciones de aquellos pueblos americanos, que tuvieron admirable cultura, anterior a la asiática, según algunos opinan (1).

En la "Literatura de las lenguas aborígenes americanas," que escribió, en inglés, H. E. Ludwing, publicada en Londres, en 1858, se explican ampliamente las conexiones de los idiomas asiáticos con los del Nuevo Mundo. Brasseur de Bourbourg comparó también nuestras lenguas indígenas con las del Mundo Antiguo, encontrando analogías. Las lenguas aborígenes americanas pueden entrar en el grupo de las arias, aunque para mí son anteriores a las otras, como opinan Chavero y varios historiadores.

Los nombres castellanizados **Mames, Atitanes, Guatemalas,** son procedentes de los idiomas que hablan la mayor parte de los pueblos que hoy forman la república de Guatemala. Eran las tres grandes divisiones del reino quiché, dadas en feudo a los hijos del poderoso cacique. La primera al mayor, la segunda a la mujer, hija o hermana y la tercera al menor. Esto se infiere de la significación de las palabras **máma** viejo; **atitá** viejas; y **chutimala** o **chutimalá,** muchacho pequeño, infante o nacido después del primogénito. Acaso **Xotemal** se llamó así por ser el más joven de los hijos de Acxopil; y de **Xotemal** se denominaría **Cuahutemálan** la ciudad de Iximché. De ahí pudo venir **Gohatemala,** como antes se escribía, resultando que significaba **muchachos,** en su origen. Esta opinión aunque sostenida por el erudito anticuario, don Juan

---

(1) Filosofía esotérica de la India, por el Brahmacharín Chattergi, versión castellana con notas aclaratorias, por el Dr. José Plana y Dorca.

Gavarrete, no pasa de ser una hipótesis más ingeniosa que filológica. No hay duda que nuestro apreciable compatriota Elgueta es el más autorizado en estas cuestiones.

Los aztecas que vinieron de auxiliares de los españoles, fueron traduciendo los nombres de los pueblos que encontraban, o poniéndoles otros en su idioma. Así a **Chelahup** (**ch** es sonido como en francés) llamáronle **Quetzaltenago.** La sílaba final **co** vuelta por corrupción y suavidad **go,** significa **en, tenán, lugar,** y **quetzali, pájaros,** o por antonomasia el **quetzal.** "Lugar en que hay quetzales." Inmediata a Quezaltenango estaba la ciudad quiché llamada **Chui-mequen-a,** que los aztecas tradujeron **Totonil-co-apán,** agua caliente. Hoy le llaman **Totonicapán. Totonil** es caliente, **co** es en, **apán** agua.

Huehuetenango—el **co,** (después se pronunció **Go**) quiere decir **en; huehue,** en azteca, significa viejo—**lugar de los viejos.** Así tradujeron los auxiliares de don Pedro de Alvarado la palabra **mames,** pues **máma,** en quiché y cakchiquel quiere decir **viejo.**

Al Este tenía a **Cuimekená,** pueblo perteneciente al feudo de **Chutimala,** y el primero era **Tzololá,** que se compone de dos palabras **sauco** y **agua,** o como quieren otros, de **zololli-la,** lugar de cosas antiguas. Del departamento de **Sololá,** como hoy se escribe, fué parte, en la primera división legal, que tuvo el Estado de Guatemala, **Suchitepéquez,** corrupción de las palabras aztecas **suchil-aepes,** monte florido, cuya capital o cabecera, como por acá le llaman, es **Mazatenango, en el lugar de los venados. Cuyotenango, en el lugar de los coyotes. Retalhuleu, lugar de tierra o mojón,** en cakchiquel, que debió de ser **chak-chi-shel,** que quiere decir **el hermano menor,** y ésto conviene con el **Chiutimala** o **Chatimalá** que mandaba el reino, cuya capital era **Iximché, palo de maíz,** de que no hicieron caso los aztecas, y llamaron **Tecpán-Chiutemala,** palacios de piedra de Chiutimala. Joyabá, era una hermosa población **Xol abah entre las piedras.** Nahualá, quiere decir la **magia, la ciencia.**

En **Chak-chi-shel** está la metonimia que en los idiomas europeos se comete, tomando la palabra lengua, por idioma; porque **chi** quiere decir boca, y mientras unos toman una parte como el principal instrumento de la palabra, los otros toman el todo. Por eso se halla el **chi** en la denominación de otros idiomas, como el **poconchí, quekchí, chinauteco, chirechota,** etc. El **shel** es una terminación parecida a las que tenemos en español, como en **línea, linaje, lengua, lenguaje.**

El hecho de que se encuentren todavía muchísimos vocablos mexicanos por Guatemala, el Salvador, Honduras y Nicaragua, confirma la idea histórica de que los aztecas que vinieron con el conquistador Alvarado, dejaron muchos nombres que, con pocas excepciones, aún se conservan; siendo además de notar que los nahoas, como se ha dicho atrás, habían extendido su raza por la mayor parte del istmo centro-americano, hasta más allá de los lindísimos lagos de Nicaragua. La cremación y las urnas cinerarias, introducidas por esa

invasión, son semejantes desde Huehuetenango hasta la isla de Ometepeque. En todo el istmo centro-americano quedan restos de aquella histórica invasión; y no faltan pueblos, como el de Santa Inés Petapa, en Guatemala, que se precian de ser descendientes de los tlascaltecas, que trajo don Pedro de Alvarado (1).

Por todos estos lugares se conoció el **maíz** desde antes de la conquista, como que en algunas partes era silvestre, y en México, Guatemala, el Perú, las Antillas, etc., formaba y aún forma la base de la alimentación de los indios (2). La palabra **maíz** se deriva del maya **mayz**, y en el Popol-Vuh se dice que de **maíz** fué hecho el hombre. En Guatemala se llama **helote** al maíz tierno y **chilote** a los tallos de que se desprende el grano, palabras derivadas del mexicano **xilotl**. La mayor parte de los nombres de lugares de ríos, plantas, árboles, etc., se derivan del azteca. **Tecpán**, palacio real; **Pochuta**, abundancia de ceibas; **Amatitlán**, entre los amates; **Escuintla**, abundancia de perros; **Mixtán**, junto a los leones; **Chiquimula**, lugar de jilgueros; **Sinacantán**, abundancia de murciélagos; **Atitlán**, entre el agua; **Cuyotenango**, lugar de coyotes; **Teculután**, lugar de buhos; **Usumatlán**, lugar de monos; **Acasaguastlán**, lugar de la grama; **Jocotán**, lugar de frutales; **Alzatate**, lugar de las garzas; **Jutiapa**, en el agua de los caracoles; **Mita**, abundancia de flechas; **Michatoya**, río del pescado; **Usumacinta**, abundancia de monitos; **Motocinta**, abundancia de ardillitas; **Suchitán**, entre las flores; **Tectictlán**, entre las piedras; **Ixguatán**, lugar de las palmeras; **Yepocapa**, en el agua dormida; **Sacapulas**, abundancia de sacate. Estos no son sino unos pocos ejemplos de las muchas palabras aztecas que quedaron por estas tierras, al pasar Alvarado con los indios mexicanos. Citamos esas por ser nombres de lugares conocidos de Guatemala.

¡Fenómeno curioso! En busca de riquezas, instigados por la codicia, venían los conquistadores españoles, esparciendo, sin sentirlo, los gérmenes de un lenguaje nuevo, y subyugados por el espíritu religioso dejaban aquí y ahí, un lugar, un pueblo, un río, una flor, un pájaro, con nombres castellanos de santos o de objetos análogos a los que contemplaban. Tras aquellos heroicos soldados, llegaron también a la conquista de Guatemala millares de aztecas, en ayuda de los que allá por México los habían vencido. Ellos a su vez iban dejando, con la luctuosa hecatombe de sus hermanos, muchísimas voces que han alcanzado larga vida. Las lenguas primitivas de estas comarcas sufrían una mezcla ruda, así como el hebreo de los antiguos judíos, cuando aprendieron el caldeo de Babilonia y Nínive.

No pocos filólogos extranjeros y varios centro-americanos han dado a conocer al mundo algunas lenguas y dialectos indígenas, haciendo de ellos merecidos encomios, como les tributan, en sus magistrales obras, Berendt,

---

(1) Recordación Florida, tomo II, pág. 230.
(2) Aseguran algunos historiadores que *el maíz, Zea*, fué originario de Guatemala. Brinton. Annals of Cakchiquels.

Gallatín, Buschmaun, Weitz y el doctor Stoll. Bien valía la pena de impartir interés a recolectar noticias de los varios idiomas guatemaltecos, a reunir las obras que sobre ellos se han escrito, a fundar una clase de quiché o cakchiquel; en una palabra, a conservar el tesoro de tantas lenguas interesantes, como son las originarias de estas tierras, muchas de ellas vivas todavía, aunque menospreciadas por la ignorancia y el orgullo torpe y ridículo de aquellos que miran con desdén lo que se refiere a los antiguos pobladores de la América precolombina.

Con la invasión de los bárbaros del Norte en Europa acabó el latín de ser idioma vulgar; pero cada lengua muerta resuena como un eco prolongado. Todavía se hablan por tribus de indios en Guatemala, el quiché, el cakchiquel, el tzutugil, el kekchí, el poconchí, etc., y todos estos idiomas esmaltados de palabras castellanas, a su vez dan al español que nosotros hablamos, no sólo muchísimas voces, sino también ciertos acentos que continúan vibrando en la pronunciación local. Como la nota de un instrumento provoca, despierta, engendra notas concordantes, armónicas, en otro instrumento del todo diferente, así una lengua antigua hace resonar cuerdas congéneres en la lengua que la reemplaza. El lenguaje humano, dice Edgard Quinet, es un teclado en que cada raza hiere una nota, y ésta tiene sus ecos, sus atavismos y sus resurrecciones (1). De ahí proceden los distintos dejos o cantos con que se habla, en Centro-América y en México, la lengua castellana.

Tan curiosa como la etnografía es la lingüística de este istmo, no sólo por la multitud de idiomas y dialectos, sino porque de su estudio se deduce que existió un gran pueblo ramificado, de cultura notable, de gran esparcimiento, y después subdividióse de tal suerte que, a mérito de invasiones distintas y razas diversas, hasta hubo de perderse la memoria de su existencia. Convienen los historiadores en que de la rama maya-quiché, resultaron casi todos los pueblos civilizados aborígenes de la América Central (2) pero, como explica el doctor Berendt, que es el que más profundiza esta materia, hay otras ramas de orígenes distintos y lenguas diversas. Es curiosa la obra de don Francisco González y Fernández, que lleva por título **"Los lenguajes hablados por los indígenas del Norte y Centro de América."** Madrid, 1893; pero no cabe dudar que el ilustre profesor de arqueología y de lingüística americana, Mr. Brinton, en obras recientemente publicadas, es el que más erudición ha aportado al cúmulo bibliográfico que a los idiomas se refiere. El doctor Stoll ha dado a luz interesantes producciones sobre las lenguas de Guatemala.

En el Congreso de Orientalistas, que se celebró en Roma, en 1899, se reunieron inteligencias de notables personalidades, y se coleccionaron importantes libros, habiendo sido el más notable de los trabajos el del profesor

(1) La Creación Tomo II, pág. 171.
(2) Bowditch. Mayan Nomenclature. Cambridge. 1906.

G. Sergi, sobre Antropología Americana, con el cual tuvo la bondad de obsequiarnos. Hoy se estudian en Europa y en los Estados Unidos todas las cuestiones relativas a los idiomas antiguos de nuestros indios, y se prodigan grandes elogios al quiché, que se conserva puro entre numerosas agrupaciones de aborígenes, aún no mezcladas con los españoles y los mestizos, sino que usan el idioma de sus mejores siglos de explendor, lo cual no sucede con la generalidad de los indios mexicanos incásicos, que emplean idiomas en decadencia, de agrupaciones antráxticas e híbridas, apenas bastantes a revelar sus lenguas primitivas, tan degeneradas como su sangre y tan corrompidas como su rudo modo de vivir (1).

La lingüística es hoy la base principal de la etnografía, el hilo misterioso que conduce, al través de las edades, para penetrar en el laberinto del pasado, encontrándose siempre el mismo fondo de construcción gramatical, con las variaciones consiguientes a pueblos primitivos o a naciones adelantadas. Todo reconoce unidad admirable, por más que retrocedamos hasta donde la historia alcanza, y comparemos edades, pueblos y lenguas. La humanidad, sea cualquiera su origen, se hizo en el mismo molde y ha venido desenvolviéndose al soplo del mismo espíritu. El lenguaje se formó del genio de cada raza.

Entre los curas párracos de los pueblos de indios no han faltado algunos que supieron muy bien las lenguas respectivas. El P. Hernández, que durante muchos años sirvió la vicaría de Santa Catarina Ixtahuacán, fué casi adorado por aquel pueblo rico y de pura raza. En una ocasión que la Curia Eclesiástica suspendió al sacerdote, venían de ese pueblo centenares de feligreses suyos a reclamarlo. Acudieron al capitán general don Rafael Carrera, a la sazón presidente de la república, como pudieron acudir a Felipe II, en uso del patronato real, los que en tiempos coloniales se querellaban de los diocesanos. Se negó el arzobispo, señor García Peláez, a levantar la censura al P. Hernández, a pesar de las observaciones del general Carrera, que veía la necesidad de mandar al cura a Santa Catarina, para tranquilizar a más de veinte mil indios. Llegó a tal punto la dificultad, que el famoso presidente dijo: "que los nudos gordianos los cortaba él con la espada: que el P. Hernández volvería al curato aunque fuera suspenso." Entonces el arzobispo tuvo que ceder; pero mandando otro sacerdote para que administrara la parroquia. Los indios contentísimos, ni oían la misa, ni se confesaban, ni ponían los pies en la iglesia, a pesar de las exortaciones del P. Hernández, para que reconocieran al nuevo cura. En vista de eso el arzobispo García Peláez vióse obligado a retirar a éste, levantando la suspensión al primero, quien por mucho tiempo, hasta su muerte, no hubo de abandonar a sus queridos **catarinos.**

En esa época de la suspensión del P. Hernández, se propuso enseñar cakchiquel al abogado e ingeniero don Cayetano Batres del Castillo, padre del

---

(1) Brinton. Characteristics of American languages.

autor de la presente obra, y para facilitarle el aprendizaje, escribió un precioso vocabulario, que inédito he conservado, como homenaje a la memoria de un sacerdote que supo captarse el amor del pueblo más importante de indios de la república de Guatemala, y en recuerdo del sér a quien más amé en el mundo.

Cabe conmemorar aquí a don Felipe Silva, quien escribió un diccionario kiché y cakchiquel, lenguas que sabía bien y que de viva voz había aprendido. El doctor Eustorgio Calderón, de Mazatenango, publicó en 1890 un vocabulario **yupe**, idioma que casi está desapareciendo, de Yupiltepeque y Chiquimulilla. El coronel don Manuel G. Elgueta, de Totonicapán, no sólo exploró las ruinas de Chalchitán, sino que conociendo a fondo el quiché, ha escrito varias obras como las que se intitulan **"Un pueblo de los Altos," "Etimologías Nacionales"** y muy interesantes artículos. El doctor don Santiago Ignacio Barberena dió a luz la obra **"Nahuatlismos y Kicheismos,"** y ha enriquecido además la literatura aborigen con otras producciones valiosas.

Para concluir el presente capítulo, diremos que las lenguas de las naciones civilizadas antiguas de Centro-América, se pueden clasificar, por lo general, como de la familia maya-quiché, demostrando todas aún, la simplicidad y regularidad del idioma primitivo, que muchos han comparado al caldeo, al hebreo y aún al griego. El quiché puro, que todavía se habla en varios pueblos y lugares de Guatemala, es una lengua tan perfecta, filosófica y admirable, que bien revela el grado de cultura que habían alcanzado, miles de años antes de la venida de los españoles, los aborígenes de este privilegiado suelo (1).

Los idiomas indígenas de Centro-América, hoy tan apreciados en Europa y Estados Unidos, tienen intérpretes como Eduardo Seler, en sus estudios lingüísticos y arqueológicos, en gran parte referentes a Guatemala; como Otto Stoll, que escribió buenos libros sobre arqueología, etnografía y grupo Pokomchí; como el doctor Berendt, que estableció la geografía de los idiomas indios de nuestro suelo; como el norte-americano Brinton y los guatemaltecos cuyos nombres hemos citado anteriormente (2).

Hace años había en la Universidad de Guatemala una clase de lenguas indígenas. Hoy, que tanto interés se presta en el mundo sabio a esos idiomas, ninguna atención se les da entre nosotros. Vendrá un día en que tales lenguas mostrarán históricamente la existencia de pueblos destinados a desaparecer. Lo que nunca desaparecerá es la influencia de los idiomas indígenas de estas tierras en el castellano que hablamos, salpicado de voces aborígenes, y más que

---

(1) Brasseur de Bourburg. M. S. Troano, tomo II, pág. 3, 4 y 5.—Duns Guathemala pág. 265.—Ternaus-Copans, in Nouvelles annales des voyages, tomo XCVII, pag. 32.—Squier. vol. CLIII, pág. 178.—Bancroft. Miths and Langnages, vol. III, pag. 758.

(2) En la gran librería de Karl W. Hiesepmann, en Leipzig, hemos visto la mejor colección de libros en venta sobre lingüística americana. Su catálogo abraza 378 obras. Todas ellas y algunas más se pueden leer en la monumental *"Library of the Congress,"* que es hoy una de las más grandes instituciones que hay en Washington, y que ya contiene mucho sobre Centro América.

todo, con el acento especial que en cada región existe, y que lleva las notas de la lengua de cada zona (1). Así como no existen pueblos de raza absolutamente pura y única, tampoco existen lenguas que no hayan recibido la influencia de sus vecinos. Si en el castellano sobrevive el recuerdo de que hace mil doscientos años los árabes llevaron a España elementos de cultura nueva, en la América hispana, se encuentra el español lleno de voces indígenas y de regionalismos pintorescos y curiosos. Las lenguas son como las plantas, que reflejan el terreno en que se hallan, y el pensamiento se tiñe del color de los idiomas, como decía Voltaire.

---

(1) Rodolfo Lens.—Los elementos indios del castellano en Chile,—Santiago, 1810. En la obra que publicamos con el título de "Vicios del Lenguaje y Provincialismos de Guatemala." se hace notar la parte india o el elemento aborigen en el castellano que hablamos.

CAPITULO XI

LA MEDICINA, PESTES, BRUJOS Y HECHICEROS

SUMARIO

La medicina estaba reservada a los sacerdotes. — Daban muerte a los que creían que ya no sanaban. — Médicos entre los quichés, cakchiqueles y tzutugiles. — Baños medicinales. — Conocimientos médicos guardados en el "cyperus papyrus. — Dioses de la Medicina, tutelares de los aborígenes. — Importantes remedios que conocían los indios. — Plantas americanas. — El bálsamo, la jalapa, zarza-parrilla, coca guayacán, achiote, quina, guarumo, camacarlata, capitaneja, jilipliegue, monecillo, cuaja tinta, huis chichicaste, floripundia, hule, piciete, ischté, isiquequi, xique, alonquén, telonquén, amché, yerba del cáncer, cacao, canutillo, celidonia, cedrón, tamarindo, teopatli, yupactli, aguacate, chilmecat, chicalote, zarzuela, hipericón, marrubio, hierba del pastor, lengua de serpiente, limoncillo, lechuguilla, paixte, chamico, cebadilla, chulbalán, doradilla, hierba mora, culantrillo, fumaria, espino real, cuxtipactli, toronjillo, hinojillo, zumaque, yerba lechosa, yerba de la golondrina, izquizuchil, cacalotsuchil, tapat, cempoalzuchil, matalisti, tocoyolo, mandrágora, zacatón, verdolaga, caparrosa, mangle, rojo, etc. — Obras notables que tratan de la botánica de estos países. — Pestes asoladoras que hubo por estas regiones. — La sífilis, su origen y cuestiones que se han suscitado acerca de si hubo esta enfermedad en América. — Los agoreros y brujos. — La profecía de la conquista. — Gran papel que el demonio hacía en aquellas tiempos. — Boticas y jardines botánicos de los quichés. — Sepulturas que daban los indios a sus reyes y nobles. — La cremación. — Los quichés se abstuvieron de ayuntarse para no dar esclavos a los españoles. — Hambres y terribles epidemias. — El nagualismo. — Los maleficios. — El Padre Gage vió, según dice, indios que se convertían en leones, tigres, águilas, perros, etc. — La magia es tan antigua como el mundo. — Introducción a la mitología por la historia natural. — Los indios prestaban crédito a los sueños. — Las ciencias ocultas.

En ciertos pueblos de América, la medicina estaba reservada a los sacerdotes, que conocían muchas enfermedades y no pocas yerbas y remedios para curarlas, según explica Oviedo en la "Historia General y Natural de las Indias" (1). Varias razas, como la de los meca, no fueron partidarias de aplicar remedios, sino de una higiene primitiva. Cuando la dolencia era grave y no sanaba sola, reunían a los parientes del enfermo, y previo consejo de ellos, lo mataban para que no penase, atravesándolo con una flecha. A los viejos inválidos, dice Sahagún, que también les daban muerte, a fin de ahorrarles las penas de la senectud; en todo lo cual no hacían estos pobladores del Nuevo Mundo mas que lo mismo que hicieron los pueblos antiguos de Asia y Europa.

Entre los quichés, cakchiqueles y tzutugiles sí hubo médicos, que de padres a hijos transmitíanse sus conocimientos. Algo practicaban de cirugía, y

---

(1) Tomo III, pág. 126.

a lo que parece, tuvieron un sistema de anestesia, procurada con la coca y con sustancias análogas a las que empleaban los egipcios. Los baños medicinales eran muy usados, sobre todo el del **temaxcalli**, que hoy llaman **temaxcal**, y que es un fuerte baño de vapor. Lo raro era que no creían saludable que se bañase el hombre solo, sino con la mujer, pues de otro modo, tenían la superstición de que el baño se tornaba en fuente de enfermedad y desgracia. Los primeros maestros de medicina, en la nación quiché, fueron Xmucane y Xpiyacoc, tenidos por semidioses.

Así como los sacerdotes egipcios tuvieron, desde la más remota antigüedad, conocimientos médicos, que recopilaron en un tratado—cuyo facsímile hemos podido admirar—escrito en **cyperus papyrus**, en la Biblioteca de Astor, en Nueva York, los nahoas, mayas, quichés, y demás naciones civilizadas de América, usaron en remotos tiempos ciertos secretos, prácticas y supersticiones, que apenas han quedado en la tradición y en las antiguas historias.

"Procuremos penetrar en la época precolombina, interrogando en lo posible los monumentos primitivos, y comparando con los datos que ellos nos proporcionen, los procedimientos que actualmente están en boga, aquí o allí, en el seno de la población nativa. Esto nos llevará a comprobar una vez más la obstinación con que muchos indígenas se acantonan en las prácticas hereditarias. Veremos, además, cuán rica es la materia médica indiana todavía poco conocida en Europa, y cómo supieron hacerla provechosa.

Este estudio, tan largo tiempo omitido, y ahora apenas comenzado por los americanistas, no adelanta sin dificultades. Para llegar a formarse una idea, aun superficial, de los antiguos métodos curativos, sería menester abrirse paso a través de una tupida maleza de mitos, ceremonias religiosas y supersticiones. Hay aquí un mundo de extravagantes incoherencias, y que sin embargo domina la atención: él revive a nuestros ojos una de las fases notables de lo que se llama la civilización **precortesiana**; además, aun en medio de raras costumbres legadas por los antepasados y constantemente mantenidas, se perciben ya los esfuerzos de una raza que aspira a un conocimiento más práctico y más racional del arte de curar (1).

Por lo demás, se sabe que varios pueblos americanos tenían medios muy simples para combatir la enfermedad. ¿La afección parecía grave? Al instantes la familia trasladaba al paciente al punto más elevado de alguna montaña vecina, depositaba junto al enfermo alimentos y un vaso lleno de agua, abandonándolo después hasta que moría o se curaba, sin permitir que nadie se le aproximara. Según sus creencias, el agua era el remedio por excelencia, porque curaba el cuerpo lavando las manchas del alma (2). Después de tres

(1) En las obras de Cogolludo, Landa y Lizana se suministran curiosos datos sobre la medicina y la botánica indígenas.

(2) Torquemada, *Monarquía Indiana*, libro XIII, capítulo 35, pp. 490 s qq. Cfr. ibid., c. 21, pág. 451. Fray Diego Durán. *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra firme*, capítulo 97, edit. México, 1880, tomo II, pág. 211.

o cuatro días de seria indisposición, los teochichimecas hundían una flecha en la garganta del enfermo. Ellos mataban de igual modo a sus ancianos, para no ver prolongarse sus padecimientos, y los enterraban con demostraciones de júbilo, con cantos y bailes que duraban hasta tres días (1).

La mayor parte de las tribus meca permanecieron extrañas al movimiento médico iniciado en Tollan, y fue muy tarde cuando los mismos aztecas recogieron este arte con otros restos de la civilización tolteca. Bien visto, ellos lo recibieron mezclado con prácticas religiosas que no tardaron en multiplicar. He aquí una bastante notable. Desde que el caso se volvía amenazante, el médico decía al enfermo: "Tú has cometido algún pecado," y se lo repetía hasta que lograba la confesión de una falta que podía ser ya muy antigua. Esto constituía a los ojos de todos, el principal tratamiento: para salvar el cuerpo era preciso, desde luego, purificar el alma (2). ¿No se diría un recuerdo del **Eclesiástico** (3) en los consejos que da a los enfermos? La idea tan profunda y tan justa que inspiraba estos consejos, se vuelve a encontrar, desfigurada, entre otras razas americanas, al igual que en las creencias del antiguo mundo. Entre tantos textos bien conocidos, no queremos recordar sino la fórmula del conjuro, descubierta en la biblioteca de Assurbanipal (4); ella establece una relación entre el pecado y la enfermedad:

Atrás espíritu malo; retírate de este hombre.
Aun cuando seas el pecado de su padre,
O el pecado de su madre,
O el pecado de su hermano mayor,
O el pecado de un desconocido,
¡Atrás!

Es sabido que antes de la conquista había en América una especie de confesión curiosa. Aunque muy diferente de la de los cristianos, ella explica, en parte, sin embargo, la increíble prontitud con que los indios recibieron de los primeros misioneros el sacramento de la penitencia (5).

---

(1) SAHAGUM, *Historia de las cosas de Nueva España*, lib. X, capítulo 29, tomo III, pág. 119.—Entre los payos (Coahuila) no se dejaba, al infeliz, tiempo para expirar. Cuando el fin era inminente se le llevaba vivo a la sepultura para que entregara su alma sin testigos; para estos pobres supersticiosos, el que veía morir a alguno debía sucumbir poco después (ANDRÉS PÉREZ DE RIBAS, *Historia de los Triumphos de nuestra santa fee*), lib. XI, capítulo 9, pág. 684. ALEGRE, *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España*, tomo I pág. 371. Entre otras tribus, para salvar al padre o a la madre gravemente enfermos, se daba muerte al más joven de los niños como víctima expiatoria (OROZCOY BERRA, *Geografía de las lenguas y carta ethnográfica de México*, pág. 305).

(2) MENDIETA, *Historia cl. indiana*, libro III, capítulo 41, pág. 281. La misma aserción, en términos casi idénticos, se vuelve a encontrar en *Las historias de los indios de esta provincia de Guatemala, traducidas de la lengua quiché al castellano*......por el R. P. FRANCISCO XIMÉNEZ, edit. Scherzer, Vienne, 1857, pág. 192. Cfr. SAHAGUN, libro V, capítulo 7, tomo II, pág. 64. ICAZBALCETA, op. cit., pág. 160.

(3) XXXVIII 10 s qq. *Ab omni delicto munda cor tuum......et da locum medico.*

(4) FR. KAULEN, *Assyrien und Babylonien nach den neuesten Entdec Kungen*, 3e edit., 1885, pág. 151; 5e edit., 1899, pág. 174. Otros leen "maldición," en vez de "pecado" (MASPERO, *Histoire ancienne des peuples de l'orient classique Egypte et Chaldée*, Paris, 1895, pág. 781 s q). En todo caso hay numerosos textos cuyo sentido no admite duda alguna.

(5) Véanse a este propósito curiosos detalles en MENDIETA, op. cit. pág. 282. SAHAGUN, libro I, c. 12: t. I, pp. 11-16. DURÁN, op. cit. t. II, p. 198.

Una de las divinidades tutelares de la medicina era **Tocitzin** o **Toci** (nuestra abuela), llamada igualmente **Teteo innan, Tlalli iyollo,** (1) **Youalticitl, Temazacalteci.** La representaban algunas veces bajo la forma de una mujer anciana, de rostro blanco en lo alto, y negro desde la nariz (2). Su festividad, que caía en el mes de **ochpaniztli** (3), se señalaba inmolando una mujer llamada **Toci,** como la diosa, y ornada de los mismos atributos. Después de varios días de festejos, en los cuales las **titici** (4), es decir, las mujeres médicas y las parteras, divididas en dos grupos, simulaban un combate, se cortaba la cabeza a la **Toci,** la desollaban, y un joven cubierto con la piel ensangrentada iba al templo a arrancar el corazón de cuatro víctimas humanas (5). En el mes **ueitecuilhuitl,** (6) las **tatici** sacrificaban todavía una joven a la Diosa **Xilonen.** Después de adornarla con flores y obligarla a largos bailes, la entregaban a los victimarios. El corazón era ofrecido al sol, la sangre servía para ungir el umbral del templo y los ídolos (7).

Los médicos eran particularmente devotos de **Tzapotla tenan,** "la madre de Tzapotlan": ellos le atribuían el descubrimiento de la resina medicamentosa **oxitl** (trementina).

Otro de sus protectores **Ixtlilton** (8), acogía en su templo a los niños enfermos. Estos, cuando les era posible, debían bailar delante del ídolo, o al menos beber una agua santa conservada en el santuario (9).

¿No hay en ello semejanza con las sociedades primitivas del antiguo mundo? Entre los más civilizados, la medicina se ejercía en los templos y era el patrimonio exclusivo de la casta sacerdotal. Los hombres que se consagraban al alivio de las enfermedades pasaban a la categoría de los dioses y obtenían altares.

---

(1) Cfr. el fragmento manuscrito de la biblioteca nacional de México, publicado por M. ICAZBALCETA, *Bibliografía mexicana*, pág. 309 y 312. *Teteo innan* quiere decir la madre de los dioses (*teotl*, dios; plural, *tetco*); *Tlalli iyollo*, el corazón de la tierra; *Youalticitl*, médico de la noche; *Temazcalteci*, la abuela de los baños de vapor.

(2) Icazbalceta. Bibliografía mexicana, P. 309.

(3) TEZOZOMOC, *Crónica mexicana*, edit. Vigil, México, 1878, pág. 505 y 508. Cfr. *Códice Ramírez*, ibid., pág 28 s qq. Bajo el nombre de *Tlacolteotl*, esta divinidad hacía un gran papel en el panteón indígena. Las formas diversas que ella reviste en las pinturas, especialmente en las del grupo Borgia, han sido interpretadas por M. E. SELER, *Codex Vaticanus nr.* 3773. (*Codex Vaticanus B*) *herausgegeben auf Kosten Seiner Excellenz des Herzogs von Loubat....erlaütert von Dr. Eduard Seler*, Berlín. 1902, págs. 101, 102, 173, etc., *Codex Borgia....* t. I, Berlín, 1904, págs. 152, 165, 230, 276. Cfr. *Das Tonalamatl der Aubin, schen Sammlung*, Berlín, 1900. págs. 92, 93, 95, 100.

(4) Acerca del mes ochpaniztli y los otros, Cfr. E. DE JONGHE, *Le calendrier mexicain. Essai de synthese et de coordination*, París, 1906, pág. 27 s qq., pág. 12, y la plancha 11e de la reproducción cromotípica.

(5) Forma plural de ticitl, médico.

(6) SAHAGÚN, lib. I, c. 8, lib. II, c. 11 y 30, t. I, págs. 6, 65, 148 s. q.

(7) DURÁN, *Historia de las indias de Nueva España....*Calendario antiguo, c. 3, t. II, pág. 287.

(8) Este personaje, apellidado *Tlaltetecuin* y venerado también como dios del canto, del baile y de los juegos, es muy fácil de reconocer en varias de nuestras antiguas pictografías, entre otras, en el *Codex Fejérváry Mayer*, edit. Loubat, f. 24 Véase el comentario de M. Seler, pág. 127. Cfr. todavía el *Codex Magliabecchiano*, edit. Loubat, Roma 1904, f. 76 V. *Ixtlilton* significa "el que tiene la cara negra, negrito." Recordemos, de paso, que los mexicanos embadurnaban sus ídolos con *olli, ulli*, resina bruna o de color plomo negrusco (caucho) y que sus sacerdotes se pintaban de negro, "tanto que parecían negros muy relucientes. (ACOSTA. *Historie naturelle et morale des Indes*, lib. V, c. 5, fol. 243). ¿Será este un nuevo pormenor que agregar a los recuerdos de una inmigración negra cuyas huellas parecen encontrarse en varios puntos de México?

(9) SAHAGÚN, lib. I, c. 16, t. I, pág. 24. CLAVIGERO. *Storia antica del Messico*, *Cesena*, 1780, lib. VI, § 7, pág. 21.

Los primeros analistas mexicanos nos han dejado a este respecto indicaciones vagas y asaz defectuosas; pero todo induce a creer que entre los nahuas, como en Egipto y Babilonia, el arte de devolver la salud se contenía parcialmente en cierto número de preceptos que cada generación de sacerdotes legaba a la generación siguiente. Los tratados que se conservaron en el templo de **Imhotep**, en Menfis, suministraban numerosas recetas aun a los médicos extranjeros (1). Que los teocalli han guardado, de manera análoga compilaciones medicamentarias, es una conjetura cuyo valor sólo se hará apreciar por el estudio más completo de los monumentos jeroglíficos.

Esta ha sido sugerida, entre otros, por este pasaje de Sahagun: "Los sacerdotes (de Tlacolteotl) eran detentadores de libros, en los cuales se veían el destino de los recién nacidos, las brujerías, los augurios y las tradiciones que el pasado había trasmitido (2)." ¿Entre esas tradiciones seculares, no tendrían su lugar las de la terapéutica, tan íntimamente unidas a las artes ocultas?

Desde ahora, nos parece que se desprende un hecho del estudio comparativo de las razas americanas. A medida que nos aproximamos a sus orígenes, se muestran más claramente ciertas analogías con las concepciones médicas del mundo antiguo. Entre los toltecas, por ejemplo, según el testimonio de los antepasados, la medicina era un arte sagrado que formaba parte del ministerio sacerdotal, y eso desde antes de la fundación de Tollan. En California, donde encontramos especies de **kjoekkenmoddings** de nahuas primitivos, y en donde verosímilmente corrió el período lacustre o semilacustre de la raza (3), los hechiceros acumulaban las funciones de sacerdotes y médicos. Salvatierra, al menos, creía ésto respecto de algunos grupos aborígenes de su tiempo; y si ello era así, la terca persistencia de los indios en sus usos tradicionales, no menos que las condiciones especiales de las tribus californianas, nos harían referir esta costumbre a una antigüedad mayor. Sin embargo, no nos atreveríamos a ver familias sacerdotales en diversas clases de magos-curanderos de la Baja California: los **niparaja** o **tuparan** de Pericués, los **dicuinocho** de Guaicures, los **guama** de Cochimis (4).

Los que se decían médicos-hechiceros, que encontraremos a cada instante, "eran como ministros de los ídolos, los principales mediadores entre ellos y el

---

(1) Gabien.—Cfr. Maspero, *Histoire ancienne des peuples de l'Orient*, 3ª edit., pág. 81.

(2) Lib. I, c. 12, t. I, pág. 11. Cfr. abajo, c. IV.

(3) Chavero, *México a través de los siglos*, t. I, pág, 116, 117 Cfr.

(4) Cfr. Clavigero. *Historia de la antigua o baja California*. lib. I, § 25. pág. 30 sq., México, 1852. En su relación acerca de la California, el P. Baegert, uno de los misioneros antiguos, pone en escena a los hechiceros-médicos y sus juglerías, semejantes a las que practicaban sus cofrades del Anahuac; pero no admite que estos magos fueran también considerados como sacerdotes (*Nachrichten von der Amerikanischen Habinsel Californien*, Mannheim. 1773. traducida libremente por Charles Rau en *Articles on anthropological subjects contributed to the annual reports of the Smithsonian Institution*, Washington. 1882. págs. 28, 32). Tocante a los hechiceros huichols, médicos a la vez y, en ciertas circunstancias, directores del culto religioso, véase a León Diguet, *La Sierra de Nayarit et ses indígenes* extracto de *Nouvell archives des Missions scientifiques*, t. IX. París. 1899. pág. 58 sq.

pueblo (1)." El papel de los encantadores "parecía en cierto modo el de sacerdotes de los falsos dioses." (2)

Después de la invasión de la península maya por emigrantes originarios del norte, la raza del sur, tenía, según parece, dividido su sacerdocio en cuatro clases: profetas, guardianes de los ritos, sacrificadores y médicos; estos últimos aliviaban a los enfermos por medio de medicamentos vegetales y con el empleo de suertes." (3)

Los aborígenes de Guatemala conocían muchos remedios. De algunos haremos perfunctoria mención, sin pretender escribir un tratado científico sobre el particular, sino algunas noticias adecuadas a la índole de esta obra. El bálsamo **(miroxillón sonsonatense)** impropiamente llamado del Perú, que se recoge en la costa del Sur, principalmente entre Acajutla y el río Comalapa, se usaba mucho por los aborígenes, que lo vendían a los españoles, recién pasada la conquista, a doscientos cuarenta pesos una botija perulera. La raíz del **mechoacán** que denominan **jalapa**, la empleaban ya los indios como purgante. El **ruibarbo** se conoció desde remotos tiempos, como un específico contra la bilis. En 1535, se introdujo en la materia médica la zarzaparrilla **(mecapactli)** que los indios habían empleado hacía miles de años contra las bubas. La coca, dice Garcilaso de la Vega, que también la usaban los incas para curar úlceras venereas. El **guayacán,** el **achiote,** la **quina** y otros muchos medicamentos, fueron de América a Europa. Ni eran pocas las plantas que los aborígenes de Centro-América empleaban para sanar ciertas dolencias. Puede afirmarse que la farmacopea recibió un beneficio muy grande con los remedios americanos. Enumeraremos algunos de los más conocidos, comprendiendo que muchos formarían un tratado digno de ser escrito por inteligentes botánicos. La infusión de la hoja de **guarumo blanco** para la tos, asma y desarreglos del corazón, es, según sabios naturalistas, la **digital americana,** sin los inconvenientes conocidos de la digital europea. La **cama-carlata o calzoncillo,** lo empleaban para curar los catarros y hasta las piedras en la vejiga. Es una **passiflora,** con propiedades diuréticas caracterizadas, que los indios tuvieron como panacéa, empleándola, sobre todo, para **la tapasón** de la orina, como llaman al mal de piedra. La **capitaneja** la usaban para lavados sobre tumores cancerosos. El **jilipliegue,** para irritaciones del estómago y curar la inflamación de las encías. El **monecillo,** para inflamaciones intestinales. La **cuajatinta,** para males del hígado. El **huís,** para fomentos que alivian los golpes. La raíz del **chichicaste** (ortiga) para hacer una infusión y curar el mal de estómago. La **flor de muerto,** para curar dolor de muelas.

---

(1) Perez de Rivas, op. cit. VIII, c. 3, pág. 474.

(2) Ibid., lib. I. cc. 5 y 11, págs. 18 y 33. Cfr. lib. III, cc. 21 y 23, págs. 191, 196, (Alegre, op. cit., t. I, pág. 450).

(3) La medicina y la botánica de los antiguos indios. por A. Gerste S. I.

Borrachero llaman los españoles al árbol que después se denominó en el Perú **floripondio,** de donde lo llevó a México, con el **muelle** y otras plantas raras, el virrey Mendoza. Los muiscas lo tenían por árbol sagrado y empleaban sus hojas y flores como antiespasmódicas (1). En Guatemala se conocen las hermosas campanulas blancas de aquel arbusto con el nombre de **floripundias.**

El **Ulli** o **hule,** como le decimos a la goma elástica, lo mezclaban los quichés con el chocolate, según refiere Torquemada, por considerar aquella sustancia alimenticia y estimulante.

"Hay, decía Herrera (2) infinitos géneros de cortezas, raíces, hojas de árboles y gomas, para muchas enfermedades, con que los indios curaban en su gentilidad, con soplos e invenciones del demonio." En otra parte, el mismo autor habla del "**piciete,** por común nombre **tabaco,** que quita, dice, dolores de frío e hinchazones, y tomado en humo es provechoso como desinfectante y para las reumas, asma y tos. Le traen, en polvo, en la boca los indios y los negros para no sentir el trabajo" (3). Fumaban de dos modos el tabaco, arrollando las hojas o desmenuzado y metido en cañutos, mezclado con yerbas olorosas.

En el Norte del istmo, sobre todo en la parte que los españoles llamaron Verapaz, existen muchas plantas medicinales, que los indios conocían, desde tiempos remotos, como el **istché,** árbol de lindo follaje y sumamente cáustico, el **isiquequi,** que al acercárselo a las narices, causa una inmediata hemorragia, el **xique,** planta que crece cerca de la anterior, y que produce el efecto contrario, es decir, de suspender y quitar las hemorragias de las narices, al aspirarla; el **alonquén,** semejante en su estructura a las partes pudendas de la mujer, es antídoto contra la esterilidad, según dicen, mientras que el **telenquén** la produce, y se parece a los órganos viriles de la reproducción. El **amché, árbol del diablo, palo de la muerte,** es arbusto de blancas flores, que conocieron los mayas, los kechís y poconchís, y que aún contemplan con temor los aborígenes, quienes se persignaban y hacían la señal de la cruz, al ver uno de esos árboles. Basta que una gota de su jugo toque la piel, para que se hinche el cuerpo y muera el individuo. La **yerba del cáncer,** aseguran vulgarmente que cura esta terrible enfermedad. Conocen también, vegetales que dicen servir para sanar la locura y fortalecer el cerebro; otras plantas para curar las enfermedades de la matriz, los males de estómago, las inflamaciones de la vista, etc. Además tienen muchos venenos vegetales activísimos, y algunos de ellos que matan a la larga, sin dejar huella.

El intendente de León de Nicaragua, remitió a la Sociedad Económica de Amigos de Guatemala, el año 1815, curiosos datos sobre una planta que llaman

(1) Plantas Americanas, por W. Sandino Groot.
(2) Historia General de las Indias, Década IV, lib. 10, cap. 14.
(3) Década III, lib. 7, cap. III.

en Yucatán **chuch** y en la América Central **mozotillo** (verbena Lampazo) y que desde el tiempo anterior a la Conquista se empleaba para curar las fístulas, lavando unas tres veces al día la parte enferma con el cocimiento tibio de la planta, y poniendo también el polvo de ella en la boca de la fístula, aunque no es tan necesario, según aparece en el número 8º del **"Periódico de la Sociedad Económica de Guatemala"** del 15 de agosto de 1815.

El **alcotán** es antipalúdico, cura las mordeduras de las serpientes, corta los ataques de colerina, y se preconiza para sanar el cáncer del estómago y la dispepsia. El **cedrón,** tónico, febrífugo, sirve también para curar la mordida de las culebras, sucedaneo de la quina y alexítero. La **Lobelia Obalifolia,** emético fuerte que acelera los movimientos respiratorios, y cuyo alcaloide, la **lobelina,** sirve contra el asma. El **hipomane mancinella,** árbol notabilísimo de la Guadalupe, se ha preparado en extracto para reemplazar al **Rux Toxicodendrum,** en el tratamiento de la lepra, que los indios sabían curar.

Los indios quekchís usan mucho el **yevolay,** el **sacvolay,** el **cuxba,** el **raxbulay** y el **lachual** para curar las mordeduras o piquetes de animales venenosos, y el **pumpunjuche** para sanar los riñones.

El **chupac** (securidaca polygala) es un arbusto bastante común en nuestras tierras, que los moradores de Tesulutlán usaban, antes de la conquista, para limpiar el cuero cabelludo y abrillantar el pelo. Los dominicos curaban con las hojas la tiña y otras enfermedades.

El **ixbut** es una herbacea, muy conocida por los indígenas del Petén, que los mayas empleaban desde remotos tiempos, para hacer bajar la leche de las mujeres. Hoy se reconoce que es el más eficaz de los remedios **lactágogos.** Hay una planta que los aborígenes llamaban **tumpatbanoc,** y es una euforbia emética, que según dicen, empleaban como remedio para curar el alcoholismo. El **ipacín,** en infusión, sana la tos y sirve para curar hinchazones y golpes, poniendo emplastos de las hojas.

Los indios usaban la raíz del **mangle** para sanar males de la sangre, y hasta la lepra. Empleaban también ese remedio para fiebres intermitentes y hemorragias. Habían observado que donde hay manglares disminuyen las enfermedades de la sangre y las fiebres. En fin, el **tabaco, la coca, el cacao** y numerosas recinas y gomas, además de incontables plantas medicinales de América, enriquecieron notablemente la antigua terapéutica del viejo mundo.

"El **Mangle-Rojo** es originario del Continente Americano, y debió llamar especial atención de sus primeros habitantes y conquistadores; ya por su porte, ora por su abundancia, ya por su manera de vegetar, o bien por algunas particularidades que presenta a los ojos del que lo observa, usa o aplica.

El famoso Capitán, Gonzálo Fernández de Oviedo y Valdez, generalmente reconocido como el primer cronista de las Indias, que visitó nuestro Continente allá por el año de 1512, poco tiempo después de su conquista, lo menciona

en su "**Historia Natural y General de las Indias,**" libro 9, capítulo 5, publicado en Sevilla en el año de 1535, diciendo: "**Mangle** es un árbol de los mejores que en estas tierras hay y es común en estas islas (alude a la de Cuba) e tierra firme," mención que justifica la hipótesis de su nombre vulgar y de su americanismo, según la opinión de varios autores. El ilustre naturalista Carlos Linneo, se ocupó del **Mangle-Rojo,** en su inmortal obra "**Hortus Uplanticus,**" que vió la luz en 1731, colocándole junto con los demás de su **género,** entre las **plantas Fanerógamas,** o sea la primera de las dos grandes secciones en que dividió todas las plantas conocidas. Fué también Linneo, el que colocó el **Mangle-Rojo,** en la **Hoctandria Monoginia** de su obra, porque su flor tiene ocho estambres y un solo pistilo.

Cuando se trató de establecer el método natural, el célebre botánico francés, Antonio Lorenzo Jussieu, se ocupó también del **Mangle-Rojo,** en su inmortal obra "**Genera Plantarum Secundum Ordines Naturales Disposita,**" publicada a mediados del siglo décimo séptimo, colocándolo con las demás plantas del **género Rhizophora,** en la familia de las **Caprifoliáceas.**"

Los indios curaban a los asmáticos, haciéndoles tomar goma de conacaxte e infusión de las **orejitas** que tiene el árbol. Personas respetables aseguran haber sanado de la tuberculosis con ese remedio. Esto se entiende, después de la Conquista, pues antes no se conoció la tisis. ¿Por qué no aplican los facultativos esa goma y ensayan sus resultados?

Interesantes obras se han escrito sobre la flora de América, y algunas acerca de las propiedades terapéuticas de sus productos vegetales. Felipe II se empeñó mucho en que se diesen a conocer al Consejo de Indias estos países. En cédula de 23 de septiembre de 1580, mandó que se hiciese un estudio de todo lo más interesante de Goathemala. Vino por estas regiones el doctor Hernández, Médico Real, y después de un detenido estudio, escribió la notable obra que lleva por título "**Nova Plantarum,**" cuyo manuscrito, en 21 libros de texto y once de láminas, hemos podido admirar en la Biblioteca del Escorial, habiéndose publicado impresas en México y en Roma, dos ediciones compendiadas. Sahagún describe también largamente la flora médica de estos lugares, en el Libro X de su "**Historia General,**" Tomo III. Existe una obra curiosa, y en extremo rara, impresa en Sevilla, el año 1569, escrita por el doctor Monardes, que trata de las plantas medicinales que encontró en México y en Centro-América. Respecto de las regiones del Río de la Plata debe citarse el libro intitulado "**Plantae Diaforicae Florae Argentinae,**" por J. Hieronimus.

Por los años de 1720, vivía en una de las casas de la Parroquia de los Remedios, en la Antigua Guatemala, el célebre Blas Pineda de Polanco, que cultivaba un ameno huerto, y que dedicó toda su vida al estudio de nuestra flora y fauna, dejando escritos cincuenta y cuatro volúmenes, sobre la historia natural guatemalteca y peculiaridades de la raza aborigen. Murió ese notable

botánico a los noventa y siete años de una constante labor, y fué tal la incuria de los tiempos, que se perdió su obra, según explica Fuentes y Guzmán, quien la había conocido, y dice que su autor era descendiente de don Gaspar de Polanco, uno de los conquistadores que, con don Pedro de Alvarado, vinieron a Guatemala. Entre los nombres de los escritores guatemaltecos figuraba, en una de las famosas pinturas decorativas, del templete de la **Jura de Fernando VII**, el nombre de nuestro antiguo naturalista. El turbión de los tiempos fué a sepultar muchas de las producciones científicas y literarias de nuestros mayores a las estigias aguas del olvido. Es tanta la aberración de algunos, que llegan a creer que antaño todo era ignorancia, obscuridad y sombras.

Hay una obra que contiene los nombres de muchas yerbas medicinales de estas tierras, intitulada el "**Médico Criollo**," por el doctor F. Bayón, y el que quiera profundizar en la botánica indígena, puede hacerlo estudiando el célebre libro del doctor Troncoso. En las Crónicas antiguas de los países de América y en la "**Historia General de las Indias**," existen muchas noticias interesantísimas sobre las virtudes medicinales de las plantas americanas.

Don Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán encomia el **canutillo**, que en realidad es de admirable efecto, pues aplicado en polvo cierra la úlcera más rebelde (1) y usado en emplasto, de la hoja y del bejuco molido, sana los granos cancroides y las llagas. Dicho autor de "La Recordación Florida" menciona además el **yapactli**, medicina del corazón; el **aguacate**, el **chilmecat**, el **chicalote**, la **zarzuela**, el **hipericón**, el **marrubio**, la **hierba del pastor**, la **lengua de serpiente**, el **limoncillo**, la **lechuguilla**, el **paixte**, el **chamico**, la **cebadilla**, el **chulbalán**, la **doradilla**, la **hierba mora**, el **culantrillo**, la **fumaria**, el **espino real**, el **cuzticpactli**, el **toronjil**, el **hinojillo**, la **contra-yerba**, la **yerba lechosa**, la **yerba de la golondrina**, el **izquisuchil**, el **cacalotzuchil**, el **tapat**, el **cempo alzpchil**, el **matalisti**, el **tocoyolo**, la **mandrágora**, el **limoncillo**, el **zumaque**, el **sacatón**, la **verdolaga**, la **caparrosa**, etc. (2)

Los indios quichés operaban las cataratas, refrescaban la vista con estiércol de lagarto, o con la decocción de una planta que los españoles apreciaron mucho, dándole el nombre de **celidonia**; para curar las enfermedades cutáneas usaban limaduras de cobre, la infusión de guayacán, agua de achiote, carne de ciertas lagartijas, agua de tamarindo y otras drogas; purgantes y diuréticos famosos muy en boga; bálsamos, anestésicos, aceites y cataplasmas; almendras, como el **cedrón**, para las mordeduras de las serpientes, etc. Acosta enseña que las cenizas de insectos venenosos, mezcladas con la composición del **teopatli**, amortiguaban las carnes, pareciendo efecto de sanidad y de virtud divina (3).

---

(1) Recordación Florida, t. I, pág. 328.
(2) Recordación Florida, págs. 328, 348, tomo I.
(3) Historia de las Indias, pág. 370.

Las plantas americanas tenían denominaciones indígenas, muchas de ellas conservadas hasta ahora, y no pocas transformadas por los españoles. Los nombres aborígenes son expresivos de alguna cualidad de la planta o de sus rasgos físicos o propiedades terapéuticas. La goma elástica se llamaba por acá **ulli** (1). Los indios de Quito le decían **cauchiú**, y de ahí viene que en Centro-América se denomine **hule**, y en la América del Sur **caucho** a aquella goma, que los naturales de estas tierras empleaban en su medicina herbolaria.

Tenían nuestros indios nomenclatura botánica en términos compuestos que indicaban el género y la especie y hasta la cualidad del árbol o de la planta. Las radicales daban a entender la idea dominante, y la terminación establecía la diferencia. Por ejemplo **tollín** (tule) **ixtollín, tule** para las oftalmias, de **ixtli** ojo. **Ayotli, quilitl, zapotl**, suministran una larga serie de derivados. La nomenclatura ofrece un aire de semejanza con la moderna. Era naturalmente bastante imperfecta; pero, según enseña el sabio jesuita Gerste, superaba a la de Europa, en aquella época, dado que hasta el siglo XVII no se determinó con precisión el límite de los géneros, en el Antiguo Continente.

Abundan hoy en las diversas repúblicas hispano-americanas nombres distintos para la misma planta, lo cual acarrea dificultades y embarazos, no faltando ocasiones en que dase la misma nomenclatura a frutos o productos diversos. Hay además nombres de algunas especies europeas aplicadas a otras americanas.

Como regla general puede establecerse que en las regiones intertropicales no existen las plantas de Europa, a no ser como introducidas.

Los indios de Guatemala usaban las aguas medicinales, que conocían perfectamente, y así cuentan los historiadores que cerca del pueblo de Atitlán, que todavía existe, se encuentra una fuente de aguas agrias, con la cual tomándola, curaban el mal de piedra y las hinchazones de garganta o bocios, que vulgarmente llaman **güegüechos**. La misma virtud atribuían a las magnificas aguas del Cubo, Ciudad Vieja y otros alrededores de la Antigua Guatemala.

La elefantiásis era común, sobre todo entre los indios moscos y otras tribus de Nicaragua y Costa-Rica. Decían que la curaban con encantamientos y mordeduras de ciertas culebras muy venenosas, tomando aguas de plantas especiales y carne de ciertas lagartijas.

Había en estas regiones pestes desoladoras, como la que despobló Guatemala en 1521, que según presumen algunos, sería el cólera morbus, acompañado de una terrible afección en la sangre. Asegura Ximénez que la sífilis se había extendido muchísimo, sobre todo entre los nobles o grandes. Ello sucedió que en 1522, más de veinte reyezuelos murieron de aquella enfermedad que comenzó primero en Iximché (Tecpán Guatemala) y se propagó por otras partes.

---

(1) Torquemada. Monarquía Indiana. pág. 14. cap. 43.

Poco tiempo después, cundió la peste de viruela, o sea la **gran lepra,** como los indios la llamaban, **hueizahuatl,** introducida a nuestro Continente por un negro esclavo de Pánfilo de Narváez, que vino plagado de tales viruelas. El tifo, el sarampión, y otras enfermedades traídas por los españoles, hacían grandísimos estragos entre los indios, por lo mismo que su naturaleza estaba apta para recibirlas y no había acumulado los elementos para resistirlas. Cruzadas después las razas, y aún permaneciendo pura en muchos pueblos, ya las pestes no producen tantísimo daño, por la resistencia de los más aptos para salvarse de ellas, transmitida por herencia a sus descendientes. El abuso de licores espirituosos produjo también grandes males entre los indios y no poca enfermedad y degeneración. El aguardiente de Castilla, que después se ha fabricado en estas tierras, ha sido un veneno, una fuente de males sin cuento.

Las enfermedades que resistían los europeos, hicieron entre los indios estragos espantosos. La tisis, al desarrollarse en América, en el seno de una raza que no la había padecido, revistió formas asoladoras. El atraso de los estudios de patología general, en los primeros siglos de la colonización americana, nos impide saber hasta que punto la tuberculosis, importada por los europeos, pudo diezmar a los indios americanos, tan afines de los habitantes de la Polinesia. El ilustre patólogo italiano Tomassio Crudeli afirma que la tisis era enfermedad ignorada entre los indígenas de América, suponiendo que les fué transmitida por medio de las vacas que los españoles trajeron. Las fiebres eruptivas, el sarampión, que entre la raza blanca es de favorable pronóstico, producía entre los indios desastrosos efectos. La viruela, decía el padre Nuix, fué funesta en sumo grado, pues cuando este contagio se cierne sobre un pueblo, derrama la desolación y la ruina.

Así como los animales fieros reducidos a la domesticidad apenas procrean, los pueblos independientes sometidos al dominio de otros pueblos opresores, sienten decrecer su vida renuncian al poder genésico, prefieren no engendrar hijos, se enferman de desesperanza. Miran obscura la vida, como dice Quatrefages, en su hermoso libro **L' espéce humaine.**

No se puede negar que el gobierno español hizo lo que pudo para disminuir la **gran lepra,** como llamaban los aborígenes a la viruela. Una real cédula dispuso que una comisión de personas entendidas viniese a Guatemala, trayendo algunos niños vacunados, para propagar el fluido de brazo a brazo, en 1793. Produjo mucha exitación de ánimos. No podían comprender cómo una úlcera pudiera evitar otras. El Muy Noble y Leal Ayuntamiento trabajó mucho. Se escribió en "**La Gaceta,**" se distribuyeron instrucciones y se promulgaron bandos. El P. don Juan J. González de Batres dió dinero y puso, en el frente del estanque de San Sebastián, un busto de Jenner. En Costa-Rica se hizo la primera vacunación en Cartago, en febrero de 1805, con fluido remitido desde Guatemala **en vidrios.** Don Manuel del Sol, licenciado en cirugía, fué en co-

misión del Capitán General, en abril de 1806, y estuvo dos años propagando la vacuna. En 1816 hacía estragos en Nicaragua la peste de viruela, por lo que de Costa-Rica mandaron fluido vacuno; pero la gente y los curanderos creían mejores las sangrías, lavativas, purgativos y vomitivos. La Ciencia de Hipócrates no andaba por allá muy adelantada.

Sabido es que en el siglo XVI devastó la sífilis Roma y muchas otras ciudades de Europa. Algunos supusieron que era llevada de América tan fatal enfermedad, mientras que no faltaron personas que opinaran que había sido importada al Nuevo Mundo por los conquistadores. La verdad parece ser que tan fatal azote, es común al género humano desde remotísimos tiempos (1). El sabio don Andrés Bello, cuya acuciosidad era admirable, recogió, en la Biblioteca Real de Londres, muchos datos y numerosas citas, que se encuentran en el tomo VI de las obras del insigne literato venezolano, en las páginas XXXVII y siguientes, para vindicar a América de haber sido origen del mal venéreo. Jerónimo Fracastor, médico del Papa Paulo III, escribió un poema "**Syphilis, sive de morvo gállico,**" divulgando haber sido llevado de América el mal francés, como otros lo llamaban. Los españoles americanos se sintieron muy agraviados después, con las aseveraciones de Astruc y Robertson, que divulgaron más la suposición de Fracastor, y sobre todo, las muy despreciativas de Paw. Esto dió lugar a que el ex-jesuita mexicano Francisco Saverio Clavígero, publicase, en 1780, una eruditísima disertación, que se intitula "**Origen del mal venéreo.**" Quien quiera estudiar este punto histórico, hallará en ella los más prolijos datos. Bancroft dice que el mal venéreo existió en Europa antes del siglo XVI, y que también en América fué común en algunas de sus formas, dicha enfermedad, antes de la conquista (2). En América, antes de la conquista, se conoció la lepra arábiga. El primer español muerto del mal de Lázaro en este Continente, fué Jiménez de Quesada fundador de Bogotá.

Nuestros indios tenían adelanto en artes, y hasta guardaban sus señales astronómicas y sus secretos médicos, en cuadernos de papel, hechos de corteza del **amatl** (3). Remesal encomia mucho la habilidad de los aborígenes de Guatemala como herbolarios y curanderos, refiriendo casos admirables de curaciones muy difíciles (4). El cronista Herrera, al tratar de Honduras, refiere que en aquellas tierras se encuentran plantas prodigiosas por sus propiedades medicinales. Los quichés tenían libros en los cuales habían consignado sus observaciones sobre ciencias naturales (Bourbourg, Hit. Nat. Civ. Tomo III, Pág. 637).

---

(1) Dr. Mariano Padilla.—Ensayo histórico sobre la enfermedad venérea.

(2) En estas Indias pocos, muy pocos christianos han escapado de este trabajoso mal de buboes cuando han tenido participación carnal con los naturales: porque a la verdad es plaga de esta tierra y muy frecuente. Oviedo Historia General, tomo I. pág. 365.—Humboldt, Esay. Pol. tomo I. pág. 66. Bourbourg, Historia Natural Civ. tomo I. pág. 182.—Bancroft. vol. II. pág. 594.

(3) Bernal Díaz del Castillo. Tomo I. pág. 297.

(4) Libro V. capítulo 10.

Supersticiosa como era la raza indígena, creía en agoreros y brujos, entes malignos y hechicerías. Todo pueblo primitivo, dice Michelet, (1) es esencialmente crédulo. El hombre caza y combate; la mujer se ingenia, imagina, crea sueños y dioses. Es vidente y supersticiosa; tiene dos alas infinitas, las alas del deseo y las de la soñadora fantasía. Para contar mejor el tiempo observa el cielo, mas no por eso está menos ligado a la tierra su corazón. Con los ojos puestos en las amorosas flores, flor ella también, hace con las flores conocimiento personal y como mujer les pide virtud para curar a los que ama. El único médico del pueblo, por miles de años fué la hechicera. Si no acertaba a curar se la decía **bruja**, y otras cosas peores; pero generalmente, por un respeto mezclado de temor, llamábanla **buena mujer, bella dama (bella donna)** el mismo nombre que se daba a las hadas. Cuando Paracelso, en Basiléa, quemó en 1527, toda la medicina, declaró que no sabía nada sino lo que le habían enseñado las hechiceras. Los indios conocían el hipnotismo, la transmisión del pensamiento y muchos otros fenómenos, que atribuían a brujerías.

Aquí en América, antes de la venida de los españoles, tenían los aborígenes mucha fe en sus adivinas y brujas. Los conquistadores, por su parte, acababan de dejar a las hechiceras en los parajes más desiertos y aislados, en los edificios viejos, entre las ruinas, huyendo de las llamas de la Santa Inquisición; de suerte que eran tan fanáticos los unos como los otros. Todavía tienen los indios sus brujas y adivinadoras (2).

Aún se conserva en muchos pueblos la tradición de haberse aparecido, doscientos años antes de la conquista, una mujer blanca, muy sabia en el arte de la adivinación, llamada la **Comiza-hual** (tigre que vuela). Cuentan que reinando, en el Quiché, Quicab, llegaba un noble cakchiquel a dar alaridos, por la noche, a la mansión del monarca. Como era gran hechicero, no podían capturarlo, hasta que lo aprehendió un encantador quiché, con no poco trabajo. Lo sacrificaron cruelmente; y antes dijo: "Sabed que ha de venir un tiempo en que sufriréis grandes calamidades, y hasta este **mama caixon** (viejo agrio) sucumbirá. Los edificios serán madrigueras de lechuzas y gatos de monte, y desaparecerá la grandeza de esta corte." En recuerdo de la **profecía de la conquista**—como se llamó el augurio del hechicero cakchiquel—conservaban los indios, hasta en tiempo de Ximénez, un baile solemne, llamado **Quiché Vinak**.

Los aborígenes y aun los españoles de la conquista, temían mucho a los brujos y hechiceros, hasta el punto de que pasma la credulidad de todos los cronistas que relatan artificios maravillosos, como convertir a las gentes en leones, tigres, culebras y otras sabandijas. Cuentan prolijos detalles, dando fe casi todos de haber presenciado algún caso! ¡Tánto puede la credulidad y la ignorancia! Las Casas, Cogolludo, Gómara, Gage, Remesal y Vásquez,

(1) La Bruja. pág. 1ª Introducción.
(2) Cogolludo. Historia pág. 183 4.

refieren metamorfosis y otras artes ocultas. A muchos azotaron y a no pocos quemaron por cuenta de los hechizados. Los Padres españoles, dice con gracia Bancroft, (1) creían en los dioses de los indios tan firmemente como ellos; la única diferencia parece haber sido que los primeros los conceptuaban demonios y los segundos divinidades. Cuando los aborígenes de Costa-Rica vieron a los españoles escribiendo sobre un papel con tinta negra, se alarmaron, en la creencia de que era asunto de maleficio, mientras que los castellanos al mirar que los indios les echaban humo de copal, con gritos y gestos, juzgaron que era eso arte del diablo.

En aquellos tiempos, en que el demonio hacía gran papel en el mundo —hasta el punto de que no hay casi una sola página en las antiguas crónicas sin que se hable de la influencia del espíritu maligno—atribuían los españoles las brujerías de los indios al poder de satanás. Así como en España se creía en la **Misa Negra**, pensaban los conquistadores que los **piachas** o adivinos de Centro-América, que sabían evocar espíritus, hipnotizar, predecir el futuro, y ver a distancias largas, tenían pacto con el diablo. Oviedo, en su interesante "Historia Natural y General de las Indias," (2) dice: "Le llaman **Tequina**, que quiere decir lo mesmo que **maestro**, por manera que al que es maestro de las responsiones e inteligencias con el diablo, llámanle **tequina** en aquel arte, porque aqueste tal es el que administra sus idolatrías e ceremonias e sacrificios, y el que hablaba con el demonio."—"Tenían o había entre estas gentes unos sacerdotes que llamaban en su lengua **piachas**, muy expertos en la mágica, tanto que se revestía en ellos el diablo, y hablaba por su boca muchas falsedades, con que los tenía cautivos" (3). Fueron los **piachas** los **fakires** de estas tierras.

Varios historiadores refieren que muchos indios tenían libidinosas costumbres, o mejor dicho, hábitos indecentes. El mismo Oviedo habla de "ciertos malos hechiceros, que secan e matan de día en día, hasta que se enflaquecen tanto, que se les pueden contar los huesos. Estos chupadores, como les nombran los chrisptianos, son criados o naborías del **tuyra**, y que él se los manda assi hacer, y el **tuyra** es, como está dicho, el diablo." (4)

Mendieta refiere que nuetros indios (5) "lanzaban por el suelo unos cordeles, como llaveros, y si quedaban revueltos, era señal de muerte, mientras que si alguno o algunos caían extendidos, teníase por señal de vida, diciéndose que ya el enfermo comenzaba a extender los pies y las manos."

(1) Native Races. vol. pág. 798.
(2) Tomo III. pág. 127.
(3) Las Casas. Historia Apologética. capítulo 245.
(4) Historia General. tomo I. pág. 159.
(5) Historia Eclesiástica pág. 40.

Las Casas, en "La Historia Apologética," tiene un capítulo (141) en el cual se refiere a la medicina y supersticiones de los aborígenes, y dice: "que en las principales ciudades había hospitales dotados de rentas y vasallos, en donde se **resabian** y curan los enfermos pobres."

Clavígero hace una descripción pintoresca del **temascalli** (1) y cuenta que ese baño de vapor era un gran remedio, muy usado entre los indios, y además un elemento higiénico de limpieza y de refrescarse, que empleaban hasta los sanos. Todavía usan nuestros indios el baño **temascal.**

Acostumbrados a sus sangrientos sacrificios y a morir en las guerras, veían como los japoneses, acercarse impávidos la muerte, sin pensar mucho en lo que dejaban, ni menos en la vida futura, para cuyo viaje poníanles, en los sepulcros, y aún les ponen, el **bastimento** suficiente y algunas alhajas si eran ricos; a las mujeres su piedra de moler, y sus armas a los hombres. Por caridad, los **teochichimecas** y otras tribus, mataban a los enfermos incurables que sufrían dolores agudos.

Hernán Cortés, Herrera y Díaz del Castillo, aseguran que los mexicanos y quichés tenían boticas y jardines botánicos: "Hay la calle de herbolarios, donde se ven todas las raíces y yerbas medicinales que en la tierra se encuentran. Hay casas donde se venden las medicinas hechas, así potables como emplastos, ungüentos, etc." Poseían libros en los cuales minuciosamente consignaban sus remedios (2).

Los indios de Guatemala sepultaban con gran solemnidad los cadáveres de los reyes y de los nobles. Cuando estaba moribundo el cacique, cubrían los principales ídolos con máscaras o con velos, y al expirar el enfermo quitaban tales adefesios, y se apoderaban del cuerpo muerto ciertos hombres y mujeres pertenecientes a la casta de los sacerdotes. Embalsamaban el cadáver, a estilo tolteca, y el sumo sacerdote vertía agua sobre la cabeza del difunto, diciendo: "Esta es el agua que usaste en el mundo." A seguida, ponían una tinaja llena del mismo líquido, en las espaldas del cadáver, y exclamaban: "Esta es el agua para el viaje que vas a emprender." Había de pasar el muerto, en su transmigración, en medio de dos volcanes que se erguían el uno frente al otro, después debía ir por **el camino angosto, guardado por la gran culebra**; en seguida, por el **arenal del lagarto, (xochitonal)**; por último, por **la vereda de los vientos,** tan fuertes que se llevaban las ceibas y las rocas. Con la sangre de una especie de perrito colorado, que para el caso se mataba, mojaban unos algodones que ponían al cadáver en el cuello. El animalucho representaba a Charón, quien conducía al muerto por la obscura laguna **Chicunahuapán.** Clavígero dice "que el perro era para que lo guiase a donde debía ir. Ponían idolitos, trastos de metal o de barro, y otros utensilios para el difunto,

(1) Historia Antigua, tomo II, pág 114.
(2) Brasseur de Bourbourg, Hist. des Nat. Civil. tomo III, pág. 637

que tendido en una especie de pavés, era llevado al lugar de la sepultura, por príncipes, cortesanos y una guardia de honor, que hacía grandes demostraciones de pesadumbre. Inmolaban al indio que tenía en su guarda los ídolos del rey, si éste era el muerto, tañendo tristes pitos y atambores," al decir de Acosta en la "Historia de las Indias." Atrás de la comitiva, venían los enviados de pueblos extranjeros, los grandes y los nobles. Después de muchas ceremonias, sepultaban el cadáver en la hendedura de una gran roca, bajo algún cerro artificial **(mound)** o en algún otro lugar apropiado para el caso, "aderezando, los cadáveres, dice Bernal Díaz del Castillo, de las mejores plumas, joyas e ídolos, y poniéndoles un escudo en la mano izquierda y un venablo en la derecha."

La cremación la usaban en varios pueblos, y conservaban las cenizas como reliquias (Brasseur de Bourbourg). Los que nacían en los últimos cinco **días desdichados del año,** eran reservados para obsequios reales. Cuando una mujer moría de parto, la acompañaban todos sus parientes y amigos, a efecto de evitar que los extraños arrebatasen los restos mortales, creyéndolos presagio de buena fortuna o amuleto contra las desgracias (1). En Nicaragua, al fallecer un gran señor, quemaban su cadáver y ponían en una urna las cenizas; que a su vez se esparcían frente al palacio del difunto, según lo afirma Oviedo (2). En Guatemala se teñían las viudas el cuerpo de amarillo, en señal de duelo, por lo que las llamaban **malcam,** y cuando expiraba un niño de pecho, había la madre de repartir su leche entre otros niños, durante cuatro días, para que el espíritu del infante muerto no padeciese (3).

Gómara, en la "Historia de las Indias," (4) describe a los aborígenes de Guatemala, como guerreros infatigables, valerosos y muy sufridos. Algunos de ellos se abstuvieron, durante los primeros años de la conquista, de yacer con sus hembras, a fin de no procrear hijos que fuesen esclavos de los blancos (5). Cuando una raza se destruye por otra, cuando el sufrimiento llega a su colmo, la vida instintivamente deja de reproducirse, ante la horrenda hecatombe de exterminio y de muerte. El eco de dolor, que, cual prolongado suspiro, atraviesa los siglos de aniquilamiento y servidumbre de la raza aborigen de este suelo, es como el tremendo grito de Job, que responde a la destrucción de un mundo. El choque de una civilización más avanzada con otra distinta, produce un cataclismo semejante al que resulta del choque de dos astros que se encuentran en su carrera. El salvaje lanzado a la civilización se consume entre agonías horribles. Edgard Quinet ha dicho: ¿No os habéis encontrado nunca en un mundo hostil, extranjero, donde tenéis que ocultar todo

(1) Torquemada. Monarquía Indiana.
(2) Historia General tomo IV. pág. 48.
(3) Landa. Relación.—Jiménez. Historia de Guatemala. pág. 214.
(4) Folio 268.
(5) Herrera Historia General. Década III. libro 4º. capítulo 7º.

lo que sentís, callar todo lo que pensáis, olvidar vuestra naturaleza, vuestros recuerdos, vuestros padres, hasta vuestra leyenda?.... ¿No sabéis cómo el aire se torna pesado, cómo falta la respiración, cómo es odiosa la vida? (1)

El indio vió de repente ocupado su suelo por el hombre pálido. El rayo y el trueno hacían que éste llevase la muerte y el exterminio por pueblos enteros. El que quedaba vivo era quemado a las veces a fuego lento, para que descubriese los tesoros. Las mujeres robadas, los ídolos rotos, la vida tornada en persecución horrenda. Cada español era más temible que una divinidad airada. La fuerza, el tormento, la explotación, el exterminio, la saña horrible, la crueldad más estupenda, llenaron de llanto y muerte el Nuevo Mundo. Los ingleses cazaban como bestias a los indios; los españoles los condenaron a una agonía lenta, a pesar de las leyes humanitarias de los monarcas de Castilla. Todo ello era inevitable, desde que no es posible que luchen dos civilizaciones diversas sin que la una perezca violentamente. Edad de piedra, de bronce, de hierro, o de plata; la transición de una a otra no puede efectuarse sin dolor. Hay para cada pueblo, como en la vida de cada hombre, una crisis, una muda, en el tránsito de la infancia a la adolescencia, a la juventud, a la edad madura. Muchos perecen en él. Las naciones polinesias fueron como un collar suspendido de isla en isla por todo el piélago de conchas. El collar se desató, y las perlas se perdieron. Los pueblos de América, numerosísimos, y extendidos, se hallaban en la región del oro, las esmeraldas y los ópalos. La raza conquistadora invadió su suelo, y quizo que los primitivos dueños pasasen rápidamente de la edad de piedra a la edad de plata; de la idolatría al cristianismo; de la vida pastoral a los cabildos autónomos; de la moneda de cacao y plumas a los doblones y a los pesos de oro; de la poligamía patriarcal al matrimonio; del canibalismo a la comunión mística del Nazareno.... Más aún, la codicia, el espíritu atávico de siete siglos de sangrientas luchas, el orgullo de la nacionalidad, que representaba la supremacía del poder mundial en aquel tiempo, el carácter de aventuras y fuerza que prevalecía entonces, y todas las demás circunstancias inherentes a la conquista, dieron por resultado un gesto de infernal dolor, un lamento supremo, un gemido estridente de la raza primitiva que se hundia en el abismo; la pasividad de unos cuantos pueblos anacrónicos que vejetan aún, siempre sufriendo. En una palabra, el soplo de muerte, al través del tiempo, dejando rezagos destinados a perecer en el turbión de los siglos, para que al fin sólo queden vocablos de lenguas muertas, que los eruditos, los sabios, tomarán como guías para reconstruir la historia, la cultura, la manera de vivir de las razas desventuradas del mundo.... ¡Con razón se abstenían muchos de los indios de ayuntarse con sus mujeres, para no dejar hijos que sufriesen su mísera suerte! El botín era el sueño del conquistador, como cantaba el gran Lope: **"no los mueve cristiandad, sino el oro y la codicia."**

---

(1) La Creación tomo I. pág. 338.

El **nagualismo**, especie de zoolatría, consistió en la práctica de los indios que se consagraban a algún animal, bajo cuya forma creían que una divinidad protectora los amparaba. Sacaban el horóscopo de la sangre de un niño recién nacido, en la primera ablución que le hacían; iban al monte, sacrificaban un conejo o una ave, y después creían percibir en sueños su **nagual**, es decir la forma del bruto que debía ser como su ángel de guarda (1).

Los mayas, los quichés y otros indios conocieron el hipnotismo, la sugestión y demás ciencias ocultas que los sacerdotes estudiaban, y que atribuían a brujerías y hechizos. En todos los pueblos antiguos achacábase a causas diabólicas lo que hoy está demostrado ser efecto de fenómenos naturales y de fuerzas ignoradas que se procura descubrir. Las crónicas todas de los conquistadores españoles refieren portentosos hechos, que la incredulidad tuvo por fábulas, y después se ha visto que en mucho son resultados del hipnotismo, ocultismo, magnetismo, transmisión del pensamiento, muertes aparentes, suspensión de la sensibilidad, vista a la distancia, etc. Todo lo del "Mundo de lo Desconocido" lo resolvían y lo explicaban por medio del diablo.

Aun después de la conquista, se creyó que había indios brujos, zahoríes **(zajorines)** y agoreros. Refiere el padre Fr. Tomás Gage, que en Pinula vió él mismo a una mujer llamada Matea Carrillo y a un Gómez que hechizaban con malas artes. Vió además de esos, a un tal López que se volvía tigre, león y perro (2). Por más tornadizos que algunos sean al sol que se levanta, ya era mucho eso de convertirse en bestias. El listo espía inglés, el célebre Fr. Tomás, sí se había convertido, por estas tierras, en religioso de Nuestro Padre Santo Domingo, sin serlo en realidad, según algunos creen, y vino a sacar buenos dineros a los infelices indios de Pinula y de Petapa.

Los franciscanos contaban que Balán Quiché era llamado **el portentoso,** porque había sido un gran brujo (3).

Los hechiceros eran los que sabían sanar, con plantas, las enfermedades, entendían de reducir una lujación, sangrar con obxidiana o **chaye,** extirpar tumores, embalsamar cadáveres, curar según dicen, el más venéreo y aún la lepra y el cáncer, empleando para estas últimas enfermedades, el comer carne de cierta lagartija, como aparece en la "Memoria del Protomédico de Guatemala, doctor don José Flores," impresa en México, en 1782. También usaban el veneno de las víboras y algunos remedios vegetales.

Todavía tienen muchos secretos los indios, que no dan a conocer a los **ladinos,** y que no figuran en la terapéutica. Por lo común los tuertos, cojos, gibosos o de cara infernal, eran y son los brujos. Estos embaucadores hacen uso de venenos para operar maleficios; emplean arañas que ponen a correr en mantas, después de quitarles una pata, o bien se sirven de zapos y culebras.

---

(1) Herrera. Historia de las Indias.

(2) En el capítulo XXI de los "Viajes del P. Gage," se habla de esos Gómez y Carrillos que era grandes hechiceros.

(3) Isagoge histórica, pág. 348.

Hacen muñecos de trapo remedando al que quieren perjudicar, y lo pican con afileres, resultándole el daño al hombre de carne y hueso. Otros usan pelo de muerto, dientes de difunto, figurillas especiales de piedra y otras cosas raras, para engañar a los incautos. El graznido de la lechuza, el aullido del coyote, el revoloteo de la mariposa negra, el encontrar en el camino una culebra o un lagarto, augurios eran de grandes calamidades. Todavía duran en las tribus de indios muchas de esas preocupaciones (1). ¡Algunos creen que hay gallos viejos que ponen un huevo y nace de él un basilisco!....

El hechicero es el hombre excepcional que mantiene relaciones personales e íntimas con los espíritus, que está poseído por ellos, que es el médico para las enfermedades, encantador de amuletos, denunciante de culpables, adivino, sacerdote, sabio y profeta de las tribus primitivas (2). La hechicera enseñó en el trono de Oriente las virtudes de las plantas y los viajes de las estrellas; en la trípode de Delfos, iluminada por el dios de la luz, daba sus oráculos al mundo; en Roma fue la sibila que en sus libros guardaba las profecías; aquí en América, cual otra Circe o Medéa, tuvo su varita de virtud, y por guía a su hermana la naturaleza.

Si aún entre gente civilizada prevalece la idea de que hay adivinos y nigromantes, cómo no la habían de tener los antiguos pobladores de Centro-América. Nada tiene de raro que los aborígenes del Nuevo Mundo creyesen en todo eso, y que tímidos y supersticiosos, continúen dando ascenso a semejantes sortilegios y adivinaciones, cuando en aquellos tiempos de la conquista era opinión general la de existir encantamentos y hechicerías. El Papa Inocencio VIII encomendó a los inquisidores la persecución de los nigromantes, y Sprenger escribió su famoso "**Martillo de los Brujos,**" tremendo libro que chorrea sangre, que habla del comercio carnal con los demonios, de **íncubos** y **súcubos,** de otras ridículas abominaciones, que serían simplemente risibles, si no hubieran dado motivo a tantos autos de fe, que hicieron morir a muchos desgraciados. El ergotismo medioeval fué causa de la muerte de cinco mil en Tréveris, quinientos en Génova, en sólo tres meses (1513), ochocientos en Wurtzburgo, casi en una hornada; mil quinientos en Bamberga; y hasta el mismo Fernando II, el devoto, el cruel emperador de la guerra de treinta años, tuvo que vigilar de cerca a aquellos santos inquisidores, que tenían al parecer la buena intensión de purificar en el fuego a todos los vasallos (3). El concilio de París, de 829, declaró: "Que existen ciertas gentes que bajo la influencia y sugestiones del diablo, debilitan de tal manera, por medio de filtros y filacterías, la inteligencia de los hombres, que los vuelven estúpidos e insensibles a los males que les hacen sufrir. Débeseles castigar, tanto más cuanto que tienen la audacia de ponerse públicamente al servicio del demonio." En tiempo

(1) Las Casas.—Historia Apologética, capítulo 110.
(2) Albert Reville.—Histoire des Religions des peuples non civilicés.
(3) J. Michelet.—La Bruja.—Introducción.

de la Colonia se instruyeron muchas causas por sortilegios y hechicerías. En la provincia de Cartago o Costa-Rica se siguió un curioso proceso criminal contra María Francisca Portuguesa y Petronila Quesada, por encantamientos y amoríos, por medio de un muñeco negro, con alfileres, para ligar a los hombres (1).

La verdad es que siempre ha habido preocupaciones, y que los maravillosos resultados de causas naturales, se han hecho depender, por la ignorancia, de **pactos con el diablo.** Hoy hay todavía quienes atribuyen los efectos del hipnotismo, magnetismo y lo que llaman espiritismo, a malas artes diabólicas. Existe un curioso libro escrito, en tal sentido, por un jesuita. Nuestros indios eran dados a creer en sueños, como todos los pueblos antiguos, lo cual nada tiene de raro, si se considera que Josué, Faraón, y otros muchos, tuvieron proféticos sueños, y hasta el mismo San Antonio no pudo escapar a visiones que refieren los místicos. Sin creer, como el sabio naturalista Debay (2) que puede verse en sueños lo futuro, sí conceptuamos natural que los pueblos primitivos den gran importancia, sobre todo a los sueños fatídicos, como el de Calpurnia, mujer de César. Sea lo que fuere de esa consciente actividad mental, mientras dormimos, la verdad la resumió en pocos renglones, Shakespeare, cuando exclamó:

De lo que se hacen los sueños
Somos hechos los mortales,
Y nuestra vida se acaba
En el postrer sueño eterno!

La magia y la credulidad son tan antiguas como el hombre, y las encontramos en todas las razas y en todos los países. Cautiva lo portentoso, y la superstición esparció por el mundo las más raras maravillas, muchos siglos antes de que el archi-druida verificara sus curaciones sorprendentes, y tremolando la rama de muérdago, arrancase con su hoz dorada el verde ramaje del añoso roble. Los misteriosos ritos de las sacerdotisas Voilers y Valas, son muy anteriores a aquella época. Los símbolos de todas las mitologías, tienen bastante realidad científica, desde los mayas, quichés, caldeos, egipcios y siríacos, hasta llegar a los modernos conocimientos físicos, según lo demuestra el sabio Schweigger, en su famosa obra **"Introducción a la Mitología por la Historia Natural."** Los indios maya-quichés revelan en su teogonía que hacían algo más que creer, y que en todas las épocas, bien sean idolátricas, ora materialistas, la naturaleza humana es parecida a la naturaleza universal, en su horror al vacío. Al través de brumas, de errores, de vicios y de sangre,

---

(1) Arqueología criminal americana, 225 páginas, por Anastasio Alfaro González.
(2) Los misterios del sueño y del magnetismo.

ilumina siempre a los pueblos "el sol espiritual central," el dios de los antiguos y de los modernos profetas, que trazó, con un rayo de poder infinito, la armonía genésica sobre la faz del cosmos (1).

En los fríos y mudos labios de los ídolos, en los geroglíficos de las ruinas soberbias de la América Central, quedan sellados innumerables secretos de civilizaciones muertas; queda el desdeñoso gesto de una raza. Dícese que Votán era gran mago, y refiérense maravillas de Quezaltcoatl, cuya misteriosa vara acaso tenía más virtud que la de Moisés, si hemos de dar crédito a Brasseur de Bourbourg y a Mousseau, que se empeñaron tanto en demostrar la identidad de los cananitas con nuestros aborígenes maya-quichés.... ambos pueblos maldecidos, descendientes de Can. Los magos caldeos y asirios tuvieron a su jefe **Nargal,** y el más temible hechicero quiché fué **Nagal,** ambos nombres derivados del dios asirio, y ambos con poderes de un **demón servidor,** con el cual ellos se identificaban por completo; el demonio asirio y caldeo estaba en sus templos en forma de animal sagrado; el demonio de los indios quichés y mexicanos se encontraba en el monte, en el lago, o dentro de la propia casa, bajo la forma de animal doméstico (2). Los caldeos y los mayas tuvieron ritos, preocupaciones y hasta palabras análogas.

Eran harto supersticiosos los quichés y prestaban crédito a los sueños, atribuían calamidades al canto de ciertos pájaros y se hallaban versados en la magia y en la quiromancia (3) tanto como los caldeos, siriacos, egipcios y demás pueblos antiguos. Al igual de aquellas gentes, no sólo conocían el curso de los astros, sino que, con ardiente imaginación, pensaban que las estrellas, flores de la noche, estaban ligadas con el destino de los hombres, y que en sus misteriosos giros y centellantes titilaciones descendían sus efluvios, que dejaban marcada en la inmensidad la suerte de los mortales. Por antítesis, en la tierra se descubría el óroscopo por mujeres lóbregas, envueltas en manto de tinieblas, con ojos fosforescentes, facciones angulosas, manos descarnadas y fauces hundidas. Eran las brujas, que sabían leer en el cielo los misterios de nuestro planeta y que recurrían al alma de la noche, la argentada luna, para arrancar de sus faces los augurios fastos o nefastos.

El historiador Buckle considera, y con razón, que la influencia de la naturaleza física que circunda a un pueblo, influye naturalmente sobre su mitología y superstición. En donde el terremoto, la tempestad y el huracán arrasan ciudades y hacen perecer víctimas innumerables, se excitan los sentimientos y las preocupaciones crecen. Con razón, pues, tenían nuestros indios esas divinidades airadas en su teogonía. Cada año, siete doncellas se arrojaban vivas, en Nicaragua, entre el hirviente cráter del volcán de Managua, para tenerlo propicio.

---

(1) *Isis sin velo*, pág. 91.
(2) Brasseur de Bourbourg. Méxique. páginas 535 y 574.
(3) Ximénez. Hist. Ind. Guat., pág. 191.

La esplendorosa floresta, los lindísimos valles, lagos y montes de esta paradisíaca tierra, tornaban las imaginacios en busca de agoreros, y los hacían creer que en cierto animal estaba su suerte vinculada, que había medios de interrogar al porvenir, de causar males por mágicas artes, y que las hechiceras tenían poder extraordinario.

En Guatemala, quemaron a muchos hechiceros los españoles conquistadores. Aún después de pasados los años de la conquista, siguieron las autoridades coloniales persiguiendo cruelmente a los brujos, que eran torturados sin piedad. Mientras que en la propia España quemaban herejes y brujas, aquí también se conducía a la hoguera a infelices sindicados de **pacto con el diablo.** Los extractos de Llorente, de Lamothe-Langon, la historia de la Inquisición de Lima, los anales de la de México, los expedientes que quedan en los archivos de la Real Audiencia de Guatemala, tienen una sequedad sombría, despiden el acre olor del sambenito; sólo muerte es lo que se encuentra en cada página. La tortura previa rasgaba carnes, machacaba huesos y desesperaba almas. La impasibilidad de los verdugos era más fría que una daga toledana.

Después de tanta crueldad, de tanta abominación, aún quedan por todas partes las brujas y hechiceras, no bajo el dolmén de algún sepulcro druida o en el bosque de los espinos, sino en medio de las ciudades, explotando la credulidad de las gentes. Aquí en Guatemala, no faltan adivinos, brujos, hechiceros, que saben **hacer el mal** con bebistrajos sucios y venenosos. Las ciencias ocultas, los misterios, cuanto se relaciona con seres fantásticos, embarga la imaginación del indio, llenándole de miedo y haciéndole cometer crímenes sin cuento. El vulgo confirma gran parte de tales supersticiones, y por eso, se alude a ellas, en cantos populares, como la copla tan común, que dice:

La lechuza canta,
y el indio muere:
ello será mentira,
pero sucede.....!

LISTA DE ALGUNAS PLANTAS MEDICINALES DE LA AMERICA CENTRAL

Acedera
Achicoria
Achiote
Agrá
Aguacate
Ajenjo
Ajo
Albahaca
Alonquén
Alcotán
Amapola
Amché
Anisillo
Anono
Apasote
Aromo
Artemisa
Azahar de monte
Alacrán
Agarico blanco
Agarico negro
Azafrán
Aloe
Aconito
Arnica
Albarrana
Asta de ciervo
Aceituna
Azucena
Adormidera
Avellana
Anacahuita
Alerojo
Albahaca de anis
Almendro
Balsamito
Bálsamo de Tolú
Bálsamo del Perú
Barbasco
Bodoque
Borraja
Betivir
Bálsamo del Brasil
Belladona
Beleño
Bijaroo
Berro
Bijuana
Bálsamo negro
Bicho
Conchalagua
Capitaneja
Canela
Cañafístola
Calzoncillo
Camacarlata
Café
Conacaxte
Chupac
Chicalote
Caña agria
Caña fístula
Capitaneja
Carao
Carboncillo
Cardosanto amarillo
Cardosanto blanco
Carvalla
Cedrón
Cerraja
China
Chipilín
Chirraca
Cola de alacrán
Contra-yerba
Copal
Copalchí
Copey
Coralillo
Cucuhneca
Culantrillo
Chicasquil
Culantro coyote
Cardón
Cordoncillo
Caraña
Coloquintida
Cebada
Copaiba
Cerillo
Cedril
Cedrón
Coco
Cativo
Coyol
Capsico
Cornezuelo de centeno
Contra-veneno
Chan
Cuasia
Cuasquite
Capitana
Chile de perro
Camibar
Cominillo
Cristalillo
Caucho
Calabazas
Chiquite
Chiquizá
Cebadilla
Doradilla
Encino blanco
Encino colorado
Estoraque
Fruta de agrá
Floripundia
Guacharo
Grana
Guaitil
Jiquilite
Jaboncillo
Jagua
Mangle
Mercolina
Moral
Mozotillo
Morán
Nacascolote
Nancite
Nance
Ojo de buey
Pepino
Purrúa
Punpunjuche
Pavel
Pino
Palo amarillo
Quina
Ratoncillo
Sanguinaria
Sangre de drago
Sanjuanillo
Saca-tinta
Cuaja-tinta
Targua colorado
Tintor
Tucuico
Uña de gato
Ubita
Canutillo
Chichicaste
Corrimiento
Coroso
Clevellina
Cuerno de ciervo
Cero
Coquillo
Chasmol
Doradilla
Duerme muela
Dijital
Dormilona
Dragón
Eneldo
Escoba blanca
Escoba de castilla
Escoba negra
Escoba de San Pedro
Escobilla
Escorsoneda
Estoraque
Espinillo
Estramonio
Francesa
Frailecillo
Floripundia
Frijolillo
Golondrina
Guaco
Guapinol
Guarumo
Guizaro
Güitite
Guiz
Garrapatilla
Guayaca
Gique
Guaria
Granada
Güis-coyol
Guacuco
Grama morada
Gavilana
Higuerilla blanca
Higuerilla colorada
Higuero
Hinojo
Huís
Hoja del baso
Hoja de Estrella
Hoja del milagro
Hoja de poro
Hoja sen
Hoja del aire
Hoja del guaco
Hojas del corazón
Hombre grande
Hule
Hongos
Helecho macho
Helechos
Helotillo
Huitirre
Istché
Iciquequí

Ipecacuana
Itabo
Izpasín
Javilla
Jengibre
Jeñocuabe
Juanislama
Jalapa
Jaral
Jinote
Jocote
Lechilla
Lengua de ciervo
Lengua de vaca
Llanten
Linaza
Liquidambar
Limoncillo
Limón
Lirio del valle
Lechuga
Lagarto
Lombricera
Leche de vaca
Malva
Manzanilla
Marañón
Matasano
Mechocán
Mejovana
Morera
Mozote de caballo
Mostaza
Maná
Menta
Mastuerzo
María
Mora
Melisa
Maíz negro
Ojo de venado
Ruibarbo
Rudilla
Raspa guacal
Rosa
Rosa de castilla
Rosa té
Rabo de puerco
Raicesilla
Ruibarbo panzón
Salvia
Sagú
San Antonio
San Diego
San Carlos
Sanco
Sensitiva
Sontol
Suelda con suelda
Simaruda
Sanguinaria
Sierra del gallo
Saragundi
Slémprevia
Sotacaballo
Savila
Sandal
Semicontra
Sana-luego
Sangre amarilla
Talcacao
Tamarindo
Tapate
Tuete
Toro
Tragacanto
Té
Té de limón
Targúa
Tucila
Tacaco
Tuna
Tiquilote
Trementina
Uña de gato
Urtica
Valeriana
Vainilla
Verbena
Vermut o absent
Viborana
Varilla negra
Violeta
Vainilla negra
Quequexque
Sebo vegetal
Yerba-tinta
Yuquilla
Yerba-mora
Yerba del cáncer
Yazú
Yerba-cacao
Yerba-culebra
Yerba del pesar
Yerba-santa
Yerba-té
Yerba-tora
Yerba del viejo
Yerba-chau
Yerba-escudilla
Zacate de limón
Zacate de olor
Zarzaparrilla
Zorrillo

CAPITULO XII

RELIGION, SACERDOTES, TEMPLOS Y SACRIFICIOS

SUMARIO

Era el miedo la base de la religión indiana. — Adoraba el indio a la naturaleza en sus fuerzas ocultas. — Los dioses cakchiqueles y quichés eran bi-personales. — Había tribus antropófagas. — La religión de los indios carece de tendencias filosóficas. — El enigma del mal. — Las razas vernáculas de América progresaron notablemente. — La mayor parte de las religiones antiguas fueron religiones astronómicas. — La ciudad de Nachán. — Dioses de los quichés. — La persona de cada indio estaba, según creían, vinculada a un animal. — Reverenciaban las ceibas y otros árboles frondosos. — Tradición del diluvio. — Mitología comparada. — Escritores que han profundizado en el estudio de la mitología centro-americana. — Ceremonia del bautismo. — Los religiosos españoles veían en todas las prácticas indias la influencia del demonio. — La diosa de la salacidad. — La confesión de los pecados. — Oraciones para la guerra, la peste, los terremotos, etc. — La cruz fué común entre los indios. — Leyenda de la venida, a estas tierras, de Santo Tomás. — La diosa de la generación. — Suplicio de la cruz. — Geroglíficos cruciformes. — Templo de la Cruz. — La circuncisión. — Costumbres religiosas. — El ayuno. — El culto a Falo. — XIBALBA, el lugar de los muertos. — Adoración del sol. — La trinidad india. — Pontífices y sacerdotes. — Templos, sacrificatorios y ritos. — Las castas. — Los teocalíes. — El Tectí o Papa. — Templos, sacrificatorios y ritos. — Las castas. —Los en Utatlán. — El fuego sagrado, que conservaban los choles y manches de la Verapaz, en el Escurruchán. — La cueva de Lanquín. — Sacrificios públicos y privados. — La cuaresma que tenían los indios de Guatemala. — Cómo se vestía el pontífice. — Costumbres horripilantes. — Los lacandones adoran al sol. — Los poconchíes creen en la transmigración. — El sacrificio de la caza. — La obra más antigua que trata de la religión de los indios de Guatemala es la del cronista agustino Román y Zamora, escrita en 1573. — La clase indígena continúa siendo idólatra. — La cultura precolombina en América distaba mucho de ser la que se necesita para la religión de Cristo. — La evolución religiosa se impone y no procede PER SALTUM. — El cristianismo apostólico tiene su raíz en las doctrinas vedas.—El transformismo religioso.

Era el miedo la base de la religión del indio; su plegaria, un lamento arrancado por la fuerza. Cuando oía ruido insólito en la selva, o el relámpago iluminaba el cielo y el rayo destrozaba su choza, o la peste asolaba la comarca, o la sequía esterilizaba el campo, o temblaba la tierra, o lo atacaban las fieras del bosque, corría a aplacar a Gucumatz con ofrendas y conjuros. Los aborígenes menos rudos de Centro-América tenían idea incorpórea de la divinidad, pero como los semitas, con atributos de ira, venganza, desolación, infortunio, que demandaban cruentos sacrificios. Los dioses eran el huracán, el trueno, la tormenta, los elementos todos, cuanto tuviese apariencia de poder. Los ídolos, que representaban a los dioses, tenían figuras deformes, horribles, repugnantes. Ni el sentimiento piadoso, ni la mansedumbre, ni el espíritu estético,

dieron tinte a aquel politeísmo, que aunque rudo, asume mucho interés, porque siendo la teogonía quiché, como la nahoa, esencialmente astronómica, las diversas representaciones de sus deidades nos enseñan muchos de sus conocimientos cosmogónicos y religiosos, así como las causas de sus grandes sucesos históricos y los motivos de su esplendor y decadencia. Las conquistas de los pueblos fueron conquistas de la religión, y la huella de los ídolos mismos era huella también del triunfo de las razas.

Adoraba el indio a la naturaleza en sus fuerzas ocultas, en sus poderes misteriosos, en sus cósmicas transformaciones, como si aspirara muchas veces a penetrar en las entrañas de la tierra, imaginaria residencia de aquellas tenebrosas potestades, con gigantescos hipogéos. Los indios nahoas, quichés, cakchiqueles y pipiles, eran bi-personales. Habían observado aquellas gentes que en la naturaleza todo se reproduce por un par; y de ahí, dice Clavígero, sugirióseles el dualismo divino.

No faltaban algunas tribus bárbaras que devoraban los cuerpos palpitantes de los prisioneros y de las víctimas sacrificadas. Sabido es que los chichimecas que acompañaron a Rodrigo de Contreras, en la conquista, en 1540, cuando éste era gobernador de Nicaragua, bajaron por el Desagüadero, desbarataron la colonia de Juan Sánchez de Badajoz, en el valle de Cuaza (Talamanca) y se comieron con avidez salvaje a los que capturaron.

Lo mismo en el Popol-Vuh, que en el Veda y en el Zend-Avesta, todo es árido, todo es frío, no hay sentimiento. En ninguna parte sorprendemos un anhelo, un suspiro, una sonrisa; en ninguna parte entrevemos la dicha de la humanidad. En ese inmenso desierto, no hay más que un oásis y es el pueblo judío. Moisés y el Nuevo Testamento sobresalen, como sobresale la palma en la llanura. La religión de los indios carecía de tendencias filosóficas. Era una creación abrupta del temor. Creían que la divinidad airada se aplacaba con sangre. En los pueblos primitivos ha sido la religión una doctrina social, que revela el rudimentario estado de sus costumbres. La idea religiosa vive en el tiempo y se desarrolla en la historia. En la inmensa calle de amargura que la humanidad ha venido recorriendo, entre las acerbas congojas de todos los días, la estrella de la esperanza a veces ha ocultado sus fulgores. Así y todo, la religión es un hecho mundial que vive y se mueve con poder no negado por el juicio sereno; hecho trascendente, de gran influencia en el mundo.

Los primeros templos índicos, en donde surgieron de las espumas del Ganges y de las reverberaciones del Himalaya, los dioses de nuestra raza, aparecen como los lejanos astros de suave luz que evocan ideas eternas. La religión de los caldeos, el sabeísmo, tuvo también entre los aborígenes de América, la tendencia de adorar a los astros, lo más alto lejano y misterioso. Así como los mongoles, los indios de este Continente, tributaron homenaje a la creencia religiosa de hechiceros que dominaban la naturaleza; de magos con fórmulas cabalísticas; de brujos que hacían males ocultos; de ídolos, de feti-

ches, dotados de todos los poderes de la magia. Hay tanta diferencia entre la religión de la naturaleza en los pueblos primitivos, y la religión mágica, en que parece espiritualizarse la naturaleza misma, como entre esta religión y la de los pueblos chinos y maya-quichés, con cierto carácter espiritual, signo de cultura, albores de nuevos horizontes. Siempre el panteísmo; pero al nivel de los arios, progenitores del politeísmo helénico, que elevaron a la cima la trinidad misteriosa, y en la base pusieron legiones de divinidades que representan fuerzas de la naturaleza. El enigma del mal, que es como un geroglífico escrito en los sepulcros de los Faraones, en las tumbas de Votán y Zamá, formaba parte de la teología quiché, según adelante explicaremos. Reconoce, en cierto modo, el bautismo, la confesión, la comunión y otras prácticas curiosas. Adoptaron la circuncisión, el ayuno, la penitencia y algunas fases del movimiento de la idea religiosa, que más tarde el pueblo bíblico, el griego, el romano y el alejandrino, amplísimamente refundirían en el cristianismo, síntesis de la filosofía y esencia de la cultura de antiquísimas nacionalidades.

En alas del terror coloca el hombre primitivo, en sus pagodas y sacrificatorios, a la escamada serpiente, al leopardo ébrio de sangre, al buho sombrío, al pájaro agreste de doradas plumas, como queriendo con esa zoolatría, representar las misteriosas fuerzas de la naturaleza y las virtudes mágicas de portentosos fenómenos. Depúrase la idea, y torna el tiempo los fetiches y los ídolos en símbolos espirituales y en concepciones metafísicas, quedando al través de los siglos, las ruinas de aquellos templos, como esqueletos del alma de la humanidad, que se ensancha, sube, y llevada por la esperanza, toca al fin las puertas del empíreo.

Las razas vernáculas de América progresaron notablemente, en algunas regiones; de tal suerte, que los nahoas, los mayas y los quichés, pudieron, en medio de la esplendorosa naturaleza que los rodeaba, ponerse al nivel de los antiguos pueblos del Asia. Muchos años antes de la conquista, tuvieron nuestros indios interesante fas en la historia de la humanidad. Los movimientos místicos han sido la resultante de condiciones etnológicas, sociales y hasta geográficas.

La mayor parte de las religiones antiguas fueron astronómicas. En ellas brilla el sol como el primero de todos los cuerpos celestes, cual centro de la vida. La doctrina de Zoroastro, la de Votán, la del Popol-Vuh, era esencialmente sabeísta, tributaba culto a la luz. Cuando el mago de Asiria o el sacerdote quiché escrutaban los cielos, para leer en las estrellas los secretos del universo, se estremecían de dicha al despuntar el sol, el padre de los dioses, el corazón del mundo (1). La religión solar pasó, en transformaciones varias, a la religión helénica. En medio de los dogmas semíticos brilla la luz. El Ver-

(1) En la plegaria quiché: "Cha ya tah K' etal Ka tzihol chi ve. Danos nuestra guía y nuestra lumbrera en el camino.—Popol Vuh, pág. 240.—Las *pléyadas* aparecen con el nombre de *Motz*, conjunto de guerreros que como chispas se volvieron estrellas.

bo es **luz de la luz,** según el evangelio de San Juan. La **Virgen de la Luz** lleva un cestillo de corazones y saca de los obscuros abismos a las ánimas precitas. En el solsticio de verano es la Natividad santa del Bautista, y en el solsticio de invierno cae la Natividad más santa todavía del Salvador del Mundo. La proyección infinita de las cosas, es la omnipresencia del universo al través de la luz que recorre las vías del espacio. San Juan dijo que Jesucristo era **la luz** que vino a este mundo, para iluminar a todos los hombres. Zacarías, al ver al Bautista, fruto milagroso de su vejez, saludó al que había nacido para preparar las sendas a otro llegado de lo alto, a fin de alumbrar a los que yacen en las tinieblas y en las sombras de la muerte y enderezar nuestros pasos por el camino de la paz. Simeón, en su cántico, le llamó luz que había de iluminar a los gentiles; y por fin, el mismo Nazareno dijo de sí: "Yo soy el camino, la verdad y la vida; yo sol **la luz** del mundo, y el que me sigue no anda en tinieblas." Todas las religiones ensalzan la luz. La luz es germen de lo que se mueve y crece; es destello divino.

Para el hombre primitivo, como para el pájaro, volver a ver la luz es renacer a la vida. El éxtasis de la luz se pierde en los abismos del infinito. El indio autóctono tenía himnos para los primeros momentos aurorales en que se desatan los cantos de las aves. Los gorgeos de las razas humanas siempre saludaron los rayos matutinos, la sonrisa de la vida, la promesa de ventura plácida, la llegada del dios que ahuyentando las tinieblas del cielo y de la tierra, entra en el corazón del hombre, pone en él la claridad y disipa el mal.

"Volviendo a la nación quiché, dice Chavero, desarrollaba y recibía gran incremento su civilización, teniendo por centro la ciudad sagrada de Nachán. Ningún sitio podía encontrarse mejor para una metrópoli suntuosa. Desde sus alturas, coronadas de templos y palacios de asombrosa magnificencia, abrazaba la vista una inmensa llanura, perdiéndose en una serie no interrumpida de bosques y lomerías. El rey sacerdote, desde lo alto de su torre, dominaba la ciudad, en un vasto horizonte, y podía descubrir los movimientos de cualquier enemigo y los progresos de la prosperidad pública que en su derredor tomaba vuelo. La gran metrópoli y los campos circunvecinos se veían llenos de vida; en ellos resonaba ese gran murmullo de los pueblos que es el aliento de la humanidad. Oíanse entusiastas cantares que acompañaban las tumultuosas danzas en los palacios. Aquellas escalinatas se cubrían de guerreros adornados de oro y hermosísimas plumas, al par que de mujeres lujosamente ataviadas, con collares riquísimos, tocados fantásticos y sartas de perlas y esmeraldas. Y el pueblo asistía solamente a contemplar la pompa del sacrificio, que celebraba en lo alto del templo el sumo sacerdote, al sonido estrindente de caracoles y vocinas que llenaban de estrépito el aire, acompañados de las cántigas de toda esa ciudad.

Había un dios invisible e incorpóreo, **Hunab Ku.** El dios de la vida **Itzamaná,** era el **Sol naciente. Gucumatz,** serpiente con plumas, era el dios héroe,

instituyó las leyes, formó el calendario, creó todo lo que era cultura y progreso, como el **Sol Poniente,** que deja calor, crecimiento y renovación: **Pueblos de la luna, Amek ri ik,** llamaban al Continente, desde antes que viniera el hombre pálido.

Los quichés tenían además tres dioses animales, la zorra, el coyote y el jabalí. Sobre ellos estaba el **Espíritu del Cielo, Vgux-Cho** que dió nacimiento al **Huracán,** que significa **el más grande de los dioses**; su nombre ha pasado a las lenguas modernas de Europa, para expresar el más fuerte de los vientos. **Cabracán** era el dios del terremoto, que derrumbaba chozas, árboles y montes. **Chiracán,** la diosa tierra (quiere decir **boca grande, cráter largo,** que todo lo traga).

Creían los indios de Centro-América, dice el P. Gage, que sus personas y su vida entera estaban vinculadas a la de cierto animal, que si sufría, ellos también penaban; y si moría, ellos igualmente dejaban de existir. Decían que tales animales eran sus espíritus familiares (1).

En medio de la zoolatría, de la idolatría, y de las ridículas supersticiones de los quichés, vino tiempo en que llegaron a reconocer la existencia de una causa primera, invisible y todo poderosa, llamada **Theotl,** por los nahoas, **Viracocha** por los peruanos, y **Cabahuil** por los quichés. Así como el sabio Daniel G. Brinton escudriñó el concepto que del amor tuvieron los aborígenes de este Continente, examinando las voces del sentimiento, del cariño y de la pasión, en las lenguas que aquellos usaban, es dable llegar a deducir, por ese proceso filológico, que entre los quichés y los cakchiqueles, se creyó que había una divinidad principal, aunque siempre consistente con el bi-personalismo, que en su teogonía prevaleció. El dualismo no era incompatible con la unidad monoteísta de la causa primera, como la existencia de las tres personas de la Trinidad, de los católicos, no se opone a que sea un solo Dios. El espiritualismo dió origen a las divinidades mayores del quiché. Los primeros religiosos que a los indios doctrinaban, tenían escrúpulo de valerse de la palabra **Theotl** o **Cabahuil** para designar la divinidad. Más tarde, comprendieron que no había en ello nada de impiedad, ni menos de pecaminoso, bien que no siempre se prestaban aquellas lenguas a significar los misterios del cristianismo. Así fué que los trductores cometían un desatino al aplicar a la Virgen la voz **Gapoh,** doncella, que significa **sed de corromperse**; porque los quichés, como los pueblos antiguos de muchos puntos del Asia, no estimaron la virginidad, sino que, según la costumbre, la integridad corporal, se prestaba al deseo de perderla. La virgen dejaría de serlo pronto. Era la gravida merecedora de consideración, porque ofrecía ventajas al pueblo, dando hijos a la comunidad. Al nacer una niña la desvirgaba la madre, por precepto religioso.

---

(1) Viaje, tomo II, pág 334.

Muchos indios reverenciaban, las corpulentas ceibas, de altísimo tronco y copado ramaje. Como que los árboles grandes que buscan el cielo, hacen nacer en el alma una aspiración hacia lo divino, hacia el poder creador, que produce aquellos hermosísimos gigantes del bosque, que durante siglos resisten los airados elementos (1). La fuerza creadora de la naturaleza, que se muestra con tanta evidencia en el acto misterioso de la generación ha parecido a todos los pueblos una cosa divina, que han venerado en formas diversas, más o menos groseras. Lo mismo en el Indostán, que en Grecia, en Roma y en América, el **lingam** o el **phallus** se adoraba. Se rendía culto hasta a las rocas, cuando tenían algún parecido con los órganos sexuales (2). Todo lo que denotaba vida merecía homenaje y hasta adoración; no se conformaban con la muerte.

En medio de su rudeza, presentían después de la existencia terrenal, otra vida ulterior; se preparaban para un viaje, no para un aniquilamiento, ni para desaparecer en la nada, que no existe. Más allá del sepulcro, siempre se ha anhelado un mundo mejor. Creencia es ésta de todos los tiempos, que jamás se arrancará del corazón del hombre (3).

Contemporáneo el indio de la primitiva y gigantesca fauna que apareció en América, han sido siempre los árboles sus mejores amigos. Grandiosos los aborígenes de nuestro suelo, en sus concepciones respecto a la divinidad, tenían de templos las grutas, los lagos, las cascadas o las agrias cumbres de los montes, como si prefiriesen las obras de la naturaleza a las obras de sus manos, o quizá porque en esos parajes había cierta poesía religiosa muy compatible con la solemnidad de sus ritos. Aún después de haber edificado adoratorios y lugares especiales para los sacrificios y las plegarias, siempre acudían a los montes y sitios campestres a tributar culto a sus ídolos. En la finca **Miraflores**, perteneciente al que escribe estas líneas, se encuentra, a dos millas de la capital de Guatemala, un gran edificio en ruinas, que fué adoratorio de los primitivos indios (4).

Algunas razas de Centro-América, entre ellas la de los quichés, así como la de los mayas, tenían tradición del diluvio y tributaban culto a las **guacamayas**. Esta tradición tan generalizada que llegó hasta los cañarís del Ecuador, pudo haber sido reminiscencia de la catástrofe del diluvio que refiere el Génesis hebraico, o vago recuerdo de algún cataclismo geológico (5). A pesar de los argumentos del sabio Schoevel sobre la universalidad del diluvio, la ciencia ha opuesto múltiples objeciones a esa inundación general. Los terrenos que la geología reconoce por **diluvianos**, que llevan escombros oceánicos en sus remo-

(1) Maury.—La Tierra y el Hombre.
(2) Andrés Lefébre.—La Religión, pág. 75.—París. 1892.
(3) La Creación, por M. Edgar Quinet. Tomo II, pág. 145
(4) A Glimpse at Guatemala.
(5) Nardaillac, La América prehistórica, capítulo 9.

vidos senos, preceden con mucho a las apariciones históricas del hombre. No hay en las zonas conocidas con el nombre de diluviales ninguno de aquellos restos humanos que aparecen tan abundantes en los terrenos cuaternarios. El gran Cuvier, a pesar de su empeño de unir la tradición hebraica con el contenido de la ciencia, proclamaba un diluvio en Asia; pero del cual se había preservado el Africa. Hoy se cree que hubo diluvios parciales, a causa de sacudimientos terrestres, ascenso del gran lecho de los mares, descenso de las costas, desnivel entre las cantidades inmensas de hielo aglomeradas en los polos precesión de los equinoccios, inclinaciones del eje de la tierra, y hasta oscilación de su eje de gravedad. No ha habido diluvio universal, después de haber aparecido el hombre por los terrenos cuaternarios. A los diluvios parciales, pues, se refieren las tradiciones de los viejos pueblos, desde los soles nahoas hasta la familia de Noé. El escritor más antiguo que narra un diluvio semejante al bíblico es el caldeo Beroso. Diecisiete siglos antes de la era cristiana ya los escribas caldeo-asirios, en Babilonio y Nínive habían esparcido la tradición diluviana, cuando Abraham acababa de plantar sus tiendas en las tierras del Hebrón y Moisés distaba mucho de venir al mundo. Los iranios o persas conservaban memoria de aquella catástrofe, y en Grecia fué popular la tradición de Tesalia. Desde la cima del Parnaso, salvados Deucalión y Pirra, descienden arrojando piedras para que broten hombres, después que Júpiter ahoga al género humano. El Edda escandinavo supone la tierra sumergida en la sangre de un gigante. En Egipto se evocaba el castigo del agua que cubrió hasta los montes más altos. En América las tribus diversas guardaban recuerdos diluviales, además de memorias terribles de sumersiones de pueblos enteros en las aguas oceánicas. El solitario mar se ha revolcado, bramador y rabioso, por muchos puntos de la tierra. Continentes enteros desaparecieron. Los cristales polares han invadido la mayor parte del planeta hasta los trópicos. Los Andes se formaron entre los estremecimientos epilépticos del Nuevo Mundo. Las ondas del Seno Mexicano, después de tragarse impasibles las naciones más civilizadas de la tierra, sonríen tranquilas, como las mitológicas sirenas, o ruedan embravecidas cuando el ciclón azota las aguas antillanas.

Lo grosero y hasta brutal de las prácticas religiosas de algunas tribus de indios, dan la medida de su modo de ser y de vivir. La mitología comparada demuestra que la humanidad ha venido uniformemente y por pasos muy lentos, hacia el desarrollo religioso. Lo mismo en el mundo antiguo que en el suelo americano, la evolución hubo de seguir iguales huellas. La analogía de ideas religiosas, la comunidad de ritos, la semejanza de principios, el parecimiento en las costumbres, no implican unidad, ni tradición, ni solidaridad. La ciencia social ha probado, por modo irrefutable, que semejantes coincidencias son simplemente fruto de análogo grado de cultura (1). Así como el árbol tierno

(1) La Mitologíe comparée, Girard de Rialle, 1878, París.

sólo da hojas, y el sasonado flores y recinas, la humanidad produce madurez y cultura. La religión es la medida del adelanto de un pueblo. Cuando los judíos tuvieron a Moisés fueron grandes y salieron del cautiverio. Cuando Roma era la señora del orbe, y Augusto había cerrado las puertas del templo de Jano, para transformar el criterio moral y levantar al hombre a un nivel que jamás había alcanzado en los antiguos tiempos, aparece el Salvador del Mundo. La historia de la inspiración cristiana **(fides qua creditor)** y la historia de la concepción religiosa, anterior a la mitología y al dogma **(fides quae creditor)** demuestran que la religión es un organismo, que se desarrolla y eleva al compás de la civilización de los pueblos, formándola y enriqueciéndola como la savia enriquece la vida de las plantas.

Recorriendo la historia de los mitos indianos, que ha sido profundizada por Brinton, Brasseur de Bourbourg, Müller, Kingsborough, Jarris y otros anticuarios, aparece que la circuncisión, el bautismo, la cruz, la confesión de los pecados, y algunas otras prácticas que, alteradas y reformadas, subsisten hoy, se conocieron entre los indios de México y otros de Centro-América. El dios relacionado con el nacimiento y purificación de los niños se denominaba **Chalchihuites,** nombre que por extensión se daba a las piedrecitas pulidas que ponían en forma de soguía a los infantes y a sus madres. El cuarzo verde, la esmeraldas y otras piedras finas, servían para tales adornos (1). Hoy la palabra **chalchihuites** se usa en Guatemala para designar baratijas, trastes de poco valor, objetos inútiles. En el lago de Coatepeque había en las márgenes de Coatán, un ídolo grande representando aquella divinidad bautismal (Squier). Los indios creían, como otros pueblos antiguos, que ciertas piedras eran de buen agüero.

La ceremonia del bautismo comenzaba por poner en la mano izquierda del niño un escudo pequeño, y en la derecha un arco de flechas, simulado de **paixte** y semillas de amaranto, acompañado de arreo de guerra y de una ollita con maíz y frijoles (2). Al salir el sol rociaba la partera la cara de la criatura con agua fresca, colocándole la cabeza hacia el Poniente, y exclamando: "Oh, águila, oh tigre, oh hombre valeroso, has venido al mundo enviado por tu padre y madre, el gran Señor y la gran Señora; fuiste creado y engendrado en tu casa, que es el lugar de los dioses supremos, que están encima de los nueve cielos. Eres un dón de Gucumatz, que está en todas partes. Ahora júntate con tu madre, la diosa de las aguas **Chalchihuiticue."** En seguida la misma partera humedecía los labios al infante y levantándolo en alto, lo ofrendaba a los dioses; después rociábale unas gotas de agua, y decía: "¡Recibe el agua pura que limpia y purifica, que removerá de tu corazón toda mancha!" Al bañarle, por último ligeramente la cabeza, exclamaba: "¡Oh hijo mío, toma

(1) Palacio. Carta, pág. 110.
(2) Bancroft. two ilustrations on baptismo. vol. III pág. 371

esta agua del Señor del mundo, que es tu vida, que da vigor y que refrezca. Ojalá que esta agua celeste, azul, penetre entre tu cuerpo y ahí viva; quiera el cielo que destruya en tí todos los elementos adversos y malos, que te fueron dados desde el principio del mundo. En tu mano, diosa de las aguas, está toda la humanidad porque eres nuestra madre."

Torquemada, en la Monarquía Indiana, Sahagún y otros religiosos, en vez de encontrar en todo eso los gérmenes de la religión cristiana, veían el poder del diablo y la influencia del infierno (1). Este último cronista da una descripción detallada de **Tlazolteotl**, diosa de la salacidad, que ayudaba a cometer los pecados; pero que tenía el poder de perdonarlos. "El sacerdote buscaba en el libro divino, **tonalamatl**, para adivinar los pecados del que traía leña y copal para encender el fuego. Si el pecador era noble iba el sacerdote a confesarlo a su casa, y con palabras de oración le perdonaba sus culpas, bajo juramento de no volver a repetirlas. Usaban una ceremonia en esta tierra, hombres y mujeres, niños y niñas, que cuando entraban en algún lugar en que había imágenes de los ídolos, una o muchas veces, luego tocaban con el dedo la tierra, y después lo besaban, (como hasta el día hacen los griegos sismáticos para santiguarse). A esto llamaban nuestros indios comer tierra, haciéndolo en reverencia de sus dioses, y todos los que salían de sus casas, aunque no saliesen del pueblo, y volviendo a su casa hacían lo mismo, y por los caminos cuando pasaban por algún **Cú** u oratorio, hacían igual cosa, y en lugar de juramento hacían esto mismo, y para afirmar que decían verdad usaban tal ceremonia, y la demandaban los que se querían satisfacer de que no mentía el que hablaba. Luego lo creían como bajo juramento (2). El sacerdote imponía al confesante una penitencia de maseración y ayunos; pero la confesión no se hacía más que una vez en la vida y por lo común en la vejez. Así dice Kingsborough: "De esto, bien se arguye que aunque habían hecho muchos pecados en tiempo de su juventud, no se confesaban de ellos hasta la vejez, por no se obligar a cesar de pecar antes de la ancianidad, por la opinión que tenían de que el que tornaba a reincidir, no tenía remedio" (3). Prescot observa que en la confesión auricular, en el secreto consiguiente impuesto al sacerdote, en la absolución y en la penitencia del confesante, había mucha similitud entre aquella práctica religiosa de los antiguos indios y el sacramento de la penitencia (4). La confesión de los indios tenía la peculiaridad de que hecha en los postreros años de la vida, no sólo borraba la culpa espiritual o religiosa, sino que alcanzaba indulto de la pena social o jurídica (5). "Si topaban algún tigre, gritaban luego sus pecados, para librarse así de aquella peligrosa **fiera.**" "Repúblicas de Indias," T. 1. Pág. 208.—Román.

(1) Tomo II. pág. 37.
(2) Clavigero. Historia Antigua tomo II. pág. 25.
(3) México antiguo. vol. VII pág. 6
(4) México antiguo, vol. I. pág. 62,
(5) Herrera. Historia General. tomo I. década II. libro 6. capítulo 15.—República de Indias por Román y Zamora pág. 207.

Nuestros indios tenían oraciones para los tiempos de guerra, para las pestes, para las calamidades públicas, para alcanzar buenas cosechas, y en fin, para todo aquello que más de cerca necesitaban. De los mayas tomaron los quichés el símbolo de la cruz, como uno de sus emblemas de adoración. Había cruces en Palenke, Copán, Nicaragua, Quiché y otros lugares de Centro-América. (1)

El significado que se le atribuía a aquel signo era el de fertilidad o generación. Una pieza de madera atada horizontalmente a otra vertical, indicaba la altura de las salidas de madre del Nilo. Si la corriente alcanzaba esa señal, la cosecha sería pingue; pero de lo contrario, sobrevendría el hambre. De ahí provino que en Egipto se revenciara la cruz cual signo de vida, y se temiese a la vez cual imagen de decaimiento y de muerte. En otros pueblos, por diversas razones, se hallaba relacionada con ritos fálicos, o bien con el gran fertilizador, el sol, fuente de la existencia. La cruz entre los chinos significa concepción.

Tuvo, pues, buen criterio Godofredo, Higgins (2) cuando dijo: "Pocas causas han sido tan poderosas para producir errores en la historia antigua, como la idea ligeramente tomada por los cristianos de todos los tiempos, sobre que cada monumento de la antigüedad marcado con una cruz, o con algunos de los símbolos que ellos concibieron, como monogramas del nombre de Jesucristo, eran de origen cristiano. La cruz fué tan común en Egipto y en la India, como lo es en Europa y en América.

No pocas conjeturas se hicieron, desde un principio, cuando los españoles, con asombro, encontraron la imagen de la cruz, entre los edificios de los indios, como emblema religioso. Unos dijeron que los mismos castellanos arrojados por una tempestad en Yucatán, antes de que Córdova descubriese esa tierra, habían introducido la cruz; pero en las ruinas antiquísimas ya se encontraba, y era también usada en Centro-América, lo cual traía por tierra aquella hipótesis. Los naturales indígenas de estas comarcas tuvieron una tradición que daba a entender que los españoles, un poco antes de la conquista, habían sido los introductores de la cruz. Entre los muchos profetas que aparecieron por entonces, hubo uno que predijo la venida de un pueblo extraño, por el lado del sol naciente, que traería una fe monoteística, con la cruz por enseña. Les previno aceptar la nueva religión y erigir una cruz como testimonio de su profecía (3). Brinton juzga que se puede referir a la vuelta de Zamná o Kuckculcán, señor del alba y de los cuatro vientos, adorado en Cozumel bajo la señal de la cruz (4). Algunos de los crédulos cronistas y no pocos de los frailes, hicieron popular la leyenda de que un joven muy hermoso había pasado por el país,

(1) Müller, Religiones Americanas, pág. 298
(2) Druidas Célticos, pág. 126.
(3) Historia de Remesal pág. 245.
(4) Myths, pág. 188.

dejando la cruz como memento, antes de la conquista, y que tal personaje era nada menos que Santo Tomás. Las Casas dice que los indios aseguraban tener la cruz cual religioso símbolo, porque había muerto en ella un hombre más resplandeciente que el sol (1). La opinión de que fuera introducida por primitivos cristianos, o paganos del antiguo mundo, se desvanece por la circunstancia de que habrían dejado entonces otros rastros más prácticos de su cultura. El símbolo de la cruz, según se expresa Bancroft, es de suyo tan sencillo, y sugestivo de tantas ideas, que parece razonable pensar que los aborígenes lo introdujeron sin necesidad de que otros lo hubieran traído de remotas tierras (2). En todo caso, como la cruz estaba reconocida cual emblema religioso e instrumento de castigo, mucho antes de la era cristiana, es innecesario buscar teorías para explicar la existencia en América de ese signo, en relación con el cristianismo.

Los españoles estaban en un error al pensar que sólo ellos, que desde los tiempos de la reconquista habían multiplicado tanto las cruces, eran los únicos que las usaban en concepto de símbolo religioso. Cuando vinieron a América, no podían comprender que los indios ya conociesen lo que los pueblos más remotos de Asia tuvieron desde tiempo inmemorial.

Las fiestas de la Maya o del Pirulito se pierden en las brumas del politeísmo greco-romano. Un curioso manuscrito **"Los Días Geniales,"** de Rodrigo Caro, trata extensamente de esa solemnidad, que Santa Elena sustituyó con la fiesta de la Cruz. Hornacinas vaciadas en el muro, pequeños triunfos o altares hechos en los ángulos, caracterizaban estas cruces, en las calles y plazas, desde que se generalizó entre los cristianos de España esa fiesta popular, que aquí en América se introdujo, y aún se conserva el día cuatro de mayo, muy celebrada por los albañiles.

En la zona quiché había ídolos alegóricos, como los que se refieren a la computación del tiempo y a la reproducción humana, que se consideraba gran beneficio de los dioses, y anhelada por los que se casaban, hasta el punto de que la mujer estéril ocurría al curandero, quien le prevenía separarse por cuarenta días del marido, tomar el agua de ciertas yerbas, como el **alonquén,** comer mucho maíz y beber miel silvestre, no probar la sal y hacer algunos sacrificios a la diosa de la generación (3).

El suplicio quiché, que ilustra con un grabado de Nachán, la obra **"México al través de los Siglos"** (Tomo I. Pág. 229) representa un infeliz indio crucificado, con abrazaderas en pies y manos. Dice Chavero que de ese ídolo no

---

(1) Historia Apologética. capítulo 123. Pedro Mártir. dec. IV. libro 1º
(2) Miths tomo III pág. 469
(3) Román. Repúblicas de Indias. tomo I. pág. 213.

queda más que el modelo en que se hacían las figuras, por lo que opina que era un dios cuya efigie se reverenciaba mucho. En los geroglíficos se encuentran cruces de San Andrés, cruces griegas y cruces teutónicas.

Escritores tan eruditos como el mismo Chavero dan a conocer detalladamente el simbolismo de los geroglíficos cruciformes del Códice Vaticano y del Códice de Viena, sin necesidad de recurrir a citas de teogonías orientales. Dicen que la cruz que tenían los nahoas, mayas y quichés, era la representación pleonástica de la vida, de la reproducción y del alimento; lo que explica que los toltecas llamaran a la cruz **tonacaquaouitl**, que quiere decir **árbol del sustento o de la vida.** El poder generador se presentó con la cruz del **l-in-gam,** y desde el Asia, atravesando el Africa, allá en los remotísimos tiempos en que comienza la historia del hombre, vino una raza anterior a la arya y al descubrimiento del hierro, y llegó a América (o según otros quieren, fué de aquí para el viejo mundo) denominósele draviana o semítica; ello es lo cierto que tenía un dios que se llamaba **Indra,** según afirma Duncker. Era el sol, que en el Perú fué **Inta** y por nuestras regiones **K-in** o **Ch-in** (siempre la raíz **in).** Los nahoas tenían al sol por **creador, fundador, alimentador.** La cruz significó los rayos fecundantes de la vida, que forman las estaciones, productoras de las cosechas. Los cuatro puntos cardinales, los cuatro años, los cuatro días principales, los cuatro períodos cronológicos, y el mismo sol como causa de la vida (1). Herrera, en su "Historia General, década II," habla de varias cruces encontradas en adoratorios, consagrados al dios de las lluvias. Lo mismo afirma Cogolludo y Gómara. La cruz, pues, fué, en el principio del mundo, la imagen de la vida, en las teogonías de los primitivos pueblos representaba el sol, el agua fecundante caída del cielo. En la plenitud de los tiempos, la cruz fué el árbol de la redención, que con los brazos abiertos vino a cubrir al mundo, a ofrecer la bienaventuranza.

La religión es un organismo que, con el hombre, ha tomado desarrollo y simboliza el grado de cultura. Es un árbol místico cuyas raíces están en el paraíso y cuyas ramas no dejarán de cubrir a la humanidad hasta que desaparezca.

Para concluir con la historia de la cruz, es preciso mencionar aquí el famosísimo templo que se encontró en Palenke, cuyas ruinas aún se estudian por los anticuarios. Era el **Templo de la Cruz** un edificio quiché construido sobre una pirámide, de gradas de mampostería, de 134 pies de altura, teniendo el templo 50 pies por 31, con pilastras que sostenían un techo con relieves de estuco, plantas y flores, adornando una gran cabeza y dos cuerpos bastante perfectos. En seguida, una construcción extraña de dos pisos coronaba el

---

(1) México a través de los Siglos, tomo I, pág. 281.—Figuier. L' homme aprés la mort.

edificio, con calados y ornamentos de relieve. Por dentro había molduras de estuco, grandes paredes llenas de geroglíficos, personajes con mitras, y con estrellas por orejas, llevando al sol en el pecho.

En la puerta del altar existían bajos-relieves lindísimos, de sacerdotes, uno con la máscara sagrada representando a Votán, y el otro, con una culebra cascabel y una ave extraña, acaso simbolizando otra poderosa divinidad relacionada con el sol. Los tableros con un perfecto dibujo de la cruz, están aún en Palenke y han sido estudiados por el Instituto Smithoniano y por sabios como Charnay, Dupaix, Waldeck, Stephens, Rau y otros profesores eminentes. El tercer tablero lo hemos visto en Washington, en donde tuvimos ocasión de admirarlo.

En fin, la **cruz de Cozumel,** que algunos han tomado por indígena, era enteramente de carácter cristiano, y de forma y estilo del siglo XV, al punto que no deja duda de haber sido los mismos españoles los que la pusieron en aquel lugar indígena, lo cual hizo después afirmar a muchos fanáticos que el cristianismo se había conocido antes de la conquista castellana en el Nuevo Mundo. Quiroga cierra su magnífico estudio (1) sobre **"La Cruz en América"** demostrando que era símbolo de la lluvia.

La circuncisión que acostumbraban los indios mayas, quichés, cakchiqueles y de otras tribus, no sólo ha sorprendido a muchos historiadores, sino que ha dado margen a que algunos deduzcan de ahí que los aborígenes americanos descendieron de los judíos; pero a la verdad, los chinos, los egipcios, los etiopes, y todos los países moamedanos, han practicado y practican la circucisión, que entre nuestros indios no obedecía a la simbólica renuncia de carnales goces, como creyó Brinton (2) ya que en ese punto eran terriblemente desmoralizados aquellos indios, sino más bien a un principio de higiene y de limpieza, que dió origen, en las naciones de Asia y de Europa, a esa costumbre rodeada después de carácter religioso.

Fr. Jerónimo Román, que es quien más datos recogió acerca de las costumbres religiosas de los indios, dice: (3) "Tenían por ley circuncidarse, y ansi a los veintiocho días llevaban los padres al niño o niña al templo y lo entregaban al mayor sacerdote y a los demás, y tendían sobre una piedra, que servía de ésto, a la criatura, y con un cuchillo de piedra circuncidaban al niño. A las niñas también, en lugar de circuncisión, les hacían cierta ceremonia, y era que el gran sacerdote corrompía a la niña con sus propios dedos y mandaba a la madre que llegada a los seis años, ella mesma con sus dedos renovase el rom-

(1) Adán Quiroga.—"La Cruz en América."—Buenos Aires. 1901. pág. 254.
(2) Brinton. Myths. pág. 147.
(3) Repúblicas de Indias. Idolatría y Gobierno. tomo I. pág. 117.

pimiento." No estimaban en nada la virginidad, sino que por el contrario, trataban de destruirla desde un principio (1).

Acostumbraban una especie de comunión, que consistía en sacrificar un niño, sacarle el corazón, y con la sangre mezclada de **ulli** (caucho) y cierta semilla de los huertos sagrados, hacían una confección llamada **yoliagmtlaqualoz** (manjar del alma) que reputaban sacratísimo. Cada seis meses lo debían tomar los hombres mayores de veinticinco años y las mujeres mayores de dieciséis. En el décimo quinto mes se fabricaba una estatua de masa de maíz cocido, representando al dios **Huitzilopochtli**, y se hacía pedazos para darla a comer al pueblo. La ceremonia se denominaba **teoqualo,** o sea **dios es comido.** En otras ocasiones hacían bollos o tortillas de semillas de amaranto y miel, llamados **pan sagrado,** que se distribuía sobre hojas de maguey. Mendieta dice que el tabaco lo comían en conmemoración de **Chihuacuatl.** Torquemada, Sahagún y otros cronistas antiguos refieren todo eso, que Kingsborougt trata de explicar menudamente (2).

Agrega Bancroft (3) que el ayuno lo acostumbraban tanto para perdón como por penitencia de sus pecados, y con el fin de prepararse a las grandes festividades. El ayuno ordinario era de abstinencia de carne, y consistía en hacer una sóla comida por la noche. En el año divino se componía el ayuno de los ochenta días, y aún duraba más el de los sacerdotes. Los Grandes Ministros o supremos Pontífices iban a los montes por varios meses y se mantenían con yerbas y un poco de maíz crudo, haciendo penitencia y sacándose sangre de varios puntos del cuerpo, hasta de los órganos genitales (4).

Cundió en Honduras la creencia entre los aborígenes, de que una bellísima mujer blanca, llamada **Comizahual,** o **tigre que vuela,** era especie de hada o bruja que, descendida del cielo, había venido a **Cerquín,** que hoy se llama **Gracias,** a difundir la civilización. Decían que a pesar de haber permanecido virgen, había tenido tres hijos, que Torquemada afirmaba que habían sido hermanos de aquella divinidad (5) entre los cuales distribuyó su reino. Después subió a lo más alto de su palacio, y en ascención gloriosa, acompañada de relámpagos y truenos, se fué a reunir con los dioses (6). Inmediatamente un lindísimo pájaro se vió volar y desaparecer. Era el melancólico quetzal de áureo plumaje, que para no presenciar la hecatombe indiana, se refugió en los bosques solitarios.

---

(1) En ciertas regiones se hace la *toilette* de las niñas, de tal manera minuciosa, que hasta las huellas del himen es difícil encontrar. En las Indias inglesas sucede otro tanto. Entre ciertos indios del Brasil no existen vírgenes, porque hacen lo mismo que los aborígenes de Guatemala. Los neocaledonios aprecian en tan poco la frágil membrana, que hay *perforadores de oficio,* que pagándoles, desfloran tres días antes de la boda a la novia.—*Etudes sur la nature humana,* Metchnicoff.

(2) Mex. ant. vol. V, pág. 133.

(3) Miths and Languages. vol. III, pág. 440.

(4) Sahagún, Historia General, tomo I, pág. 275.

(5) Monarquía Indiana, tomo I, pág. 336.

(6) Herrera. Historia General década IV libro 8. capítulo IV.

Los lacandones adoraban y aún adoran directamente al sol, sin interposición de ídolos. La tribu nahoa de los pipiles también rendía homenaje al astro rey y acostumbraba sacrificarle un venado. El centro de la adoración principal era Mictlán, cerca del lago Huixca, en donde hoy está la aldea de Santa María Mita, fundada, según la tradición, por un anciano que brotó del lago, en compañía de una gentil doncella, ambos con vestidos de blanco y celeste, llevando el viejo una mitra en la cabeza. Asegura Bourbourg que la época a que tal leyenda se refiere, es la de la emigración tolteca y la del establecimiento de los reinos guatemaltecos (1). Es absurda la idea de que los pipiles se establecieron en parte de Guatemala, Cuscatlán y Costa del Bálsamo, por primera vez en tiempo del rey mexicano Ahuitzotl, puesto que es imposible que las ciudades fundadas por los elementos pipiles, y el prodigioso adelanto en escultura y estatuaria, como se nota en las ruinas de Cotzumalguapa, se hubieran desarrollado en unos treinta años, desde aquel célebre rey hasta la venida de los españoles.

"Abandonando el desierto que hoy se llama **El alto de Totonicapam,** empieza el viajero a descender rápidamente por escarpadas rocas, atravesando sombríos y pintorescos bosques, sorprendido a cada paso por el aspecto imponente de enormes pedregones y profundas simas, y embebecido por instantes al percibir el manso murmurio de un límpido arroyuelo, o al descubrir entre el ramaja los hilos argentinos de una blanquísima cascada. En la profundidad de aquellas grietas o barrancos, en una hoya que pudo muy bien suponerse inaccesible, está situado un pueblo célebre entre los de Guatemala, porque representa aún en el día, talvez con más exactitud que otro cualquiera, las tradiciones características de las antiguas y degeneradas razas que poseyeron este territorio. He aquí lo que hemos sabido de su origen.

Muerto Tecum-Humán a manos del conquistador don Pedro de Alvarado y subyugada definitivamente la nación, la capital del reino del **Kiché** debía sufrir la primera los vejámenes que oprimen al vencido. Gran parte de la población, que era inmensa, buscó entonces salvarse en la fuga, pidiendo abrigo y seguridad a las montañas. Los **Yxtahuacanes,** porción de **Kichées** emigrados, caminando al sudoeste dieron al cabo de doce leguas en el paraje que hemos descrito, cuyo fondo cortado por horribles fosos hechos pr la naturaleza, y erizado de riscos y peñoles, eligieron por su habitación, guareciéndose cual miserables reptiles en las aberturas y grietas de los montes. Así logaron los Ixtahuacanes sustraerse al yugo de los conquistadores; pero no pudieron por dicha suya quedar largo tiempo inadvertidos al celo heróico de los misioneros, que por montes y por breñas iban a caza de indios para reducirlos a vida política y cristiana. Pronto se vió levantada en el fondo mismo de aquellos ba-

(1) Historia Natural. Civ. pág. 81. tomo II.

rrancos una pequeña iglesia, que sirviese, como en todas partes, de centro, y el pueblo agrupado en rededor fué bautizado (no sabemos por qué circunstancia) con el nombre de **Santa Catarina Mártir.**

La situación topográfica de Santa Catarina colocaba a los Ixtahuacanes en un verdadero aislamiento, aun después de introducida la religión cristiana; por manera que solos, robustecidos con la aspereza del lugar, dedicados exclusivamente a la agricultura, fieles a sus matrimonios, que contraen casi en la infancia, se multiplicaron y permanecieron en un estado verdaderamente independiente, pasando así con su genio, costumbres primitivas, y hasta sus prácticas supersticiosas, al través de los siglos y de los acontecimientos. Podemos pues afirmar con bastante confianza, que conocer a los Ixtahuacanes es haber conocido en mucha parte la nación Kiché. Desgraciadamente es poco lo que podemos alcanzar en este género de investigaciones. Ante todo, teniendo que practivar la religión cristiana, ellos han debido acudir al sigilo más profundo para salvar sus ritos idolátricos, cuyos secretos guardan con religioso esmero sus **Ajitz** o sacerdotes del sol. Al efecto, emplearon con astucia la simulación de las ceremonias cristianas, mezclando impíamente los nombres consagrados en el culto cristiano con los de sus torpes númenes, y logrando de esta suerte engañar por mucho tiempo a los menos versados en su idioma. Por otra parte, la natural suspicacia de estos pueblos aumentada con el encono eterno que profesan a la raza extranjera; aquella estrema desconfianza que preside a sus relaciones con la gente **ladina,** expresada trivial pero muy exactamente con el dicho tan común entre los mismos indígenas: **"Aparte vos, aparte yo,"** desconfianza de la que no llegan a eximir completamente ni siquiera a los ministros de la religión, por más homenaje que les rindan; además de esto, la rudeza, la desidia, y la falta absoluta de escritura, fueron siempre poderosas causas que dificultaron la adquisición de datos etnográficos, tan necesarios para formar la historia de nuestras antigüedades.

Los Ixtahuacanes creyeron siempre en la inmortalidad, pero de un modo enteramente material. Adoran dos principios soberanos, bueno y malo, igualmente poderosos, entre quienes reparten el gobierno del mundo: aquel habita en las alturas, éste posee el imperio de la tierra. El bueno está representado por el astro que preside al día, padre de la paz y fecundador del universo: en su idioma se le llama **Eij** (de donde **Ajeij,** o **ajitz).** El malo, **Huyub,** dueño de todas las riquezas del mundo, no difiere en su representación de la figura humana, pero con facciones horribles, las más espantosas que alcanza a dibujar la aterrada fantasía. Huyub es un genio omnipotente para favorecer con los bienes de la tierra a sus adoradores, no menos que para dañar a los que rehusan prestarle adoración. Existen en su teogonía otros genios o dioses subalternos, que vienen a formar la corte de los dos principios soberanos, asociándose al rango de los dioses las almas de sus Ajitz y de sus célebres antepasados.

Esta sola noción de sus divinidades basta para comprender la división en **buenos** y **malos** de los días consagrados a su culto, o sea de los días que suponen caer bajo su influjo y patrocinio, que son todos los del año; lo que nos da ocasión de añadir alguna cosa a lo ya dicho por personas competentes sobre el famoso **Calendario** de la nación Kiché. El Calendario, resume o simboliza todo el sistema religioso-político de los Ixtahuacanes. Por él no tanto se miden los tiempos para el arreglo histórico de los sucesos, cuanto se aprecian las suertes de los hombres, ligadas fatídicamente al día que les tocó nacer. De aquí nace la suprema importancia individual del acertado cómputo de los días y sus signos, como que va en ello la felicidad o ruina de sus intereses; y de ahí por consiguiente se derivan las consideraciones sociales de que gozan en aquellos pueblos los Ajitz, consagrados esencialmente al estudio de su cronología. Tanto más que los Ixtahuacanes, o carecieron siempre de todo signo para expresar sus ideas, o no tuvieron más que quipos o figuras, como el resto de los pueblos americanos, como los antiguos chinos, egipcios, etc., siendo en cualquiera de estas dos hipótesis, sus sacerdotes los oráculos supremos de sus tradiciones.

Nótese bien ese principio que acabamos de sentar: el Calendario de los indios no tiene otro objeto principal sino el de fijar la suerte que toca a cada hombre. De ahí procede el que los signos se cuentan simultáneamente, sin quep ueda señalarse ni el principio ni el fin. Expliquémonos. Supongamos que nuestros lectores conocen ya los veinte signos y sus nombres: **Noj, Tihax, Cauok**, etc. Pues bien: los sacerdotes del sol tienen dos maneras de contar el año: 1ª dando a cada signo un solo día, de suerte que al cabo de 365 días los cinco primeros signos se repiten 19 veces, y solo 17 los quince restantes, tomando por punto de partida para empezar el cómputo, la gran fiesta gentílica que acostumbran a celebrar a mediados de la primavera. El año de 1854 dicha fiesta tuvo lugar el 1º de mayo. La 2ª manera de contar consiste en dar a cada signo un mes de 20 días, de tal suerte que, sin interrumpir la serie ordinaria de los signos, se vayan contando los días de cada uno, hasta completar su año todos sucesivamente. De esta manera los cinco primeros signos tendrán su año de 19 meses, y de 18 los restantes. Sobre esta base pueden formarse tablas para cada año que indiquen con exactitud la correspondencia de nuestros meses y días con los del calendario indígena, bastando al efecto conocer qué signo debe tomarse por punto de partida. Sabemos, por ejemplo, que el año de 1854 el 1º de mayo correspondía al signo **Noj** entre los Ixtahuacanes: pues bien, según el primer modo de contar, Noj sería también el 21 de mayo, el 10 y 30 de junio, el 20 de julio, el 9 de agosto, etc., etc.; según el otro sistema de llevar el cómputo, el 20 de mayo de aquel año sería el 20 de Noj, el 1º de Ahmac, el 2º de Tziquin, el 3º de Ix.... el 19 de Tihax. Solo por medio de estas tablas puede un párroco indagar a punto fijo los días en que esos pueblos, que aun conser-

van muy fresca la idea de sus supersticiones, han de concurrir a la iglesia para celebrar allí sus ritos idolátricos. Y tan puntualmente llevan sus brujos la cuenta de los días de su calendario, que mientras los domingos y fiestas solemnes de nuestra religión no es raro ver el templo hecho un desierto, en los días clásicos de su almanaque que se ven afluir a todas horas los adoradores, se quema en profusión el incienso o estoraque, se cantan responsos, se llena de velas el pavimento, etc., bajo cuyas apariencias de piedad cristiana, encubren, como hemos dicho, las ceremonias de su gentilismo.

Sus días excelentísimos son Ajmac, Tziquin y Kanit. En este se pide todo lo que es sustento para el hombre: en Tziquin se reunen los desposados en una misma habitación, precedidos de muchas oraciones y votos por su felicidad: en Ajmac se ofrecen mil oblaciones al genio de la salud. Fuera de esto son días buenos Aj, Ix, Eé, Noj y Quiej. En ellos se principian y consuman los contratos, y se pide a los genios de los montes el aumento de los animales domésticos, rogándoles principalmente que contengan a las bestias carnívoras para que no destruyan sus rebaños. Noj y Tihax tienen la especialidad de estar consagrados al alma humana, por lo que en ellos se pide buen entendimiento para sí y para sus hijos. Entre los días malos sobresale el Toj: ¡infeliz del que viene al mundo bajo la influencia de este signo! sentirá de lleno la presión de los genios infernales. En Imux ocurren los Ajitz a pedir al dios del viento toda suerte de mal para sus enemigos. Otro tanto practican en los cinco días siguientes. En Tzi y en Btz el objeto de las peticiones es la miseria y toda clase de enfermedades, pero con especialidad la gota para paralizar a sus contrarios.

No queremos omitir una advertencia final. Nosotros hemos sentado que el mes de los Ixtahuacanes consta de tantos días como signos, y que la suma de 18 meses más los 5 días sobrantes, forma su año de 365 como el nuestro. Al afirmarlo nos hemos apoyado en el dicho de personas, que ya por el conocimiento perfecto de la lengua kiché, ya por el largo trato con aquellas gentes, han merecido toda nuestra confianza en la materia. Añadamos ahora que tal es precisamente la opinión de los mejores cronistas que escribieron de cosas de las Indias. Herrera, hablando de los Mejicanos, Dec. 3ª L. 2º cap. 18 dice: "Dividían el año en diez y ocho meses, y daban veinte días a cada mes, con que hacían trescientos y sesenta días; y los cinco restantes no los daban a mes ninguno, sino que los llamaban días baldíos, los cuales ocupaban en visitar unos a otros, etc." Añade que los indios de Yucatán y Honduras tenían una distribución de tiempos semejante, cuyo cuidado y arreglo estaba a cargo de los ancianos, por cuya tradicional enseñanza estas cosas se han siempre conservado muy enteras. Asegura otro tanto de los habitantes de Nicaragua; y volviendo a tratar en la Dec. 4º de las costumbres de Honduras, repite que: "contaban su año repartido en 18 meses, y ponían 20 días al mes, aunque no conta-

ban sino por noches." Por otra parte (ibid. I. 8º c. 8º), nos asegura que los indios de **Guatemala** usaban en su gentilidad, de los ritos y costumbres de los chontales de Honduras, sus vecinos. Solis está del todo conforme con Herrera. Finalmente García (Orig. de los Ind. I. 4º), comparando largamente las costumbres de los aborígenes americanos con las de los pueblos antiguos, escribe: "La división del año, que tenían los mejicanos, los de Yucatán **y otras naciones de Indios,** es otra singularidad conforme con los egipcios, porque aquellas naciones partían el año en 18 meses; cada uno con 20 días, que son 360, dejando 5 fuera de él, a los cuales llamaban **Baldíos,** como refieren Torquemada y otros. Los egipcios, aunque tenían el año de 12 meses, estos solo tenían 360 días, dejando los mismo 5 días fuera del año.... y Herbelot asegura que practican lo mismo los árabes y persianos."

Entre nuestros indios se conoció, como hemos dicho, el culto a Priapo o Falo, de los primitivos asiáticos, aunque no con esos nombres. **Membra conjuncta in coitu** era el siglo de la vida, y de la reproducción. En las ruinas de Copán se han encontrado rastros notables de fálica idolatría. Un gentil-hombre que vino con Cortés, por estas tierras, escribió: **"adorano il membro che portano gli huomini fra le gambe."** En la isla Zapatero se han descubierto ídolos cuyo rasgo característico era la magnitud del órgano viril; ni tiene eso nada de extraño, porque entre los antiguos aborígenes, como en todos los pueblos primitivos, dábase al poder genésico suma imporntancia, hasta el punto de que el que más hijos y mujeres tenía, se consideraba privilegiado de los dioses. El homenaje a la vida toma rumbos diversos, según la cultura de los pueblos.

Creían los indios, y siguen creyendo, en espectros y aparecidos, como se comprueba con la leyenda del lago de Ilopango, en donde vagaban, en tempestuosas noches, los espíritus, deslizándose por las tranquilas aguas, para salir a obtener sangre pura de inocentes niños, que reclamaban los dioses ofendidos (1).

La ley de causalidad **(karma)** exige **principios contrarios,** ya que no es posible crear fuerza alguna sin que haya resistencia, sin un punto de apoyo, ni que exista luz sin sombra, ni bien sin mal. La fuerza positiva hará precisa la negativa. En todas las religiones hay Dios y hay Diablo. El Demón, Titán, Tifón, Satán, Mefistófeles y demás genios maléficos, presiden el averno, el infierno, el lugar de los réprobos (2) el centro del dolor, el nido del mal, en donde **se deja atrás toda esperanza, en donde no se ama. Xibalba** era entre los indios quichés el lugar del cual venía la muerte y a donde iban los que salían de la tierra. El alma hacía viajes después de abandonar el cuerpo y tomaba

(1) Bancroft, tomo III, Miths and Languages.
(2) Ubi nullo est ordo, semperque æterna confucio.

una especie de existencia astral, según la llaman los teosofistas, en la que iba peregrinando por otros mundos. Como de las dos electricidades opuestas surge la chispa, de las desafinidades de los átomos la creación química, de las atracciones y repulsiones la armonía de los astros, de la división de los sexos la perpetuidad de las especies, así también de la muerte nace la vida, en esa universal palpitación, en que por obra y milagro de amor, todo se transforma y nada perece. Edipo, es decir el dolor eterno, pasa por el mundo apoyado en la dulce Antígona.

Los aborígenes civilizados de Centro-América reconocían la ley de causalidad, las dos fuerzas universales y contrarias que predominan en el universo. En todas las religiones estuvieron simbolizadas. Osiris (Dios) y Tifón (la serpiente) en Egipto; Ormuzd (Dios y Arimán (el demonio) en Caldea; el Logos y el Adversario, entre los gnósticos; Dios y el Diablo, entre los cristianos; Jakín y Boaz, las dos columnas del templo de Salomón, entre los masones. Entre nuestros indios quichés existía la idea de que **Theotl o Cavahuil** (Dios) mandaba a **Xibalba** (infierno) a los que salían de la tierra, y debían purificarse. Los poconchíes creen en el cielo, **taxaj,** y en el averno, **pan-kak.** El **tuyra** era el diablo.

Nuestros indios, como todos los pueblos y casi todos los hombres, incurrían en el error de tomar la vida terrestre como tipo de la vida universal, y de crear dioses a imagen del hombre. Todo lo que podemos conocer en la tierra, no será más que una parte infinitesimal de la inmensa realidad que existe en las creaciones del infinito. Hay una fuerza invisible, imponderable, que mueve los mundos y que los une en una red de sensibilidad externa. Hay un fluido vital que se esparce por todas partes. Hay un Espíritu que hace solidarios a los soles y une las almas. No hay molécula en reposo, ni existe un astro que pueda volver al sitio que ha ocupado. El universo forma una Unidad Suprema.

Los atlantes que tuvieron una civilización acaso superior a la de los demás pueblos de aquellas remotísimas edades, dejaron sus tradiciones a los mayas y a los quichés, que adoraban al sol, y en las ruinas de esos pueblos quedan los dioses análogos a los de los japoneses. Después tomaron los indios civilizados de Centro-América como arquetipo la imagen del hombre, lo cual pudiera considerarse como una reversión al culto remoahal de Manú.

La parte monstruosa de la religión quiché era debida a la rudeza de los tiempos; pero al través de aquella teogonía, que vino lentamente formándose al desarrollarse la cultura aborigen, se encuentran pruebas de que, lo mismo entonces que en nuestros días, la vida religiosa de los pueblos abarca diversas fases de creencias y cultos, informadas por esa aspiración necesaria, instintiva, de adorar al autor de la vida. El proceso de la evolución religiosa de nuestros indios, allá en épocas de mayor esplendor, deja ver lo mismo que demuestran los ritos y la teología de los asiáticos y de los primeros países europeos. La

idea de la trinidad inda, caldea y ofita, la purificación por el agua, el perdón de las culpas, el sacrificio para aplacar a la divinidad, la cruz como símbolo, la mitra, la tiara, las iniciaciones, los ayunos, y muchas otras cosas de los indios quichés, comprueban que todas las religiones del mundo, tienen semejanzas desde la cosmogonía de Zoroastro, las cuatro verdades de Budha, las enseñanzas de Votán, los diez mandamientos de Moisés, hasta el autruismo divino de Jesús, la purificación de las emociones, la expansión de la inteligencia, la purera del amor, la armonía celeste de su doctrina espiritual y consoladora.

Los rebaños y los niños se apiñaban a Shri-Krishna, que los atraía con la música de su flauta, y las multitudes le seguían por lo seductor de su palabra religiosa; la elocuencia sencilla, convincente de Budha, la verdad de sus preceptos arrastraban en pos del sabio de la India a los que tenían ansia de dicha y sed de saber; las tradiciones civilizadoras de Votán; la aureola de Moisés, su arrogante fuerza de convicción, llevaban a los semitas a la tierra prometida; pero el Mártir del Gólgota, amparando al débil, sacando a la mujer de oprobiosa servidumbre, predicando la pobreza y la humildad, y fundando su doctrina en el amor al prójimo, trastornó el mundo antiguo, estableció la igualdad, la fraternidad y la libertad bien entendidas, y selló con su sangre inmaculada, **la Verdad** perdurable en la tierra. ¡ El que lo desee que beba libremente del agua de la vida!.... ¡ Entre los quichés la cruz simbolizó los rayos que la fecundan! ¡ La cruz representaba al sol en la teogonía de los países primitivos! ¡ La cruz fué vida, fué luz, fué verdad!

Hubo entre nuestros indios una casta de sacerdotes que ejercía grande influencia por medio de los oráculos, y se respetaban como inmunes o sagrados. El Pontífice Máximo llevaba túnica blanca de algodón, y encima una especie de dalmática, con figuras simbólicas, mitra en la cabeza, sandalias en los pies, tegidas de oro de colores, y al cinto cuchillo de jalde. Nadie osaba verle el rostro, seguros de que al hacerlo perderían la vida en el acto. Los sacerdotes máximos de Tohil y Gucumatz, pertenecieron a la real casa de Cawek, y teníanel cuarto y quinto rango respectivamente entre los grandes del imperio; Ahan-Avilix, el supremo sacerdote de la casa de Ahan Quiché; y los dos sumos pontífices del templo de Khaba, en Utatlán, eran de la casa Zakik, y cada uno tenía asignada una provincia para su mantenimiento. Los sacerdotes de Tohil debían ser muy castos y continentes, sin que jamás pudieran comer carne. Desde muchachos los castraban, acostumbrándolos a macerarse el cuerpo, como fakires. Cuando moría el alto sacerdote, era embalsamado y se sepultaba en una cripta, bajo el palacio. Tanto respeto tenían a los pontífices, que si alguien era osado de tocarlos, se juzgaba que caería muerto sin remedio.

En los principios de las sociedades los sacerdotes máximos han sido los reyes en gobiernos teocráticos, como los de Votán, Zamná, Kukulcán, y los demás semimíticos fundadores de la civilización maya. En Guatemala los

pontífices que presidían los templos en que se tributaba culto a la trinidad quiché de Tohil, Awilix y Gucumatz, eran todos príncipes de tres familias reales, con títulos que se registran en las cronologías de la nobleza quiché, como puede verse en el Popol-Vuh. Dícese que uno de los más poderosos reyes creó dos títulos sacerdotales de la famlia de Zakik.

El P. Ximénez asegura que en la Verapaz el pontífice, próximo al monarca en poder, era electo por el pueblo, entre los de cierto linaje nobilísimo. En Chiquimula existía Mictlán, centro religioso y de grandes romerías, regido por un herarca, hereditario que llevaba el título de **Teoti,** auxiliado por un cabildo de eclesiásticos o consejo de cinco, era el que gobernaba a los otros sacerdotes (1).

La idea de castas estaba tan arraigada entre los quichés, que al pueblo le llama siempre el Popol-Vuh, hormigas, ratas, micos, etc. Los que no eran para las guerras cultivaban las tierras, **(milpas)** de los señores y sacerdotes, pagando cierto censo (2).

Las naciones civilizadas que vivieron por Chiapas, Guatemala, Yucatán y Honduras, han dejado ocultas entre los tupidos bosques, antiquísimas ruinas de templos, sacrificatorios, etc., que son superiores en extensión y magnificencia a cuantos encontraron los españoles en el territorio azteca y aun en las viviendas particulares, según lo hemos indicado ya, apoyados en el testimonio de Las Casas (3). Cuenta Oviedo que los indios de Guatemala tenían un aposento para adorar a los dioses lares, a los cuales ofrecían sacrificios y quemaban incienso, copal y otras recinas (4).

En Nicaragua eran generalmente de madera los templos y tenían en frente un cerro piramidal **(Maud)** construido al efecto de **talpetate,** en cuya cima se hacían los sacrificios ante el pueblo (5).

En Guatemala vió Cortés varios templos como los de México (6) y el que más le llamó la atención fué el de Tohil, en Utatlán, que era un edificio cónico, con gradería al frente, de numerosas divisiones, y en la cúspide una plataforma grandísima, que servía de base a una capilla, edificada de rica piedra, y con techo de maderas preciosas, el interior y el exterior de las paredes estucados, y sobre un trono de oro enriquecido con preciosas piedras, se hallaba sentada la imagen del ídolo. La descripción que hace Brasseur de Bourbourg de este templo célebre, ofrece mucho interés y deja ver hasta que punto era grandiosa su arquitectura y esmerada su construcción (7).

---

(1) Ximénez, Historia Indiana. pág. 200.
(2) Palacio, Carta.
(3) Historia Apologética, capítulo 124.
(4) Historia General de las Indias.
(5) Pedro Martyr, década VI.
(6) Cartas de Cortés al Emperador Carlos V, pág. 448.
(7) Hist. de Nat. Civ. de México et de Guatemala. tomo II. pág. 552.

La pirámide constituía la base de la arquitectura de la América Central, manifestándose sobre todo en las construcciones religiosas, al contrario de lo que sucede al presente, que donde menos se emplea es en los palacios. Los **teocallies** o templos tenían forma de altares, de elevadísima altura, y eran generalmente pirámides cuadriláteras, orientadas con toda precisión hacia los cuatro puntos cardinales, y en cuya cúspide perfectamente plana, se encontraban amenudo emplazadas otras construcciones religiosas, que surgían sobre sencillos planos inclinados o bien sobre grandes mesetas en forma de terrazas. A la plataforma superior daban acceso, por uno o varios lados, unas escaleras anchas, sumamente pendientes, y que en algunos casos subían en zig-zags de una a otra meseta. En derredor de los teocalies se hallaban las viviendas de los sacerdotes, así como otros departamentos necesarios para el culto de sus dioses (1).

Los indios pipiles de San Salvador, dice Palacios, en su "**Relación a Felipe II**," tenían un papa, que llamaban **Tectí**, el cual vestía larga ropa azul y ostentaba en la cabeza diadema y a veces mitra, labrada de varios colores, y en los cabos de ella manojos de plumas muy buenas, de unos pájaros que hay e esta tierra llamados quetzales. Llevaba el pontífice un báculo en la mano, a manera de obispo. El **Tehua Matlini**, era el vicario hechicero, letrado en sus libros y artes, sabedor en pronósticos y agüeros. Adoraban al sol cuando salía, y tenían dos ídolos principales, el de **Quezalcoatl** y el de **Itzequelle.** Hacían dos sacrificios ordinarios, el de principios de invierno y el de comienzos de verano.

Mucho se ha censurado a los indios americanos porque acostumbraban los sacrificios en su religión; pero a la verdad, es preciso recordar que en la base de todas leas teogonías se encuentra el sacrificio. Entre los mismos hebreos, Abraham tuvo levantada la cuchilla contra su hijo Isaac, para darle muerte, que se evitó por la voz de Jehová, y hubo de sacrificarse en su lugar, un cordero, que estaba enredado entre las zarzas como recordando al que se inmoló antes de la creación de los mundos, de que habla el Apocalipsis. En la India hallamos el sacrificio del caballo. En los egipcios es la destrucción de Osiris, mutilado por Tifón, la serpiente infernal. Baco muere a manos del Titán, el demonio. Siempre y en todas partes precede el sacrificio divino a la creación, de donde tomaron los pueblos antiguos la idea de ofrecer a sus dioses holocaustos, que si repugnan a la luz de la cultura actual, no fueron, por cierto, exclusivos de la gente indiana de América, sino comunes a las antiguas religiones. En el cristianismo aparece Jesús ofreciéndose en holocausto a su

(1) Véase "América." por R. Cronau, tomo I, pág, 90.—En la erudita introducción que escribió el abate Brasseur de Bourbourg para su obra "Popol Vuh." o el "Libro Sagrado y los mitos de la antigüedad americana." hay mucho que ilustra la materiade este capítulo.

Padre, que está en los cielos; y quedó el simbólico sacrificio de la misa, en conmemoración de la muerte del Justo. "**Hoc facite in meam conmemorationem.**" El transformismo es también ley religiosa.

Cuando los españoles comenzaron a catequizar a los indios, lejos de preocuparse por conocer su religión, la detestaban ciegamente, creyendo que el demonio era el autor de aquellas creencias, y que andaba siempre metido en los ritos y ceremonias indianos, siendo causa de que los infelices aborígenes no abrazasen pronto el cristianismo. Los frailes, por otra parte, dice el abate Braseur de Bourbourg, tomaban más interés en conocer los usos y costumbres, que querían desenraizar, que no en comprender el sentido más elevado, que los nobles y sacerdotes dieron a sus simbolismos y ceremonias (1).

Hubo una destrucción horrenda, una persecución sin tregua, ni cuartel. Los ídolos, los templos, los sacerdotes, los altares, los escritos, cuanto se relacionaba con su culto, era pecado horrible, motivo de atroces tormentos, de incontables hecatombes.

Todavía en tiempo de Fuentes y Guzmán, ya entrado el siglo diecisiete, se encontraban, al arar las tierras, enormes ídolos, y muchísimos pequeños al labrarlas. "Eran, dice, espantosos y descomunales figuras, de tal proporción, de piedra robusta y dilatada, que de estos ídolos se forma y hace banco a las vigas y prensas de los ingenios de azúcar, siendo su sólida materia suficiente a resistir tan poderosos maderos" (2). Este era el destino que se daba a aquellas piedras, que hoy se compran harto caras en los museos, y que nuestros antepasados veían como abortos del demonio. La devastación, la hecatombe, el anonadamiento se llevó hasta destruir las memorias, las tradiciones, la historia de las razas vernáculas de América.

Don Vicente Nrciso, que ha vivido muchos años entre los poconchíes, proporciona curiosos datos acerca de su religión. Vamos a tomar literalmente los siguientes: "Adoran un Sér Supremo, bajo los atributos de gran creador e impulsador—**Kijiwal,** Gran emperador,—**Nim-aj-wal,** Grandeza,—**Nomal,** y finalizador de la existencia universal, **Satwal-catxarik.**

Tienen también otros dioses menores, como el de los terrenos y caminos, **Ink-kixkam** (de los cerros y planes) el del hogar y el del individuo **Nawal.** Hay también el **Rakun-Ink,** hijo del acero, dios de la caza. Además cada zona tiene su especial divinidad a la que invocan en sus ermitas, que son los lugares de sus antiguos templos y a la vez cementerios. Reconocen ciertos árboles como sagrados, siendo el principal la ceiba, a cuyo derredor celebran sus conciliábulos, en lugares apartados. Allí ocurren los brujos a librar a sus pa-

(1) Ternaux Copans. Essai sur la Teogonie, in nouvelles annalles de voillages, vol. 85, pág. 374.
(2) Recordación Florida. Tomo II, pág. 10

cientes de los maleficios. También reverencian a los animales, con sus atributos ya favorables, ya adversos, siendo muchos de ellos agoreros de sus destinos.

Hay dioses que patrocinan sus venganzas y otros que prodigan sólo favores. El bien y el mal, representado a cada paso en su teogonía.

Los dioses burlones, como el **Inq-kix-kam,** se complacen en atormentar a ciertos individuos, perdiéndolos en el camino, ocultándoles el objeto que buscan en el bosque o conduciéndolos hasta el abismo en que son precipitados, siéndoles también grato llevarlos con felicidad a su destino.

Los poconchís creen en la transmigración y en otra existencia astral de penas y castigos. El **Xulaj** es el alma que no alcanzó misericordia, y vaga por la tierra causando espantos a su tribu y turbando sus sueños con terribles pesadillas. El **Ajyamj** es otro espíritu que inquieta a los poconchís, aunque más malévolo. El **Xulaj** es un sér digno de lástima y de desprecio, mientras que el **Aj-yajm** es más independiente, y sus apariciones son harto funestas. Aquellos indios creen en el cielo **(taxaj)** de los buenos, y en el infierno de los malos **(pan-kak).**

La mayor maldad, a juicio de los poconchíes es no reverenciar a sus dioses celebrando sus fiestas dignamente. Por cumplir con ello, pueden sacrificar su trabajo de un año y hasta comprometer sus bienes.

El robo, la mentira, no tienen una importancia moral, y colocarían estas culpas en un tercer orden en la escala de la gravedad. El Nahual, que es el dios del individuo, lo proteje cual ángel tutelar en todas las empresas, encarnándolo en algún animal, como serpiente, tigre, león, etc. La virtud del Nahual se refleja directamente sobre el individuo, haciéndolo feliz, mediocre o desgraciado. Si el nahual muere, ahí comienzan todas las desgracias para el protegido, quedando un sér sin base y sin apoyo divino de ninguna especie; a quien le concedió riquezas se verá reducido a la miseria, sin honores y lleno de enfermedades. Por eso respetan ciertas serpientes y algunas fieras, a las que sólo por necesidad exterminan.

El **Buho-Woron** es el símbolo de toda superstición, y los poconchíes son en extremo supersticiosos. Frecuentemente ofrecen a sus dioses velas de arrayán encendidas—**Katoj**—flores, maíz, huevos—**Xoy**—adorno; queman ante los índolos **pom,** que es cierta recina que se produce en los lugares de la costa. A la ofrenda ha de acompañar siempre la bebida espirituosa, como que el estado de embriaguez produce, según ellos dicen, una elevación del espíritu y favorable ambiente para que los dioses sean propicios. La raíz etimológica **X-oj** así lo indica: irse, elevarse, atarantarse.

Tienen tres clases de sacerdotes. El **Aj-kij-zahorí,** del bien, el **Aj-war,** del mal, y el **Aj-pom** del incensario, de los sucesos pequeños o indiferentes.

El cronista Ximénez describe menudamente el templo de Tohil, en Utatlán, cerca de Santa Cruz Quiché, como hemos explicado anteriormente. El templo que los quichés tenían para sus sacrificios era, según Stephens, de una estructura cuadrangular de piedra, de setenta y seis pies por lado, en la base, y que se elevaba en forma piramidal, hasta sesenta y seis pies. En tres de sus lados tenían en medio una hilera de gradas. En las esquinas cuatro estribos, como para que la piedra corta que los forma, diera más solidez a toda la construcción. En el lado que mira al poniente no tenía escalones, sino que está liso, cubierto de estuco, ya muy gris por la intemperie; pero en el que aún se descubren figuras pintadas de tigres. En la parte superior de la pirámide estaba la piedra de los sacrificios, el ara sangrienta, que tanto se veneraba, con terror fanático.

Los choles y manches de la Verapaz, dice Bancroft, (1) impresionados por los rasgos selváticos de aquella paradisiaca naturaleza, veneraban los montes, y en uno llamado Escurruchán, que se levantaba en el encuentro de varios ríos, tenían un fuego sagrado perenne, al cual cada transeunte le echaba leña, para los sacrificios. Cuenta Remesal (2) que en otro sitio encontraron los frailes un gran altar de piedra, rodeado de una cerca, en el que quemaban antorchas de cera negra y maderas recinosas. Ante este altar ofrecían sangre de los mismos indios.

Los naturales de la Verapaz, de carácter independiente, de origen maya, de aquella montañosa región de Tezulutlán, celebraban sus misterios en la famosa **Cueva de Lanquín,** que es una verdadera maravilla. La entrada se encuentra a la margen derecha de un hermoso río, cuyas aguas son cristalinas y frescas, al cruzar el interior de la gruta, escapándose después por ancha boca, que las deja salir a borbollones. La cueva de Cacahuamilpa, en México, es una de las más famosas del mundo; pero no tiene la grandiosidad, ni la brillantez y magnificencia de esta de Lanquín. La composición calcárea de las rocas, al filtrar el agua de las lluvias, arrastran una saturación densa de carbonato de cal, que se va depositando lentamente en agregaciones sucesivas, con el transcurso de los siglos, hasta formar cristalizaciones de pureza maravillosa y de consistencia notable. Una filtración primera forma la estalactita, y el residuo líquido que ésta deja caer, llega a producir la estalacmita, en el piso de la gruta mientras que el excedente acuoso corre a precipitarse en arroyos, que después forman esos ríos alcalinos, que siempre salen de las cuevas de aquella especie, como la que se encuentra en la isla de Menorca. La gota de agua, el grano de sal, los microbios calcáreos, con los zapadores de aquella gruta, que cuenta miles de siglos de existencia.

(1) Tomo III, pág. 82.
(2) Historia, pág. 726.

La entrada de la cueva misteriosa de Lanquín, parece una especie de abanico o concha, de matices plomo y ocre, destacándose los abruptos peñascos entre el risueño follaje de las plantas trepadoras. Para llegar al vestíbulo, se pasa por una cornisa de pocas varas, formada por enorme piedra que sobresale del torrente mugidor, que está a los pies, y que al fin permite llegar a la gran boca obscura e irregular, abierta en varias direcciones, prolongándose hacia el interior y exhibiendo caprichosas estalagmitas, en un descenso que va a perderse en vagas curbas, a otro salón de la encantadora cueva, como todavía la suponen algunos indios de la Verapaz. Llégase al fin a una sobervia bóveda, como cuajada de cristales, reverberantes a la luz de las antorchas encendidas con que se contempla aquella rotonda, que parece mansión de hadas o palacio de las Mil y Una Noches. A un lado se da con una galería, en forma oblonga, que acaba en una cubierta de un solo cristal opaco, terso, gris, que decora aquel recinto, en donde se cree que iban los aborígenes a celebrar sus misterios, convirtiéndose en gigantesco hipogéo. Aún se distinguen en aquel enorme vidrio esta inscripción: **"Mendoza, 1573."** Parecen orgías de rayos, cascadas de brillantes, surtidores de chispas, espejismos de sol, las innumerables y fantásticas luces, que se desprenden de las colosales columnatas, al reflejo de las teas de **ocote,** con que se iluminan las diversas secciones de la Cueva de Lanquín. Oyese el gotear del agua, el rebullir de la cascada, lanzando aquí y allá fosforescentes matices, al batir de las rápidas alas del murciélago, que tiene su guarida entre las endeduras de las rocas; algún silbido tétrico de serpientes asiladas por tan rarísimos lugares, y que se asustan de la importuna visita de seres humanos, que movidos por la curiosidad, contemplan con asombro aquella cueva dantesca, que constituye una de las más sublimes maravillas de la tierra. ¿Quién diría que la gota de agua, obrera temblorosa, asociada al tiempo y al residuo calcario, había de construis aquella mansión de hadas, aquel laberinto, en el que fácil es, sin usar de precauciones, quedarse perdido?

Diez leguas al nordeste de Cahabón, cerca de la finca de Chimuy, se encuentra otra famosa cueva en extremo cavernosa, con huellas de tigres, enormes piedras calizas, riachuelos subterráneos que la atraviesan y rasgos de vetustez antediluviana. Mas allá, en medio del camino entre Cahabón y Sinahú, sobre la ruta que va al Petén, se descubre una enorme gruta, con tradiciones antiquísimas, mezcladas de consejas diabólicas, que refieren medrosos los indígenas de aquellas apartadas comarcas, que a la vez creían en **Xibalbá,** la residencia subterránea de los poderes nocivos; del "lugar de donde viene la muerte y a donde van los muertos," según dice el Popol Vuh (página 70).

En medio de aquella arborescencia tropical, entre el silencio del bosque virgen, en la región desolada, se reconcentra el espíritu, se confunde la razón con la naturaleza, y se pregunta, ¿hay alguna época en la historia, hay algún

lugar habitado en el mundo en que el hombre no haya orado? ¿Hay en la tierra polvo alguno donde el hombre, humillado ante Dios, no haya hundido la frente? Las teogonías más antiguas prueban, en medio de sus errores y aberraciones, que la aspiración a la causa primera es característica de la humanidad. Dios se revela al hombre en las leyes de la creación y en los instintos universales, perpetuos y omnipotentes e infalibles de las especies que viven. El quejido que exhala el niño recién nacido, por el pecho materno que no conoce, el cacareo desesperado del gallo, el susto de los polluelos, el afán de la gallina, al ver pasar por el suelo la sombra desconocida, pero ominosa, del gavilán que corta el aire; al oír el grito nuevo, desconocido, del águila que desciende de las nubes, prueban mucho; pero más prueba el instinto religioso en el corazón del hombre.

Tenían estos pueblos de Centro-América dos géneros de sacrificios: públicos y particulares. Aquellos los celebraba la comunidad entera, a guisa de grandes solemnidades político-religiosas; éstos eran costeados por cualquier particular, según su necesidad y devoción. Hablaremos de los públicos, únicos que podrán interesar al curioso lector. Ofrecíanse ordinariamente en las fiestas periódicas de cada año, o en casos extraordinarios, cuando alguna necesidad o acontecimiento lo requerían. El sacrificio no se celebraba sin hacer previa consulta al Sacerdocio y al Estado, juntándose el reyezuelo y los grandes de la provincia con los principales **Teupas**, para decidir en sesión plena, lo concerniente al día y hora, materia y forma del proyectado sacrificio. Hecho ésto, o por acuerdo de los notables, o por embustes de los adivinos, supremos oráculos de la nación, empezaba desde luego la vigilia. Parecerá increíble, pero nada hay en ello que no pueda explicarse por el supremo fanatismo que ejercía la ignorancia sobre aquellas gentes, que como todos los pueblos antiquísimos, tenían sacrificios, según se ha indicado anteriormente. Precedía a la solemne fiesta un ayuno rigurosísimo, o mejor diremos, un ejercicio de bárbara penitencia, continuando por espacio de cuarenta, sesenta y aún más días, según la mayor o menor importancia de la solemnidad (1). Durante esta larga y horrible cuarentena, no bastaba ofrecer diariamente sacrificios de animales, frutas, flores, incienso, etc., era preciso sacrificarse a sí mismo, derramando copiosa sangre de todo su cuerpo, arrancándosela con afilados pedernales, de los brazos, las piernas, los ojos, las narices y otras partes del cuerpo y obligando a hacer lo mismo a sus hijuelos. Estos ejercicios se practicaban públicamente en el templo, donde era menester pasar orando los días y las noches. Los sacerdotes y los hombres casados se tiznaban todo el cuerpo, los que no lo eran se ungían con una especie de almagre o tierra colorada. Nin

---

(1) El capítulo XVIII de la curiosa obra antigua *Repúblicas de Indias*, trata de *La cuaresma que tenía la gente de Guatemala, y de sus ayunos, de los sacrificios que hacían de hombres y cómo mataban a sus padres cuando eran viejos.*

gún hombre dormía en su casa por esta temporada, sino en unos portales o ramadas llamadas **calpules,** hechas para el caso en las inmediciones del templo. Las mujeres sólo con los niños debían permanecer encerradas en sus chozas, de donde a ratos salían para practicar sus ritos y andar sus estaciones. Quienes gozaban de más libertad en estos días eran los esclavos condenados al cuchillo. La costumbre exigía dar suelta a aquellos infelices, al comenzar el tiempo de la penitencia, a efecto de lo que, sin quitarles una argolla que llevaban al cuello, les permitía vagar por el pueblo libremente, introducirse y aún comer en cualquier casa, en cuenta la del príncipe, sólo con el apremio de no salir fuera de la población, ni perder de vista a cuatro guardias que les custodiaban. Por lo demás, un resto de humanidad hacía que fuesen bien tratados por entonces aquellos pobres hombres, cuyos descuartizados miembros no arrancarían un ay de compasión a la supersticiosa muchedumbre. Pero llegaban por fin los últimos siete días de la preparación, y los infelices cautivos sepultados en una cárcel vecina al templo mismo, veían extinguírseles eternamente la luz de libertad y de vida. Sin duda para suavizarse aquellos días de horror y de capilla, si acaso no era por efecto de instintos repugnantes, de los que hallamos sobrados indicios en estas mismas ceremonias, les daban de comer y de beber en abundancia, hasta el exceso y la embriaguez. Cuando ya no faltaban sino tres días de abstinencia, el pueblo entero se esparcía por plazas y caminos; todo se barría y regaba de flores, se cubría con menudas hojas de pino, se adornaba, en fin, con cuanto podía contribuir al lucimiento de la fiesta. Al amanecer del postrer día y limpio el local del **Teucalli,** y bien aderesados los braseros, labávanse todos de sus unturas y tiznes, y se vestían las mantas nuevas y galanas. Adornaban a su modo los altares, figurando entre los adornos la mazorca o espiga del maíz; juntaban sus instrumentos músicos, pitos, conchas de tortugas, tunes, y atabales, y en suma, lo tenían todo listo para la entrada de la noche. Entonces propiamente empezaba la solemnidad. Los hijos del rey y otros magnates salían del pueblo, en busca de sus dioses, mientras que los ministros sagrados y el rey mismo se disponían al gran recibimiento. Es de saber que en muchas de estas partes, acostumbraban guardar los principales ídolos en lugares muy recónditos, como en la espesura de los montes o en la profundidad de las cuevas; ya porque les pareciese que sus divinidades ganaban en respeto con aquel apartamiento de la vista de los hombres, en lo que ciertamente no carecían de sentido común, o ya porque los comprovinciales no se los hurtasen, envidiosos como eran de los pueblos que poseían ídolos mejores. Iban, pues, los jóvenes más notables a sacar a los ídolos de aquellas honduras y cavernas, y traíanlos sobre sus hombros con gran procesión y ceremonia, haciendo posas de trecho en trecho, para ofrecerles incienso y pequeños sacrificios. Al acercarse la comitiva salía el **Teutí** a recibirlos, con gran acompañamiento de **Teupixquis** y **Teupas,** y en el punto

del encuentro se hacía, por supuesto, alguna ofrenda y se degollaba alguna víctima. Entonces continuaba la marcha silenciosamente hasta quedar los ídolos colocados en el templo. Una señal convenida anunciaba al pueblo estar los dioses en posesión de sus altares. Al aviso sucedían los clamores de júbilo, los gritos de alegría, al tañido atronante de atambores, los bailes, danzas, cantos, regocijos, en fin, cuanto podía hacer sensible el tránsito de la penitencia a la disolución. En estas devotas tareas les hallaba el alba del gran día de las expiaciones. En amaneciendo, volvían a sus casas, no para suplir el sueño desperdiciado aquella noche, sino para aderezarse, lavarse y llevar las ofrendas y víctimas particulares, que recibían y ofrecían los ministros, mientras que los fieles hacían al numen presente sus necesidades (1). Pasada así gran parte de la mañana, llegaba la hora del grande y solemne sacrificio. El pontífice Supremo se revestía de sus bordados ornamentos, que según nuestros cronistas, consistían en una capa cuya hechura no saben ellos mismos describir, una corona o diadema de preciosa labor conforme a la riqueza de los pueblos, con su gran penacho de plumas de quetzal, una especie de báculo, y en fin, otros arreos que le hacían muy autorizado y vistoso. Tan ricas como el pontifical debían ser las andas sobre que colocaban al grande ídolo, para llevarlo en procesión al rededor del templo, por aquel espacioso patio que dejamos descrito. Terminaba la procesión, durante la cual subía de punto el regocijo del público, con las multiplicadas danzas y músicas, paraban al ídolo en su altar, junto a la piedra fatal, en que iban a ser inmoladas a los dioses las víctimas humanas. Antes de llegar el cruel momento, cantaban, al són de sus tambores, las hazañas de antepasados guerreros. Mientras duraba el canto, iba el rey en persona con los otros señores al lugar donde estaban los esclavos, y sacábanlos uno a uno, llevándolos de los cabellos, hasta ponerlos en manos del sacerdote carnicero, que armado de navaja y furor, los recibía. Mientras aquellos fanáticos arrancaban el corazón a las víctimas y los ofrecían a sus ídolos de oro, que rociaban y untaban con sangre, humeante, haciendo ridículos visajes, propio de un culto de idólatras, el pueblo en el colmo de su entusiasmo, decía a grandes voces: "Señor, oye nuestras peticiones, recibe nuestras plegarias, ayúdanos contra nuestros enemigos, danos holganza y descanso." Y para que los dioses no olvidasen tan fácilmente aquellas súplicas, y se moviesen con más eficacia a despacharlas, dejaban las cabezas de los sacrificados clavadas en astas, sobre un altar erigido al efecto. En algunos pueblos, lo restante de los cuerpos era cocido y se comía en la mesa del rey y de los grandes, como vianda santificada y exquisita, teniéndose por mil veces dichoso el que podía conseguir un bocado. Entre tanto, el populacho se entregaba pro-

(1) Román y Zamora. Repúblicas de Indias, tomo I, pág. 197

fusamente a sus bailes, con harta disolución y borrachera. Así quedaban bastante indemnizados del áspero rigor de la abstinencia, tanto más cuanto que aquellas pascuas se prolongaban por lo menos durante siete u ocho días (1).

Fuera de las fiestas ruidosas que con tanto aparato celebraba la antigua nación guatemalteca, tuvieron sus habitantes otras muchas ceremonias relativas al culto, como prueba de su ascendrada devoción. Si habían de edificar una casa, la mitad se consagraba a **Chahalhuc** (dios de las casas) y su estatua se colocaba en medio de la fábrica, ofreciéndole incienso. A la entrada y salida de los pueblos, hubo pequeños oratorios, que se llamaron **Mamuz**, los cuales también había, de trecho en trecho, en todos los caminos. Allí iba el viajero a repararse del cansancio, para lo cual se frotaba las piernas en una yerba de misteriosa virtud, y después era preciso dejar en homenaje los despojos de la planta bienhechora, para proseguir animoso la jornada. A veces depositábase al pie del ídolo sagrada ofrenda, consistente en sal, pimientos o parte de la caza. Si habían de pasar por la espesura de laberintoso bosque, bajo cuyas sombras se imaginaban habitadores invisibles; si llegaban al pie de copado roble, por cuyas raíces corría deliciosa fuente, si daban en un paraje obscuro y subterráneo, lóbrega habitación de fieras y avechuchos, reflejo de las moradas tenebrosas que frecuentan los genios enemigos de la humanidad; en fin, si subían a la cumbre de un cerro o llegaban a la encrucijada de dos sendas, en todas partes veían un sitio misterioso, que era preciso dejar señalado con sangre. ¡tan inflexible es la ley de la superstición!

Era curioso el mitote que consagraban al dios de la victoria. Al triunfar el cacique sobre sus enemigos, dirigía inmediatamente un correo al gran **Teutí**, con la noticia del día y hora del suceso. En vista de estos datos, decretaba el sacerdote a cual de las deidades pertenecía el honor del sacrificio. Si era a **Quetzalcoatl**, las fiestas duraban quince días; si a la diosa **Itzqueye**, sólo cinco, sacrificándose cada vez un indio de los cautivos en la batalla. Entraban los vencedores cantando y bailando, y en medio de ellos los prisioneros, no ya cargados de oprobio, como entre los antiguos triunfadores de Roma y del Oriente, sino con el honor debido al que se inmolaría a los dioses. Caminaba el predestinado lleno de plumas y **chalchiguites**, con sartas de cacao por collares. Salían los sacerdotes y el pueblo a recibir a los invictos, con músicas y danzas; los capitanes entregaban a los prisioneros, y en aquel punto y hora se disponía el sacrificio. Dirigíase la muchedumbre al gran patio del **Teutcalli**, y sobre una mesa de piedra, tendían de espaldas al infeliz que iban a sacrificar. Los cuatro **Teupixquis** le sujetaban de pies y manos, y el gran sacerdote adornado

---

(1) No todos los indios de estas regiones comían los cuerpos de los sacrificados. Sabido es que los chichimecas que acompañaron a Rodrigo de Contreras, en 1540, al valle de la Cuaza (Talamanca, devoraron con salvaje crueldad los cuerpos palpitantes de los prisioneros =Etnología centro-americana, introducción, pág. 26

Las constituciones diocesanas del Obispado de Chiapas, que dejó el obispo Núñez contienen datos curiososos acerca de la mitología y ceremonias de los indios quichés, sus sacrificios y fiestas.

de sus más ricas vestiduras, abríale el pecho y le sacaba el corazón con un cuchillo de oxidiana. Luego lo arrojaba en alto, exclamando: "¡Toma, oh dios, el premio de esta victoria!" La misma ceremonia pública y solemnísima se practicaba en los siguientes días.

También tenían el sacrificio particular para las sementeras, que consistió en llevar a los ídolos una **jícara** llena de las mejores semillas. Allí la enterraban y ponían encima un gran brasero, para quemar resinas olorosas, hule y copal. A esto añadían los ritos ordinarios, como unciones, preces y derramamiento de sangre.

Para poner fin a esta reseña de las antiguas supersticiones aborígenes, hablaremos del sacrificio de la caza. La víctima de solemnidad era el venado. Llevábanlo vivo los devotos cazadores al patio de su templo: allí le daban muerte, recogiendo la sangre y haciendo pedazos el hígado, bofes e intestinos. Apartaban el corazón, cabeza y pies, el resto del animal y la sangre, mandaban cocerlo separadamente, y entre tanto, danzaban y cantaban los dueños de la ofrenda. Dos sacerdotes acían la cabeza por las orejas, cuatro de ellos tomaban los pies, y un sacristán llevaba en un brasero el corazón, para que ardiese con hule y copal, ante el altar del ídolo. El resto del venado servía de festín a los indios, en aquel mismo sitio, con esperanza ellos de propicia fortuna (1).

Por lo demás, la obra antigua y curiosa, que trata prolijamente de la religión de los indios de Guatemala, es la que en 1573, escribió el famoso cronista agustino, fray Jerónimo Román y Zamora, con el título de "**Repúblicas de Indias,**" en dos volúmenes, que hemos tenido a la vista, entre otros muchos libros que dejamos citados, y que prestan autoridad a cuanto en la presente monografía se refiere (2).

La clase indígena, por atavismo y escasa cultura, es siempre idólatra. En un pueblo adoran los pobres indios a un santo, y ha de ser la misma imagen, la propia escultura; en otro pueblo, honran a otro santo, como al Sér Supremo. **Tata Dios de Esquipulas,** mientras más negro y poco estético sea, más impresiona a los indios. Para admirar "**La Concepción,**" de Murillo, "**La Virgen de la Silla,**" de Rafael o "**La Madona de San Sixto,**" es necesario ser místico, piadoso, contemplativo y civilizado. El indio gusta de la figura grotesca, del baile lascivo, de la **chicha y de la sensualidad.** El politeísmo primitivo, cuanto seduce los sentidos, lo brutal, lo que infunde pavor, es la base y materia de la religión del indio. Cuando se **aladina,** es decir, cuando se civiliza a medias, piensa más en su hembra que en su religión. En su escepticismo idiota, su mujer es su ídolo.

El cristianismo puro, espiritual, altruista, saturado de verdadera libertad, presupone delicada cultura, que el indio jamás ha tenido. El sentimiento

(1) Brasseur de Bourbourg. ciervo blanco.—cerf blanc, Hist. Nat. Civ. tomo II, pág. 557.

(2) Herrera, Historia General. década III. Libro 4º Capítulo 7º

religioso viciado hizo que los antiguos pobladores de América adoraran ídolos, y que idolatricamente entiendan todavía cuanto a templos, misterios y ritos se les enseña; como el sentimiento viciado de la España conquistadora proclamó santo extirpar herejes y quemar relapsos. Una leyenda cristiana nos asegura que poco tiempo antes de la venida de Jesús, misteriosa voz se iba esparciendo por el mar Egeo, que decía: "Ha muerto el gran Pan." El antiguo dios de la Naturaleza había acabado. Turbada por tanto tiempo el alma humana iba a reposar al fin; pero brotaron más idolatras, se reavivaron odios, se encendieron hogueras, por la fuerza se quizo imponer lo que es obra de la convicción y el Inca dijo al fraile Valverde, cuando le mostraba un Crucifijo, pretendiendo que lo adorara, sin comprender lo que significaba: "¡Mi dios esparce luz y vida desde el cielo, mientras que el vuestro ya murió en suplicio de cruz!" El indio indiferente, resignado, con el silencio secular del vencido, doblega su cabeza ante el cura, para sus dineros, sirve en las cofradías, idolatra a una imagen de madera, sin poder nunca remontarse a los principios de igualdad, fraternidad y libertad, que Jesucristo predicó y San Pablo regó por todo el orbe, tanto más cuanto que lo que menos ve el indio es la práctica de tales principios.

Con razón exclama Michelet: "Los dioses se van; pero no Dios," la cultura moderna tiene que acabar por reconocer que todas las cuestiones dependen de la cuestión final. El Cristianismo puro, dicen los modernistas, el de los primeros tiempos, el que hizo temblar a los déspotas y concebir esperanza de redención a los débiles, el que elevó a la mujer, santificando su piedad y su amor como ángel del hogar y no cual diosa del harem, es una religión eminentemente civilizadora.

"El cristianismo apostólico tiene su raíz en las doctrinas vedas. La existencia de Dios, la emanación del alma, el arbitrio libre que implica la responsabilidad, sanción en vida futura, la filantropía con el pobre, los consuelos al afligido, la rectitud en los intentos, la pureza en los actos, el empeño de buscar la semilla del bien hasta en los residuos del mal, el apoyo a los débiles y la resistencia invencible a los tiranos. **Iama**, el demonio, procura el mal y **Vichnú**, el creador lucha por el bien, éste toma forma humana en el vientre de una virgen pura, llamada **Deranagny**. Vichnú se aparece a la doncella y mediante obra divina, sin mancha alguna, por manera espiritual, concibe aquella virgen y llevada a la hora del parto a un establo, por milagro de Dios, da a luz a Kricna entre los coros de alabanzas de varios pastores. Nace el redentor y se salva de la degollación que el déspota Kansas manda hacer de todos los niños inocentes. Las turbas acuden presurosas a oír al Mesías, al prometido por los profetas. Y los leprosos quedan limpios y ven los ciegos y andan los paralíticos y hasta los muertos vuelven a la vida! **Krichna**, que tantas relacio-

nes debía tener con el nombre santo de Cristo—como exclama Castelar (1)—no traía una religión completamente nueva, propalaba y esclarecía las antiguas, alteradas unas veces por ignorancia y otras veces por malicia del hombre." Por eso decía San Agustín que las bases de la religión cristiana han existido siempre (2).

El transformismo religioso, como el transformismo que se nota en el mundo físico, tiene raíces que se pierden en el tiempo. El espíritu místico, decía Stuart Mill, es necesario a la acción y a la vida. En las naciones civilizadas de la América Central, hubo en precolombinos siglos, un desarrollo bien marcado en sus costumbres y prácticas religiosas. Pueblos teocráticos, tenían mucho de lo que revelan las antiguas sociedades asiáticas. Así y todo, había una distancia inmensa entre el grado de cultura que presupone el cristianismo y el modo de ser de nuestros aborígenes.

Las religiones no se imponen por el terror, que forma hipócritas, pero no creyentes. Las religiones son resultante del progreso de los pueblos; el mejor exponente de su cultura y desarrollo (3). La libertad, la igualdad, la fraternidad, son flores del jardín del Evangelio, regadas con sangre de Cristo, en la tarde trágica de su pasión. La religión que desde Moisés y los profetas había procurado adquirir forma, quedó libre de sus barreras particularistas y pasó al mundo pagano en su estado más sublime. Se encontró el ideal de la humanidad y sólo faltaba inculcarlo en toda la humanidad (4). La historia religiosa del pueblo israelita alcanzó su fin con el cristianismo puro; pero la atroz codicia, la inclemente saña, del conquistador ibero, distaban infinitamente de las máximas de Jesús y hasta de los procedimientos musulmanes. El férreo soldado castellano hizo aceptar por el terror a los aborígenes de América los elementos por donde comienza siempre la asimilación de un pueblo: su religión y su lengua; pero su religión adulterada, sin encarnarse en las conciencias, ni llegar al fondo del espíritu. Su lengua; pero conservando el indio la suya propia y adoptando la extranjera como el idioma de sus conquistadores. En el fondo, guardó el desventurado aborigen lo último que se pierde en las grandes catástrofes: su lengua y su religión, **el alma de su raza.**

---

(1) Mujeres célebres.—Tomo II. pág. 74.

(2) Entre los indios de Centro-América prevalecía la tradición del hijo de la virgen, hostilizado, matado y resucitado. *Chimalmat*, se traga una esmeralda, y por ella concibe a *Quetzalcoatl*.

(3) Max Müller.—Origen y desarrollo de la Religión. Historia de las Religiones.

(4) Historia Universal por Guillermo Onken, tomo III. pág. 521

CAPITULO XIII

MITOLOGIA CENTRO-AMERICANA

SUMARIO

Mitos americanos. — Estudio de los libros sagrados de los vedas, brahamanes, parsis, budhistas, sutras, jainas, siks, y otros pueblos orientales, habiendo venido los mitos y formas religiosas de los quichés, a aumentar las tradiciones de la humanidad. — Los mitos son el reflejo de la naturaleza en que nacieron. — La mitología y la historia primitiva de la América Central, está en el Popol-Vuh. — Historia de este curioso manuscrito. — Votán, el Moisés de estas tierras. — Estudio de las religiones. — Las teogonías simbolizan el grado de civilización de un pueblo. — Etimología del nombre Popol-Vuh. — Estudio que hizo Max. Müller de este libro. — Contribución a la Etnografía de Guatemala, por el doctor Stoll. — La región quiché era la más interesante. — Obra de Augustus Le Plongeon. — Historia de Votán. — Origen de la civilización de los Votanes. — Quién dió a conocer en Europa el Popol-Vuh. — Cómo se extrajeron de Guatemala el manuscrito original. — Opinión de Chavero. — La Zoolatría está ahí unida a las fuerzas de la naturaleza. — Las teogonías se acomodan al aspecto de la naturaleza en que nacieron. — Divinidades de la América Central. — Génesis de la biblia centro-americana. — Destrucción de los primeros hombres. — La trinidad divina. — La expresión sanscrita DEVA es el THEOS griego, el DEUS latino, el DIOS español, el DIEU francés, el DIO italiano, es el THEOTL de los indios de estas tierras. — Semejanza entre ciertos términos cabalísticos de ambos hemisferios. — Isis sin velo. — El Siphra. — Dzeniouta. — Los hombres que se revelaron contra el Gran Espíritu. — El pecado original de la Biblia hebrea se encuentra en todas las teogonías. — Poesía del Génesis judaico, cuando describe el Paraíso. — El Zend Avesta, el Tripitaka, el Popol-Vuh, la Biblia. — Todos los libros sagrados contienen la mística trilogía de la creación angélica, la creación humana y la creación material. — Los grupos étnicos se reconocen en las diversas mitologías. — El relámpago, el trueno, el huracán, eran divinidades airadas. — Lo más alto y lo más profundo tiene su centro en Dios, unidad de la armonía universal. — El positivismo es árido y corruptor. — La falta de ideales conduce al caos. — La religión de Cristo previó las graves cuestiones de los modernos tiempos.

El genio maya de las primitivas razas indianas dejó escritas las leyendas de la naturaleza agreste, en símbolos y mitos. Las naciones civilizadas que existían en remotísimos tiempos, por Guatemala, Yucatán y Honduras, esparcieron, entre los tupidos bosques, ruinas antiquísimas de templos, sacrificatorios, monumentos, palacios y ciudades, superiores en extensión y magnificencia a cuantos encontraron los españoles en territorio azteca, según refiere el cronista Las Casas (1). Las teogonías revelan a la par de la cultura de los pueblos, su carácter, sus tendencias y hasta el majestuoso aspecto que los rodea. Las fuerzas cósmicas, productoras y destructoras, eran deidades aborígenes.

---

(1) Hist. Apol., pág. 134.

No hace muchos años que se hizo en Europa un estudio atento de los libros sagrados de los vedas, brahamanes, parsis, sutras, jainas, sikas y otros pueblos orientales, habiendo contribuido los mitos y formas religiosas de los quichés —únicos que en América dejaron su Biblia y sus tradiciones sagradas—a aumentar el número de los fastos que contienen los pensamientos de la humanidad, que el filósofo rastrea, no por cierto según las leyes hegelianas, sino históricamente, siguiendo las huellas mitológicas, como el indio que va buscando en la tierra los más leves indicios de una vereda, entre malezas y bejucos, apartando hojas y fijando su atención en un tallo roto, en la más pequeña señal, para descubrir la presencia del hombre en estos primeros caminos, por los cuales ha andado errante, en busca de luz y de verdad, si podemos valernos d las frases del profundo orientalista Max. Müller, en su interesante **"Ensayo sobre las religiones."**

Ese patrimonio original del alma humana revela que los mitos son reflejo de la naturaleza en que nacieron, como la fauna y la flora muestran el suelo, el clima y demás condiciones regionales de las zonas distintas. Las teogonías arias y semitas se desarrollan en campo fértil, como el dátil y la palma. La religión de Confusio, la de Lao-Tséo y la de Fo, tienen amarillo tinte, semejando un lago glacial, inmóvil, sin vida. Los pueblos turianos nos dejaron momias, despojos y lamentos. Los escandinavos, con fantásticas tradiciones y vagos colores, crearon dioses y héroes que se esfuman entre nebulosos horizontes, perdiéndose al través de las indecisas luces de los polos. La mitología griega es sonriente, azul, llena de matices y poéticos contornos, como las orillas del Adriático, cual las espumas del mar Egeo. Las ideas religiosas y los mitos de los maya-quichés revelan esa naturaleza jocunda, primitiva, agreste, llena de cataclismos, ruinas y renacimientos, de selvas vírgenes y altísimos volcanes. Sus leyendas sagradas son como el concierto majestuoso del suelo de los trópicos, cuando al través de las altísimas copas de seculares árboles, atraviesa la temblorosa luz de los primeros rayos de la aurora. El espíritu del bosque, el alma de la raza, era el Quetzal. El **Popol-Vuh** era la Biblia indígena.

La estrella de la tarde apareció en Huatulco sobre las ondas del océano, y al dejar de despedir Venus sus destellos, un genio maléfico lanzó de lugar en lugar a Quezalcoatl, que vino hacia el sur, fundando pueblos quichés hasta desvanecerse como sombra en las regiones ecuatoriales. Las costumbres, las leyes, la religión y la lengua dejaron un rastro brillador que aún se descubre. Los manes de los mayas que perecieron en la catástrofe del **Atonathiu,** en el hundimiento de la región antiquísima más civilizada del mundo, recogieron la sombra del dios de aquella raza y la hicieron brillar, entre los esmeraldinos rayos de la vespertina estrella. La **serpiente con plumas de quetzal** infundió al astro de los amores el fulgor verde y oro que en el éter titila, al mezclarse

los postreros esmaltes del sol con las tristes sombras de la noche. En la metrópoli sagrada, en el Palenke, encontróse un dintel esculpido de piedra calcárea, en el cual se contempla un personaje, con gran tocado de plumas verdes, manto bordado a la espalda, adornos en las pantorrillas y sandalias de piel de tigre en los pies. Arrodillado, ante ellos, vese una figura de rico traje, con el signo **cipactli,** o sea la luz, con dos imagenes iguales de la estrella, simbolisando sus dos períodos, matutino y vespertino. Este poderosísimo señor, ll[illegible] la cruz de brazos iguales y ángulos rectos, **la Cruz de Quetzalcoatl,** terminada en una orla de cruces mayores (1). Nimaquiché, de la familia real tolteca, obedeciendo a la inspiración de Quetzalcoatl, abandonó Tóllan y peregrinó hasta descubrir el lago de Atitlán, cerca del cual estableció el nuevo reino quiché. Nima llegó con tres hermanos y dividió con ellos el país nuevo. Su hijo Axopil era el jefe de los quichés, cakchiqueles y tzutuhiles; se establecieron en Iximché, y fué el primer monarca que reinó en Guatemala. La invasión vino del oriente al occidente, traía el fanatismo ciego y el culto sangriento, dejando incendiadas a Palenke, Copán y Quiriguá.... La estrella de la tarde, los áureos rayos de Quetzalcoatl, palidecieron al fulgor siniestro de las llamas que acabaron con las ciudades sagradas. Tímidos destellos pudo despedir apenas el lucero de la tarde sobre la naciente **Cuahutemalan.**

La mitología y la historia primitiva del corazón de la América están en el **Popol-Vuh,** libro notabilísimo, escrito en el pueblo de Chichicastenango, por un indio quiché, que en el siglo XVI quizo consignar en su propia lengua (una de las más antiguas y filosóficas del mundo) **los recuerdos de sus antepasados.** A los cien años de escrito este libro, lo encontró perdido, entre los amarillentos papeles del curato, el P. Ximénez, quien lo tradujo al castellano, y se conservó en la biblioteca de los frailes dominicos, hasta el año 1829, en que fueron desterrados de Guatemala. Como nadie estimaba por entonces las tradiciones indígenas, vistas de reojo, desde los primeros tiempos de la conquista, no se volvió a saber **del libro sagrado de los quichés.** El doctor Scherzer, en 1854, descubrió el tesoro, como hubo de llamarle, y sacó una copia del original que junto con los demás libros de los religiosos, quedó en la biblioteca de la Pontificia Universidad de San Carlos de Guatemala. En resumen, un alemán popularizó en Europa el **Popol-Vuh,** y un francés, el abate Braseur de Bourbourg, se sustrajo el original, que imprimió y tradujo, vendiéndolo sus herederos a la Biblioteca de Niza, por suma fabulosa. También se llevó ese abate el "**Memorial de Tecpán Atitlán.**"

Confusas y fabulosas, cuales son todas las tradiciones primitivas, presentan las de los quichés a Votán como un civilizador extranjero que vino, por el mar, hasta tierra Yucateca y la Laguna de Términos. Sentó sus reales en la

(1) Charney descubrió el relieve. Véase a Chavero en el tomo I, pág. 414 de "México a través de los Siglos."

florida margen del Usumacinta, el Nilo de América, trayendo los gérmenes de la cultura y los misterios de la teogonía. Lucha después con las desbordadas aguas de ese portentoso río, extendiéndose su pueblo como la raza nueva, y desplegándose por las paradisíacas comarcas, bajo las órdenes de aquel indiano Moisés, que puso en práctica saludables mandamientos. Fundó la ciudad de **Nachán** (o sea de las culebras) suntuosa metrópoli, desde cuyas alturas, coronadas de templos y palacios, se disfrutaba espléndido panorama (1).

Cuando impera la tolerancia, hállanse en todos los sistemas religiosos no pocos elementos interesantes, desde que siempre es respetable cualquiera aspiración al Sér Supremo. Lo mismo el papuc, sumido en muda meditación ante el ídolo, que el quiché arrodillado ante los primeros rayos del sol, aspiran a tributar reverencia, a rendir adoración, al Dios de las alturas. No hay más que una grande unidad, un universo.

Existen filósofos para quienes el cristianismo y todas las otras religiones, no han sido más que errores que tuvieron su tiempo, cosas del pasado, que deben ser reemplazadas por una ciencia positiva. El estudio de las teogonías no tendrá para esos filósofos sino un interés patológico, sin que nunca sus corazones puedan animarse al calor de los rayos de luz de la verdad, que brillan como plácidas estrellas desde la noche del mundo antiguo, y sin embargo, noche magnífica, trascendental, origen y germen de todo cuanto existe. De aquella noche lóbrega surgió la estrella de Betlem. No se nota en la historia del pensamiento humano uniformidad teórica, sino a la manera del cielo tapizado de luceros con incontables soles; pero presidiendo a los movimientos de todos los cuerpos celestes, la mayor armonía, la unidad del conjunto, el espíritu de Dios. La psicología y la astronomía son hermanas, ha dicho Flammarión. Hay estrellas y hay almas. La religión no es producto artificial de la fantasía humana, sino función natural y necesaria del espíritu que se encuentra impulsado hacia el más allá de las fronteras impuestas por la naturaleza (2).

Las teogonías simbolizan el grado de civilización de un pueblo. En el Veda, en el Zend-Avesta, en el Tripitaka, en el Korán, en los textos religiosos de la China, en la Biblia judía, en todos los libros sagrados, resalta la cultura del creyente, se trasluce su manera de ser, se reflejan el estado de su alma y la psicología de su conciencia. Por eso es interesante estudiar el **Popol-Vuh,** el **Libro de los Dignatarios** de los antiguos quichés, y por eso mismo ha tenido tanta resonancia en el mundo científico cuanto acerca de él ha escrito el sabio orientalista Max. Müller, acaso el más competente en este linaje de labores (3).

Pop, quiere decir en quiché **estera** (petate) agregándole la partícula **ol** resulta **los de la estera.** Entre los indios, se sentaban en esteras los **dignatarios,** nada más; así es que ese documento o **libro de los sacerdotes,** era el que

(1) "México a través de los Siglos." tomo I.
(2) Hume. Natural History of Religion.
(3) Max Müller, Las Religiones, versión castellana de García Mareno.

explicaban al pueblo. En quiché amak es pueblo extendido, mientras que patinamit es pueblo cercado, amurallado. Para que literalmente fuera libro del pueblo, debió llamarse Amak'-Vuh; pero la biblia quiché era más bien documento de la clase dirigente, o sea Popol-Vuh, tradiciones de una raza (1).

Max. Müller comienza demostrando la autenticidad del Popol-Vuh, explica las diferencias entre la traducción de Ximénez y la del abate Braseur de Bourbourg, admira aquella teogonía y las tradiciones que contiene. Hace comparaciones con libros sagrados de otros pueblos del antiguo mundo, y en fin, arroja mucha luz sobre todas las materias cosmogónicas y de lenguas primitivas que él conocía, acaso mejor que nadie.

Otro alemán ilustrado, que aunque no tenía ni los profundos conocimientos de Müller, ni el espíritu elevado del gran filósofo, ni la observación analítica del célebre filólogo, le superaba en saber prácticamente el quiché, y en haber vivido entre los indios, e inquirido aquí sus tradiciones, fué el doctor en medicina, Otto Stoll, quien publicó, en 1884, en Zurich, una preciosa obra intitulada: "Contribución a la Etnografía de Guatemala," en que ha hablado del Popol-Vuh con mucho interés, porque se refiere—dice—a un pueblo cuya alta cultura relativa es muy notable, cuya suerte trágica en la conquista, hace sobre manera interesante la desgraciada dinastía de sus reyes, y por último, a causa de ser el único reino de América, que dejó documentos escritos de sus creencias y transformaciones.

En efecto, era la región quiché la más exuberante y llena de misterios. Su historia tiene el mayor interés, no sólo por lo cruento de la lucha, que por su autonomía sostuvieron los valientes, desventurados aborígenes, de esa famosa rama de los mayas, sino porque en cuanto a mitos, teogonía y culto, son los únicos que dejaron un libro sagrado.

Aunque no faltan anticuarios que consideran a Votán como un mito, y existe una obra norte-americana que se llama "The Mythe of Votan," lo cierto es que aquel religioso nombre era el emblema de la teocracia que por muchas y largas generaciones gobernó a uno de los pueblos civilizados de aquende el mar, y que tuvo influencia en gran parte de México, Centro-América y algo del Sur y del Norte del Nuevo Mundo (2). Es curioso observar que en la mitología germánica era Wotán el dios de la tempestad, y después, entre los francos, fué elevado al rango de dios del cielo, y considerado como origen de todo Culto, del Arte, de la Guerra, de la Poesía y de la Ciencia. En tiempos muy anterio-

---

(1) Bancroft hizo un estudio extenso del *Popol-Vuh*, y dice: "De todos los pueblos americanos, los quichés de Guatemala nos dejaron el más rico legado mitológico. La descripción de los orígenes del mundo, tal como lo trae el libro nacional de los quichés, en su ruda extraña elocuencia y rara originalidad, es una de las más preciosas reliquias del *pensamiento aborigen*. *Native Races*, vol. III, pág. 42.

(2) Escritores cubanos, como Valdés y Aguirre, Bachiller y Morales, se han esforzado en demostrar que de la isla de Cuba vino la civilización de los Votanes; pero aquella cultura era la de la perdida Atlántida.

res a Jesucristo, entre las tribus del norte de Alemania, Holanda y Escandinavia, era **Wotán** el dios supremo. Algunas dinastías reales de sajones y noruegos se creían descendientes de su dios **Wotán**.

Valdría la pena de hacer un detenido estudio sobre la sugestiva coincidencia de ser **Wotán** divinidad alemana y **Votán** divinidad quiché, y hasta fundador de la cultura de estas regiones americanas. ¿Quedarían separados ambos dioses cuando la Atlántida se sumergió en lo tenebroso de las aguas? ¿Serían antes la misma divinidad adorada por antiquísimos pueblos?

Dicen unos que Votán y Zamná eran pontífices negros, de semblante etiópico, con el singular signo **cuneiforme**, como la cabeza de Hueyapán y el hacha gigantesca. Los ídolos se pintaban de **hulli** (caucho) y los sacerdotes se untaban con negro la cara. Quezalcoatl se representaba blanco y barbado. En la arquitectura de la región quiché había elementos de la raza negra y de la raza amarilla bien caracterizados, por las descripciones de Violet le Duc. Opinan otros sabios que Votán fué uno de los budhas, que salieron a países lejanos a predicar su religión (Humboldt). Los más creen que no hay rastros de todo eso, puesto que mil años antes de nuestra era, podría haber sido lo más remoto de tal peregrinación, ya que el budhismo no cuenta más luenga fecha; de todos modos, posterior al bronce y al hierro, que habrían traído como elemento de cultura. La inmigración votánica es, en muchos siglos, anterior al budhismo.

Hubo en la teogonía de los indios quichés una diosa que cuidaba de la prole y del hogar, cual símbolo del porvenir, imagen de la esperanza, germen de renovación y vida. Prevaleció también el mito de que la piedra de moler maíz, de preparar el alimento diario, al calor del fuego servía de lumbre a la familia, gozaba de la influencia de propicios penates, oráculos del presente; y la lápida del campo patrio, el ara del sacrificio, consagrada a Tohil, a cuyo derredor descansan las generaciones muertas, que ya no reciben ni el resplandor siniestro de las llamas de los holocaustos, era la imagen del pasado.... Esa trinidad augusta del tiempo, lo que fué, lo que es y lo que será, rebosa de la humana especie, en un horizonte que se pierde en el espacio, y en una eternidad que el alma columbra tras los albores del cielo. La historia, entre tanto, que principia con la leyenda fabulosa, los dogmas sacros y las estancias hieráticas, para aparecer después con los esmaltes de la filosofía, va tomando nota de remotísimas edades, en el geroglífico, en la palabra, en el fósil, y nos eleva de lo contingente a lo universal y nos hace contemporáneos de todas las épocas.

En la América de las selvas, antes de que la recorriera el carro nivelador de la civilización importada por la conquista, habían ido pasando, a la sombra de sus palmas, y al arrullo de las auras tropicales, en este istmo privilegiado,

numerosas gentes, imperios antiquísimos, que dejaron huellas tan interesantes como para preocupar la atención de sabios, asociaciones y congresos.

Los quichés, asegura Augustus le Plongeon,—en su célebre obra **"Queen Moo and the Egyptian Sphinx,"**—tenían la misma concepción del caos y del universo que los hindos; todo era inmovilidad, silencio y negrura, era la noche; sólo el Creador, el Hacedor, el Dominador, **la serpiente cubierta de plumas**, los que engendraban, los que creaban, estaban en las aguas, como luz siempre creciente, rodeados de azul y verde, se llamaron **Gucumatz** (Popol-Vuh, Lib. I. Cap. I).

Los quichés se rigieron, como acabamos de decir, por un gobierno teocrático, siendo los sumos sacerdotes y supremos gobernantes de la descendencia de los Votán, sostenidos por la casta guerrera, representada por **Chay-Abah** (pedernal negro, obsidiana) porque tenían lanzas y cuchillos fabricados de ese pedernal, o como otros creen, porque era obscuro de color.

Para sacar provecho del Popol-Vuh, según Chavero, hay que distinguir los tres elementos que lo forman. La parte perfectamente histórica, relativa al reino quiché; la alegórica, que contiene las tradiciones de la raza primitiva, y las nuevas ideas que recibió con las invasiones nahoas. Además, el autor indígena pudo haber deslizado algo de las confusas creencias que ya alcanzó a tener con el contacto de los españoles.

La zoolatría está ahí unida a las fuerzas de la naturaleza. La vida como que palpita por la transformación de elementos preexistentes. El espíritu del cielo **Vgux-Cho**, dió nacimiento a otras deidades secundarias. **Hurakán** era la más temible de ellas; y esa palabra, que el diccionario de la Academia Española tiene por caribe, es quiché, es de Guatemala, y desde aquí se esparció a todas las lenguas modernas de Europa, para expresar el viento que arranca los árboles y se lleva las casas. **Cabracán** era el dios del terremoto, que se valía de los volcanes a efecto de mover el suelo y desolar ciudades y alquerías. La madre tierra era otra deidad llamada **Chiracán**, boca grande o cráter largo, ya porque todo se lo traga y consume, ya porque en el quiché hay unas montañas con muchos cráteres. El dios de las aguas Ruiatcot, hundía a los pueblos bajo los torrentes desbordados de las altas montañas o bien ordenaba a los dragones de la atmósfera, a las nubes vagabundas, que se alejaran del firmamento para afligir a comarcas enteras con los horrores de la sequía y del hambre, o benéfico, daba vida a las plantas, verdor a la yerba y rumores al manso río.

Bajo estas grandiosas ideas, se desarrollaba la primitiva civilización de los quichés, que tiene harto que admirar, en sus palacios, pirámides, monumentos, artes y costumbres, como se verá en el capítulo especial que dedicaremos a esta región famosa, que ha dejado ruinas sorprendentes y una lengua superior en mucho a la mayor parte de nuestros idiomas modernos europeos.

Si hoy se estudian las teogonías asiáticas, también se presta singular atención a la biblia quiché, escrita en Guatemala, popularisada por un alemán y sustraída por un francés. Confesemos que poco caso hemos hecho de nuestros tesoros, por siglos abandonados, y por último, puestos muchos de ellos en manos extranjeras. Hoy mismo, que en Europa y en los Estados Unidos, se presta tan particular atención a nuestras antigüedades, no son muchos los que aquí tienen idea de lo que contiene el Popol-Vuh, ni menos como puede contribuir a trascendentales estudios en el mundo sabio.

Todas las teogonías se acomodan al aspecto del mundo en que nacieron, como la fauna y la flora muestran el suelo, el clima, y demás condiciones regionales de las zonas distintas. No hay ninguna religión nueva; todas tienen raíces primitivas, elementos universales. En el comercio íntimo con la naturaleza, en la energía y profundidad de las emociones que de él emanan, es donde se encuentran también las primeras aspiraciones al culto, a una santificación de las fuerzas destructoras o conservadoras del universo. Poco a poco se separa el mundo de los hechos materiales y asciende a la región de las ideas y surge el vago presentimiento de la unidad de las leyes naturales, constantes, regulares, inmutables. Se presiente una causa de la vida, cuyos intereses materiales no son solamente los que preocupan la inteligencia, ni satisfacen el corazón. Vuela el alma al cielo.

Por eso es interesante el estudio de las revoluciones y evoluciones religiosas, comenzando por las antiguas teogonías. La mitología y la historia primitiva de la América Central están en el Popol-Vuh, que refiere cómo se verificó la confusión de las lenguas, cuando llegaron a Tulán diversas inmigraciones; hace alusión al diluvio, cuya tradición universal la encontramos entre los annamitas, los judíos, los babilonios, los thlinkithianos, los nahoas y nuestros antiguos quichés. La pintura que existe del **Atonatiuh**, o sol del agua, en que la diosa tiene en las manos el símbolo de la lluvia, de los truenos y relámpagos, en que del **calli** (casa) sale ahogándose un hombre, mientras que una mujer y su marido se salvan en el tronco de un árbol hueco, de un **thuehuetl**, que conserva sus verdes ramas y sobrenada entre las terribles olas, donde sólo quedan peces, representa el diluvio claramente; por más que Chavero sostenga que la catástrofe del **Atonotiuh**, fué el hundimiento de las tierras, casas, ciudades y pueblos nahoas, el recuerdo de la Atlántida, y no las cataratas diluvianas del cielo; creemos, con Saghun, y los antiguos cronistas, que aquel importante geroglífico se refiere al diluvio, que Zoroastro, siglos antes que Moisés, y los brahamanes, en sus poemas, relataron. La desaparición de la Atlántida, la conformación istmeña de Centro-América, es de remotísima fecha, que nada tiene que ver con los nahoas, que para el anticuario mexicano son, como para Le Plongeon, los mayas, origen y fundamento, expansión y grandeza, de la época histórica americana, y aun centro y principio de la humanidad, fundamento de la

cultura universal, panacéa de donde brotó todo lo bueno y admirable, paraíso sin pecado, y sin ángeles con espadas de fuego.... **Festina lente,** decían los antiguos: **Pas trop de zéle,** repiten los franceses; no hay que entusiasmarse mucho por una raza, hasta el punto de exajerar en extremo.

Las invasiones nahoas que descubre Brasseur de Bourbourg, en el Popol-Vuh, las reminiscencias cristianas que encuentra Müller, y muchas de las interpretaciones que hacen Brinton y otros americanistas, tienen que resentirse de los errores que naturalmente ocasiona un libro en lengua poco conocida, sobre materias metafísicas y en estilo metafórica. Vamos a presentar una muestra de esa **Biblia de los Sacerdotes del Quiché.** La descripción de la manera en que fueron creadas todas las cosas, es en su peregrina elocuencia, verdadera joya del pensamiento aborígen. "Hé aquí la narración de cómo todo estaba en suspenso, todo en calma y sin rumores, sin moverse, sin cosa alguna: vacío el cielo. Hé aquí la primera palabra y el primer discurso: aún no había hombres, animales, pájaros, pescado, cangrejo, palo, piedra, hoya, barranca, paja, ni monte, sino sólo estaba el espacio. Ni había nada en pie; sólo el agua represada; sólo la mar ya tranquila; sólo ella al fin sujeta. No se manifestaba la faz de la tierra. Nada sonaba, ni nada se movía, ni fuerza que hiciera tronar el cielo. Todo era inmovilidad, silencio y tinieblas en la noche. (Ximénez, Hist. Ind. Guat. Pág. 5).

Sólo el Creador, el Formador, el Dominador, **la Serpiente con Plumas,** el que engendra, el que da el sér, el que da vida a las aguas, como luz que crece y se esparce, cubierto de verde y azul; y por consiguiente, su nombre es **Gucumatz (1).** Así existía el firmamento, el corazón del cielo."

Con rústica sublimidad aparece, después brotando la tierra, en vagarosa forma de neblina, primero, y más tarde con la figura de montes, volcanes y collados. El ciprés y el pino crecieron. Gucumatz lleno de alegría, exclamó: ¡Bendita sea vuestra venida! ¡Oh, Corazón del Cielo, **Hurakán, Trueno!** ¡Nuestra obra está terminada.

Tras la vegetación, nacieron los animales, en múltiples formas, y el Creador les dijo: "pronunciad nuestro nombre, reverenciadnos: invocad al Huracán, al Relámpago, al Rayo, al Trueno, al Corazón del Cielo, al Corazón de la Tierra, al Creador, al Formador. ¡Hablad, saludándonos!—Pero los animales no respondieron: no pudieron hablar.—Mientras no nos adoréis, dijo entonces el Formador, mientras no pronunciés nuestro nombre, será humillada vuestra carne, seréis muertos y desgarrados por ajenos dientes."

Se consultaron los dioses, y dispusieron formar al hombre. Lo hicieron de barro; pero no tenía movimiento, vida, ni fuerza, y se deshizo en el agua. Se formó después un hombre de madera y una mujer de **cibaque** (planta textil)

---

(1) Brasseur de Bourbourg.—Hist. des Nat. Civ. tomo I, pág. 50

pero aunque tenían vida y movimiento, carecían de corazón e inteligencia, no guardaban memoria de su formador, era su existencia inútil, se habían olvidado del **Corazón del Cielo,** que airado hizo que les cayera una lluvia de resina y se obscureció la tierra. El ave **Xecotcovach** vino a sacarles los ojos, el **Camalotz** les arrancó las cabezas, el **Cotzbalán devoró sus carnes,** y el **Tecumbalán** pulverizó sus huesos.

Había un lugar subterráneo que era la guarida de los poderes nocivos, de los agentes del mal, que de ahí salían a perjudicar a los hombres. Este lugar se llamaba **Xibalba,** antro o mansión de los demonios, de la cual venía la muerte y a donde iban los difuntos, en el viaje que emprendían al acabar esta vida, para tomar otra existencia astral.

Después de la destrucción de los primeros seres humanos, se reunió de nuevo el consejo de los dioses, en la obscuridad de un universo desolado. Por fin el Creador hizo cuatro hombres perfectos, cuya carne se formó de maíz amarillo y de maíz blanco. Se llamaron Balam-Quitzé, Balam-Agab, Mahacutah, Iqí-Balam. Su formación fué efecto de un portento de Aquél que es preeminente, el Creador.

Por el estilo, continúa el Popol-Vuh, el génesis que acabamos de extractar. A un dios creador junta de manera perpleja otras nuevas divinidades auxiliares. ¡Qué mucho debemos censurarlo por ello, cuando hasta los hebreos, el pueblo más culto antiguo, el elegido de Dios, como Moisés le llamó, creían que el Señor había hecho de su propia esencia ángeles y serafines para que lo adoraran! Aunque a nosotros nos parezca hoy estúpida esa embrogenia quiché, hay que recordar, como dice Brinton, que los pensamientos de la humanidad primitiva no sólo eran muy diferentes de nuestras ideas, sino muy distintos también de lo que nosotros pensamos que debieran haber sido.

Es peregrina la creación del sol y de la luna, por los dioses principales, abuelos de esos astros; y, como la mitología pagana, contiene la teogonía quiché muchos genios y héroes, dioses y semi-dioses, en los elementos, en los bosques, en las cuevas, en las montañas y en los lagos. El dios del camino era **Mumah,** el de la casa o penate, **Chahalha.** Los indios creían que los eclipses de sol y luna eran querellas y desaguisados entre esos dos esposos, cuyas reyertas tenían consecuencias funestísimas para la tierra; y por eso aquellos aborígenes procuraban, desde aquí, con ruidos, gritos y sacrificios, aplacar el pleito. Por lo común sacrificaban en esos casos algunos albinos (el pueblo aún les dice **hijos del sol)** (Flammarión). Esa costumbre, de armar ruidos y dar gritos, todavía la conservan los aborígenes, cuando hay eclipse; y se afligen, diciendo que el sol le está pegando a la luna, que es su mujer.

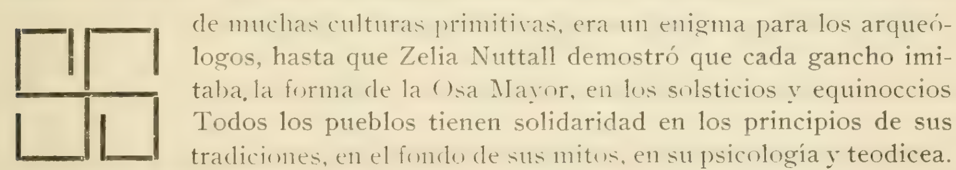
La trinidad de Guatemala, (1) reaparece en el carácter de **Omeyateite, Omeyatezigoat** y su hijo **Ruiatcot,** dios de las lluvias, que dispone del trueno y

(1) Myts and languages. tomo III. pág. 492. Bancroft.

del rayo. Los quichés, como los mayas, los indostanes y otros antiquísimos pueblos, tributaron culto entre sus mitos a la cruz. Conocieron el tormento de la crucifixión, y aún quedan piedras talladas que representan indios sufriendo ese tremendo castigo, que es tan antiguo en el mundo. El Génesis ya nos habla de él, con motivo de la interpretación de los sueños de Egipto. Apuleyo lo define en aquellas célebres frases: **"Patibuli cruciatum cum canes et vulturies intima protahunt viscera."** Entre los romanos se había hecho tan frecuente, que Nerón lo impuso a una hermosa esclava con el sólo objeto de contemplar las torceduras y crispamientos de sus formas palpitantes. Tan bárbaro tormento, pues, se ha usado en todas partes.

La Biblia centro-americana, o sea el Popol-Vuh, demuestra que la idea de la trinidad brahmánica, conciliada con la unidad, o sea con el monoteismo semítico, prevalecía entre los quichés. La espiritualidad de Dios, el presentimiento de una transformación o metamorfosis después de la muerte, formaban parte de aquella teogonía tan antigua quizá como la de los mismos asiáticos, de cuyo suelo han brotado los gérmenes de tantas religiones (1).

Es curioso observar que los quichés, lo mismo que los mayas, deificaron el grupo de estrellas al cual pertenece la Osa Mayor, cuya posición dió lugar a mitos de combates, entre dioses, que en el Popol-Vuh se enumeran (2). Los aborígenes de América volvían los ojos al cielo, y prestaban culto al sol, a la luz, a la vida. Por la noche veían en el firmamento las luchas y guerras, entre sus divinidades, que aquí en la tierra han destrozado a la humanidad desde el principio del mundo. El **swástica,** signo simbólico muy frecuente y el más sagrado



de muchas culturas primitivas, era un enigma para los arqueólogos, hasta que Zelia Nuttall demostró que cada gancho imitaba, la forma de la Osa Mayor, en los solsticios y equinoccios Todos los pueblos tienen solidaridad en los principios de sus tradiciones, en el fondo de sus mitos, en su psicología y teodicea.

Los aztecas y los quichés tenían una flor sagrada **Xochinacaztli,** de color purpurino, de agradable perfume, y de la forma de una oreja, flor a la cual atribuían muchas virtudes. Abunda por Comán, y está descrita por Mociño, Sesséas y Dunal. Es la Cymbopetalum penduliflorum (3).

Ya se preste oído a los gritos de los hechiceros chamarios de la Tartaria, a las odas de Píndaro o a los cantos religiosos de Paulo Gerhard; ya se contemplen las pagodas de la China, el Partenon de Atenas o la catedral de Milán; ya se lean los libros sagrados de los budhistas, de los judíos, o de los que adoran

(1) El Sibú de los aborígenes de Costa Rica era el Gran Espíritu, y había tendencia al monoteísmo. Dr. Gabb. Tribus indígenas.

(2) Zelia Nuttall. Principios fundamantales de civilización. 1901.

(3) La primera relación de esta flor la escribió el P. Sahagun, en 1569, denominándola *teunacaztli*, oveja sagrada. Francisco Hernández, protomédico de Felipe II, envió muestras de esa flor, en 1570. La descripción y el grabado se publicaron en la edición romana de su obra, en 1661.

a Dios en espíritu y en verdad, debe decirse "Homo sum, et humani nihil a me alienum puto." La historia de la humanidad es como nuestra propia historia. Cuántas veces, entre melancólicos recuerdos, remontándonos a los serenos días de nuestra infancia, encontramos en ellos la aclaración de muchos misterios que nos ofrecen nuestros posteriores años. Sobrado interés presentan los pocos fragmentos que quedan de la infancia de la raza humana. El Veda, que es el libro en que podemos encontrar los orígenes de nuestra lengua, como arios que somos, es la ánfora que guarda los ayes y los dolores de nuestros antepasados, que nada tuvieron que ver con los semitas Abraham y Jacob, sino en aquello que, como el instinto religioso, implica solidaridad humana.

San Agustín decía: "Lo que en la actualidad se llama religión cristiana existía ya entre los antiguos y no ha faltado jamás al hombre, desde su aparición hasta el tiempo en que encarnó Cristo; pero, a partir de esta época, la verdadera religión comenzó a llamarse religión cristiana (1). El cristianismo formó una síntesis, un epílogo, de la historia antigua, y vino a servir de prólogo a la historia moderna. De los judíos recogió el espíritu religioso, de los griegos el sentido filosófico, de los romanos el elemento político. Jerusalén debía darle su Dios, Alejandría su Verbo, Atenas su Ciencia, Roma su organización y su derecho. En todo ello se tamizó la teología antiquísima de los indios, los budas, los brahamanes, los asirios y los babilonios (2). Acrisolado quedó por el cristianismo lo más sano de las viejas creencias, depuradas de toda levadura humana, fué el hilo misterioso que había de ligar los gérmenes de la idiosincrasia que iba a morir, con los futuros ideales de la plenitud de los tiempos. En esa cristalización se refleja el mundo pagano y el mundo nuevo. Se tamizó la filosofía, se purificó la teodicea, brotó la vida.

Ahí está el primitivo Popol-Vuh, y algo, siquiera sea la idea de la trinidad zoolátrica, siquiera sea la unidad de Dios poderoso, siquiera sea la tardición del diluvio, siquiera sea el fatalismo de la pena, siquiera sea ese sello de dolor, que caracteriza las teogonías primeras, ahí se encuentran.... aunque falta lo principal, falta todo—: la Esperanza, la Fe y la Caridad de la religión de Cristo; de esa panacea que descendió de lo alto para salvar a la mujer y redimirla de la servidumbre en que estaba postrada; que borró las diferencias de castas y fundió las cadenas de los esclavos; que dió a la vida con su influencia moral un impulso infinito; que consoló al pobre y al desgraciado, santificando el trabajo y haciendo ver que cada lágrima es una gota de rocío celeste; que produjo la libertad, la igualdad y la fraternidad de los hombres todos; que hizo bienaventurados a los que lloran y ofreció el cielo a los que han hambre y sed de justicia. ¡Lástima que el fanatismo desnaturalice hasta la religión que perdona, que es de amor, de mansedumbre y de unión!

---

(1) August. I, Ret.
(2) Revolución Religiosa. Castelar.

La palabra sanscrita **Deva**, es el **Theos** griego, el **Deus** latino, el **Dios** español, el **Dieu** francés, el **Dio** italiano; es el **Theotl** de los indios quichés, el **Teut** de los egipcios, el **Teuti** de los armorianos, el **Thios** de los cretenses, el **Diu** de los celtas y galos, el **Deos** de los portugueses. Los persas infiltraron algo en los judíos, éstos a su vez transmitieron mucho a los cristianos y mahometanos. Todo es uno. La semejanza grande que existe entre ciertos términos cabalísticos de ambos hemisferios; la leyenda de "Los Hermanos," en la América Central, que antes de emprender su viaje a Xibalba, planta cada uno de ellos una caña en el centro de la casa de su abuela, para que ella pueda saber, según que la caña florezca o se marchite, si ellos viven o han muerto, tiene analogía con las creencias de otros muchos países. En los **Cuentos y tradiciones populares** de Sacharoff (Rusia), se encuentra una narración semejante, y se descubre esta misma creencia en varias otras leyendas muy anteriores al decubrimiento de América. En la célebre obra "**Isis sin velo,** clave de los misterios antiguos y modernos," por H. T. Blavatsky, se habla mucho del Popol-Vuh, como de un libro admirable, que demuestra existir analogías muy próximas entre los mitos orientales, rusos y quichés. La tradición del **Dragón y del Sol,** algunas veces reemplazado por la luna, ha repercutido ecos en los lugares más remotos del mundo. Puede muy bien ser como la única religión heliolátrica universal. Hubo un tiempo en que Asia, Europa, Africa y América estaban cuajadas de templos que al sol y al dragón se consagraban. Los hierofantes del Egipto se llamaban **hijos del dios serpiente,** los druidas de las regiones celtobritánicas, se daban el nombre de **culebras.** El Karnak egipcio es hermano gemelo del Karnac de Bretaña, y era **el monte de la serpiente. Quetzalcoatl,** serpiente con plumas, de los mexicanos, fué el **Gucumatz** de nuestros indios quichés. Refiere la tradición que este dios fué seducido por malévolo brujo a beber pulque, y que ebrio y excitado, olvidóse de su castidad jurada, atraído por la Eva quiché Quetzalpetlatl. Semejante pecado lo obligó a abandonar la ciudad y a perderse por el Este, donde erigió una hoguera funeral; se redujo a cenizas y su corazón ascendió a los cielos para convertirse en el planeta Venus.

Desde la más remota antigüedad prevaleció la idea, en todas las teogonías, de que el tipo primero del hombre, era puro y dichoso, ajeno a la materialidad de goces carnales y groseros, siendo su cuerpo semi-etéreo. En el libro más antiguo que se conoce, escrito en hebreo, con el nombre de "**Siphra-Dzeniouta**" se representa al hombre viniendo desde la gloria inefable, en luminoso arco que se obscurece más y más al acercarse a la tierra. Los filósofos herméticos de todas las épocas, han creído que la materia con el tiempo y por efecto de la culpa, llegó a ser más densa y áspera que al principio, cuando la primera formación del hombre. Las tradiciones esotéricas más antiguas, también enseñan que antes del Adán bíblico, muchas razas de seres humanos habían vivido

y habían muerto, cada una de ellas cediendo su lugar a la otra. Platón menciona en **Phedrus,** una clase de hombres alados. Los pintores del Renacimiento diseñaron serafines. Santo Tomás describió sus especies como si los hubiera visto. Esa creencia en una raza más espiritual, la tenían los indios quichés, según aparece en el Popol-Vuh, cuando habla de los cuatro primeros hombres, pertenecientes a un género que raciocinaba y hablaba, cuya vista era ilimitada y que conocía todas las cosas. Los kalmucos y otras tribus de Siberia describen, en sus leyendas, razas anteriores a la nuestra, que poseían ciencia sin límites, y en su audacia amenazaron revelarse contra el Gran Espíritu, de lo cual provino que, para castigar su presunción y humillarlos, **encerrólos en sus cuerpos,** limitando sus facultades. El **pecado original** de la Biblia se encuentra en todas las teogonías. Con razón dice Max. Müller que, por lejano que sea el punto hasta el cual hayamos podido seguir la pista del hombre, siquiera en el más bajo estrato de la historia, vislumbramos el dón divino de una sana y pura inteligencia. La idea de la humana especie, brotando lentamente de las profundidades de una brutalidad animal, no lisonjea el amor propio (1).

Es poética la narración del Génesis hebraico, cuando describe el Paraíso. "Una amarga sombra se interpone entre el cielo siempre claro y la tierra hasta entonces regocijada y florida. El dolor ¡ah! no había arrastrado antes su cabellera de espinas en el edén primero. Astuta serpiente sedujo a Eva, que es la personificación de la humanidad; trocóse la inocencia en mal, la dicha en desventura, la esperanza en siniestra, transmisible, perenne realidad." Esa mujer dolorida, llorosa, mal envuelta en el velo de su cabellera, mal ceñida por las hojas de los vegetales, temblando al azote de los elementos que chasquean sus látigos de rayos y huracanes sobre aquellas albas seductoras formas, perdida la inocencia tranquila que la hacía creer en la pureza de todas las cosas y la paz entre todos los seres; esa Eva que inició el suspiro, la queja, el llanto, el placer, la maternidad y el amor, es el prototipo de la humana especie. El beso primero que resonó en el paraíso llevaba promesas y deliquios. La mirada de pasión, el fluido magnético de dos corazones unísonos, llenan los aires de polen de vida, mandada por unas plantas a otras plantas en amorosos efluvios. Encendiéronse desde los astros hasta los nidos; el ruiseñor cantó con más dulces gorgeos, y el árbol llovió flores y las flores pistilos y pétalos aromados, en aquel espasmo universal." **Fiat amor, et amor facto fuit.**

Todo está hecho por el amor, toda luz está animada por el movimiento, toda idea se desprende del espíritu, todo pensamiento irradia, y todo espíritu proviene de Dios. Esa gran trilogía, la creación angélica, la creación material y la creación humana, como Verbo de la Vida, se identifica con las más antiguas religiones.

---

(1) Mitología Comparada, vol. II, pág. 7.

Esa mística trilogía se halla en el Zend-Avesta, en el Popol-Vuh, en la Biblia, en todas las tradiciones y en todas las historias (1). **Hun-Hun-Ahpú,** descendió a los infiernos, o sea a **Xibalbá** (taltusa del terror) pero resucitado por sus hijos, subió al cielo, como el sol, que esparce vida (2). Hermano de aquel dios, fué **Vukub-Hun-Ahpú,** que se vuelve luna. Los cakchiqueles decían que el sol iba en un carro, tirado por venados o jabalíes, según el tiempo, y que su eclipse es un pleito con la luna, a la cual le está pegando, por influencia del lucero del alba, **Nima ch' umil** (3). El corazón de **Quetzalcoatl** fué transformado en la estrella Venus. Las Pléyades eran llamadas **Motz** (cúmulo o conjunto) y se habían constituido por los cuatrocientos muchachos matados por Zipacna. También llaman los indios, a las Pléyades, **Tianquiztly** (mercado), sin duda por el tropel de gente que se reúne, sin orden ni concierto en los lugares de ventas.

El dios de la borrachera **Patecatl,** no era como Baco, jovial y lleno de vida, sino triste, adormecido, terrible degollador, y no se le debía tributar culto sino en pocas festividades. A los indios les estaba prohibida, como a los mahometanos, la bebida de licores embriagantes. Los pueblos de Santa Catarina Iztahuacán y Nahualá conservan la observancia de tan buena prescripción.

La culebra era venerada como imagen del ciclo, símbolo de la lluvia; Quetzalcoatl azteca y Gucumatz quiché, eran serpientes con plumas verdes de quetzal. La tradición del hijo de una virgen, vejado, muerto, sepultado y resucitado, se encuentra en todas las teogonías. Chimalmat se tragó una esmeralda encantada, y de ahí resultó con Quetzalcoatl en el vientre. La **Eoatlicue** (enagua de culebra) escondió en su seno una pelota de plumas y resultó gravida con Huitzilopochtli. La virgen Xquic concibió a dos **coaches,** por un esputo de la calavera de Hun-Ahpú, que se volvió sol. Aquellos **coaches** (gemelos) que disponían del fuego de los volcanes, emanado del gran astro vivificador. Los **coaches** fueron sacrificados bárbaramente y resucitaron Hay tendencia en el espíritu humano, a penetrar en lo infinito. En el destino del hombre surgen problemas que atormentan invenciblemente el alma. Los mitos, las teodiceas, las teogonías, los dogmas, siempre han existido y nunca dejarán de existir. El ateísmo y el positivismo son teorías individuales; pero nunca hechos sociales. Las colectividades son creyentes. Los neuróticos del alma son muy pocos. La religión, lo mismo que la lengua, son consecuencias del pensar, anhelos hacia lo desconocido (4) característica humana.

Las concepciones religiosas son aún más vivaces que las lenguas, hasta el punto de que después de la conquista de una raza sobre otra, quedan en el

---

(1) Max Müller, Chips from a German Workshop.
(2) Popol Vuh, pág. 242.
(3) Stoll.—Guatemala, pág. 275. Año 1886.
(4) Lippert, Religiones, pág. 484.

turbión de los tiempos sobrehumanos voces indígenas; pero todavía persisten más y se mezclan los elementos mitológicos, las tradiciones místicas, los dogmas sacros y las tendencias teogónicas. Por eso, después de la conquista española, continuaron los indios ocultamente adorando a sus ídolos y con las costumbres de sus antepasados. Hoy tienen los aborígenes en secreto creencias, ceremonias prácticas de su antiguo culto, en medio del fervor—más aparente que real, más idolátrico que espiritualista—de la religión cristiana que parece que profesan.

En las misteriosas mitologías de los pueblos se reconocen los diversos elementos de grupos étnicos de origen diferente. Vemos leyendas que recuerdan distintas razas de dioses que desaparecen muchas veces en la mitología griega, del mismo modo que en la mitología del Norte y en la mitología quiché. En la amalgama de diversas tribus y numerosos elementos de razas hay necesariamente, como hubo en Roma, amalgama de divinidades (1). Nuestros indios de Guatemala creen poderoso al Señor Santiago; pero más aún a Gucumatz representado en un ídolo deforme y tosco.

El Popol-Vuh, como todos los libros sagrados, tributa a la luz culto adorable. Lo que el indio quiché temía no era por cierto el frío, sino las tinieblas. Todos los cantos que de sus cabañas se levantaban, eran aclamando el día blanco sobre la noche negra. Los mitos indios como los védicos, son el gorgeo de las razas humanas, al acercarse la aurora. El sol es la vida, es el padre del mundo. El Espíritu del Cielo era para los quichés el primero de los dioses. El movimiento era para ellos el hálito del dios formador, la expansión de aquel Espíritu. La existencia del Dios verdadero, del Hacedor de todo lo creado, se demuestra cabalmente por el movimiento, como lo enseña un gran teólogo cristiano.

La fuerza creadora se la imaginaban como luz matutina y benéfica, que de las tranquilas ondas del mar se iba esparciendo, siempre creciente, risueña, pura y fecunda; que teñía el firmamento de celeste y los campos de verde. El Relámpago, el Trueno, el Huracán, eran divinidades airadas, que conmovían la tierra. El maíz, la sustancia alimenticia, sirvió al formador para hacer al hombre. **Ruiatcot,** dios de las lluvias, hacía germinar el grano, crecer la caña y sazonar el **helote.** Purificaban por el agua al recién nacido, le circuncidaban por higiene, y le imponían las manos para confirmarlo o vigorizarlo en sus fuerzas y en sus creencias. Tal embriogenia hace repercutir, en su poética rudeza, los ecos vagos de una época remotísima, de la transición de la edad de piedra a la edad de hierro.

Los pájaros hablan en aquella teogonía. Acaso, en un principio, ellos hayan sido (2) los maestros del hombre; último en el orden cronológico, imitaba a los que le precedían. El **censonte** canta al alba con mejores notas, me-

(1) Lippert, Religiones, pág. 321.
(2) La Creación, tomo II, pág. 107. Quinet.

lodías y motivos, que ninguna otra de nuestras aves. Así cantó desde hace millones de siglos. Max. Müller, en la "**Ciencia del Lenguaje,**" enseña que hay pueblos que tienen lenguas de pájaros (tomo II).

Es pintoresco el mito del **quetzal** que veneraba el quiché. Nacieron después de la catástrofe del agua, en amanecer de ópalo y nácar, unas mariposas azules, de cuyos despojos brotó más tarde, al acabar de secarse la tierra, el árbol fuerte de crispada ramas llamado **guayacán**, en cuya copa vino a culminar, en señal de poderío, una ave hermosa, una **esmeralda** que vuela, un pájaro de pecho rojo y dorado plumaje, con cauda de alfanjes y cambiantes de iris. Es el alma del bosque que va a robar sus destellos al sol; es el errabundo espíritu de Votán que vela por su raza. Los mantos de los indios se tegieron de esas regias plumas. Las andas de oro de Balán-Acam iban recamadas de colas de **quetzal**. Huemač, al ver vacilante su trono, pide a los dioses sus tesoros, sus piedras verdes y sus plumas del ave sagrada. Fué el símbolo del destino. Cuando en los llanos de Olintepeque sucumbía Tecum, transformólo Gucumatz en un grandísimo **quetzal**, que con saña fiera estuvo a punto de dar muerte a Tonathiú, quien con esfuerzo sobrehumano lo atravesó con su lanza.

La conquista se hizo. Huyó el quetzal a lo más intrincado del boscaje. Sombrío y mudo de dolor, apartóse por tres siglos de la raza autóctona. Con la libertad, vino a posarse entre laureles a nuestro patrio escudo! ¡Dejó de adornar la cabeza de los **teules**, el yelmo del **yoayizque** y el manto del **tecuhtly** para ser el símbolo de Guatemala! ¡Quiera nuestra ventura que **Quetzalcoatl** no prediga otra vez el cautiverio de esta tierra sacratísima!

En el desenvolvimiento del culto tributado por los hombres al Creador, precede el sacrificio a los ritos simbólicos y las fórmulas materiales a las preces.

Después de las tres creaciones humanas, se quedaron rezagados los monos, según el Popol-Vuh. En la necrópolis de Tebas había un lugar para los monos predilectos, que eran enterrados en tumbas de piedra. En Yucatán se rendía culto a los simios, y las figuras de esos animales se encuentran en los templos mayas (1). En Babilonia, en el Japón, en China, era el mono sagrado uno de los mitos populares, En el Congo y en la Costa de Marfil, donde viven los chimpancés, los gorilas y los liliputienses, se tributa adoración a monos de piedra.

Lo más profundo y lo más alto tiene su centro en Dios, que es la unidad de la armonía universal, el espíritu de la vida entera, la fuerza de cuanto se mueve, la inteligencia suprema, el alma del universo, iluminado por su mirar, sostenido por su aliento, vivido y animado, porque lo vivifican y lo animan fluidos o efluvios de todas las vibraciones de la naturaleza, del Sér Absoluto, que dió al éter microvianas esferas, a los orbes las leyes de su atracción y a los hechos las

---

(1) Jerónimo Román.—República de los Indios Occidentales.

reglas de su providencia. Es la mano invisible que, cual polvo de oro, regó de estrellas el espacio y despliega el arco iris en el cielo cual símbolo de paz y de esperanza.

El indio quiché y el cakchiquel profesaban el fatalismo social, la idea de la decadencia del hombre. Prometeo, Edipo, Catón y Votán, son tipos heroicos de las sociedades antiguas, dominadas por el despotismo; en el mundo asiático existía la casta, como existó aquí en Centro-América, en remotos tiempos, antes de la conquista; en el mundo griego el esclavo; en el mundo de la Edad Media el siervo; en la actualidad el obrero sin trabajo, que llegó tarde al banquete de la vida; el servicio militar obligatorio, que convierte al hombre en máquina, cuyo motor en Europa es el odio, la ambición, el interés o la brutalidad de los gobiernos. Aquí, entre los aborígenes, había parias, y prevaleció el dogma del estancamiento, de tal modo, que aquellas sociedades privadas de esperanza, tenían que buscar únicamente en la muerte, lenitivo a sus dolores. Como la Pitonisa en los oráculos griegos, los Pontífices indianos basaban sus profesías en la auto-sugestión, pues tuvieron esos sacerdotes el poder y la costumbre, como los fakires, de trasponerse en éxtasis y doble vista. El profeta fué **encarnación** de Quetzalcoatl. Era casto, y para asegurar su pureza, se le despojaba desde muy joven de la virilidad. Las maravillas que se admiran en la India, éranles familiares a los mayas y quichés. Harto curiosos son los estudios que hizo el doctor Otto Stoll sobre el hipnotismo de los aborígenes guatemaltecos, cuyos sacerdotes conocían perfectamente la manera de transmitir el pensamiento, de ver a la distancia, de producir la insensibilidad, y todo aquello de las ciencias ocultas, que los españoles ignoraban, atribuyendo a **pactos con el diablo** lo que no era más que efecto de causas naturales, y quemando la Inquisición, como **brujos,** a los que aplicaban sus conocimientos a portentosos resultados. El fatalismo de nuestros indios no estaba escrito en los códices religiosos, pero se hallaba grabado en las almas. El que no siente, decían los quichés, tristeza en la adversidad, ni en la prosperidad alegría, ni miedo en el combate, ni temblor ante la muerte, **es hombre.** Las serpientes beben el aire y no son débiles, muerden al que las daña. Los móviles humanos son el miedo, el interés, el hambre y el amor. Los pájaros abandonan el árbol que perdió sus frutos, las abejas la flor marchita, las garzas la laguna seca, los cortesanos, al poderoso caído.

Examinando filosóficamente la teogonía de los pueblos civilizados de la antigua América istmeña, no podemos menos de comprender que había mucho de peculiar, de sublime y de salvaje, análogo a la naturaleza de estas comarcas indianas. Los quichés llegaron a tener entre sus selvas confusa idea de un dios autor del mundo; pero veían también en cada elemento una fuerza divina, y simbolizaban en animales y en ídolos sus sentimientos piadosos. Entre el grado de cultura religiosa de los conquistadores españoles y el de los indios

americanos, había, con todo, una distancia inconmensurable. La humanidad ha atravesado las fases de los errores religiosos y metafísicos, sin encontrar uniformidad, a manera de esa sucesión de capas terrestres, descubiertas por la geología, en las que se revelan trabajos lentos y seculares. Por todos lados aparecen las antiguas formaciones del pensamiento; y basta excabar un poco para descubrir que hasta el desierto arenoso, de la tierra en que vivimos, está por donde quiera superpuesto a la sólida roca de ese granito primordial, indestructible del alma humana, a la fe religiosa. El verdadero espíritu del cristianismo puro nos hará más bien cerrar los ojos sobre muchos puntos que—en el medio ambiente actual—nos choquen en las religiones, que al través del tiempo y del espacio, puede convertirse en luz esplendorosa; el tosco anhelo hacia causas desconocidas. Los aborígenes americanos sacrificaban víctimas humanas. La espada de Abraham suspendida sobre la inocente cabeza de su hijo Isaac—que para muchos es una prueba de reverente obediencia—y que de todos modos, demuestra que hasta entre el pueblo judío, el más culto de la antigüedad, se reconocía el sacrificio como grato a los ojos de Dios, escusará a nuestros indios de la general aberración que violaba el "no matarás," establecido por Zend Avesta. A estilo asiático, varias veces dábanse la muerte a sí mismos los quichés, como holocausto a sus divinidades, al monarca, o por concitar bien a la comunidad. La psicología de aquellos pueblos era muy distinta de la presente.

Le quitaríais al género humano su idiosincrasia, su carácter superior, su aspiración más pura, si le quitárais la tendencia a subir a los orígenes, a inquirir las causas, a tributar culto a Dios. Los hombres forman una familia espiritual que se esparce por una órbita mayor que la que alcanza el radio de sus necesidades materiales. La vida trae la muerte, la sensibilidad el dolor, la aspiración se resuelve en un suspiro que se pierde en el espacio; el amor no se sacia, el alma quiere salir del estrecho recinto del cuerpo, y hay momentos de tanta dicha, y sobre todo, los hay también de tan amargo infortunio, que exclamamos, sin sentirlo ¡Ay, Dios!....

"El positivismo descreído, árido y seco, que hoy ofrecen muchos como agente civilizador, última palabra de toda negación religiosa, ni responde a las tradiciones históricas, ni siquiera es nuevo en el mundo. Hace muchísimo tiempo, dice el sabio Max. Müller, que la clase gobernante de China está familiarizada con la metafísica de Spinosa, y en bastísima escala se han aplicado los principios de Augusto Comte. Hace muchos siglos que se hallan los nobles hijos del celeste Imperio en un punto al cual querrían que llegásemos nosotros, algunos de nuestros contemporáneos, con la única diferencia de que el legislador pagano, que había perdido toda creencia en Dios, se esforzaba en reanudar los eslabones de la cadena y en enaltecer la condición moral de sus súbditos, estudiando la política o concibiendo algún plan nuevo para mejorar la organi-

zación social, mientras que nuestros positivistas, atribuyéndose un papel análogo al de los antiguos positivistas chinos, procuran rechazar un sistema religioso que ha dado pruebas de ser la más poderosa de las fuerzas civilizadoras, el campeón constante de los derechos del hombre y de la dignidad de la mujer. El positivismo querría reemplazar la religión cristiana con una fas del paganismo, lleno de falsas promesas, lo cual asimilaría el siglo XX a la edad de oro de Mencio o de Confusio, o le permitiría, en otros términos, consumar su libertad religiosa y llegar al fin supremo del progreso, volviendo a la infancia y cayendo en la imbecilidad moral" (1).

El espíritu cristiano es el espíritu civilizador, que vino a lavar, con la sangre del Justo, la conciencia humana, para que resplandeciera en ella con luz más viva la imagen de Dios, anunciándole ¡gloria en las Alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad! Las teogonías asiáticas no aceptaban el dogma del progreso. El Popol-Vuh, el libro sagrado de los quichés, es admirable como documento tradicional de una raza; pero no hace renacer las dulzuras del espíritu, no apaga la sed del corazón, no alienta esperanza, no arroja luz. Es el reflejo de un pueblo inerte, rendido bajo el peso del infortunio. Sus ecos son un perpetuo lamento y su destino fué como el de la antigua Niobe, llorar el gran dolor que laceró su corazón.

En el brahamanismo, en el quicheísmo, en todas las religiones de pueblos civilizados antiguos, se viene trasluciendo el monoteísmo, hay una divinidad superior y más fuerte. El Jehová de los primeros judíos era para ellos un dios airado más poderoso que los dioses paganos. Para abraham y Jacob fué Dios único. El árabe propendió al monoteísmo, que si se reflejó en la raza aria, se convirtió en un instinto de la raza semítica.

La ciencia moderna llama enajenados a esos grandes fundadores de religiones e imperios. Sin embargo, hay que venerarlos, porque encarnan el alma de una época y el genio de una raza. Miles de generaciones hablan por sus bocas. Acaso esos creadores de ideales no engendran más que fantasmas; pero esos terribles fantasmas nos han hecho tales como somos, y sin ellos ninguna civilización habría llegado a nacer (2). La tolerancia es necesaria; y tan malo es el fanatismo religioso como el fanatismo irreligioso. La falta de religión patriótica, de religión social, hace que se menosprecie la vida y que el sentimiento se encarne en las entrañas de una momia, para regocijarse en anárquicas hecatombes, que semejarían las delirantes expansiones del ebrio, si no

(1) Las Religiones.—Max. Müller. Versión castellana de García Moreno. Madrid, pág. 124.
(2) Gustavo Levon.—La civilización de los árabes. Introducción, pág. IV.

llevaran la ponzoña de corazones pervertidos y saturados de venganza. La voz de Cristo repercute, al través de los siglos, aclamando la democracia universal, que desde el pesebre de Belén viene a posesionarse del palacio de los Césares.

La religión cristiana previó ya, en sus comienzos, y resolvió los problemas de latente actualidad, que hoy día preocupan a las naciones más civilizadas del mundo (1). ¡El fanatismo intolerante desnaturaliza la obra de Jesús, todo bondad y amor!

---

(1) El valor social del Evangelio, por el R. P. Garriguet. Casa editorial Calleja, Madrid.

CAPITULO XIV

GOBIERNOS PRECOLOMBINOS

SUMARIO

Monarquía indígena. — Elección de los reyes. — Ceremonia de la coronación. — Los quichés y demás colectividades eran teocráticos en sus gobiernos. — Señores principales. — El rey permanecía en el templo por algunos días después de la coranación. — Los magnates y el pueblo iban al palacio a saludar al monarca. — Palacios de los reyes indígenas. — Las audiencias del rey. — Sólo seis personas tenían facultad de fijar la vista en el rostro del monarca. — Ceremonial con que el rey salía por las calles. — La etiqueta de la mesa. — Los monarcas asumían el carácter de legisladores, maestros, pontífices y magistrados. — Cómo fué gobernado Xibalba en sus mejores tiempos. — Historia de la nobleza. — Rangos superiores. — Los Batab. — Consejo del rey. — Grados de nobleza de los quichés. — Estructura gubernamental. — Comunismo teocrático. — Calpules. — Trátase de regenerar a los indios, en tiempo de Carlos III, en Guatemala. — Concurso que se abrió con el objeto de premiar la mejor obra que demostrase la utilidad de que los indios se vistiesen a la española. — Obtiene el premio Fr. Matías Córdoba. — Otro concurso, en 1799, sobre escuelas de indígenas. — Se suprime la Sociedad Económica de Amigos de Guatemala, por sus ideas progresistas. — Condición de los indios. — Todo pugna por la vida.

"La monarquía, dice un ingenuo cronista, es la más principal república, y la que se conserva seguramente con menos revueltas del pueblo; y así, estos indios tuvieron la monarquía, etc." Mas, por absoluto que fuese el señorío de Guatemala, hemos indicado ya, que compartía su autoridad con ciertos varones de opinión, especie de consejeros, encargados así de lo judicial como de lo político. Ellos eran también los que recogían las rentas del Estado, siendo de su cuenta distribuirlas entre los gastos de la cosa pública y los de la casa real. Además de estos supremos consejos, había en cada pueblo otros oidores y chancillerías, con atribuciones limitadas, no pudiendo resolver en negocios arduos, reservados al Consejo de los Ancianos. Tales oidores eran castigados cruelmente cuando caían en falta respecto al desempeño de sus oficinas, a la vez que su buena inteligencia les merecía los ascensos o la perpetuidad en el empleo. De esta manera, el magistrado supremo solía haber recorrido todos los grados de la gerarquía civil (1).

Era el gobierno de estos indios bastante regularizado, para el tiempo y las costumbres, y guarda armonía con la estructura gubernativa de los antiguos pueblos de Asia y de Europa. La centralización, la teocracia, la divina

---

(1) Repúblicas de Indias.—Román y Zamora. Tomo I, pág. 207.

majestad, el absolutismo, la tiranía, la abyección popular, en fin, ese carácter férreo, brutal y absorvente del monarca, no era por cierto, condición peculiar de estas regiones, ni siquiera ha logrado borrarse de toda la faz del mundo en los modernos tiempos.

Es interesante y curioso cómo se procedía a la elección de los reyes. Sobre el sepulcro mismo del monarca difunto se despachaba la convocatoria a los señores principales del reino, que se hallaban en el caso de asistir a la elección del nuevo rey. El deber de concurrir a aquellas cámaras debía cumplirse urgentemente y sin admitir pretextos o excusas infundadas. Los electores acudían con la prisa posible, bien provistos de dones para el electo. El primer trabajo de aquella asamblea nacional era fijar los derechos de los candidatos al trono. Por lo común, recaía la elección, en caso de duda, en el mejor guerrero: "valía el que más podía y era más hombre de guerra" (Herrera). Resuelta la cuestión de candidaturas, procedíase a la ceremonia de la coronación. Desvestían al electo, y así desnudo lo llevaban al templo principal o **teucalli**, todo en gran silencio, sin música, ni ruidos. Llegando a las gradas, era subido de los brazos, por dos nobles principales, precedido de lo más granado de la población. En lo alto del templo o sacrificatorio, le aguardaba el sumo sacerdote, con los demás **teupixquis** revestidos de sus mejores ornamentos. Ahí estaban también preparadas las ricas vestiduras que había de ostentar la real persona en el acto de la coronación. Desnudo había llegado el monarca, nada llevaba profano, todo lo recibía de la divinidad. He ahí la teocracia, que fué el gobierno de los antiguos pueblos. Cuando Moisés, en pie sobre la montaña del Sinaí, radiante de luz su frente, recogida con la izquierda su luenga barba, mostraba con la mano derecha al pueblo, las **Tablas de la Ley**, dirigiéndose a la muchedumbre esparcida en la llanura, era electo soberano de las conciencias, con doble poder, en representación de Jeohavá. La soberanía manaba del cielo y venía a encarnarse en las familias reinantes, pasando por encima de la cabeza de los pueblos, que no tenían más que obedecer. David fué el ungido del Señor, Nabucodonosor había logrado esa especie de hipnotismo divino. ¿Qué mucho, entonces, que los indios de Guatemala, mil años hace, desnudos de todo lo humano, llegasen al templo a recibir, por decirlo así, el germen y los atributos de su autoridad? Si Santo Tomás, Suárez y Belarmino, no vacilaron en proclamar que toda autoridad viene de Dios: **"Non est potestas nisi a Deo."** ¿Cómo ha de llamar la atención que los maya-quichés fueran teocráticos en su gobierno y ceremonias? El derecho histórico aún tiene campeones, legitimistas con pelucas blancas y coletas grises, en pleno siglo XX.

Empero, volvamos a ver cómo se coronaban los antiguos reyes de estas naciones centro-americanas. Los señores principales, los caciques tributarios, llevaban delante de sí las insignias y armas de sus títulos, en ciertas tablas que semejaban escudos, y una vez llegados al adoratorio, todos, desde el rey, hasta el último de los principales, hacían al ídolo cierta reverencia, que consistía en

inclinarse hasta el suelo y besar la mano con que habían tocado la tierra. Entonces comenzaba propiamente la coronación. La primera ceremonia que ejecutaba el pontífice era ungir al nuevo rey, que según la costumbre de los indígenas de América, no se limitaba sólo a las manos o la cabeza, sino que se extendía a todo el cuerpo, que embadurnaban con un negrísimo betún. Después de ésto, el sacerdote, con un hisopo hecho de ramas de cedro, sauce y caña, rociaba al monarca, bañándolo cuatro veces en cierta agua que tenían por bendita, y pronunciando palabras misteriosos. Luego le vestían la **púrpura,** que era una manta pintada de calaveras y huesos de muerto, poniéndole además dos turbantes en la cabeza con las mismas pinturas y de distintos colores, uno negro y el otro azul. En seguida, le adornaban el cuello con unas largas cintas coloradas, de cuyos extremos pendían cabalísticas insignias; y a las espaldas le colgaban una calabacita o **tecomate,** llena de ciertos polvos de virtud anti-enfermiza y anti-diabólica. Con aquel rito pretendían libertar al príncipe de las enfermedades, como de los engaños del demonio y de las hechicerías de encantadores y brujos. Tenían por seguro aquellos supersticiosos indios que si el rey enfermaba en la fiesta llamada **Temohuá,** no sanaría jamás. En fin, le ponía el sumo sacerdote una redecilla o bolsita en el brazo, a manera de manípulo, llena de incienso, a fin de que en el acto fuera a incensar a los dioses. Hechas estas ceremonias, se sentaba el gran sacerdote, y vuelto al rey le decía: "Ya veis cómo todos los altos hombres están aquí presentes, con los más principales para honraros.... Vos, como padre de ellos los habéis de defender, amparar y mantener en justicia, pues tienen puestos los ojos en su monarca. Vos los habéis de regir y gobernar, teniendo cuidado de que no falte a los pueblos el alimento, pensando durante la paz en la guerra, y teniendo grande cuenta de que el sol anda y la tierra da sus frutos." Entonces le ponía la corona de oro con turquesas, llamada **xiuhtzolli.** El rey no contestaba a la arenga, sino con gestos de aprobación y meneos de humildad, Bajaba entonces la Corte al patio del Teucalli, en donde se procedía a la jura del soberano, y en el acto de prestarle homenaje era cuando los señores y magnates le ofrecían sus joyas y presentes.

No era aquel día el destinado a los regocijos de la coronación. El rey estaba obligado a permanecer en el templo cuarenta y ocho horas más, dando gracias a los dioses por la adquisición del reino. Tenía que sujetarse a ridiculas y penosas ceremonias, ayunando y haciéndose sangrías en diversas partes del cuerpo, sobre todo en los órganos genitales. A la noche bañábase en una alberca, construida ahí con ese único objeto. Pasado el período de ejercicios adoratorios, venían al templo los magnates y el pueblo para conducir al monarca a su palacio con toda pompa y alborozo, dignos de tan gran solemnidad. Instalado en su real sitio el nuevo soberano, tomaba desde ese día las riendas

del gobierno. Antes se oradaban al monarca las orejas y las narices para ponerle aretes, lo cual se tenía por grandeza (1).

A tanta prolijidad en el ceremonial de la coronación, correspondía, sin duda, el tratamiento que se daban estos reyes. En amaneciendo, entraban en palacio multitud de señores principales, e innumerables criados y lacayos, con el único objeto de hacer la corte al soberano, desde la mañana hasta la noche, aun sin poder disfrutar de su presencia en todo el día. La ocupación de tales palaciegos era hacer corrillos en los corredores de la casa real. De estos esclavos principales tenía hasta quinientos Tecum Umán.

Algunos historiadores, como Fuentes y Guzmán, Juarros y Brasseur de Bourbourg, han exajerado la grandiosidad de los palacios de los reyes indígenas. Dígase lo que se quiera, es verosímil que no pasasen de ser más de lo que fueron las otras fábricas de hieráticos pueblos, de vastas dimensiones, sin duda, pero siempre toscas y desaliñadas. Sabido es que las famosas ruinas de que quedaron vestigios, datan de una fecha muy anterior a la época de la conquista. Sin embargo, no es difícil que en medio de aquella rudeza, se hallasen en las grandes poblaciones algunos edificios de singular curiosidad y admirable trabajo, lo mismo que jardines, fuentes, casas de fieras y otras particularidades de que nos hablan Díaz del Castillo y algunos conquistadores, que acompañaron a don Pedro de Alvarado por estos países, y que se sorprendieron al ver los palacios, sacrificatorios y demás construcciones de los aborígenes, que tenían gran magnificencia.

Era curioso el ceremonial observado en las audiencias del rey. Nadie entraba en la real cámara sino rigurosamente descalzo; la gala del uniforme eran las mantas más viles y groseras, porque en el concepto de esas gentes, la decencia consistía en el abatimiento, y así la mayor honra del rey era el que se le presentaran más miserables en su presencia, sobre todo, si era elevada la condición del principal; práctica ridícula por cierto, como fundada en una mala aplicación de principios, pero en el fondo filosófica. Por supuesto, los ojos bajos, la cabeza inclinada, el cuerpo profundamente encorbado, como formando el cuadro de la más abyecta reverencia. Sólo seis personas tenían facultad de fijar la vista en el rostro del monarca. Cuando este hablaba era tan quedo que apenas parecía mover los labios, y aun este favor no se dispensaba sino rarísimas veces, por que las más, se valía de intérpretes, para sus respuestas, como lo usaron los asirios y otros pueblos antiguos. Entre las naciones primitivas de este Continente, lo mismo que en Persia, Egipto y los demás pueblos de la historia antigua, nótase siempre la tendencia de divinizar al monarca, y sacarlo del gremio de los humanos. Era natural que la teocracia tendiera a ello, como la adulación moderna, sobre todo en ciertos países hispano-americanos, hace que de los más vulgares y estólidos mandarines, se haga más elo-

(1) Ximénez, Historia de Guatemala, pág. 196.

gio que de todos los filósofos, sabios y filántropos. Allá en los tiempos de Khan, Doyoces y Fraortes, prevalecía el principio de la divinidad del rey. Hoy es el vicio rastrero de quemar incienso a los pies de los déspotas. Era necesario al esplendor de los monarcas asiáticos y americanos, que así como los egipcios se hacían venerar como dioses, se sustrajeran ellos a las miradas profanas del pueblo, y que la real palabra, oráculo entre los oráculos, se ecuchara rarísima vez. "El asiento del rey era notable, porque tenía un dosel de plumas riquísimo, y encima otros tres cielos de diversos colores, de manera que representaba gran majestad" (1).

El rey salía poco de palacio, y cuando se dejaba ver en las calles, se observaba el siguiente ceremonial. Precedía un macero con tres varas en las manos, a manera de los antiguos lictores, anunciando la aproximación del monarca. Este era llevado de ordinario en unas andas magníficas, llenas de oro, piedras finas y plumas vistosas. El suelo que pisaba debía estar limpio "hasta de chispas de pajas," como dicen los cronistas. Todos los que formaban el augusto séquito, así fuesen cerca o lejos, debían llevar la vista hacia el suelo, mientras que del propio modo, y muy inclinada la cintura, tenían que aguardar los transeuntes que pasase la real procesión.

No era menos notable la etiqueta de la mesa. El comedor del rey era una sala alfombrada, con finas esteras o petates, de labores primorosas. Delicados manteles de algodón se extendían sobre el pavimento, a oriental usanza, y el asiento del monarca era un cogín o almohadón de piel de venado, tigre u otro animal de los que cazaban en el lugar, bien curtida y de extraordinario precio. Sólo los seis venerables ancianos que tenían el privilegio de mirarle a la cara, podían sentarse a su derredor, para acompañarlo a comer a respetuosa distancia. Entraban los pajes cada uno con la vasija o plato de barro, primorosamente labrado. El maestre sala tomaba la vianda, presentábala al rey, en seguida a los seis ancianos, y después a cien magnates que comían en una pieza inmediata. Del mismo modo se servía la bebida, en jícaras y cocos, tan pulidos y labrados, como los que hoy admiramos con retratos, nombres, dibujos y grecas. Los historiadores celebran la ruda magnificencia de los palacios de los reyes, y ésta era tal que aseguran que en las despensas y botillerías destinadas al servicio del monarca, siempre había puerta franca para cuantos quisiesen disfrutar de sus licores y manjares.

En los gloriosos días de la raza maya, cuando Votán y sus sucesores reinaron sobre poderosos y acaso confederados imperios, en Chiapas, Guatemala y Yucatán, el papel de los reyes era en mucho mítico, asumiendo el carácter y poderes de legisladores, maestros, pontífices y magistrados. Xibalba, en sus mejores tiempos, dice Brasseur de Bourbourg, fué gobernado por trece

(1) Román, Rep. de Indias, tomo I, pág. 296.

reyes y un Consejo de doce ancianos (1). Después de muchos años de prosperidad, ese gobierno en Guatemala y Chiapas se tornó débil y corrompido: pero los imperios cakchiquel y quiché se organizaron y obtuvieron mucha cultura y brillo. La corona real que usaban era una faja circular de oro, más ancha en la frente y en la parte de atrás, ornamentada con finas piedras, y llevada por los monarcas y principales nobles. Se imponía la pena de muerte, según refiere Ordóñez, al de baja clase que hacía morir una ave cuyas plumas adornaban al monarca. El palanquín del rey iba también adornado de preciosas plumas, y el gran abanico con que se le hacía aire fresco, era de las más finas y bellas.

La nobleza de superior rango pertenecía a las familias reales, los Cocomes, Tutules, Xius, Cheles e Itzas. **Ahau** era el título común de los príncipes, y **Halach Winiquel,** "Su Altísima Majestad," el tratamiento más encumbrado.

La nobleza que no llevaba sangre real, llamada **Batab,** gobernaba provincias, ciudades, aldeas, siempre bajo las órdenes del monarca: "Todos los señores tenín cuenta con visitar, respetar y alegrar a **Cocom,** acompañándole y festejándole y acudiendo a él en los negocios arduos (2).

Los reinos quiché y cakchiquel, que a la venida de los españoles estaban en lucha, cien años antes se encontraban unidos, con las mismas tradiciones. En los tiempos de gran prosperidad y gloria para Guatemala, cuando Quicab desde el trono de Utatlán gobernaba todo el país, el monarca, si hemos de dar crédito a la tradición, se esforzó en disminuir el poder de la nobleza, confiriendo autoridad militar y alto poderío a los de más aptitud, aunque tuvieran sangre plebeya. Se formó entonces una nueva clase de nobles, llamados **Achibab,** que se hizo fuerte, ambiciosa e insubordinada. Estos **parvenus,** como hoy se diría, perdieron su influencia, por la disolución del gran imperio en varios estados, a causa de sus maquinaciones.

"Tenía el rey ciertos varones de gran autoridad y opinión que eran como oidores y conocían de todos los pleitos y negocios que se ofrecían: las cabezas de **calpul** eran los que desempeñaban tan importantes cargos. Había además alguaciles para llamar y convocar al pueblo" (3).

El abate Brasseur de Bourbourg hizo, con vista del Popol-Vuh, la siguiente relación de los grados de nobleza de los quichés. Tres familias principales, que tenían un origen común, constituían la alta nobleza, modelada sobre la antigua imperial de los toltecas. La primera y más ilustre era la casa de **Carwek,** los cuales propiamente componían la real familia; la segunda era la de **Nihaib,** y la tercera la de **Ahau Quiché.** Los oficiales que servían al rey en la corte, se llamaban **Lolmay, Atzihunac, Calel** y **Ahuchán.** Ximénez refiere que en la Verapaz el sumo sacerdote, próximo en poder civil al rey, era de

(1) Hist. de Nat. Civ., tomo I. págs. 123. 127, 95 y 7.
(2) Landa, Relación, pág. 40.
(3) Ximénez, Hist. Ind. Guat. págs. 196, 197, 201 y 202

cierto linaje y lo elegía el pueblo. En la provincia de Chiquimula fué **Mictlán** un gran centro religioso, muy visitado por peregrinos de lugares lejanos. **Theotí,** el sumo sacerdote, era nombrado por el rey de los pipiles. Nótese, pues, que aunque la casta sacerdotal tenía también potestad secular, estaba bajo el resguardo de la civil (1). Por ley se hallaba ordenado que se guardase la limpieza de los linajes, de tal suerte, que si algún cacique o noble, recibía mujer plebeya, quedaba reducido a esta condición, que llamaban **mazegual.** Las genealogías nobiliarias las pintaban en geroglíficos o las esculpían en piedra. Aún quedan en talladas lápidas ilustres nombres autóctonos.

A pesaar de la conquista y del transcurso de los años, existen todavía, entre nosotros, pueblos de indios que conservan sus tradiciones gubernativas y nobiliarias. En Nahualá, en Santa Catarina, en Santo Tomás Chichicastenango, y en otros grandes centros de aborígenes, acostumbran que el Gobernador y los Alcaldes actúen en los casos comunes; pero si es extraordinario, lo someten a la decisión de la **Junta de Notables,** que sólo se compone de los que ellos llaman **principales,** que han servido cargos públicos. Si el negocio es bastante arduo y puede comprometer los intereses del pueblo, se eleva al **Consejo de los Ancianos,** cuyo parecer es sagrado, aunque venga a contrariar los deseos de la generalidad.

En cuanto a la sucesión al trono, ordenaban las leyes que el primogénito del rey fuese el inmediato sucesor a la corona, y al hijo segundo le daban el título de electo, porque debía suceder al hermano mayor. Los hijos de éstos tenían el título de Capitán Menor el hijo del segundo, y Capitán Mayor el hijo del primogénito. Cuando el rey moría empuñaba el cetro el inmediato sucesor, y el electo pasaba a inmediato; el Capitán Mayor ascendía al puesto de electo, el Capitán Menor a Capitán Mayor, y al pariente más cercano a Capitán Menor. De esta suerte, dice Juarros, (2) subiendo por grados al Trono, se conseguía que los reyes siempre fuesen provectos en edad, cargados de experiencia y méritos, así en lo político como en lo militar.

El Consejo Supremo del monarca del Quiché se componía de veinticuatro grandes, con quienes consultaba el rey para el acierto de los negocios públicos y militares. Estos Consejeros gozaban de muchos privilegios y honores, y eran los que llevaban en hombros las andas del emperador, cuando salía de su palacio; a la vez, se les castigaba severamente cuando cometían algún delito. En los principales pueblos del imperio había tenientes que disfrutaban de mucha autoridad y respeto; pero que no podían conocer en los casos contra los **Ahaus,** como llamaban a los nobles o grandes. Cuando el negocio afectaba el

---

(1) Hist. Ind. Guat., pág. 200.

(2) Compendio de la Historia de Guatemala, tomo II, pág. 28.

bien público, intervenían los **Cabezas de Calpul**, cuyos pareceres se tomaban, y en siendo el punto de mucha trascendencia, lo resolvía el Consejo de los Ancianos.

Nótese, pues, que la estructura gubernamental estaba bien meditada, y correspondía al modo de ser de aquellas antiguas sociedades, en las que el individualismo nada significaba ante la generalidad. El pro del pueblo lo consideraban cifrado en la salud pública, a estilo de los romanos. **El común,** como le llaman todavía, era la colectividad.

La organización de la sociedad americana antes de la venida de los españoles, era en los centros civilizados, un comunismo teocrático, que aún se revela en los pueblos de los indios. Todos visten lo mismo, se casan en llegando a la pubertad, trabajan sin distinción, la mujer contribuye como el hombre al sustento diario; no hay por lo general ricos ni desvalidos; gustan de las tierras comunales; contribuyen todos a los gastos públicos. El pueblo, **el común,** como ellos llaman, absorve el individualismo. La sobriedad en el comer, la inquina a la prostitución, las costumbres patriarcales, hacen que puedan subsistis esas grandes masas humanas, a pesar de la explotación de los ladinos y hasta de las autoridades. Aunque para alegrarse y romper una monotonía trabajosa y siempre triste, son dados a la embriaguez, hay pueblos, como Santa Catarina Ixtagucán, en los cuales no permiten licores, a pesar de que prefieren pagar la cuota de los estanquillos que les correspondería, pero sin tenerlos. Al indio que llega ebrio al pueblo, lo curan, y cuando está bueno, le dan veinticinco azotes, por la primera vez, cincuenta por la segunda, y si aún reincide, lo destierran para siempre del pueblo.

Todavía reconocen como superiores a los nobles de los **calpules,** y aunque se someten a las autoridades gubernativas, guardan las tradiciones de sus leyes orgánicas, son aferrados **al costumbre,** y tienen en su manera de ser mucho de sus antepasados. Todo es oriental en ellos.

Uno de los efectos que el ambiente progresista de Carlos III produjo en Guatemala, fué levantar el pensamiento de la regeneración de los indios. En 1797 se abrió un concurso para premiar la mejor obra que demostrara "la utilidad de que todos los aborígenes y ladinos vistiesen y calzasen a la española." Diez memorias fueron presentadas y discutidas. Obtuvo el premio la del P. Fr. Matías Córdoba, y el **accesit** de Fr. Antonio de San José Muro. Tratábase, como se ve, de escogitar los medios de que entrasen de lleno en la vida civil y participasen de sus beneficios los descendientes de los primeros dueños de esta tierra, y otra numerosa porción de la clase menos acomodada de la sociedad. Llevábase en mira la asimilación de grupos heterogéneos y de distintas zonas. Buscábase la manera de impulsar el comercio, la industria y las artes, haciendo que contribuyese a este fin la inmensa mayoría de la población,

que entonces, como ahora, llenaba con poco sus necesidades, bastándose a sí misma. Comprendióse que ni la violencia, ni siquiera el mandato, debían intervenir. Buscábanse los medios morales, que no de coacción.

En el Archivo de la Sociedad Económica vimos el legajo que llevaba el número 2º, y en esa carpeta se encontraba un expediente, compuesto de 69 fojas, que revelaba con claridad el sistema político de Carlos IV de España con respecto de las Colonias de América, en contraposición al del ilustre Carlos III. En dicho expediente aparece que, por el año 1799, aquella patriótica asociación abrió otros concursos, no solamente en materias artísticas e industriales, sino también en asuntos económicos de harta trascendencia, ofreciendo premios para el que desarrollase tesis o proposiciones como ésta: "A la que demuestre más fundadamente la utilidad del establecimiento general de escuelas de primeras letras en los pueblos de los indios; obstáculos que hasta aquí lo han impedido y arbitrios para que removidos éstos, puedan lograr los naturales la conveniente instrucción, recomendada por diferentes reales cédulas." Alude a las de Carlos III.

Hombres como Villaurrutia, Goicoechea, el doctor Flores, el doctor Rayón, Mociño, Longinos, García Redondo, don Luis Pedro de Aguirre, el dean don Juan José González Batres, y otros beneméritos patriotas, pretendieron regenerar el país; pero la respuesta de España fué, en memorable real cédula: "Que habiendo dado cuenta al rey de la memoria impresa que US. acompaña a su carta de 3 de junio último, escrita por el socio de mérito fray Antonio Muro, del orden betlemítico, en la que intenta persuadir la utilidad y medios de que los indios y ladinos vistan y calcen a la española; ha resuelto S. M. por justas causas y consideraciones, que esa Sociedad Económica, de que US. es Director, cese enteramente en sus juntas, actos y ejercicios.—Dios guarde a US. muchos años.—San Lorenzo, 23 de noviembre de 1779.—Joseph Antonio de Caballero."

Temía España, al terminar el siglo XVIII, que si los pueblos americanos se ilustraban, rompiesen el tutelaje peninsular, de tal suerte, que la condición de los indígenas en los albores de la independencia era precaria, miserable y explotada por el corregidor, el encomendero y el cura.

Es pasmoso que después de una persecución tan tenaz como la que sufrió la raza aborigen, tratándose de sofocar sus creencias, su modo de ser, su vida pública y privada, todo persista aún en esas colectividades que quedan como anacronismos sociales, con sus añejas formas gubernativas, sus usos, sus lenguas, y el costumbre, que es fuerza de inercia, protesta viviente, aliento de una raza, manifestación sencilla de que todo pugna en el universo por la vida.

CAPITULO XV

CIENCIAS, ARTES, LEYES, USOS Y COSTUMBRES DE LOS ABORIGENES DE CENTRO-AMERICA

La agricultura. — Cultivos y frutos. — Animales domésticos. — Utensilios de piedra. — Esmaltes y talladuras. — Arquitectura. — Pintura. — Civilización tolteca transmitida a los quichés. — Civilización de los cakchiqueles. — Astronomía. — Calendario de Vicente Hernández Spina. — El original existe en la Biblioteca Nacional. — Meses y días. — Cálculos y computo del tiempo. — Escritura y papel. — Geroglíficos. — El Código de Dresde. — El Manuscrito Mexicano. — El Código Troano. — Vestidos de los indios. — Alimentos, licores, chocolate, tabaco. — Habitaciones, lechos, temaxcalli.—Vida civilizada de los nobles.–Descubrimiento del cacao. — Monedas que usaban los indios. — En la Verapaz tenía pena de muerte el que mataba un quetzal. — El algodón. — Perros mudos. — Cuáles eran las grandes gallinas de que habla Díaz del Castillo. — El 8º rey del Quiché dió su nombre al volcán de Agua, que se llamaba "HUNAHPU." Tradición del célebre monarca. — Guerras sangrientas. — Colecciones de monumentos indígenas. — Adoratorios y necrópolis. — Mapas y cartas geográficas. — Gran pueblo de Santa Catarina Ixtlaguacán. — Su origen, historia, religión y manera de ser. — El calendario quiché. — Los geroglíficos. — Períodos de tiempo. — Industrias y mercados. — Las naciones centroamericanas no eran nómades. — Semejanza de la familia asiática con la de la América Central. — Poligamía. — Matrimonio, divorcio. — Los jueces, delitos y penas. — El tormento. — Manera de computar el parentesco. — Impedimentos para casarse. — La esclavitud, armas, tributos. — los MAYEGÜES. — Patria potestad. — Danzas religiosas. — Bailes obcenos. — El Toncontín. — El Oxtum. — El Tun. — Representaciones teatrales. — Poesía sagrada. — Estudio de Brinton sobre la poesía aborigen. — La leyenda del maíz. — Juegos públicos. — El Volador. — El Patoll. — El Palo. — El Volcán. — Costumbres degradantes. — Relato que hace Bernal Díaz del Castillo de los vicios de los indios. — Comidas y borracheras. — El tiro de la mazorca. — Rastros de antiquísima cultura. — La influencia de los quichés y su idioma llegaron hasta el Ecuador. — Los hijos de la ceiba (mox). — Los gigantes. — Triste suerte reservada al indio.

La agricultura constituía la ocupación habitual de los indios de estas fértiles regiones, aunque no pocos se dedicaban al comercio y a las minas. Las tierras eran de los reyes y nobles, mientras que los maceguales o plebeyos considerábanse como siervos de sus señores, según dice el cronista Bernal Díaz del Castillo (1).

Los rebaños de ganado lanar (como llamas, alpacas y vicuña) que existían por la América del Sur, también eran del monarca, quien cuidaba para el caso de hambre que hubiera graneros bien surtidos, como depósito de la comunidad, ya que vivían en una teocracia monárquica-comunista. Sabían las mu-

(1) Folio 164 del original manuscrito de la "Historia Verdadera." que existe en el Archivo Municipal de Guatemala.

jeres hacer preciosos tegidos de plumas, de algodón y de otras fibras. La alfarería, construcción de casas, hechura de ídolos, fabricación de armas y trabajos públicos, estaban a cargo de unas compañías más o menos numerosas, que se renovaban según dilataba el trabajo (1).

Sabían los indios esmaltar metales y tallar piedras preciosas, como se pudo ver por las joyas que Hernán Cortés llevó a su segunda mujer, consistentes en ópalos, amatistas, esmeraldas, carolinas y turquesas. Los conquistadores se admiraron de la gran habilidad de los quichés para labrar y pulir las joyas de oro y plata. Refiere nuestro historiador Bernal (2) "que los plateros de Madrid viendo algunas piezas de adorno y brazaletes de oro con que se adornaban los reyes indianos y los principales capitanes, confesaron que eran inimitables en Europa."

Don Pedro de Alvarado envió ricos presentes de joyas de oro, plata y piedras finas a la Corte de España (3). Cuenta Herrera "que los aborígenes hacían muchas cosas como los mejores caldereros del mundo (4). Tenían enormes vasos cincelados todos de plata u oro, tan grandes que un hombre no podía abrazarlos (5). Entre las obras que más admiró el verídico Díaz del Castillo, fué una luna de plata, con muchos rayos, y una rueda de oro, el sol, con resplandores (6) que junto con gran cantidad de oro y piedras preciosas mandaron a su Majestad, lo cual fué una de las causas para que Pánfilo de Narváez, celoso de que no le hubiesen participado de aquellas riquezas, se enemistase con Cortés y con don Pedro de Alvarado.

Había en el Quiché y en las principales poblaciones, una especie de colegios o monasterios, para recluir a las jóvenes nobles, y eran las que mejor tegían e hilaban. Ahí se educaban esmeradamente, y después salían para casarse. No conocieron la seda, ni los carneros, sino que tegían con algodón y con plumas, con pelo de conejo, ardillas y otros animales. Pintaban valiéndose de colores que extraían de plantas, conchas, minerales, palos y flores. La cochinilla, el añil, el caracolillo tintóreo, recogido este último en las peñas de la costa de Sonsonate, les eran muy familiares (7). "Hay mucho algodón é son las mujeres buenas hilanderas, é hacen gentiles telas dello,"' decía Oviedo en la Historia General de las Indias, al hablar de Guatemala.

No conocieron el hierro, y se servían de utensilios de piedra dura, de una mezcla de cobre y de estaño, que templaban tan bien como hoy se templa el acero. Usaban hachas de cobre y de piedra, para talar los bosques, y el azadón para voltear la tierra, como refieren Las Casas, Ximénez y Remesal. No

(1) Torquemada, Monarquía Indiana, tomo II, página 245.
(2) Folio 69.
(3) Folio 354.
(4) Década III, libro 3º, capítulo 9º.
(5) Pimentel, memoria sobre la raza indígena, página 56.
(6) Folio 26 original, 354 de la edición de México de Don Genaro García.
(7) Ximénez, Título 8º.

les fué desconocido un arado primitivo, según explica el arzobispo García Peláez (1). Tuvieron espejos pulidos de obsidiana y labraban perfectamente la piedra, hasta hacer curiosos grabados.

Los quichés y cakchiqueles tenían escritura y artes más perfectas que las de los incas del Perú y los aztecas de México. La manera de escribir es la mejor prueba de la cultura de un pueblo; y por eso preocupa hoy tanto a los anticuarios descifrar por completo los geroglíficos mayas de Yucatán, Guatemala y Honduras, que el obispo de Mérida, Diego de Landa, reveló al mundo, y que después el abate Brasseur de Bourbourg popularizó, en 1864. Usaban nuestros aborígenes, en sus pinturas de caracteres figurativos, simbólicos, ideológicos y aun fonéticos.

Los geroglíficos de Centro-América no se usaban como fonéticos o puramente alfabéticos. Las inscripciones de Palenque llevan la característica de un lenguaje escrito, en un estado de desarrollo análogo al de los chinos, que se leen en columnas de arriba para abajo. Los grupos de los símbolos comienzan por un gran geroglífico en la esquina de la izquierda, y la primera columna ocupa doble espacio. Es de notarse también que entre la profusión de caras de hombres y de animales, todas invariablemente miran hacia la izquierda, lo cual induce a creer que eran signos de un pueblo acostumbrado a escribir los mismos caracteres de izquierda a derecha, en papiros o pieles. Los grupos pictóricos de las estatuas de Copán parecen ser los verdaderos caracteres geroglíficos, mientras que las inscripciones de Palenque muestran la escritura hierática abreviada (2).

La arquitectura de nuestros indios era sólida, pesada y baja, como para resistir los temblores de tierra. Las ruinas de Palenque, Chichén Itzá, Uxmal, Yaxchilán y otras de México; las de Piedras Negras, Cedral, Tikal, Quiriguá, Santa Lucía, etc.; las de Copán, en Honduras, y algunas más de Centro-América, son imperecedero recuerdo de civilizaciones muertas, de la vida histórica de mayas, choles, quekchíes, poconchíes, kichés, cakchiqueles y pipiles, que esculpieron en piedra sus cronologías, hazañas y memorias; pintaron en libros y tallaron en madera, dejando en barro cocido preciosos artefactos de muchísimo valor. ¡Lástima que casi todas esas reliquias hayan ido a parar a los museos extranjeros!

Los tres libros antiguos, escritos por los aborígenes, y que se hallan en París, Dresde y Madrid, son una muestra de cómo hacían de cortezas de árboles un pergamino o papel, que abrillantaban con una superficie de cal fina, sobre la que escribían en diferentes colores, con signos ideográficos, marcando épocas, fijando períodos, en cronología astronómica asombrosa, consignando campañas, cataclismos, memorables sucesos, dinastías, reglas para sembrar el maíz, etc., de todo lo cual se ha hecho un estudio profundo, por el célebre

(1) Tomo III, página 52.
(2) Wilson's Pre-Historic Man, pag. 378.

Alfredo Maudslay (2) y el gran explorador Teobert Maler. Los esfuerzos del profesor Torstemann para interpretar el Códice de Dresden, y los profundos estudios que pacientemente ha hecho son como el hilo de oro que conduce al través del laberinto de los siglos, para llegar al centro de la cultura maya, que después de muchísimos años se esparció con los kichés más allá todavía de la América Central.

Los españoles destruyeron muchos monumentos, libros, mapas, utensilios y obras de los aborígenes, porque deseaban que abrazasen súbitamente la religión cristiana y se encarrilaran en la civilización europea, aprendiendo a hablar **castilla,** como hasta hoy llaman a la lengua español. Los anales cakchiqueles contienen muchas fechas, siendo curioso observar cómo Goodman, sabio americanista, ha podido restablecer el calendario, que difiere del azteca y se asemeja al maya, que seguía el curso del sol, de la luna y de los planetas.

Pedro Mártyr hace una descripción de cómo eran los caracteres que empleaban los indios. De la corteza del **amatl** fabricaban una especie de papel, que ya hemos mencionado. Los pobladores de Nicaragua, al tiempo de la conquista, tenían efemérides escritas, sobre pieles finísimas, pintadas con colores, muy semejantes a las de los nahoas. Aún después de la Conquista gustaban los aborígenes de escribir en geroglíficos.

Se conservan todavía varios originales pictóricos mexicanos, que hemos tenido oportunidad de ver en el hermoso "Museo Nacional de México"; y además existen el **Códice de Dresde, el Troano y el de París,** los únicos que han quedado en lengua maya. Parece que son procedentes de las costas yucatecas y guatemaltecas del Norte. Hernán Cortés, en una de sus cartas se refiere a dos libros, probablemente el **Códice Troano y Cortesiano,** en Madrid, pedazos de un mismo Códice. **El de Dresde** es el más perfecto. Se encontró en una biblioteca de Viena, en 1739, por Goetze, quien lo recibió de su dueño, que no sabía ni que pudiera ser aquella pintura de signos. Se depositó en la Biblioteca Real, con la mayor estima, como que es de los rarísimos monumentos que en el mundo quedan de una gran civilización perdida en el turbión de los tiempos. **El Código de París,** suscita curiosidad, porque se cree que tiene además de cronologías, las fechas fastas, los días desdichados y otras cosas harto interesantes. El **Codex Troano** fué bautizado por Brasseur de Bourbour, en 1866, porque lo halló en poder de Juan Tro y Ortolano, quien permitió una reproducción cromo-litografiada, que está en nuestra Biblioteca Nacional de Guatemala. Ya de estos **Codex** hicimos mención en el capítulo de **Bibliografía.**

Hasta los tiempos presentes, más esfuerzos se han hecho en interpretar los códices que las inscripciones grabadas. Se cree generalmente que las primeras tienen carácter hierático y se refieren en su mayor parte a ritos religiosos, memorias sacras, festivales teogónicos, sucesos cronológicos y esta-

---

(1) Biología Centrali Americana London. 1900.—Investigaciones en el valle del río Usumacinta.

blecimiento de la posición solar del año. Tanto los códices como los geroglíficos en piedra y estuco, están llenos de fechas, arreglos calendáricos y computaciones del tiempo. El acucioso Mr. Goodman ha publicado el **"Chronological Calendar"** y el **"Yearly Calendar."** El sabio Mausdlay, en su interesante capítulo **"The Hieroglyphic inscriptions,"** descifra lo que se llama **stelas** de Quiriguá y Copán, así como las inscripciones mayas de la ruinas de Piedras Negras (1).

Los kichés y cakchiqueles tomaron de los mayas los principios astronómicos que después desarrollaron, así como lo relativo a las artes, ciencias y religión. Dice el P. Sahagún que aquellos indios tenían muchos conocimientos en medicina, yerbas útiles y remedios raros; pero en lo que más se hicieron notables fué en el estudio de los astros, siendo admirable cuánto habían profundizado en las ciencias astronómicas.

Sabían contar y hacer operaciones matemáticas. Los **unos** se fijaban en los **cinco** dedos de la mano, y contaban **por cincos,** o como dicen hasta el día **por manos**; otros tomaron diez dígitos, o sea los dedos de las dos manos, y no pocos duplicaban esa partida, para contar **por veintes.** El número **trece,** lejos de ser de mal agüero para los indios, tuviéronlo como sagrado, cual motivo de alegría y signo de dicha. Eran entendidos en levantar planos y mapas, con las distancias, rumbos, extensiones, ríos, montañas, lagos, ciénagas y atolladeros. Refiere Bernal Díaz del Castillo que los indios de Tabasco mostraron a Cortés un gran mapa de esa provincia hasta el Petén, y en este lugar otro, desde ahí hasta Panamá. Estaba pintado el camino para Nito o Golfo Dulce, y Naco, en Honduras, hasta Nicaragua (2).

Los indios nobles usaban vestidos de algodón, labrados con caprichosos dibujos de colores y adornados con mantas de plumas y oro. En tiempo de frío se cubrían con **zamarras** (que hoy llaman **chamarras**) carmesíes, hechas de pieles o plumas finas. Protegíanse las plantas de los pies con **caites** o zandalias, y se adornaban los cabellos, que eran largos, atándolos con turbantes y plumas. Las mujeres gastaban camisas, sin mangas, con bordados curiosos y ricos. De la cintura al tobillo llevaban una especie de refajo o envoltura de abigarrados colores. Había, como hasta hoy, uniformidad entre ellos en la manera de vestir de cada pueblo; pero variando los de distinta localidad o de diversos señoríos. Tenían diamantes, **aual,** y el **xit,** piedra verde muy preciada.

Los reyezuelos o caciques, los grandes y los nobles, se alimentaban con variedad de viandas, tortas y pasteles, de todos los animales que cazaban. Hortalizas, frutas, peces, caracoles, tortugas, conchas y otros comestibles, regalaban sus comidas y banquetes. Los perros mudos, que en Quezaltenango

---

(1) En la lujosa obra que se intitula *"A Climpse at Guatemala,"* se encuentran preciosos estudios sobre ruinas y geroglíficos. También en el Museo de N. York y en el Instituto Smithoniano, se han hecho descripciones de nuestras ruinas.

inas 175 hasta 177 del manuscrito original.

criaban, eran buenos para comer, al decir de Bernal Díaz del Castillo, quien asegura que, en capándolos, crecían y engordaban como marranos. Tenían los indios colmenas de rica miel de **talnete.** Tomaban diversos licores, chocolate y otros compuestos de cacao. Fumaban y mascaban tabaco, se pintaban la cara y se embadurnaban el cuerpo con aceites y recinas. Usábanse sillones cubiertos de telas ricas, **icpalli,** y de pieles finísimas, que por lo común eran de leopardo para los tapetes o alfombras de los pies, y más blandas para los lechos, que mullían con plumas de águila. No había camas, en la forma de las nuestras, dice el mismo cronista, sino lechos de esteras y mantas. Alumbrábanse con teas o velas de **copalli** y sebo vegetal. En vez de vidrios para las ventanas, empleaban delgadísimas láminas de transparente **tecalli.**

Las ruinas de Quiriguá, Tikal, Copán, Palenque, Santa Cruz Quiché, Tecpán Guatemala, Santa Lucía y otras de que hemos hablado en el Capítulo IV, demuestran cuán sólidos eran aquellos palacios, templos y fortificaciones, que han resistido al tiempo. El arco y la cúpula fueron desconocidos. Aperturas pentagonales, con bases paralelas, era lo que comúnmente hacían. La decoración resultaba mezclada de especies de mosaicos, estucos, formas grotescas de seres humanos y de varios animales, sin contar con caprichosas figuras de estilos raros. Las **stelas** geroglíficas servían a la vez de adornos en todos aquellos recintos.

Hacían nuestros indios ricos espejos de margajita, metal luciente que elaboraban con primor, engastando en oro algunas de sus obras, mientras que no eran raros los escultores que labraban ídolos y figuras grotescas, "a manera de dragones, espantables, tan grandes como becerros, y otras de la mitad hombres y de perros grandes, de mala semejanza" (2). Esmaltaban assi mesmo, engastaban y labraban esmeraldas, turquesas y otras piedras, y agujereaban perlas para soguías (3). La loza era tan delicada como la faenza en Italia (3).

Las colecciones riquísimas, que existen en los museos de Washington, Nueva York y Boston, así como las que se exhiben en Berlín, París, Londres, y otras capitales de Europa, en materia etnográfica y arqueológica, son rastros elocuentes de la cultura de nuestros aborígenes. Idolos que evocan el recuerdo religioso de quichés, cakchiqueles y demás pobladores de nuestro suelo; representaciones de animales, en barro cocido, que servían para el culto religioso, y que constituyen muestras de un arte fantástico adelantado; instrumentos de música muy originales; utensilios de piedra para oficios domésticos; vasijas, objetos de menaje, cazuelas, vasos, con representaciones de cabezas humanas y pies que semejan animales, como cocodrilos, monos, tigres, guacamayas, etc.; serpientes decorativas, bestias feroces, urnas funerarias,

(1) Bernal Díaz del Castillo, pág. 35 del manuscrito original.
(2) Gomara, folio 117.
(3) Herrera, Hist. Gen. década II, libro 7º cap. II.

collares de piedras pulidas, con perlas, ópalos, esmeraldas, objetos de oro y de plata, trípodes curiosos, telas de plumas y de pieles, cortezas de árboles con pinturas y geroglíficos, y otras muchas cosas más, que como tesoros se aprecian en aquellos museos; son rastros que dejaron, al desaparecer en su mayor parte nuestros aborígenes, cuya cultura precolombina se estudia hoy con gran interés por los anticuarios e historiógrafos.

El sabio Maudslay dice (1), que muchas personas le han preguntado, ¿qué utilidad se puede obtener empleando tanto trabajo en formar colecciones de objetos antiguos de los indios americanos, y qué ventaja se logra con la interpretación de inscripciones, que prometen agregar muy poco o nada a nuestro saber histórico, y que ninguna conexión tienen con el desenvolvimiento de nuestra civilización? Pero, a la verdad, que los que semejante pregunta hacen revelan muy estrechas miras antropológicas e históricas. Si el estudio de la Egiptología y Asiriología asume interés peculiar, por la relación con nuestras ideas religiosas, filosóficas y del orden social, y nos vienen de Palestina, Grecia y Roma, seguramente que abarcan tanta importancia o más los datos de la arqueología de Centro-América, que revelan la evolución de la inteligencia humana. Sábese que las civilizaciones del Oriente han ejercido a las veces influencias decisivas unas sobre otras, hasta el punto de que es difícil rastraer los hechos hasta sus orígenes; fuera de que la cultura americana, y sobre todo la de las naciones civilizadas de México y Guatemala, es probable que se haya originado y desenvuelto en su inicio, ajena a extrañas influencias, ofreciendo en tal concepto, hechos de harta importancia, que el Este no puede suministrar. No es, por lo tanto, tan sólo para nosotros los centro-americanos de gran importancia la antigua historia indígena, que hoy preocupa al mundo culto, cuyas asociaciones, como la de los Americanistas, celebran congresos para profundizar en tales estudios, sino que se considera como una de los ramos del saber que disfruta, desde el último siglo, de toda la atención que merece.

Volviendo a hablar de las costumbres de los indios de Guatemala, es el caso de decir que tenían unos **perritos mudos**, de los cuales nos hacen mención los cronistas, y en particular Bernal Díaz del Castillo (2). No sabemos ciertamente de dónde dedujo el historiador don José Milla que tales **perritos**, domesticados por los aborígenes, fueran los **tepexcuintles (Coelogenis paca)** que todos conocemos, y que en nada se parecen a los perros. Acaso fuera porque en los mercados vendían la carne exquisita de aquellos animales, **tan buena para comer**, según cuentan los historiadores; pero esa circunstancia no basta para presumir que Díaz del Castillo y los demás conquistadores llamaran **perritos** a los roedores cuya figura y tamaño daban margen para ello. Los

(1) A Glimpse at Guatemala.—The hieroglyphic inscriptions, pág. 271.
(2) Libro 4, cap. 10.—Tomo II, página 199 edición mexicana de Don Genaro García.

techichi, que ese era el nombre de los tales **perros**, nada tenían de **tepescuintles.** Estos fueron conocidos con ese nombre indígena por el mismo Bernal Díaz del Castillo, quien cuenta que estando una noche de centinela "vió un **marranito de monte, que los indios llaman tepescuintles.**" El soldado historiador denominaba **perrillos** y no **perros** a unos animales, que según él decía eran buenos para comer. Es probable que tales perros pequeños, que no ladraban, que eran harto buenos para comer, fuesen las **cotuzas** (dasyprocta punctata). El verdadero perro era desconocido en América, en donde existían el **coyote** y la zorra.

En contra de esa opinión, tenemos la del distinguido zoólogo Fed. Damm y Palacio que en sus "Estudios Zoológicos de Alejandro de Humboldt" dice: "Ahora llegamos a otra clase de animales, el único mamífero que según las tradiciones ha sido demesticado por los mexicanos antiguos, o sea **el perro.** Humboldt refiere que sólo el **chichi** fué criado, y hasta considerado como animal de matanza. Los españoles, lo han descrito como **perro mudo,** es decir que no ladraba. Según se dice, el perro de los incas **(cannis ingae.** Tschud) desciende de esta raza, o directamente de la variedad del Sur, **canis lupus occidentalis,** Richard. Caso en el cual también el **chichi** desciende del lobo. Esto no sería imposible, pues el lobo, **canis lupus mexicanus,** todavía se encuentra en el norte de la República" (1). En esos puntos nos limitamos a exponer las opiniones varias.

Las **gallinas** de que habla el cronista, serían los **chumpipes,** porque aunque las **chachas,** por su tamaño y forma son más semejantes a las gallinas, hay la circunstancia de que aquel célebre escritor, en varias partes de su obra, nos dice que "con cuatro o cinco **gallinas de aquellas,** comieron bien treinta soldados," lo cual induce a presumir que serían de gran tamaño, como los **chumpipes** o **guajolotes,** que llamaron la atención al mismo Felipe II, quien al ver sobre su mesa una ave de tan gran tamaño, no quiso comerla, cuando se le presentó la primera vez, diciendo que semejante animal no podía ser bueno. Por lo demás, consta que, por acá, no había gallinas de origen asiático, ni de ninguna otra procedencia. Los gallos y gallinas que conocemos, fueron traídos, en su principio, por los mismos conquistadores, quienes decían **gallinas de la tierra** a los **chumpipes** (meleagris gallo ocellata).

En Tesulutlán hicieron presentes a don Pedro de Alvarado "de miel de colmenas, en hermosos jarrones de barro fino," y todos los cronistas que han escrito acerca de nuestros indios, aseguran que los magnates tenían gran regalo en sus comidas, opíparamente dispuestas con viandas raras y sabrosas frutas. La alimentación de la plebe era, como hasta el día, frugal y poco variada. Maíz, frijol y chile, he ahí la base del sustento del aborigen. El Isagoge Apologético dice que Cortés en su viaje a las Hibueras por el Petén, encontró muchos venados mansos, que los cogían fácilmente los soldados.

(1) Damm F. Beitrage.—Fauna Mexicana.

Los quichés y cakchiqueles, lo mismo que los nohoas y mayas, encendían fuego por medio de una fricción rápida entre dos piezas de madera seca, por lo común de **achiste.** Una vez prendida la llama, tenían pipas o cañutos a guisa de fuelles, para apresurar la combustión.

En vez de jabón empleaban para usos domésticos, la fruta llamada **jaboncillo,** que es espumosa, el **tapaljocotl** y la raíz del **amolli.** Al derredor de los palacios y adoratorios de ídolos, estaban las casas de los nobles, donde moraban cuando se reunían en sus fiestas, pues el resto del tiempo lo pasaban en las habitaciones de sus heredades; tal fué el modo de vivir que los indios tuvieron en sus tierras y **milpas** (maizales) según cuenta el P. Fr. Francisco Ximénez. Había además grandes ciudades hieráticas.

Casi todas las ruinas antiguas demuestran el carácter de necrópolis que tenían esas ciudades hieráticas, habiendo desaparecido las habitaciones de los plebeyos, como que eran chozas de poca duración. Cuando vinieron Cortés, Alvarado y los demás conquistadores, encontraron, según ellos mismos lo dicen, grandes y hermosos palacios de los indios, con viviendas, salones, túmulos, escuelas, baños, locales para juegos, plazas, etc.

La clase noble disfrutaba de comodidades, educación y sociedad doméstica reglamentada; pero para la plebe no hubo, como en todas las razs antiguas, mas que una existencia trabajosa, lánguida y monótona, aunque sin pauperismo, ni las demás excrecencias de la civilización. El socialismo, la falta de trabajo, el llegar tarde al banquete de la vida, son achaques de la cultura moderna, cancros horribles, que bien denotan que hay en el fondo de las sociedades occidentales algo que descompone el cuerpo de la colectividad, que hace desgraciados a muchos que tienen derecho de vivir, y que se han levantado contra un orden de cosas que les quita hasta la última esperanza, ya que el enciclopedismo logró apagar aquel rayo de luz que tras el sepulcro quedaba. Nadie se conforma con la pobreza, el dolor, ni las diferencias sociales, sino que todos llevan en mira el mayor goce terrestre, dentro del breve plazo de una vida finita. La especie humana tornóse así en una raza de fieras esparcidas por el globo terráqueo, sin más fin que la satisfacción de apetitos corporales. Vinieron las máquinas a hacer inútiles muchísimos brazos. Quedó el mundo con ricos sin caridad y con pobres sin conciencia.... ¡La caridad se conceptuó casuismo injusto, proclamándose el comunismo! ¡La conciencia, la moral, preocupaciones de enseñanzas retrógradas y atavismos fanáticos! No hay nada malo, se dijo. El humanismo tiene que destruir las sociedades modernas...!

Pero ya me figuro que más de un **sociólogo,** como les llaman ahora, encontrará esta digresión sobre impertinente, ocasionada a creer que conceptuamos mejor el organismo de los pueblos antiguos indígenas de América que el de las actuales sociedades. No, mil veces no: aquellos **comunismos** teocráticos, como el budhismo, estancaban a los hombres, en agrupaciones petrifica-

das, inmóviles, cual los ídolos de su teogonía medrosa. Hubo civilización en los méxica, toltecas, mayas, quichés, cakchiqueles, incas y otras naciones indianas; remotísima cultura, que vista desde la cúspide de muchos siglos transcurridos, causa admiración, como produce estupor la pagoda o el sacrificiatorio, que aún quedan después de tantos millares de años; pero no cabe jamás establecer comparaciones imposibles entre lo que fué germen de tiempos históricos, y lo que hoy—con todo y vicios siempre inherentes a lo humano—revela que el mundo marcha y que la humanidad no recorre sólo inmensas órbitas, como los cometas, para volver fatigada al mismo punto. En suma, lo lamentable es que no se democratice y cunda el cristianismo puro, resplandor de divina luz, que aún ilumina al mundo, para suavizar las asperezas del capital en su lucha con el trabajo.

Era vida campestre la del indio, que entre el bosque o a orillas de los ríos, tenía su choza y trabajaba en las tierras de sus régulos. En las márgenes del fresco lago o en la ciudad hierática, iba la turba gárrula de las hijas de Kicab o de Tecum, cual pintadas **guacamayas**, llevando una existencia tranquila. contemplaban al rey, en andas de oro, adornado de plumas de quetzal, dirigiéndose al palacio tapizado de orquídeas y palmeras. Osténtanse las **milpas** cual escuadrones de penachos rubios y verdes alfanjes, que de siglos atrás proveen de alimento al aborigen de raza cobriza. **Hunahpú**, el octavo de los reyes quichés, descubre los buenos resultados del cacao, que con el maíz y el frijol, han servido de sostén a los indios de estas comarcas, muchos siglos hace. Aquel célebre monarca, cuyo nombre dieron al volcán de Agua (**Hunahpú**, ramillete de flores) estableció el uso del algodón para vestir a sus vasallos (1)

Ese fué el rey que introdujo más elementos de cultura entre su pueblo, y por eso lo veneraban como a un semidiós, siguiendo la costumbre, que también tuvieron las naciones del Asia, de adorar históricamente a aquellos que habían hecho grandes bienes a la humanidad. Era el recuerdo una plegaria y un símbolo de gratitud, que contra el olvido protestaban. Durante muchos años el esbelto volcán proclamó, con su nombre, los hechos memorables del mejor rey de los quichés; y se ostenta aquella pirámide mucho más hermosa, infinitamente más grande, que las de Egipto consagradas a los Faraones; mucho más elocuente que la de Cayo Sexto, en la ciudad eterna. Es fama que en la cúspide de aquel soberbio monte fué sepultado **Hunahpú**, y que en las noches tranquilas, resurgía de su tumba para complacerse en la dicha y tranquilidad de estos pueblos, adelantados y llenos de ventura. El valle delicioso el clima tibio, el ambiente embriagador, el melancólico río haciendo coro a los **censontes** y a los **guardas**, que al caer de la tarde llaman solícitos a sus compañeras para calentar sus nidos; todo era quietud y bienandanza....

---

(1) La Isagoge.—Edición impresa por el gobierno de Guatemala, para celebrar el centenario de Colón

pero vino un día, en que hasta el sol palideció medroso de alumbrar las escenas de sangre y de exterminio que el hombre blanco causaba a título de conquista. Desde que hubo dolores en la tierra, no se conservaba memoria de una destrucción, de una hecatombe semejante. Fué el grito prolongado, durante varios siglos, de una raza entera predestinada a sucumbir. Era tanta la amargura, que el indio ya no quizo folgar con su hembra, para no producir seres tan infelices.... Fué tal la agonía, llegó a tanto la matanza y el tormento, que airado **Hunahpú,** hizo que de su volcán descendiese otro diluvio, que entre las convulsiones de aquella tierra atónita, trajo la muerte a la capital naciente del reino de Guatemala. Doña Beatriz, sus damas y muchos de los primeros pobladores de la que hoy llaman **Ciudad Vieja,** ahí quedaron sepultados a los pies del coloso, que triste y melancólico atestigua, desde lo alto de su soberbia cumbre, cómo se han ido amalgamando los conquistadores con los conquistados, desde que el **Hijo del Sol** se unió con la **Xicotenga,** para sellar con un beso de salacidad la mezcla de dos razas que había de producir la hispano-americana. Todo cambia y todo se transforma, sólo **Hunahpú,** el volcán famoso, se alza siempre igual, como un atalaya que impasible ya, ha venido presenciando los hechos todos de nuestra patria historia. ¡Cuántas generaciones y cuántas desdichas ha visto pasar **Hunahpú** con esa soberana indiferencia de la naturaleza, que vive de la transformación y de la muerte!

Desde que el memorable monarca quiché dejó a su pueblo tantos gérmenes de progreso, fué adquiriendo poco a poco gran cultura. Conoció el comercio, tenía sistemas monetarios, era adelantado en las ciencias exactas, sabía escudriñar los misterios de los cielos y los secretos de la tierra. Antes de la conquista se contaba la riqueza por estas regiones, valiéndose de cacao, oro, cobre, estaño, y de las plumas y mantas más hermosas; pero debe advertirse que dicho cacao no era el de fina calidad, que se usó para el chocolate, desde el tiempo de aquel octavo monarca, sino el **pek,** que en quiché, cakchiquel y tzutugil, se refiere a un grano de inferior clase, por los méxica llamado **pataxtle.** Las plumas del quetzal, de la guacamaya y de otras aves, se veían con aprecio (1). En Guatemala, dice el cronista Herrera (2) "hay mucho cacao, que es de gran riqueza y moneda corriente por toda Nueva España y por otras muchas tierras." Fernández de Oviedo aseguraba (3) "que en Nicaragua era muy apreciado el cacao, y los señores que alcalzan estos árboles en sus heredamientos, tiénenlos por muy ricos **calachunes** o príncipes. Un conejo valía diez almendras; ocho pomas o nísperos de aquella tierra (zapote) por cuatro almendras; un esclavo, cien más o menos. Hay mujeres que dan por

---

(1) En calidad de moneda emplearon el oro nativo en polvo y en grano, puesto en cañones transparentes de plumas, tejuelos de cobre y estaño, mantas de algodón, plumas finas y granos de cacao, que contaban por *xiquipilli*, de ocho mil almendras.

(2) Herrera, Década 3, Libro V, cap. XI.

(3) Historia General de las Indias, tomo 4.º pág. 316.

precio sus cuerpos, como entre los cristianos las públicas meretrices, o viven deso; quien las quiere para su libidinoso uso, les da por una carrera ocho o diez almendras, como él o ella se conciertan."

"¡Y, cosa que puede parecer extraordinaria! exclama el eruditísimo José Toribio Medina (1) había aún quienes falsificaban esas monedas, a cuyo intento, las falsas y vanas, las reyenaban con tierra y cerraban el hoyuelo tan sutilmente que no llegaba a conocerse el engaño, logrando de ese modo pasar algunas malas entre las buenas."

Torquemada, refiriéndose a la Verapaz, decía: "El que mataba pájaro de las plumas ricas (quetzal) que se crían en estas provincias, tenía pena de muerte, por estimarlas en mucho y no haberlas en otra parte, y usar de ellas como de moneda (2).

En los focos de civilización indiana, en México, en Centro-América y en el Perú, aunque los aborígenes no alcanzaron, en sus últimos tiempos, una cultura adulta, comparable con la greco-romana, distaban mucho de la incapacidad con que el interés y el fanatismo quisieron justificar la conquista y la desolación. La historia, lo que hace la vida de los pueblos, lo que constituye el alma de las nacionalidades, lo que eslabona las generaciones, fué borrando como borra la ola el signo escrito sobre la arena, cual arrasa el alud lo que encuentra en su camino. Quedó en el indio un miserable vencido; lo demás se eclipsó, por el rudo golpe de proscripción, por la conquista misma. Supremo desdén arriba; absoluto monopolio en lo de abajo; a pesar de las protestas de religión, de libertad o de democracia. La raza subyugada del indio primitivo ha venido pasando, al través de los tiempos, sin alientos, sin aspiraciones, sin anhelos, sin la memoria siquiera de **Hunahpú,** esfumada para siempre. Con razón dijo Montalvo que si su pluma tuviera dón de lágrimas escribiría la historia del indio americano y haría llorar al mundo.

Fueron pueblos notables los que, desde la región tolteca, vinieron esparciendo su cultura, en los tiempos históricos, por las márgenes del Usumacinta, hasta llegar a la zona de Iximché y a la ciudad de Gumarcáh (conocidas después con los nombres de **Cuauthemálan** o **Guatemala)** y por los valles de Utatlán. Era todo eso el Egipto americano, como han dicho Charnay y Waldec, autores cuyas obras ilustradísimas, por el fondo y soberbios grabados, han venido a dar a conocer los portentos del Palenque, Quiriguá, Copán y demás ciudades antiguas, que como Ocozingo **(detrás del verde ramaje)** tenían toda la cultura que la humanidad pudo alcanzar en aquellos remotos tiempos. Sabido es que en el siglo XI, a consecuencia de sangrientas guerras,

(1) Monedas usadas por los indios de América, al tiempo del descubrimiento.
(2) Monarquía Indiada.—Tomo II, pág, 579

que desde el Perú vinieron causando estrago, llegaron a Nicaragua, desolando la costa oriental e internándose por los valles del Usumacinta, incendiando los mejores pueblos y dejándolos desde entonces en ruinas.

Esos paradisíacos valles, de temperatura cálida, poblados de árboles de finísimas maderas, de aves de vistosos plumajes, de una flora exuberante y rara, fueron el centro de cultura y de riqueza, y serán con el tiempo grandioso foco de ciudades opulentas.

Cuando los hispanos conquistadores llegaron a nuestro territorio, hicieron huír a muchos de los vencidos, por inaccesibles lugares, lo cual explica por qué en las profundidades y grietas y barrancas, entre despeñaderos inabordables, se encuentran pueblos célebres, que demuestran las características tradiciones de las antiguas razas, dueñas de este territorio.

Muerto Tecum Umán a manos de don Pedro de Alvarado, y vencida la nación indiana, debía la capital quiché sufrir, la primera, los vejámenes que oprimen al conquistado. Gran parte de la población buscó entonces como salvarse en la fuga, pidiendo abrigo y seguridad a las montañas. Los **Ixtlahuacanes,** porción de esos aborígenes emigrados, caminando al sudoeste, dieron al cabo de doce leguas, en el paraje que hemos descrito, cuyo fondo cortado por horribles fozos, hechos por la naturaleza y erizados de riscos y peñoles, eligieron para su habitación, guareciéndose cual miserables reptiles, en las grietas de los montes. Así lograron aquellos indios quichés sustraerse por algún tiempo al yugo de los **hombres** pálidos; pero no pudieron quedar del todo inadvertidos, porque el celo de los misioneros hizo al fin levantar una iglesia, y fué bautizado el pueblo con el nombre de **Santa Catarina Mártir.**

La situación topográfica del lugar colocó a los **ixtlahuacanes** en verdadero aislamiento, aún después de introducida la religión cristiana; por manera que sólo robustecidos con la aspereza del sitio, dedicados a la agricultura, sobrios, procreando desde que alcanzan la pubertad, se multiplicaron, permaneciendo en independiente, agreste estado, pasando con su genio y primitivas costumbres, al través de los siglos y de los acontecimientos, y constituyendo hasta hoy, uno de los principales pueblos indígenas de Guatemala.

Conocer a los **ixtlahuacanes** es haber conocido a la nación quiché, en sus últimos días de vida regional independiente, cuando por razones que en otro lugar explicamos, había perdido en gran parte la cultura de sus antepasados. Guardan todavía los **Ajitz** o sacerdotes del sol, sus ritos idolátricos, que en el fondo constituyen la teogonía que informa su religión, ya que con astucia hipócrita simulan cristianas ceremonias, mezclando impíamente los nombres de Jesús, de María y de los santos, con los númenes primitivos, para engañar así a los que han querido catequizarlos. Por otro lado, la natural suspicacia de estos pueblos, acrecida con el encono eterno y natural que al **ladino** profesan; aquella extrema desconfianza, expresada trivial, pero muy exactamente, con la frase tan común entre los mismos indígenas **"aparte vos y aparte yo,"**

desconfianza de la cual a nadie eximen, fueron siempre poderosas causas que dificultaron la adquisición de datos etnográficos, apreciados hoy histórica y científicamente.

Los **ixtlahuacanes** creyeron siempre en otra vida futura, pero a guisa material, con alimentos de los cuales cuidaban fuesen provistos los muertos. Adoran dos entes soberanos, a imagen de lo que en la tierra encuentran, bueno y malo. Siguen, como los caldeos, egipcios, siriacos y persas, creyendo que esos dos principios sobrenaturales gobiernan el mundo. El dios bueno habita en las alturas, el malo en los avernos. Aquel es luz y su rival obscuridad. El astro que fecunda la tierra y preside al día, es **Eij,** de donde viene **Ajeij** o **Ajitz.** El malo **Huyub,** dueño de todas las riquezas del mundo, no difiere de la figura humana en su representación, pero con facciones horribles, las más espantosas que alcanza a forjar la aterradora fantasía. **Huyub** es un genio omnipotente para favorecer con los bienes de la tierra a sus adoradores. Existen en su teogonía otros dioses subalternos, que vienen a formar la corte de los dos principales soberanos, asociándose a las divinidades las almas de los **Ajitz** y de sus célebres antepasados, que hicieron gran bien a los naturales. Cuando las desgracias, cual remolinos terribles, se amontonaban sobre el pueblo, era **Huyub** que se encontraba colérico.

Esta sola idea de sus deidades, basta para comprender la división en buenos y malos, de los dioses consagrados a su culto, o sea de los días que suponen caer sobre su influjo y patrocinio, que son todos los del año. El famoso calendario quiché resume o simboliza completamente el sistema religioso-político de los **ixtlahuacanes.** Por él, no tanto se miden los tiempos para el arreglo histórico de los sucesos, cuanto se aprecian las suertes de los hombres, ligadas fatídicamente al día en que les tocó nacer. De aquí proviene la suprema importancia individual del acertado cómputo de los días y sus signos, como que va en ello la felicidad o ruina de sus intereses; y de ahí, por consiguiente, se derivan las consideraciones sociales de que gozan en aquellos pueblos los **Ajitz,** consagrados esencialmente al estudio de su cronología. Tanto más que los **ixtlahuacanes** no tuvieron sino quipos o figuras, como el resto de los pueblos americanos, y los antiguos chinos, egipcios, siriacos, etc., siendo los sacerdotes los oráculos de sus tradiciones. Allá en las edades indias, Adhina, seducido por una deva llevó para él y su mujer, que eran dichosos en su morada paradisíaca, los frutos de la mentira, y comieron la ponzoña treinta días seguidos. Viciados por el mal, se entregaron a la caza. Cayó herida por ellos, una cierva hermosa y blanca, que con ojos dolientes les enseñó el final de la vida, el abismo de la muerte. Los símbolos cosmológicos de los babilonios, de los caldeos, egipcios y ciriacos; las toscas figuras de las inscripciones quichés, guardan la leyenda oriental de la Eva semítica, que legó a la humanidad lágrimas y angustias. La deva de Adhina, la parca de

Prometeo, la culebra caldea, la serpiente Apap entre los egipcios, la Syros entre los fenicios, la astuta y poderosa del mazdeísmo, y **Gucumatz**, la sierpe que se vistió de plumas, entre nuestros primitivos indios de estas comarcas de Guatemala, son reminiscencias de una esparcida y vieja leyenda religiosa, que nos hace ver a la mujer prehistórica dominada por maligna serpiente tentadora que hizo caer en el pecado, en la mentira, en la desgracia, a la madre infeliz del humano linaje. ¡Así quieren explicar el origen y la causa del dolor! Pero la causa, el origen y el objeto del dolor, jamás se explicarán.... El mal persigue a las estrellas como a las conciencias. Se marchitan las rosas y padecen las mujeres. Los hijos de éstas nacen predestinados al sufrimiento! El sol muéstrase indiferente; muda la esfinge.

Volviendo a hablar del calendario de nuestros indios, diremos que su principal objeto, además de conmemorar sucesos trascendentales, era establecer la suerte de cada hombre. De ahí procede que los signos se cuentan simultáneamente, sin que pueda señalarse ni el principio ni el fin. Expliquémonos. Supongamos que el lector conoce ya los veinte signos y sus nombres, que en otro lugar de la presente obra se encuentran detallados: **Noj, Tihax, Cauoc**, etc. Pues bien, los sacerdotes del sol tienen dos maneras de contar el año. 1º—Dando a cada signo un solo día, de suerte que al cabo de 365 días, los cinco primeros signos se repiten 19 veces, y sólo 17 los quince restantes, tomando por punto de partida, para empezar el cómputo, la gran figura gentílica que acostumbran celebrar en la primavera. El segundo modo de contar, consiste en atribuir a cada signo un mes de veinte días, de tal suerte, que sin interrumpir la serie ordinaria de los signos, se vayan contando los días de cada mes, hasta completar su año, todos sucesivamente. De esta manera los cinco primeros signos tendrán su año de 19 meses y de 18 los restantes. Sobre esta base se pueden formar tablas para cada año, que indiquen con exactitud la correspondencia de nuestros meses y días con los del calendario indígena, bastando al efecto, conocer qué signo debe tomarse por punto de partida.

Tan puntualmente llevan los sacerdotes la cuenta de sus días, que los indios poco concurren al templo los domingos y fiestas de guardar, según el rito católico, mientras que en las fechas clásicas de su calendario, se ven afluir a todas horas, llevando incienso y estoraque para quemar, y cubriendo de velas el pavimento, bajo cuyas apariencias de piedad cristiana, introducen las ceremonias y deprecaciones de su gentilismo. Sucumbieron a la fuerza del destino, doblando la cerviz al conquistador; adoptaron por necesidad las prácticas religiosas de sus vencedores, pero en el fondo del corazón, conservan sus tradiciones, porque estas perduran al través de las vicisitudes de los pueblos, como el alma de las razas.

Sus días excelentísimos son **Ajmac, Tziquín** y **Kanit.** En éste se pide todo lo que es sustento para el hombre. En **Tziquín** (pájaro) se reúnen los

desposados en una misma habitación, precedidos de muchas oraciones y votos por su felicidad. En **Ajmac**, se ofrecen mil oblaciones al genio de la salud. Fuera de esto, son días buenos **Aj, Ix, Eé, Noj** y **Quiej**. En ellos se principian y consuman los contratos y se pide a los genios de los montes el aumento de los animales domésticos, rogándoles principalmente que contengan a las bestias carnívoras, para que no destruyan sus rebaños. **Noj** y **Tibax** tienen la especialidad de estar consagrados al alma humana, por lo que en ellos se pide buen entendimiento para sí y para los hijos. Si imploraban a la divinidad por los bienes del cuerpo, también rogaban por los del espíritu. Entre los días nefastos sobresale el **Toj**—¡infeliz del que viene al mundo bajo la influencia de este signo! Sentirá de lleno la presión de los genios del averno. En **Ixmux** ocurren los **Ajitz** a pedir al dios del viento toda suerte de males para sus enemigos. Era el **Huracán** el que barría con furia diabólica al que encontraba en su camino. En los cinco días siguientes, lo mismo que en **Tzi** y en **Batz,** demandan miseria y enfermedades para sus contrarios. El perdón de los enemigos sólo fué predicado por Jesús.

Todos aquellos sistemas los heredaron nuestros indios de los mayas, cuyos conocimientos astronómicos eran notables. Además de la división del tiempo en años, meses y días, tenían los quichés otro cómputo, que usaban simultáneamente. Consistía éste en lunaciones de veintiséis días, subdivididas en períodos de trece, según el calendario de Vicente Hernández Espina, que debe existir en la colección de documentos históricos del doctor don Mariano Padilla, en la Biblioteca Nacional de Guatemala. Usaban el número 13 como sagrado, por motivos supersticiosos, según ya indicamos.

Hoy se admiran Maudslay, Brinton, Bancroft, Orozco y Berra, y otros que han hecho estudios de los cálculos matemáticos y de los conocimientos celestes de los toltecas, mayas, quichés y cakchiqueles.

El año quiché, según Basseta, comenzaba el 24 de diciembre de nuestro calendario. El año cakchiquel tenía principio el 31 de enero, como puede verse en la "Historia de las Naciones Civilizadas de México y Centro-América," de Brasseur de Bourbourg, de donde capiamos los nombres que siguen, de los meses, **uinal:**

QUICHE

1.—Nabe Tzih	1ª palabra
2.—V Cab Tzih	2ª palabra
3.—Rox Tzih	3ª palabra
4.—Che	Arbol
5.—Tecoxepual	Tiempo de siembra
6.—Tzibe Pop	Petate pintado
7.—Zak	Blanco

8.—Huno Bix Gih	Primer canto del sol
9.—Nabe Mam	Primer hombre viejo
10.—U Cab mam	Segundo hombre viejo
11.—Nabe Ligin Ga	Primera mano suave
12.—U Cab Ligin Ga	Segunda mano suave
13.—Nabe Pach	Primera generación
14.—U Cab Pach	Segunda generación
15.—Tziquín Gih	Tiempo de pájaros
16.—Tzizi Lagan	Coser el estandarte
17.—Cakam	Tiempo de rojas flores

CAKCHIQUEL

1.—Bota	Rollo de petates
2.—Qatic	Semilla común
3.—Ixcal	Retoño
4.—Pariche	Leña
5.—Tocaxepual	Tiempo de siembra
6.—Nabey Tumuzuz	Primer zompopo volador
7.—Rucab Tumuzuz	Segundo zompopo volador
8—Cibixic	Tiempo de humo
9.—Uchum	Tiempo de la resiembra
10.—Nabey Mam	Primer hombre viejo
11.—Ru Cab Mam	Segundo hombre viejo
12.—Ligin Ka	Mano suave
13.—U Cab Ligin Ga	Primera cosecha
14.—Ru cab Togic	Segunda cosecha
15.—Nabey Pach	Primera generación
16.—Ru Cab Pach	Segunda generación
17.—Tziquín Gih	Tiempo de pájaros
18.—Cakam.	Tiempo de rojas flores

En el "**Memorial de Tecpán Atitlán**" se mencionan los nombres de los meses cakchiqueles con algunas variantes o diferencias respecto de los nombres anteriores, que copiamos de Brasseur de Bourbourg.

Los nombres de los días, en los mismos calendarios, son así:

QUICHE Y CAKCHIQUEL

1.—Imox	Peje espada
2.—Ig spirit	Respiración

3.—Akbal	Caos
4.—Kat	Lagarto
5.—Can	Culebra
6.—Camey	Muerte
7.—Quieh	Caballo
8.—Kanel	Conejo
9.—Toh	Aguacero
10.—Tzy	Perro
11.—Batz	Mico
12.—Ci or Balam	Escoba, tigre
13.—Ah	Caña
14.—Iz or Itz	Brujo
15.—Ttziquín	Pájaro
16.—Ahmak	Tecolote, buho
17.—Noh	Temperatura
18.—Tihax	Chay, obsidiana
19.—Caok	Lluvia
20.—Hunahpú	Tirador de cerbatana.

Los geroglíficos han sido objeto de mucha controversia, desde que el célebre obispo Landa fué el primero que, aunque equivocadamente, emprendió la tarea de interpretarlos, seguida por Brasseur de Bourbour, que en la "Relación de las cosas de Yucatán," publicó, en 1864, en París, la obra de aquel obispo de Mérida. No escribían fonéticamente, como él creyó.

En lo moderno, el famoso Alfredo P. Maudslay y el explorador Teobert Maler, gastaron fuertes sumas de dinero, viajaron sin descanso, se expusieron por mucho tiempo a la intemperie de las montañas primitivas, estudiaron ruinas, sacaron modelos, y han contribuido en alto grado a la tarea de ilustrar los geroglíficos, como lo hemos explicado en otros capítulos de la presente historia.

Según estos célebres anticuarios, los períodos de tiempo resultaban así:

Primero

El día—Kin

Segundo

Los 13 días.

7 x 13—**Bacab**—91 días, cuarta parte de 364 días.

20 x 13—**Tonalamatl**, 260 días, período muy reverenciado, porque a seguida el día volvía a tener la misma posición en la semana.

28 semanas de 13 días = 364 días, un día menos en el año solar.

Tercero

20 días, **uimal** o mes.

13 **uinales,** forman un **tonalamatl,** 260 días.

18 **uinales,** forman un **tun,** 360 días, que es el año, que usaron en sus cálculos y escritos, como se explicó al hablar de los 18 meses, que era la base de mayor época

20 tunes = I catún = 7,200 días.

39 tunes = 14,040 días, que es número divisible por muchas cifras importantes.

400 tunes = 20 catunes = ciclo de 144,000 días.

8,000 tunes = 400 catunes = 20 ciclos, de un total de 2.880,000.

Cuarto

365 días del año solar, o sean 28 semanas más 1 día, **mxa kaba kin,** día sin nombre.

8 años solares, 2,920 días, eran cinco años del planeta Venus.

24 años solares, **ahau,** 8,760 días, eran 15 años de Venus

52 años solares, 18,980 días, después de los cuales un día volvía a tener la misma posición, tanto en la semana, como en el **uinal** o mes, de modo que cada día de estos 18,928 días tenía posición distinta de cualquier otro de este período.

104 años solares, que son 37,960 días.

312 años solares, que son 113,880 días.

3,744 años solares, que son 1.366,560 días, período que es divisible por todas las cantidades importantes.

Quinto

I.—El año del planeta Venus, cuyo período observado en conjunción con el sol, es de 584 días.

5 años de Venus = 290 días = 8 años solares.

Sexto

El año del planeta Mercurio, de 115 días.

Séptimo

El año del planeta Marte, de 780 días.

Octavo

Se cree que usaron los meses y años lunares, como ya se ha dicho atrás, de 29 y 30 días. El período de 1.366,650 figura en el **Códex de Dresde,** y es divisible por la semana, por el **uinal,** por el **tonalamatl,** por el **tun,** por el año solar, por el de Venus, y por 24 y 52 años solares. Este período lo representaban así:

9
9
16
0
0

9	ciclos = 360 tunes, de 360 días	=	1.296 000 días.
9	catunes = 180 tunes, de 360 días	=	64,800 días.
16	tunes, de 360 días	=	5,760 días.
0	ouinal	=	0 días.
0	kin	=	0 días.
	Total = 3,796 tunes	=	1.336,560 días.

Los calendarios que usaban eran de dos clases uno, llamado **4hol,** literalmente **"apreciador de los días"** se empleaba para asuntos astrológicos y sagrados, para apreciar el tiempo fasto y nefasto; y el otro calendario **mayEih,** para fines cronológicos, significaba **"evolución de los días."**

En los monumentos mayas juntaban a las cifras unas cabezas grotescas de aves, que simbolizan ciclo, catún y tun. El **uinal** era una **rana,** y el **kin** la cabeza de **Xbalanké,** dios del sol, cuya barba era **kin.** A veces expresaban valores numéricos por cabezas de guerreros o dioses, según lo demuestran Goodman, en sus prolijas investigaciones, y el sabio Seler, siendo una de tantas pruebas los monolitos de Quiriguá.

La fecha más antigua conocida hasta hoy de la cronología americana, se halló en Guatemala, por el lago de Izabal, en la parte de la desembocadura, en una piedra finísima verde, que se llevaron al museo de Leyden, y que aparece reproducida por Chavero, en el tomo I° de "México a través de los Siglos." Aquella valiosísima piedra contiene 8, 14, 3, 1, 12, o sean 3,483 tun y 32 kin. Desde remotísimos tiempos, tuvieron los quichés cierto culto fanático por el número 13. El **tonalamatl,** como hemos visto, se componía de 20 veces 13, comenzaba el 1° de marzo y tenía relación con la siembra y cosecha del maíz. Al nacer las rosas, al brotar los retoños, al principio de la primavera, empezaba el calendario sagrado, la vida religiosa, que cada 13 días se festejaba con alegría. Los sacerdotes interpretaban el horóscopo de cada signo, y había también lo que pudiera llamarse astrología judiciaria.

El papiro lo hacían de maguey macerado y machacado, separando los filamentos y la parte carnosa, y extendidos éstos, les untaban goma, poniéndolos en fuerte presión, para barnizar después la superficie con una especie de cal o yeso fino. El **amatl,** que era el nombre del papel, se fabricaba también de la corteza del árbol que se llama lo mismo **amatl,** castellanizado **amate.**

Es admirable cómo taladraban y pulían piedras finas, cual dioritas, ágatas, ópalos, heliotropos, cloritas, litomargas, feldespatos y otras varias más, que usaban como joyas. Las turquesas se destinaron a los dioses, y se les llamaba, por eso, **teoxihuitl.** A las esmeraldas decíanles **quetzaliztli.** Conocían el rubí, **tlapalteoxihuitl,** al coral **tapachtli,** y las perlas **epiollotli.**

Hubo cronistas, que los indios llamaban **"pintores de historia," xiuhtlacuilo.**

Tenían en las grandes ciudades, hospitales y boticas, según cuentan Remesal y Díaz del Castillo. Había médicas para curar a las mujeres, lo cual nada tiene de raro, pues aún hoy pululan charlatanas, preferidas por algunos a los doctores.

Los carpinteros, albañiles, plateros, fundidores, canteros, etc., disfrutaban de posición más holgada, y eran solicitados para trabajos de la Corte. Los mercaderes, **pochteca,** eran ricos y viajaban mucho. Hubo mercados como los de Tlatelolco, en México, a los cuales llegaban negociantes hasta de **Guauhtemala,** al decir de Sahagún.

Cortés, en sus cartas, describe muy bien las mercaderías, tratos y contratos, etc. En una calle había solo caza; en otra, hierbas y raíces; más allá, medicinas, gomas, emplastos; por el centro, tiendas y barberos, y puestos de dar comida por paga. Oficiales públicos cuidaban del buen estado de todo y de la exactitud de las cuentas y medidas. Hubo mercados particulares de piedras preciosas y jícaras pulidas.

Las naciones indígenas centro-americanas no fueron nómadas. Cada familia sedentaria se hallaba establecida en una porción de terreno que usufructaba, porque el monarca y los señores eran, como ya se ha dicho, los dueños de las tierras. Las tribus o parcialidades respetaban los límites de los pueblos, según sus plantas o mapas pintados, en pieles, con demarcaciones de ríos, lagos, etc. La falta del hierro, la carencia de algunos animales domésticos, como bueyes y caballos, y hasta la misma exuberancia del terreno, que fácilmente produce frutos espontáneos, hacían bastante rudimentarias las labores indígenas. Cultivaban, lo mismo que hoy cultivan, maíz, frijol, chile y varios tubérculos, el plátano y otras frutas.

La familia era semejante a la asiática. A la mujer se la consideraba, como en todo el mundo antiguo, mero instrumento de placer y de lujo. El hombre tenía tantas hembras para procrear hijos cuantas podía comprar y mantener. La poligamía estaba aceptada por las costumbres indígenas, y se

prohibió, en la América española, por la ley 2ª, título 1º, libro 6º de la Recopilación de Indias, que dispuso se pudieran casar libremente los naturales de la tierra, con quien quisieran, entre ellos mismos, o con españoles o españolas; que no se permitiera a las indias, sin tener edad legítima, pues las hacían ayuntarse niñas, en ofensa de Dios, daño a la salud e impedimento a la fecundidad; que los que se casaren con dos mujeres, siendo cristianos, se castiguen (ley III); que ningún cacique, ni indio, se case aunque sea infiel, con más de una mujer; que no pudieran vender a sus hijas para contraer matrimonio; y otras disposiciones que, si bien son muy recomendables, dada la cultura cristiana, venían a oponerse tan abiertamente a las costumbres y modo de vivir de aquella raza, a sus necesidades y tendencias, que la hicieron sufrir en extremo. El matrimonio cristiano responde a cierto grado de cultura que ni se improvisa, ni se impone. Cuando por fuerza pasan los pueblos, de modo repentino, a una atmósfera moral diversa, se asfixian. La naturaleza no procede a saltos, la evolución es ley de la vida. El cristianismo vino al mundo en la plenitud de los tiempos de la civilización romana.

Solamente entre los indios nobles se conocía el matrimonio, casándose cada uno de ellos con una esposa de su propia condición, a la cual llevaban a su casa y la consideraban mucho; pero siempre pudiendo los maridos tener otra mujer legítima, según explicaremos adelante. El P. Las Casas describe, con colorido y detalles, las ceremonias de la boda. La doncella de calidad era pedida, en tres días diversos, por los parientes o amigos del novio, llevando dádivas que si se aceptaban, presuponían consentimiento. A la hora del matrimonio iban en comitiva los parientes y amigos del hombre a traer a la mujer, con músicas y flores, quemando incienso y otras recinas y cantando mitotes alusivos al acto. Este se autorizaba por el jefe de la tribu, atando los vestidos de un contrayente con los del otro. Comían **tepexcuintles** o **xulos, chumpipes, chanchos,** etc. Después de la fiesta, ya solos los novios, prendían una astilla de ocote. La miraban atentamente, hasta que se extinguía. Entonces, en la obscuridad, era consumado el matrimonio. Las llamas simbolizaban el fuego de la lascivia, que si no se modera, acaba por consumir la vida.

En el reino del quiché toleróse la poligamía; pero sólo dos eran las mujeres legítimas, cuyos hijos se reputaban herederos del padre. Al que moría sin sucesores lo sepultaban con sus riquezas, para que las fuera a disfrutar a la otra vida.

Torquemada, en la "Monarquía Indiana," dice que los indios de la Verapaz, muchas veces, según el parentesco que usaban, era fuerza que casasen hermanos con hermanas, y era la razón esta: acostumbraban no casar los de una tribu o pueblo con las mujeres del mismo pueblo, y las buscaban que fuesen de otro, porque no contaban por de su familia y parentesco los hijos

que nacían en el linaje ajeno. No tenían por pariente a los deudos de la madre, sino sólo a los del padre, de tal suerte, que se podían casar con las hermanas por parte de madre" (1).

Los pipiles de El Salvador tenían un árbol pintado, y en él siete ramas, que significaban siete grados de parentesco. "Dentro de estos grados nadie se podía casar, y ésto se entendía por línea recta, si no fuese que alguno hubiese fecho algún gran suceso de armas. Cualquiera que tenía comercio carnal con parienta, en los grados susodichos, morían ambos, por ende" (2).

Si hemos de dar crédito al abate Brasseur, todo lo relativo a la boda, en Guatemala, lo arreglaban los parientes del mancebo, sin que muchas veces lo supieran los interesados, ni se conocieran hasta el día del enlace. El amor no se tomaba en cuenta, era cuestión de familias y de prole, como sucede hasta el día con los reyes y grandes dignatarios. En Nicaragua prevaleció la misma costumbre, pero, hubo ciertas poblaciones independientes en las que las muchachas escogían a sus novios, cuando estaban los mancebos sentados en ciertas fiestas, al decir de Gomara, Herrera y Squier.

Andagoya cuenta que en Nicaragua tenía el pontífice el **derecho de pernada, droit du Seigneur.** "La noche antes, había de dormir con la novia un robusto joven, a quien tenían por papa." A la virginidad no le daban aprecio alguno, sino que por el contrario, era vista con malos ojos. La prostitución estaba autorizada. Ni debe extrañarse que entre los indios existiesen tales costumbres, cuando en la Edad Media, en Europa, el señor eclesiástico y el señor feudal tenían derecho a las primicias de la novia (3) y aún después de casada, debía subir al castillo a llevar el **manjar de casamiento**, como si dijéramos, los dulces de la boda. Aún en nuestros tiempos, en algunos pueblos de indios, cuando llega un potentado o cualquiera autoridad, llévanle por la noche una joven de las más frescas, y se la dejan, diciéndole: **"tomá tu costumbre."** Los cronistas hablan, con la mayor naturalidad, de las doncellas que los caciques les regalaban, como la que cuenta Bernal que le donó Moctezuma.

Los jueces se escogían entre los dignatarios y disfrutaban rangos diversos. Los grandes crímenes que herían los intereses del Estado, de las altas clases o del rey, se dejaban al conocimiento del Consejo, presidido por el monarca. Los subtenientes del rey, o señores de sangre real, que gobernaban las provincias, conocían de los casos más importantes, relativos a su territorio, mientras que las cuestiones locales de menor cuantía, eran resueltas por jueces inferiores de aldeas o cortijos. Según enseña Cogolludo, los magistra-

(1) Tomo II, pág. 419.
(2) Palacio, Carta, pág 80—Squier's Central America pág. 334.
(3) Lauriére, II, Michelet, Origines du Droit.

dos podían recibir presentes de los litigantes; y en caso de confiscación de bienes, era la mitad para el juez que la ordenaba, lo cual tenía lugar sólo en crímenes muy graves (1). Algo de todo eso queda por la China y otros pueblos antiguos.

Los castigos más comunes consistían en la esclavitud, la muerte, los azotes y las multas. Dice Villagutierre que la pena del último suplicio se aplicaba por medio de la horca, del garrote, del fuego y del despeñadero.

Cuando el rey se mostraba cruel y tirano con sus súbditos, asegura el cronista Fuentes, que se reunían con gran cautela los **ahguaes** o grandes del reino, y le deponían, eligiendo al inmediato en la sucesión hereditaria, y confiscábanle todos sus bienes; pero si el que levantaba la conspiración contra el príncipe no justificaba sus tiranías, se le condenaba a muerte con tormento, se le secuestraba cuanto tuviera, y se tomaban por esclavos su mujer, sus hijos y parientes inmediatos, que se vendían a trueque de plumas, cacao y mantas, en **caybal,** que era una especie de almoneda.

Si la esposa del rey o de algún noble era infiel, se les condenaba a ella y a los cómplices a pena de horca, si éstos eran de los principales, pues siendo plebeyos los despeñaban de una roca. El delito de lesa majestad se castigaba con pena de muerte, confiscación de bienes y esclavitud para la familia.

El ladrón era condenado a restituir la cosa robada y a pagar otro tanto de su valor, en plumas o cacao a la cámara del rey, en lo cual se asemeja esta pena a la establecida por la antigua legislación romana. En caso de reincidencia, se duplicaba la pena, y por tercera vez incurría en la muerte por despeñamiento, a no ser que fuera de rico **calpul,** que entonces se le permitía redimirse, pagando todos los hurtos y otro tanto al rey. Si no pagaba lo hurtado, quedaba como esclavo del ofendido.

En el delito de estupro se imponía al culpable la pena de muerte, y cuando sólo había habido conatos, se entregaba el delincuente a la ofendida, como esclavo. Era el delito de adulterio de prueba muy privilegiada, de tal suerte que para condenar al que se presumía culpable, bastaba la acusación del marido contra él y encontrarle cualquier prenda de la mujer.

Dice Torquemada que cuando enviudaba una joven debía casarse con el hermano o pariente inmediato de su marido, y los hijos se enlazaban con los parientes de la madre, porque ella ya no pertenecía a su **calpul.** Cuando un reo no confesaba se le imponía el tormento, que consistía en suspenderle de un árbol, atado de los pulgares de los pies, con la cabeza para abajo, y sahumándole con chile quemado, le azotaban al propio tiempo sin piedad.

(1) Bancroft, vol II, pág. 655.

Al que delante de la autoridad mentía, le daban de cincuenta a cien azotes, lo mismo que al que requería de amores a una mujer casada (1). La embriaguez nunca la consideraban como circunstancia atenuante, sino al contrario, como otro grave delito.

No debe llamar la atención la severidad y aun barbarismo de las penas de los indios, una vez que en la legislación antigua de los pueblos de Europa, nótase que el derecho penal reviste aquellos mismos caracteres. Antes del célebre Beccaría, reformador de la justicia criminal, prevalecieron la pena del talión, el tormento, y el lujo de crueldad de aquellos castigos que por fortuna se desterraron en las naciones cultas. El código de Moisés, el Korán y todos los pueblos orientales e indios reconocieron el talión como principio fundamental del derecho de penar, que pertenecía primero al ofendido, ejerciéndose en el culpable o en su familia. Después se traspasó a la sociedad la facultad de castigar. En los tiempos primitivos el que no se vengaba quedaba deshonrado.

Por lo referente al modo de computar el parentesco, dice el informe del oidor don Diego García al rey de España, "que tenían los indios un árbol pintado, y en él siete ramas, significando siete grados de parentesco. Dentro de ellos no se podía casar nadie, en línea recta, sino fuera que alguno hubiese fecho gran triunfo en armas, y había de ser del tercer grado afuera. Por línea transversa, tenían otro árbol, con cuatro ramas, que significaban hasta el cuarto grado; en éstos no se podía ninguno casar."

La prisión no se conocía, como pena, por los aborígenes centro-americanos. La esclavitud era muy común entre los indios de Guatemala y de otros lugares del istmo. A los prisioneros de guerra los vendían como siervos. Los jugadores y las mujeres públicas se enagenaban, con la condición de que, por cierto tiempo quedasen libres, para gozar del precio de su libertad, y después entraban en la servidumbre que no era hereditaria. Los padres de más de cuatro hijos, podían vender uno, y con consentimiento del amo, le era dado cambiarlo por otro de sus hermanos. Los **esclavos del hambre** eran los pobres, que en tiempo de escasez, de granos, o por causa de peste, o por cualquiera otra calamidad, se vendían ellos mismos a los ricos o más acomodados. El **hambre** ha sido y es la peor de las esclavitudes.

Las armas que en la guerra usaban, eran la flecha, el dardo, la pisporra, la honda, las piedras y los palos. Las puntas de las flechas eran de **chay** o sea de obsidiana; algunos llevaban lanzas con agudas picas, o porras erizadas con puntas de pedernal, de las cuales recordamos haber visto algunas en el "Museo de la Sociedad Económica de Amigos de Guatemala." El sayo o armadura de los caciques era de algodón tan consistente que las flechas no la

---

(1) Documentos inéditos del Archivo de Indias, publicados por don León Fernández, tomo 1º pág. 44.

atravesaban, y adornada de oro y plumas vistosas. En la cabeza portaban cascos con adornos de plumas o pieles, y algunos guerreros se defendían con escudos y cueros de tigrillo o de otros animales.

Los quichés, cakchiqueles y tzutugiles soportaban tributos personales, en favor de los reyezuelos y magnates, fuera de las contribuciones que el pueblo pagaba en mantas, cacao, plumas y otros artículos. Tenían geroglíficos para llevar la cuenta de lo que debía recaudarse. Los mercaderes y los maestros de oficios también pagaban ciertas gabelas, en mercancías y artefactos. Los que servían a los templos de los dioses, no pagaban tributo alguno, así como también gozaban de exención los menores de edad, los huérfanos, las viudas, los lisiados, los mendigos y los **mayehues** o solariegos, que eran una especie de arrendatarios o colonos de los grandes señores, y pasaban con la tierra como adscritos a ella, ni más ni menos que los ganados y bestias. Además, esos **mayehues** debían prestar servicio de leña y acarreo de agua para el señor, quien pagaba por entero la contribución de la finca o terruño, incluyéndose en ella lo que a los **mozos** les tocaba.

En los pueblos principales tenían jueces inferiores que verbalmente despachaban los asuntos controvertidos, y unos doce ancianos, que formaban una especie de Corte, conocían de las apelaciones, en negocios graves, quedando al rey la facultad de revocar o anular las sentencias.

Un mancebo principal podía pedir a una doncella para vivir y procrear hijos, con la condición de casarse con ella al nacer el primero. Se crée que siendo obligatorio el matrimonio a los veinte años, esa era la edad de la mayoría. Asegura Zurita haber sido raro el divorcio, aunque se hallaba reconocido. La patria potestad radicaba en el padre, a quien era permitido darse por esclavo con su descendencia. Si resultaba malo el hijo, podía venderlo su padre, con permiso previo de los jueces.

Los contratos usuales consistían en la compra-venta, mediante el precio en plumas, cacao o mantas; el arrendamiento, la permuta, el préstamo, sin rédito alguno, pues no conocían la usura, que tanto arruinó a los judíos y otros pueblos antiguos, hasta el punto de que Jeús dijo: **"Mutum date, nihil indae sperantes."** Era común entre nuestros indios la sociedad para la labranza de tierras, el censo, la donación, la prenda, la servidumbre y el mandato.

Los indios se mostraban muy crueles en la guerra, y no entraban en campaña, por lo común, sino en grupos pequeños, por terrenos de difícil acceso, empleando la astucia del cazador y procurando sorpresas, hasta el punto de que algunos se pintaban el cuerpo de color de hoja seca. Quemaban las chozas y degollaban sin piedad a los vencidos, que intentaban salvarse de las llamas, arrançándoles las cabelleras, que llevaban como trofeos,

Entre los aztecas, quichés y cakchiqueles, eran los guerreros de alta alcurnia, como los sacerdotes. Aquellos nobles, que se dedicaban a la carrera de las armas, llevaban desde niños rapada la cabeza, sólo con un serpentón delante llamado **mocuespaltia.** El joven entraba a cargo de un buen veterano, y cuando llegaba a capturar un prisionero, con la ayuda de los demás, su abuelo o padre lo felicitaba así: "El sol y la tierra te han lavado y renovado el rostro, porque te atreviste a capturar un enemigo, en compañía de otros compañeros tuyos. De hoy más, tú lo capturarás solo, porque de lo contrario parecerás una mujer." Si tomaba un prisionero se le daba el nombre de **telpuchtlitaquitlamani,** y era presentado al rey, quien le concedía insignias de honor. Si capturaba más prisioneros, se le concedía un ascenso militar, con mando sobre los otros (1).

Los nahoas, los mayas y demás pueblos antiguos y civilizados de estas regiones, mostráronse cuidadosos respecto a la educación de la juventud. Los quichés, sucesores de aquella cultura, prestaban también mucha atención en acostumbrar a los niños a que respetasen a los ancianos, reverenciasen a los dioses y honrasen padre y madre. Refiere Las Casas, al hablar de esta materia, que se esmeraban mucho, en que acatasen a los autores de su existencia y les fuesen obedientes; que no tuvieran codicia de muchos bienes; que no adulterasen con mujer ajena; que no yaciesen con hembra que no fuese suya; que no mirasen a las jóvenes para codiciarlas, diciendo que no traspasasen umbral ajeno; que en caso de andar de noche por el pueblo, llevasen lumbre en la mano; que siguiesen su camino derecho, que no bajasen de la senda; que a los ciegos no les pusiesen ofendículos para que cayesen; a los liciados no escarnecieran y de los locos no se burlaran, porque todo aquello era malo; que trabajasen y no estuvieran ociosos; y para ésto desde niños les enseñaban cómo habían de hacer las sementeras y cómo beneficiallas y cogellas" (2).

Se entretenían los niños en juegos guerreros y se acostumbraban desde muy temprano al manejo del arco y de la flecha (3). El padre enseñaba al hijo y la madre a la hija sus respectivos oficios. "Dormían los muchachos, en Guatemala, no sólo cuando hacían su ayuno, en los portales, mas aun casi todo el año, porque no les era permitido tratar ni saber de los negocios de los casados, ni sabían cuándo debían casarse, hasta el tiempo que les presentaban las mujeres, porque eran muy sujetos y obedientes a sus padres. Cuando aquestos mancebos iban a sus casas a ver a sus padres, tenían su cuenta de que no hablasen éstos cosa que fuese menos honesta" (4).

---

(1) Sahagún, Hist. Gen. T. II, pág. 329 Lib. 8.
(2) Landa, Relación. pág. 178.
(3) Brasseur de Bourbourg, Histoire de Nat. Cive. de Amerique Central tomo II, pág. 569.
(4) Ximénez, Hist. Ind. Guat pág. 181.

Lo primero que de alguna utilidad fabricaba el niño con sus manos, era para los dioses a quienes se lo dedicaban (1).

Las escuelas, en Guatemala, reservábanlas los indios sólo para los nobles, y a los plebeyos enseñábanles sus padres el oficio que tenían. A los niños de las clases altas instruíaseles en derecho, música, arte de la guerra, astronomía, astrología, adivinación, profecía, medicina, historia, escritura pictórica, y los demás ramos del saber, que eran conocidos de los aborígenes. Las jóvenes aristocráticas se mantenían reclusas, a estilo oriental, y aprendían todo lo que debía saber una señora maya (2).

Aunque los pipiles de El Salvador no eran de los más civilizados, sí tenían muchas costumbres aztecas, como que de ellos habían provenido. Herrera traza rasgos interesantes acerca de los pipiles, de su educación, sacerdocio, matrimonio, sacrificios, y creencias. Adoraban la salida del sol, como que es la aurora imagen de la esperanza, principio de la luz, origen de la vida, momento sublime, en el cual parece que despierta la naturaleza, que huyen las sombras y que, entre celajes de ópalo y turquesa, se anuncia el astro rey, que después resplandece en el cielo, dora las cumbres de los montes, y va recorriendo majestuosamente la bóveda azulada, derramando sus rayos de oro sobre la faz de la tierra, para fecundarla con amor y esmaltarla de aguas que bullen, plantas que crecen, animales que viven, y hombres, en fin, que ven hacia lo alto, que levantan sus ojos al cielo, aspirando a lo infinito.

Los quichés, lo mismo que los mayas, formaban familias por el matrimonio, entre la aristocracia, pero tenían, según se dijo ya, al principio de este capítulo, la costumbre de la bigamía, esto es que a cada hombre era lícito casarse con dos mujeres nobles. En la creación de **Chay-Abah**, se consigna expresamente que se dieron dos hembras a cada varón. Se cree que la bigamía era consecuencia de la idea que profesaban de que el hombre está formado para tener más de una mujer, ya que de otro modo, durante las periódicas enfermedades de una, mientras el tiempo del embarazo y del parto, y en otras varias ocasiones, no sólo carecería de esposa el varón, sino que sería infecundo el trato que con ella tuviera. En todos los pueblos antiguos, hasta entre los hebreos, que tanta cultura habían alcanzado y que se denominaban escogidos del Señor, estuvo la poligamía autorizada, como que era sin duda un medio de cumplir más presto con el precepto de **"crescite et multiplicamini, et replete terram."** No es raro, pues, que en el Lacandón, como lo explica Chavero, exista todavía la poligamía, como institución de aquellos indios, que tienen siempre dos mujeres legítimas, según puede verse en el tomo 1º de **"México a través de los Siglos,"** en un curioso grabado que representa al jefe de una familia, con sus dos esposas, teniendo todos mucho del aspecto árabe,

(1) Las Casas. Hist. Apol. Capítulo 179.
(2) Brasseur de Bourbourg, Hist. Nat. Civ. tomo II, pág. 51.

Cuando venía al mundo un niño, poníanle en la cabeza, sobre el pelo y al centro, una cuenta blanca, y pendiente de un hilo colgado de la cintura, una concha para cubrir las partes pudendas; utensilios que no se le quitaban hasta que era núbil. Llamábase la ceremonia **nacer de nuevo**, y la fiesta **emqú, bajada del dios.** En un tablero de estuco de las ruinas de Palenque se encuentra figurada aquella ceremonia religiosa. Y ciertamente que es vida nueva la de la pubertad, época en que germinan amores e ilusiones, la fuerza que fecunda, la semilla que reproduce, la sangre que bulle como la savia en las flores frescas.

En la casta sacerdotal estaba depositado el saber, pues era ella la que escribía los libros y se encargaba de la enseñanza, formaba la cronología, arreglaba el calendario, llevaba el ritual de las ceremonias, practicaba el arte adivinatorio, decía los horóscopos y las profecías, ejercía la medicina, guardaba la historia, conocía las antigüedades, la escritura y las matemáticas.

El sumo sacerdote llevaba largos los cabellos, salpicados de sangre de las víctimas; túnica blanca de algodón, sandalias lujosas, y un cuchillo de jalde al cinto. Cuando elevaba oraciones a Gucumatz se ponía una mitra en señal de autoridad.

La escritura maya-quiché era la más importante, sin parecerse a ninguna otra conocida, en forma calculiforme o sea de cuadros pequeños. Algunos la llaman **katuniforme**, por la relación que guarda con las piedras cronológicas llamadas **katunes.** Muchos sistemas se habían inventado para interpretar sus geroglíficos, hasta que el obispo Landa publicó una obra curiosa, en la que explica mucho del calendario y de otros signos; pero no lo bastante para leer las escrituras viejas, los códices, las piedras con leyendas y las antiguas historias. El famoso americanista Clarency yRaa es el que más ha profundizado en esa materia, y se ha creído que el alfabeto de Landa fué una falsificación muy ingeniosa de los misioneros españoles, para ayudar a los indios a aprender el catecismo cristiano, por medio de una escritura pictórica, análoga a la que habían tenido en anteriores tiempos.

Acaso no usaron los quichés alfabeto propiamente, ya que los geroglíficos en número de mil quinientos, son signos ideográficos, como sucedió con el chino. En la frontera de Honduras encontróse una piedra esculpida por sus dos caras, en una de ellas con signos semejantes a los palenkanos, y en la otra, con la imagen de un dios de gran mitra, con muchos adornos, algunas cruces de aspas, un **ex,** sus sandalias y el cetro con llamas; todo lo cual indica que representa al astro del día, cual divinidad creadora. Los geroglíficos de esa piedra, como otros muchos de los quichés, denotan su semejanza con los primitivos mayas, los de la cruz y del sol, en las ruinas famosas de Palenque.

Entre los quichés, cakchiqueles y tzutugiles formaban las danzas parte de la ceremonia del culto, y en las que no eran deshonestas participaban los

nobles; pero por lo común fueron los indios muy dados a bailes grotescos y libidinosos, que las leyes españolas trataron de extirpar. La danza principal de los pobladores de Guatemala era el **Toncontín.** Se reunían por lo menos cuarenta indios, con trajes blancos, adornados de plumas y llevando un casco en la cabeza. Para guardar el compás, usaban un instrumento hueco, hecho con el tronco de un árbol, suave y reluciente, con dos o tres grandes hendeduras, por arriba, y agujeros en las extremidades, llamado **Tepanabad.** El músico golpeaba sobre tal instrumento, con dos palos terminados en bolas de hule (caucho) o trapo. Además bailan zarabandas y danzas de moros y cristianos, que los españoles les enseñaron, así como farsas de la muerte de San Juan Bautista, que acompañan con tamborcillos y pitos. Fuentes y Guzmán refiere que nuestros indios eran muy dados al baile que denominaban el **Oxtún.** Hacíanlo al són de cuernos, caracoles y otros instrumentos sonoros, preparándose con bebidas excitantes. Durante la danza, érales lícito apoderarse de las hembras. Los naturales de Alotenango ofrecieron mil pesos de tributo al capitán general don Martín Carlos de Mencos, a fin de que les diera licencia de bailar el **Oxtún.** No se los concedió, sino que les impuso un castigo de veinticinco azotes a cada uno de los solicitantes.

Entre los indios de Guatemala todavía se conserva el baile histórico que llaman del **Tún (Xahob Tun)** y que más bien es un drama tradicional, cuyo argumento se remonta al siglo XII, al decir del abate Brasseur de Bourbourg, quien siendo cura de Rabinal, lo vió representar, y llamóle la atención tanto por el asunto, como por lo vivo de los movimientos y apropiado de la música (1). La danza de los **huehuechos** se hacía imitando unas viejas, con trajes especiales, como aparece en el documento que publicó Brinton, y que fué encontrado en Nicaragua. Era aquello una especie de baile-comedia, que divertía mucho a los aborígenes. En algunas plazas había templo destinado a las representaciones teatrales, que más eran farsas que otra cosa. El Padre Acosta refiere algunas de ellas, como la consagrada a **Quezalcoatl.**

La poesía popular de los indios cakchiqueles y quichés debe de haber sido inspirada en la naturaleza exuberante del suelo americano. Los cantos nativos se perdieron casi todos con la conquista. La poesía, alborada de la vida, es el postrer suspiro de la existencia. Sábese que los reyes tenían sus cantores y poetas, que componían poemas de sus hazañas y grandezas. Hubo bardos que hicieron cantares religiosos, en alabanza de sus dioses, y que guardaban la tradición histórica. Esos vates vivían en los templos, con el nombre de **cuycapicque**; y eran, según refieren los cronistas, alambicados, metafísicos y llenos de sentenciosos adagios. De carácter melancólico, por lo general, se buscaba en la poesía quiché, más que el ritmo, lo espontáneo del

---

(1) Hist. des Nations Civ. du Mexique et de la Amerique Centrale.

sentimiento. Notas armoniosas, pero tristes, como el eco de los pueblos orientales, cual la repercusión de un pasado glorioso, pero decaído, como el augurio de hecatombe sombría, de esclavitud aterradora.

El profesor Brinton, presidente de la Sociedad de Numismáticos y Anticuarios de Filadelfia, inauguró las sesiones del año 1887, leyendo un extenso e interesante discurso, intitulado "**American Aboriginal Poetry,**" que es, sin duda lo más completo que se ha escrito acerca de la literatura de los antiguos pobladores de este continente. Cuando hablo, dice, de la poesía de aquellas tribus, debe entenderse que por esa palabra no significo, como se hace en nuestros tiempos, una composición en renglones cortos o medidos, llevando cierta asonancia o consonancia. La rima es invención relativamente moderna. Los poetas españoles, tanto como de la rima, se valen de una asonancia vocálica tan delicada que un oído extranjero apenas alcanza a percibir (1). En las lenguas indias que yo he examinado, estudiando su poesía, he podido encontrar un dialecto poético especial, o sea una forma distinta de la expresión común y natural, una fraseología consagrada a las divinidades, como lo dijo el noble y antiguo vate Spencer, "Los guías de los dioses." En México y en la América Central, en medio de aquellas encantadoras escenas de perpetua primavera, el tono de la mayor parte de sus cantos es triste y plañidero. Cuando aparecen satíricos o humorísticos, son amargos y enfermizos, un **Schadenfreude,** que bien lejos está de la alegría juguetona y picaresca. El Dr. Berendt, que empleó dieciocho años en el estudio de las lenguas de Centro-América, ha llamado la atención a la gran profusión de palabras de dolor y de tristeza, de sufrimiento y pena comparadas con las voces de contento, alegría y felicidad."

Uno de los géneros de poesía más común entre los aborígenes de América era el profético o vaticinador, como que la poesía en su origen, y en pueblos primitivos, se remonta a la leyenda, al mito, a lo divino. El oráculo de Delfos, las Sibilas del Capitolio, los Videntes Hebreos, usaban de poético lenguaje. El esfuerzo para descorrer el velo del porvenir es uno de los más naturales del género humano, y la fe en su posibilidad es universal. En la antigua América encontramos adivinos, profetas, videntes, poetas y sacerdotes, que lo abarcan todo. Moctezuma, en su primera entrevista con Cortés, dijo al guerrero hispano que la llegada de un conquistador blanco y barbado que procedía del Este, había sido predicha por los agoreros y videntes. Profecías semejantes existieron en el Perú, en Yucatán y entre los quichés. Mr. Brinton cita una composición maya, escrita en 1469, que lleva por título "**La profecía de Pech, sacerdote de Chichén-Itzá,**" en la cual se dice que han sido cuatro las edades principales del mundo, y que acercándose para ellos el fin de la última, vendrá un gran señor, ante el cual todos caerán postrados.

---

(1) Pág. 19 y 22 del "*Report of the proceedings*" de dicha sociedad.

Tienen los quichés una leyenda acerca del origen del maíz, precioso grano, base de su alimentación. El zorro **(yac)** el chacal **(Uttiú)** el papagallo **(kel)** y el cuervo **(hoh)** guardaban los jardines de **Pan Paxil y Pan Cayalá,** y como en ellos brotara el maíz blanco y el maíz amarillo, fueron a avisarles a los habitantes y a enseñarles el camino. De aquel lugar escogido por la naturaleza, salió primeramente el grano que sostiene la vida del indio (1). Muchas veces constituía la danza una ritualidad del culto. Según era la fiesta de los dioses, así se disfrazaban los danzantes de monos, papagallos, tigres u otros animales.

Tenían juegos públicos, como el de **la pelota y el volador.** Este era un palo alto y grueso, levantado en medio de la plaza; en la parte superior llevaba una pieza cilíndrica movible, de la cual salían cuatro largas y fuertes sogas y pasaban por unos agujeros hechos en un bastidor cuadrado, puesto cerca de la extremidad del madero. Los jugadores trepaban por el palo, muy adornados con flores e instrumentos músicos y bailaban o decían gracias desde el bastidor, colocándose uno en la altísima extremidad del madero, y mientras se deslizaban por las cuerdas, cuatro hombres vestidos de pájaros o monos y suspendidos de las sogas, daban vueltas por los aires produciendo, con su peso, la rotación de toda la máquina. Poco a poco se iban desarrollando las cuerdas con **los voladores.** En un manuscrito que se conserva en la Biblioteca de la Academia de la Historia de Madrid, redactado por Boturini, se describe el juego del **volador,** que tenía significación cronológica: los cuatro **voladores** representaban los cuatro símbolos de los años, y con las trece vueltas de cada uno, formaban los cuatro **tlalpilli** del ciclo de cincuenta y dos años. Refiere Remesal que uno de los señores de la Nueva Ciudad de los Caballeros de Guatemala, envió un buen mapa de ella a España, y además las descripciones de los bailes y juegos del volador. Del mapa poseemos una copia con la que nos obsequió el Director de dicho archivo. En el poema de Landivar **"Rusticatio Mexicana"** se describe, en los lindos versos latinos, el juego de el Volador.

Tenían los indios otro juego semejante al de **las damas,** en el cual usaban piedrecitas negras y blancas. Había también el llamado de **Patolli,** análogo al de los dados, y se jugaba con frijoles pintados de puntos, sobre una estera o **petatl.** Gustaban los indios de luchas y carreras, bailaban en zancos, y eran muy dados a cacerías y ejercicios gimnásticos. Clavígero, Torquemada y Fuentes hablan del juego del **Palo.** Respecto de la **pelota,** es sabido que los méxica, los quichés y otros aborígenes, la jugaban con frecuencia, habiendo sitios especiales a propósito para el caso. En Cabildo de 28 de mayo de 1529, se concedieron en Guatemala unos solares, que se dijo lindaban con **la plaza o alameda de la pelota.**

---

(1) Precisamente en Guatemala, es en donde se da el *Euchlæna luxurians*, planta silvestre de la cual el zea maíz es variedad, por cultivo. Brinton, Annals Cakchiquels.

Por Tecpán Atitlán, por Matagalpa y otros sitios del istmo, había indios tan hábiles en el tiro de la flecha, que hacían una rueda, y a la voz de mando arrojaban una mazorca de maíz al aire, y disparaban con tanta prontitud, arte y tino, que no la dejaban caer hasta que no le quedaba un solo grano..

Fuentes y Guzmán describe el juego **del Palo**, que un indio movía con los pies, acostándose de espaldas sobre el **petatl**, y arrojando el madero y bailándolo con gran habilidad suya y diversión del público (1). Otra diversión popular de los indios de Guatemala era la llamada **del Volcán**. Simulaban un monte de yerbas, construido con maderas, y lleno de pericos, **guacamayas**, monos, pizotes y hsta algunos tigres. En seguida, hacían simulacros guerreros, alusivos a la batalla de Sinacán y Sequechul, contra don Pedro de Alvarado, allá por el año 1526, quien tomó prisioneros a los reyes y redújolos a la cautividad.

Entre las costumbres de los indios había muchas vergonzosas y degradantes, que nuestro cronista Bernal Díaz del Castillo decribe menudamente, con su genial ingenuidad, pero en términos tan claros, por no decir sucios, que el doctor Jourdanet, que tradujo al francés la obra del soldado historiador, creyó que sólo en latín podía verter el pasaje aludido. La prostitución cundió mucho entre aquellos pueblos, que tenían costumbres y torpedades acaso más libidinosas que las de los antiguos asirios y egipcios. Los vicios de Pompeya y Herculano, las aberraciones de Sodoma y Gomorra, abundaban en América (2).

Cuando tomaba posesión el nuevo monarca, entre los quichés, era llevado en un palanquín, en hombros de los nobles, y después de las ceremonias, había grandes comidas y borracheras. Sentaban al electo en una estera muy pintada, y luego lo conducían al trono, bajo cuatro canopíes de riquísimas plumas. No se diferenciaba el rey de Guatemala o de Utatlán de los otros en el traje, sino en que él traía horadadas las orejas y las narices, llevando aretes, que se tenían por grandeza (3).

García, en su obra sobre el origen de los indios, enseña lo que muchos cronistas repiten, sobre que en Nicaragua no había reyes indios, sino que cada año elegían los sacerdotes dos capitanes o gobernadores llamados **huehues, hombres viejos.**

En lo social y en lo material fué muy notable esta región del Sur, por donde se explayó la civilización quiché. Podría llamarse el **Egipto americano.** Las pirámides, los templos grandiosos, las bóvedas triangulares, los arcos formados de pilastras, las aperturas ojivales, los nichos estatuarios, las

(1) Recordación Florida, tomo II, pág. 149.
(2) Historia de la Conquista de Nueva España, capítulo 208.
(3) Ximénez, Hist. Ind. Guat. págs. 196, 197.

paredes de piedra labrada artísticamente, las torres, los puentes, los estucos soberbios, las primorosas obras de ornamentación, las grecas orientales, los medallones circulares en granito, las pinturas análogas a las egipcias, los arquitrabes, las figuras fantásticas, los tableros primorosos; en una palabra, aquella regularidad y elegante sencillez, que distingue la ornamentación y arquitectura quiché, de la lujosa complicación de los mayas, que como hemos dicho antes, mezclaban confusamente grecas, mosaicos y otros adornos, nos sugiere la idea de que la cultura antigua, distinta de la de México, fuese refinándose hasta llegar a un punto que causa admiración a los anticuarios, que han hecho profundos estudios de aquella fase histórica de una raza notabilísima, que alcanzó gran prosperidad y grandeza, extendiendo la vida y la civilización desde las márgenes del río Usumacinta hasta Iximché, hasta Zaklohpakab, en las orillas del mar, y hasta el golfo, en muchísimas ciudades, que llegaban al istmo, y cuya influencia e idioma penetraron hasta el Ecuador, como puede verse en la historia escrita por el obispo Suárez, en extremo interesante. El Usumacinta es el Nilo americano.

Muchísimo tiempo después de la conquista española, persistió con sus costumbres, tradiciones y ritos, sin extraña influencia, un gran pueblo compuesto de varias tribus, en el territorio que está entre la península maya de Yucatán y los antiguos quichés. Los **itzaes, petenes, lacandones, chaques, mopanes, choles, chinamitas, caboxes, uchines, ojoyes, tirampíes,** etc., ocupaban aquellas bellísimas comarcas. En la región que con los quichés confinaba, por el lado de **Amoxtón,** encontraron los españoles tantos venados mansos cuando Cortés hizo viaje a las Hibueras, que les llamó la atención, hasta que supieron que los indios no los mataban, por tenerlos como animales sagrados. Los indígenas de esa región se llamaban **mazatecas,** lo cual indica que su dios principal era el venado.

El Petén es fecunda tierra, con planicies paradisiacas, llamadas a prestar riquezas a faenas agrícolas, que harán surgir, por aquellos lugares solitarios, ciudades populosas. Apenas queda por ahí memoria de pueblos antiquísimos, que desaparecieron por irrupciones de otras tribus, que tampoco existen ya. Acaso no está muy remota la época en que el Petén, casi desconocido, resurja a la vida humana, formándose poblaciones modernas.

Los cakchiqueles, como los aztecas y los mayas, fueron muy dados a edificar templos, palacios de piedra, pirámides, etc. En lo que hoy vemos, erigido de los antiguos, reconocemos sus máquinas soberbias, decía Fuentes y Guzmán (Recordación Florida, Lib. II. Cap. I). Don Pedro de Alvarado y Bernal Díaz del Castillo hablan de ellos como de admirables obreros, que levantaron "esta ciudad bien obrada y fuerte a maravilla." (Rel. de P. de Alvarado, in Bib. de Aut. Españoles, Tomo XXII, Pág. 459).

Los quichés decían ser ellos hijos de la seiba (**mox**) como que lo espléndido de aquel árbol, de ancha copa, fino follaje y altura sorprendente, que tarda siglos en desarrollarse, perdura, se multiplica y se extiende con arrogante magnificencia y se puede comparar con el pueblo numeroso que se desparramó por tierras bellas y fértiles, llenando con sus tradiciones el Popol-Vuh, y con su historia las páginas más hermosas de los fastos centroamericanos, en remotísimos tiempos, antes de que decayera aquella cultura tan interesante como la de Egipto y Babilonia.

Los jabalíes, las liebres, los venados, el tepescuintle, los faisanes, las tórtolas, y otras muchas aves, servían de alimento a aquellos aborígenes, junto con peces, mariscos y tortugas hermosísimas, siendo de advertir que solamente la clase noble se regalaba en el comer, quedando la plebe sujeta, por lo común, al frijol, maíz y chile. El cacao les proporcionaba riquezas y bebidas muy variadas. El algodón, el maguey y las pieles, servíanles para confeccionar trajes, que bordaban a veces con plumas o hilos de vivos colores. El henequén dábales material para hacer cordajes o lazos, como vulgarmente les llaman. El tabaco lo fumaban en torzales y en pipas.

Conservaban los quichés la tradición de un pueblo de gigantes—**quinametzín**,—que acaso fueron los otomíes, dados a la embriaguez y harto crueles. Sabían extraer el rico licor **octli**, pulque, del maguey, del que ellos llamaban **metl**, de donde viene el nombre de los **mecas**, que fueron los habitantes de la región del pulque. Chichimecas eran todas las tribus, no se sabe si porque su primer jefe era **Chichimecatl**, o porque **chichi** quiere decir perros y mecas borrachos; es decir **perros viciosos**.

Aunque generalmente no se acepte la existencia de un pueblo de gigantes, figuran tanto en las tradiciones y se encuentran sepulcros o nichos tan grandes entre las antiguas ruinas, que algunos creen que existieron en remotas edades. Que ha habido uno que otro hombre muy alto y corpulento, como Goliat entre los filisteos y Salmerón entre los chapanecos, no puede revocarse a duda; pero que sea cierta la tradición del pueblo de gigantes del río Palousse (1) y lo que cuenta el obispo García Peláez de las ciudades de los indios de Centro-América en que eran tan comunes los gigantes, es un punto que no está bien dilucidado. No faltan algunos escritores, como Le Plongeon, que asegura que en Yucatán hubo una ciudad de pigmeos y otra de gigantes, deduciéndolo de lo poco elevado de los edificios de la Isla que llamaban de **Mujeres**, y de lo muy alto de otras viviendas, en la sección del interior de la península. Ello es lo cierto que los indios del Ecuador y los mayas tuvieron

(1) Bancroft. Native Races, volume III, pág. 94.

entre sus tradiciones la del pueblo de los gigantes, (1) y todavía tiene Uxmal la **Casa del Enano**, tan pequeña y bien tallada, que parece una caja de China (2).

Todas esas ruinas son como un libro de piedra, un libro roto, cuyas hojas están en la maraña del monte. Ahí quedan las columnas, las estatuas, los geroglíficos, la historia de pueblos que construyeron castillos, palacios, templos, túneles y ciudades, entre pomes blancas que son acaso las cenizas de las vírgenes hermosas, que sacrificaban a sus divinidades, sonriendo y cantando, como morían por el dios hebreo en el Circo de Roma las doncellas cristianas; como moría por el dios egipcio, coronada de flores y seguida por el pueblo, la joven más gentil, sacrificada al Nilo. ¿Dónde están los que trabajaron los bajo-relieves de Santa Lucía? ¿Qué se hicieron aquellos que en el Palenque, en Copán, y en otras hieráticas ciudades dejaron esculpidos los fastos de su historia? Los unos destruyeron a los otros. En guerras intestinas se hallaban cuando vino el hombre pálido y puso desolación en toda la tierra y un grito de agonía resonó en las tristes playas de los mares. Hasta la historía, en la pluma de los vencedores, fué por el fanatismo y el deseo de sincerar las crueldades, una sangrienta ironía. La voz humana del Padre Las Casas, parecíales la queja despreciable de un loco, y los anhelos de justicia del religioso sonaban agriamente en los oídos del encomendero. Mas tarde, oyó el indio un grito de independencia, sin comprender lo que pasaba y sin mejorar de condición. Ahí van los restos del naufragio; aún luchan por vivir los descendientes puros del quiché, del cakchiquel, del quekchí. Tienen las mismas costumbres que en remotísimos tiempos tuvieron, y el soberbio quetzal, de larga cauda, que a la luz brilla, con joyas tornasoladas, huyó a los tristes montes, a los bosques solitarios, en donde se oculta el cazador, que le persigue enamorado de sus plumas de esmeralda, rubíes y topacios. ¡Poema sombrío y sublime el que presenta la historia americana!

---

(1) México a través de los Siglos, tomo I, pág. 352.

(2) El historiador Suárez crée que los huesos de los *mastodontes* los tomaban por restos de gigantes. Tomo I, pág. 253.

CAPITULO XVI

CIVILIZACION E INDUMENTARIA DE LOS ABORIGENES DE CENTRO-AMERICA.

PRINCIPALES PUEBLOS DE GUATEMALA

Desde Yucatán hacia el Centro de América hubo ciudades antiquísimas, superiores a la civilización azteca o mexicana. — No se puede fijar el ciclo del período original del imperio maya, ni el de su esparcimiento. — Aún no están descifrados muchos de los documentos que quedan en códices y en piedra. — Admirable progreso descubierto por americanistas, como Baldwin, Charencey, Goodman, Maudslay, Brinton y otros. — Cultura sorprendente de la nación quiché. — Grandes y numerosas ciudades que refiere Díaz del Castillo haber encontrado por estos lugares. — Ruinas que quedan. — La civilización indígena de América se encontraba en un atraso de miles de años respecto de los conquistadores. — Descripción de la vida de los quichés. — Cómo era la capital. — Vestidos que usaban. — Comercio que tenían. — Príncipes. — Guerreros. — Quienes introdujeron entre ellos las artes. — Oficios que conocían. — Trajes diferentes de cada pueblo. — La tortilla, el COMAL, los TAPEXCOS, las bebidas embriagantes. — Han sido y son refractarios a toda innovación. — No se separan DEL COSTUMBRE. — Grandes construcciones. — Ciudades notables. — La Casa de Las Monjas. — La Casa del Enano. — La Mansión del Adivino. — Antes que en Babilonia y Nínive hubiese gran adelanto, lo había mayor en las costas atlánticas del Norte de Guatemala. — Cómo veían los españoles a los indios. — Se perdieron los secretos de sus artes. — El algodón, las piedras preciosas, los vestidos del pontífice, de los principales, y de las capitanas. — Exposición que se hizo, aquí en Guatemala, de los tipos, vestidos, instrumentos músicos, etc., de los indios. — Interesante procesión de ellos, verificada con motivo del Centenario de Colón. — Estado en que se encuentran los aborígenes. — El pueblo de Jocotenango. — La histórica seiba. — Transformaciones de ese sitio de la capital. — El pueblo de Mixco. — Los pueblos principales que quedan en Guatemala con sólo aborígenes. — Motivos que han causado su disminución. — En la república de El Salvador son casi todos puros pipiles, pero ALADINADOS en su mayor parte. — En Honduras y en Nicaragua existen muchos indios. — Suerte reservada a la raza primitiva de estos países. — Expansión de otras razas, que no tuvieron ni ideales, ni fanatismo, sino cálculo frío y amor al MIGHTY DOLLAR.

Las importantes ruinas que, ocultas entre tupidos bosques, se encuentran todavía por nuestro suelo, demuestran que hubo desde Yucatán, hacia el Centro de América, ciudades antiquísimas, superiores, como piensa Bancroft, (1) en grandeza y magnificencia a la civilización azteca o mexicana. Aquellas viejas ciudades estaban abandonadas, y fueron poco conocidas al tiempo de

(1) Tomo II, pág. 116.

la conquista. Los despojos que quedan demuestran que, en época muy remota, hubo en todo el país grandes poblaciones, bastante cultas, e íntimamente unidas en costumbres y hábitos, ya que no por la sangre o el lenguaje.

No se puede fijar el ciclo original del imperio maya, ni el de su caída o esparcimiento fragmentario, merced a guerras civiles o luchas extranjeras; pero es dable presumir que de las naciones de este continente era la de mayor adelanto, desde sus tiempos prehistóricos, durante la teocracia de los Zamná, hasta que apareció la nación quiché, cuya lengua y construcciones arquitectónicas tienen sello peculiar de elegancia y sencillez. Un antiquísimo manuscrito maya fija la fecha de la aparición de Tutul Xius en la península de Yucatán, que parece ser 171 años después de la era cristiana; y de ahí deduce el abate Brasseur de Bourbourg que esa fué la dispersión nahoa y el establecimiento de otros reinos. Yucatán se encontraba ocupado por mayas en el siglo XVI, ahora cocomes, tutules, xius, itzas y cheles; pero los quichés de Guatemala ya tenían, y habían tenido, cultura autóctona, sin cronología cierta y con tradiciones vagas, acaso provenientes de los mismos mayas. Deben de haber sido más notables la civilización y la riqueza antiguas de los primeros quichés que las que los españoles encontraron, sin dejar de ser éstas muy sorprendentes

Los monumentos que quedan en códices y en piedras, no alcanzan sino a descifrar ciertas cronologías, calendarios o fechas; pero no tradiciones o ideas históricas, religiosas o filosóficas, que sólo se desprenden del Popol-Vuh, único documento mitológico, bíblico y genealógico de suma importancia. Los más célebres anticuarios hoy, Charencey, Goodman, Baldwin, Maudslay y Brinton, han encontrado en las ruinas, altares, monolitos y demás restos de Copán y Kiriguá, datos astronómicos de una época durante la cual florecieron aquellos lugares (1) y que indudablemente superó a la cultura ulterior, que vinieron a hallar los españoles. Esos célebres americanistas, han descubierto en la nación quiché admirable progreso. Ahí los dioses del Popol-Vuh pasan por el viento echando semillas de pueblos sobre la tierra; hubo hazañas de gigantes que domeñaron a las fieras; robos de princesas que hicieron pelear a los aborígenes hasta la muerte; reyes que mandaron matar a sus hijos por infractores de los preceptos sagrados; oradores que se alzaron llorando, como Xicotencal, a rogar a su pueblo que no dejase entrar al español, cual se levantó Demóstenes a pedir a los griegos que no dejasen entrar a Filipo; y aquel mismo príncipe indiano quiso al fin, después de la irremediable hecatombe, entregar sus nobles hijas al conquistador, para que, como las Sabinas, origen de la estirpe de Roma, fuesen ellas las iniciadoras de la raza américo-hispana.

(1) Biología Centrali Americana. London. 1897.—The capital city of Cachiquels. by Daniel G. Brinton

Hubo monarcas grandes, que imitando a Hunahpú, no sólo levantaron palacios, sino que, con alma de padres, hicieron justicia al pueblo quiché. Hermosas jóvenes se sacrificaban a los dioses invisibles del cielo, lo mismo que en Grecia, cuando eran tantos los sacrificios, que no fué necesario hacer altar para la nueva ceremonia, por que el montón de cenizas de la última quema, resultaba tan alto que podían tender allí a las víctimas los sacrificadores; hubo holocausto de hombres, como el del hebreo Abraham, que estuvo decidido a matar a su hijo Isaac, para complacer a Jehová; viéronse sacrificados en masa, como los ejecutados en la plaza mayor, delante de los obispos y del rey de España, cuando el Santo Oficio quemaba a los hombres vivos. Los aborígenes de América tuvieron superstición e ignorancia, como todas las naciones antiguas; pero tiempo hubo en que su cultura fué superior a la de Tebas y Nínive (1). El fanatismo de los budhas es el mismo de los mayas. La prolijidad de talladuras y adornos en sus templos denota civilizaciones análogas.

Bernal Díaz del Castillo refiere, con la ingenuidad que le era peculiar, que cuando llegó con los demás conquistadores a nuestro suelo, encontraron "numerosísimas y grandes ciudades, al puto que, hablando con don Pedro de Alvarado decíanle, alegres y satisfechos, que no era el caso de echar de menos a México, con lo que acababan de descubrir (2).

Las ruinas que hemos descrito de Utatlán, capital del Quiché, de Copán en Honduras, las interesantísimas de Palenke, las que se hallan en las márgenes del Motagua, las famosas de Kiriguá, las de Piedras Negras, con sus altares pirámides y estatuas, los despojos ciclópeos del Carrizal, las fortificaciones de Mixco, los acueductos del Rosario, los restos de Tecpán Guatemala, los escombros e ídolos de Rabinal, las antigüedades de Cotzumalguapa, la fábrica admirable del subterráneo de Pochuta, de nueve leguas de largo; en suma, todos esos monumentos que el tiempo no ha acabado de destruir, dan idea de las gentes que poblaron nuestro suelo, antes del descubrimiento de América (3).

Las naciones civilizadas que hallaron los españoles, no estaban ya, a pesar de todo, a la altura de los pueblos europeos. Tenían una cultura relativa e interesante, inferior a la que antes tuvieron, y que se encontraba en un atraso de miles de años respecto de los conquistadores. Estaban en la edad del bronce, sin llegar a la del hierro. Al hallarse frente a frente ambas civilizaciones, chocaban entre sí dos edades distintas, dos conciencias populares opuestas, dos historias que se pierden por rumbos diversos, en la obscuridad de los tiempos primitivos.

---

(1) José Martí.—La Edad de Oro.—Las Ruinas Indias.—Pág. 106.
(2) Folio 164 del manuscrito original, que está en la Municipalidad de Guatemala.
(3) Brasseur de Bourbourg, Hist. des Nations civilisées du Mexique et del' Amerique Centrale.

Si con mirada atenta contemplamos los utensilios de barro y de piedra, que usaban los indios y que hoy se encuentran como reliquias en los museos de Europa y de los Estados Unidos, comprenderemos que prevalecía entre ellos una cultura antiquísima, digna de estudiarse. Si ha habido un comunismo teocrático caracterizado perfectamente, fué en estos pueblos, en donde en la distribución que los indios hacían del **calpul**, tocaba más extenso terreno al que tenía más hijos, y en que, parte de las cosechas entraba en los graneros públicos para socorrer al pueblo en tiempo de escasez; en donde los hombres y las mujeres se casaban al alcanzar la pubertad; todos se vestían del mismo modo; todos trabajaban y a nadie le faltó el sustento y la manera de satisfacer las necesidades peculiares de la naturaleza humana. Las mujeres hacían los oficios domésticos y sabían hilar, mientras que los hombres tegían los lienzos y urdían las mantas. Aún existen pueblos en Guatemala que son notables por las telas que fabrican. Los **macehuales** tenían muebles toscos y poca comodidad en sus viviendas, mientras que los grandes usaban pieles pintadas, buenos baños, pajareras, peces dorados en vasijas de mármol, joyas preciosas, espejos de piedra bruñida, plumas vistosas, ídolos de oro y ricos vestuarios.

El palacio del quiché era espléndido, con vigas talladas en el techo, columnas de pórfido, primorosas escaleras, muros tapizados de grecas, gigantes de piedra en medio de las puertas, casas de pájaros cantores y de plumaje brillante, jaulas de fieras, lechos de mullida pluma, despensas y graneros anexos, túneles, arcos y otras mil cosas que llamaban la atención de los españoles. Había pintores, estatuarios, plateros, arquitectos, herbolarios, etc. En los mercados públicos se vendían géneros, frutas, flores, jarros y artículos de cerámica, plumas, pájaros, hortalizas, granos, y cuanto necesitaba aquella gente sencilla y feliz. Su comercio era terrestre y reducido al cacao, tejidos de algodón y plumas, cochinilla, copal, ámbar, oro, plata, cobre, estaño, maíz y otros cereales, tabaco, achiote, plantas medicinales, pieles y frutas. Aunque la moneda era imperfecta, servía para sus cambios y permutas. Se valían de cañones transparentes de plumas llenas de polvo de oro, tejuelos de cobre y estaño cortados en figura de T, plumas, mantas de algodón y granos de cacao, que se contaban por **xiquipilli** con ocho mil almendras. Había contratación libre y tenía alguna importancia. Sabían calcular hasta con cifras altísimas de muchos millones.

Vestían los nobles ricamente, llevando **tilmas** o mantas sobre el traje blanco de algodón, y en la cabeza grandes turbantes de vistosos colores. Dice Fuentes y Guzmán "que los **ahaguanes** ostentaban atavíos con relación a los principales que servían; porque aunque fué el mismo que ahora llevan los magnates, de camiseta y **aiate**, siempre era sobre el campo blanco de finísimo hilo de algodón, labrado de plumería de matizados colores, con que dibujaban

en las mantas las figuras que querían" (1). Reinaba animación y vida en aquella histórica ciudad, con avenidas de árboles, buenas calles, y delicioso clima. Iban y venían los indios, atariados en sus oficios, mientras que las mujeres, con túnicas cortas y de distintos colores, **huipiles** y **refajos,** parecían **huacamayas** bulliciosas y alegres. Pasaba un gran señor con largo manto, adornado de plumas, y su secretario al lado, que le iba desdoblando el libro lleno de figuras y signos. Detrás de aquel príncipe o persona principal, venían tres guerreros con cascos de madera, en forma de cabezas de serpiente, de tigre, de lobo o de leopardo. Unos servidores del monarca se apresuraban, llevando en rústica jaula de carrizos y cañas, aves de amarillo y negro, de tinto y rojo, de azul y blanco, de color de oro y con cambiantes de sol. Otros venían calle arriba, dando voces para que abriesen camino a los embajadores que salían con el escudo atado al brazo izquierdo y la flecha de punta a la tierra para pedir cautivos a los pueblos tributarios. O se detenían en medio de la vía, a ver pasar a la novia, que llevaba el **huipil** cosido al camisón de su esposo; o hacían comentarios sobre el entierro del guerrero que acababa de sepultarse, con rico funeral y tremolando la bandera que decía las batallas que ganó; y los sirvientes, que llevaban en bandejas de varios metales las cosas de comer que eran del gusto del héroe muerto. Hubo mucho movimiento, mucho comercio, en aquella gran ciudad cuyas ruinas no revelan lo que fué, ni recuerdan al aborigen la grandeza de sus antepasados. Llamaban **rey tronchador** a una idolátrica figura de la muerte, en forma burda de un esqueleto tallado en madera, que servía para matar a golpes a los enfermos incurables, a los ancianos valetudinarios y a los que nacían imperfectos. Tenían los indios las mismas costumbres, en este respecto, que los sirios, caldeos, y otros antiguos pueblos de Asia.

Los toltecas, que dieron su civilización a cakchiqueles y quichés, introdujeron las artes, y por eso **toltecatl** es lo mismo que **maestro** en un oficio mecánico. Los artesanos e industriales cuidaban de transmitir su saber a la prole que tenían. Los tejedores usaban el pelo más fino de liebres y otros animales, para entretejerlo con el algodón y las plumas, resultando telas finísimas, análogas a las de pura seda de los chinos. Cuenta Bernal Díaz del Castillo que a Cortés le regalaron ricas sobre-camas, paramentos y tapicerías. Alvarado llevó a España ropas de hombres y mujeres, de fina hechura y brillantes colores. Tenían en bordados y adornos, la prolija destreza de las artes orientales.

Los carpinteros conocieron el torno y trabajaban con primor. Los zapateros hacían sandalias o **caites (cactli)** de cuero y de pita, forrados de algo-

(1) Tomo I, pág. 26.

dón para los principales, y dorados tales botines en la parte del talón. Las pieles de los tigres se usaban en los **caites** finos. Ablandaban los cueros de los ciervos, y servían para pintar geroglíficos. Eran hábiles en la industria de los **petates** y de las **jícaras, xicalli,** que labraban con primor y cuidado. Hacían utensilios y adornos de oro, plata, cobre, plomo, estaño y bronce, que eran los metales conocidos por ellos. Usaron el cristal, la mufla, el soplete, teniendo además un secreto para volver maleable el oro. Quedan idolillos en que se ven las líneas de las yemas de los dedos de los fabricantes, como si se hubieran trabajado en blanda cera. Asentaban el oro con la plata, y a los que tal hacían llamaban **tlatlaliani.** Labraban piedras finas, elaboraban collares y sonajas, amuletos y pequeños ídolos, calaveras de cristal de roca, cuentas del **chalchihuitl** (flourina), sartales de esmeraldas, que denominaban **quetzaliztli.** Las turquesas se destinaron a los dioses, y por eso les decían **teoxihuitl.**

Conocían el rubí, **tlapalteoxihhuitl,** y más que todas las piedras preciosas, tenían ópalos **quetzalitzepiollotli.** El zafiro **xiuhmatlalitztli** resplandecía en varias de sus joyas. El mármol **aitztli** y el **tecali** lo empleaban en collares y lápidas. Las conchas, caracoles y perlas **epiollotli,** así como los corales **tapachtli,** eran muy apreciados. Sábese que don Pedro de Alvarado llevó a España muchas alhajas quichés y cakchiqueles.

Cada pueblo de indios tuvo, y tienen todavía, trajes diferentes en colores y bordados, pues en cuanto a hechura poco difieren; las mujeres llevan una enagua envuelta, atada con una ancha faja en la cintura, y un **huipil** o camisolín bordado de colores, con vistosos dibujos. Todos los de un pueblo se visten del mismo modo y con iguales colores.

Las camas o **tapexcos** son tarimas hechas de palos unidos unos a otros y atados con fibras de maguey. Encima va una estera o un **zarape,** para evitar la dureza. Los platos, tazas, etc., son de barro por lo común, aunque los de los reyes y señores eran de oro y otros metales. En el centro de la choza pajiza está la piedra de moler el maíz para hacer la tortilla, y cerca se perciben unos guijarros, con el fuego de la leña para dar calor al **comal,** o sea un gran disco de barro, de un centímetro de grueso y unos ochenta de diámetro, en el que se cuece la masa molida para el alimento diario, en forma de tortita delgada con un poco de agua de cal y sal, a efecto de que resulte un nutritivo condimento. La olla de los frijoles tampoco falta, ya que constituyen, con el chile, la comida de los indios. Gustan de frutas y cebollas, pero rara vez comen carne. Con el cacao hacen diferentes bebidas, y con **jocote,** tamarindo, maguey, etc., fabrican aguardientes y chichas, que conocieron desde mucho antes de la conquista. Han sido y siempre son frugales, aunque bastante dados a la embriaguez.

Refractarios a innovaciones, viven lo mismo que hace mil años vivían, y no quieren separarse **del costumbre,** como ellos dicen, a lo cual se debe que en

los pueblos actuales, que los hay numerosos en Guatemala, se puedan estudiar perfectamente las lenguas, razas, hábitos y cultura de los aborigenes. Aún quedan rastros de cíclopeos trabajos que ejecutaban, como túneles de pueblo a pueblo (1) ríos subterráneos, que hacían correr por debajo de llanuras inmensas (2) túmulos que se ven todavía, en donde hace más de tres mil años tuvieron ciudades, de las cuales no quedan sino los piramidales **mounds** que se miran con indiferencia, como si no fuesen persistentes restos de perdidas razas. Todo se ha acabado con el transcurso del tiempo. Votán mismo dejó mucho escrito sobre el origen de los indios (3) pero Núñez de la Vega, en 1691, destruyó en Soconusco valiosos archivos de los naturales de la tierra. Se perdieron para siempre, por la impía mano del conquistador, los fastos consignados en colores, que guardaban los indios de Nicaragua, sobre pieles y papiros, que vieron Oviedo y Herrera, y que se entregaron a las llamas, por atribuírseles diabólicas tendencias y demoniacos propósitos.

Tres mil años antes de nuestra era ya existían en las costas del Atlántico, aquellas ciudades, como **Aké**, con sus pilastras ciclópeas; Chichén con sus esbeltas columnas; Uxmal con sus bóvedas, sus palacios pintados, sus conventos históricos, que llaman **"La Casa de las Monjas,"** la **Mansión del Adivino,** la **Culebra** que rodea todo un gran edificio de piedra viva, y la **Mansión del Enano,** que semeja un juguete chinesco o árabe; **Kabah,** con arcos de triunfo más grandes que los de Roma, torres altísimas, portentosos restos de días gloriosos para aquella raza; Copán, la de los materiales finísimos, perfección de líneas, pirámides con calaveras de gigantes, cinocéfalos parecidos a los que estaban en el obelisco de Luqsor, cabezas de reyes de melancólica expresión, sandalias egipcias, cocodrilos que recuerdan la zolatría de los anfibios feroces; y en fin, aquellos monolitos esculpidos en alto relieve, que dejan ver entre primorosas combinaciones el retrato de una reina, llevando por tocado la cabeza de una serpiente, y lujosa faja en la cintura, de la cual pende el **ex** o **maxtli,** que apenas cubre las esculturales formas núbiles de una mujer griega. Los geroglíficos calculiformes son rojos, cual si recordaran la sangre de las batallas que conmemoran. Los sacerdotes con sus cruzadas piernas, a estilo oriental, llevan mitras riquísimas, brazaletes raros, abrazaderas en los muslos, y aire de compungidos egipcios. Los restos de la arquitectura admirable y escultóricas artes revelan maravilloso adelanto.

Poderosos imperios aquellos, que antes que Babilonia y Nínive, alcanzaron en el Norte de nuestras costas la mayor cultura de los pueblos asiáticos,

---

(1) De Pochuta a Tecpán, cosa de 9 leguas.—Recordación Florida, tomo I, pág. 18.

(2) A glymse at Guatémala. Maudslay.

(3) Véase a Ordónez, que detalla aquella destrucción.

que si diéramos crédito a Le Plongeon, Brasseur, Nardaillac, Stephens y otros apasionados anticuarios, la recibieron de los nahoas, raza antiquísima y autóctona.

Los españoles de la conquista, si eran soldados, veían a los indios como enemigos, torpes, sanguinarios, irreducibles; si eran frailes, los consideraban como seres imbuidos en diabólicas costumbres, análogas en algo a los ritos y ceremonias cristianas, que según decían, fueron restos, que belzebú guardaba de la doctrina que Santo Tomás había venido a enseñar a aquellos bárbaros, descendientes de la tribu perdida de Egipto; si el español era encomendero, no iban tan lejos, sino que muy de cerca exprimía al aborigen, sin pensar en tales pamemas, propias de teólogos y licenciados; si el dominador, o mejor dicho, la dominadora era una doña Beatriz, doña Leonor, doña Violante, o alguna de las doncellas que a buen precio vendía don Pedro, **para las casar**, como refieren las crónicas, entonces en cada india veían no una prójima, ni mucho menos, sino una mala hembra, que folgaba a las veces con el blanco, por torpes y descastados instintos.

Es en verdad lamentable que los conquistadores españoles destruyeran los monumentos, códices, escrituras, geroglíficos y esculturas que hubieran servido para darnos una historia completa de nuestros aborígenes. Conoceríamos los métodos que sus astrónomos empleaban para determinar el movimiento del sol y la extensión del año; sabríamos cómo sus artífices labraban los cristales y las piedras; cómo modelaban las figuras de oro y plata en una sola pieza; cómo hacían los adornos de filigrana sin soldarlos; cómo aplicaban a los trastos de barro aquel admirable esmalte de diversos colores, que después de muchos siglos se conserva tan fresco y brillante; y cómo tejían sus magníficos géneros de algodón, mezclado con plumas sedosas y piel de conejo. Estas y otras artes de una civilización extinta son en sus procedimientos simplemente materia de conjeturas.

Tanto en los pueblos de los Altos como en los de la Verapaz tienen canciones indígenas y tradicionales. Las de aquellos indios son de alegre y festiva música, mientras que las de éstos, llevan notas tristes, ecos melancólicos, suspiros lanzados por hondos infortunios. Hay mucha analogía entre la música china y la indiana de estas comarcas. Cierta monótona vaguedad, sin altivos acentos, ni cambios rítmicos. Pueblos estacionarios, revelan en sus cantares y orquestas el estado de sus costumbres y de su vida. La poesía y la música transparentan el alma de las sociedades.

De algodón, plumas, oro y piedras preciosas ataviábase el monarca; con tilmas de colores cubríanse los principales; y el Pontífice, de blanca túnica, con bordados raros y un cuchillo de jalde. Los demás indios tuvieron los mismos vestidos que hoy tienen en los diversos pueblos, a juzgar por las descripciones de Díaz del Castillo y Torquemada. El indiano **huipil**, con el refajo

comprimiendo el vientre, a guisa de higiénico corsé; el tuntún en la cabeza, formando morisco peinado, sobre el cual llevan una limpia servilleta, que hace recordar a las mujeres caldeas y a las aldeanas milanesas; la enagua envuelta en la cintura, hasta la mitad de las piernas, las solteras, y hasta el tobillo las casadas; un tapado blanco, circuido de encajes, y el conjunto con algo de oriental. Las capitanas de las Cofradías usan ropas vistosísimas, grandes turbantes y bastante lujo. Los vestidos de los hombres principales, como ellos mismos les llaman, son costosos y raros.

Fué sobremanera interesante y curiosa la exposición que se hizo aquí, en la capital de Guatemala, de todos los tipos, trajes, utensilios, instrumentos músicos y enseres de los indios, con motivo del centenario último del descubrimiento de América. De los numerosos pueblos antiguos que nos quedan, vinieron muchísimos a festejar al inmortal descubridor, sin presumir éllos que el descubrimiento que se celebraba fué el principio de una conquista asoladora para las primitivas razas de este continente. ¡Hecho estrafalario, por cierto, que después de cuatrocientos años, numerosos indios, sin mezcla de la raza conquistadora, hablando sus antiguas lenguas, tañendo sus primitivos tunes, harpas y pitos, exhibiendo en pintoresco conjunto la indumentaria aborigen, se reuniesen a saludar inconscientemente—por orden oficial del Gobierno de la República—a los manes de Cristóbal Colón, en nombre de las razas y de los pueblos que eran dueños de estas riquísimas regiones! ¡Ironías del destino! ¡No se sabe a punto fijo dónde reposan las cenizas del inmortal Almirante, que fué encadenado por premio de su proeza! El conquistador ibero llenó de sangre el Nuevo Mundo. El ocupante inglés sólo dejó sombras de muerte, acabando con las razas que encontrara y ahuyentando a los poquísimos sobrevivientes cual bestias nocivas. El régimen colonial de España, permitiendo al indio casarse con quien le pluguiese, dejó la embriogenia de américo-hispanas repúblicas, por su idiosincrasia, e híbrida sangre por su entroncamiento. Cuatro siglos transcurren ya sin poderío la Madre Patria; se hace en el mundo entero la apoteósis del genovés; y surgen cual de las necrópolis de los tiempos, diversos tipos de las primitivas razas americanas, con sus peculiares vestidos, con sus músicas melancólicas, con sus idiomas antiquísimos, a rendir homenaje al descubridor.... ¡Semejante saludo nos pareció más bien una protesta! Diríase que del cementerio de remotas épocas, habían resucitado, en demanda de venganza, las razas sacrificadas.

Pero ya que recordamos aquella interesante procesión, conviene saber de qué pueblos vinieron, o lo que es lo mismo, se hace preciso reseñar siquiera ligeramente los principales que quedan en Güatemala.

Comenzaremos por apuntar que la organización de los virreinatos y de las capitanías generales de la América española, se basó en la preexistente manera de gobernarse que los indios tenían. Ora formaron comunismos teocrá-

ticos, no ya en favor del régulo, sino en pro del fraile o del encomendero; ora el socialismo gubernativo de las tribus se explotaba por medio de los mismos señores **principales** indios, en beneficio del conquistador o del cura; ora la plebe indiana, cual rebaño de carneros, era dominada primero por sus caciques, luego por los gobernadores, en seguida por los magistrados de las Audiencias, presidentes o virreyes, mientras allá en España daban leyes los monarcas iberos con todo el aparato del Consejo de Indias. Así nunca hubieran los aborígenes podido mejorar de condición, no obstante los más filantrópicos deseos de doña Isabel la Católica y sus sucesores regios.

Después de la independencia de los Estados hispano-americanos, cabe asegurar que los indios siguieron lo mismo que antes, ya de instrumentos de algún jefe militar afortunado, ya sirviendo de acémilas para conducir mercaderías o bagaje de guerra, ya explotados por algún zátrapa de la canalla, de esos que el viento revolucionario ha solido convertir en mandarines de facciones, políticos de encrucijada, y promovedores de bochinches;—bien que con el roce que han tenido los aborígenes con los **ladinos**, muchos de aquellos salieron de su antigua condición, en México, Centro-América, el Ecuador, Venezuela, Colombia, el Perú, Paraguay y Bolivia, en donde una parte de la población civilizada es de raza indiana más o menos pura.

El hombre, como el diamante, se pulimenta con el roce. Inmediato a esta capital de Guatemala hubo un pueblo, que alcanzamos a ver cuando niños. Era el pueblo de Jocotenango, que se extendía al derredor de la altísima ceiba que hoy se encuentra presidiendo el jardín "Estrada Cabrera," en la avenida de Minerva; ahí, en donde había una pequeña iglesia y un Campo Santo, con modestas lápidas y epitafios disparatados. Ese árbol grande dió sombra por muchos años a unos indios albañiles, en su mayor parte, que trabajaron en edificar esta ciudad, y a las mujeres que se dedicaban a servir de nodrizas en casas de los ricos. Hoy la erguida ceiba, esparce el murmullo de su follaje entre las flores, extranjeras muchas de ellas, que deleitan la vista de la alta clase social. El pueblo de Jocotenango desapareció para siempre. Aquellos indios se confundieron con los **ladinos**, y la familia de los Cospines, que era la principal, tendrá descendientes, pero se visten ya a la europea, y ni recuerdan cuál fué su sitio solariego. ¡Ah, si la orgullosa ceiba pudiese contar cuanto a su vista ha pasado.... ! ¡La ley de la evolución hizo de los **jocotecos** grandes señores y de élla misma un árbol aristocrático, que se ostenta en medio del **vergel**!

El pueblo de Mixco, ese nido de indias aseadas e inteligentes, que son las que vienen de amas de cría a las mansiones de los **ladinos**, que pródigamente las pagan, acabará por tener los usos y costumbres de la gente culta, y con el tiempo llegará a suceder lo que aconteció con el pueblo de Jocotenango.

Si se fija la vista en los indios de la Verapaz, de esa zona tan rica de la república, que en sus nueve décimas partes está poblada por aborígenes, se notará que tienen buena índole, y que si en algunos puntos reinan preocupaciones de castas, debe atribuirse a ciertos ladinos que se han establecido en medio de ellos, dándoles malos ejemplos. "Los naturales de San Juan Chamelco, el pueblo más antiguo de la Alta Verapaz, hacen el comercio de loza inglesa, que van a comprar a Izabal, y que llevan a la capital, al Salvador y a otros puntos remotos, trayendo a su regreso efectos de aquellos lugares. Los de Rabinal vienen a la capital y a Chiquimulilla, donde se abastecen de sal: los de Cahabón traen algodón y cacao, que van expendiendo hasta Guatemala: los sampedranos viajan por la costa E. de Verapaz, donde tienen sus **milperías** y sus crianzas de cerdos, cosechan cacao y zarzaparrilla: van a las salinas de los Nueve Cerros, al Petén, etc. Los tactiqueños, generalmente cargadores, trafican desde Telemán y Panzós hasta Guatemala y los Altos: los indios de San Cristóbal y Santa Cruz, venden en toda la república lazos, redes, **suyacales**, huevos, etc. En fin, los de Cobán son algo más sedentarios; con todo, algunos de esos indios son nómades, y muchos de esos pueblos proveen de brazos a las doscientas fincas de café, que cuentan con tres millones y medio de árboles.

Poco tiempo después de su establecimiento en la Verapaz, los domínicos, con el doble objeto de completar la educación religiosa de los indios y de reunirlos en las ciudades recién formadas, instituyeron cofradías, y he aquí el origen del gran número de estas asociaciones religiosas.

Ocioso nos parece entrar en pormenores acerca de los gastos y varios otros compromisos a que están sujetos todos los individuos de una cofradía; y son muchos los indígenas que, para evitar se les nombre mayordomos, prefieren abandonar sus casas e internarse en las montañas. Es mayor del que se piensa el número de los que se han desterrado voluntariamente (1). Hay también que advertir, que algunos, mayordomos de cofradía, que no son muy buenos administradores, por lo menos, tienen a veces que vender sus animales y hasta su casa, cuando se trata de celebrar la festividad de algún santo.

Hemos dicho que algunos indios son nómades, y esto es tan exacto, que durante la mayor parte del año, no se encuentran en el pueblo de San Pedro Carchá (el más numeroso de la Alta Verapaz, que hoy tiene 4,5000 habitantes), sino la décima parte de ellos. Casi todos viven en sus **milperías**, las cuales distan hasta treinta leguas de San Pedro. Es bien sabido que los indios de ese pueblo en la Alta Verapaz y los de Santa Catarina Ixtahuacán en los Altos, no cesan de pedir tierras, y tratan de invadir constantemente terrenos

---

(1) El obligar a los indios a trabajos públicos sin retribuirles como era debido, ha sido una de las causas de que muchos emigren.

ajenos. En la fiesta titular de Carchá (29 de junio) se puede juzgar del número de los sampedranos, porque entonces van a celebrar la fiesta del Patrón, consumiendo en menos de seis días, dos mil quinientas arrobas de aguardiente flojo, de mal gusto, entregándose a los regocijos semi-religiosos, que se resienten de antiguas costumbres, a zarabandas, bailes, etc. Escogen estos días para traer de la montaña a los niños, a fin de hacerlos bautizar: el número de bautizmos asciende a veces a más de ciento en un sólo día; y también traen a los moribundos para que el padre les administre los últimos sacramentos. La disminución de un pueblo que tuvo más de veinte mil almas, y el haberse dispersado en las montañas, es sin duda un mal grave, que debiera remediarse por medio de la predicación, de la persuasión, de la instrucción, del establecimiento de un hospital, y de un asilo para los huérfanos y los impedidos. De esta diseminación resulta evidentemente el relajamiento de las buenas costumbres, la falta total de instrucción en los niños, y esa timidez casi salvaje que se nota entre muchos indios, pues en los caminos reales se ve frecuentemente a las mujeres huír de la vista de un pasajero, esconder sus niños y ocultarse en el monte, hasta que ha desaparecido el **español.**

Estos pormenores tienen su significación, y por eso los refiero aquí sin exagerar nada, y con el verdadero pesar que producen a todo aquel que abriga simpatías por la desgraciada raza indígena.

Los trabajos públicos emprendidos en una grande escala, de algunos años acá, en los pueblos de la Verapaz y el mal sistema de colectar mozos braceros, por medio de la fuerza, han ahuyentado a muchos indígenas, porque no se les da salario ninguno. De ahí resulta que cuesta trabajo conseguir peones para el servicio de las fincas, que muchas veces los pagados anticipadamente, según la costumbre, por los empresarios de cafetales, están ocupados por la municipalidad del lugar, que no concede a las empresas toda la importancia que tienen, y no prevé que el engrandecimiento de esos pueblos está fundado en la protección que dé a la agricultura.

Uno de los medios que debe contribuir, con el tiempo, a impedir la emigración de los indios a las montañas, consistirá en el cultivo del trigo, que se da en las partes frías próximas a los pueblos. Este cultivo dará a los terrenos un valor más grande, proporcionará a los cultivadores un punto de venta seguro y lucrativo, y mejorando la alimentación de estos pueblos, introducirá el bienestar poco a poco entre ellos. Al lado del trigo, se podrán cultivar las papas, que se dan durante todo el año en la Alta Verapaz, y suministran un alimento sano y nutritivo. El cacahuete, **manilla** o cacao de la tierra, es otro cultivo importante, del cual pocas personas se forman una idea exacta. El cacahuete necesita muy pocos trabajos, y produce más que cualquiera otra clase de plantas; las matas secas arrancadas en tiempo de la cosecha, forman el mejor pasto que se pueda dar a los ganados; la almendra subterránea que

se saca del suelo como las papas, es un verdadero frijol aceitoso, es decir, un alimento de primer orden: da un 40 por ciento de un aceite exquisito, tanto para comer, como para quemar, hacer jabón, etc. El residuo de la preparación, harto fácil, de este aceite, es el mejor alimento que se pueda dar a los cerdos y a las aves domésticas. En fin, el cacahuete da su cosecha a los seis meses, crece en los terrenos más arenosos, en tierra caliente, templada y fría. En Cobán esta planta prospera de un modo extraordinario.

Hay poblaciones como **San Pedro Sacatepéquez,** con cinco mil indígenas, en una ventajosa posición topográfica, a una milla de San Marcos, con buenos edificios públicos, con muchas fuentes de uso común, con calles rectas y con floreciente agricultura. Sus pobladores cultivan los cereales y fabrican bellos cortes de enaguas, **huepiles** y fajas de hilo y seda. No faltan carpinteros, sastres, herreros y ladrilleros. **Santo Tomás Chichicastenango,** a cinco leguas de Santa Cruz Quiché, tiene veinte mil habitantes indígenas, que cultivan maíz, trigo y papas, hacen buenos tejidos de algodón, crían ganados y llevan una vida sobria y laboriosa. En esta ciudad se contemplan ruinas rodeadas de grandes fosos. **Joyabaj** con cinco mil pobladores, que pastorean ganados y siembran granos y frutas. **Sacapulas,** fundada por Fray Bartolomé de Las Casas, cuenta con cinco mil habitantes, que elaboran sal, fabrican telas y siembran caña de azúcar, cacahuate **(manillas),** yuca, frijol y maíz. **Nebaj,** de cinco mil vecinos, que pasan la vida fabricando canastas de caña, objetos de jarcia, y sembrando cereales. **San Miguel Uspantán,** que tendrá tres mil habitantes, cuya industria principal consiste en fabricar sombreros de palma, esteras **(petates),** paraguas **(suyacales)** y escobas. **Totonicapam,** cabecera del departamento de este nombre, y ciudad de veintiséis mil habitantes, casi todos indios, se encuentra al pie de una elevada montaña, con clima benigno. Allí están todavía los descendientes de los tlascaltecas que trajo don Pedro de Alvarado, y que tienen buenas fábricas de tejidos y alfarería. Es población industriosa y rica, a ocho mil setecientos pies sobre el nivel del mar, con casas buenas, provistas de agua potable. **Momostenango,** a unas siete leguas de dicha cabecera, es pueblo importante de agricultores, que emplean variados cultivos por la diversidad de climas. Los indios **momostecos** tienen particular veneración a un retrato de Diego Vicente, aborigen que construyó por su cuenta la iglesia parroquial. **Santa María Chiquimula,** con tres mil indígenas, que son comerciantes y peones agrícolas. **San Cristóbal,** compuesto de seis mil almas, con una antiquísima iglesia. Los indios de allí son tejedores, herreros, carpinteros, talabarteros, fabricantes de trastos de barro, marimbas y cohetes. Siembran trigo, maíz, habas, frijoles, arbejas, duraznos, manzanas, nueces y ciruelas. **Panajachel,** a orillas del pintoresco lago de ese nombre, produce arenas de plata, caparrosa, ocre y tiza. Se cultiva el frijol, el maíz y ricas legumbres. Esos indios son dados a la pesca y al tejido de telas de

algodón. Tendrá ese precioso pueblo dos mil almas. **Santiago Atitlán,** con siete mil habitantes, que siembran cacao, café, maíz, frijol, chile y hortalizas. La industria se reduce a cuidar ganados y a pescar. **Santa Lucía Utatlán,** en donde se hacen jabones, y se cultiva el trigo, el maíz, la linaza, la cebada y la avena. **Nahualá,** con veinte mil indígenas, en clima frío, que crían ganado lanar y siembran maíz y trigo. Los terrenos son quebrados, y la industria consiste en fabricar ropa de lana y curtir cueros. **Santa Catarina Ixtahuacán,** a ocho leguas de Sololá, con veinticinco mil habitantes, todos de raza primitiva americana, se dedican a criar obejas y carneros, a tejer sus ropas y a cultivar maíz, frijol, trigo y frutas. No admiten ladinos en su pueblo; no consienten estanquillos de aguardiente ni chicha; son bravos y crueles cuando se sublevan, pero respetuosos para con las autoridades y sumisos cuando los tratan con justicia. Es uno de los pueblos en que mejor se pueden estudiar las costumbres aborígenes.

Todavía hay en los Altos muchas otras poblaciones indígenas, aunque de menor importancia, que guardan reliquias de los tiempos precolombinos. Sería prolijo el enumerarlas todas.

En los departamentos del centro, existen también pueblos de indios, como **Chinautla,** con mil ochocientos habitantes, que se ocupan en alfarería y siembras de maíz; **San Antonio La Paz,** con mil, que siembran café y caña de azúcar; **San Pedro las Huertas,** a orillas de la capital de Guatemala, tiene unos quinientos habitantes **aladinados,** que cortan leña y siembran café, pasturas y hortalizas; **San Juan Sacatepéquez,** con quince mil pobladores, que labran madera, fabrican trastos de loza, siembran maíz y frijol, cuidan ganados y tejen jarcia; **San José Nacahuil,** con quinientos habitantes, de los cuales las mujeres tejen y los hombres cultivan la tierra; **Mixco,** a tres leguas y media de la capital, con ocho mil indios, que son agricultores por lo general, y fabrican utensilios y juguetes de barro. Las mujeres muelen maíz y hacen tortillas, ocupándose también de nodrizas en las casas de las personas acomodadas de la capital. **San Raymundo,** es otro pueblo de indios que está en el departamento de Guatemala, y tiene unos mil quinientos habitantes, que son agricultores, comerciantes, y algunos de ellos beneficiadores de cerdos; **Palín,** del departamento de Amatitlán, tiene como cuatro mil indios que cultivan frijol y frutas, y siembran caña de azúcar; **San Vicente Pacaya,** que tendrá mil habitantes que trabajan en siembras de café. Allí se encuentra una grandísima piedra tradicional llamada **Doña María**; flores grandes de madera muy curiosas y carbón mineral que arde perfectamente; **Dueñas,** en el departamento de Sacatepéquez, fué erigido por Alvarado, en el sitio en que había él dispuesto sembrar **una milpa** (maizal) para las viudas de los conquistadores. Está muy cerca de la Antigua ese bonito pueblo, al cual le asignan mil cuatrocientos indígenas. Los terrenos producen maíz, frijol, café y cochinilla.

Alotenango, con mil quinientos habitantes, da buenas maderas, zarzaparrilla, granos y legumbres. **Santa María**, en las faldas del volcán, cuenta con dos mil quinientos naturales, que se ocupan en faenas agrícolas, en tejer sus vestidos y en elaborar carbón. **San Juan del Obispo**, fundado por un virtuoso diocesano, apenas tiene ochocientos pobladores, y produce cochinilla, café, maíz y frijol. **San Antonio**, da maíz, café, frijol y garbanzos, y tiene unos mil indios, que no sólo trabajan la tierra sino que fabrican **petates** (esteras) y hacen **ceñidores, fajas y huepiles. Santa Catarina**, que fué fundado por Ignacio Bobadilla, y que hoy cuenta como mil habitantes, cuya industria principal consiste en tejer cotones y ceñidores. **San Andrés, San Lorenzo, Santiago, Magdalena, Santo Tomás, San Miguelito, San Mateo, San Lucas, Sumpango, San Bartolomé, Xenacó, Jocotenango, Pastores**, son otros tantos pueblos que rodean la antigua capital del histórico reino de Guatemala, y que a fuerza del contacto con gente civilizada, se van aladinando poco a poco. En Chimaltenango está **Tecpán Guatemala**, que tendrá, fuera de los **ladinos**, unos cinco mil indios, que fabrican telas y crían ganados; **Patzún**, con buenas minas y plantaciones de café, produce también trigo, maíz y frijol; **Comalapa**, de unos tres mil pobladores, da también trigo y cereales, siendo su industria de tejidos de **huepiles y zutes** (paños).

En el oriente de la república de Guatemala hay uno que otro pueblo de indios; pero ya hoy están casi todos **aladinados.**

En el Petén cuéntanse varias poblaciones indígenas y existen los **lacandones**, que no tienen por cierto la ferocidad que se les atribuye. Son unos doscientos aborígenes, en la parte del territorio de Guatemala, que se conservan independientes sobre las márgenes del Usumacinta. Los indios de Izabal se encuentran por Cahabón, Chajal y otros puntos.

En la república de El Salvador quedan muy pocos indios, a estilo aborígen, ya que siendo aún la mayor parte de la población de pipiles puros o algo mezclados, se **han aladinado**, como por acá se dice, para indicar que hablan castellano, visten como el pueblo común, sirven en las milicias y hasta tienen los vicios de esa clase social. En tal sentido, casi ya no hay indios en dicha república.

En Honduras y en Nicaragua todavía quedan muchos que hablan primitivas lenguas y conservan costumbres indígenas. En Costa-Rica hasta el pueblo bajo es de raza blanca, descendiente de gallegos, salvo unas cuantas tribus, que en lejanas regiones llevan apartada vida.

¡ **El indio!** ah, desde el primer día de la conquista fué reputado irracional, siervo **a natura,** bestia de carga. Después de tres siglos de opresión, volvióse suspicaz, taciturno, triste. Está destinado a desaparecer. En el turbión del progreso, tras de imperialistas avances de razas que no tienen, ni han tenido, ideales, ni fanatismos, sino cálculo frío, quedarán en obras eruditas y bellamente ilustradas, los recuerdos de los indios, del Popol-Vuh, de sus usos y costumbres.... pero ellos habrán desaparecido.

CAPITULO XVII

LA PROFECIA DE LA CONQUISTA—CIUDADES OPULENTAS—DESTRUCCIONES IMPIAS

El hechicero cakchiquel. — La profecía de la conquista. — Señales en el cielo. — Guerras entre quichés y cakchiqueles. — Epidemias del año 1522. — Número de pobladores. — Corte de los mames. — Presunción de los tzutugiles. — Ciudades opulentas. — Los pipiles de El Salvador. — Los chontales de Nicaragua. — Los talamancas de Costa-Rica. — Destrucciones impías. — Salváronse las razas, el tipo y las lenguas. — El hombre pálido en el templo de Tohil. — Huyó el sumo sacerdote. — Se hizo desaparecer el Popol-Vuh. — La raza indiana se salvó, protegida por la altura de las montañas. — La historia se conserva, al través de la hecatombe de los indios. — Los conquistadores serían semi-dioses, si sus ínclitas hazañas no se hubiesen manchado horriblemente de ferocidad y malas artes. — Carácter de la raza. — La América Central ante la historia ha sido indígena, española, independiente y ojalá que no pase a poderes extraños.

Refiere el historiador Ximénez que un hechicero cakchiquel anunció al orgulloso rey quiché, Vahxaki-Cam, que pronto vendrían unos hombres pálidos, armados de pies a cabeza, a destruir todas las ciudades, convirtiéndolas en cuevas de lechuzas y de gatos de monte. Ese indio de Tecpán Guautemálan se aproximaba por las noches al sombrío palacio de aquel monarca, a injuriarle a grandes voces. Decíase que el atrevido denostador era un tunante hechicero, a quien nadie podría capturar; pero al fin, otro brujo se ofreció a aprehenderlo. Huía el cakchiquel, saltando por los cerros hasta que el hechicero quiché hubo de atraparlo y lo presentó al rey. Refiere la crónica que cuando iban a sacrificar a aquel osado zahorí hizo antes, en presencia del monarca y de la corte, la **Profecía de la Conquista,** en los términos ya relacionados.

"Ese hecho notable, dice Milla, cuyo recuerdo conservaban los indios hasta la época en que Ximénez escribió, en un baile llamado **Quiché Vinak,** se explica sencillamente, suponiendo que el pretendido hechicero hubiese podido tener alguna noticia de la aparición de los españoles en las islas del golfo de Honduras y de las creuldades que habían ejecutado con los naturales del país." No pasa, sin embargo de mera suposición ese modo de entender aquel suceso. En **el mundo de lo desconocido,** no son a la verdad tan sencillas las explicaciones, como lo demuestra Flammarión, en su curiosa obra que lleva aquel título. En la historia de las sociedades, como en la vida de los individuos, hay presentimientos que no son tan fáciles de explicarse. En el origen

de los pueblos, y en las épocas de grandes transformaciones, aparecen el mito, las profecías y los augurios, como fosforescencias vagas entre lo negro de las tinieblas.

La profecía de la conquista, no sólo existió en el Quiché, sino en México y en otras partes del continente americano. La Leyenda astronómica de Quetzalcoatl, que auguró la venida por el oriente de los hombres barbudos que habrían de conquistar a todos aquellos pueblos, fué repetida también a Moctezuma por Netzahualpilli, quien anunció la terrible catástrofe, lo cual produjo los sacrificios en el gran teocalli, para calmar la ira de los dioses (1). El aparecimiento de un inmenso cometa, en el año 1516, cosa espantable para los méxica, acabó de confirmar los agüeros, y de llenar de miedo al monarca y a los pueblos. El supersticioso Moctezuma, para vengarse del destino mandó matar a los astrólogos, hechiceros y encantadores, saquear sus casas y reducir a servidumbre a sus mujeres. Hizo buscar otros adivinos y brujos, y todos predecían desgracias. El cometa que se miraba en el país entero, hizo cundir el espanto, manifestado por clamores y gritos. Netzahualpilli se retiró a su palacio y murió de pavor. Cuéntase que una gran luz piramidal apareció por el oriente, durante cuarenta noches, semejante por su descripción a una aurora boreal. Las torres del templo de Hutitzilopochtli se quemaron sin saberse cómo. Por último, y esto es lo más estupendo, según las relaciones recogidas por Torquemada, Clavígero y Bethancourt, una hermana de Moctezuma que había muerto, resucitó, para traer del otro mundo al monarca una relación de los invasores que iban a conquistar aquella tierra, habiendo sido esa mujer la primera que hicieron bautizar los españoles, recogiendo pruebas del milagroso suceso!..... (2) ¡Siempre el fanatismo y la fábula!

En medio de las tradiciones y consejas de todos esos acontecimientos, queda el fondo de verdad, reconocido por los historiadores, de que en los países conquistados, tenían de antemano conocimiento de la llegada de los hombres pálidos, que desde remotos tiempos había augurado Quetzalcoatl. Lo mismo entre los indios de América, que entre los egipcios, hebreos y demás naciones antiguas, hubo profecías mezcladas con leyendas bíblicas y portentosos sucesos. Cuando los pueblos pasan de una temperatura civil a otra, de una edad a otra edad, han hecho oír lamentos singulares de dolor, que anuncian la desaparición de un mundo. El tremendo grito de Job responde a una colosal catástrofe. Cada uno de los profetas hebreos pertenece a uno de esos violentos cambios de estado. Cuando agoniza el hombre, ve entre las sombras de la eternidad y las penas de la muerte, algo que le hace temblar;

---

(1) México a través de los Siglos, tomo I, pág. 853.
(2) Bancroft. Tomo V, pág. 472.

mientras que cuando una raza va a sucumbir, viene el presentimiento cargado de amargura, como la nube que ha de producir el rayo y desatar la tormenta. Nosotros también hemos visto—dice Edgard Quinet—acabar de extinguirse la Edad Media, y nuestros oídos están todavía llenos de lamentaciones que aquel naufragio inspiró a los poetas románticos. Algo se muere, parecían decir todos ellos, y el lamento crece y redobla de Chateaubriand a Byron y a Espronceda, hasta que insensibles los corazones, se forja un mundo nuevo. Entonces deja de comprenderse esa poesía de desolación y llanto. Edad de piedra, de bronce, de hierro o de plata; la transición de una a otra no puede efectuarse sin el dolor que la presiente y la profetiza. Tienen espíritu los pueblos, viven y mueren, anunciándoles la naturaleza el fin que se acerca, la transformación que se les aguarda. Hay en la musa de Virgilio la melancolía de una especie que se extingue (1). El presentimiento colectivo se refleja en los profetas. La adivinación era tenida por los cakchiqueles, sobre todo, como uno de los atributos de ciertos fakires, o sacerdotes del **nahualismo. Ru pux, ru naval,** "su mágico poder, su brujería" era generalmente reconocida, como lo refiere el manuscrito Xahilá, o los anales de aquel pueblo (2).

Perpetuas guerras habían asolado todas aquellas comarcas. Los quichés y los cakchiqueles se odiaban a muerte y las otras tribus del país encarnizadamente se mataban. En el año 1512 las tropas de Cuahutemálan entraron en el Quiché y devastaron la ciudad, quedando hecatombes horribles. En 1515, una plaga de langosta (chapulín) asoló los campos cakchiqueles. Ese terrible azote fué precedido por la aparición de ciertas palomas, que gritaban como niños recién nacidos o perritos tristes. En el año 1522 hubo dos epidemias, referidas por el "**Manuscrito Cakchiquel**": una que comenzaba con tos, seguía fiebre y acababa por dar a la orina color de sangre; y la otra, tenía todos los síntomas de las bubas.

En la parte Norte de la América Central se encontraban ciudades populosas en los antiguos tiempos indígenas, cuyas ruinas, como las de **Sustanquiquí,** que hoy día apenas se conocen y cuyos restos en el Petén, revelan la existencia de un centro hierático, al cual concurrían en ciertas épocas los pueblos comarcanos. Antes de la conquista española se habían despoblado aquellas ciudades que se hallaban al Norte de Guatemala y que fueron víctimas de horrendas invasiones a sangre y fuego. Los indios que aún quedaban después, fueron perseguidos por los conquistadores castellanos para esclavizarlos (3). El resto perecía a manos de los filibusteros, que tenían su cuartel general en la bahía de Honduras, durante los siglos XVII y XVIII. Todavía no se encuentran bien descifrados los geroglíficos, como para saber cuál

(1) Quinet.—La Creación, tomo I. pág. 390.—Edición de Madrid, 1871.
(2) Pág. 46. Introductión.The Annals of the cakchiquels.—Brinton.
(3) Dr. Otto Stoll. pág. 448.

fué el último **Katún** que cada veinte años ponían en Copán, Kiriguá, Sustanquiquí y demás ciudades antiquísimas.

Los españoles situaban sus ciudades en el centro y alturas del istmo, huyendo de los piratas; alejándose del Norte y buscando lugares de indígenas civilizados para utilizarlos. Solamente algunos castillos dejaron por aquellas playas que azotan las aguas antillanas. Los ríos navegables, como el Motagua, el Ulúa, el San Juan, el Segovia, el Siquia, el Patuca, serán, al través del tiempo, surcados por vapores que traigan y lleven la riqueza. Entre tanto, el silencio de las necrópolis indias, el mutismo de los ídolos, el enigma del geroglífico, prevalecen en la soledad salvaje de las selvas.

Parecía que el destino, adverso a estos primitivos pobladores de tan ricas comarcas, preparaba con mano airada su completa ruina y servidumbre. En el mundo antiguo se habían realizado los más portentosos sucesos; en la política con Carlos V, Julio II y León X; en las artes, con Leonardo de Vinci, Miguel y Rafael; en las letras, con Ariosto, el Tasso, Cervantes y Lope de Vega; en las ciencias con Mercator, Copérnico y Paré. Eran los albores d Renacimiento, coronado por el hallazgo de un Mundo Nuevo, que había de transformarse, obedeciendo a las leyes de la vida.

En medio de aquella ebullición en que la humanidad se encontraba, venía de allende el mar un espíritu bélico, que produciría hazañas homéricas; una fe ciega, que causó guerras sangrientas en Alemania y Flandes; el establecimiento de la Inquisición y un fanatismo más negro que el musulmán; una saña horrenda, asoladora, que disminuyó en más de la mitad la población americana; y un desconocimiento completo de las leyes económicas, olvido de los intereses que encauzan las fuerzas ricas del organismo social. Agricultura científica, industria libre, comercio amplio, ciencia positiva, en una palabra, cuanto es preciso para construir el bienestar material, sin el que es forzosamente transitorio y efímero el poderío político, no se conocían por entonces. El triunfo de la fe, el brillo de las armas, y para realizar ambos fines, la concentración absoluta del poder en manos del rey, suprimiendo por completo toda iniciativa individual y ahogando todo germen de libertad política y económica, tales eran por aquel entonces los principios constitutivos del derecho público de los países más adelantados, que no sólo de la legendaria España.

A pesar de las guerras, la plaga y las pestes, hallábanse estos pueblos de Guatemala poblados y ricos a la llegada de los españoles. Más de tres millones de habitantes había entonces. Es hecho reconocido que la monarquía de Utatlán estaba en el colmo de su grandeza. Extensa de suyo, rica en tierras y de autóctona cultura, señora ya de muchos pueblos circunvecinos, que ha-

bían sucumbido a la ambición de Kicab-Tanub, quería subyugar a los tzutugiles y a los mames, para ser la dueña del más bello territorio en el centro del Nuevo Mundo (1).

La corte de los mames o sea Huehuetenango, era rica y poblada, aunque la más populosa de todas fué Santa Cruz Quiché, en aquellos tiempos conocida por la Utatlán. **Xelahú,** que ahora es Quezaltenango, estaba gobernada por diez capitanes, y tenía más de trescientos mil habitantes. **Chemequeñá,** que quiere decir **sobre el agua caliente,** y hoy **Totonicapán,** pudo poner en armas noventa mil combatientes, a disposición de Tecum-Umán. Con razón, pues, dijo Bernal Díaz del Castillo "que al dejar a México él y sus compañeros, nada habían echado de menos, puesto que las otras ciudades con que toparon, no cedían a las de Moctezuma en esplendor y riqueza" (2).

Los reinos de Guatemala, Atitlán y el Quiché eran independientes de México, y no había de allá para acá ningún camino, sino veredas cerradas muchas veces. Lo que hoy es Guatemala y el Norte de Honduras se encontraban en poder de los mames en el Noroeste, y los pocomanes en el Sudoeste, los quichés en el interior y los cakchiqueles en el Sur.

Los pipiles de El Salvador fueron en su origen una tribu que Ahuizotl, rey de México, mandó a título de comerciantes, a Guatemala, bajo el mando de cuatro capitanes y un general. Estos trajeron instrucciones de establecer en el país aquella gente de baja ralea, con el fin de tener auxiliares para preparar la conquista de las tierras del istmo. Murió sin embargo Ahuizotl, y los **pipiles,** que se llamaron así porque hablaban muy mal la lengua azteca, como si fueran **niños,** pues esto quiere decir ese mal nombre, se esparcieron por Sonsonate y El Salvador. Después se atrajeron la malquerencia de quichés y cakchiqueles, hasta el extremo de que oprimidos por ellos, estuvieron a punto de desaparecer. El principal de los señores de los pipiles, llamado Cuaucmichín, sacrificó a los más notables de aquella comunidad, que acabaron por matar al cacique, y mucho después fueron gobernados por Tutecotzemit, hombre de buen corazón y de sentimientos humanos, que logró ser proclamado rey de los pipiles. En posteriores tiempos los cakchiqueles los vencieron, obligándolos a tener en lo sucesivo alianza con ellos (2).

La leyenda refiere que del lago Huixa brotó un anciano venerable, cubierto por un manto azul, con gran mitra en la cabeza, y que este viejo misterioso fué seguido por una joven de sin igual hermosura, vestida de blanca túnica, hasta llegar a la cima de un volcán, desde donde,—bajo la dirección

---

(1) En 1514 hubo terribles guerras y hambre, predicciones siniestras: la piedra negra del templo de Cahbaha resultó hecha pedazos. En 1520 apareció el cólera morbus y la viruela.

(2) Bernal Díaz del Castillo, Cap. 172.—El año 1821, al hacerse la Independencia, había solamente seiscientos mil indios en el reino de Guatemala. Informe del R. Consulado.

(3) Juarros. Hist. De Guat. pág. 224.

de aquel caudillo—construyeron los pipiles un templo grandioso, que recibió el nombre de Mictlán, a cuyo derredor pronto hubo de formarse un gran pueblo, que fué regido por el mismo misterioso personaje que lo hizo prosperar (1).

Se parece esta conseja a la de la famosa Comizahual, que erigió templos en Honduras, civilizó el país y tuvo tres hijos, sin haber ella conocido varón. Virgen, concibió por obra de los dioses. ¡Quién dijera que el manto azul y la túnica blanca llevaban colores que después de siglos tendría nuestra bandera!

Ese pueblo de los pipiles hallábase bastante civilizado, mientras que los chontales de Nicaragua y algunas tribus de Honduras eran salvajes, y no les iban en zaga los talamancas, guaimies, chorotegas, viceitas, tiribíes, borucas y otras que ocupaban Costa-Rica, y de las cuales quedan restos. Nicaragua estaba dividida en provincias, habitadas por naciones distintas por los idiomas, siendo de notar que una de ellas hablaba el azteca, como ya lo hemos dicho anteriormente.

A los valientes quichés, que supieron resistir hasta la muerte el empuje de los invasores españoles, no bastaron ni sus numerosísimos ejércitos, que ascendaín, según dicen, a treinta y dos mil infantes, ni sus ardides y celadas, ni su bélico ardor, al ver muerto a su rey en el campo de batalla, ni el recuerdo glorioso de las hazañas de sus progenitores. En vano Quicab Tanub imploró auxilio del poderoso Sinacam, rey de Cuahutemalán, quien prefirió declararse amigo de los **teules** (españoles). El presuntuoso monarca tzutugil contestó al requerimiento del quiché: "que él solo y sin ayuda, se daría traza de defender sus dominios de menos hambrientos y más numerosos ejércitos que aquel de los extranjeros, que marchaba contra Utatlán."

El abate Brasseur de Bourbourg, en su obra que lleva por título **"Histoire des Nations civilisées du Méxique et de l' Amérique Centrale,"** describe detalladamente la cultura que tenían los imperios de México y de Centro-América en vísperas de la conquista española. Hubo tribus traidoras a su raza, hubo tal fanatismo y superstición, que hace dudar si Motecuhzoma tenía perdido el juicio. La conducta de Sinacam, al entregar el reino cakchiquel al invasor, por tal de destruir a los tzutugiles, fiándose en las promesas de Alvarado, es una prueba más en la historia de la humanidad, de que la traición a su sangre, a sus tradiciones y a sus creencias, constituye una apostasía criminal, un descastamiento funesto que engendró sólo delitos, y que condujo a la servidumbre y a la muerte a pueblos enteros.

Al través de los tiempos, y después de la destrucción terrible que produjo el choque de la indiana cultura con la avanzada civilización europea, al fragor

(1) La época que los sucesos parecen asignar a esta leyenda coincide con el período de la grande emigración tolteca y la fundación de los diversos reinos guatemaltecos que fueron su consecuencia.—Brasseur. Hist. tomo II. pág. 81.

de la conquista, aún quedan vestigios de aquellas ciudades en el Nuevo Mundo. Valió más el oro que se recogía que el geroglífico que se arrojaba al fuego. Las tradiciones, los templos, los ídolos, los palacios, eran vistos como diabólicos emblemas. Las admirables leyendas, tuviéronse por historias de brujos y endemoniados, mientras que los **avarícos** y **areitos** eran, para la raza conquistadora, cantos insulsos de un pueblo agonizante.

El oro fué causa de muchos crímenes no sólo contra los indios, sino entre los mismos conquistadores; el fanatismo fué origen de atrocidades sin cuento ni medida. Los españoles acompañaron muchas veces sus brillantes proezas con actos tales de crueldad y de perfidia, que la moral no puede disculpar. La mentira, el perjurio, los suplicios, la ferocidad, la organización de la guerra civil entre los desgraciados a quienes se querían someter, tales fueron, dice Depons, las armas que emplearon; pero estos medios, sacaban su eficacia del valor, de la intrepidez y de la constancia de los conquistadores; y por eso es que, si la invasión del Nuevo Mundo hubiese estado fundada en derechos legítimos, si los horrores de una cruzada emprendida sin razón y sin justicia contra pueblos pacíficos, no ofendiesen el sentido recto, si el yugo impuesto a hombres libres, independientes, cuya ambición y cuyo poder no podían inspirar ningún temor, no fuese un ultraje inferido a la humanidad, si la saña atroz no hubiera teñido de sangre las caudalosas aguas de los indianos ríos; los conquistadores de América merecerían ser colocados en el rango de los semi-dioses, con más justo título que los héroes de la antigüedad, y sin que fuese menester que la fábula exajerase los hechos y las virtudes (1).

En los sucesos históricos que han cambiado los rumbos de la humanidad y servido de pedestal para ascender en la escala del progreso, hay que ver los resultados y considerar los designios providenciales. En el choque de la civilización indiana con la greco-latina, hubo en este continente, donde todo es grande, el más estupendo cataclismo que han presenciado las edades. Sin embargo, salváronse, al decir del historiador Chavero, las razas protegidas por los muros inexpugnables de las montañas, después bajo el hábito de amor y caridad del misionero, más tarde al amparo de las leyes protectoras de los monarcas de España; y con las razas, salváronse el tipo y la lengua, esas dos cifras preciosas en la ciencia de la humanidad. Los frailes consultaron las tradiciones, aprendieron las cantares y las arengas, se dieron razón de las viejas costumbres, y mucho trasladaron a crónicas, que en su mayor parte no han visto la luz hasta hace pocos años. Se salvó nuestra historia antigua, cuyos hechos y rasgos característicos quedan reseñados en los capítulos que preceden, y que en resumen presentan la vida y el movimiento de aquellos

---

(1) Depons. Voyage a la térre ferme chap. I. Es oportuno recordar que la *conquista*, sobre todo de infieles, era vista como meritoria.

hombres de cultura original, como eran los quichés; de indómito orgullo, cual se mostraron los cakchiqueles; de costumbres raras, según pinta la historia a los tzutugiles; y de antiquísima prosapia, como los mames. Si la civilización de sus progenitores perdió mucho de su brillo, quedaban los gérmenes en campo fecundo y exuberante; quedaban la fe y la esperanza. Pero hubo de sonar la hora nefasta de la desolación y de lar uina, como repercute en el corazón del moribundo el postrer extertor de la existencia. Las razas indígenas de América sucumbieron al rudo empuje de otra raza venida de allende el mar. Apareció el **hombre pálido** en el grandioso templo de Tohil, y cual sacrificador de todo un continente, extinguió con su aliento de muerte las sagradas luminarias; los ídolos cayeron de sus altares, y para siempre huyó el Sumo Sacerdote, revestido de amarillo luto, llevándose la biblia de sus recuerdos, el Popol-Vuh de su creencias. Kabracán hundió la Atlántida, al titilar la estrella matutina; el hombre pálido destruyó en el Nuevo Mundo los pueblos aborígenes. La profecía de la Conquista se realizó en América.

ERRATAS

Página	Líneas	DICE	LEASE
5	5	extienden	extiende
22	20	cálicos	cálidos
31	29	señoría	señorío
34	42	Guat malcasis	Guatemalensis
53	14	Belgrado	Belgrano
		POR ESTAR TROCADAS LAS LINEAS	
58	32	"	para disponerse y aparejarse de suer-
"	33	"	te que se hallase todo concertado y
"	34	"	dispuesto a recibir la visita del hu-
"	35	"	mano espíritu, como la desposada o
"	"	"	prometida para boda próxima, que
"	"	"	se viste sus mejores galas, a fin de
"	"	"	solemnizar el día más feliz y decisivo
"	"	"	de su vida, en que el amante la lleve
"	"	"	consigo al hogar nuevo, en cuyos
"	"	"	santuarios hallará el amor con todas
"	"	"	sus delicias y aguardará prole aper-
"	"	"	cibida no solo a perpetuar su exis-
"	"	"	tencia y su nombre, sino recordarle
"	"	"	siempre las dulces horas de tranqui-
"	"	"	lidad y ventura
63	25	innuameriables	innumerables
101	33	El Isagoge Histórico	La Isagoge Histórica
102	35	En indio	El indio
103	5	se verdad	sea verdad
131	29	luchuza	lechuza
143	19	las razas	las zarzas
171	38	que cabo	que al cabo
172	34	la	lo
204	3	Sociedad Económica del Amigo del País	Sociedad Económica de Amigos del País
181	31	las	los
266	29	El Isagoge Histórico	La Isagoge Histórica
323	30	mas	mal
356	38	con	son
357	15	distinguen	distingue
"	27	calcario construis	calcareo construir
384	22	abraham	Abraham
400	10	español	española
455	27	las	los

